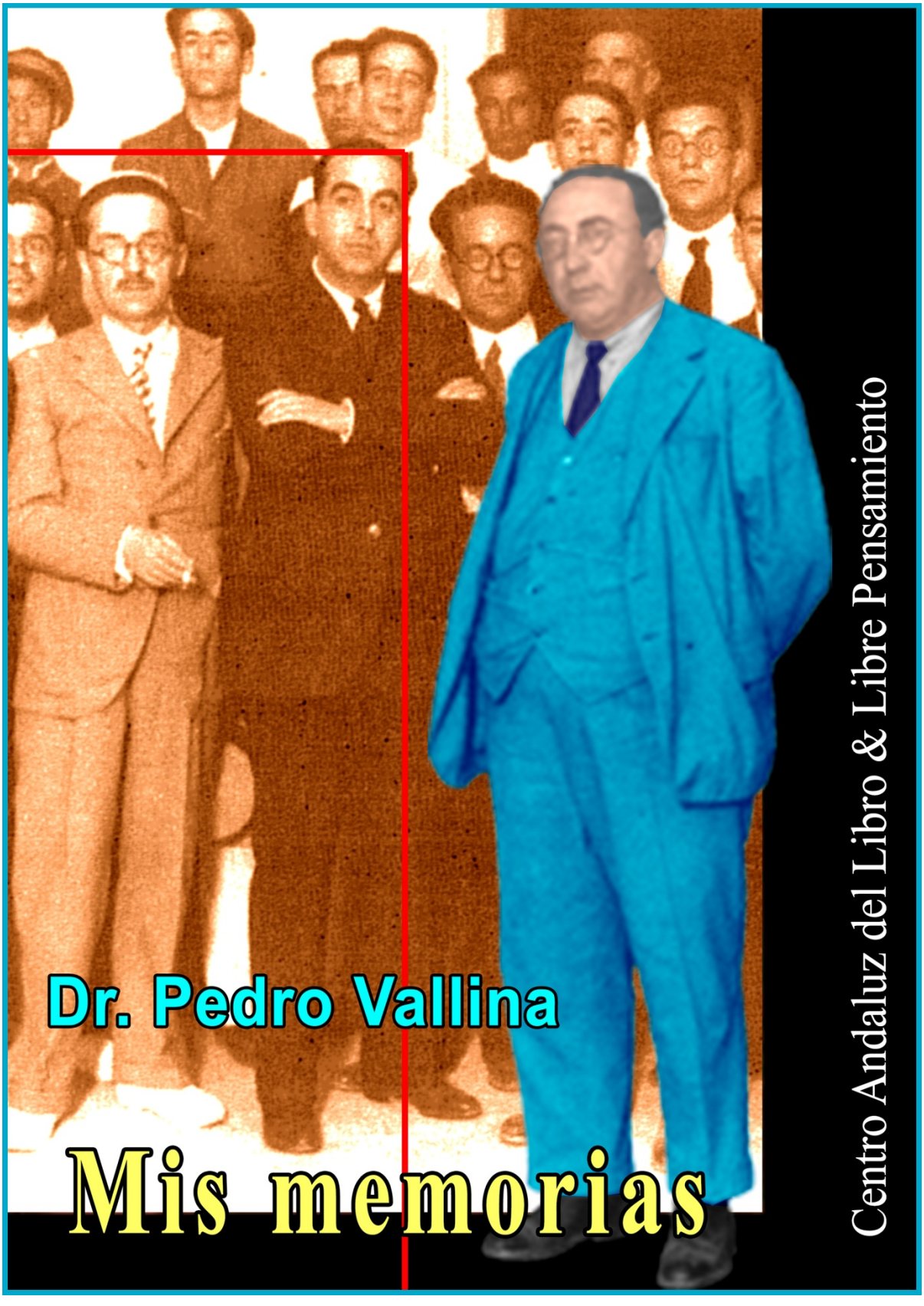

Dr. Pedro Vallina
Mis memorias
Centro Andaluz del Libro & Libre Pensamiento

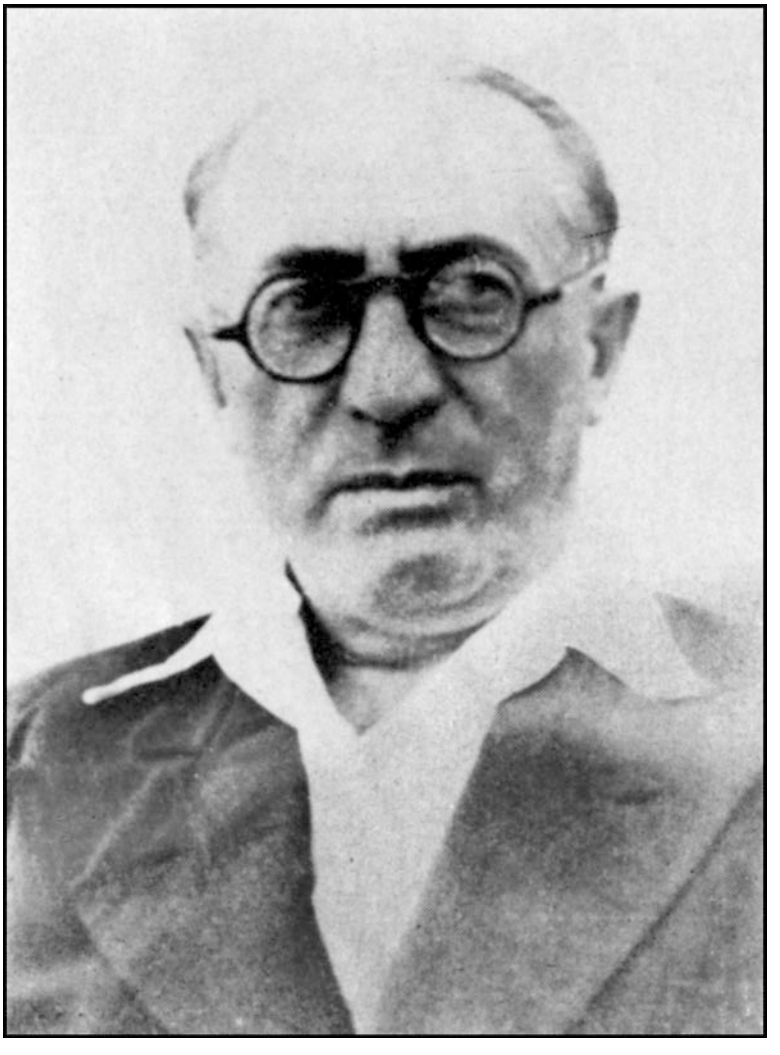
PEDRO VALLINA

Mis memorias

Editan:

LIBRE PENSAMIENTO Y CENTRO ANDALUZ DEL LIBRO

Diseño de cubierta: Jacinto Gutiérrez



Recordando al Dr. Pedro Vallina:

Convocatoria-homenaje para la reedición de sus memorias

Para quienes nos incorporamos a los movimientos sociales (obrero, sindical, vecinal...) en el tardofranquismo y primeros años de la transición, era frecuente la sensación de cierto vértigo por el vacío generacional con aquellos hombres y mujeres que protagonizaron un periodo histórico truncado por la dictadura militar. Vacío generacional provocado por la guerra (y la revolución) del 36-39 que tantas vidas se cobró y que llevó al exilio a decenas de miles de familias rotas; pero también por el olvidado exilio interior, el que sufrió las generaciones de la postguerra por las experiencias de cárcel, horror y miedo.

Vértigo por el vacío y, al mismo tiempo, curiosidad al acercarnos al territorio de la Idea a través de gente como Ramírez, León, Becerril o Vicente Vives ("los viejos"), recomponiendo una memoria fragmentada y sentida como una necesidad de salud pública y personal. Una memoria que se nos abría en toda su dimensión en La revuelta permanente de Baltasar Porcel y que echábamos de menos en latitudes más meridionales. Por eso, cuando vio la luz el libro de Antonio Rosado (Tierra y libertad) no pudimos sino apurarlo de un solo trago; o sentir una profunda admiración por la iniciativa de un centro de adultos de hacer un trabajo sobre la vida y obra de un hombre como Sánchez Rosa, y editarlo con su propio esfuerzo. Porque en ambos casos, además de sumergirnos en un pasado tan injustamente mal tratado, la memoria se mueve en coordenadas próximas, en un espacio familiar de ciudades, pueblos y calles habitadas y reconocibles.

El doctor Pedro Vallina ha sido una referencia constante, pero escurridiza en boca de los demás, como si necesitara para ser más real verla impresa en tinta, en los libros de historia, una historia imposible por repetidamente negada. Así que, cuando llegaron a Sevilla a través de Ramonín, hace unos veinte años, las primeras fotocopias de *MIS MEMORIAS*, circularon y se reprodujeron tanto que llegaron a hacerse ilegibles. Cuanto más familiar se hizo Vallina, más creció

la grandeza del personaje y de los valores que encarnaba gente como él. Valores humanos, cívicos, simplemente. Hemos sufrido un secuestro de estos valores por el poder y la ideología religiosa que no es fácil desembarazarse de un cierto "síndrome de Estocolmo": al referirse a estos hombres y mujeres generosos y altruistas que constituyeron el movimiento libertario, es corriente el uso de un lenguaje con evidentes analogías religiosas, e incluso se proponen teorías que explican el peculiar arraigo en España del anarquismo, basadas en frustradas renovaciones espirituales. Al comprobar que hubo una época en la que la cultura libertaria formaba parte de la vida cotidiana, en el mundo del trabajo, de las relaciones personales, de la literatura, etc., ensanchándose en un medio ideológicamente dominado por fuerzas poderosas (la religión, el estado, el di-nero), nos hacía ver la magnitud de la regresión sufrida en medio siglo, y lo mucho que debían de cambiar las cosas.

Es éste el sentir con el que se puso en marcha la idea de un homenaje al Dr. Pedro Vallina: la recuperación de la memoria de las personas silenciadas por la historiografía oficial (y no oficial), y con ella, la de tantas personas de gran calidad humana que no deberían caer en el humillante silencio. Decía el escritor Günter Grass refiriéndose a su Alemania natal, que existe la tendencia a reprimir el pasado, o a olvidarlo: un error en ambos casos, porque las generaciones nuevas preguntarán en voz alta por lo sucedido. Con nuestra historia reciente ocurre lo mismo: el principio de no "abrir viejas heridas" durante una época de transición en convivencia, ha comportado un coste en memoria colectiva.

Con el mismo propósito se ha elaborado un proyecto que cuenta con numerosos apoyos en distintos medios universitarios, profesionales, y de asociaciones, y que espera contar con el respaldo de algunas instituciones: el denominado "Banco Audiovisual para la Historia Social de Andalucía". Un proyecto para dejar grabados los testimonios de hombres y mujeres que hacen, de forma anónima, la historia en su más amplio sentido; un proyecto entendido como servicio público, como registro no sólo de acontecimientos históricos y sociales, sino también de cómo han sido vividos por la gente.

Uno de los testimonios que por fortuna nos ha sido legado en forma de autobiografía es el de Pedro Vallina, libertario, médico, que vivió intensamente

la historia política y social de la España modelada con la Restauración, hasta que tras el definitivo exilio del 39, reorganizó su vida en Méjico. Tan intensa y abnegada fue su vida, que sólo cuando se encontró mermado de energía, a sus 88 años, y a sugerencia de un compañero y amigo temiendo que la inactividad en un hombre de su vitalidad fuera fatal, pudo dedicarse a escribir sus memorias. Dejó escritos dos tomos de sus memorias -publicados por Tierra y Libertad en Venezuela (1969) y México (1971)-, escritas con el mismo estilo de su personalidad y de su vida. La pulcritud definiría ambas características, es decir, la condición de esmerado, delicado, limpio, claro y directo. Cualidad que, en su actividad profesional, explica el enorme reconocimiento y admiración que se ganó allí donde ejercía. Su maletín médico y sus cajas de libros acompañaron a Vallina, junto a su familia, por todos los exilios que vivió. Ambos están permanentemente presentes en su vida rememorada como exponentes simbólicos de su forma de entender la vida: en todo momento y en todo lugar vivió Vallina con una conducta llena de generosidad y de bondad para con la gente del pueblo, lo que no le impidió tener una clara e inteligente visión de las causas que provocan la pobreza, el sufrimiento y la ignorancia.

Antes al contrario, una y otra están estrechamente unidas por una concepción ética de la vida que le compromete a combatir las miserias y las cadenas que impiden una sociedad justa y libre. Compromiso que llevó a cabo desde el ideario anarquista, una corriente del pensamiento de particular arraigo en España, tan fructífero en todos los campos de la creación social como perseguido (todavía no aniquilado) por los poderes públicos. A su extraordinaria implantación en España no es ajeno el profundo sentido ético que inspiraba el ideario ácrata; imagen que contrasta con la interesadamente difundida imagen del terrorista individualista. Hasta tal punto que se asume sin más, como sinónimos, anarquía y desorden, produciéndose una curiosa inversión semántica dado que el desorden reside, más bien, en las condiciones estructurales del poder económico, político e ideológico dominante. Nada más lejos de la realidad, aunque sea cierto que en la sociedad de entonces las situaciones tan injustas provocaran conflictos y respuestas de defensa; pese a ello, fueron siempre las gentes del pueblo las víctimas.

El interés de esta obra y de su protagonista animó un proyecto de homenaje concebido bajo la fórmula de maratón mecanográfico para reescribir el texto de MIS MEMORIAS, junto a la celebración simultánea de conferencias-tertulias, y una exposición gráfica con el fin de ampliar la semblanza humana y política del Dr. Vallina. Dicho homenaje contó con la presencia de sus familiares, en particular de su hijo Harmodio y su compañera Sara y su nieta Xóchicl (residentes en México desde 1939, y a cuyo viaje contribuyó la Junta de Andalucía), así como Xilonén (otra nieta) y su marido Jordi. A todos ellos les debemos días emotivos además de agradecimiento por su apoyo moral y material.

La repercusión de dichos actos en los medios de comunicación revela la deuda que esta ciudad tiene con Pedro Vallina como hombre y como médico. También Cantillana vino a sumarse a este homenaje, así como otras iniciativas ciudadanas que convergieron en el tiempo, como la de dar nombre a una calle en Sevilla, o a un centro de salud. Pero, sin duda, el mejor homenaje es la propia reedición de este libro en la que han colaborado muchas personas desinteresadamente, y a quienes debemos público agradecimiento.

Esta edición reúne en un solo volumen los dos tomos de la edición original que comprende el relato autobiográfico, una serie de "temas diversos", un apéndice de "correspondencia" y otro de "opiniones" sobre Pedro Vallina. El relato autobiográfico concluye en 1939, y serán los otros componentes del libro los que nos ofrezcan algunas pistas de su vida en México. El apartado de "opiniones" se ha incrementado con los prólogos a la edición anterior. La estructura original -más de 100 capítulos sin numerar- ha requerido una adaptación formal: su agrupación en ocho bloques que coinciden con momentos significativos de su vida, a los cuales se les ha otorgado el tratamiento de capítulo, teniendo los epígrafes originales la consideración de apartado.

La aportación que hace esta edición es ofrecer un cierto material complementario: las ilustraciones, dado que ha sido prácticamente imposible reproducir las originales; una ampliación de las "reseñas biográficas", manteniéndose intercalados en el texto, con sus correspondientes ilustraciones, las que redactara Renée Lamberet para la versión original; y,

finalmente, unos índices, por entender que las referencias a tantos personajes y la obligada movilidad son características que hacen especialmente atractiva esta obra.

Hubiera sido de gran interés un aparato crítico de cierto calado, y hasta necesario para darle mayor alcance a una trayectoria vital que discurre por numerosos acontecimientos de la vida política y social del primer tercio del siglo XX. Confiamos que con esta nueva edición se suscite el interés de historiadores, y propicie nuevas investigaciones sobre tan rico testimonio.

Sevilla, febrero del año 2000

Prólogo a la nueva edición

Una sensación que suele dejar la lectura de estas memorias en aquellas personas que tengan alguna idea sobre la historia de Andalucía y de sus movimientos sociales es la de incredulidad. Una incredulidad que se basa en el siguiente razonamiento: cómo es posible que quien narra, muchas veces en primera persona y como coprotagonista, acontecimientos que están en los libros de Historia, de España y del mundo, no haya sido merecedor de una mayor atención por parte de la historiografía oficial. Más aún teniendo en cuenta los esfuerzos que, desde mediados de los setenta, se han hecho por recuperar la memoria después de los cuarenta años de oscurantismo.

La relación de esos acontecimientos es prolija: atentados contra Alfonso XIII en Madrid y París, entierro de Pi i Margall, movimiento antimilitarista europeo anterior a la I Guerra Mundial, primeros escarceos de la lucha por una Irlanda libre, conspiración en pro de la II República Española, candidatura "Por una Andalucía Libre" en Sevilla en las elecciones generales de 1931, movimiento revolucionario tras el triunfo del Frente Popular, etc. Eso, sin contar con su activa participación en otros hechos de ámbito más local como son la lucha contra la tuberculosis en Sevilla y, en clara unión con ésta, contra los abusivos propietarios de viviendas en Sevilla, algunos de los levantamientos campesinos del primer tercio del siglo, etc.

Evidentemente, no puede ser objeto de este prólogo desvelar ese misterio, pero valga lo dicho como muestra de la profundidad del corte histórico que supuso el franquismo y la necesidad que tenemos, aún hoy, de investigar y profundizar en el conocimiento de lo que pasó antes de él a fin de que la Historia cumpla algo que dicen que es parte de su función, ser maestra del futuro.

En esto, las memorias de Pedro Vallina son un ejemplo encomiable, tanto en los aspectos que todos aceptamos como positivos de su vida (su absoluta dedicación a los más débiles, su honradez, su profundo sentido humanitario,

su talante poco dogmático a la hora de juzgar a las personas, etc.) como en aquéllos más opinables, como puedan ser su recurso a la acción directa, su profunda ideología anarquista o su crítica feroz contra las clases dirigentes de Sevilla (en lugares destacados su "inteligentzia" y su clerecía) y contra los "valores" de sus clases populares. Igualmente encomiables pueden considerarse estas actitudes porque, al hacer análisis de las injusticias, Vallina coincide con personajes de talante liberal, con cristianos y con analistas ecuánimes, en señalar los motivos esenciales del ansia revolucionaria: las actuaciones y comportamientos inhumanos de los déspotas, los explotadores, los que someten al pueblo a la ignorancia y los que mantienen o toleran las tremendas situaciones de injusticia que se dan en la España y en la Andalucía de esa época.

En Vallina el anarquismo no es una ideología, es una concepción vital en la que el avance de la Humanidad hacia la civilización está basado en los valores del trabajo, en la inteligencia aplicada a la mejor forma de resolver los problemas y en la prevalencia del espíritu fraternal entre todos los hombres. Pese a todo lo ocurrido, seguía proclamando los principios de la Revolución Francesa: libertad, igualdad y fraternidad, colocando la igualdad económica por encima de los demás. Pero también consideraba que la historia de la humanidad era un constante desviarse de esos principios y que sólo vivir conforme a ellos podía suponer la recuperación de la senda perdida. De ahí que fuera tan importante dar ejemplo con la propia forma de vivir.

Aunque el mantenimiento de esos principios sólo era patrimonio de los anarquistas, no desdeñaba los comportamientos honrados de los demás. En estas páginas se encuentran ejemplos como su admiración por el sistema democrático inglés, sus comentarios elogiosos de personas a las que define como "hombre de negocios librepensador", por curas de pueblos en los que vivió, etc. Tiene, por otro lado, frases ambiguas como cuando, refiriéndose a un cura de su pueblo, dice que "...había equivocado el camino de la vida y en vez de seguir la doctrina de Cristo, que lo hubiera hecho un hombre feliz, siguió la del demonio, que lo llevó al infierno". Lo que no es óbice para que tenga claro que la Religión y la Iglesia son enemigos del pueblo.

Y esto es así porque Vallina no es un pensador, ni un analista, ni un teórico. Vallina es una persona a la que le sublevan las injusticias, tanto se trate de un médico anclado en conocimientos arcaicos que boicotea el trabajo de quienes tienen ideas nuevas, como de un religioso que pretenda que las enfermedades son castigos divinos, como de un propietario de viviendas que vive de sus rentas, como de un político que no detecta que la satisfacción de las demandas del pueblo son la mejor garantía para el éxito de un sistema. Y esa indignación, más moral que otra cosa, no se para en analizar si ahora es conveniente o no lo es para una determinada actuación, porque el tamaño de la injusticia no admite más que el que se la combata.

La época que le tocó vivir a Vallina es, desde luego, propicia para esa forma de enfrentarse a los problemas sociales. Hijo intelectual de los revolucionarios republicanos y federalistas españoles y de los anarquistas de la I Internacional, se relaciona con las diversas familias de anarquistas europeos y se esponja tanto de los partidarios de "la propaganda por el hecho" (en París) como de los comunistas libertarios (en Londres). Cuando vuelve a España después de doce años de exilio, se zambulle en una Sevilla arcaica, sin vida intelectual, con terribles injusticias sociales, con epidemias ya erradicadas en los países europeos que conocía y, para más inri, sin una clase trabajadora que sea "firme y constante en el combate", como dice en un momento. Y aquí, la situación de los campesinos sin tierra, explotados casi como esclavos y de los vecinos que mueren a decenas por la desidia de quienes deben velar por su salud, le produce la indignación que será la base de su vida revolucionaria en este periodo.

Pero sus años de Sevilla (mezclados con constantes destierros a Extremadura, a Marruecos, Navarra, Lisboa...) ya no presentan al mismo activista que fabricaba bombas en París para el movimiento revolucionario en España, o trabajaba para el movimiento independentista irlandés o preparó su marcha a Portugal para trabajar por la revolución a la caída de la monarquía en este país. Su amigo y discípulo Antonio Rosado dice en sus memorias que "no fue nunca amigo ni vio con buenos ojos... a los petardistas dinamiteros", lo que parece colocarle muy lejos de sus actividades juveniles. Su también íntimo amigo Blas Infante dice que "es preciso concluir de una vez para siempre con la

leyenda del «Tigre» como los privilegiados denominan a Pedro Vallina". En otro momento, es capaz de presentarse en el Gobierno Civil de Sevilla (que le acusa de preparar una matanza al mismo tiempo que, efectivamente, se prepara un corpe levantamiento jornalero) para acusar a su titular de lo que pueda ocurrir, y pedir a los campesinos a través de un periódico que no participen en la insurrección, porque está provocada para deslegitimar a la República y permitir la represión de la organización cenetista.

En el plano político, él mismo señala su papel de hombre que, eras una entrevista con el que sería primer presidente de la II República, Alcalá Zamora, llega a Sevilla como enlace con el comité revolucionario que se ha creado en Madrid para proclamar la República con motivo de las elecciones municipales de abril del 31. Por otro lado, su apoyo a la candidatura andalucista de Blas Infante, aunque sin compartir totalmente sus planteamientos, es sincera y comprometida, arriesgando su prestigio entre los cenetistas, poco dados entonces a la participación electoral. Y aunque la justifique en que al mismo tiempo se preparaba un levantamiento, las contradicciones que se encuentran en estas memorias al respecto parecen apuntar a que se trate de una justificación posterior o un planteamiento parcial de alguno de los participantes en la candidatura.

Todo lo cual nos presentan a un Pedro Vallina con muchas facetas, con muchas aristas que, sin embargo, se reducen a una sola cuando se trata de actuar en la vida personal: es el médico sabio que descubre las causas de la insalubridad de la ciudad, que las combate al tiempo que lucha por desenmascarar las condiciones sociales que la hacen posible, que denuncia a los que son tolerantes con esa situación, que encabeza el movimiento popular por su solución y que trabaja -hasta llevando las cuentas- para mantener una lucha en la que él no va a conseguir nada. Es también el médico que atiende a quien lo necesita a cualquier hora del día, que es capaz de no salir de casa de un enfermo hasta que ha dejado limpia la habitación donde yace, que se despreocupa de su supervivencia hasta el extremo de que haya días en los que su familia no come más que una vez y gracias a la generosidad de algún vecino, pero dispone de la escasa fortuna de su familia para contribuir a la

construcción del Sanatorio Antituberculoso de Cantillana, en el que ningún atendido tiene la obligación de pagar si no puede hacerlo.

SECRETARIA DE SALUBRIDAD Y ASISTENCIA
CNEP
MEXICO

Por su patriótica ayuda a esta Campaña

LA COMISIÓN NACIONAL PARA LA ERRADICACIÓN DEL PALUDISMO

otorga a usted el nombramiento de:

AUXILIAR HONORARIO DE EDUCACIÓN HIGIÉNICA

México, D.F., a 30 de abril de 19 59

El Secretario de Salubridad y Asistencia
Presidente del Consejo Directivo de la C.N.E.P.

Al C. Dr. Pedro Vallín Martínez

Calle de Morelos # 16 - Loma Bonita, Oax.

Certificado de reconocimiento mexicano por su labor humanitaria

Es a esta última faceta, en exclusiva, a la que dedica la última etapa de su vida, en un momento de evolución vital en el que ya no debe albergar muchas esperanzas de que triunfe su ansiada revolución. Si antes siempre espera que su comportamiento pueda contribuir a levantar la fe revolucionaria del pueblo, es ilógico pensar que ésta sea la motivación de su altruista tarea con los nativos del estado mejicano de Oaxaca, a cuya situación sanitaria dedica el

resto de sus casi treinta años de vida. Es aquí, pues, donde destaca sobremanera la fuerza vital que le impulsó coda su existencia y la que algunos (entre ellos su buen amigo Blas Infante) han destacado: su ideal de una revolución civilizadora que traiga la cultura y el bienestar a toda la Humanidad sobre la base del trabajo, la inteligencia y, sobre todo, la igualdad y la fraternidad. Una revolución que él no vio realizada en la sociedad pero que parecía acompañarle allá donde fue porque él sí la vivió.

MARTÍN RISQUEZ

[1]

Guadalcanal

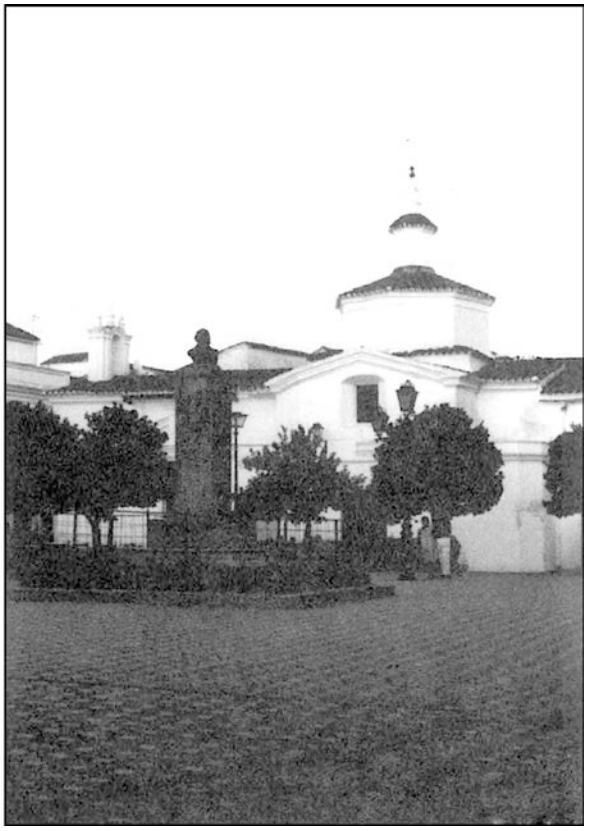
Sevilla

Cádiz

Madrid

Guadalcanal

Mi nombre es Pedro Vallina Martínez, y nací en Guadalcanal, provincia de Sevilla, el 29 de junio de 1879. Mi padre era asturiano y de muchacho marchó a pie a Sevilla, con otros de su edad, en busca de ocupación. Allí tenía un tío que lo orientó al llegar. Mi madre era andaluza, de Cantillana, provincia de Sevilla. Después de casarse se fijaron en Guadalcanal y llegaron a reunir una pequeña fortuna, estableciendo una confitería y cultivando unas fincas campestres que fueron comprando. Eran en extremo buenos, trabajadores infatigables y queridos por todos. Gastaron lo que tenían en la educación de sus hijos y en la lucha que yo sostuve por el triunfo de la libertad y de la justicia social en España.



Partida de nacimiento e iglesia de Guadalcanal

Aquel matrimonio tuvo siete hijos, cuatro murieron de corta edad, y quedaron dos hermanas, una, Rocío, murió muy joven, de paludismo mal atendido, y

otra, Natalia, quince años mayor que yo, consagró su existencia a mi cuidado, y me acompañó a prisiones y destierros. Un hermano, Juan Antonio, diez años mayor, era en extremo bondadoso, muy instruido, ateo, republicano federal y por último anarquista. Consagró su vida a una labor pedagógica, y murió en Igualada, Cataluña, durante la guerra civil, donde se encontraba al frente de una expedición de niños, llevados de Madrid.

Mi pueblo, que contaba entonces con 5.000 habitantes, estaba situado en un escabroso valle de la Sierra Morena, fronterizo con la provincia de Badajoz. Al norte lo limitaba la Sierra del Viento, al sur la Sierra del Agua, y al oriente y poniente elevados montículos que cerraban el horizonte. En las tierras soleadas del sur, se daba el naranjo, y en las umbrosas del norte, el castaño. El paisaje era encantador y desde niño lo recorría y admiraba. Este amor a las bellezas campestres lo he conservado toda la vida. La riqueza agrícola y pecuaria estaba por explotar. Había minas de plata, cobre y hierro; estas últimas se trabajaban en pequeña escala y por temporadas. En la Biblioteca Colombina de la Catedral de Sevilla leí una obra en tres gruesos volúmenes, titulada *Memorias de las minas de plata "Pozo Rico"* en Guadalcanal, y había quien aseguraba que de ellas se extrajo tanta plata como llegó de América. La industria única entonces era la fabricación de aguardientes, factor importante en el embrutecimiento y degeneración de la gente. Después de algunos años de ausencia volví a mi pueblo, y pude observar que jóvenes de mi edad estaban en ruina física y moral por el abuso del alcohol.

Las calles del pueblo eran rectas, y las casas construidas de piedra, con balcones y ventanas, donde no lucían las flores como en otros pueblos de Andalucía. Las casas de los pobres estaban muy mal construidas con adobes y tapias, y se venían abajo en los fuertes temporales. El empedrado faltaba a trechos, sustituido por charcos cenagosos; las farolas de petróleo de las calles se encendían pocas veces. Lo que abundaba ex-traordinariamente era el agua que bajaba de la sierra. Había una plaza espaciosa, adornada con naranjos, que tenía una fuente de agua potable que surtía con exceso a la población, y le sobraba líquido para regar las huertas vecinas, ricas en verduras y frutas. Además había otras fuentes y pilares en los alrededores del pueblo. La higiene más elemental era desconocida; a orillas del pueblo se amontonaban las

estercoleras, recogidas y vendidas por las viudas y los huerfanitos a los campesinos pudientes; los animales muertos eran arrojados a charcos pestilentes. Detrás de las ruinas de un palacio señorial se amontonaba la basura y aquel lugar servía de retrete público al aire libre. La mortalidad era muy alta, sobre todo en la infancia, y la fiebre tifoidea era endémica.

Pedro Vallina en 1902

El personal en su mayoría valía poco y no aspiraba a otra cosa que a vegetar. La propiedad de la tierra estaba en las manos de unos pocos, los más malos y brutos del lugar. Los ricos holgazanes pasaban el día en el casino, hablando tonterías; los artesanos, las noches en las tabernas, y los pobres jornaleros sin

tierra ni pan, vivían miserablemente, ganando una peseta cuando encontraban trabajo. Había un pequeño número de montañeses llegados de fuera, como mi padre, más civilizados, de ideas libres y dedicados al comercio. Las mujeres de los ricos hablaban como cotorras, se visitaban entre ellas, y organizaban fiestas religiosas, bailes y corridas de toros. Las mujeres de los pobres servían de criadas y de lavanderas, y en la cogida de la aceituna ganaban cincuenta céntimos, escasamente para una mala comida. En aquel ambiente monótono las fiestas anuales eran esperadas con impaciencia. La más distraída era la de Semana Santa, en la que salían varios pasos, caricaturas de los de Sevilla. Se hacían las cosas a lo vivo. A "Judas" se le perseguía y apedreaba, escapando vivo por la ligereza de sus pies. Se detenía a un viejo mendigo, se le encerraba en un calabozo y al día siguiente un cura le lavaba los pies. Una buena moza, que gritaba fuerte, hacía de Verónica y en la plaza pública cantaba y limpiaba las lágrimas a la Virgen. Pero sobre todo, el sermón de las cuatro horas era imponente. Se traía a un predicador de fama y todas las damas acudían emocionadas con sus mejores atavíos a escuchar su "santa" palabra. Se bebía mucho aguardiente y se comía ricos dulces preparados con la miel de la sierra.

En aquella época todos los años se sorteaban los mozos que les tocaba servir al rey, y el que no sacara buen número, tenía que ir al cuartel por tres años si no podía pagar una cuota de 1.500 pesetas que les libraba de aquella servidumbre. El año que entró en quinta mi hermano, cuando llegó la noticia que había sacado buen número, mi madre sacó de un escondite una caja llena de moneditas de oro por valor de 1.500 pesetas que durante años había ido reuniendo para librar a su hijo. Y así en casi todas las familias pudientes del pueblo, porque la contribución de sangre era odiada y no faltaban los tumultos al grito de "¡Abajo las quintas!"

Aquel ejército español no servía más que para amordazar al pueblo, y por otra parte lo iban arrojando con la punta del pie de todas las colonias, las últimas Cuba y Filipinas. Las guerras en Marruecos eran frecuentes, a veces catastróficas, pero servían a los militares para ganar galones y vender las armas al enemigo, y al final para reclutar mercenarios e invadir España.

Esta contribución de sangre, la más temida, se cobraba una vez por año, pero cada trimestre pasaban por allí unas sanguijuelas, los cobradores de contribuciones, que chupaban al pueblo hasta la última gota de sangre.

El Ayuntamiento no era nombrado por el pueblo sino por el cacique, que escogía a los más pillos y se quedaban con todos los ingresos municipales, faltando la luz y el empedrado. El Juzgado Municipal era una cosa por el estilo; el juez sólo atendía a los más influyentes. Lo que allí estaba en su puesto era el cuartel de la guardia civil, para proteger a los ricos y atemorizar a los pobres con sus procedimientos crueles.

Desde niño me fijaba en la conducta de los más ricos del lugar, que hacían de caciques, y llegué a la conclusión que el rico era un ladrón o el hijo de un ladrón, frase acertada atribuida a San Basilio. Uno de aquéllos llamado Castelo, había estado con otro hermano empleado en Filipinas donde además de robar a los nativos, parece ser robaron y asesinaron a un viejo chino. Volvieron a Guadalcanal y uno se dedicó a la usura y a la conquista de buenas mozas, engendrando varios hijos de aquellas infelices mujeres. El otro hermano murió loco, según se decía atormentado por los crímenes que había cometido en Filipinas. Los Castelos tenían una hermana muy bella y una vez que pasó por el pueblo un político se la llevó de querida, colocando a los hermanos en las islas Filipinas.

Otro de los más ricos era un canónigo llamado "El Padre Mariano", que vivía en un palacio de mármol que hizo construir, en el que tenía un suntuoso harén de mujeres. Un hermano del canónigo, llamado don Curro Arriva, que frecuentaba mi casa, le contó a mi padre lo siguiente: "Mi hermano tenía en el cercano pueblo de Llerena relaciones amorosas con una beata muy rica, y ésta le entregó un tesoro de oro y alhajas que tenía. Un día me lo hizo ver y quedé asombrado de tantas riquezas, mientras me decía «esto será para ti, pues no tengo otros herederos, así que puedes dejar tus estudios de abogado y ocuparte de administrar la que será tu futura hacienda». Así lo hice, y cuando murió lo había gastado todo en sus vicios, no quedándome más que gastos y disgustos. Un banco se incautó del palacio y de la finca de campo San Miguel, con capilla y todo, que valía por lo menos dos millones de reales. "Si hubiera

infierno -terminó diciendo el amargado don Curro-, mi hermano estaría ardiendo en el peor sitio".

* * *

La religión católica, de la peor índole, dominaba en el pueblo. Había tres grandes iglesias parroquiales con altas torres cuadradas de piedra provistas de campanas que en los días festivos atolondraban al vecindario, pues había una pugna de los monaguillos por ver quién tocaba más fuerte. La iglesia de Santa María estaba unida a un antiguo palacio en ruinas, del que se conservaba un alto arco de piedra, en cuyos pilares habían grabado dos guerreros o santos, que los muchachos apedreábamos con frecuencia, tomándolos por judíos. Además había pequeñas capillas como la Concepción, San Vicente, San Benito y la Caridad. Había un convento cerrado, el Espíritu Santo, en el que últimamente se colocaron unas monjitas para educar a las niñas de los ricos. En las ruinas de un antiguo convento de San Francisco se hicieron excavaciones y se sacaron numerosos cráneos de frailes, que nos sirvieron para tirar al blanco con balas. A más de cuatro kilómetros de la población se conservaban bien atendidas las capillas de San Miguel y de la Virgen de Guadalupe, patrona del pueblo, donde los devotos iban de romería. Por lo visto los habitantes de aquel pueblo respiraban una atmósfera de peste religiosa.

Una de las ceremonias religiosas que más se han grabado en mi memoria era la del célebre Rosario de la Aurora. Las noches de invierno solían ser imponentes en aquellos pueblos de la sierra. Yo era muy niño y me despertaba en mi camita asustado por el ruido del viento y de la lluvia. En el silencio de la noche, interrumpido a ratos por los elementos desencadenados, se oía a lo lejos el sonido de una campanilla que se iba acercando lentamente hasta pasar frente de mi casa. Era uno de los hermanos del Rosario que tenía la misión de despertar a los otros para que se reunieran en la iglesia de San Vicente. La campana de aquella iglesia lanzaba sus escandalosos sonidos, unidos a los del viento y de la lluvia. Cuando estaban todos los hermanos reunidos sacaban en

procesión a la Virgen del Rosario, y allí iban por aquellas calles gritando como locos. Se detenían en su marcha en las casas que les dejaban en las ventanas algunas monedas, y arreciaban con sus cantos; entraban en las casas de los enfermos y de los muertos, aumentando sus oraciones con una exaltación extrema. Luego supe que uno de los motivos que unía a los hermanos del Rosario, antes de partir para sus labores del campo, era la cantidad grande de aguardiente que consumían en la sacristía de la iglesia, acicate de las voces y lamentos que daban por las calles del pueblo.

De vez en cuando el jolgorio religioso llegaba hasta el paroxismo, cuando aparecían por allí los padres misioneros, tan deseados por las mujeres. Eran unos frailucos que colocaban una tribuna en la plaza pública y allí se despachaban a su gusto vociferando como energúmenos. Y llegaban a ejercer una influencia extraordinaria en las mujeres, que por oírlos abandonaban sus quehaceres domésticos más urgentes. "No se vayan ustedes, padres misioneros", les gritaban las mujeres al marcharse, y a uno de ellos le descompusieron un brazo, tratando de detenerlo.

Hay que advertir que las mujeres del pueblo se desvivían por las sotanas y corrían detrás de ellas, así que no pasaba sacerdote que no dejase una santa descendencia. Uno de estos curas tenorios, joven y guapito, se dedicaba activamente a la tarea de multiplicar la especie con extraordinario éxito; tuvo un hijo del ama de la casa de huéspedes en que paraba, una jamona sin cejas que tenía fama de fea. El escándalo tomó tales proporciones que el obispo de Sevilla, hombre ilustrado que conocía el neomalthusianismo, acabó por trasladarlo del pueblo e inutilizarlo para que no siguiera como cura engendrando seres humanos sin preocuparse de quién tendría que mantenerlos.

Cuando era grandecito, un día me contaron mis padres cómo se habían separado de la religión católica, rechazando las otras, tan falsas como ésta. En frente de la casa que tenían se encontraba la iglesia de San Sebastián, y una vez arrendaron unas habitaciones al cura que vivía con un ama o querida. Cada vez que nacía un niño a término de aquella santa pareja, lo ahogaban al nacer y luego lo descuartizaban y lo arrojaban al retrete.

Una vez se cometió un robo en aquella iglesia, llevándose el ladrón oro y plata en abundancia. El ladrón era el cura que después hizo una fábrica de monedas falsas, dejando enriquecidos a sus herederos, que derrocharon el capital en el alcohol, el juego y la prostitución.

En las iglesias no sólo se encontraban el oro y la plata, sino también los objetos de arte antiguo que se vendían muy bien a los ingleses y americanos. En 1914 me encontraba en Londres y me había acogido a una amnistía dada con motivo de la guerra. Fiel visitador de los museos, el día antes de salir de Londres, visité un Museo de Arte Antiguo que se abría al público, y cuál sería mi sorpresa al contemplar numerosos objetos que se habían comprado en las iglesias de los pueblos de Andalucía, probablemente vendidos por los curas párrocos. Y el negocio siguió con los pocos objetos artísticos que quedaban, pues mientras me encontraba en Guadalcanal desapareció de la iglesia de Santa Ana, robado por el cura, para venderlo a los ingleses, una bella escultura de San Joaquín, tallado por el famoso Alonso Cano.

* * *

De los recuerdos de mi niñez conservo dos que influyeron mucho en la conducta moral que he observado toda mi vida y que voy a relatar a continuación:

La primera vez que hice conocimiento con la guardia civil tendría yo de 5 a 6 años de edad y era tan pequeño que todavía mi padre me llevaba en sus hombros a la cama, cuando la familia se retiraba a descansar. Sin embargo, me impresionó tanto la escena que voy a contaros, y se grabó de tal manera en mi cerebro, que parece que fue ayer cuando tuvo lugar, por lo claro que apercibo las imágenes que se sucedieron entonces. Era una noche muy mala de invierno y el agua y el viento azotaban con furia nuestra vivienda. Los inviernos eran terribles en el pueblo andaluz en que vivíamos. La familia, sentada, rodeaba la camilla, una mesa redonda vestida con bayeta y cubierta por hule, en cuyo

interior había un brasero que caldeaba la estancia. Cada uno se ocupaba en silencio de sus labores, leyendo unos y cosiendo las otras. Pero de improviso penetraron en la estancia dos hombres extraños, que yo no había visto hasta entonces y que en el futuro habrían de seguirme siempre, como la sombra al cuerpo: era una pareja de la guardia civil.

Vestían un uniforme de color azul, un capote de tela gruesa y un sombrero de hule; cada uno llevaba en sus manos un fusil y de la cintura colgaba una bayoneta. Eran de edad madura, altos de cuerpo, de rostro duro y amenazador y de grandes bigotes negros. Después supe que eran guardias civiles, los más fieles guardadores del orden social y del dinero de los ricos. Entre ellos venía encuadrado un joven campesino, como de veinte años de edad, un jornalero andaluz, la mayor parte del año sin trabajo, que más tarde había de ser mi fiel compañero de luchas, pobremente vestido, descalzo y con un saco pesado sobre sus espaldas. El agua de lluvia, que caía a torrentes, lo había empapado de pies a cabeza, lo que le daba un aspecto más miserable. Aquel joven de cara agradable, de frente despejada, de tez morena, de ojos grandes y negros, enmarañado cabello del mismo color, no tenía razón de temor, y sus ademanes eran modestos, y su mirada tranquila y penetrante. Como si fuera consciente de una conducta irreprochable.

Uno de los guardias civiles se dirigió a mi padre y, señalando al pobre campesino, le dijo: "Hemos cogido a este ladrón robando castañas en su propiedad y aquí lo traemos para que usted lo conozca, antes de pasarlo por el cuartel (para darle una paliza) y llevarlo después a la cárcel".

-Pongan ustedes en libertad a ese hombre -contestó mi padre con voz firme-, que no es un ladrón, sino un honrado campesino, muy pobre como todos los de su clase, por carecer de tierra que cultivar ni trabajo que hacer. Yo le di un permiso verbal, como a tantos otros, para que cogiera castañas y no pasaran hambre este invierno.

La guardia civil, que ya sabía cómo se pensaba y obraba en aquella casa, aceptó con incredulidad la orden de mi padre y puso en libertad al labriego, que se marchó a toda prisa con el saco de castañas para que las comieran los suyos.

Poco después llegó a casa el padre del joven acusado del robo de las castañas, un anciano campesino de pelo blanco encorvado por el peso de los años y de un trabajo abrumador, con los ojos llenos de lágrimas, y después de dar las gracias a mi padre, con voz entrecortada por los sollozos, quiso besarle la mano y arrodillarse a sus pies, lo que éste impidió, advirtiéndole que no había motivo por su parte de agradecimiento, porque él había obrado en justicia y como su hijo merecía. Mi hermano, aunque muy joven, conocía las ideas de Proudhon y de Pi y Margall, y le dio al viejo campesino una ligera plática sobre la injusticia de la propiedad privada y lo invitó a combatirla con energía, uniéndose para eso con sus compañeros de infortunio.

Cuando salió el anciano, entonces erguido y reconfortado, mi padre y hermano comentaron lo ocurrido, que yo escuchaba con atención, y supe que había unos hombres, los campesinos, condenados a la miseria y a la esclavitud, como había otros hombres, salidos también del pueblo, los guardias civiles, convertidos en mercenarios y en verdugos de sus propios hermanos y al servicio incondicional de los que habían despojado al pueblo de sus tierras.

Y desde aquel momento, no vacilé y tomé el partido de los primeros, de los campesinos, que me abrieron sus brazos como hermanos, en contra de los segundos, de los guardias civiles, al servicio de los malvados, que me han perseguido con saña toda mi vida.

El crimen monstruoso de apoderarse de la tierra, que es de todos, por unos pocos explotadores, engendró otro crimen mayor, la rotura de la ayuda y la división de los hombres en esclavos y verdugos, ambos extraídos del pueblo trabajador, sin libertad, sin tierra y sin trabajo.

En otra ocasión, mi padre fue llamado con urgencia a una fábrica de harinas y aceites que había en aquel pueblo, y el gerente le comunicó que el encargado de su campo lo estaba robando en la cogida de las aceitunas, depositándolas en otro lugar que en el suyo, y como dudara de lo que le decían, lo llevaron a un piso alto y desde una ventana se apercibió del fraude de su empleado. Como no había lugar a dudas, el gerente ordenó la detención inmediata del ladrón, a lo cual mi padre se opuso resueltamente y consiguiendo que aquel hecho no se divulgara y que su encargado siguiera en el mismo puesto que

tenía hasta que se terminase la cogida de las aceitunas. Si no hubiera sido así, aquel hombre, después de recibir una tremenda paliza en el cuartel de la guardia civil, hubiera sido condenado a varios años de prisión, y después de su salida de la cárcel a no encontrar trabajo con facilidad.

Mi padre era anarquista sin saberlo, como tantos otros, y hubiera vivido feliz en una sociedad anarquista.

* * *

En aquellos pueblos andaluces, los hombres que tenían algún desahogo económico, pasaban más tiempo en el casino que en su casa, por lo general hablando necedades. Mi padre aborrecía el casino, como después sus hijos, considerándolo un centro de vagos, y nunca lograron atraerlo a aquel lugar. En cambio, siempre que tenía algunas horas desocupadas las pasaba en el campo labrando la tierra.

Entonces poseía una bella finca campestre, a cuatro kilómetros del pueblo, con olivar, huerta, viña, árboles frutales, muchas flores y varios estanques con agua cristalina para regar las siembras. Todas las noches llevaban a mi casa una carga de flores olorosas que perfumaban la estancia y servía a las mozas para adornarse el cabello. Por lo general acompañaba a mi padre en sus paseos, unas veces a pie y otras montado en una borriquita blanca que era mi delicia. En los lugares agrestes mi padre me cogía de la mano, pero en los llanos la borrica corría delante y saltaba como una cabrita. ¡Qué tiempos aquellos! Pero después huyó la alegría y la vida se fue ennegreciendo, al vivir en el manicomio de los hombres.

El camino era pedregoso, y en algunos trechos bordeado por toscas paredes de piedra que lo separaba de ricas fincas sembradas de olivo. Por lo general era estrecho, pero en un lugar se ensanchaba en forma oval, limitando un espacio de unos 200 metros de largo y 150 metros de ancho. Este terreno era

estéril por lo rocoso, con escasas yerbas y algunos matujos sequerones, que con dificultad aprovechaban la cabra o algún asno hambriento. Ni un hilo de agua corría por aquella sedienta tierra.

Un día que pasábamos por allí, pudimos observar a un hombre que marchaba de un lado a otro, como si buscase algo en el suelo. "¿Busca usted algo?", le preguntó mi padre por curiosidad, viéndole en actitud tan extraña.

-Exploraba esta tierra que no tiene amo -le contestó-, y que produciría sus frutos, a condición de que se la trabajase duro.

-Seguramente le daría de comer-le dijo mi padre, que había hecho milagros en el trabajo-. No la dejes de trabajar -continuó- que el trabajo tiene su recompensa, si no es explotado por otro.

Al día siguiente, al pasar por el mismo sitio, observamos que aquel hombre no estaba solo, sus tres hijos le acompañaban, grandes y robustos como el autor de sus días. Por los gestos que hacían parece que discutían sobre el plan de trabajo a seguir. Después volvieron con sus instrumentos de labor y se pusieron a trabajar la tierra, silenciosos y sin contestar a los curiosos que los interrogaban al pasar por el camino. Fueron triturando las rocas blandas, como la pizarra, y respetando, por necesidad, las duras como el granito. Los huecos pequeños que quedaban entre las rocas los rellenaron de tierra y los sembraron de árboles. Se abrió un pozo del que manaba abundante agua potable; se construyó una alberca; se cerró el terreno cultivado con una pared hecha con las piedras que arrancaron de la tierra.

Como era un lugar de mucho paso, todos los que por allí transitaban se detenían un rato y conversaban sobre lo que se hacía. Primero era la burla, después el respeto, y por último, la alabanza. Pero estos hombres imperturbables continuaban su trabajo en silencio y sin preocuparse del juicio de los otros. Como se hablaba mucho del esfuerzo de aquellos campesinos, se llamó a aquel lugar la "Huerta de las conversaciones", y todavía conserva ese nombre.

Pasaron los años y contemplamos, convertido en vergel, lo que antes era un erial. Había una huerta que producía toda clase de legumbres; había árboles

frutales de los que se daban por allí: higueras, manzanos, perales, melocotones, ciruelas, membrillos, etc., algunos olivos y una viña. Una casita blanca, rodeada de enredaderas y flores de todos los colores, servía de vivienda a la familia. Y seguían aquellos hombres trabajando la tierra que les daba para vivir sin someterse a la esclavitud del salario.

Haría falta la pluma de un Víctor Hugo para describir a aquellos trabajadores de la tierra, como había descrito a los trabajadores del mar. Y siempre que pasábamos por allí, se detenía mi padre en el camino y saludaba de lejos con el sombrero a unos hombres, que según me decía, son a los que debe premiar la humanidad, no a los sangrientos guerreros y conquistadores.

El caso a que me refiero no era raro en Andalucía y Extremadura. Lo observé con frecuencia.

En la provincia de Badajoz, lindando con la de Ciudad Real, había varios montes altos y escarpados, muy difíciles de trabajar, que nadie aprovechó ni reclamó como suyos. Los trabajadores de la tierra los cogieron ansiosos y se pusieron a trabajar como desesperados, y sembraron olivos hasta las más altas cumbres, y los valles de huertas y árboles frutales, con mejor tierra y abundante agua. La labor fue muy dura, pero el trabajo rindió abundantes frutos, y lo que era un erial se convirtió en un rico vergel. Los exquisitos frutos de aquel lugar abastecieron al mercado de la ciudad de Almadén.

En mis correrías por los lugares más apartados de Sierra Morena me encontraba con familias de campesinos que habían cogido un pequeño rincón de tierra abandonado al margen de una extensa finca de propiedad particular, y allí vivían en pequeñas chozas, criando algunos animales y cultivando un trozo pequeño de tierra, que les producía lo necesario para vivir sin amo. Conversaba con ellos y siempre mostraban la dignidad del hombre y aspirando al triunfo del comunismo libertario.

* * *

¡Pero qué atrasado se vivía en aquel pueblo dominado por malvados e imbéciles! Era yo muy niño y tenía una fiebre alta; la sed me atormentaba y

hacía sufrir horriblemente. "¡Madre! ¡Madre! -gritaba-, tengo sed, dame una poquita de agua que no me muera". Y como entonces se creía que el agua era mala con la fiebre, me la negaba con los ojos cegados por las lágrimas. Y yo soñaba con el agua que en aquel territorio tanto abundaba en ríos, arroyos y fuentes.

Una hermana mía sufrió paludismo durante siete años, y cada vez que tenía una recaída en su enfermedad, se le daban unas píldoras de quinina hechas con migajas de pan. A consecuencia del paludismo, murió de una nefritis, tan joven, tan bella y tan buena. ¡La mató la ignorancia lugareña!

De mi vida escolar conservo los peores recuerdos. El local de la escuela era un espacioso salón que tenía la apariencia de una bodega. Sus paredes estaban adornadas con grandes cromos de la historia sagrada, en los que se desarrollaban escenas horripilantes, como el diluvio universal. Dos ventanas daban a la calle, y una tercera a un corralillo en el que se encontraba la cárcel. Ésta era una mazmorra inmunda en la que había un armatoste de hierro, en el que acostaban al preso peligroso y se le fijaban las piernas con unas argollas. Los niños miraban con horror aquel instrumento de tortura. El tiempo que pasaba en la escuela se me hacía interminable, y no pensaba en otra cosa que en la hora de la salida, y así hasta el mismo maestro que con frecuencia mandaba a un discípulo a ver qué hora era en el gran reloj de la torre. El maestro tenía a su lado una vara para pegar a los niños, y siempre que podíamos se la escondíamos, pero él la sustituía por otra que tenía de reserva. "La letra con sangre entra", era su divisa.

Bajo las órdenes del cura, el maestro tenía que llevar a los niños a confesar y tomar parte en todos los desfiles religiosos. Cuando yo me apercibía de lo que se trataba, me escapaba de la escuela con el consentimiento de mis padres. Los maestros cobraban un sueldo mezquino y siempre con retraso, así que se hizo proverbial la frase "tiene más hambre que un maestro escuela". El día que mis padres decidieron sacarme de la escuela, fue un día de gozo para mí. Sin embargo, yo era bastante aplicado y aprendí bien, no en la escuela, sino en las lecciones que me daban en casa.

* * *

Desde niño fui un amante apasionado de la madre Naturaleza, madrastra muchas veces. Con frecuencia hacía una escapatoria y me recreaba en los sitios más recónditos y bellos de la Sierra Morena. Seguía el curso de los ríos y de los arroyos, bordeados por las rojas adelfas y los verdes álamos y sauces. Subía a las ásperas montañas cubiertas de matorrales, entre los que colgaban, como zarcillos, los encendidos madroños. Visitaba las cavernas, parecidas a catedrales subterráneas, de cuyos techos colgaban las estalactitas, que en el transcurso de los años, se unían con las estalagmitas que se elevaban del suelo, formando altas y robustas columnas. Me arrastraba por las estrechas galerías, y me colgaba con una soga hasta el fondo de los pozos. En los animales, las plantas, las rocas, en todas las manifestaciones de la vida encontraba un motivo de observación. Y de noche, aquellas noches embriagadoras de Andalucía, tendido sobre el mullido césped, contemplaba el cielo rociado de estrellas, la plateada luna, la vía láctea, como faja de luz y escuchaba los chillidos de las aves nocturnas. Pero lo que más me encantaba era acechar la aurora del nuevo día y la salida del padre sol, dando vida a todos los seres con su calor y luz. Me levantaba un poco antes de amanecer y me subía a lo más alto de un montículo, esperando la luz del día. Primero era la perdiz, la que en plena noche todavía cantaba al día cercano; ladraban los perros en la lejanía; escuchaba el mugir de las vacas y el balido de las ovejas. Un tenue rayo de luz rasgaba el horizonte lejano. Las estrellas desaparecían unas tras otras, y la vía láctea perdía sus contornos. Y después, un rayo de sol naciente, iluminaba el paisaje de oro. La alondra subía a grande altura y saludaba con sus trinos la llegada del nuevo día.

* * *

Desde que aprendí a leer, buscaba los libros con pasión. Mi hermano tenía una biblioteca escogida de autores nacionales y extranjeros, cuyos libros iba leyendo y le interrogaba sobre los puntos que no comprendía. Mis padres nos advirtieron que para aprender y comprar libros, nos proporcionarían todo el dinero necesario, así que con frecuencia llegaban pedidos de libros que nos repartíamos. Además se recibían periódicos de ideas revolucionarias, que repartíamos entre los aficionados a la lectura, como *Las Dominicales, El Motín, Don Quijote, Justicia, El Cencerro, El Productor* y otros. Cuando no sabía leer, escuchaba la lectura de los otros, y cuando pude, los leía por mi cuenta. Aquellas lecturas me fascinaban por completo.

En aquel pueblo había un nutrido grupo de republicanos, la mayoría federales, rayando en las ideas anarquistas, pertenecientes a la clase acomodada y a los artesanos. Además los campesinos, sin tierra ni pan, aspiraban al comunismo libertario; éstos respondían siempre al llamamiento de los republicanos. Todos se mostraban anticlericales, como respuesta a la intromisión del clero en todos los asuntos y su apoyo a los ricos y autoridades. De vez en cuando tocaban los músicos del pueblo que recorrían las calles. Se reunían por centenares los republicanos, y se constituía un Comité Republicano. Desde el primer momento yo me apuntaba de socio y enseñaba a leer a los más pequeños, en una escuela laica que teníamos. Pero había poca constancia en aquellos hombres, disminuyendo cada día los socios, quedando siempre un pequeño número que cerraba el local esperando tiempos mejores.

Cuando se proclamó la primera república, los campesinos de aquel lugar se imaginaron que había sonado la hora de la justicia social, y se apoderaron de las tierras incultas y comenzaron a trabajarlas, pero fueron arrojados violentamente por los soldados y durante mucho tiempo fueron molestados por las autoridades judiciales. Más avispados que los políticos republicanos, fueron los campesinos. Para ellos la república tenía que resolver el problema de la tierra, pero los otros no lo entendieron así en los dos ensayos de república que hicieron.

Era todavía un niño cuando herían profundamente mi sensibilidad las desigualdades e injusticias que observaba entre los hombres. ¿Para qué vivir tan mal cuando era tan fácil vivir bien? Entonces me di cuenta de las causas

que se oponían a la armonía de los hombres: la propiedad privada, en manos de los que no trabajaban, y la autoridad al servicio de los explotadores. Y como ya había leído algo sobre las revoluciones de los pueblos, en particular de los franceses, decidí sumarme a los hombres que luchaban por una revolución salvadora en España. Al leer algunos escritos anarquistas me sorprendió encontrar en ellos ideas en concordancia con lo que yo pensaba. Confieso que me impresionó favorablemente la conducta heroica de los mártires de Chicago, así como la vida ejemplar de Fermín Salvochea, del que tanto se hablaba por aquellos lugares. Decididamente me declaré anarquista, y pronto me siguieron la mayor parte de los republicanos federales que allí había, como mi hermano y Juan Antonio de Torres Salvador, un intelectual de valía.

* * *

Disgustados mi hermano y yo de vivir en un medio social que tanto nos repugnaba, decidimos pasar la vida en el campo, en una hermosa finca que mi padre tenía a una legua de la población. Y allí nos aposentamos, trabajando a ratos la tierra, y otros admirando las bellezas de la naturaleza, cultivando la amistad de los libros, haciendo estudios de historia natural, y, al mismo tiempo, tratando de despertar la inteligencia de los campesinos de los alrededores, para prepararlos a vivir en la sociedad futura.

Un día llegó a Guadalcanal a pasar unas vacaciones de estío, un hombre que había de influir mucho en nuestras vidas. Me refiero a don Francisco Barnés, catedrático de Historia Universal en la Universidad de Sevilla, acompañado de su esposa, una bellísima mujer, y de dos hijos de pocos años, Domingo y Francisco, que más tarde alcanzaron renombre en la esfera de las letras españolas. Barnés había sido sacerdote católico, a cuya carrera renunció, y fue amigo de Salmerón, participando en sus ideales. Un día, en sus paseos por el campo, llegó allí Barnés y quedó sorprendido de nuestra manera de ser y de pensar. Entonces insistió con mi padre para que nos sacara de allí y nos

mandase a Sevilla a estudiar una carrera, siendo así más útiles a los hombres. Y de allí salimos con no pocos pesares. Ése fue el origen del cambio de nuestro rumbo en la vida. A veces me acuerdo de aquel lugar tan bello y de la vida que hacíamos, y siento haberlo dejado, pero luego reflexiono y me conformo. ¡Había que vivir entre los explotados y humildes para ayudarlos en sus dolores!

* * *

Pero la semilla que arrojamos en el surco social germinó más tarde y cuando estalló la revolución popular contra la agresión fascista, se sublevó en masa el pueblo de Guadalcanal. Se sacaron de todos los edificios religiosos los objetos combustibles, como imágenes de madera, altares, retablos, etc., y los amontonaron en una alta pirámide en la plaza pública. Se prendió fuego a la pira y las llamas iluminaron con sus resplandores todo aquel territorio, hasta las más altas montañas. A pocos pasos estaban encerrados en el Ayuntamiento los peores fascistas, desde donde contemplaron sus símbolos reducidos a cenizas por el fuego purificador, y después fueron llevados al cementerio y fusilados. El cura principal, que había ejercido influencia perniciosa en el pueblo, fue fusilado dos veces. La primera vez quedó mal herido y a la mañana siguiente lo encontraron con vida, sentado sobre una tumba y rezando, y fue fusilado definitivamente. El cura había equivocado el camino de la vida, y en vez de seguir la doctrina de Cristo, que lo hubiera hecho un hombre feliz, siguió la del demonio, que lo llevó al infierno.

Así se derrumbó la sociedad aquella que se había edificado sobre los cimientos de la injusticia social y el dolor de los hombres. En realidad era una horda hipócrita y malvada donde vivían crucificadas la inocencia y la virtud.

* * *

Dos hombres, nacidos en Guadalcanal, se distinguieron en el cultivo de las letras:

Adelardo López de Ayala (1828-1879), figura en la historia de nuestra literatura como hombre de mérito, sobre todo, por sus obras de teatro. Pero como político fue un verdadero arribista. Escribió el manifiesto de la revolución de septiembre en el que se hablaba de los Borbones como de una raza espúrea. En política, después de revolucionario, fue sucesivamente moderado, de la unión liberal, ministro de la restauración, y era Presidente del Congreso cuando murió. En ocasión de la muerte de la reina Mercedes, pronunció un discurso necrológico, modelo de este género de oratoria. Ni él ni sus familiares, hicieron nada bueno por el pueblo, por lo que fueron muy mal estimados. Uno de sus descendientes fue fusilado por el pueblo en los comienzos de la sublevación fascista.

Juan Antonio de Torres Salvador (Micrófilo). Tendría unos 35 años cuando lo conocí, siendo yo muy niño. Era de familia rica y republicano federal. Publicó en Sevilla el periódico El Pacto; librepensador, tradujo un poema atribuido a Víctor Hugo, "Cristo en el Vaticano", editado por Nakens en forma de folleto. Murió de tuberculosis, poco después de una hija suya, víctima de la misma enfermedad. Abrazó las ideas anarquistas poco después que yo lo conocí y traté. Era una excelente persona, querido por todos.

Con motivo de un atentado con dinamita en Barcelona, culpando a un anarquista de ser el autor, el poeta Manuel de Palacio, en boga en aquel tiempo entre los lectores de El Imparcial, publicó en este periódico una poesía furibunda contra los anarquistas, en la que decía que no quería la libertad de las panteras. Juan Antonio de Torres le contestó con otra poesía, impresa en hoja especial, que circuló mucho por la región andaluza. Con el tiempo transcurrido se ha borrado de mi memoria, y sólo conservo estos versos:

La anarquía es la protesta de Espartaco,

El ilota, elparia en rebeldía,

En un país donde gobierna Caco.

¿Pantera el que no come? ¿Quésería

Pues, el que fleta el "Machichaco"?

El autor habla del "Machichaco", barco que llevaba de contrabando una carga de dinamita que hizo explosión y ocasionó una horrible catástrofe en uno de los puertos del norte de España, Santander. Aquel barco pertenecía a los jesuitas.

Sevilla

Con frecuencia mi familia iba a Sevilla, a 60 kilómetros de Guadalcanal, a pasar las fiestas de Semana Santa y Feria. Aunque era muy pequeño, hay escenas que no he olvidado.

Era una madrugada y toda la familia estaba en movimiento esperando al arriero Pepe, que los llevara a Sevilla, porque entonces no había servicio de trenes. Por fin, con júbilo de todos, apareció el arriero con sus recuas de burros, de cuyos cuellos colgaban grandes cencerros. Pepe era un hombre alto y delgado, encorvado, de edad madura, con los carrillos chupados por falta de dentadura. Una ancha faja roja rodeaba su cintura, que al mismo tiempo que de abrigo, le servía de bolsillo para guardar el pañuelo de la nariz, la petaca del tabaco y otras cosas de uso diario. Las mujeres se acomodaban en hamugas (1) y a mí me llevaba mi madre sobre las faldas. Pero habíamos andado un corto trecho, cuando me puse a llorar como un desesperado. Entonces mi padre se bajaba de su caballería, me cogía en sus brazos y marchaba a pie. De hombre viajé mucho a pie por las carreteras de Andalucía y Extremadura, de una cárcel a otra, conducido por la guardia civil; pero nunca perdí la afición, tanto que una vez emprendí un viaje a pie desde París al Cabo Norte, pero no pasé de Ámsterdam, no por mi culpa, sino por la de mi acompañante que se rajó, como dicen los mexicanos. Esta particularidad fue heredada de mi padre, que prefería ir a pie antes que a caballo, aunque lo tuviese a su disposición.

En la época a que me refiero todavía solía haber alguno que otro bandido merodeando por los vericuetos de Sierra Morena, pero la costumbre era otra. En vez de "¡manos arriba!", se gritaba "¡boca abajo!", y los viajeros se bajaban apresuradamente de sus cabalgaduras o carruajes y se tendían en la tierra boca abajo, mientras los bandoleros les apuntaban con sus trabucos y los despojaban de los objetos de valor que llevaban. El último de los bandidos célebres en aquella época fue Andrés el "Barquero de Cantillana", capitán de una partida de ladrones que recorría aquellos lugares, y que alguna vez mi abuelo materno tuvo que enterrar en los almiares de paja para salvarlos de las

persecuciones de la guardia civil, que acabó por darles muerte. Siempre había algo de social en la vida de aquellos hombres, y por eso contaban con la simpatía popular. Todvía recuerdo esta copla que se cantaba por allí:

¿Adónde va Diego Corrientes

por los caminos de Andalucía,

el que a los ricos robaba

y a los pobres socorría?

En una ocasión paramos en la casa de don Luis Montoto, un poeta de mérito, autor de una poesía "El peregrino" que llegué a recitar de memoria. También era el autor de un libro de poemas titulado Historia de muchos Juanes, en el que estaba como un pegote la historia de Juan el Predicador. Luis Montoto estaba empleado en el Palacio Arzobispal para poder vivir. No sé si eran esas sus convicciones, pero en Sevilla, donde dominaba la clerigalla y el jesuitismo, era muy difícil para los hombres cultos el vivir independiente.

Una vez acompañé a mi familia al teatro, donde la gente hacía cola en la puerta. Gayarre cantaba la ópera la Favorita. También le oí cantar el Miserere, en la catedral. Me impresionaba tanto que quería imitarle y alzaba mi vocecita. De aprendiz de herrero había llegado como cantante a la cumbre de la fama. A su muerte y examinarse la laringe se comentó que tenía un desarrollo mayor que el normal.

Un día me llevaron a la iglesia del Salvador, donde se celebraba un congreso de obispos. Una multitud muy grande formaba una larga cola para ver pasar a aquellos parásitos. Todos eran muy obesos, y se oía decir a la gente: "Éstos comen mejor que nosotros". Uno de los más cebados, resbaló y cayó redondo al suelo, lo que motivó una carcajada de algunos de los presentes. Una beata gritaba furiosa a los que se mofaban de la caída: "Donde no hay religión, no hay corazón".

Otra vez fuimos a la puerta del Alcázar a ver salir al rey. Un grupo de personas de humilde aspecto esperaban su salida. El rey salió en coche acompañado de su madre; era un peloncillo, de cabeza gorda y rostro enfermizo, y tendría de 4 a 6 años. Los papanatas arrojaron una lluvia de memoriales pidiendo alguna cosa. La reina madre protegía la cabeza del rey con la mano, para que los memoriales de aquellos pedigüeños no le hicieran daño. Nadie se hubiera imaginado las persecuciones que tuve toda mi vida a causa de aquel funesto monigote.

Las visitas frecuentes de mi tía Amparo, que la mayor parte del tiempo lo pasaba en Sevilla, las esperaba con impaciencia, por los juguetes que me traía. Era una solterona muy inteligente y enérgica, con un sentido común extraordinario. Amante de la instrucción, le dio la carrera del magisterio a varias sobrinas, y a un sobrino lo hizo cura "porque era el más brutillo de la familia". En esto se equivocó, porque era hombre inteligente, bueno y democrático.

Mi madre había nacido en Cantillana, a veinte kilómetros de Sevilla, bonito pueblo situado en la confluencia de los ríos Guadalquivir y Viar. Todos los años nos llevaba a pasar unos días en su pueblo. Todavía vivía mi abuela materna, varias hermanas, y numerosos primos y otros parientes. La gente de aquel pueblo era muy beata y aficionada a los toros. Estaban divididas en dos bandos, asuncionistas y pastoreñas, es decir, devotas de la virgen de la Asunción o de la Pastora. Ambos bandos se odiaban ferozmente. Un rico comerciante se gastó un millón de reales en construir una plaza de toros. La gente aquella era buena, pero con pocos sesos. Ahora bien, cuando llegaron allí conmigo los anarquistas para fundar la obra generosa del Sanatorio Antituberculoso, el pueblo de Cantillana se transformó por completo y nos prestó la más desinteresada ayuda. Sobre esta obra tendré ocasión de referirme más adelante.

* * *

Después de la intervención de Barnés, mi hermano dejó la vida campestre y marchó a Sevilla a estudiar la carrera de Magisterio, con la cual, según decía,

podía hacer más daño al enemigo reaccionario. Al mismo tiempo estudiaba el grado de Bachiller para seguir la carrera de Filosofía y Letras. Yo me marché también a Sevilla, y unas veces estuvimos alojados en casas de huéspedes, y otras veces vinieron mis hermanas y tomamos un piso para vivir.

Un día fui testigo de una maniobra inmoral que se repetía en todas las oposiciones a cargos públicos. Juan Cacho y Manga era el secretario de la Escuela Normal de Maestros y por aquel entonces se celebraban unas oposiciones a escuelas públicas, con un miserable sueldo de 825 pesetas anuales. En una habitación contigua a la mía, separada por una cortina, se entablaba este diálogo entre el secretario y un opositor: "Si usted, quiere obtener en las oposiciones la escuela que desea -decía el secretario-, no le cuesta más que 1.500 pesetas".

Por lo visto, los bandidos de Sierra Morena se habían pasado y operaban en los puestos oficiales.

En aquella época me examiné de ingreso en la Escuela Normal de Maestros y en el Instituto Provincial de Segunda Enseñanza, siguiendo los estudios de este último, por ser de poca edad para los estudios del Magisterio.

De los cinco años que estudié en aquel Instituto no conservo buenos recuerdos. Los alumnos no eran muy numerosos, pero en cambio había varios colegios oficiales, como el de San Ramón, San Lorenzo y otros, todos con nombres de santos, repletos de alumnos internos de las familias acomodadas y ricas de la provincia. Además, una institución religiosa, los Escolapios, contaba con numerosos niños, que al final de curso eran allí examinados por los profesores del Instituto. Por otra parte, en la vecindad del Instituto había un cura que tenía un colegio con numerosos niños matriculados en el Instituto, que él educaba y conducía a las clases. Entre ellos se encontraba un "sobrinito" del sacerdote que sobresalía como el mejor estudiante del Instituto. El profesor de matemáticas, hombre de dudosa moralidad, era el protector del cura a cambio de costosos regalos. El clericalismo lo invadía todo, aunque el espíritu liberal dominaba en algunos profesores, y el viejo Meneses, catedrático de agricultura, sostenía con tesón sus ideas republicanas. Los alumnos oficiales que seguíamos los cursos del Instituto, éramos los parias de

aquella institución y los que cargábamos con los "suspensos", porque los restantes, distribuidos en los colegios religiosos, tenían con seguridad aprobado el año.

Recuerdo con cariño a un anciano profesor de latín, de nacionalidad italiana, llamado Giralti Pauli, que me tenía en mucha estima como estudiante y me hacía leer en las clases las traducciones que yo hacía de Cicerón, Horacio y otros. Como me era muy penoso buscar en el diccionario la significación de las palabras que desconocía, trataba de enterarme y entonces hacía una traducción libre que el bueno del profesor aplaudía.

Pero mi estudio favorito en aquella época era la Retórica y Poética, tanto por la materia que trataba como por el autor de la bella obra de texto, Narciso Campillo, que yo conocía por sus artículos antirreligiosos publicados en Las Dominicales con pseudónimo de "Un Sacristán Jubilado". El profesor de esta asignatura era el canónigo y poeta de asuntos religiosos Luis Herrera, que hacía una traducción en versos libres de La Eneida de Virgilio, y que todos los días llevaba los pliegos de la imprenta a la clase para que yo los leyera en voz alta y se corrigieran. Aquel sacerdote era un hombre muy democrático y estimado por todos.

En cambio, había en el Instituto un profesor de Psicología, Lógica y Ética, llamado Vicente Peñalver, un cavernícola formidable con ribetes de inquisidor. Para aquel hombre no había otra filosofía verdadera que la Escolástica y otro filósofo que Santo Tomás de Aquino. Insultaba en sus lecciones a todos los filósofos y cuando hablaba de Kant, el célebre filósofo alemán, hacía un juego de palabras y le llamaba el can, el perro. Tenía escrito un libro de texto detestable y obligaba a los alumnos a que se lo aprendieran de memoria, palabra por palabra y el que no se sabía bien la lección, lo hacía encerrar por un bedel en un cuarto oscuro, como un calabozo, que había en el patio del local. Todos los estudiantes le temían mucho y a los que podía les hacía perder un año de sus estudios. Desde que entré en el Instituto me prometí no tolerar a aquel energúmeno. Así que, en las vacaciones de verano, la víspera de seguir su curso, me retiré al campo para que nadie me molestase, y me aprendí el libro de memoria, de manera que fui bien preparado. Aunque confesó en la clase que no había tenido un estudiante tan bueno como yo, lo cierto es que

un día perdí la paciencia y le expuse, ante el asombro de todos, con elocuencia y energía, lo indigno de su proceder, insultando en sus lecciones a filósofos insignes y dignos de todo respeto, y al acabar mi peroración me declaré anarquista, materialista y ateo. Se sorprendió tanto Peñalver de mi inesperada intervención, que se sintió enfermo y llamó al bedel para que le asistiese, dando por concluida la clase de aquel día, con regocijo de los estudiantes que después de felicitarme me ofrecieron su ayuda. No volví más por aquella clase, pero pocos días después al llegar al Instituto, se me acercaron los bedeles y me dieron la enhorabuena, y era que la noche anterior había muerto de repente Peñalver, de una hemorragia cerebral. Al final de curso fui examinado y con éxito por el profesor Manuel Diéguez, el polo opuesto de Peñalver.

* * *

Entonces se publicaba en Sevilla un periódico bisemanal, con el título de El Programa, de tendencia democrática, pero de baja política local. Su director, Ramos García, abría sus columnas a los jóvenes que él creía de porvenir en las letras. Allí publiqué varias poesías y unos artículos referentes a una exploración que hice a las "Cuevas de Santiago", situadas en el término de Cazalla de la Sierra. También colaboraba asiduamente en el mismo periódico Juan Ramón Jiménez, gran poeta y premio Nobel.

También aparecieron varios números de un periódico republicano, El Ideal, editado por Pablo Íñiguez y el estudiante Bernard, en el que colaboraba mi hermano.

Como me aburría de las fiestas de la capital y de los amigos de mi edad, hacía una vida retirada y solitaria, entregado a los placeres que me proporcionaba la amistad de los libros, la contemplación de la belleza de ciertos lugares y la admiración de los edificios artísticos, y en el fondo de todo, mi dolor para los desvalidos. Yo era un muchacho triste, como triste me parecía la sociedad de los hombres que me rodeaban.

Todas las noches pasaba un par de horas leyendo en la biblioteca de los Amigos del País, en la calle Rioja, y de día, siempre que podía, en la biblioteca Colombina de la Catedral, leyendo y soñando, cerca de aquel hermoso patio de naranjos que perfumaba de azahar el suntuoso edificio.

Como era muy grande mi afición a los libros, no dejaba de ir un día por semana al "Jueves", una larga calle, llamada de la Feria, donde se vendían toda clase de objetos, unos en las tiendas y otros colocados en el suelo, entre ellos libros usados, la mayoría religiosos, sin mérito alguno, aunque se encontraban varios tomos de las obras de Feijoo y del Diario de las Cortes de Cádiz. Allí encontré *Los Puritanos de Escocia*, de Walter Scott, que me agradó mucho y que no pude encontrar con ese título en las obras completas de ese autor, en lengua inglesa. Un día tuve la sorpresa de encontrar en el "Jueves" numerosas publicaciones en francés referentes a la Revolución Francesa, entre ellas algunas firmadas por Marat. Parece ser que pertenecían a un francés que vivió algunos años en Sevilla. Pero ¡ay! en aquella ocasión no llevaba dinero y el codiciado material fue adquirido por otro.

* * *

En los años que permanecí en Sevilla, en aquella época, no observé ninguna agitación social ni política que llamase mi atención. Se conoce que el pueblo estaba distraído con sus toros y procesiones. Sin embargo, un día se anunció un mitin público en favor de los torturados de Montjuich, al que me apresuré a concurrir. Aun cuando el salón no era muy grande, estaba atestado de gente. Hablaron varios oradores, entre ellos Lerroux, quien hizo una descripción patética del prisionero Callís y de un hermano de Teresa Claramunt, y fue llamado varias veces al orden por el delegado de la autoridad. La campaña por los martirizados de Montjuich no tuvo en Sevilla el impulso que debía, y era que el fraile y el torero eclipsaban al mártir obrero.

Como había estallado una huelga de las cigarreras y se habían producido algunos disturbios en la calle, con el atropello por las autoridades de las

huelguistas, compré una pistola de dos cañones, y al cargarla, falto de experiencia, se disparó el arma y me atravesó la bala la mano izquierda, herida leve que sólo hirió un grupo de músculos. Me envolví la mano herida con un pañuelo, y llevando la pistola cargada con una sola bala, salí a la calle. Al llegar a la Alameda de Hércules, un escuadrón a caballo de la guardia civil daba una carga sobre la muchedumbre desarmada, que huía dominada por el pánico. Pero yo, a pie firme, disparé contra la guardia civil el tiro que me quedaba, aumentando la confusión hasta el paroxismo. Y cuando pasó el turbión me fui a una Casa de Socorro cercana y me estuvo curando la mano herida el médico Joaquín Ruiz, que era muy conocido de mi familia.

* * *

Mi hermano había terminado sus estudios en la Escuela Normal de Maestros, y obtenida por oposición la escuela de Santiponce, donde había ido a vivir con la mujer que escogió como esposa. Yo continuaba mis estudios en el Instituto y con frecuencia iba a aquel pueblo con él, aprovechando las fiestas, porque también me interesaban los estudios arqueológicos.

Santiponce era un villorrio campesino asentado sobre una parte de las famosas ruinas de Itálica, unido a Sevilla por una carretera regular, que recorría un coche en poco más de una hora. No había más que una calle urbanizada, y varias calles sin urbanizar, cubiertas de tierra y riscos. De las ruinas se conservaba en parte el Circo Romano, aunque un ingeniero poco culto había volado con dinamita algunos muros para arreglar una carretera. Pero donde quiera que se escarbaba aparecía la vieja ciudad romana. En la calle cubierta de tierra, se descubrió un bello mosaico. Los días en que la fuerte lluvia lavaba las calles del pueblo y los campesinos no iban a sus labores, ganaban sus jornales buscando las piedrecitas finas que quedaban descubiertas por las aguas y que habrían servido para anillos y otros objetos de arte. Las vendían a cinco pesetas cada una. Mi hermano había comprado algunas, entre ellas un granate con un guerrero grabado blandiendo una lanza, y un topacio con una cabeza de dos caras, una que representaba la comedia y

otra la tragedia. Un día mi hermano, ayudado por unos trabajadores sacaba un bello mosaico, y teniendo que ausentarse un momento del lugar, dejó instrucciones de cómo debían seguirse los trabajos, pero no se cumplieron y se fueron los obreros a la taberna. Entonces llegaron dos campesinos buscando tierra para unas macetas y encontraron un cántaro lleno de monedas de oro de la época romana. Como se disputasen entre ellos por el reparto del tesoro, el asunto se hizo público e intervinieron autoridades, incautándose de las monedas. Los señores que llegaron de Sevilla para hacer el inventario del tesoro encontrado, se llevaron una buena parte escondida en las mangas de la chaqueta, según nos contaron los guardias civiles que estaban presentes. El oro se había conservado muy bien, pero una barra de plata, que estaba entre las monedas fue tirada, creyéndose que era de plomo. Por indicación de mi hermano fue recogida por unos campesinos y vendida por 700 duros.

Allí había un tipo pintoresco, llamado Remolino, dueño de un terreno a la entrada del pueblo, muy rico en objetos antiguos, algunos anteriores a la época romana. Tenía un pequeño museo con los objetos encontrados, que vendía a los extranjeros que por allí pasaban. Con frecuencia se embriagaba, venía a visitarnos y nos decía tartamudeando: "En el futuro yo figuraré en la historia natural como Don Quijote".

Se encontraba allí, con mi hermano, el doctor Pueyes, que acababa de terminar su carrera de médico y establecido en el pueblo. Fueron íntimos amigos y de la misma manera de pensar. En la casa del médico conocí por primera vez la obra del que fue mi amigo en París, Sebastián Faure, El Dolor Universal, admirada por los dos amigos. Más adelante volveré a hablar del doctor Pueyes, cuando los dos ejercíamos la medicina en Sevilla.

En una ocasión que residía en Sevilla el gran hispanista norteamericano, Archer M. Hutington, pasó algunas veces a las ruinas de Itálica, acompañado por Rodríguez Marín, y no se marchaba sin visitarnos. Estaba interesado en la compra de algunos objetos antiguos que tenía mi hermano, y los hubiera pagado muy bien, porque era muy rico, pero no eran para la venta.

También venía a visitarnos el poeta Muñoz San Román, compañero de estudios de mi hermano, que vivía en el cercano pueblo de Camas. Llegó a

ocupar una cátedra de letras en la Escuela Normal de Maestros de Sevilla, y publicó algunos libros de poesías muy celebrados, sobre todo, sus madrigales, que han sido traducidos a diversas lenguas. Pero a mí la poesía suya que más me agradaba fue una que dedicó a la buena Luisa Michel.

En diferentes épocas se habían hecho excavaciones en las ruinas de Itálica y se habían encontrado muchos objetos antiguos y valiosos que pasaron a diferentes museos o fueron vendidos a los particulares, el más notable de ellos fue una gran puerta de bronce que ocupa un pequeño salón del Museo Arqueológico de Sevilla, en la que estaba grabada una disposición de un emperador prohibiendo las luchas en el circo. Si los objetos de allí llevados, se hubieran conservado en su sitio, habría sido un punto de atracción para los turistas estudiosos.

¿Qué motivó las ruinas de Itálica, la ciudad levantada sobre siete colinas como la soberbia Roma? Nadie lo sabe. Yo hice numerosas exploraciones por mi cuenta en la ciudad subterránea, penetrando por los huecos encontrados, pero todas las vías estaban obstruidas a mi paso por los escombros acumulados. ¿Habría sido un espantoso terremoto la causa de la destrucción de la ciudad romana? No hay pruebas evidentes de un cataclismo de esa naturaleza, pero sí las hay de los asaltos de feroces guerreros que llenaron los pozos con los restos de bellas estatuas hechas pedazos...

Pero quedó algo que será eterno, la canción a las ruinas de Itálica, de Rodrigo Caro, una de las mejores poesías de la lengua castellana:

Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora

campos de soledad, mustio collado,

fueron un tiempo Itálica famosa...

A corta distancia de Santiponce se alza arrogante el convento medieval de San Isidoro del Campo, donde parece que surgieron los primeros religiosos protestantes en España. Allí se conserva un magnífico nacimiento, tallado en

madera, del célebre escultor Alonso Cano, pero la Noche Buena, lo cubría con un lienzo el zafio del cura, para colocar en su lugar unos muñequitos de barro que él hacía. Parece que un cráneo que se mostraba a los turistas perteneció a la mujer de Guzmán el Bueno, el famoso defensor de Tarifa.

* * *

Mis lecturas favoritas en la niñez fueron las que se referían a la lucha heroica de los hombres por romper las cadenas que les oprimían y recobrar su libertad. Apenas si sabía deletrear y ya leía con emoción un libro que me conmovía profundamente: La redención del esclavo, de Emilio Castelar.

Las luchas de Cuba no me eran desconocidas y veneraba en mi corazón a los mártires de aquella causa. La plegaria, de Concepción Valdés (Plácido), que recitaba su autor, camino del suplicio, me la había aprendido de memoria y la repetía en toda ocasión. Algunos años más tarde, en Filipinas, otra víctima de la maldad oficial española, el doctor Rizal, al ser fusilado repetía otra poesía análoga a la de Plácido. Otro de los mártires de la libertad cubana, que intensamente admiraba, era el dulce poeta Juan Clemente Zenea, también fusilado, autor de la bella poesía Las Tres Novias del Poeta (la mañana, la tarde y la noche), cuyas estrofas no he olvidado.

Pero de todas las barbaridades que allí se cometieron, la que me indignaba hasta la exasperación, fue el fusilamiento de los estudiantes de medicina en La Habana, culpados de haber profanado la tumba de un periodista peninsular. Reclamaron tan cruel castigo los militares y residentes españoles en La Habana, que se creían ultrajados en su dignidad; cuando ellos no eran más que unos miserables, ladrones y asesinos.

La última guerra por la independencia de Cuba comenzó el 25 de febrero de 1895, dándose el grito de libertad en Baire. Tendría yo entonces 16 años. Desde el primer momento acogí con el mayor entusiasmo la insurrección cubana, y en ella puse mi corazón. Me encontraba en Sevilla, y lo primero que hacía todas las mañanas al levantarme era un largo recorrido, desde un

extremo de la población en que vivía a la calle Sierpes, donde en la puerta de una librería, que creo era de Fernando Fes, se ponía un cartelito al público con las noticias de mayor interés. Pero lo que a mí me interesaba era lo referente a la insurrección cubana. Aquel movimiento libertador, según la información oficial, era promovido por bandidos de la peor especie, que tomaban por pretexto la liberación de Cuba. Claro está que las noticias que allí se estampaban eran todas favorables a la mala causa española. Un encuentro en la manigua, un tiroteo, huida de los bandidos con muchas bajas, y la muerte de algunos caballos por nuestra parte. Eso era todo. Pero yo sabía a qué atenerme, y desde el primer momento predije la derrota española, porque no creía que pudiera triunfar la injusticia.

Pronto comenzaron a sonar los nombres de los más distinguidos caudillos de la insurrección cubana: Marcí, Maceo, Máximo Gómez y otros muchos, sin olvidar a los combatientes anónimos, dignos del mayor respeto. El 21 de mayo de 1895 murió en combate José Martí. Éste fue un día de júbilo para los imbéciles y de dolor para mí; y desde entonces he recordado con veneración la figura de aquel hombre extraordinario. El 7 de diciembre de 1896 murió otro gran libertador: Antonio Maceo. Aquel día me encontraba en Guadalcanal, donde se desbordó el entusiasmo popular y hubo grandes fiestas. Ni que decir tiene que fui una nota discordante y me puse enfrente de todos, que me miraban con extrañeza. Ya se decía por allí que yo era anarquista, lo que explicaba mi actitud.

La guerra en Cuba se fue complicando y ya no se ocultaba a nadie su gravedad. Se llamaron las quintas con anticipación y yo hacía una propaganda activa a favor de los cubanos, aconsejando a los reclutas que se pasaran a las filas de los insurrectos cuando llegasen a Cuba, porque aquéllos defendían una causa justa.

A la satisfacción por los sucesos de Cuba se unió mi alegría por la insurrección de Filipinas. Había llegado la hora de ajustar las cuentas a los frailes.

El 8 de agosto de 1897, un anarquista italiano, llamado Miguel Angiolillo, que tuvo noticias en Londres de los martirios a que estuvieran sometidos los anarquistas en el Castillo de Montjuich, mató a uno de los mayores malvados

de la política española: Cánovas del Castillo. Entonces me encontraba en Sevilla y con frecuencia se oía decir a la gente: "Todos los días debería de caer uno de esos peces gordos". Yo no pude conocer a Angiolillo, pero años después sí conocí a la persona que le regaló la pistola con que ejecutó al monstruo político.

Una noche surgió en Sevilla una manifestación popular y la muchedumbre atacó el Consulado de los Estados Unidos, arrancó el escudo y la bandera y, hechos pedazos, se arrojaron a una fuente que había en la Plaza de la Magdalena. Mi activa participación en aquellos sucesos no fue patriótica, todo lo contrario, pues yo esperaba la declaración de guerra entre los dos países y que los americanos dieran a los españoles la paliza que merecían. Como entonces había leído el libro París en América, de Laboulaye, sentía por los Estados Unidos la mayor simpatía, que ahora he perdido por completo.

En 1898 terminé en Sevilla mis estudios del grado de bachiller, y me hice el propósito de marcharme a Cádiz, atraído por sus luchas en defensa de la libertad, y sobre todo, con la intención de relacionarme con Fermín Salvochea, el batallador anarquista.

Cádiz

Como dejo dicho, en junio de 1898 terminé en Sevilla mis estudios, y en septiembre del mismo año me matriculé en Cádiz en el curso de Ampliación de Ciencias de la carrera de medicina. Conmigo iba un amigo de Guadalcanal, Isidro Arriva, para hacer los mismos estudios.

Yo tenía una costumbre muy extraña en aquella época, que se prolongó casi toda mi vida, y era que cuando llegaba a una capital, lo hacía de noche, y luego vagaba por la ciudad hasta el amanecer, buscando impresiones nocturnas. El nacer del nuevo día y el bullicio creciente de la gente en las calles tenía para mí mucho atractivo.

Así que cuando llegué una noche a Cádiz, acompañado de mi amigo, estuvimos recorriendo la ciudad y contemplando el mar, que no conocíamos, desde las murallas. Cansados de ir de un lado para otro, sin rumbo fijo, y rendidos por el sueño, decidimos dormir uno y velar el otro, alternándonos. Entonces llegamos a una plaza, cubierta de hermosos árboles, llamada Fragela, y allí decidimos pasar el resto de la noche. Isidro se acostó sobre un banco y a poco se quedó dormido. Yo resistí algún tiempo, pero pronto abandoné mi misión de vigilante y me acosté también en otro banco, colocando la mano sobre el pecho, donde llevaba algún dinero.

La del alba sería, cuando alguien nos movió suavemente y entonces nos despertamos. Ante nosotros se encontraba el que nos había llamado tan temprano. Era un hombre de unos 40 años de edad, alto, delgado, huesudo y vestido de guardia municipal. Se reía a carcajadas de la ocurrencia que tuvimos de tomar como dormitorio una plaza pública. Nos levantamos y nos pusimos a platicar con aquel hombre, que desde el primer momento se ganó nuestra simpatía. Informado de quiénes éramos y del objeto que nos había llevado a Cádiz, nos dijo, que en una calle cercana, llamada Jesús de Nazaret, vivía una hermana suya viuda, de nombre Isabel, que tenía una casa de huéspedes para estudiantes, donde seríamos bien asistidos y encontraríamos otros escolares

parecidos. Y contentos de aquel encuentro inesperado, allí dirigimos nuestros pasos, después de dar las gracias y estrechar la mano de aquel hombre.

La señora Isabel, a la que fuimos a visitar en nombre de su hermano Jacinto, nos recibió amablemente y nos brindó su casa para residir. Vivía en un reducido segundo piso con balcones a la calle. Isabel era una buena mujer de aspecto muy modesto, como de 35 años de edad, viuda y con dos hijas jóvenes, una de 20 años y otra de 12 años. Además vivía allí un músico viudo llamado Caro, cuñado de Isabel, con dos niños de 6 y 8 años de edad. Y dos estudiantes de medicina, como huéspedes, Benítez y Villamor, en una habitación a la calle. En otra habitación me coloqué yo con mi amigo.

Entre aquella gente reinaba el respeto y la armonía más completa y sobre todo el buen humor.

Recuerdo que una mañana, Jacinto, el guardia municipal, que tenía como norma huir de aquellos lugares en que había disputas, no encontraba el borlón rojo que llevaba sobre el quepis, y para pasar revista lo sustituyó por un rabanito rojo que encontró en la cocina...

Han pasado muchos años y recuerdo con cariño todo aquel personal.

Enfrente de la casa de Isabel había un teatro de barrio que era divertido en extremo, como no he visto igual. Allí podían intervenir los espectadores de buen humor y sus interrupciones eran muy ocurrentes y a veces valían más que la obra representada.

* * *

A poco de haber comenzado el curso escolar se me presentó un problema espinoso que tuve que resolver de acuerdo con mi ideal anarquista. Me refiero a la infame costumbre de la novatada, en la que se maltrataba y humillaba a los estudiantes recién llegados, en vez de ser recibidos con una fiesta de fraternidad humana. En la casa de huéspedes que yo me encontraba, el estudiante Villamor me contaba que en la novatada había sido desnudado por

completo, pintado de negro, disfrazado de obispo, y otras barbaridades por el estilo. Aquellos atropellos duraron dos o tres días, en los que sufrieron humillaciones él y los otros. Hacía dos años que aquello había ocurrido, y cuando lo refería la amargura aparecía en su semblante y las lágrimas en sus ojos.

-Eso no volverá a repetirse, al menos mientras yo esté aquí -le dije con energía. Y entonces me miró atento y la alegría reapareció en su rostro.

Un día, al salir de clase, nos encontramos bloqueados en el corredor de un patio que daba a la calle por una muralla de alumnos de los restantes cursos de medicina, un millar por lo menos, que gritaban y hacían gestos como salvajes, dispuestos a divertirse con nosotros. Pero cuál no sería su sorpresa, cuando esta vez los que iban a ser burlados y sometidos como borregos, se irguieron, como hombres dignos, empuñando un arma corta en la mano, ante lo cual se doblegaron y abrieron sus filas los cobardes para dejarnos pasar.

Y para no encontrarnos otra vez entrillados en un corto espacio por un número mucho mayor de estudiantes que deseaban atropellarnos, nos declaramos en huelga y nos estacionamos delante de la Facultad de Medicina, desafiando a los otros que vinieron a buscarnos. Como la huelga se prolongara, el Rector de la Facultad, Rubio y Díaz, un anciano, catedrático de Física Médica, muy exigente con sus discípulos, nos invitó a que nombráramos una delegación que recibiría para solucionar tan enojoso asunto. Por cierto, que yo sólo fui nombrado en representación de nuestro grupo para asistir a la invitación del Rector.

En la entrevista que tuvimos, Rubio y Díaz me propuso, con voz apagada y vacilante, que declináramos nuestra actitud intransigente y aceptáramos la novatada por ser una costumbre muy antigua. Mi contestación fue tan rápida y enérgica, diciéndole que con su filosofía de la antigüedad, no hubiéramos todavía salido de las cavernas, se quedó con la boca abierta y confesó que yo tenía razón. Y es que pensaba lo mismo, pero no había tenido valor para decirlo y menos para ejecutarlo.

Y se dio por terminada la huelga, y volvimos a clases y se terminaron, en lo sucesivo, las novatadas. Y yo quedé muy amigo de Rubio y Díaz, y fui el único

alumno a quien aquel año le dio sobresaliente en la asignatura, no como un favor especial, sino por merecido.

* * *

Cádiz es una bella ciudad y sus habitantes muy amables y de ideas libres. Es conocida por sus luchas por la libertad y en ella se proclamó la Constitución de 1812, influida por las corrientes de la Revolución Francesa. Allí quedó abolida la Inquisición en España, que tantos millares de víctimas causó, y que en esta época han resucitado Franco y sus secuaces.

Desde el primer momento de mi llegada me puse a estudiar aquellos acontecimientos, que tanto interés habían despertado en mí.

De la primera época de la lucha por la libertad, la que llamó Toreno Guerra y Revolución en España, no quedé satisfecho. Aquellos hombres de las Cortes de Cádiz no estuvieron a la altura de las grandes revoluciones y de lo que las circunstancias exigían en aquel momento supremo. Eran hombres tímidos y acomodaticios, y habían olvidado la frase de Danton que tiene esculpida en el pedestal que le levantaron en París los franceses: "Pour vaincre les ennemies de la patrie, il faut de l'audace, encore de l'audace, toujours de l'audace". Es decir, audacia, audacia y siempre audacia. No parece sino que consideraban el liberalismo como un pecado. Ellos no fueron revolucionarios ni innovadores peligrosos, y no pretendían nada que no estuviera consagrado en la vieja legislación española. Eran liberales, pero católicos y monárquicos al mismo tiempo. Proclamaban la libertad de imprenta, pero sometida a la censura ordinaria toda materia religiosa. Afirmaban la soberanía nacional, pero reservaban en el trono a Fernando VII, el rey-hiena, como le llamó Víctor Hugo. Proclamaban la libertad de opinión y de discusión, pero, a su vez, declararon que la religión católica, apostólica y romana sería en perpetuidad de los españoles...

Y cuando volvió Fernando VII acabó con aquellos hombres irresolutos y con la obra emprendida de liberar a España, y unos fueron a la cárcel y otros al destierro.

¡Cómo se reirían de ellos los representantes retrógrados sentados en los mismos bancos de aquellas Cortes!

"Cuando una revolución es tímida -decía José María Orense-, y no se atreve a tomar el primer día una medida por radical que sea, se necesita otra revolución para proclamarla".

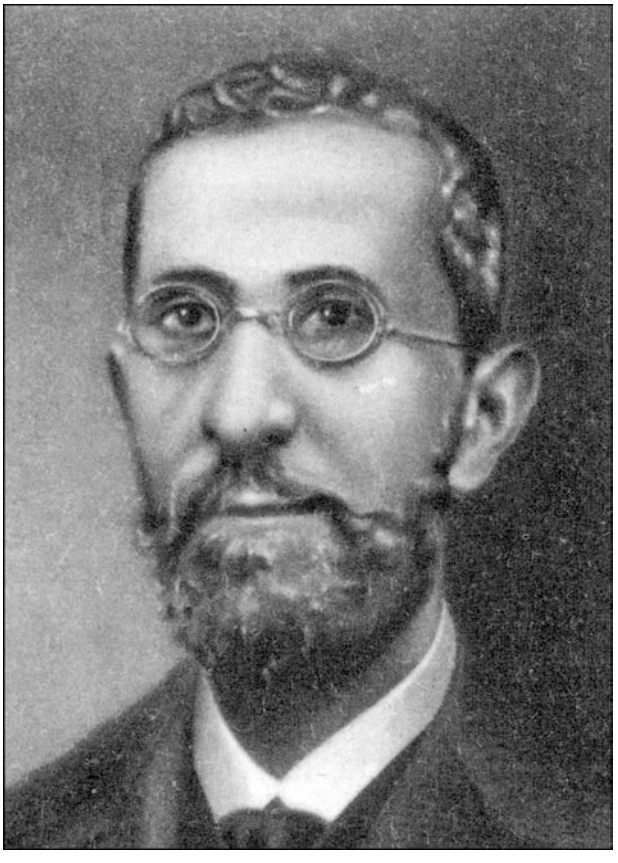
Para presenciar en Cádiz una lucha revolucionaria que esté a la altura que debe, hay que remontarse hasta Fermín Salvochea, el héroe anarquista. Entonces la lucha no reconocía al Estado, la propiedad y la religión. Ni pactaba con el enemigo, porque cuando Castelar, desde la Presidencia de la República, puso un telegrama a Salvochea para que se respetase el último convento que quedaba en pie, lo primero que dispuso Fermín al leerlo, fue que inmediatamente se destruyera aquel edificio.

* * *

Desde mi llegada a Cádiz, pude observar la popularidad de que gozaba Fermín Salvochea y lo querido que era por los gaditanos. Al anunciar un día que llegaba a Cádiz, cumplida su injusta condena en el presidio, una inmensa muchedumbre se congregó en la estación del ferrocarril y sus alrededores. Una manifestación, en la que participaban todas las clases sociales, lo acompañó a su casa. A causa de las persecuciones desencadenadas por el más leve motivo, la gente estaba retraída y no se oía más que algún grito de "viva la libertad", de cuando en cuando lanzado, pero yo me despaché a mi gusto y mis gritos fueron de "viva la anarquía", repetidos con frecuencia. Por cierto que entre la muchedumbre causó extrañeza que un sujeto con porte de estudiante, fuera el que gritase más fuerte. Una vez en su domicilio, Salvochea salió al balcón seguido de su buena madre, que se secaba las lágrimas de los ojos.

Salvochea fue parco en palabras, y pródigo en hechos heroicos y desinteresados. Sólo dijo estas palabras dirigiéndose a la muchedumbre: "Compañeros: yo soy siempre el mismo ¡Viva el comunismo y lo que ustedes saben!"

Y la gente contestó enardecida y se retiró dispuesta para las luchas futuras.



Fermín Salvochea

* * *

Por entonces finalizaba la desdichada guerra de Cuba y Filipinas, con la derrota militar de España y el triunfo de los Estados Unidos. Y comenzaron a llegar a Cádiz barcos de Cuba cargados de soldados repatriados, en una situación tan horrible que muchos de ellos eran llevados en camillas y en ambulancias a los edificios destinados para albergarlos, y los que podían ir por su propio pie, parecían verdaderos cadáveres movidos por un resorte. La gente se agolpaba

en el muelle para contemplar aquellos cuadros de horror, y unos lloraban y otros maldecían a los culpables.

Como se corriera la voz que los barcos de guerra americanos se acercarían a nuestras costas para sublevar al pueblo español y ayudar a derrocar la monarquía, pasé muchas noches en vela esperándolos aparecer, pero nunca llegaron. Aquella amenaza sólo sirvió para que el gobierno español cediera a los vencedores en todas sus pretensiones y se salvara la monarquía, aunque el pueblo siguiera en el fango.

Conseguido su objeto por los Estados Unidos, no hizo acto de presencia en la costa de Cádiz y se olvidó del pueblo español, y cuando volvió, muchos años después, fue para prestar ayuda a Franco y remachar las cadenas que esclavizan a los españoles.

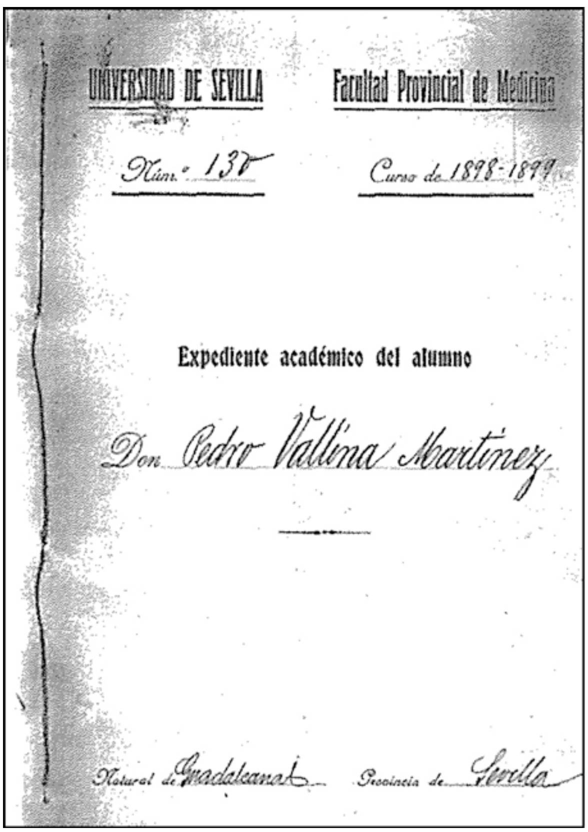
* * *

Al finalizar el curso que estudiaba en Cádiz, de la ampliación de la carrera de medicina, obtuve las mejores notas en los exámenes y fui considerado como el mejor estudiante de aquel año. Sin embargo, el resultado práctico, fue de poco provecho o ninguno, porque algunos años después, continuando en Londres mis estudios, tuve que volver a estudiar de una manera práctica lo que no había aprendido de rutina en Cádiz.

El año a que me refiero comprendía las asignaturas de Física, Química Orgánica e Historia Natural, esta última dividida en dos partes. Además un curso breve de lengua alemana. Los profesores de Física e Historia Natural no faltaron un solo día de dar clases y de tornar las lecciones a los estudiantes, pero no se

hacía ningún trabajo práctico ni se presentaba ninguna pieza que pudiera ilustrar la lección. En cuanto a la Química Orgánica, que tanto me interesaba por lo útil que podía ser a un verdadero revolucionario, puede decirse que no se estudió. El profesor de dicha asignatura no se presentó a clase más que la primera semana, pero después no apareció en todo el curso, así que al final se limitó a firmar las papeletas de exámenes de los estudiantes, como aprobados, sin examinarlos. El profesor de lengua alemana era un comerciante, parecido en cuerpo y espíritu a Sancho Panza, que sabía poco de la materia y enseñaba menos. Su examen se limitó a traducir algunas frases al castellano, que tenía yo traducidas al margen del alemán en el libro de texto, y que sirvió para que se examinasen todos los alumnos.

Entonces me propuse no seguir estudiando en Cádiz y dirigirme a Madrid, donde además de poder estudiar en otras condiciones más aceptables, me encontraría con Fermín Salvochea para renovar la lucha por nuestros ideales.


UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Facultad Provincial de Medicina

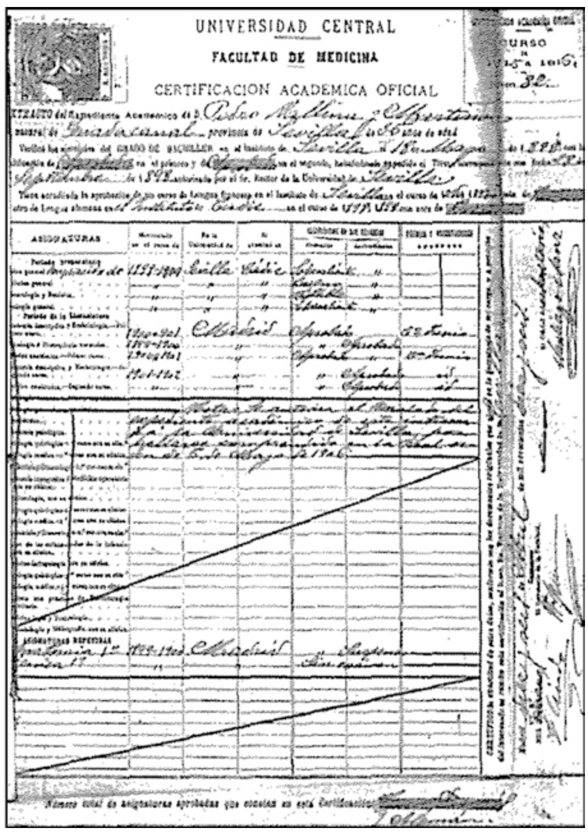
Núm.º 130

Curso de 1898-1899

Expediente académico del alumno

Don Pedro Vallina Martínez

Natural de Guadalcanal Provincia de Sevilla


UNIVERSIDAD CENTRAL

FACULTAD DE MEDICINA

CERTIFICACION ACADEMICA OFICIAL

Expediente académico del alumno

Expediente académico de Vallina

Madrid

En septiembre del año 1899, o sea el último del siglo XIX, llegué por primera vez a Madrid para continuar mis estudios de medicina. Entonces era joven y profesaba las ideas anarquistas, sin embargo, ahora ya viejo, sigo profesando las mismas ideas, con la diferencia de que las tengo más arraigadas cada vez, convencido de que su triunfo libraría a los seres humanos de los males que los afligen.

A mi llegada fui a parar a una casa de huéspedes en la calle de Jardines, cerca de la Puerta del Sol, que me había recomendado un hermano que había allí parado. El dueño era un socialista, gallego, bueno a carta cabal, que trabajaba en uno de los cafés de la Corte, y la dueña excelente mujer, una buena cocinera y ama de casa. Nunca he olvidado a Marcos Rey y a Rufina, nombres de los mencionados. Marcos tenía a la cabecera de su cama un retrato descomunal de Carlos Marx, al que con frecuencia ponía de testigo en sus afirmaciones socialistas durante el curso de sus peroraciones. Ni que decir tiene que después de Carlos Marx era Pablo Iglesias el santo de su devoción. Lo que más estimaba en aquel hombre era su bondad y su honradez, para mí superior a sus doctrinas marxistas.

Por aquellos días se celebraba en Madrid un Congreso Nacional del Partido Socialista Obrero, y cuantos delegados de provincias pudieron, se alojaron en la casa de huéspedes de su correligionario Marcos Rey, el cual, al levantarse todas las mañanas a temprana hora, saludaba cama por cama a sus compañeros, deseándoles un buen acierto en la labor emprendida. Entonces tuve ocasión de conversar y observar de cerca a aquellos hombres. Eran obreros instruidos y convencidos del ideal que sustentaban, de un corte superior a los hombres que a cada paso se trataban, pero sus ideas marxistas no hacían la menor mella en mi espíritu juvenil. Aunque alguno se interesó por presentarme y recomendarme a Pablo Iglesias, no acepté la oferta.

Ya tenía trazada la trayectoria idealista de mi vida y estaba firmemente resuelto a seguirla sin vacilación ni debilidad alguna por cara que me costara la empresa.

Lo primero que hice a mi llegada a Madrid fue buscar a Fermín Salvochea, pero todavía no había llegado de Cádiz. Arribó a los pocos días y no dejé ni uno solo de visitarlo. Habitaba en un tercer piso de una casa situada en la calle de Zorrilla, detrás del Congreso de Diputados. La escalera de su domicilio parecía interminable, pero la subía, a pesar de sus 57 años de edad, como un hombre joven, mientras que yo me sentía algo cansado. Un matrimonio obrero, de condición económica muy modesta, le había subarrendado el pequeño local que ocupaba; dos habitaciones corridas, estrechas como un corredor, con un balconcito a la calle. En una tenía una camita y una percha y le servía de dormitorio, y en la otra, una mesa y dos sillas, como sala de espera y comedor. Aquel matrimonio lo tenía en la estima que merecía y se extrañaba de lo que ocurría con un niño grandecito, su único hijo. El muchacho era muy díscolo y no había manera que se dejase bañar, ni con ofrecimientos, ni con amenazas, pero intervenía Salvochea y se convertía en un modelo de humildad, dejándose desnudar y meter en el agua, tal era el poder persuasivo de Fermín con su extrema bondad.

Cuando a la caída de la tarde llegaba a la vivienda de Salvochea, le esperaba sentado mientras comía y, entre tanto, hablábamos de asuntos relacionados con nuestras ideas. La comida de Salvochea consistía en queso unos días, otros carne cruda, a veces frutas, que cortaba en pequeños pedazos, como el pan, y comía en pie, paseando de una a otra habitación, animándose nuestra charla.

Después íbamos al correo, donde depositaba una tarjeta postal para su amada madre, y pasábamos a una de las aceras de la Puerta del Sol, frente a Gobernación, donde numerosos grupos, pertenecientes a todos los partidos políticos y sociales, discutían acaloradamente. Las reuniones aquellas eran muy pintorescas y por lo visto ya hace años que desaparecieron. Se discutía con pasión los asuntos del día y se mentía mucho. Por cierto que a Salmerón le hacían mucha gracia aquellas reuniones al aire libre, no controladas por la policía, aunque no faltaban los soplones. Allí se encontraba siempre su hijo Nicolás Salmerón y García, el sordito, que cuando a fuerza de gritarle llegaba a

sus oídos alguno de los muchos disparates que solían decirse, levantaba los brazos, contraía el rostro y exclamaba: "A veces me alegra mi sordera, pues me evita oír tantas tonterías". Por su conducta democrática, aquel hombre bueno era querido por todos. Nosotros parábamos allí poco, pero a veces los grupos charlaban hasta bien entrada la noche.

A poco de anochecer dejábamos los grupos de la Puerta del Sol y nos dirigíamos a la calle Horno de la Mata. En el piso principal se encontraba el Centro Asturiano y en el segundo piso el Casino Federal, cuyo conserje, Antonio Gimeno, nos hablaba con frecuencia de los primeros trabajos de la Internacional de Trabajadores en España. Fue uno de los compañeros de Anselmo Lorenzo y retratado con él se ve en una fotografía de aquella época. Fue uno de los obreros que había formado en Madrid el núcleo organizador de aquella asociación, a la llegada de Fanelli. Cuando yo conocí a Gimeno se le veía enfermo, encorvado, con barba sin afeitar y envuelto día y noche en una capa parda. Había perdido las energías de antaño, pero seguía fiel a su ideal. Su vieja compañera estaba siempre a su lado y parecía animarlo con su mirada y sus palabras.

Los republicanos federales, como es sabido, tienen muchos puntos de contacto con los anarquistas y se entendían con éstos en aquella casa. Careciendo en aquella época del local propio y siendo muy perseguidos por la policía, nos refugiábamos en el Casino Federal donde éramos muy bien acogidos por sus socios. Entre otros federales que por allí pasaban, recuerdo a Nicolás Estévanez, Palma, Rosendo Castell, Félix Jaime y Félix Latorre. No olvido a un albañil, el federal Bermejo, de fácil palabra y amigo de los discursos, que cuando hablaba, para empequeñecer a Pablo Iglesias, le llamaba el compañero "Ermita". Aquellas reuniones eran muy animadas e interesantes, pero al sonar el reloj la primera campanada de las diez, Salvochea se retiraba a su domicilio. La reunión languidecía en su ausencia y a poco cada uno iba a su casa.

Además de los federales y anarquistas se reunían en el Casino Federal, todos los obreros que no estaban conformes con las ideas y tácticas del socialismo autoritario inspirado por Pablo Iglesias. Así que aquellas sociedades obreras estaban integradas por anarquistas, societarios y republicanos. Por cierto que

tenían unos nombres muy sonoros que hacían sonreír, como "La Locomotora Invencible" (obreros ferroviarios), "La Botina de Oro" (zapateros), "El Porvenir del Trabajo" (albañiles), etcétera. Todos aspiraban al triunfo del comunismo libertario y no podía por menos de sentir la mayor admiración por aquellos trabajadores idealistas. En ellos estaba muy arraigado el verdadero concepto de igualdad y ninguno tenía la ambición perversa de mandar a los otros y menos de aprovecharse de las sociedades obreras para medrar. Todas las sociedades tenían sus reglamentos aprobados por el Gobierno Civil, para cumplir con los requisitos que la ley les exigía, pero siempre que en las reuniones no estaba el delegado de la policía presente, se escogía entre los reunidos un presidente y un secretario para el buen funcionamiento de la reunión.

La sociedad de albañiles "El Porvenir del Trabajo" acordó fundar una escuela laica nocturna, que por aquel entonces se fundaban en todo el país. Algunos se ofrecieron gratuitamente como maestros de la futura escuela, pero cuando la iniciativa se convirtió en una realidad, ninguno de los que se habían ofrecido se presentaron a cumplir lo prometido, y si no me presento yo, la escuela no llega a funcionar.

Sin encontrar quien me ayudara, yo hice de maestro algunos meses, con tanto interés que muchas noches se me olvidaba ir a cenar. Cuando caí enfermo y fui preso, no encontré quien me sustituyese y la escuela se cerró. Salvochea la visitaba con frecuencia y se complacía de su funcionamiento.

* * *

Los federales que traté en aquel local eran ya hombres de edad madura y de mucho valer, desde el punto de vista revolucionario. Uno de ellos, Rosendo Castell, médico de sanidad militar con el grado de coronel, farmacéutico y abogado, me atrajo a su amistad y me consideró, como era entonces y lo sigo siendo, un decidido revolucionario.

Castell me invitó a tomar parte en una conspiración revolucionaria, en la que se contaban militares y paisanos; tan joven era, que algunos valientes desaprobaron mi intervención en tan delicado asunto. Pero Castell se impuso en aquella ocasión. Él garantizaba que no faltaría yo a la palabra empeñada y que combatiría como el primero. Se trataba nada menos que de apoderarse del Palacio Real -dentro del cual había bastantes comprometidos-, arrojar a la familia real por los balcones, con una cuerda al cuello y proclamar la república. Después deberíamos llamar al pueblo a la lucha y desencadenar una insurrección popular con todas sus consecuencias. La noche señalada para el asalto al Palacio Real compré una pistola en una casa de empeño de la calle Atocha, me la oculté en la cintura y me dirigí a la Plaza de Oriente poseído del mayor ardor bélico.

Todos los comprometidos faltaron a la cita, se rajaron, como se dice en México, y sólo encontré a Castell paseando nervioso en uno de los patios del Palacio y juraba que no habría de participar en complot alguno. Ambos tomamos el fresco aquella noche en los patios accesibles del edificio, maldiciendo a los ausentes, mientras reyes y conjurados dormían dentro el más tranquilo sueño. Ni siquiera los centinelas hicieron caso a nuestras idas y venidas en aquellos lugares.

Después he participado, en el curso de los años, en muchos complots más o menos parecidos, en los que me jugaba la libertad y la vida. No recuerdo haber triunfado más que en una, al proclamarse la República en España. No me encarceló el enemigo que iba de huida sino el amigo que triunfaba con la ayuda del pueblo y lo sustituía.

Castell no escarmentó aquella vez, y como lo llevaba en la masa de la sangre, siguió conspirando toda su vida, hasta que triunfó Franco y lo hizo encarcelar en el Castillo de Montjuich de Barcelona, muy anciano y enfermo, donde encontró la más triste muerte.

* * *

Por referencia de Salvochea supe que habitaban en Madrid Federico Urales y Soledad Gustavo, y traté de ponerme en contacto con tan buenos compañeros. Estaban alojados en un piso de la calle Ponciano, y luego pasaron a un pequeño hotelito situado en un lugar apartado de los Cuatro Caminos, con un jardincito a la calle, que sembraba de verduras y regaba Urales, dándole a la casita un aspecto más atractivo. Primero publicaron *La Revista Blanca* y luego, como suplemento, *Tierra y Libertad*, que llegó a ser diario poco tiempo. El objeto era que cuando fuese suspendido por las autoridades el suplemento, tal vez quedaría publicándose la revista, por su contenido sociológico y no de combate. Así me lo explicaron. Además de ello, como redactores, figuraban Salvochea y el joven extremeño Antonio Apolo que trabajaba en la imprenta de Antonio Marzo donde se imprimía el periódico. El nombramiento de los últimos más bien era nominal, pues no intervenían en el manejo de las publicaciones. Salvochea los estimaba mucho, sobre todo a Soledad Gustavo que creía una mujer muy enérgica, y con frecuencia los visitaba llevándoles algún original y recogiendo *Le Temps Nouveaux*, publicado en francés por Juan Grave, que leía y comentaba a sus oyentes en el casino Federal. Las noticias que más le interesaban a Salvochea eran las de los jóvenes que se negaban a ir al cuartel. Otras veces el original que llevaba a LA Revista Blanca era por encargo de los grupos de provincias, para leerlo en la conmemoración de algunos actos heroicos de la lucha social, como los Mártires de Chicago, la Comuna de París, etc.

Yo acompañaba siempre a Salvochea a sus visitas a los Cuatro Caminos, y como la distancia era larga y tornábamos el tranvía, me entretenía contándome algún relato de su vida azarosa, que escuchaba con la mayor atención y así el camino me parecía corto. Allí vivía también una hermana de Soledad Gustavo, una muchacha joven de cara muy bonita. Aquella mujer tenía la misión de repartir a pie la revista a los suscriptores de Madrid. Recuerdo que en el primer almanaque de *La Revista Blanca* se publicó una poesía mía con el título de "Pensamiento de Lamennais", tratando de la injusticia de que eran víctimas los campesinos.

Por aquellos días vino a visitarme el viejo anarquista Ernesto Álvarez, al que yo le había enviado algún original para un periódico que publicaba no recuerdo

dónde. Iba de paso con su familia, llamado por los obreros de La Línea para dirigir una escuela laica, y como la distancia era larga se encontraba muy preocupado por el viaje, pero se despidió muy animado cuando yo le aseguré que aquel lugar era muy bueno y no tenía nada que temer.

El primer mitin obrero de carácter libertario que presencié en Madrid, tuvo lugar en un salón de la calle Atocha, y lo presidía un viejo y activo militante llamado Francisco Tomás. La asistencia era escasa y entre ella se encontraban algunos socialistas, que impedían hablar a los oradores con sus interrupciones, mostrándose más intransigentes con los trabajadores de su clase que con los mismos burgueses de la clase contraria.

* * *

En 1900 tuvo lugar en Madrid un congreso donde quedó constituida la "Federación de los Trabajadores de la Región Española". Estaban representadas 150 organizaciones con un total de 52.000 miembros. Salvochea y yo tornarnos parte en aquel congreso como socios que éramos de la Sección Varia, con sede en el Centro Obrero de Horno de la Mata.

Entre los numerosos delegados se encontraban de Sevilla, Francisco Sola y Antonio Ojeda, magníficos oradores, y uno de Jerez, José Torralvo. En una de las sesiones de este comicio, celebrado en el teatro Barbieri, con extraordinaria concurrencia, se trató de la cuestión de la enseñanza entre los trabajadores. El mitin de clausura revistió verdadera importancia por la calidad de los oradores y por los temas que fueron tratados. Como supiera por el diputado republicano don Gumersindo Azcárate que aquella noche al terminar el congreso serían detenidos los delegados Sola, Ojeda y Torralvo para conducirlos a Sevilla por la guardia civil, donde se había declarado una huelga general con carácter revolucionario, me los llevé a dormir a mi domicilio, pero a eso de la madrugada, llegaron el inspector de policía Puga y sus agentes, y detuvieron a mis compañeros, pero se negaron a detenerme a mí y llevarme con ellos, por más esfuerzos que hice, porque el jefe "no admitía voluntarios".

El congreso acordó que el comité de la Federación residiera en Barcelona, como se hizo, y su secretario Francisco Soler, fue condenado después por sus actividades societarias, a ocho años de presidio. En una carta que me escribió a París, y de la que hice mención en el periódico La, España Inquisitorial, no se lamentaba de su mala suerte, sino que se complacía de aquella condena, como un ejemplo viviente que dejaba a sus hijos.

Aquel documento que yo guardaba adrede con otros muchos, desenmascarando a los inquisidores españoles, cayó en poder de la justicia francesa, durante el ruidoso proceso del atentado de París contra Alfonso XIII. El juez de instrucción Mr. Leidet, al leer la carta de Soler, se escandalizó de su condena y me preguntó cómo podían suceder aquellas cosas en España. La lectura de aquellos documentos influyó de tal forma en aquel magistrado, que cuando salí absuelto, no vaciló en felicitarme con una visita que me hizo su secretario en su nombre.

* * *

Pi y Margall falleció el 29 de noviembre de 1900. Había dado una conferencia en la Casa de Estudiantes. Siendo la noche fría, a la salida se sintió enfermo; se trataba de una bronconeumonía. La enfermedad fue corta y penosa, y Madrid recibió la noticia de la muerte del gran hombre con profundo pesar.

Salvochea tenía en poca estima a los tribunos de la primera República, a quienes culpaba de su fracaso. A Pi y Margall lo estimaba mucho, pero le atribuía falta de hombría con referencia al período republicano.

Aquella noche nos reunimos los compañeros en el Centro Federal para concretar nuestra actitud referente al entierro de Pi y Margall. El gobierno, temiendo desórdenes, había dispuesto que el cadáver del finado no fuese llevado al centro de la capital, sino que desde el barrio de Salamanca, donde habitaba, fuese conducido directamente al cementerio civil.

Salvochea marcó la pauta a seguir con estas palabras: "Contra la voluntad de las autoridades llevaremos el cadáver a la Puerta del Sol y de allí a los barrios bajos, donde el pueblo nos seguirá y el homenaje puede resultar con la quema de algún convento por el alma de don Francisco". A todos nos pareció bien el programa y nos separamos dispuestos a cumplirlo.

De buena hora nos dirigimos a la casa mortuoria, donde comenzaba a congregarse una multitud inmensa. Recuerdo habernos encontrado con Federico Urales y Pedro Corominas, que conversaban animadamente. Poco después de nuestro grupo de compañeros se destacó el equipo encargado de llevar a cuestas el féretro, a fin de burlar las disposiciones del gobierno.

Nunca he visto multitud tan numerosa rindiendo con tanto fervor tributo de admiración al recuerdo de una persona querida, a no ser en el entierro de Luisa Michel en París. Puede decirse que todo Madrid acudió a la emocionante cita. Arrancó la comitiva, y cuando llegamos a la Cibeles, los obreros que llevaban a cuestas el ataúd, anarquistas como queda dicho, en vez de dirigirse al cementerio tomaron por la calle de Alcalá arriba en dirección a la puerta del Sol. El momento fue tan crítico como emocionante, pues mientras los cordones de policía se atravesaban en la ruta, el pueblo, guiado por Salvochea, proseguía adelante y ante actitud tan enérgica y decidida, el jefe de policía creyó más prudente evitar un choque en aquella circunstancia. Un policía intentó arrestar a Salvochea, pero Salmerón y García, muy amigo suyo y que iba a su lado, lo evitó oponiéndose a ello resueltamente.

En la Puerta del Sol falló nuestro programa, separados unos de otros, llevados y traídos por el oleaje humano, el mar de gente se deslizó con el muerto bajando por la Carrera de San Jerónimo. Disgustado Salvochea, regresó a su casa, pero nosotros continuamos camino del cementerio.

Al pasar la manifestación por delante del Congreso de los Diputados, los padres de la patria salieron al vestíbulo, circunstancia que aprovechó el gentío para dirigirles toda suerte de improperios. Por mi parte les increpé dirigiéndome a Segismundo Moret, el más tieso y encopetado de todos. "¡Sinvergüenza!", apostrofé, y el mastodonte Aguilera, gobernador civil de

Madrid, me amenazó con el bastón al tiempo que me gritaba: "¿Así respetáis la memoria del muerto?"

Al anochecer se dio sepultura en el cementerio civil a los despojos de Pi y Margall ante una multitud silenciosa y compungida, silencio que rompió un obrero gritando: "¡Viva la anarquía!", que fue contestado por la concurrencia.

Por la noche, los compañeros nos reencontramos en el Centro Federal. Salvochea no ocultó su disgusto por lo incompleto que había quedado el programa del entierro. Pero, a no ser por los anarquistas, el cadáver del gran republicano habría sido conducido sigilosamente a su última morada.

En Tierra y Libertad publiqué yo una reseña de lo ocurrido durante el entierro, y Eduardo Barriobero dedicó un número extraordinario de su revista Germinal, en homenaje a la personalidad de Pi y Margall, destacándose un artículo de Roberto Castrovido.

* * *

A principios de siglo, Madrid no era más que una capital mayor de provincias, con la importancia que le daba la presencia del gobierno de la nación. Había lugares, como los Cuatro Caminos, que se reducían a una plazuela con pequeñas calles adyacentes. El pueblo gustaba de bailes y verbenas, y de representaciones teatrales, especialmente del género chico. En la política había pugna establecida entre liberales y conservadores dinásticos, que se repartían el poder por turnos. Aquella política era mezquina y despreciable. Todavía estaban en auge las funestas figuras de Polavieja, Weyler, López Domínguez, Silvela, Sagasta, Moret, Vázquez de Mella, Maura, etc. Canalejas pugnaba por el imposible de fundar un partido democrático destinado nada menos que a liberalizar y modernizar la vieja monarquía.

Los republicanos mantenían en sus filas figuras respetables como Pi y Margall, Salmerón, Azcárate, Labra y otros, y decorativas cual Blasco Ibáñez, Soriano, Lerroux y Junoy, este último llegó a ser influyente de Alfonso XIII.

Quien subía como la espuma era el sensato Pablo Iglesias, mimado por la gente del orden establecido, por estar a la moda el socialismo, y restar fuerzas a los republicanos y al movimiento libertario.

El pueblo que pasaba hambre se rebelaba a su manera, sin estar influido por las prédicas de los políticos de izquierda. Encontrándome un día en los Cuatro Caminos fui testigo y partícipe de un violento motín contra las casetas de cobro del impuesto de consumos, una de ellas, que servía de almacén a los productos decomisados, fue saqueada por la muchedumbre, llevándose para saciar el apetito buen número de jamones y botellas de vino. Aquella noche cenó y bebió bien la gente de la barriada, yo entre ellos. También se dieron ataques parecidos al mercado central de la capital, haciéndose bajar el precio de los comestibles, arma más eficaz que las reclamaciones rutinarias de los periódicos.

* * *

Ante el empuje del clericalismo, que había logrado rodear la capital con un anillo de conventos, verdaderas fortalezas, y que Joaquín Dicenta llamó la atención en un artículo titulado "El Sitio", se despertó una cierta inquietud en el pueblo liberal, que aumentó con el caso de la señorita Ubao, secuestrada por los jesuitas para robarle los millones que tenía en herencia.

La señorita Ubao fue internada en un convento por las mañas del padre Ganzúa, que, con sus malas artes, había logrado separarla de su madre enferma y de su novio, para que la Orden heredara en lugar de la muchacha. El padre Ganzúa era muy conocido como especialista en la materia, en la que era un genio verdadero y debido a lo cual se había ganado tan merecido apodo. La señora viuda de Ubao, había reclamado por todos los medios a su alcance la devolución de su hija secuestrada, con resultado negativo. ¡Ni siquiera el deseo de cuidar a su madre enferma influyó en el ánimo de los hijos de Loyola! Desesperada, la pobre señora, se dispuso a todo, incluso a perder su sitio en la

gloria eterna, acudiendo a un hereje, Nicolás Salmerón y Alonso, nombrándole abogado suyo con amplios poderes.

En tan propicias circunstancias fue cuando Benito Pérez Galdós, aludiendo al caso de la señorita Ubao, escribió su famoso drama *Electra*, estrenado con toda solemnidad en un teatro de la villa la misma noche que se celebraba una velada en el Casino Federal.

Como acabamos de decir, se celebraba en el Casino Federal la noche del estreno de Electra una velada con motivo de la inauguración de una escuela laica, que yo dirigía, fundada por la sociedad de albañiles "El Porvenir del Trabajo". El salón estaba atestado de gente y por casualidad faltaba el representante de la autoridad, así que los oradores se despacharon a su gusto. A poco de comenzar el acto, y siendo poco amigo de los discursos, me dirigí al bar a tomar una taza de café. A poco entró el médico militar Rosendo Castell, federal y hombre de acción, sentándose a mi lado. Una idea le aguijoneaba, que me comunicó en secreto. Enterado de lo que se proponía, salimos del bar y penetramos en el salón de la reunión, concurrida en su mayor parte por obreros de la edificación. Subido a la tribuna, Castell gritó: "Mientras aquí discursamos, los jesuitas, creyendo en nuestra impotencia, han tenido la osadía de invadir el teatro y silbar estrepitosamente la obra de Pérez Galdós".

El primer momento fue de estupefacción en la concurrencia, luego, la gente vibró en juramentos y cierres de puños.

Nicolás Salmerón y García, hombre bueno y excelente amigo del pueblo, que jamás faltaba a semejantes reuniones, sucedía a Castell en la tribuna, demostrándose muy indignado por lo ocurrido. Como era muy sordo, no pudimos decirle, sin enterar a los otros, de la farsa que se tramaba.

Yo cerré el acto con una arenga violenta e invité a los reunidos a seguirme hasta el teatro a enfrentarnos con los jesuitas, que se atrevían a interrumpir la representación de la obra de Pérez Galdós.

La concurrencia me siguió en masa, y como en la vecindad había una casa en construcción, los futuros combatientes se llenaron de piedras, como puños, las fajas y los bolsillos.

Llegamos a la plaza de Santa Ana, en la que se hallaba emplazado el teatro; el silencio que reinaba en la misma era absoluto. La normalidad era perfecta. Enviamos a Salmerón y García al interior del teatro para que se cerciorase del alcance de la protesta jesuítica. Como estaba sugestionado y era sordo, volvió a la plaza creído de que la gritería era enorme y la pita formidable.

Ni que decir tiene que los jesuitas no habían hecho acto de presencia. Ésos no dan nunca la cara, las matan callando, como dice el adagio.

Yo me quedé en la calle, disimulando los grupos de obreros en los lugares próximos al teatro, para evitar que la policía, que estaba ojo avizor, se diera cuenta de nuestra presencia; pero algunos federales, con Rosendo Castell, se sentaron en un bar de una calle cercana al coliseo, donde se dedicaron a convertir en jesuitas del momento a unos muchachos vendedores de periódicos, cuya misión no era otra que lanzar algunos gritos provocadores, ocultos en las sombras de los árboles de la plaza, a una señal que se les hiciera.

Momentos antes de la salida del teatro, nuestros grupos se concentraron frente a la puerta del coliseo, esperando los acontecimientos.

Entretanto, la policía se había dado cuenta de nuestra presencia, acudiendo en gran número, mandada por el inspector Visedo, que llevaba un levitón gris y un sombrero de copa de los más relucientes.

Momento emocionante por nuestra parte al abrirse las puertas del teatro. El silencio de la noche fue roto por algunos al ponerse a gritar como poseídos: "¡Abajo la libertad! ¡Muera Galdós! ¡Vivan los jesuitas!", seguidos de la réplica prevista: "¡Viva la libertad! ¡Viva Galdós! ¡Mueran los jesuitas!", armándose, como era de esperar, un cisco formidable. El inspector Visedo avanzó decidido contra nosotros seguido de sus agentes; pero Castell, que por andar algo cojo utilizaba un rudo bastón, lo descargó sobre la chistera del policía, abollándosela y dejándolo sin sentido. Los que salían del teatro, sorprendidos, retrocedían, en tanto del interior les empujaban hacia afuera, dando por resultado que muchos cayeron al suelo en grupos compactos. La policía se mostraba incansable repartiendo palos y sablazos a troche y moche, mientras los revoltosos replicaban con certeras pedradas. Desde los balcones los vecinos arrojaban sobre la policía toda suerte de extraños proyectiles, entre

los cuales cubos y escupideras, y voces femeninas se oían azuzando a los hombres contra los enemigos del pueblo.

Al final de la contienda, que terminó por agotamiento de ambos bandos, los amigos nos dividimos en dos grupos; uno que se dirigió a las redacciones de periódicos liberales para protestar contra los secuestradores de la señorita Ubao y otro que pasó frente a varias delegaciones de policía para reclamar la libertad de los detenidos, que fue alcanzada tras no pocos trabajos y aun en el supuesto de que habíamos sido agredidos.

El pueblo de Madrid se interesó extraordinariamente por el drama Electra, acudiendo algunos miles de ciudadanos cada noche a proteger el teatro para que el clericalismo no acudiera a perturbar las representaciones. El resultado de aquellos sucesos sirvió para animar a los madrileños en la lucha contra el jesuitismo. También contribuyó al éxito que las representaciones de Electra tuvieron en los teatros de provincia.

Una vez los ánimos levantados, se sucedieron los motines y ataques a iglesias y conventos, que tanto menudeaban. Me bastaba salir de la Facultad de Medicina de San Carlos a la cabeza de algunos centenares de estudiantes amotinados, para que pronto el número de los rebeldes aumentase por millares. Recuerdo que en uno de aquellos combates callejeros, en los que hacíamos retroceder a policías y guardias municipales, estuve a punto de ser aplastado por una losa que me tiraron de lo alto de la torre de una iglesia atacada.

Una noche, más de 200 hombres atacamos el convento donde estaba cautiva la señorita Ubao, sin conseguir romper los muros ni quebrar una vidriera del edificio, por cuya circunstancia nos dimos cuenta de que aquellos conventos eran verdaderas fortalezas, estratégicamente distribuidas, como tela de araña, por todo el perímetro de Madrid.

La llegada de Caserta, a Madrid, de genuina cepa carlista, para contraer matrimonio con la princesa de Asturias, colmó el desespero de los liberales, tomando la motinería visos de revolución, que no llegó a cristalizar por incapacidad de los jefes republicanos. "Prolonguen ustedes la agitación callejera -me decía Lerroux-, que los militares saldrán sublevados de un

momento a otro". Y no salió nadie más que la guardia civil, cada vez en mayor número y con más pésimas intenciones.

Una noche se celebró un mitin en uno de los locales situados en el centro de Madrid, ocupado por una muchedumbre enardecida. Salmerón se presentaba como un gran orador de sus mejores tiempos, y como mencionara a los jesuitas, una voz salida del público gritó: "Hay que expulsarlos del país", a lo que el tribuno contestó atronando el local: "No hay que expulsarlos, hay que aniquilarlos, porque el que tenga un perro rabioso en casa, no tiene derecho a arrojarlo en casa de su vecino".

Un escuadrón de guardia civil de caballería patrullaba por la calle donde se celebraba el mitin.

La situación se agravó tanto que se declaró el estado de guerra, y el general Weyler ocupó el mando militar de la plaza dispuesto a hacer una carnicería, contando con las fuerzas armadas que tenía bajo sus órdenes. Como siempre, el pueblo desarmado tuvo que someterse a los que tenían la fuerza, pero no la razón.

Pero nuestro esfuerzo no fue realizado en vano, pues desde la calle se influyó poderosamente para que Salmerón ganase el pleito a los jesuitas con lo que la señorita Ubao fue devuelta a su madre y a su novio, que la esperaban con los brazos abiertos.

Si la causa de la libertad de la señorita Ubao era justa, y por eso los hombres justos intervinieron, en cambio la familia Ubao no valía gran cosa y se dirigió a Roma en peregrinación para besar el anillo del Papa y pedirle de rodillas la absolución por el pecado de haber contado con los anarquistas y librepensadores para alcanzar la libertad de la enclaustrada con engaños.

* * *

Durante la agitación del pueblo de Madrid por el asunto de la señorita Ubao, tuve noticias que los viejos federales convocaban a una reunión urgente de

mucha importancia, y allí me presenté en el Casino Federal, pero resultó que la reunión era secreta y yo muy joven para lo que tenía que tratarse, así que mi presencia fue rechazada y tuve que marcharme. Pero uno de los representantes me informó poco después.

Después de una acalorada discusión sobre la situación que se atravesaba, en la que los clericales se mostraban muy insolentes, se acordó nada menos que dinamitar algunos establecimientos religiosos, de los muchos que se levantaban amenazadores en la capital de España.

Lo cierto es que llegó a Madrid, procedente de Bilbao, una caja de madera de regular tamaño, conteniendo varios kilos de dinamita. Como el cargamento no era fácil de colocar, por el peligro que encerraba, fue de momento depositado en el Casino Federal, dándose aviso a los interesados de que vinieran a recogerlo, pero los tales se asustaron, y ninguno apareció por allí. Hasta el conserje Gimeno amenazó con dimitir si no se sacaba pronto del local la caja de dinamita. No cabe duda de que aquellos hombres habían luchado en otros tiempos, pero en los años que llevaban pasivos en Madrid habían perdido todas sus energías.

Salvochea consultó conmigo lo que ocurría, y ambos solucionamos el conflicto, devolviendo la tranquilidad al Casino Federal.

Primeramente llevé la caja comprometedora a mi habitación de estudiante, en la calle Jardines, ocultándola debajo de la cama, si bien el sitio no era adecuado. Además, la policía me hacía registros con frecuencia. Después lo trasladé a la imprenta donde trabajaba el compañero Francisco Carbajosa, un venerable anciano de larga barba blanca, muy estimado en los medios revolucionarios de Madrid, y allí escondí la caja en un pozo que había, suspendida de una soga. Dicho pozo ya no estaba en uso, pero contenía agua y era muy húmedo y frío.

El tiempo que tuve escondida la caja con dinamita debajo de mi cama, fue motivo de preocupación para mí, porque en aquellos días tuve el sarampión y luego la viruela, y temía que con el delirio de la fiebre declarara el cuerpo del delito a los habitantes de la casa. Por otra parte, una hermana que había

llegado para cuidarme, me pedía la caja para abrirla y sacar la ropa sucia que yo le había dicho contenía.

Dispuesto a dar aplicación al material de la caja, escogí un convento enclavado en los Cuatro Caminos. Preparé los cartuchos en pequeños paquetes, cada uno provisto de una cápsula de fulminato de mercurio y su mecha correspondiente, y ayudado por un compañero, lo colocamos en unos caños para el desagüe del agua de lluvia, muy a propósito para lo que deseábamos. Calculamos veinte minutos para producirse la explosión, y desde la Glorieta de Bilbao aguardamos los efectos. La deflagración no se produjo, fallando todos mis cálculos, y aquella noche no pude dormir, decepcionado por el fracaso.

¿Cuáles fueron los motivos del mismo? Supongo que la baja temperatura del pozo había producido un estado de congelación en la dinamita. Si yo lo hubiera sabido, habría pasado la dinamita por un baño de maría, a cierta temperatura, y se hubiera evitado el fracaso.

Tiempo después, hablando con Estévanez en París de aquella dinamita, me dijo con toda seriedad: "Como todos tenían miedo yo mismo pensé hacerla estallar en la iglesia de los Jerónimos, en la calle de la Montera, pero como soy tan conocido, algunos me lo quitaron de la cabeza, no fuera que me descubrieran en el momento preciso".

* * *

Por entonces se encontraba en Madrid un tipo bastante pintoresco, llamado Ernesto Bark, de nacionalidad rusa. Se había casado con una guapa malagueña. Él era alto, delgado, con bigote rojizo y pelo del mismo color encrespado y ojos azules de felino; ella era baja, algo gruesa, graciosa de aspecto. Cuando salían los dos a pasear cogidos del brazo, se extrañaba la gente del contraste de la pareja. Bark tenía en Madrid una Academia de Lenguas que le producía para vivir modestamente. Los hijos que tenía aquel matrimonio eran muy bonitos y bien educados. Bark era un socialista sui géneris. No era anarquista, aunque aceptaba la doctrina y frecuentaba a sus adeptos. Él se había forjado una

mezcla de socialismo y democracia muy intrincada y difícil de entender. Publicaba una serie de libros con un plan desordenado, y con frecuencia me llevaba a la imprenta para leerme sus cuartillas. Manejaba mal el español, y yo, por mi incompetencia, no le podía corregir los errores de bulto. Parece que era admirador de Canalejas y fundó una sociedad con el título de Acción Democrática, que se dedicaba a dar conferencias y lecturas comentadas en los locales que le prestaban gratis. He de advertir que aquella sociedad no tenía existencia real, porque los grupos que acompañaban a Bark estaban formados por amigos de Salmerón y García, otros por mí, y por individuos atraídos por las convocatorias. Como el título de la agrupación parecía inofensivo, se le acogía con agrado. Pero como interveníamos algunos anarquistas, la reunión tomaba un giro inesperado, y al final nos indicaban que no volviéramos por allí. Así pasó en el Centro Mercantil.

Una vez fuimos a un Centro Republicano establecido en la calle del Príncipe para que nos prestaran el local, que era presidido por Rispa y Perpiñá, un viejo republicano de abolengo, que en una ocasión estuvo condenado a muerte. Nos concedió el local prestado, pero no le pareció muy bien el nombre de Acción Democrática que llevaba nuestra agrupación, aconsejándonos que, siendo jóvenes, pasáramos a la república. Yo le tranquilicé sobre el particular y le dije que no quedaríamos retrasados. En efecto, en la primera reunión que hubo intervinimos los anarquistas, y al terminarla nos rogó que no volviéramos por allí, porque éramos unos utopistas. En realidad, los motivos eran otros: en el segundo piso del local había una casa de juego, a la sombra del Casino Republicano.

Años después contaba Bark a un periodista, que le reclamaba alguna anécdota, lo siguiente: "Yo presidía una reunión de Acción Democrática, en la que hablaba Rispa y Perpiñá, y con frecuencia se golpeaba el muslo derecho y con los golpes sonaban unas monedas de plata que llevaba en el bolsillo, y como Vallina estaba al lado, temía que oyera el ruido del dinero y lo llamara al orden".

* * *

Por un asunto judicial que no recuerdo, varios conocidos fuimos citados a declarar ante el juez en el llamado Palacio de Justicia; pero antes convenimos en negarnos a prestar juramento. Sin embargo, todos faltaron a su palabra de hombre y juraron amedrentados ante el monigote del juez. Cuando llegó mi turno y el juez me preguntó si juraba, le contesté con voz recia: "¡No juro! ", a lo que el juez se mostró sorprendido por ser yo el más instruido de la partida, como así me dijo.

- Precisamente por eso no juro, por ser el más instruido, y además por no ser cobarde.

Entonces el juez cogió un código que tenía sobre la mesa y, mientras lo hojeaba, díjome:

- Ya verá usted la pena en que incurre por negarse a prestar juramento.

- No pierda usted más tiempo -insistí-, porque no he de jurar así me ahorquen.

Y me dejó marchar sin servir de testigo.

Parece que en una reunión de gente del mismo pelaje, el juez hizo referencia a lo que había ocurrido conmigo. Uno de aquellos zoquetes, probablemente el que más lo era de todos, prometió que él me haría jurar a toda costa.

A tal efecto, un día recibí citación judicial para que concurriera a declarar; comprendí de lo que se trataba.

- Jura usted por Dios decir la verdad? -me dijo el juez secamente.

- No.

- Pues mil pesetas de multa -aulló el leguleyo.

Repitió varias veces la misma pregunta, correspondiendo yo con idéntica respuesta, a 200 duros de multa cada una, y así hasta deberle un servidor a la justicia una suma exorbitante.

- No se canse, señor juez -le advertí, por fin-, porque ni usted ni todos los jueces juntos lograrán que jure ni que suelte un sólo céntimo.

- ¡A la cárcel, insolente! -prorrumpió el togado fuera de sí.

- El insolente es usted -le repliqué- que me está molestando indebidamente.

Y me disponía a arrojarle una silla a la cabeza cuando entraron unos guardias que me cogieron por un brazo y me arrojaron en un sucio calabozo atestado de rateros, algo más simpáticos que los servidores de la justicia.

A la caída de la tarde nos amarraron codo con codo para llevarnos a pie a la Cárcel Modelo.

Por el camino acertamos a topar con una cuadrilla de empedradores que me eran conocidos. Éstos empezaron a protestar a gritos y a arrojar piedras contra los guardias que nos conducían, siendo secundados por los albañiles de una obra cercana. El escándalo fue mayúsculo. Por fin llegamos a la cárcel, conociendo en tal sitio al repulsivo Millán Astray, director de la prisión y soplón máximo, padre del energúmeno que gritó en la Universidad de Salamanca: "¡Muera la inteligencia!"

El asunto de mi prisión coincidió con un estado de opinión anticlerical que se acentuó en aquel momento. Canalejas habló en el Congreso, Azcárate y Labra en el Senado, abogando por la abolición de la ley del juramento y protestando de que a un detenido se le hubiera tratado con desconsideración y llevado por las calles de Madrid maniatado en compañía de presos de baja estofa.

Comentando lo ocurrido en la redacción de El Heraldo de Madrid, Salvochea, que conocía la situación precaria del gabinete liberal, le dijo confidencialmente a Canalejas que a la mañana siguiente estallaría la huelga general debido al hecho, no acudiéndose al trabajo hasta tanto el gobierno no hubiese sido derrocado.

Como Fermín lo esperaba, Canalejas corrió a visitar al ministro de Gobernación, Romanones, poniéndole al corriente de la huelga general

supuesta. Por lo visto, ambos se concertaron para hacerla abortar a toda costa.

Con humor de mil demonios, Romanones llamó al gobernador, quien, a su vez, reunió a los jefes de policía para amenazarlos con la cesantía si convertían el mantenimiento del orden en asunto poco serio.

Consecuencia de estos conciliábulos fue la orden de detención contra los presidentes de las sociedades obreras domiciliadas en el Centro Federal de la calle Horno de la Mata. Una vez levantados de sus camas (pues era en la madrugada) fueron puestos en presencia del gobernador, quien les dijo:

-Estoy enterado por mis servicios que al inicio del día vais a declarar la huelga general en Madrid como protesta por la detención de un estudiante que se negó a jurar. Pues bien. Por mi honor prometo que el tal estudiante será puesto en libertad si ustedes me aseguran que dicha huelga general no será efectiva.

Los presidentes, naturalmente, nada sabían de la huelga que traía a las autoridades de cabeza. Pero comprendieron, y, muy formales, prometieron no promover el conflicto siempre que, por su parte, la primera autoridad civil de la provincia pusiera en libertad al estudiante detenido.

Gracias a todo este enredo, y previa intervención del propio Romanones cerca del juez, de buena hora fui despertado en la cárcel por un escribano oficial que me había enviado a la misma, y tras haberme dado toda clase de excusas por haber sido tratado cual vulgar ratero, me presentó un pliego para que lo firmara pidiendo al juez mi libertad provisional.

Le aseguré que más que con ladrones me habría avergonzado ir maniatado con un hombre de la calaña del señor juez, y que en cuanto a firmas no ponía ninguna, puesto que no ambicionaba recibir favor alguno de una persona amante del atropello.

Esta vez fue el juez que consultó a Romanones por teléfono para exponerle mi negativa. Y ya en la calle había aparecido una manifestación estudiantil vociferando cosas que me eran favorables...

-Por favor, suelte a este hombre de una vez para evitarnos inútiles quebraderos de cabeza.

Y acto seguido fui, no sacado, sino arrojado de la cárcel a empujones.

* * *

Por muy modestas que fuesen las casas de huéspedes en que me alojaba, llegó un día que me fueron despidiendo de ellas, a causa de las continuas visitas y registros que me hacía la policía y la fama que me habían dado de hombre peligroso.

El socialista Marcos Rey, después de elogiar mi conducta moral, me rogó abandonara el alojamiento, porque los otros huéspedes se mostraban inquietos y temerosos por mi presencia, y amenazaban con irse.

De la calle Jardines pasé a la de Olivar, en los barrios bajos, a la casa de huéspedes de una mujer que había sido cocinera de Cánovas del Castillo, muy beata y con una capilla dentro del piso. En seguida que se informó de quién era yo me mandó mudar a toda prisa.

En aquella casa me visitaba con frecuencia un hombre que vendía requesones de leche y tenía un pequeño negocio en una cochera cercana, con varios vendedores a su servicio, hombres y mujeres. Era muy aficionado a escribir poesías de fondo social, y me las llevaba para corregir. De ahí nació nuestra amistad. En una ocasión tuve que escapar de mi domicilio perseguido por la policía, que intentaba detenerme, y entonces el vendedor de requesones me llevó a su cochera, donde pasé oculto algunos días. De noche, para distraerme, llevaban un pianillo y al son de la música bailaba y cantaba toda la dependencia. Aquella gente sencilla no era capaz de traicionarme, pero sí de defenderme si hubiera llegado la policía para detenerme.

Después de recorrer algunas casas de huéspedes, a cada cual peor para sí, volví a la calle de Jardines, cerca de donde vivía antes. La dueña de aquella casa de huéspedes era una pobre viuda con una niña y un hermano enfermo

que no podía trabajar. Los huéspedes allí alojados eran de condición modesta y en su mayoría trabajadores manuales. Me encontré contento y continué hasta que tuve que escapar de Madrid. Todos me estimaban y no se asustaban de las visitas de la policía.

Allí paraba un hombre de edad madura que había sido militar durante la guerra carlista; tenía una hermana en buena posición económica y le pagaba el hospedaje. En la misma habitación dormía un soldado repatriado de Cuba, un verdadero bribón que se complacía en molestar al compañero de cuarto, cantando al despertarse una canción que comenzaba así:

Disfrazada de puta gallega

Doña Blanca se vino a Madrid...

El carlista se volvía en la cama de un lado al otro, le entraba una tos seca y aguantaba el chaparrón de disparates que le disparaba el otro.

Algunos días venían tres muchachitas muy pobremente vestidas a visitar al viejo carlista, que las abrazaba tiernamente como hijas que eran, nacidas de una mujer plebeya.

El ex soldado dejó de atormentar al carlista, y resolvió su problema económico metiéndose a fraile en un convento de la Corte.

Y a propósito de frailes, había entonces en Madrid un carpintero anarquista, llamado Pujarte, que trabajaba en un convento de frailes, y que con frecuencia compraba libros anarquistas a La Revista Blanca para sus frailes, que deseaban conocer a fondo nuestras ideas y eran muy estudiosos. Una vez ocurrió una cosa rara en aquel convento, con la detención por la policía, de un anarquista italiano que se había ocultado allí perseguido.

* * *

La huelga general declarada en Barcelona en febrero de 1902, despertó gran entusiasmo entre los obreros revolucionarios de Madrid, cuyo número había ido aumentando desde la llegada de Salvochea y mía. Aquella misma noche se convocó en el Casino Federal a todas las sociedades obreras, no dominadas por los socialistas, para definir nuestra actitud ante aquellos acontecimientos. Me cupo a mí presidir aquella asamblea y en pocas palabras expuse los propósitos que nos animaban, esto es: solidarizarnos con los trabajadores barceloneses y advertir a las autoridades que no nos cruzaríamos de brazos si se intentaba atropellarlos. Se votó la huelga general por unanimidad, pero antes de retirarnos, uno de los delegados propuso fuéramos a invitar a los socialistas para que secundaran el movimiento. Aceptada la idea, una comisión de nosotros se dirigió a la central ugetista para hacer efectiva nuestra invitación.

Uno de los dirigentes, Largo Caballero, nos recibió en su despacho, y sin consultar con nadie rechazó nuestra demanda, e incluso, con tono burlón, nos preguntó si creíamos en el éxito de la huelga. Yo le contesté que sí, aunque no nos ayudasen los socialistas, puesto que confiábamos en la mejor disposición de los trabajadores madrileños. La actitud de Largo Caballero fue tan desagradable que uno de nuestros delegados, indignado, le amenazó con los puños. De hecho, los socialistas declinaron toda participación en el conflicto, y no aceptaron la responsabilidad de lo que podía ocurrir. Al día siguiente intentamos preparar los ánimos solidarios del pueblo trabajador, pero chocamos con una seria dificultad, y era que ninguna imprenta se atrevía a imprimir hojas clandestinas.

Entonces fui a ver a Salvochea y le propuse visitar a Lerroux en el Congreso, que tenía una imprenta, pues yo había ido y no me dejaron pasar. Fermín se negó de momento por repugnarle frecuentar el Parlamento, pero al fin cedió y fue a entrevistarse con Lerroux. Éste, al saber de qué se trataba, me libró una nota para su hermano Aurelio disponiendo que me sirvieran en la imprenta sin limitación alguna.

Toda aquella noche la pasé en aquellos talleres en compañía de Antonio Apolo, tipógrafo a su vez, confeccionando miles de hojas-manifiestos convocando a los trabajadores madrileños a la huelga por solidaridad a los compañeros de Barcelona. Al amanecer fueron entregadas las hojas a algunos jóvenes en la Glorieta de Bilbao, que nos esperaban, para que las repartieran por los lugares más concurridos de la capital.

De vuelta a mi casa, al pasar por la Puerta del Sol, iba tan cargado de hojas bajo la capa, que temí que se me cayesen al suelo en el momento que se presentaba el inspector de policía Visedo, que me había perdido de vista aquella noche y deseaba saber dónde había estado, y le dije que en una visita privada, aunque parece que no se conformó, pero me dejó pasar.

Al llegar a mi casa empezó a llover a cántaros, circunstancia que me inquietó mucho. Quizás no llovería en todo lo que quedara de noche, y este pensamiento me tranquilizaba un poco. Como no pensaba volver a casa al día siguiente, pues existía posibilidad de cárcel, empaqueté ropas, libros y otros objetos. Por su parte, Salvochea y otros compañeros hicieron idéntica operación. Mas como la lluvia arreciaba con mayor fuerza, mi inquietud fue en aumento. Próximo al amanecer abandoné la habitación precipitadamente para dirigirme al sitio donde estaba citado con los compañeros en el populoso barrio de Lavapiés. Al bajar la escalera me crucé con el sereno y unos policías que venían a detenerme. Gracias a que no llevaban otra luz que la mortecina de la linterna del vigilante y que creían sorprenderme en pleno sueño, conseguí pasar sin ser reconocido. Al salir a la calle vi que la taberna de al lado ya estaba abierta. Me metí en ella, siendo tan bien acogido que me ocultaron en una habitación trasera. A poco bajaron los policías preguntando al tabernero si me había visto, a lo que éste contestó que sí, que en la calle, y emprendieron veloz carrera. El despiste fue completo.

Cuando llegué al lugar de la cita, Salvochea ya estaba aguardando, el primero, refugiado bajo el quicio de una puerta para evitar la lluvia, que seguía cayendo abundante. Entonces le pedí me diera un revólver que le habían dejado para mí, pero se negó a dármelo y me dijo que quería emplearlo contra el primer policía que se presentara. Uno tras otro fueron llegando los compañeros, mojados como sopa. Distribuidos los grupos de paro, éste alcanzó sus efectos;

pero a continuación los hombres se quedaron bajo cubierta, preservándose de la lluvia como si lo que caía fuesen balas.

* * *

Un día me vi envuelto en un complot revolucionario que parecía tener viso de más seriedad que el que he referido en estas páginas con la participación de Rosendo Castell, que fue un verdadero fracaso.

En el complot que voy a referirme, llevado con el mayor secreto, no participaban más que tres personas: el químico Francisco Salazar, Fermín Salvochea y un servidor, todos de absoluta confianza.

El químico Salazar era un anarquista de acción, que no se trataba más que con Salvochea, y le comunicaba sus secretos, aunque publicó algunos artículos de divulgación científica en *La Revista Blanca*.

Además era un químico de genio, dado a invenciones en su especialidad. Como yo cayera enfermo con viruelas, preparó un líquido curativo para evitar me quedasen huellas en la cara, y con esa medicina el bueno de Fermín me curaba todos los días. Pero lo más notable del caso era que entonces no se conocía la bomba de hidrógeno, de la que después tanto se ha hablado, que él acababa de inventar y quería emplearla para volar a toda la familia real cuando se dirigiera de paseo a la Casa de Campo.

Y en aquel punto andábamos ocupados, preparando los detalles más minuciosos del atentado. Pero un día llegó Salvochea con cara compungida a mi domicilio y me dijo con voz ahogada por la emoción: "Salazar acaba de morir de una neumonía fulminante de las que se cogen en Madrid".

Para el éxito del complot faltó uno, el principal, pero fue por la muerte, si no no hubiera estado ausente, haciéndolo abortar.

* * *

Desde que era niño me impresionaron terriblemente los martirios aplicados a los anarquistas en el Castillo de Montjuich de Barcelona. Y no fui yo solo. Esa impresión la recibieron todas las personas buenas que tuvieron noticias de aquellos horrores, que no se borraron nunca. Años después, con motivo de un proceso que se me seguía por el atentado contra Alfonso XIII, al declarar la señora Severines, una mujer celestial, en mi favor y relatar la impresión que le produjeron la presencia de algunos martirizados, con las huellas todavía en las uñas de los pies de las cuñas de madera introducidas, el centinela armado que tenía a mi lado rompió a llorar estrepitosamente, y el Presidente del Tribunal, el magistrado Fabre, protestó en nombre de la humanidad de aquellos tormentos.

El nombre del capitán Portas quedó como el más execrable de los verdugos de Montjuich, y desde entonces andaba solo sin saber dónde ocultarse, pues hasta su misma sombra le asustaba.

Una de las mañanas que fui a encontrarme con Fermín Salvochea en la redacción del El Heraldo de Madrid, me dijo:

-Canalejas acaba de comunicarme que Portas está en Madrid y va todas las noches a tomar café a un lugar determinado.

Entonces vi el cielo abierto y me dije: "por esta vez no escapará y se habrá hecho justicia a sus víctimas".

Desde aquel día, fui varias tardes, junto con un compañero, al café indicado y cuyo nombre no recuerdo. No conocía a Portas personalmente, pero sí por los retratos publicados de tan siniestro personaje, aunque no hubo manera de reconocerle entre público tan numeroso.

Entonces Salvochea se dirigió al compañero X, quien conocía personalmente al verdugo Portas por haber sufrido de él las más sañudas persecuciones. El citado compañero se personó en el café y reconoció fácilmente al torturador de Montjuich. Pero al rogarle Salvochea que nos los señalase, se negó a ello por temor a verse de nuevo comprometido en una situación desagradable. No nos desanimamos por aquel contratiempo y seguimos buscando a Portas por

Madrid, ya que había desaparecido del café, y al fin dimos con una pista: el domicilio del repulsivo personaje, por cierto facilitado por Canalejas a Salvochea. Ignoramos qué motivo tuviera Canalejas para querer tan mal a Portas. Éste, como se sabe, se había ganado la repulsa general, incluso la de ciertos familiares suyos.

Vigilamos estrechamente aquella casa, pero antes de que obtuviéramos información exacta de la vida que hacía su morador, un día de los que fuimos a continuar nuestra observación, nos encontramos, con sorpresa y cólera, que el pájaro había volado y la jaula estaba vacía. Se conoce que el malvado vivía prevenido y no sabemos cómo se enteró de nuestra presencia en la calle, y desapareció con la presteza de la liebre.

Eso fue el motivo de que tan indigno sujeto muriera tranquilo en su cama y no en la calle como un perro rabioso que era.

Por lo que a mí respecta, por aquel entonces fui encerrado durante meses en la Cárcel Modelo madrileña, y a mi salida tuve que abandonar España.

* * *

Cuando dejamos la vida campestre, bajo la influencia de Barnés, mi hermano se consagró a la carrera del magisterio, porque creía que era en la que podía hacer más daño al enemigo. Pensaba, como Víctor Hugo: "en cada pueblo hay una luz encendida, el maestro de escuela; y una boca que sopla sobre la luz, el cura".

Yo, en cambio, me consagré a la medicina para curar o aliviar el dolor a mis semejantes. Además, por mis estudios, podía deducir una culpabilidad grande de la sociedad presente y condenarla, como responsable que era de la mayor parte de los males que afligen a los hombres.

Por eso escogí a Madrid como lugar de mis estudios, que se consideraba como el mejor del país.

En la Facultad de Medicina de San Carlos no pude estudiar más que los dos primeros años de la carrera, obligado que fui a abandonar el país por los militares, los mismos que hoy han arrojado a la desgraciada España al mayor de los abismos.

Conservo un buen recuerdo de profesores y de alumnos. Oloriz era un gran maestro de Anatomía, y una vez que estuve preso fue a visitarme a mi celda de la Cárcel Modelo. Cajal daba unas lecciones admirables en la pizarra; pero sólo aprovechada por escasos discípulos que se sentaban en las gradas próximas, el resto de la clase, en un local atestado, prestaba poca atención. Además, no se hacían prácticas, que era lo peor; pues el provecho de las lecciones teóricas era limitado. Cuando años después estudié en el University College de Londres la misma asignatura de Histología, en cuya lista de clase constaba mi nombre como discípulo de Cajal, entonces la aprendí muy bien, y allí no había clase teórica, sino práctica, con un microscopio por delante. Los ingleses son un pueblo práctico en todo, y así nos llevan tanta delantera.

El decano de la Facultad, el profesor de Anatomía, Calleja, senador conservador, llegó a tenerme cierta estima, a pesar de los motines de estudiantes que yo había encabezado cuando el secuestro de la señorita Ubao. Esta estima se debía a un incidente que voy a referir.

Había en la Facultad un buen museo de anatomía cerrado a los estudiantes, y un día lo encontré abierto, y sin pedir permiso alguno entré. Cogí una pieza anatómica de un armario, la masa encefálica, me senté y me puse a estudiar tan tranquilo. Cuando llegó el bedel que cuidaba el museo, se escandalizó de mi conducta y me ordenó abandonar el local, y como no le hiciera caso, fue a dar parte al doctor Calleja, que le contestó: "Deje usted tranquilo estudiar a ese hombre, que es el único que ha mostrado interés de aprender, y no lo interrumpa en su estudio, permitiéndole la entrada siempre que lo desee".

Y allí seguí tranquilo estudiando todos los días anatomía.

Años después, me encontraba un día estudiando anatomía en el magnífico museo del University College de Londres, abierto a todo el mundo, cuando llegó a entrar el profesor de Anatomía de Buenos Aires, y me contó las

dificultades que encontró en el museo de Madrid, con un bedel al lado, como si fuese a robar alguna cosa.

Por el incidente que he referido, le fui simpático al doctor Calleja y me hizo un gran favor, formando un tribunal de examen sólo para mí, pues cuando había salido en septiembre de la Cárcel Modelo, ya habían pasado las dos listas de los exámenes oficiales. Y esto sin pedirle nada, pero él estuvo al cuidado para que no perdiera el año de mis estudios.

* * *

Los acontecimientos me llevaron a tener una estrecha amistad con Barriobero en la primera época de su iniciación política, al que servimos de padrino, y compartí con él los últimos días que precedieron a su infausta muerte.

A principios de siglo, ambos vivíamos en Madrid y estábamos dominados por la pasión de los libros, la más noble de las pasiones. Con frecuencia nos encontrábamos en las librerías de lance en busca de libros raros. "Cuando suene la hora de la expropiación que preconizáis los anarquistas -nos declaraba con la seriedad que le caracterizaba-, me sumo a vosotros para despojar de sus libros a muchos imbéciles que no merecen tenerlos".

Entonces comenzó a publicar la revista Germinal, en recuerdo a la que pocos años antes publicaran con el mismo título Dicenta, Salmerón y García, Delorme y otros. Pero era una revista de letras, en la que hacía sus primeros ensayos, entre otros, Francisco Villaespesa, que después llegó a ser un notable poeta. Con frecuencia conversaba con Barriobero, y en mi afán de proselitismo traté de atraerlo al campo anarquista, cosa no difícil, pues las ideas estaban a la moda del día en un público mal llamado "intelectual". Por cierto que todos desfilaron de prisa por nuestro campo, para pasar al del vecino, mejor abonado para el cultivo de ciertas ambiciones. La ocasión no tardó en presentarse en Barriobero y se decidió, por fin, a pasar el Rubicón. Ramiro de Maeztu renegaba ya de los ideales anarquistas y comenzó a publicar en El Imparcial una serie de artículos bajo el epígrafe de "El Anarquismo en España",

que verdaderamente eran de una índole policíaca y repugnante. "Hora es ya -decía Maeztu- que el corazón y la cabeza de esos hombres vuelvan a la sociedad y a la patria, antes de que sea tarde para unos y para otros". Según los cálculos de Maeztu había en España 400.000 anarquistas activos.

El grupo Germinal comentaba en la mesa de un café el último artículo de Maeztu, cuando Barriobero se dirigió a mí, que estaba sentado en una mesa próxima, y me hizo esta pregunta: "¿Quiere usted contestar en nuestra revista a Maeztu, como se merece?" Acepté la oferta, y mi réplica agradó tanto a Barriobero, que la insertó en las primeras páginas de la revista. Pero la redacción en masa se retiró de la publicación, que de literaria pasó a ser anarquista.

Barriobero nos confesó en aquellos días de su nuevo apostolado, que sus ambiciones eran representar en el movimiento anarquista español el mismo papel que Sebastián Faure representaba en el movimiento anarquista francés.

* * *

Por entonces había una profunda agitación entre las cigarreras de Madrid, debido a que habían sido despedidas por centenares en la fábrica en que trabajaban, sin una causa justificada. Como en ellas dominaba el espíritu de revuelta, entonces me nombraron secretario de la asociación, y se sumaron al descontento muchos obreros anarquistas, que tenían muy preocupado al gobierno, porque hacían acto de presencia en toda ocasión.

Cuando estábamos preparando un mitin en el teatro Barbieri, al cual se había invitado a todas las organizaciones revolucionarias de Madrid, y esperábamos tener una enorme concurrencia, nos informamos que estaría presente el inspector de policía Marsal, que acababa de llegar de Bilbao, después de asesinar personalmente a un pobre obrero de un tiro en la cabeza.

-Buena ocasión -dije- , para hacerle a Marsal una mala jugada, y obligarle a suspender el mitin, azuzarle la concurrencia, arrastrarle a la calle y hacerle purgar el crimen cometido.

Acababa de decir esto, cuando se presentó a la reunión Barriobero y le propuse presidir el mitin, que no vaciló en aceptar, sin saber las intenciones que teníamos.

En efecto, el teatro estaba lleno de bote en bote y la multitud muy agitada. Marsal era un hombre alto, grueso y con facciones de hipopótamo, que miraba de reojo, y desconfiado. Los discursos eran violentísimos para obligarle a suspender la reunión, pero el viejo zorro se dio cuenta del peligro y aguantaba el chaparrón. Y para finalizar, uno de los oradores empezó a atacar a la familia real, y ya se vio obligado a levantarse y suspender el acto. Yo, que hacía de secretario del mitin, cogí un tintero de bronce que tenía a la mano y se lo estrellé en la cabeza, pintándole el rostro de negro. Aquello fue la señal de la batalla. El público se lanzó como una tromba, atropellándose unos a otros, invadió el escenario, lo hizo rodar a Marsal por el suelo, lo golpeó y arrastró a la calle, donde unos vecinos lo recogieron en muy mal estado. De allí los asistentes al mitin partieron en manifestación tumultuosa hacia el Palacio Real, pero antes de llegar, una nube de policías apareció y a sablazos disolvió la manifestación improvisada y detuvo a Barriobero, y no pudo detenerme a mí porque las cigarreras me defendieron como leonas, con uñas y dientes.

Barriobero pasó varios meses en la cárcel Modelo, y yo oculto en una buhardilla que me cedió un peón albañil.

El gobierno resolvió el ruidoso problema de las cigarreras buscándoles trabajo en una fábrica de tabaco, creo, que de Gijón.

* * *

Uno de los jóvenes de más valor revolucionario que en aquella época encontré en Madrid era, sin duda alguna, Francisco Macein. Era federal y luego, en

contacto conmigo, pasó al campo anarquista. De un fuerte temperamento, le valió ser admitido como colaborador en El Heraldo de París que publicaba Luis Bonafoux en la capital de Francia. El genial escritor portorriqueño tuvo un discípulo digno de él en Macein.

Macein era un simple oficinista que tomó sobre sus espaldas la tarea de emancipar de la esclavitud a los empleados del escritorio y a los dependientes de comercio, elevándolos a la categoría de rebeldes. El libro Los Crímenes del Comercio era un abismo de dolor sin fondo.

Macein estuvo siempre a mi lado en las empresas más arriesgadas, sin temor a las consecuencias. En una ocasión me acompañó a una dehesa, del ministro Moret, cercana a Madrid, para hacer explotar unos explosivos de nuevo cuño.

El último día que permanecí en Madrid, antes de partir para Francia, me acompañó hasta el último momento y me llevó a una estación cercana a la capital para coger el tren y despistar a la policía. ¡Qué pena me dio separarme de aquel hombre verdadero, que no volvería a ver más, porque ya se encontraba minado por la tuberculosis pulmonar!

* * *

El acto de Angiolillo, matando a Cánovas, es universalmente conocido, pero poca gente sabe que tuvo dos precursores españoles: los anarquistas Paco Ruiz y Francisco Suárez, que perdieron sus vidas por tratar de suprimir al monstruo político que se llamó Cánovas del Castillo.

En aquella época se habían sublevado las dos últimas colonias que quedaban, Cuba y Filipinas, hartas de sufrir a los malvados que las gobernaban. El pueblo español sufría las consecuencias de la prolongación de la guerra y deseaba que terminase. Cánovas era de los políticos que se oponían a ello, invocando el honor nacional. "Seguirá la guerra -decía Cánovas-, mientras nos quede un soldado español y una peseta". Además cometió el crimen y el error de hacer fusilar en Filipinas al doctor Rizal.

Los dos anarquistas citados convinieron en quitar la vida a Cánovas, que tanto daño estaba causando al pueblo español. Una mañana fueron ambos a la residencia señorial de Cánovas y lo aguardaron en la puerta con una bomba en la mano. Pero tuvieron la desgracia de que el artefacto estallara prematuramente, cuando el coche del ajusticiable se acercaba al domicilio. Paco Ruiz murió en el acto, y Francisco Suárez, maltrecho, fue detenido y condenado a seis años de presidio, que cumplió en el penal de Ocaña.

Una vez en libertad volvió a Madrid a ocupar su puesto en la lucha, uniéndose a nuestro grupo. Era un hombre de más de cincuenta años de edad, de mediana estatura y cuerpo fornido. Su rostro era simpático y de facciones finas, ojos negros, nariz aguileña, frente despejada y larga barba gris. Su sonrisa se distinguía por un dejo de amargura, pero se mostraba sereno y dulce. Como era muy pobre y no hacía trabajo alguno, Salvochea le dictaba algunos de sus artículos que le pagaban en El País, pasándole a Suárez la paga en cumplimiento de un trabajo, y así el favorecido no se sentía herido en su susceptibilidad.

Estábase entonces en la preparación de las fiestas de la coronación de Alfonso XIII, y como se pensaba en "aguar la fiesta", como vulgarmente se dice, por consejo de Salvochea apartamos a Suárez de nuestro lado para no hacerle blanco de la policía a causa de su historial. De nada sirvieron, sin embargo, nuestras precauciones. Suárez se vio envuelto en un proceso con nosotros, acusado de tomar parte en un complot contra la vida del joven soberano, complot que fue llamado "de la Coronación".

* * *

El 17 de mayo de 1902 iba a tener lugar la coronación de Alfonso XIII, preparándose fiestas en Madrid. Se anunciaba la presentación de representantes diplomáticos de varios países, además de la llegada de numerosos turistas extranjeros y del país. Para los antimonárquicos se

presentaba un problema muy serio: o se cruzaban de brazos y permanecían indiferentes, o intervenían y movilizaban al pueblo republicano a una protesta. Podía contarse con el pueblo, pero no con los jefes republicanos ni socialistas.

Un día, unos significados republicanos, me invitaron a participar con ellos en la manifestación antimonárquica que se preparaba, rogándome de paso que interesara en lo mismo a mis amigos, a fin de unificar las fuerzas revolucionarias. Salvochea y otros compañeros, a quienes pasé el ruego republicano, aceptaron sumarse a la demostración y hacer en ella cuanto les fuera posible. Así iban las cosas cuando supe, con sorpresa, que los dirigentes republicanos que se habían comprometido con nosotros habían desertado de Madrid, dirigiéndose a Andalucía, alejándose de la Villa y Corte so pretexto de una excursión de propaganda, y sin habernos comunicado tan insólita determinación, lo cual equivalía a la anulación de los planes anticoronacionistas que de común acuerdo habíamos elaborado.

La víspera de la coronación por la noche, al salir del Casino Federal, Salvochea, Suárez, yo y otros compañeros, recorrimos la Puerta del Sol y la Carrera de San Jerónimo hasta llegar al Congreso. La muchedumbre, no numerosa como era de prever, deambulaba por debajo de los arcos de follaje, salpicados de farolillos de colores, consiguiéndose el aspecto ridículo de una verbena de barrio modesto. Luego nos despedimos preocupados, pensando en los acontecimientos que al día siguiente iban a suceder. Me dirigí a la casa de huéspedes de la calle Jardines, cuya patrona me tenía en mucha estima, a pesar de las molestas visitas de la policía. Me acosté y quedé profundamente dormido.

Al principió creí estar soñando ante el cuadro que se presentó a mi vista. La patrona levantaba un candil sobre mi cabeza, y a su mortecina luz contemplé a un grupo de sujetos de rostros patibularios. Uno de ellos, que reconocí, era el inspector de policía Visedo, quien me dijo: "Levántese en seguida, que vengo a detenerlo para ingresarlo en la cárcel". Entonces me di cuenta de que no se trataba de un sueño, sino de una fastidiosa realidad relacionada con la fiesta de la Coronación. En coche fui conducido a la delegación de policía del distrito, siendo encerrado en una mísera mazmorra.

Algunos rayos de luz que se filtraban por las hendiduras de la puerta del encierro me permitieron ver un banco y una tabla como únicos muebles. Coloqué la tabla sobre el banco en ángulo agudo, y envuelto en mi capa quedéme dormido sobre aquel extraño lecho. Me desperté bien entrada la mañana, no oyéndose ningún ruido en el local próximo, debido tal vez a que el personal policíaco estaba de servicio en la calle. Por la tarde apareció un policía, al cual recomendé me comprara algo para comer. El día que pasé en aquella ratonera, mientras alguna gente se divertía, fue muy incómodo y aburrido y mil veces maldije al rey que se coronaba y a toda la casta de los Borbones, prometiéndome combatir a ultranza al régimen, promesa que no quedaría incumplida.

Bien entrada la noche me sacaron del cuartelillo para llevarme a otro encierro parecido del Palacio de Justicia. Me acosté sobre un tablón que hacía las veces de cama y me quedé dormido. Ya avanzada la noche vinieron a buscarme unos agentes para conducirme ante unos magistrados que me tomaron declaración. Las preguntas que los tales me hicieron versaban sobre el hallazgo de unos cartuchos de dinamita en una casa de la Carrera de San Jerónimo y que se suponían destinados a arrojar sobre la comitiva real. Mi contestación fue que, sin duda, se trataba de un cuento policíaco. Y así debían de pensarlo ellos mismos, a juzgar por el aire escéptico y de aburrimiento que los distinguía.

Acabado el estúpido interrogatorio, fui conducido a la Cárcel Modelo e ingresado en ella en un estrecho calabozo subterráneo, en forma de ataúd, un entarimado por lecho, un ventanuco en lo más alto del muro y una puerta que comunicaba a un pasillo sin luz y en el cual corrían las ratas en tropel.

* * *

El llamado "complot de la Coronación" no fue otra cosa que una infame maquinación autoritaria que costó a algunos varios meses de cárcel, y a Francisco Suárez, muerte alevosa cuando era conducido por la guardia civil a cumplir condena.

Existía en Madrid, en aquel tiempo, un cuerpo especial de policía destinado a la exclusiva vigilancia de los anarquistas. Su jefe era un sujeto asturiano llamado Laureano Díaz. En uno de los tabernuchos frecuentados por agentes a sus órdenes, enclavado en Cuatro Caminos, fue hecho un depósito de dinamita en mal estado por estar descompuesta, como así lo declararon los expertos a raíz del "descubrimiento". Agentes provocadores de Laureano Díaz (muchos y mal pagados) comunicaban a los obreros más exaltados, la manera de adquirir explosivos a precio módico. Dos viejos y entusiastas federales picaron en el anzuelo, y siempre que disponían de algún dinero iban a la referida taberna para hacer pequeñas compras de aquella dinamita inservible, cuyos cartuchos guardaban en un local de la Carrera de San Jerónimo en el cual uno de ellos ejercía de conserje.

Urdida la trama, Laureano Díaz aguardó la mejor ocasión para intervenir y darse mérito. Aquella se presentó con motivo de la coronación de Alfonso XIII, cuya comitiva tenía que pasar por la Carrera de San Jerónimo para dirigirse al Congreso de Diputados.

En la víspera de la coronación, por la noche, el provocador Laureano Díaz, practicó un registro en la casa de la Carrera de San Jerónimo para "hallar" la dinamita que en ella había (y cuya existencia hacía tiempo conocía) y detener al citado conserje, un pobre anciano que se impresionó canco que, en sus declaraciones, ni sabía lo que decía.

Aquel día los periódicos de Madrid salieron escandalizando al público por el hallazgo de los explosivos que debían ser arrojados sobre la comitiva real por unos desalmados "enemigos de la sociedad, de la religión, de la familia, etc." Túvose algún reparo en detener sin motivo a Salvochea, pero fuimos apresados sus amigos más cercanos, entre ellos Antonio Apolo, Francisco Suárez, Fermín Palacios y yo, siendo codos sepultados en unas mazmorras subterráneas que había en la Cárcel Modelo de Madrid.

* * *

El departamento subterráneo de la Cárcel Modelo se componía de un largo corredor, día y noche alumbrado apenas por una farola que colgaba del techo, y en el que se oía gotear a codas horas el agua de una pila, de la cual se proveían codas las mañanas los presos. Al corredor daban como una docena de estrechos calabozos, no teniendo otros muebles que una tabla sobre el suelo, llamada cama, y un pequeño banquillo de madera para sentarse. En lo más alto del muro, frente a la puerta, se abría un ventanuco en cada mazmorra, por donde entraba una poca luz durante el día. El tiempo no podía transcurrir más aburrido en aquel lugar. Al amanecer entraba un carcelero, y sin decir palabra nos dejaba la repugnante comida para codo el día. De noche, en cambio, teníamos una diversión, las carreras de ratas, que contemplábamos acostados boca abajo en el suelo y mirando por debajo de la puerca. Algunos de los detenidos se aficionaron a la cacería de ratas. Uno de ellos, mi vecino Antonio Apolo, dedicaba la noche a semejante distracción. Se armaba de dos gruesos zapatos que llevaba y desde un rincón de la celda los arrojaba contra las ratas que se deslizaban por debajo de la puerca para alcanzar el cebo que les había puesto. Cuando hacía blanco gritaba entusiasmado, como si hubiese hecho un acto heroico. A veces chocaba el zapato contra la puerta en vez de dar contra la pieza apuntada, lo cual me despertaba con sobresalto. Esa caza se hizo general entre codos los detenidos, excepto yo, que no había nacido para cazar ratas, sino tiranos.

Por las mañanas venían de las galerías los presos que comían la carne de rata, se llevaban las que habíamos matado por la noche, las guisaban a su gusto y las comían como un manjar exquisito. Nunca consentimos probarlas. ¡A lo que obliga el hambre!

* * *

Tras varios días de permanecer incomunicados, nos subieron a las galerías de la prisión, pudiendo entonces relacionarnos con los amigos del exterior. Salvochea no faltaba un solo día a la comunicación, preocupándose por nuestro estado nutritivo. Después de tres meses de régimen de encierro

fuimos declarados inocentes, aunque se nos dejó prisioneros en calidad de gubernativos. En cambio Suárez, también inocente, fue condenado por sus antecedentes. El único culpable de aquel suceso, el malvado jefe policíaco Laureano Díaz, fue recompensado con una alta distinción por haber evitado un "atentado horrendo" contra la vida del monarca.

Los que podíamos ser culpables fuimos absueltos por falta de pruebas, pero Suárez, inocente, fue condenado, sin pruebas, a otros seis años de presidio, en apariencia, porque de hecho la condena fue de muerte, siendo seguidamente ejecutado.

Vecino de mi calabozo, al conocer la condena recaída, me pasó una nota en la que me decía: "Es muy duro pasar otros seis años en un presidio, esta vez siendo inocente. Pero me queda el consuelo de que no os olvidaréis de mí y que me tenderéis vuestra mano desde fuera". Le contesté asegurándole que nuestra solidaridad no le faltaría.

El día 3 de julio fue conducido a pie, amarrado con otro preso a cumplir condena en el penal de Ocaña. A poco de salir de Madrid, en el camino de Pinto, ambos fueron asesinados a culatazos por la guardia civil que los custodiaba. Según ésta, Francisco Suárez murió en la carretera a causa de una congestión solar, al igual que su infortunado compañero. Nadie creyó que el sol, recién amanecido, pudiera asfixiar a las dos víctimas y además dejara indemnes a los victimarios.

Francisco Pi y Margall publicó en El Nuevo Régimen un sentido y bello artículo con motivo del doble asesinato, el cual, a pesar de todo, quedó impune.

* * *

Al cumplirse seis meses de nuestra detención, Salmerón, que intervenía siempre en mis asuntos judiciales, se dirigió al domicilio particular de Moret, que era ministro, recabándole mi libertad, por creerme víctima de una injusticia. El ministro se disculpó diciéndole que me creía en libertad,

prometiéndole librarme al día siguiente. Mas no fue así, porque en el momento de salir de la ergástula se presentó un juez militar para comunicarme que seguiría encarcelado debido a un proceso militar, teniendo por causa haber insultado al ejército español, en un mitin del que nadie se acordaba. Se conoce que buscaron un pretexto para prolongar mi detención.

Años después de esta ocurrencia, hablando en Londres con un senador español monárquico, a quien tuve que visitar por asuntos familiares, salió a relucir el "complot de la Coronación", y me dijo con toda la seriedad:

-Fue Moret el que dio seis mil duros a cada uno de los republicanos que amenazaban perturbar la fiesta coronadora, con la obligación de largarse a Andalucía. Y como quiera que en la entrevista que tuvieron uno de los presentes le nombrara a usted, Moret contestó, "que como no iba a aceptar dinero, le daría seis meses de cárcel, palabra que cumplió".

No certifico que las palabras de aquel senador fueran verídicas, pero sí puedo afirmar que la conducta de aquellos republicanos, abandonando el campo de honor, fue verdaderamente sospechosa.

La consecuencia del proceso fue la crucifixión de un hombre abnegado y justo: Francisco Suárez, anarquista que no se hubiera vendido por todo el oro del mundo.

* * *

Antes de la fecha de la coronación de Alfonso XIII me animaba una propaganda antimilitarista que hacía en toda ocasión en los mítines, artículos de periódicos, conferencias y conversaciones particulares. He aquí cómo pensaba sobre el particular y cómo exponía mis ideas:

Los militares, aplicando su escasa inteligencia al arte de matar, no son seres normales, sino desequilibrados, de instintos perversos. Como están organizados para el crimen y extremadamente armados, no les es difícil satisfacer sus bajos instintos, máxime gozando de impunidad completa y

recibiendo como premio a sus tristes hazañas, ascensos y condecoraciones. Protegen, además, a tiranos y explotadores, y cuando pueden se convierten a sí mismos en dictadores, como en la actualidad acontece en España. Tales hombres constituyen uno de los mayores azotes del género humano. Y no hay que oponerse con razones, que no sirvan de nada, sino con la violencia y una organización perfecta para destruirlos. La mejor propaganda antimilitarista, decía Malatesta, es arrojarles a los militares una bomba sobre sus cabezas. Si vosotros, trabajadores, en vez de huidos o defenderos a pedradas, manejáis los mejores explosivos, los veréis correr en España, como lo hicieron en Cuba y Filipinas.

Los militares no respondieron por lo pronto a mis amenazas, porque no creyeron el momento oportuno, pero se quedaron en acecho para saltar sobre mí por sorpresa y a traición.

* * *

Llevaba seis meses preso en la Cárcel Modelo, y absuelto en el juicio del "complot de la Coronación" por falta de pruebas, se me retuvo en calidad de preso gubernativo. Y como quiera que mi detención se prolongase sin que motivo alguno interviniera, Salmerón gestionó mi libertad.

Lograda ella, Salvochea acudió con alegría a la puerta de la cárcel para aguardar mi salida.

Comprendiéndola próxima, procedía al empaque de mis objetos, libros y papeles casi en exclusiva. Todavía no había concluido mi tarea cuando, de improviso, presentóse el director del establecimiento, Millán Astray, quien, con sonrisa burlona, me recomendó no tener prisa, puesto que quedaba en la casa por estar sometido a nuevo proceso por jurisdicción militar.

Este Millán Astray, repito, era el padre del energúmeno general Millán Astray que en 1936 gritó, en la Universidad de Salamanca, como réplica al catedrático Miguel de Unamuno: "¡Muera la inteligencia! ¡Viva la muerte!"

El carcelero Millán Astray fue uno de los hombres más viles que he conocido.

Espiaba a los reclusos, particularmente a los presos políticos.

Abandoné el liaje de mi paquete, preguntándome mentalmente qué podrían querer de mí los elementos militares estando hacía tanto tiempo incomunicado con el exterior. No permanecí mucho tiempo en la duda. Al poco rato me llamaron para prestar declaración en el nuevo e insospechado proceso, teniendo ocasión de enfrentarme con un juez castrense apellidado Atalaya, quien, manoseando un grueso legajo de papeles, me comunicó, con aire de tragedia, que mi delito era muy grave, pudiendo acarrearme las perores consecuencias. Según él, en el mes de febrero, poco antes de entrar en la cárcel Modelo, en un mitin habido en el Teatro Barbieri había dirigido las más graves ofensas al heroico ejército español.

-Podrá ser verdad -le dije- , pero ha transcurrido tanto tiempo que ya no recuerdo lo que dije, máxime que en ese teatro celebrábamos mítines todas las semanas. Me extraña mucho que personas que se intitulan de honor hayan esperado tanto para procesarme, y precisamente cuando me libraba de la justicia civil.

Atalaya, con voz melosa y aspecto afeminado, pero un redomado hipócrita, trató de apaciguarme prometiendo, incluso, sin que yo lo tomase en serio, hacer en favor mío cuanto estuviese a su alcance, pese a la indignación que habían despertado mis palabras en el seno del "honorable cuerpo militar".

* * *

De la noche a la mañana pasé de preso gubernativo a detenido por el fuero militar, así que pronto conocí a otra víctima de los militares, llamado Secundino Delgado. Era un mozo de 30 años, alto, bien proporcionado, aspecto arrogante, aunque una ancha cicatriz le cruzara horizontalmente una mejilla, desfigurándole el rostro.

A poco de estar en el nuevo departamento se presentó una comisión compuesta por varios militares de graduación, que pasaban revista a los

presos y escuchaban sus reclamaciones. Alrededor de aquellos galoneados, el carcelero Millán Astray se manifestaba como un perro faldero.

Se reunieron en un espacioso salón y uno tras otro los presos fuimos todos convocados. El primero en ser llamado fue Secundino Delgado, el cual dijo a la comisión que nada tenía que reclamar no estando en su presencia el general Weyler, culpable de que el declarante estuviera ilegalmente detenido durante varios años.

-¡Puede usted retirarse! -ordenaron secamente aquellos hombres de honor, haciendo causa común con el ignominioso Weyler.

También yo fui interrogado por si algo me interesaba reclamar. Yo reclamé que me pasaran al departamento de los presos políticos, pero se negaron a ello alegando que los anarquistas éramos antipolíticos y que continuara con los presos por delitos comunes.

Cuando el presidente salía de la sala, regocijado por las tonterías que me había dicho, percibí que sus compañeros lo felicitaban por su derroche de ingenio.

Todavía nos encontrábamos en el corredor, cuando pasaron por nuestro lado aquellos militares con aire majestuoso y sin mirarnos.

Entonces Secundino Delgado me habló, mirándolos con aire despectivo, diciendo: "Algunos de esos los conocí en Cuba durante la insurrección, por lo mucho que se distinguieron corriendo como liebres".

Los años de encierro habían influido poderosamente en el estado de espíritu de este hombre. Con frecuencia se le veía cabizbajo, paseando de un lado a otro sin articular palabra. Otras veces, muy excitado, me contaba su intervención en la insurrección cubana. La acusación que se le mantenía era la de haber arrojado una bomba contra la Capitanía General de La Habana, donde se alojaba Weyler. Lo cierto era que se le mantenía preso en España por imposición de Weyler, sin que se le comunicara auto de procesamiento alguno, y cuéntase que hacía algunos años que se había firmado la paz con Cuba. Más de una vez me confió que, habiendo perdido toda esperanza de libertad, tenía pensado ahorcarse, utilizando para ello los barrotes de la ventana del calabozo.

En una de mis comunicaciones con Salvochea le enteré de la presencia en la cárcel de ese hombre y lo extraño de su relato, indicándole también que, a pesar del ánimo que yo le daba, cualquier día podía suicidarse. ¿Sería real lo que me contaba, o delirio de perturbado?

Para terminar con esta duda, Salvochea tuvo una larga entrevista con él, y aunque un carcelero estuvo presente, lograron entenderse en idioma inglés, que Delgado también conocía.

-No hay duda -me aseguró Salvochea-, este hombre dice la verdad. Weyler lo tiene sepultado por tiempo indefinido llevado por un odio y una ruindad extrema. Hay que ayudar a este desgraciado a recobrar la libertad tan injustamente perdida.

Seguidamente escribió a varios amigos que tenía en Cuba, entre otros Estrada y Palma, rogándoles que reclamasen la libertad del prisionero. Al propio tiempo comenzó gestiones en Madrid cerca de personajes que podían ayudarle. Y en tanto esperábamos el resultado favorable presentido, Secundino Delgado recobró su tranquilidad de espíritu se identificó con nuestros ideales, e incluso escribió varios artículos de un estilo muy bello para *La Revista Blanca*.

Dándole esperanza de recobramiento de la libertad hacía tiempo perdida, puede decirse que en Secundino Delgado surgió un hombre nuevo tal como me decía.

* * *

Salvochea no perdió ocasión de divulgar entre sus conocidos el caso de Secundino Delgado, víctima del rencor de Weyler. Cuantos le escuchaban se indignaban por tan inicuo e inquisitorial atropello.

Dos personas se interesaron principalmente por la suerte de Secundino Delgado: Eduardo Benot y José Canalejas. El primero en probar fortuna cerca

del implacable general fue Benot. Weyler lo recibió muy cortésmente, pero se negó a rectificar su conducta, y Delgado quedó en la cárcel como siempre.

Enterado de lo que ocurría, Canalejas dijo a Salvochea: "Convidaré a cenar a Weyler, y cuando hayamos comido bien, le pediré que haga lo posible para que dejen en libertad a Secundino Delgado y a Pedro Vallina. No creo que me niegue ese favor, pues se muestra muy amable conmigo y se precia de pertenecer a mi partido".

Pero las cosas no ocurrieron como Canalejas pensaba. Al final de la cena le dijo a su convidado: "¿Me negará usted un favor si se lo pido?" "Nada puedo negarle de cuanto de mí dependa", respondióle Weyler.

Entonces Canalejas le explicó de qué se trataba, animándole a conceder una gracia que más parecía justicia. "Vallina me es simpático -aseguró Weyler- por el ardor que pone en la lucha y por su comportamiento moral; pero aborrezco a Delgado que, siendo canario, tomó parte en la insurrección cubana contra España, y que además se le acusa de haber colocado una bomba en el retrete de la Capitanía General de La Habana, edificio que yo ocupaba, y que al estallar lo salpicó todo de porquería, que es lo que más me indignó. No puedo perseguirlo legalmente por haber ocurrido el delito en Cuba, con cuya nación hay tratado de paz; pero nadie impedirá que lo mantenga encerrado por tiempo indefinido, en cuanto a Vallina, mañana ordenaré que sea puesto en libertad".

Cuando el juez Atalaya recibió -con la sorpresa que es de suponer- la orden de ponerme inmediatamente en la calle, tomó un coche y corrió a la prisión para comunicarme la noticia, grata para mí e ingrata para él y Millán Astray. Una vez en el establecimiento, Atalaya me hizo conducir a su presencia. Estaba jadeante y limpiándose el sudor de la frente. No me dio un ficticio abrazo porque estábamos separados por una reja; pero me estrechó fuertemente la mano, al tiempo que me decía: "Mucho me he esforzado por conseguir lo que ahora vengo a notificarle en grata noticia; dentro de unos momentos será puesto en libertad".

Le di las gracias formularias y nos despedimos con otro apretón de manos. Aquel sujeto y sus compañeros, todos militares de honor, habían hecho lo posible para retenerme en la cárcel, a ser posible, durante años.

Cuando Canalejas y Weyler se enteraron de la "generosidad" del juez Atalaya, rieron a carcajadas.

A mi salida de la Cárcel Modelo me encontré con Salvochea en la puerta: "Por esta vez -me dijo- se ha ganado la partida, pero hay que estar alerta con los militares, los cuales no se resignan a perder sin vengarse".

En efecto, a los pocos días de encontrarme en libertad recibí una citación del juez Atalaya para que, con toda urgencia, me presentara en su despacho.

Me recibió con semblante adusto, y con voz grave le plugo notificarme:

-La libertad que se le otorgó no es definitiva, sino provisional, así es que continúa sujeto a la jurisdicción militar, y como el consejo de guerra que ha de fallar se celebrará en breve, es necesario que usted designe en el acto un abogado castrense que lo defienda.

Como le repliqué que no necesitaba defensor alguno, puesto que me bastaba yo para defenderme, insistió en que era de necesidad tal nombramiento, disponiendo que mi abogado fuese un capitán apellidado Tamarit, hombre eminente -a su decir- en la materia, añadiendo que la presencia del abogado en el juicio no sería obstáculo para que yo pudiera intervenir en mi defensa.

Comprendí, por el cambio de frente operado en el juez, que algo se tramaba en el cuartel contra mi persona.

* * *

A los pocos días volví a recibir citación del juez militar Atalaya para que me presentara en su despacho. Allí se encontraba con él otro militar de unos 40 años de edad, algo calvo y de gafas, el cual leía unos papeles. Atalaya me

advirtió que aquel hombre era mi defensor, el capitán Tamarit, de quien ya me había hablado.

Tamarit apartó los ojos de la lectura para aplicarme una mirada iracunda. "Seré su defensor -me dijo- porque a ello me obliga la ley. Pero resuelto este asunto nos batiremos en el campo del honor, porque usted ha injuriado a nuestro glorioso ejército".

- Lo mejor será batirnos ahora mismo -le repliqué indignado y con el puño en alto- porque ya estoy cansado de tantas molestias como ustedes me hacen víctima.

- ¡Caballeros, caballeros! -se interpuso el juez-. Éste no es lugar para dirimir contiendas.

- Tampoco es sitio para ser amenazado por un cualquiera -le respondí.

En este momento entró gente en el despacho que trató de apaciguarnos. Furioso, salí de la casa sin despedirme de nadie.

Cuando le conté a Salvochea lo ocurrido se indignó mucho. Por su parte, los militares se contentaban con vigilarme en espera de que Weyler abandonara su cargo de Ministro de la Guerra y se ausentara de Madrid.

La ocasión llegada, varios jefes militares celebraron reunión, rápida y muy concurrida. Esta gente, para el daño, pronto se pone de acuerdo.

Se me detendría en casa a altas horas de la noche, haciéndome comparecer ante un consejo de guerra que me condenaría a ocho años de presidio. Hombres de "honor", que estaban llenos de gozo. Creían segura a su presa, pero se equivocaron completamente.

Uno de los graduados que asistieron a la entrevista, coronel X, verdadero hombre de honor y además amante de las buenas letras, quedó asqueado por lo que había visto y oído, haciéndose el propósito de impedir el acto de villanía que sus compañeros habían propuesto.

Siendo el asunto delicado, se entrevistó con Canalejas para que le aconsejara. Éste llamó a Salvochea, se ocuparon ambos de mi caso, conviniendo en que, a

la mañana siguiente, me alejara de Madrid en busca de un sitio más conveniente para mi seguridad personal.

Muy de mañana Salvochea vino a verme. Me despertó y mientras me vestía me iba enterando de lo que podría ocurrirme a raíz de la entrevista con los militares. "Debes marcharte de España -me recomendó- y dirigirte a París o a Tánger". Medité un poco y le contesté que prefería a París. "En cuyo caso -remachó Fermín- no olvides lo de Secundino Delgado, pues allí se puede agitar la opinión internacional y por ella conseguir su libertad". Al separarme me entregó una carta de presentación para Nicolás Estévanez. Nos estrechamos fuertemente y nos separamos... para siempre. Es su recuerdo el que me acompañará hasta el último momento de mi existencia.

Salí a la calle para preparar mi viaje. Me entrevisté con Eduardo Barriobero, excelente amigo, que fue a buscar a Alejandro Sawa, quien me trajo algunas direcciones de la capital francesa. Otro querido amigo, Francisco Macein, me acompañó toda la mañana hasta que tomé el tren en una estación cercana a Madrid, pues la de esta capital era vigilada por agentes de la policía. Por último, me despedí de Federico Urales y de Soledad Gustavo, quienes me dieron las direcciones de dos compañeros catalanes residentes en París, desertores del ejército destinado a Cuba: Andrés Ciutat y Eduardo Borsot.

[2]

París

Londres

La primera guerra mundial

París

Era el 16 de Octubre de 1902 el día que salí de Madrid para París.

Admiré las bellezas del paisaje, sobre todo en el país vasco. Por primera vez escuché el vascuence, del que no entendí ni una sola palabra. En la frontera francesa, un policía español, al detenerse el tren, pidió la documentación a unos jóvenes que viajaban en el mismo vagón, temiendo que se evadieran del servicio militar. Conversó con mi amigo, pero no me pidió documentación alguna, que por otra parte no llevaba, y si me la pide, salto sobre él y penetro en territorio francés.

En el camino, ya en territorio galo, me hice amigo de un carnicero francés que venía de Barcelona. Nos separamos en la estación de Burdeos, donde me convidó a un vaso de coñac, del que bebí poco, acordándome de un consejo de Salvochea.

Continué mi viaje a París, sin novedad, pero bien impresionado por cuanto me rodeaba. Cuando llegué a París serían como las 9 de la noche. Tomé un coche y me dirigí a la calle Casimire Delavigne, en el Barrio Latino, donde vivía Andrés Ciutat, cuya dirección me había dado Soledad Gustavo. Como éste no había regresado todavía del trabajo, me recibió su mujer que hablaba un francés muy difícil de entender y no conocía el castellano. Le pedí que me hablara en alemán, pero lo había olvidado. A poco llegó Ciutat y me llevó a un hotel de la calle Toullier, cerca del Panteón, donde arrendé una habitación-dormitorio de estudiante.

La habitación era bastante espaciosa, situada en el segundo piso con una ventana al patio. Tenía una hermosa chimenea, un lugar aparte para la cama y un cuartito para el equipaje.

Me levanté temprano y lo primero que hice fue buscar la Plaza de la Bastilla, recuerdo obsesionante de la Gran Revolución. Después de examinar minuciosamente el lugar ocupado por la célebre fortaleza y admirar la

gigantesca columna situada en el centro de la Plaza, en cuya cima se elevaba la imagen de la libertad rompiendo las cadenas de la tiranía, pasé luego a visitar el Hotel de Ville, el Panteón y todos los lugares del Barrio Latino, paseando por el típico Boulevard Saint-Michel.

La tarde, que me quedó libre, la destiné a visitar a Nicolás Estévanez.

* * *

Me encontré con Estévanez y le entregué la carta de Salvochea. Mi interlocutor, que quería mucho a Fermín, me habló de éste con cariño. A partir de este momento quedamos trabados de amistad. Aunque yo era muy joven a su lado, como Nicolás tenía rectitud de criterio para juzgar a las personas desde el punto de vista revolucionario, me hizo partícipe de sus inquietudes conspirativas.

Cuando le expliqué detenidamente el caso de Secundino Delgado tuvo un impulso de cólera, llegando a calificar a Weyler como hombre vil y de la peor especie. Delgado era nacido en Canarias, igual que Estévanez, circunstancia que pareció interesarle más en favor del detenido.

-Si nos dedicáramos a divulgar el atropello del que es víctima el tal Delgado -dijo-, no hay duda de que pondríamos en un aprieto a Weyler, y que un paso seguro para la obtención de su libertad podía ser dado. Pero el procedimiento es lento, y entretanto en la cárcel podrían hacer desaparecer a la víctima. Por tanto me parece mejor irme a Madrid de sopetón y entendérmelas directamente con Weyler, tipo insignificante como hombre.

Quedé muy contento de la determinación de Estévanez, no dudando de que su intervención sería afortunada y definitiva, dado lo enérgico que era.

Una vez Estévanez en la capital de España, solicitó del fuero militar una entrevista particular con el preso Secundino Delgado, la cual no le fue negada,

si bien Weyler fue informado del deseo de Estévanez. Con la conciencia intranquila, el general se mostró desconfiado. La entrevista entre Nicolás y Secundino tuvo lugar en una sala de la cárcel sin que nadie les importunara aparentemente. Pero detrás de una cortina estaba Millán Astray viendo y escuchando para contar luego a Weyler lo ocurrido.

Delgado contó a Estévanez la historia de su intervención en favor de los insurrectos cubanos y la acusación de que era objeto como autor de la explosión de una bomba en la Capitanía General de La Habana. "Nada pudieron probar de esa acusación, pero a mí me pareció prudente ponerme a salvo", aseguró el preso a Estévanez. Cuando más tarde fue detenido ya se había firmado la paz con Cuba, no pudiéndose, legalmente perseguirlo. Pero Weyler, vengativo, lo hizo recluir en un encierro madrileño para que en él se consumiera.

Cuando el cuitado terminó su relación, Estévanez, que tenía genio fuerte, aporreó la mesa a puñetazos, imprecando a Weyler e incluso amenazando con provocarlo a desafío. Y como no le pasara por alto que alguien a escondidas le estaba escuchando, terminó exclamando: "El escándalo será formidable, tanto en Europa como en América, y el culpable de este desafuero será condenado por todas las conciencias honradas".

Desde la cárcel se dirigió hacia la redacción de El País, diario dirigido por Roberto Castrovido. Ya llevaba buen rato conversando cuando de improviso se presentó en el local el propio Secundino, causando sorpresa a los allí reunidos. Vestía peor que un mendigo, con harapos sucios y desgarrados, tanto, que lo primero que hizo Estévanez, fue proporcionarle ropa decente para vestirse y estar entre la gente.

- ¿Qué ha ocurrido? -le preguntó Estévanez intrigado.

- En seguida que se fue usted de la cárcel -respondió el ex preso-, me siguió el director de la misma, tomando un coche que partió con suma velocidad. No tardó en regresar, y ayudado por dos empleados, me cogió de un brazo y me arrojó a la calle sin darme explicación alguna. No conociendo a nadie en Madrid, vine a este lugar seguro de encontrar orientación y tal vez ayuda.

Se conoce que Millán Astray fue al encuentro de Weyler para contarle la actitud amenazadora de Estévanez, y que el capitán general, asustado por las consecuencias de la justicia, ordenó que su víctima fuera arrojada sin más de la cárcel a la calle.

Esto que relato me fue referido personalmente por Estévanez a su vuelta de Madrid, mientras tomábamos una taza de café en un establecimiento del boulevard de Saint-Michel, en el Barrio Latino, y en el cual habitábamos.

* * *

Cuando llegué a París recordaban con pasión los tiempos heróicos de Ravachol a Caserio. Todavía vivían Juan Grave, Sebastián Faure, Carlos Malato, Paul Robin y James Guillaume. Otros menos conocidos fuera de Francia, como Paraf-Javal, Alberto Libertad,Janvión, Armand, Ernesto Girault, Matha, Maristain, Delesalle, Almereyda, etc., eran de indudable mérito y muy activos en la lucha. Alguna vez que otra llegaron Elíseo Reclus y Luisa Michel. Con frecuencia venía Francisco Ferrer, y no se iba sin encontrarme. En mi habitación de la calle Toullier, cerca del Panteón, nos leyó Malato su bonita pieza de teatro Fin de Cielo.

He citado, por rutina, a algunos compañeros que más se destacaban en la propaganda por sus dotes de inteligencia y actividades, pero "el anarquista desconocido", siempre en la brecha, haciendo honor a las ideas con su conducta moral, no es para mí de menos valor.

La colonia rusa anarquista era muy numerosa y sus miembros se renovaban con frecuencia por sus viajes a su país.

Los anarquistas españoles formaban un grupo muy numeroso que se reunía una vez por semana en el faubourg Saint-Antoine, cerca de la Bastilla.

Los anarquistas italianos eran tan numerosos como los españoles y unidos formaron parte del cortejo fúnebre que acompañó al cementerio el cadáver de Luisa Michel.

Los compañeros alemanes eran pocos, pero bien representados por el viejo Víctor Dave, y el joven Sigfried Nacht. Entre los holandeses estaban Enriqueta Hoovehen y Cornelissen. También traté en París a compañeros portugueses, iberoamericanos, belgas, suecos, dinamarqueses, etc., escasos en número, pero de calidad excelente.

Todos los años resurgía el espíritu rebelde de París y el aniversario de la Comuna era recordado por grandes manifestaciones que se rendían al "Muro de los Federados", donde tantos libertarios fueron fusilados en el cementerio del "Pére Lachaise".

Alberto Libertad y sus amigos organizaron en los distintos barrios de la capital, "Les Causeries populaires", a cuyos locales acudíamos un día por semana, donde llegaban los vecinos del barrio a escuchar la palabra anarquista.

Cuando Sebastián Faure pronunciaba una conferencia, acudía tanta gente a escuchar la palabra del famoso orador, que se formaba una larga cola en la puerta del edificio.

Uno de los grupos más numerosos que celebraba reuniones muy concurridas era el que organizaba en provincia "Un medio libre", cuyo resultado parecía por el momento tener mucho éxito.

La campaña antimilitarista era muy activa y el lema de las reuniones era éste: "Antes que la guerra, la insurrección". Así que al celebrarse en Ámsterdam el "Congreso Antimilitarista" asistieron numerosos delegados franceses. Aquella asamblea internacional tuvo mucho éxito y se constituyó la "Internacional Antimilitarista", nombrándose un comité para los efectos de la organización. Sin embargo, los resultados fueron nulos y a poco estalló la primera guerra mundial, y es que las palabras se las lleva el viento y los hechos son los que quedan.

La Liga de los Derechos del Hombre y las logias masónicas eran, entonces, factores poderosos en todos los movimientos progresivos. Por aquellos días se produjo el atentado de la calle Rohan contra Alfonso XIII, y con ello la prisión de algunos revolucionarios para los que se pedía la pena de muerte, lo que puso en pie a todos los amantes de la libertad en Francia y después de una

larga y enérgica campaña, como en el caso de Dreyfus, se consiguió la absolución de los detenidos.

Fueron los anarquistas los que dieron vida al movimiento sindicalista francés, que tan potente y arrollador fue un día, para terminar en 1906 en algo parecido al parto de los montes, como se verá más adelante.

* * *

En los años que estuve en París, el sindicalismo llegó a su apogeo. Hasta había un "rey Pataud" en el sindicato de la electricidad, que dejaba a oscuras, cuando lo creía necesario, a la "Ville Lumiere".

Emilio Pouget, después de haber terminado su ocurrente campaña de Le Pére Peinard, se consagraba de lleno a la propaganda sindicalista y dirigía *La Voix du Peuple*, el órgano de la C.G.T.

Pouget había perfeccionado la técnica de la lucha sindicalista y se publicaban por millares los folletos con cubiertas rojas que trataban sobre la huelga general, el sabotaje, el boicot, etc. Militantes activos e inteligentes destacaban en la organización, tales como Delesalle, Monette, Dunois y Fuss-Amoré. El secretario de la C.G.T., compañero Ivetot, firmaba el M anual del Soldado, que tanto pavor infundía en las filas gubernamentales. Este folleto apareció en varias lenguas y Ferrer hizo en Barcelona una edición especial.

En el espacioso local de la Bolsa de Trabajo de París, donde la organización sindical tenía sus oficinas, se celebraban con frecuencia tumultuosas reuniones que terminaban con el canto de la "Internacional". No se me olvida ninguno de aquellos mítines, en los que después de haber hablado Sebastián Faure, entonaba él mismo con voz potente, la canción "En temps d'anarchie":

Quant nous en serons En temps d'anarchie...

Y la concurrrencia repetía el estribillo a cada estrofa del canto.

Y la esperanza en el próximo triunfo del sindicalismo estaba tan arraigada en sus partidarios que hasta se formulaban esquemas de cómo se podía vivir en la sociedad futura bajo la égida de esta doctrina. Razón tenían de esperarlo todo de tan bello ideal, pero no se contaba con la inestabilidad cerebral de los que tenían que llevarlo a la práctica, dispuestos a cambiar con tanta facilidad de criterio como cambian de camisa.

* * *

Hacía pocos días que me encontraba en París, cuando vino allí a pasar una temporada mi íntimo amigo Nicolás Salmerón y García, acompañado por su esposa Ramona y el estudiante de medicina, amigo de ambos, Godoy. Como había pasado en París los mejores años de su juventud, haciendo sus estudios, conocía muchas particularidades de la "Ville Lumiere" y conservaba amistades de antaño. Su presencia me fue muy útil, además de la satisfacción de tenerlo a mi lado. Él me presentó a Carlos Malato, redactor entonces del diario *L'Aurore*, que dirigía Clemenceau, y que tenía sus oficinas en la concurrida calle de Montmartre. También me hizo conocer al gerente de la casa editorial Elcan, llamado Poulent, que me regaló varios libros de filosofía científica. Ademas recorría todos los días las orillas del Sena e hice numerosas compras de libros sobre socialismo, algunos muy raros y difíciles de encontrar.

Una mañana temprano, que no había todavía salido a la calle, me recreaba en la compra de libros que había hecho y me disponía a prepararles un lugar para alojarlos como librería provisional, cuando de sopetón, entraban en la habitación varios individuos de aspecto poco simpático que me dijeron así como suena: "Somos agentes de policía secreta y venimos a detenerlo y a hacer un registro en su vivienda". La verdad es que yo esperaba aquel embiste, pero no tan pronto, porque hasta entonces no había hecho más que explorar los diferentes grupos anarquistas que en la capital funcionaban, pero no había intervenido en las discusiones de ninguno ni actuado en ellos.

Aquellos hombres registraron todos los rincones de la habitación, hasta debajo de la cama, y recogieron todos los libros, revistas, periódicos y cartas que encontraron, haciendo varios paquetes. Y cuando terminaron su tarea se limitaron a decirme que los siguiera, que estaba detenido. Y una vez en la calle tomaron un coche que nos llevó a la prefectura. Una vez allí me dijeron, sin otra explicación, que estaba expulsado de Francia y que podía escoger el lugar adonde ir. Escogí a Bruselas por estar más cerca. Reclamé mis libros que se negaron resueltamente a devolvérmelos, lo que me ocasionó un gran disgusto. Lo que me permitieron es que me marchara de la prefectura en libertad para arreglar mi viaje.

Cuando salía de la prefectura, una persona que estaba a pocos pasos de la puerta me hizo señas que lo siguiera y se informó de lo que ocurría. Vivía en la misma calle, en un hotel en frente del mío. Me había visto salir entre policías, y adivinó el suceso. Por eso vino a la puerta de la prefectura para ver en lo que podía servirme. Era un hombre de unos 50 años de edad. Lo había visto en algunos grupos anarquistas y en los puestos de libros viejos, a los que era muy aficionado. Era el anarquista y sabio inglés Harvey, de quien con frecuencia tendré que hablar en este relato. Aquel hombre tenía un gran parecido con Eliseo Reclus, no sólo moral, sino físico, como una vez me lo hizo notar el doctor Elie Faure.

Harvey me llevó a la Plaza de Vichy, donde en una estancia modesta vivía el famoso revolucionario italiano Amilcare Cipriani que me recibió con los brazos abiertos y me habló de los abusos que cometía la policía. Podría tener unos 60 años de edad, pero todavía tenía rasgos de arrogancia y virilidad. Entonces formaba parte como redactor del diario socialista *L'Humanite*. Aparte de sus campañas con Garibaldi, había sido, durante la Comuna, ayuda de campo de Flourens, siendo acribillado a bayonetazos cuando asesinaron a su jefe.

Los tres fuimos al Congreso de Diputados y tuvimos una entrevista con Francis de Pressencé, presidente de la Liga de los Derechos del Hombre, que quedó escandalizado de lo sucedido, y acudió al Presidente del Consejo de Ministros, Mr. Combes, quedando anulada mi expulsión y permitiéndome seguir residiendo en Francia.

A poca distancia de mi vivienda, detrás del panteón, en la calle Moujfetard, había una vieja calle larga y estrecha, donde vivía Juan Grave y tenía la redacción de la revista anarquista *Les Temps Nouveaux*. El local hacía esquina y era un salón bastante espacioso para el uso a que se tenía dedicado. Contenía una mesa grande que hacía de escritorio, cubierta de papeles, y como adorno un jarrón grande lleno de flores, y un gato que se pasaba la mayor parte del día durmiendo, mientras que el dueño atendía a los recién llegados.

Grave tenía entonces 48 años, no era alto y sí recio. Vestía una larga blusa gris que le llegaba por debajo de la rodilla. Colgada del frente de un armario había una piel grande de cocodrilo, con un letrero que decía: "Piel de capitalista".

Visitaba con frecuencia aquella casa, y más cuando Grave secundaba con eficacia las campañas que se hacían a favor de las víctimas de los inquisidores españoles, tales como el de la Mano Negra, sucesos de Jerez, de Alcalá del Valle, etc.

Durante el proceso por el atentado contra Alfonso XIII, en el que me vi envuelto, Grave me envió como defensor a Maítre Yzoard que tanto contribuyó a mi absolución. La revista *Les Temps Nouveaux* se publicó seguida veinte años, hasta que se interrumpió su publicación con motivo de la primera guerra mundial.

Cuando estuve por segunda vez por París, el doctor Pierrot, ya en plena guerra mundial, me comunicó la muerte de Juan Grave, a la avanzada edad de 80 años.

Aquel hombre, que comenzó su carrera como modesto zapatero, acabó su vida como verdadero apóstol, dejando a la humanidad una pirámide de obras escritas. La primera de ellas La Sociedad Moribunda y la Anarquía, que escribió en la prisión política de Santa Pelagia.

* * *

En la colonia rusa revolucionaria en París se distinguía Engeison por su actividad y espíritu de sacrificio. Era un hombre pequeño de talla, pero de corazón grande. Un día me dijo de sopetón: "Estoy cansado de transportar literatura revolucionaria a Rusia, y de aquí en adelante voy a llevar explosivos, que me parece más eficaz". Su compañera era muy menuda y bonita, una verdadera heroína, y cuando no estaba preso el uno, lo estaba la otra, y el que estaba libre, ayudaba a escapar al prisionero. Engeison fue gravemente herido en Rusia por la policía y allí se extremaron para curarlo, y cuando lo consiguieron lo ahorcaron. Después de su muerte apareció su retrato en un periódico clandestino ruso y una carta suya dirigida a sus compañeros, antes de morir en el patíbulo, satisfecho de haber hecho en vida todo lo que pudo en defensa del ideal anarquista.

Además de los anarquistas, había en París una numerosa colonia compuesta de socialistas revolucionarios rusos, hombres de inteligencia y de acción, entre ellos Ruvanovich, que publicaba en francés *La Revue Russe*, para tenernos al corriente de los actos heroicos que se sucedían todos los días.

En Londres se encontraban refugiados los revolucionarios rusos Krakoff y Burzeff y publicaban un periodiquito en lengua rusa que se enviaba bajo sobre, y en uno de los números se hacía apología de un atentado contra el Zar. Los dos fueron expulsados de Inglaterra y llegaron a Francia, donde se presentaron graves dificultades para que pudieran quedarse. Para orillar estos inconvenientes, se celebró un mitin muy concurrido, en el que yo tomé la palabra, y mientras hablaba me tiraban de la chaqueta para que fuera más comedido en mis palabras, no fuera a agravarse el asunto con mi expulsión.

En lo que toca a Burzeff, especializado en la historia revolucionaria, hizo entonces unos descubrimientos sensacionales, que conmovieron la opinión, como el del embajador ruso en París, que había sido antes condenado por delito común en Francia, y la traición del alto jefe de la Organización de Combate, Azeff, que estaba vendido a la policía. En una reunión que se celebró para juzgar a Azeff, en el que estaban presentes Kropotkin y Vera Figner, confirmó la afirmación de Burzeff. Azeff se negó a comparecer ante el comité revolucionario que debía de juzgarlo, señal de que era culpable.

Sievizki, el magistrado, era el Presidente de la Audiencia de Kiev y considerado, en apariencia, como un fiel servidor del Zar, pero su mujer no lo era y apareció complicada en un complot para atentar contra la vida del soberano de Rusia. Y pudo escapar a Francia, pero el magistrado la "repudió" y siguió firme en su importante puesto de Kiev.

La mujer vivía en París con una hija de 18 años, muy bella por cierto, la otra hija de más edad se había quedado en Rusia, amiga de Gorki, dedicada con éxito al teatro.

El magistrado iba todos los años de vacaciones a Suiza, para tomar unas aguas medicinales, y de allí, disfrazado, pasaba a París y visitaba de incógnito a su familia. En uno de aquellos viajes asistió a un mitin antimilitarista en el que hablaba Sebastián Faure y yo tomé parte como orador. Quedó tan bien impresionado, que recomendó a su mujer que hiciera gestiones para que yo frecuentara el salón de su casa, en el que se reunían no sólo revolucionarios rusos, sino también franceses conocidos. Malato se encargó de aquella gestión y desde entonces visité aquella casa una vez por semana mientras estuve en París. La señora era en extremo inteligente, muy acertada en juicios revolucionarios y muy parca en palabras.

Conocí en París a un joven anarquista ruso, que le llamaban "Kropotkin" por la seriedad que desplegaba en la propaganda, y que estaba al frente de un "hogar ruso", organizado en el departamento bajo de una casa del Barrio Latino. Allí, los refugiados que llegaban de Rusia, tenían cama y comida los primeros días, hasta que podían desenvolverse por sí solos.

Un día, el tal "Kropotkin", me dijo que quería conocer qué calidad de armamento disponían los grupos anarquistas, pero que además quería llevarme en el viaje como entendido en la materia. Quedé conforme en acompañarle, siempre que me lo permitieran los compromisos que tenía en España. Pero dio la casualidad que me avisara para el viaje al mismo tiempo que me llamaban con urgencia de Barcelona.

* * *

Él marchó solo; pero la policía rusa, informada de su viaje, lo detuvo al llegar, y como hiciera resistencia, lo hirieron gravemente. Ignoro la suerte que corrió, pero no volvimos a tener noticias de aquel hombre.

Entre los italianos residentes en París, había dos ancianos de historial revolucionario brillante: Amilcare Cipriani y el padre de Carlos Malato.

Del primero ya nos hemos ocupado con motivo de mi primera expulsión. Además me encontraba con él y el viejo anarquista Harvey una vez por semana, que nos invitaba a comer en casa del doctor Beltrán, que tenía un salón abierto, cerca de la Plaza de la República, en donde desfilaban los socialistas más notorios de la capital. Éstos desfilaban alternando todas las semanas, pero los tres citados no faltábamos ni una sola, por invitación de los dueños. Amilcare Cipriani se me quejaba de la indiferencia de los jefes republicanos españoles a los planes que les proponía para derrocar la monarquía (2). Tenía escrito un hermoso folleto titulado El Regicidio con motivo de la ejecución del rey Humberto por el anarquista Brescí.

En cuanto al padre de Malato, había combatido con energía al papado, y perseguido por el papa tuvo que refugiarse en Francia para salvar su vida. Allí continuó su labor revolucionaria y fue detenido a consecuencia del atentado de Orsini contra Napoleón III. Tomó luego parte en la lucha de la Comuna y fue hecho prisionero y deportado, con Rocheford, Luisa Michel y otros muchos, a la Nueva Caledonia, donde se llevó a su hijo Carlos, que luego en París fue gran amigo mío.

Cuando iba con frecuencia a visitar a Carlos Malato, me entretenía un rato con su padre, un anciano de bello aspecto, que se lamentaba de la pasividad de sus compatriotas y me repetía estas palabras: "Ya no sirven más que para tocar la mandolina".

En cuanto a los obreros, me acuerdo de los hermanos Tamburini, ambos sastres, muy activos, y los encontraba en todas las agitaciones y en la cárcel.

Un día llegó a París de visita el rey de Italia, y todos los italianos anarquistas fueron detenidos, y yo, español, entre ellos; y como le dijera al jefe de la

policía que se había equivocado, que no era italiano, me contestó que lo sabía, pero que era el peor de todos.

Los días que estuvimos detenidos sin motivo alguno, en tanto que el rey se divertía, nos dieron de comer a todas horas macarrones, el plato nacional de Italia, no como obsequio, sino en tono burlesco.

Una noche, ya tarde, nos pusieron en libertad, y al dirigirme al Barrio Latino, acompañado por otro italiano que había estado preso e iba muy enfadado, le dije mientras atravesábamos un puente del Sena:

-Hay que estar prevenidos para que cuando venga otro rey cualquiera a molestarnos, en vez de burlarse de nosotros, sea él el burlado.

Y le tocó la china al monigote de Alfonso número 13, como le llamaba Carlos Malato.

* * *

La última vez que visité a Luisa Michel en París se encontraba en el domicilio de Ernesto Girault, y ambos salían de excursión de propaganda por las distintas regiones de Francia.

Ernesto Girault, buen orador de mítines y de conferencias, tendría unos 30 años de edad y era en exceso robusto, pero Luisa Michel estaba envejecida y en la excursión anterior había estado gravemente enferma con una neumonía, tanto que, Malato, que la quería mucho y la creía muerta, hizo su elogio fúnebre en un periódico de la capital.

El trabajo que tenían los dos propagandistas era muy agotador, viajando de una a otra ciudad, con poco reposo, en un tiempo inclemente.

El día que estuve en su casa hacía un tiempo muy frío y le llamé la atención sobre el peligro que corría de salir de excursión con aquel tiempo, pero ella hizo un gesto de indiferencia y me contestó que aquello no tenía importancia.

Siempre que hablaba con aquella extraordinaria mujer, como no he conocido otra, me recordaba una persona querida a quien se parecía algo en lo físico y mucho en lo moral, me refiero a Fermín Salvochea, de quien no he conocido otro igual.

Son tipos que se presentan muy de tarde en tarde en nuestra sociedad, y que serán más fáciles de hallar en la sociedad del mañana.

Salió de excursión y, como estaba previsto y visto, tuvo una segunda neumonía de la que no se pudo salvar.

El día del entierro no sólo París, sino toda Francia, se puso en pie para rendir el homenaje merecido a tan singular mujer.

Del lugar que partió el entierro, apenas entrada la mañana, hasta el pueblo cercano a París, adonde se llevaba el cadáver para enterrarlo al lado de su querida madre, como ella había dispuesto, puede decirse que se tardó todo el día, pues se llegó a la caída de la tarde, y sin comer.

Una multitud inmensa acompañaba el cadáver, y otra tan grande cubría el camino, hasta sobre los árboles, viéndola pasar.

Todos los revolucionarios extranjeros acompañaron el cadáver, llevándole coronas, y los grupos anarquistas españoles se unieron en un grupo para rendirle homenaje.

¡Cuántos ojos llorosos contemplamos en el trayecto seguido por el cortejo!

Si no me equivoco el entierro fue en un domingo de 1905, y en la misma fecha el pueblo ruso, conducido por el pope Gaponi, era ametrallado al pie del Palacio por los sicarios del Zar.

Para el pueblo ruso aquel día se llamó "El Domingo Sangriento".

* * *

Los anarquistas españoles activos en París no pasarían de 50 y se habían reunido en un grupo que se encontraba un día por semana en un café situado en el faubourg Saint-Antoine, casi todos obreros catalanes, y luego se agregaron algunos valencianos con el doctor Castel!. Eran muy buenos compañeros y siempre dispuestos a ayudar a toda iniciativa que se hiciera en beneficio de la revolución española. Ellos estuvieron informados de mis viajes conspirativos a Barcelona y Londres, sin que trascendiera al público la noticia por imprudencias del lenguaje. Ayudaron mucho a las campañas que se hicieron contra los inquisidores españoles y a la publicación del periódico La España Inquisitorial.

Con motivo del atentado contra el rey de España en París, el grupo fue disuelto, detenidos unos y expulsados los otros, entre éstos el doctor Castell, de Valencia, y Navarro, de Cartagena. Este último se fue al Brasil, mandado por el editor Garnier, con quien trabajaba, y no volví a saber más de él. Los valencianos, entre ellos Castell, se volvieron a España y siguieron allí luchando. Éste murió de repente en Madrid en los comienzos de la guerra; tenía una enfermedad grave de la aorta. El juez Leydet, durante el proceso, hizo el elogio del tesorero del grupo español, José Prat, por lo meticuloso en llevar las cuentas.

* * *

La última vez que estuve en París, para gestionar mi viaje a México, la segunda guerra mundial estaba ya declarada y la capital ofrecía un lúgubre aspecto por la oscuridad de noche y los edificios más notables cerrados y protegidos por grandes sacos de arena para protegerlos de los bombardeos. Además, tenía que presentarme todos los días a la policía y se me amenazaba con detenerme si no me ausentaba pronto de la ciudad, a pesar de llevar un permiso especial de las autoridades de Narbona, en cuyo refugio inglés, para los intelectuales españoles, estaba de médico.

No llevaba otra dirección que la del doctor Pierrot, un antiguo compañero que me era conocido desde la primera vez que había estado en París en los primeros años del siglo.

Fui a visitarlo y tanto él como su compañera me recibieron cariñosamente y me invitaron la noche siguiente a cenar con ellos, a fin de tener tiempo de avisar a Paul Reclus para que nos acompañara en la cena.

Acudía a la cita, pero Paul Reclus no pudo llegar a tiempo por algún inconveniente que se le presentaría. La cena fue breve y había muy pocas cosas agradables que tratar. Una de ellas fue la desaparición de nuestro viejo amigo Juan Grave, muerto a la avanzada edad de 80 años. Cuando salí de su casa, encontré grandes dificultades para encontrar el hotel donde yo paraba, por la oscuridad en que estaba sumida la ciudad.

No volví a ver a aquellos amigos queridos. El doctor Pierrot víctima de una embolia, murió en París a la edad de 78 años. Dos compañeras que lo conocieron y trataron, Renée Lamberet y Federica Montseny, hicieron con mano maestra su panegírico en nuestra prensa.

Era uno de los últimos supervivientes de la edad heroica del anarquismo francés.

***

Armand y sus amigos tenían como lugar de reunión un piso bajo cercano al Hotel de Ville. Entonces era un discípulo de Tolstoi y publicaba *L'Ere Nouvelle*. Vivía con una compañera llamada María, amable como él, y atraían bastante gente en la propaganda. Yo pasaba algunas veces por aquella casa, los días de reunión, una vez por semana.

En el local de Armand conocí al grupo naturista; eran escasos en número. El principal de ellos, llamado Zisly, había publicado algunos folletos de extremo idealismo. Aquel grupo inició la publicación de algunos periódicos, que no pasaron de los primeros números.

Aquellas ideas tuvieron poca aceptación, aunque no carecía de cierto mérito.

***

Alberto Libertad era un activo propagandista popular de las ideas anarquistas. Fue hijo de un magistrado. Trabajaba en la imprenta. Vestía con una larga blusa negra. Llevaba largas melenas y barba. Tenía en los retratos cierto parecido con León Tolstoi. Era paralítico de los dos miembros inferiores y se servía de muletas. Le acompañaban siempre dos mujeres jóvenes, una de ellas su compañera. Empleaba un lenguaje popular a la altura de la gente del pueblo. Fue el fundador en algunos barrios de París de las "Causeries Populaires" muy concurridas, que ya hemos mencionado. Últimamente publicó el periódico L'Anarchie.

Era un hombre muy activo y se le encontraba a todas horas en las agitaciones populares. En los días de tumultos, se tiraba al suelo y daba golpes a la policía con una muleta. Tendría poco más de 30 años cuando murió en un hospital a consecuencia de unas heridas recibidas en la calle luchando contra la policía.

***

Paraf-Javal era amigo íntimo de Libertad, y a veces intervenían en la propaganda los dos unidos, pero aquél era un tipo diferente y poco populachero. Se consideraba como un científico y usaba un lenguaje lógico. Entonces tendría unos 50 años, era hombre robusto y llevaba una barba corta. Parece, según me dijeron, que era secretario del literato de tendencias libertarias Mirbeau.

En Barcelona le editó Ferrer, en la biblioteca de la Escuela Moderna, La Sustancia Universal y unos folletos.

***

Los cancioneros intervenían en las reuniones populares y eran muy gustados por el pueblo. El más popular de todos era el viejo zapatero "Pere le Purge" que cantaba:

Je suis le pere, le Purge, le pharmatien de l'universe...

También en Montmartre había un cabaret llamado "Tannée Rouge", en que las canciones eran de un corte más fino.

***

Emilio Janvion publicaba entonces *L'Ennemie du Peuple* (El enemigo del pueblo). Era un hombre de temperamento nervioso y muy inquieto. Se creía un hombre de carácter muy duro, un superhombre, y consideraba al pueblo como una entidad de hombres insignificantes, pero su concepción idealista lo engañaba. Era un hombre amable y comprensivo, que gozaba de la estimación general. Su propaganda, de aquellas divagaciones, duraron poco tiempo, por suerte, y no dejaron huella alguna.

***

En Montmartre se encontraba la redacción del *Le libertaire*, semanario anarquista, que dirigía Matha, un libertario muy estimado.

Por allí pasaban con frecuencia los jóvenes de porvenir Francis Jourdain, Víctor Meric y Almereyda.

Un día me presentaron a una guapa joven que era la hija del anarquista Vaillant, que murió en la guillotina por haber tirado una bomba en el Congreso de Diputados. Víctor Meric se convirtió en un escritor muy leído con sus biografías de hombres del día; Francis Jourdain se pasó al comunismo ruso, y Almereyda se incorporó al periódico de Harvé, La Guerra Social, que más tarde se cambió en La Victoria y se hizo patriota. Almereyda se suicidó en un asunto de espionaje tramado por la policía francesa.

En la última época que estuve en París, una vez por semana, me encontraba en un restaurante de Montmartre con Sebastián Faure, Malato y Matha, en charla amistosa.

***

Siegfried Nacht era un joven de 26 años, austríaco, técnico electricista que me lo presentó Malato, como muy útil para ayudarnos en nuestros planes de armamento revolucionario que tanto nos preocupaba. Había hecho un viaje a pie por España, y al entrar en Gibraltar fue detenido y acusado de querer atentar contra la vida del rey de Inglaterra. No se probó la acusación y fue puesto en libertad. Fuimos amigos íntimos el tiempo que permanecimos en Francia, y luego en Inglaterra. Me ayudó mucho en París durante la publicación del periódico La España Inquisitorial. Su folleto La Huelga General, que apareció primeramente en 1902 en Londres, ha sido traducido a 17 idiomas y fue uno de los trabajos más difundidos de la propaganda libertaria en aquellos años. Fuimos los dos al Congreso Antimilitarista de Ámsterdam representando a España y Portugal.

A la vuelta del Congreso nos detuvimos en algunas capitales de Bélgica para visitar los museos de pintura. También estuvimos visitando los campos de Waterloo, donde tuvo lugar la famosa batalla que eclipsó la estrella de Napoleón I.

Al llegar a la frontera francesa, la policía belga que nos había seguido los pasos, nos detuvo y registró minuciosamente nuestro equipaje. El asunto se

agrió cuando un policía, registrando una cajita nuestra conteniendo pequeños instrumentos cortantes, se hizo una herida aparatosa en la mano, por la hemorragia que presentó.

Allí mismo se nos comunicó una orden de expulsión, a los dos, del reino de Bélgica.

***

En una ocasión, después de una conferencia mía acerca del movimiento obrero en España, estaba presente el viejo internacionalista]. Guillaume, con el que conversé largo rato.

También conocí entonces al anarquista psicólogo Hamon, que me concedió el permiso para traducir al español su libro *Psicología du Militaire Professional.*

***

Al anarquista holandés Cristian Cornelissen lo visité en su casa para interesarle en que colaborara en *L´Espagne Inquisitoriale*, que aceptó con gusto.

Este periódico se publicó para informar a la opinión francesa de los crímenes cometidos por los gobernantes españoles. Se publicaron pocos números, pero hicieron su efecto. Fue prohibido por las autoridades francesas, y su gerente francés, Carlos Loizel, detenido.

***

Como en Barcelona se creía en una revolución antimonárquica cercana, fui llamado con urgencia por personas de toda confianza. Lo primero que hice fue

despistar al policía que me tenían puesto, que me visitaba todos los días como amigo, y le hice creer que tenía que ir a pasar unos días a Madrid para un asunto conspirativo en el que estaban comprometidos varios jefes militares. y creyó aquello tan serio, que mientras estuve en Barcelona, se me buscó en Madrid y se tomaron medidas para proteger al rey.

Me hice de una documentación falsa de una república latinoamericana. Me disfracé convenientemente y pasé bien la frontera de Cataluña, sin novedad alguna.

Llegué a Barcelona en el último tren de la noche sin que nadie me esperara.

Busqué una fonda en la calle Conde de Asalto, parece no de muy buena nota, y tomé una habitación para dormir. Ya estaba acostado, pero no dormido, cuando llegó la policía buscando a un individuo que encontró en el cuarto próximo al mío y que detuvieron. Fue una suerte porque si no lo encuentran e intentan penetrar en el mío, se llevan una terrible sorpresa, por el arma que llevaba para defender mi libertad.

A la mañana siguiente, el ama de la fonda me presentó sus excusas, y me dijo que era la primera vez que había pasado aquello, pero no volví por aquella casa.

Cerca de dos meses los pasé en Barcelona y mi labor fue muy fecunda. Dejé el material de un laboratorio de química para explosivos e instrucciones para manejarlo, y además lecciones prácticas, y arrendé una casa grande para depósito de fusiles que los militares vendían de contrabando al módico precio de 12 duros por fusil.

¿Cómo podría triunfar una revolución sin armas, contra un enemigo perverso y bien armado?

Como los acontecimientos se retardaban y las autoridades de Madrid estaban preocupadas por no encontrarme, y se rumoreaba la noticia de que iban a buscarme a Barcelona, por el consejo de aquellos amigos me volví a París esperando los acontecimientos.

A los pocos días de llegar a París, partí a Londres y tuve una entrevista con Malatesta, en casa del español Márquez, donde expuse mis puntos de vista: iniciar en España un movimiento revolucionario, que podría tener grandes consecuencias; no era cosa difícil y habría que empezar por la supresión terrorista de Alfonso XIII.

* * *

No recuerdo la fecha exacta, pero me parece que fue el verano de 1905, cuando Domela Nieuwenhuis organizó y convocó a un Congreso Antimilitarista Internacional que debía de celebrarse en Ámsterdam.

Domela Nieuwenhuis había sido un antiguo pastor protestante, primer diputado socialista en el Parlamento holandés y después anarquista y crítico notable del marxismo. Era un hombre de extraordinario mérito y una de las figuras más bellas, por todos los conceptos, del campo anarquista.

El Congreso alcanzó un éxito extraordinario, y congregó a hombres de todas las tendencias políticas, sociales y filosóficas, y hasta algunos religiosos, que, como verdaderos discípulos de Cristo, aborrecían el crimen de la guerra. De París partió un nutrido grupo al Congreso, y entre ellos me encontraba con Siegfried Nacht, en representación de los antimilitaristas españoles y portugueses.

Todavía recuerdo con emoción la noche de la clausura del Congreso. En el teatro mayor de Ámsterdam se congregaron más de 30.000 personas, quedando otras tantas en la calle por falta de lugar. Se habló en varios idiomas, cada delegado en el suyo, y un coro de 300 mujeres cantoras de teatro entonaron un himno por la paz entre los hombres, constituyendo el acto uno de los espectáculos más grandiosos que jamás he presenciado. Y se constituyó una Internacional Antimilitarista, de cuyo Comité formé parte.

¡Qué pequeño nos pareció el Palacio de la Paz, al volver por La Haya, comparado con el que todos habíamos levantado en nuestro corazón!

Pocos días después, se celebró en París un gran mitin en el que Sebastián Faure, en francés, y yo en español, expusimos al pueblo francés los acuerdos tomados en el Congreso Antimilitarista de Ámsterdam.

Aquel congreso despertó grandes ilusiones en los pacifistas, pero puede decirse que sirvió de poca cosa. Los Estados siguieron la carrera de los armamentos, hasta que dieron comienzo a la primera guerra mundial.

* * *

Había en París dos periodistas españoles de ideas avanzadas, con los que tuve amistad: Bonafoux y Lapuya.

Bonafoux era tenido como puertorriqueño, porque se crió en Puerto Rico, pero era legítimo español. Era un buen literato y un periodista de genio independiente, como no he conocido otro. Publicó en París el periódico *La Campaña* y luego *El Heraldo de París*. En el último me publicó dos artículos, el uno sobre la acción terrorista rusa aplicada en España y el otro sobre la fecha del 1º de Mayo, donde los obreros dispusieran de las armas que tienen los burgueses. En sus crónicas publicadas en El Heraldo de Madrid, favoreció a los anarquistas todo lo que pudo. En una entrevista en Londres con Malatesta, hacía de él un soberbio retrato con su pluma, y acababa diciendo: "no es una mala testa, sino una testa digna de estudio".

Con motivo de sostener sus opiniones libres sobre la guerra de 1914, fue perseguido en Francia, y tuvo que refugiarse en Londres, donde murió.

Lapuya era corresponsal del periódico republicano El País de Madrid, y su temperamento pacífico era el polo opuesto de Bonafoux. Colaboraba con los librepensadores franceses y tradujo del español un libro antirreligioso escrito por un cura en España, que apareció como folletín en el periódico *Le Raison.*

***

El prefecto de París, Lepine, era un hombrecillo muy pequeño y delgado, morenito, con barba corta, y, sobre todo, un tipo muy nervioso, que no se estaba quieto en un sitio.

Un día intentaba yo entrar en la Catedral de Notre-Dame, para participar en una manifestación contra los católicos, que se reunían allí, no me acuerdo con qué motivo, cuando al decirle a un gendarme que me dejara pasar, que era católico, Lepine, que tenía tomada la explanada delante de la iglesia con sus subordinados, me reconoció y corrió gritando que me fuera a mi país a armar escándalos.

El hombrecillo me entregó a un gendarme con la orden de llevarme río abajo durante dos horas, y que luego me dejase libre.

Fue bastante benévolo, pues en vez de llevarme a la cárcel, me mandó a dar un paseo.

***

Philipon era secretario del Hotel de Ville, muy amigo de Harvey. Vivía con su familia en una quinta de campo situada en el cercano pueblo de Saint-Maure, al borde del Mame.

Como la familia aquella en las vacaciones de verano se iba a la playa y la finca se quedaba sola, nos íbamos a cuidarla Harvey y yo y hacíamos de robinsones.

Philipon vino a testimoniar a nuestro favor durante el juicio por el atentado contra el rey de España.

***

Desde que llegué a París tuve mucha amistad con el grupo neomalthusiano porque me parecía muy bien su programa de generación consciente ilimitada.

Humbert me recomendó hacerle en cada número de su revista *Generation Conscient* una croniquilla de los sucesos.

En cuanto a Paul Robín, desde el primer momento que me conoció, me tomó mucha estima e iba con frecuencia a visitarlo. Me regaló unas colecciones de periódicos de la época de la Internacional que me robó la policía. Son muy conocidos sus trabajos sobre la coeducación de sexos y el neomalthusianismo. Construyó una casa en las afueras de París, que luego se convirtió en un barrio. Se suicidó cuando se encontró viejo, enfermo e inservible.

* * *

Una noche me ocurrió una cosa rara que no he olvidado por las circunstancias que se dieron y ahora voy a referir.

Estaba citado a cenar una noche en casa de mi amigo Poulent, gerente que era de la casa editorial Elcan, y al sentarnos a la mesa, entró el portero, llamó aparte a mi amigo y tuvieron una conversación reservada.

Ya en la comida me preguntó mi amigo si tenía algún asunto peligroso entre manos, porque en la puerta había dos agentes de la policía ciclista esperándome.

Cené atropelladamente y pensé que podría tratarse de unas substancias explosivas que había depositado aquella noche en la casa de un compañero que habitaba en mi vecindad.

En efecto, cuando bajé a la calle y monté en mi bicicleta, divisé a pocos pasos a dos agentes ciclistas de la policía, que no me dijeron nada, pero parecían dispuestos a seguirme.

El problema que se me presentaba era perder de vista a la policía y avisar a mi amigo para que mudara de sitio los explosivos guardados.

A mi izquierda había una ancha avenida situada sobre un alto terraplén de varios metros de altura que no había atravesado nunca. Y por allí me lancé con toda la rapidez que podía, seguido de cerca por los dos policías. No llevaba otra luz en la bicicleta que un farolillo de papel rojo que pronto lancé de mi lado para quedarme a oscuras. Y así corrí a ciegas como un cuarto de hora hasta que me di cuenta que ya no me seguían. Como se presentara una calleja a la izquierda, por allí me metí y ya en terreno conocido, pude ganar mi domicilio, no antes de avisar a mi amigo para que quitara los explosivos. Me acosté y me dormí tranquilo, satisfecho de haber acertado en mi cometido.

Pero a las dos horas después llegó a mi hotel la policía y me llevó detenido a la prefectura, donde me dijeron asombrados cómo no me había matado en la carrera. Y si no me alcanzaron es que se detuvieron en el camino buscando mi cadáver.

Una voluntad grande para evitar el mal a un amigo, me impulsó en aquella carrera loca.

* * *

El 31 de mayo de 1905 tuvo lugar en París un atentado contra el rey de España. Como era costumbre en aquellos casos, fueron detenidos varios individuos sospechosos. De aquellos sólo quedaron cuatro presos y procesados: Vallina, Malato, Harvey y Coussenel, el último portero de la casa donde vivía Malato.

Allí nos sepultaron seis meses en una celda, incomunicados, hasta que se vio la causa y fuimos absueltos.

A mí no se me hizo muy largo el tiempo, a causa de mi afición a la lectura, y como tenía la luz encendida de día y de noche, en cualquier momento podía leer. Primero leí todos los libros leíbles que había en una pequeña biblioteca de la prisión, y después me concedieron el permiso, para pedir de la calle los libros que deseara, así que me despaché a mi gusto, y pude leer por segunda vez todas las obras de Víctor Hugo en francés, que ya había leído antes en

español. Pero los libros escogidos en aquella ocasión, fueron las obras de Séneca, el filósofo cordobés, traducido al francés por Lagranje, si no me equivoco.

El que tuvo que trabajar mucho para examinar la carga de documentos que la policía recogió en mi casa, fue el juez de instrucción Mr. Laydet. Aquellos documentos, depositados allí con intención, se referían a los crímenes cometidos por las autoridades españolas, siempre firmados por las víctimas. Algunos llegaron a escandalizarlo y se preguntaba cómo podían ocurrir tales cosas.

Aquel hombre acabó por penetrarse de la verdad del asunto y me favoreció en las declaraciones todo lo que pudo.

Y cuando fui absuelto, no vaciló en felicitarme.

Por el tribunal que nos juzgaba, desfilaron numerosos hombres ilustres, políticos y literatos, y dos españoles, Lerroux y Estévanez, quienes hicieron declaraciones sensacionales pidiendo nuestra absolución.

La nota discordante la dio el acusador Bulot, en su polémica con Sebastián Faure, al referirse al "Proceso de los treinta", que el magistrado montó de una pieza.

Su insistencia en hablar de los anarquistas guillotinados, le valió el apóstrofe de hiena que le lanzó Fortunato Henry, hermano de un ejecutado.

El resultado de tan ruidoso proceso es que fuimos absueltos los cuatro acusados, pero si hubiéramos sido condenados, había disimulados en los alrededores del Palacio de Justicia 200 hombres, mandados por Amilcare Cipriani, dispuestos a tomar el edifico por la fuerza y ponernos en libertad.

Han pasado muchos años de estos sucesos, y ahora que lo recuerdo, sería una ingratitud muy grande si no nombrara a Ma1tre Yzoard, mi defensor, recomendado por Grave, que tanto contribuyó a mi libertad.

* * *

Como la masonería había tomado una parte muy activa en la defensa de los presos por el atentado contra el rey de España, acepté la invitación de algunos masones e ingresé en una logia mixta, de hombres y de mujeres, de París.

Entonces asistí a algunas reuniones de las logias, siempre que se trataba de algún tema interesante de sociología o filosofía.

* * *

Al aproximarse el 1º de mayo de 1906, la organización sindicalista francesa acordó declarar una huelga general para vencer la resistencia de los patronos y conquistar la jornada de ocho horas. La expectación en París era enorme y se esperaba un día de insurrección social. Sin embargo, como todo se dejaba al azar y no se hacían preparativos indispensables para impulsar la lucha y para procurarse armas contra el enemigo, que se presentaba bien organizado y armado, perdí toda confianza en el éxito de la jornada.

Algunos de los militantes más significados e influyentes y caracterizados del proletariado decidieron ausentarse de París, porque una vez el pueblo en la calle, se decía, no se sabe lo que ocurrirá. Aquello me pareció extremadamente erróneo, porque su lugar estaba en la primera fila de los que luchaban, y si alguno cayera, que fueran ellos, porque no hay mejor propaganda que la del ejemplo. Ascaso y Durruti murieron así.

La víspera de aquel 1º de mayo me fui a acostar algo tarde, por haber estado explorando el ánimo de la gente. Cuando llegué a mi casa observé que era seguido por la policía. Tuve la intención de escapar y evitar mi detención, pero como una hermana me esperaba impaciente, decidí entrar en la vivienda. Pasé el resto de la noche desvelado y al amanecer salí a la calle, pero a los pocos pasos fui detenido por la policía y llevado a la prefectura. Las calles estaban desiertas, y a la tenue luz del crepúsculo pude observar los preparativos

formidables de represión que las autoridades preparaban contra el pueblo obrero de París.

Cuando llegué a la prefectura me dijeron: "Usted es el primer detenido en el día de hoy". Poco después llegó mi hermana preguntando por mí, y el prefecto exclamó: "Esto no lo hace más que una mujer española, que por cariño a su hermano, no hace caso de los peligros de la calle".

Al día siguiente se me comunicó la orden de mi expulsión de Francia y se me advirtió que la ley me permitía escoger el país que quisiera. Señalé algunos países, pero no se me admitió en ninguno, y por último, sin consultarlo con Inglaterra, en unión de tres jóvenes y una muchacha rusos, todos revolucionarios, nos enviaron a un puerto de la costa inglesa. No nos permitieron recoger ropa ni dinero en Francia, por lo que las autoridades inglesas nos negaron la entrada. Tuvimos que invocar nuestra condición de refugiados políticos para que cambiara la decoración y nos recibieran galantemente.

En aquella ocasión, esperanzado Malatesta que pudiera surgir un movimiento revolucionario, se fue con anterioridad a París y fue testigo del fracaso del esfuerzo sindicalista. "El movimiento en realidad -nos dice Fabri en su libro, El pensamiento de Malatesta-, no tuvo el éxito esperado y aproximadamente desde entonces el sindicalismo francés entró en un período de involución doctrinario y táctico, al comienzo inadvertido, que más tarde había de llevarlo a las peores degeneraciones, reformistas y guerreristas".

Copiamos de Rocker en su libro Revolución y Regresión: "La C.G.T. tradicional, que tenía una historia tan gloriosa y era una de las organizaciones obreras más prominentes de Europa y del mundo, se perdió para el movimiento sindicalista internacional... El movimiento francés, que un día había contribuido tanto a la difusión del sindicalismo en Europa, perdió su vieja posición, después que la C.G.T.U. cayó en manos de los comunistas. Para la A.I.T. fue esa una pérdida grande y sensible y todos nosotros lo hemos sentido gravemente".

Cuando yo llegué a París por segunda vez, en vísperas de mi viaje a América, no sólo encontré desconocido el movimiento anarquista, sino también el sindicalismo. Entre las causas que a mi entender han motivado este retroceso

de nuestros ideales, además de la inestabilidad cerebral de muchos individuos, señalaré la falta de combatividad de los llamados revolucionarios, el desnivel del armamento entre los obreros y las fuerzas represivas del Estado, y la desviación de las multitudes y los individuos hacia la revolución comunista autoritaria de Rusia.

Sin embargo, el ideal de igualdad social y de abolición del Estado, se levanta en el espacio, como el sol sobre el Universo, señalando a los hombres la ruta de su redención. Y este ideal anarquista durará tanto como nuestro mundo, aunque cambie de nombre, y su triunfo señalará el término de nuestra desdicha. Y es posible que cuando la sociedad humana esté a punto de perecer, víctima de su manera equivocada de organizarse, se agarre a él, como el náufrago en un mar tempestuoso se agarra a la única tabla de salvación.

* * *

Al ser expulsado de Francia, quedaron interrumpidos por segunda vez mis estudios de medicina, que había comenzado en España. Sin embargo, el tiempo que permanecí en París, no falté un solo día de asistir a las lecciones de aquellos ilustres profesores de la Escuela de Medicina. Aunque la medicina, como ciencia, es universal, sin desconocer la alemana y la inglesa, he preferido siempre la francesa, por la claridad y arte con que ha presentado los asuntos.

Londres

Con motivo de la huelga general revolucionaria anunciada en Francia para el 1º de mayo de 1906, fui detenido en París junto con unos anarquistas rusos, tres hombres y una mujer, todos muy jóvenes, que no aparentaban pasar de los 20 años de edad, y fuimos expulsados de la República francesa, el país que había hecho la Gran Revolución. La joven rusa era muy baja de cuerpo y regordeta, por lo que sus compañeros le llamaban de apodo "la Bomba". Era extremadamente valiente y convencida de las ideas que profesaba. Fuimos los primeros expulsados, pero animadas las autoridades por el fracaso de la huelga, siguieron expulsando a los extranjeros, Siegfried Nacht entre ellos, que creían peligrosos para el orden social.

La policía francesa nos condujo en tren hasta la ciudad de Dieppe, nos hizo atravesar en barco el Canal de la Mancha, y, por último, nos desembarcó en la costa inglesa sin pedir permiso a nadie, y desapareció de allí. El viaje fue gratis, a diferencia de lo que ocurría en España, que siempre que me hacían viajar las autoridades, tenía que pagarme los gastos de viaje.

El punto de desembarco era una ciudad inglesa llamada Newhaven, si no recuerdo mal. Era el amanecer y una espesa niebla deformaba los objetos. Aquel lugar desolado producía en mi ánimo la peor impresión, y lo mismo les ocurría a mis compañeros de viaje, por la cara de disgusto que pusieron. Tenía la impresión de que nos llevaban a la horca, y, en efecto, se divisaba a medias un andamiaje que parecía el patíbulo. Nos agruparon a los viajeros de tercera clase e hicimos cola ante un local ocupado por los empleados y la policía, teniendo que presentar cada uno cierta cantidad de dinero para ser admitido en la libre Inglaterra. Cuando nos tocó el turno, me hice intérprete de mis compañeros y manifesté al jefe de policía que no podíamos entregarle la suma que nos pedía para ser admitidos, sencillamente porque no llevábamos dinero. Uno de nosotros tenía algunas monedas y los demás los bolsillos vacíos. El viaje fue tan inesperado que ni siquiera tuvimos para proveernos de lo más

necesario. El inglés nos dijo que muy a pesar suyo se veía obligado a devolvernos al punto de partida, o sea a Francia.

Como no teníamos prisa de entrar en Inglaterra, adonde íbamos contra nuestra voluntad, y además no nos faltaba el buen humor, nos fuimos a pasear por aquellos alrededores, por cierto poco atractivos, y a procurarnos una taza de café caliente, convencidos que no seríamos devueltos a Francia, precisamente porque de allí nos habían expulsado.

Como una hora después, cansados de recorrer aquellos lugares, nos dirigimos al local del jefe y solicitamos una entrevista. Nos recibió en el acto y se condolió de no poder permitirnos la entrada, porque la ley se lo prohibía. En aquella época se les exigía a los recién llegados a Inglaterra que mostraran una suma pequeña de dinero, creo que siete libras esterlinas, con el propósito de que al llegar al punto de residencia se pudiera vivir unos días hasta encontrar trabajo, sin molestia para nadie. Por toda contestación le dije a aquel hombre: "Haga usted el favor de dirigirse en nuestro nombre al ministro de Gobernación y comunicarle que somos refugiados políticos y que nos extraña que Inglaterra no sea el país acogedor de siempre".

El policía hizo un gesto de disgusto y me contestó que aquella explicación debería habérsela dado a nuestra llegada. Y tenía razón, pero deseábamos visitar los alrededores.

Tomó nuestros nombres y nos recomendó que no nos alejáramos mucho, porque no tardaría en llamarnos.

En efecto, como una hora después fuimos llamados por aquel hombre que nos dijo: "Ustedes son perseguidos políticos, que acaban de ser expulsados de Francia, según me comunica la policía de allí, con la particularidad de que ningún otro país que habéis solicitado ha querido acogeros. Pues bien, el ministro de Gobernación, a quien he consultado en vuestro nombre, me dice que le presente sus excusas por la detención que han tenido a su llegada, no habiendo cambiado de conducta en lo que toca al derecho de asilo político".

Tomamos el primer tren que salía para Londres, y a poco mis compañeros se recostaron en los asientos del vagón y se pusieron a dormitar. Habíamos

pasado muy mala noche en la travesía que hicimos por mar. Como no hacía mucho que había amanecido, los ingleses preparaban su desayuno, y de multitud de casitas situadas en la campiña, subía una tenue columna de humo. Entonces contemplé con tristeza a los jóvenes rusos, tirados sobre el vagón, sin país, sin hogar y perseguidos por defender la libertad humana. Y yo, como siempre, me olvidaba de mí, pero era otro igual, arrancado del bello sol de Andalucía y sumido en las negras nieblas de Inglaterra.

Cuando llegamos a Londres y descendíamos en una estación, había un señor muy amable esperándonos. En nombre del ministro se ofreció servirnos en todo lo que necesitáramos.

-No necesitamos nada -le contestamos-, sino que nos indique dónde queda la calle Jubilée, donde se encuentra el Club Anarquista Judío, que ha de ser desde ahora nuestra casa.

Nos mostró el sitio, allí cercano, y se despidió, después de que le recomendé diera las gracias al ministro en nuestro nombre por las atenciones que nos había dispensado.

* * *

Los que hayan leído la atractiva obra de Rocker E n la borrasca recordarán la descripción que hace del Club Anarquista Judío de Jubilée Street, situado en la parte oriental de Londres. Allí nos dirigimos los expulsados de Francia, donde fuimos acogidos con el mayor cariño, olvidando pronto los malos ratos que nos había hecho pasar la policía francesa.

"Después de haber trabajado casi dos años en la ejecución de esa empresa", nos dice Rocker, "conseguimos finalmente un edificio, el antiguo Alexandra Hall, en Jubilée Street. La casa, hermosamente construida, disponía de una sala magnífica, alta, aireada, con cabida para unas ochocientas personas. Además, diversos locales menores, de los cuales la parte baja fue utilizada como administración, mientras un amplio local del segundo piso servía de biblioteca

y sala de lectura. Una casita contigua al edificio del Club servía al grupo «Arbeiter Freund » para la instalación de su imprenta y de la editorial".

Pero lo más notable de la obra era, sin duda alguna, la intervención de Rocker en el movimiento judío en Londres, del que fue el alma. La fundación del Club Anarquista de Jubilée Street, la publicación del periódico Arbeiter Freund y de la revista Germinal, y la creación de una editorial en lengua yiddish, son casos de una tenacidad extraordinaria y de un arraigo profundo de las ideas anarquistas. Aquella propaganda dio sus frutos y los obreros judíos, ganados a nuestra causa, desarrollaron luchas heroicas contra los patronos de la industria del vestido. El movimiento anarquista judío ocupa lugar prominente en las luchas por el triunfo de nuestras ideas.

A poco de llegar a Londres fue a reunirse conmigo el compañero Siegfried Nacht, también expulsado de Francia, con el que me unía la más estrecha amistad. Atraídos por aquel medio libertario, tan de nuestro gusto, convinimos buscar aposento en aquella parte de la ciudad habitada por el elemento judío, una buena parte anarquista. Nos pusimos a buscar una modesta habitación, al parecer cosa fácil, pero nos encontramos con la más seria dificultad. Como se trataba de gente pobre que, para aliviar en algo su apurada situación, arrendaba la única habitación presentable en su vivienda, nos exigían que los sábados nos ausentáramos de la casa, para reunirse la familia y celebrar sus ritos religiosos. Por fin encontramos un alojamiento en casa de un pobre carpintero, en uno de los sitios más intrincados de aquella parte de Londres. Aquella familia era muy amable y el carpintero un buen compañero de ideas.

Asistíamos todos los días a las reuniones del Club Anarquista de Jubilée Street y nos familiarizamos con muy buenos compañeros. Una de las construcciones más grandes que por allí había, dividida en pequeños departamentos, era ocupada en su totalidad por familias de compañeros, que visitábamos a diario. Allí vivía Rocker, y no muy lejos la familia Schapiro. El joven Schapiro pasaba la mayor parte del día en sus ocupaciones, pero el padre salía poco y nos acogía con mucha amabilidad, pasando a su lado horas enteras.

En aquel medio nos encontramos con numerosos jóvenes compañeros, en su mayoría judíos, rusos y polacos, activos militantes, algunos de los cuales

habíamos conocido en Francia. El clima y la pasividad de Londres, siendo ellos hombres de acción y familiarizados con los peligros, pesaba enormemente sobre sus espíritus, por lo que pronto desaparecían, para hacer frente en Rusia a los mayores riesgos. Algunos cayeron en emboscadas mortales, tendidas por los agentes provocadores. La joven compañera rusa que llegó deportada conmigo, venía todos los días a verme y contarme sus cuitas. Se aburría soberanamente y una melancolía grande invadió su espíritu. Hubo que prepararle la vuelta a Francia, casándola con un viejo francés a quien no conocía, para que pudiera quedarse allí como francesa. Cuando la policía se dio cuenta de la comedia, la boda ya estaba hecha, y acabaron por dejarla tranquila. No volví más a saber de tan valiosa mujer.

A veces me aburría yo también y entonces me refugiaba en un pequeño salón que había en el Club y que servía como restaurante y café. Allí me pasaba las horas en la penumbra, meditando sobre el presente y haciendo planes para el porvenir. Una tarde negra de Londres, en que soñaba en mi rincón favorito, el compañero que atendía el local me llamó la atención y me dijo: "Pensaba en Angiolillo cuando te miraba. Venía a veces y se sentaba en ese sitio y como tú pensaba y no decía palabra alguna. Un día desapareció y mató a Cánovas".

-¡Qué suerte tuvo -le contesté-, mató un tirano y murió por la causa!

Una de las cosas que más me impresionaron, hasta llenarme los ojos de lágrimas, fue cuando el primer sábado que allí pasé, vinieron a mi encuentro numerosas compañeritas, que habían cobrado su mísero jornal de la semana, a ofrecérmelo para cubrir mis necesidades, que no llegué a aceptar, con pesar de ellas, porque ya había recibido la ayuda de una hermana que dejé en París.

Muchos años han pasado de los sucesos que cuento, pero mis recuerdos están cada vez más vivos, y aquel barrio mísero y sombrío de Londres, lo sigo viendo de color de rosas.

¡Cuánto daría por vivir de nuevo allí entre tan queridos compañeros!

* * *

Uno de los episodios más curiosos que me ocurrió recién llegado a aquel medio, es digno de que se relate, porque da idea del Londres libre de aquella época.

Una noche dormía tranquilamente cuando, de improviso, me despertó el dueño de la casa y me dijo en tono misterioso: "Acaban de dar las doce de la noche y han llegado dos agentes de la policía secreta, enviados por el ministro de Gobernación, y desearían ser recibidos por usted, para hablar de un asunto de sumo interés, advirtiéndole que no traen mandato judicial para molestarle a estas horas, y si lo hace es como un favor particular que se le agradecería mucho".

Mientras mi patrono bajaba a la calle, para dar paso a los policías llegados de tan extraña manera, me vestía soñoliento. A poco penetraron en la habitación dos policías de apuesta presencia, y a una invitación mía, se sentaron en una silla sin ceremonia alguna y con aire amigable. Uno de ellos sacó un periódico y lo mostró, leyendo su título: The Evening Standard and Saint James Gazette, que veía por vez primera. Después supe que se trataba de un periódico conservador que se tenía por muy serio.

Como le dijera al policía que desconocía aquel periódico, lo desdobló y me leyó una supuesta entrevista insertada en la primera plana y primera columna. "Entrevista", decía en gruesos caracteres de imprenta, "con un anarquista español", y a continuación seguían una serie de disparates inconcebibles, como el atentado que tendría lugar contra el Rey de España el día de su boda, la sustitución de la monarquía por la anarquía, los ministros y gobernadores preparados, etc.

Al acabar de leerme tal sarta de disparates, no pude menos de soltar una estrepitosa carcajada acompañada de la risa de ellos. Hasta Siegfried Nacht, que seguía acostado, se incorporó en la cama para reír a sus anchas.

Después de una corta pausa me dijeron: "Cuando se publicó esta entrevista, recibimos la orden de poner en claro lo que había de verdad en tan extraña noticia, que desde el primer momento no tomamos en serio. Y así lo hicimos,

averiguando que la buena fe del periódico había sido burlada por un periodista sinvergüenza que, aunque no tan numerosos como en otros países, siempre hay algunos en Inglaterra. Y el asunto fue tan claro para nosotros, que ni siguiera lo molestamos a usted para interrogarlo. Pero ha dado, suponemos, la casualidad, que se ha arrojado una bomba contra los reyes de España el día de su casamiento, y ahora el citado periódico nos culpa de negligencia, por no haber prestado atención, como era nuestro deber, a la grave denuncia que había hecho.

"Entonces nos llamó el ministro de Gobernación, y quedó convencido de la explicación que le dábamos, pero como mañana se espera una interpelación en el Parlamento sobre el atentado en Madrid, por tratarse de una princesa inglesa, deseaba conocer esta noche la respuesta de usted. Pero como era tarde para hacerlo legalmente, nos recomendó que por favor le pidiéramos en su nombre una entrevista".

- Díganle ustedes al ministro -les respondí-, que es completamente falso lo que dice el periódico, y además disparatado, porque los anarquistas no reconocemos jefes, ni ministros, ni gobernadores. Queremos fundar una sociedad nueva donde exista la igualdad social y no quede rastro alguno del Estado".

- Así lo haremos -me contestaron-, pero además desearíamos conocer su opinión sobre el atentado que acaba de tener lugar y lo que piensa sobre el futuro de la monarquía española, pues nos parece que interpreta bien el sentido de aquel pueblo.

- El atentado -dije- , es una respuesta a los atropellos que sufre el pueblo español, y espero que no sea el último, como no ha sido el primero. En cuanto a la monarquía, no durará mucho, dejando los peores recuerdos, y Alfonso XIII será el último rey de España.

Aquellos hombres se marcharon de mi habitación preocupados por lo que habían oído, después de darme las más expresivas gracias por haberlos recibido en hora tan inoportuna.

* * *

Al día siguiente, un diputado conservador llamaba la atención en el Parlamento sobre el peligro anarquista en Inglaterra. Uno de los ministros allí presentes hizo esta pregunta al diputado:

- ¿Podría decirme su señoría en qué consiste el ideal anarquista, puesto que tanto yo como muchos de los presentes lo ignoramos por completo?

El diputado quedó cortado y no pudo contestar a la pregunta, en medio de la rechifla general, porque desconocía nuestros ideales.

Por entonces, un periódico conservador dijo que el Rey había recomendado que se persiguiera a los anarquistas refugiados en Londres, pero al día siguiente el secretario del Rey desmintió rotundamente la noticia.

El día que se recibió en Londres la noticia del atentado contra el rey de España, se convocó a un mitin en el local del Centro Anarquista Judío, y nunca fue más numerosa la concurrencia ni se vio reunida tanta gente de diferentes países. Rocker, que era un gran orador, habló aquel día con extraordinaria elocuencia.

La bomba arrojada contra el rey, decía, es el regalo del pueblo español al monarca inquisitorial, en el que las lágrimas y la sangre vertidas por los mártires, se habían convertido en una maldición estruendosa contra sus verdugos.

Y la muchedumbre aplaudió con frenesí las palabras del orador, que penetraron en lo más profundo de los corazones.

* * *

El polaco Kinchiski, que así se hacía llamar, porque en aquella época los refugiados se cambiaban con frecuencia de nombre y era dudoso saber el verdadero, llegó allí pocos días después que nosotros, como refugiado. El real

o supuesto Kinchiski, se hacía pasar por un estudiante polaco, huido de su país por persecuciones políticas. Tendría 20 años de edad, de aspecto simpático y agradable de trato. Se aposentó con una familia judía muy pobre y no se le conocía designio alguno. Siempre buscaba la compañía de Siegfried Nacht y la mía, como amigos del momento, sin intervenir en nuestros asuntos. Hasta parecía interesarse poco en la conversación sobre las ideas anarquistas. Lo tomamos equivocadamente por uno de tantos, sin significación alguna, arrastrado por el torrente de los acontecimientos. Al poco tiempo desapareció de allí, sin hacer ruido, como había llegado, y no volvimos a tener noticias suyas.

Pero los acontecimientos que después se sucedieron, me llevaron a conocer algo sobre la vida de aquel joven, en apariencia tan inofensivo, pero enredado en un asunto tan peligroso, que por lo visto le costó la vida.

Era un estudiante de la Universidad de Varsovia, y fue detenido por el jefe de la policía de aquella capital, acusado de manejos revolucionarios. Aquel miserable le presentó un dilema, que entonces presentaba a todos los jóvenes detenidos: "O morir en la horca, o podrido en un presidio, o ponerse a sus órdenes en el extranjero, con el dinero en abundancia, y haciéndose pasar por un estudiante revolucionario". Escogió lo peor y fue destinado a París, como espía de los revolucionarios rusos allí refugiados.

Pasó el tiempo... Y cosa rara, el jefe de la policía de Varsovia traicionó su cargo y se afilió al partido socialista revolucionario. Descubierta su maniobra tuvo que huir al extranjero y se refugió en París.

Allí se encontró de una manera dramática con su amigo subordinado Kinchiski, adherido a un grupo revolucionario ruso, aunque seguía su trabajo en activo de espía al servicio del zarismo. Con motivo del entierro de un revolucionario ruso en París, Kinchiski llevaba en la ceremonia una corona del grupo polaco, y así lo encontró su antiguo jefe de Varsovia. Kinchiski dejó caer la corona de sus manos temblorosas, al verse descubierto, y como por encanto, desapareció de la ceremonia.

Huyó hasta Italia, donde lo asesinaron, y metieron su cadáver en una caja de madera, facturada en el tren a una estación cualquiera.

Kinchiski no sólo era un espía político, sino también un agente provocador que intervino activamente en un complot tenebroso para atentar contra la vida de Clemenceau, que se oponía, con miras a la guerra, a la rotura franco-rusa, que favorecería al zarismo.

* * *

En compañía de Siegfried Nacht nos aposentamos en el barrio judío de Londres, en uno de los lugares más intrincados de aquel laberinto de callejuelas pobladas por seres míseros y desdichados, salvo el elemento obrero judío que en su pobreza brillaba entre tantas sombras por su idealismo y bondad. Rocker, en su obra E n la borrasca hace una descripción patética de los lugares de penuria y de miseria de aquella parte de Londres. Allí pasamos seis meses y no dejamos de visitar los lugares dantescos a que se refiere nuestro viejo amigo. El lugar que habitábamos era de los más miserables del barrio, y tenía tan mala fama, que hasta la policía lo visitaba poco. Aunque muy pobres, los judíos que allí vivían eran en extremo buenos y tratables, pero los ingleses eran alcohólicos y agresivos en su mayor parte. Muchas noches las dedicamos a explorar aquel abismo de miseria y degradación, recorriendo las peores calles y observando las escenas más inconcebibles. Cuando las espesas nieblas envolvían aquella parte de la ciudad y se borraban los contornos de los edificios, tomando aspectos fantásticos, era cuando nos sentíamos más libres e intensificábamos nuestras excursiones.

Todas las noches, ya de madrugada, al volver de nuestras correrías, observábamos un extraño espectáculo que no llegábamos a explicarnos. Al pie de los muros de un gran hospital judío, al borde de Whitechape, una de las arterias principales del barrio, dormían sobre el suelo algunos desdichados que en la gran urbe carecían de domicilio. Uno de aquellos seres, un negro de aspecto enfermizo, se levantaba a veces del incómodo suelo, se colgaba de uno y otro brazo un cesto voluminoso y trotaba sobre la acera del hospital. Por fin, un día detuve al negro y le pedí explicación sobre su extraño proceder. "Es la única estufa que tengo -me dijo- , mostrándome el cesto relleno de piedras,

y cuando tengo los miembros ateridos por el frío, este ejercicio me conforta e impide que muera helado". Así dormía aquel hombre en la primera capital del mundo, saturada de Biblias, donde a pocos pasos se encerraban inmensas riquezas.

Como una noche tuviéramos un encuentro muy desagradable, y no era el primero, con una banda de ingleses borrachos que nos atacaron sin motivo y sin conocernos, alguno de los cuales quedaron heridos, determinamos dejar de visitar aquellos lugares tan poco seguros. Andar a golpes con unos seres desdichados, irresponsables de su situación y por cuya redención luchábamos, hería lo más profundo de nuestra sensibilidad.

Medio año pasamos entre aquellos compañeros judíos, y a pesar del tiempo transcurrido, mis buenos recuerdos no se borran y han ido en aumento, al comparar hombres y cosas, que me han revelado el valor de aquellos hombres y de su obra, en la que Rocker tomó la parte más meritoria.

Del barrio judío nos pasamos al centro de Londres, cerca de Charlotte Street, lugar muy frecuentado por los extranjeros. Sin embargo, nunca perdimos el contacto con aquellos compañeros y con mucha frecuencia los visitábamos.

* * *

Después de pasar seis meses en el barrio judío de Londres, llegó mi hermana de París y buscamos una vivienda cercana al University College (Colegio de la Universidad), donde empecé por tercera vez mis estudios de medicina, interrumpidos anteriormente en Madrid y París, por persecuciones de las autoridades de aquellos países. Cuando llegué a París conocía muy poco de la lengua francesa, a pesar de haberla estudiado dos años en el Instituto de Sevilla, y tuve que pasar algunos meses para medio hablarla y siempre con un marcado acento andaluz. En lo que toca a Inglaterra, el idioma inglés era más difícil, y además había otro inconveniente, mi insuficiencia en dibujo y matemáticas, que no me habían enseñado bien en España.

Las materias estudiadas en los cursos oficiales que seguí en el University College ya me eran conocidas, pero la forma de exponerlas, de una manera práctica, me impresionó desde el primer momento. Aquellos sabios profesores, que se presentaban tan modestos ante sus discípulos, eran atrayentes y se dedicaban por completo a sus enseñanzas.

De mis estudios en aquel centro universitario, además de la medicina, me interesaba la química, con vistas a mi concepto de la lucha revolucionaria, y allí la aprendí muy bien, porque además de las lecciones del maestro tenía a mi disposición, todas las tardes, el laboratorio para mis investigaciones.

Se puede decir que llegué a ser un perito práctico en la materia, y además monté en mi casa un laboratorio de química para mi uso personal.

* * *

En aquella época había en Londres un fuerte contingente de compañeros de varios países, sobre todo italianos, franceses, españoles y alemanes. En Charlotte Street teníamos un club anarquista internacional muy frecuentado, y a su lado había un club socialista alemán, fundado en la época de Carlos Marx, con el que guardábamos las mejores relaciones.

Entonces vivían en Londres Malatesta, Tcherkessof y Tarrida del Mármol, quienes nos ilustraban con sus notables conferencias, que atraían siempre numerosa concurrencia.

Por aquel club, del que durante mucho tiempo fui secretario y tesorero, por mi permanencia en la capital, desfilaron compañeros de todas las nacionalidades, algunos de paso para América, a cada cual mejor, y de los que conservo al más grato recuerdo.

* * *

Algún tiempo antes del asesinato de Francisco Ferrer, el 13 de octubre de 1909, encontrándome en Londres estudiando medicina, recibí una carta de un ricachón sevillano, rogándome visitara y atendiera al señor Zaldívar, un rico mexicano que se encontraba en la capital inglesa, curándose de un cáncer de la laringe. Parece que el enfermo, un joven de 30 años, tenía su prometida en Sevilla, y era el último vástago de una familia de cancerosos. Sus dos hermanos habían muerto víctimas de la terrible enfermedad.

El desgraciado se alojaba en uno de los hoteles más lujosos de Londres y era de continuo visitado por el embajador de México y otros personajes de la colonia latinoamericana. Además de las riquezas que poseía, era amigo íntimo de Porfirio Díaz, que lo tenía en alta estima, motivos de la falsa simpatía que gozaba entre aquellos tiburones.

A mí sólo me atraía su desgracia, que sentía sinceramente, y este sentimiento, percibido por el enfermo, que tenía su emotividad exaltada por el dolor, fue motivo para que me prefiriera entre todos los visitantes.

- Pase usted pronto -me decía la enfermera al verme llegar-, que el señor Zaldívar está ansioso por su visita.

Me sentaba a su lado y nos entendíamos por escrito, pues le era muy penosa la conversación. A veces nos sentábamos en el balcón y a través del cierre de cristales nos distraíamos viendo pasar a los transeúntes. Por cierto, un día ocurrió una escena que me impresionó profundamente. Hacía un tiempo crudo de invierno y la nieve caía mezclándose con el fango de la calle. Un hombre apareció de improviso, arremangado de brazos y piernas, empuñando una gran escoba con la que limpiaba el pavimento. El barrendero se detuvo delante del hotel, miró atentamente la fachada e hizo un gesto de cólera, al considerar el bienestar de los que allí se alojaban, mientras que él hacía una vida dura de perros. Pero en aquel momento, el enfermo inclinó la cabeza hacia la calle, miró ansioso al obrero, cogió papel y lápiz y me escribió tembloroso estas palabras que encierran toda una filosofía de la vida:

- ¡Qué envidia me da ese hombre!

Es decir, la posición social y las riquezas, en las garras de la enfermedad y de la muerte, no cuentan para nada. Sólo la salud es soberana y hasta que no se pierde los hombres no se dan cuenta de lo mucho que vale.

Aunque el señor Zaldívar fue operado por un cirujano eminente, el doctor Horseley, el cáncer ganó la batalla, reapareciendo triunfante, y el médico se dio por vencido, aconsejando al enfermo volver a su país, pues la ciencia médica no podía hacer otra cosa. Yo llegué poco después de la confesión del doctor y la desolación más grande se retrataba en el rostro del infeliz. Una profunda tristeza invadió mi ánimo. Yo no veía en él al potentado mexicano, amigo de don Porfirio, sino a un desdichado que en plena juventud iba a morir agarrotado lentamente por el cáncer, a manera de una argolla de hierro.

Mis visitas se hicieron más frecuentes y a su lado pasaba las horas silencioso. Con frecuencia venían los señorones a visitarlo y él hizo que no me separara de su lado en aquellas visitas de etiqueta.

Un día se presentó un fantoche español muy empaquetado, se sentó a nuestro lado y comenzó a decir las mayores sandeces. Era un político amigo de Maura, que iba a representar a España en La Haya, en una de las comedias que tuvieron lugar con pretexto de la paz. Su conversación tomó un giro tan imprudente que llegó a inquietar al mexicano. Se trataba de un reaccionario con instintos perversos y señaló a Francisco Ferrer como un enemigo peligroso, del cual se iban a desembarazar en la primera ocasión, que no tardaría en presentarse. Entonces, el señor Zaldívar, tomó papel y pluma e hizo mi presentación por escrito. Se conoce que el político español tenía noticias de mi persona y no ignoraba tampoco la campaña que en Francia había hecho contra Maura, pues al leer mi nombre en el papelito palideció de pronto, tartamudeó algunas palabras y se marchó con aire muy preocupado.

Este episodio disipó por un momento la tristeza del enfermo, porque aquel hombre imprudente se mostró muy arrepentido por sus palabras y temía la venganza de los anarquistas en España, a los cuales, sin duda, yo informaría. A su costa se divirtieron el enfermo y sus amigos.

A los pocos días marchó el señor Zaldívar a su país, despidiéndose de mí con lágrimas en los ojos. Después supe que sobrevivió algún tiempo, prolongándose su agonía física y moral.

Sólo comuniqué la conversación del amigo de Maura en la visita que hizo al señor Zaldívar, a Malatesta. Tanto él como yo temíamos por la suerte de Ferrer en un país como España.

Poco tiempo después vino Ferrer a Londres, y ambos estuvimos una tarde conversando con él. Además de advertirle que estuviera alerta por los peligros que le acechaban, le propusimos que dedicara su capital y sus energías a organizar la insurrección en España y una vez que triunfara podría, sin ningún obstáculo, implantar sus métodos de enseñanza. Las perspectivas eran buenas, ya que contábamos con un ofrecimiento de abundantes armas, por una casa alemana, no habiendo otra dificultad que la falta de dinero para pagar la cantidad que se nos exigía adelantada. Ferrer sonreía al escuchar nuestras palabras y seguía aferrado a sus ideas de siempre. Esto no quiere decir que no cooperara con su ayuda a toda obra revolucionaria, pero no en la medida que le proponíamos, pasando a segundo plano la cuestión de la enseñanza, que la veíamos a merced del enemigo.

Ferrer partió para Barcelona y a los pocos días tuvieron lugar los sucesos revolucionarios que sirvieron de pretexto a los reaccionarios para crucificarlo.

Al tener noticias de su detención me dirigí a las sociedades progresistas de Londres, anunciando el peligro que corría Francisco Ferrer. Por cierto que la Asociación Racionalista me contestó diciendo que no creía mi alarma justificada.

El fusilamiento de Ferrer en Barcelona conmovió al mundo, y nunca he visto a los ingleses tan indignados como en aquella ocasión. A pesar de que la lluvia caía a torrentes, la gran plaza de Trafalgar se llenó de gente, y al final del mitin, los concurrentes asaltamos la Embajada española, reduciendo a añicos los cristales de balcones y ventanas.

* * *

Uno de los lugares que con más frecuencia visitaba era la redacción del periódico Freedom, bajo la dirección técnica de T. H. Keell. El local del periódico consistía en un salón bastante espacioso de un departamento bajo, y estaba enteramente ocupado por material de imprenta y paquetes de libros y folletos. T. H. Keell se reservaba un rincón para su trabajo de escribanía.

Kropotkin fundó el grupo anarquista "Freedom", al que se adhirieron los anarquistas más notables de la época, desde el punto de vista de la inteligencia y la moral.

El grupo comenzó en octubre de 1886 la publicación del periódico mensual Freedom , que apareció durante más de 40 años y fue uno de los mejores órganos del movimiento anarquista.

Keell era un hombre modesto y bueno, y conversaba con él largos ratos, y al marcharse me prestaba algunos periódicos llegados para el cambio, recomendándome que se los devolviera para entregárselos a Max Nettlau que los coleccionaba.

* * *

Una mañana recibí la grata noticia de haber estallado una revolución en Portugal, la que derrocó la monarquía.

No recuerdo la fecha en que tuvo lugar aquel acontecimiento, pero no tiene importancia para el asunto que voy a tratar. La falta de dinero en los revolucionarios de acción era endémica, pues tropezábamos con la incomprensión de quienes tienen ese dinero, pero que no comprenden el hecho de fuerza, como si no fuera ésta la que sostiene a los gobernantes.

Lo primero que hice fue buscar a Malatesta, que encontré en su pequeño taller de obrero mecánico. Al comunicarle la noticia, dejó su trabajo, me miró sonriente y me dijo: "¡Me alegro!" Y entonces le propuse que fuéramos los dos

a Portugal para tomar parte en aquella revolución, con el fin de evitar que al rey depuesto le sustituyese otro, con corona o sin ella. Pero me contestó de esta manera:

-La falta de dinero ha sido siempre un obstáculo serio para esta clase de luchas; o no podemos hacerlo, o llegamos tarde. Las personas que disponen de algún dinero, anarquistas o simpatizantes, pocas veces comprenden nuestra actitud. En cierta ocasión me dirigí a William Morris rogándole me prestase algún dinero para uno de estos viajes, el cual me contestó muy convencido: "Te quiero mucho, Malatesta, para que te ayude a hacer tonterías". El insigne escritor libertario, como muchos hombres de su categoría, desconocía los hechos y las necesidades terribles de la revolución.

Al día siguiente se recibió la noticia de la proclamación de la república en Portugal y fue interrumpida nuestra gestión para el viaje, porque si la hubiéramos efectuado, habríamos llegado tarde.

* * *

El 12 de noviembre de 1912 murió en Madrid, de un tiro en la cabeza, el Presidente del Consejo de Ministros, José Canalejas, a manos del anarquista Manuel Pardiñas, quien después se suicidó.

Vicente García, un obrero anarquista, que residía entonces en Londres, muy conocido en nuestra prensa por las numerosas crónicas que publicaba sobre el movimiento obrero internacional, recibió un día una carta de un grupo anarquista residente en los Estados Unidos, en la que se le decía que Pardiñas había partido con dirección a Madrid, con la intención de matar a Alfonso XIII. El objeto de esta carta era de que se estuviera alerta por si el regicida acertaba en su cometido, y se pudiera aprovechar el desconcierto seguido para sublevar al pueblo español, tan descontento, con razón, de la monarquía.

Canalejas fracasó en sus primeras intenciones de modernizar la monarquía, pero consiguió el puesto que tanto ambicionaba. Fue nombrado Presidente del

Consejo de Ministros. Se dijo después que antes de sustentar tal cargo tuvo una entrevista con la reina madre, tranquilizando a dicha señora con la promesa de no molestar a los poderes religiosos. En cambio, olvidando sus propagandas anteriores, arremetió contra los trabajadores en la primera ocasión que se le presentó, que fue la de la huelga ferroviaria de la red catalana (1912), en la que llamó a filas a los huelguistas para hacerles fracasar, como así ocurrió, pero que no cumplió cuando regresaron al trabajo.

El Congreso Sindicalista Internacional tuvo lugar en Londres en septiembre de 1913, al que concurrieron dos delegados españoles, Negre y Romero. Negre fue fiel a las ideas y murió en un campo de concentración en Francia, después de nuestra revolución. En cuanto a Romero, por cierto, un tipo muy simpático y conversador, parece que cambió de casaca y se sumó en Madrid a los socialistas políticos y no volvimos a tener noticias suyas.

Asistí a todas las sesiones de aquel Congreso, tan fecundo en conclusiones. El mitin de clausura, que se celebró en el salón del club judío, con la presidencia de Rocker, atrajo a todos los que se interesaban por las cuestiones sociales, deseosos de conocer nuestras doctrinas. Recuerdo que a mi lado se encontraban, entre otros, el doctor Simarro y Araquistain.

En la época a que me refiero, se hacía en Inglaterra una intensa campaña sindicalista, tratándose de infundir en las antiguas "Trade Unions" ideas nuevas y métodos más eficaces en la lucha.

* * *

En 1909 se publicó en Inglaterra el libro de Kropotkin, por iniciativa del Comité Parlamentario Ruso, titulado *The Terror in Russia*, para conmover la conciencia de la humanidad contra los horrores que cometía el gobierno ruso.

La publicación coincidió con la celebración en Londres de un gran mitin, en el que se hicieron conocer los crímenes del zarismo. El salón estaba atestado de un público escogido, y entre los oradores ilustres que hablaron se destacó la

figura majestuosa de Kropotkin, un hombre corpulento, emotivo, con larga barba gris, flotante, que cuando hablaba me parecía un tipo de los antiguos profetas bíblicos.

En los años que llevaba viviendo en Londres no había sido molestado por la policía, a pesar de mi actividad como propagandista de las ideas revolucionarias. Pero una mañana se me acercó un agente de Scotland Yard y me dijo que su jefe deseaba que cuando pudiera pasara por su oficina. Y como contestara que en aquel momento iba de paseo y no tenía nada que hacer, llamó a un coche y me llevó donde era esperado.

Cuando me encontraba en el despacho del jefe de policía me dijo con voz y gesto amable.

- ¿En los años que está usted en Londres le ha incomodado alguna vez la policía?

- No, señor -le contesté-, es la primera vez que se me llama, no sé con qué objeto.

- Han aparecido aquí -me dijo-, unos individuos cometiendo crímenes a los que no estábamos acostumbrados, y que se reclaman falsamente de las ideas anarquistas que usted profesa, con las que no tienen ningún parecido.

Y luego me presentó las fotografías de unos individuos que eran desconocidos para mí, como le dije.

Entonces me dio las gracias por haber acudido a su llamamiento y se despidió de mí amablemente.

Malatesta fue detenido en su casa por dos agentes de la policía, llevado al Hospital de Londres a reconocer a un hombre muerto, y conducido después a Scotland Yard para que aclarara sobre un aparato de oxígeno que se había comprado por su recomendación. Después de esta investigación fue puesto en libertad. El asunto más serio era la compra del aparato de oxígeno, pero había sido sorprendida su buena fe y engañado por los compradores.

El 17 de diciembre de 1910, en la calle de Houndsditch, en el barrio judío, se cometieron unos crímenes espantosos que conmovieron a toda la capital. En

el momento que unos desconocidos preparaban el asalto de una joyería, fueron sorprendidos por la policía, y creyéndose en territorio ruso, defendieron su libertad, matando a tres agentes de la policía e hiriendo gravemente a dos. Durante el nutrido tiroteo, uno de los asaltantes fue herido en la espalda por sus propios camaradas, muriendo poco después en el lugar que lo ocultaron.

Dos de los que intervinieron en el suceso se refugiaron en el piso alto de la calle Sidney, en la casa de una joven conocida, e hicieron una defensa heroica de sus vidas. Se movilizaron hasta 400 soldados, algunos con ametralladoras, mandados por el ministro Churchill, sin que llegaran a rendirse, y al llegar la noche hubo que incendiar la casa en que se encontraban, suicidándose los dos perseguidos antes de ser devorados por las llamas.

Desde entonces se le llamó irónicamente a Churchill el héroe de Sidney Street.

* * *

Me encontraba leyendo en la biblioteca del Museo Británico, el lugar por mí más frecuentado en Londres, cuando se me acercaron dos jóvenes escritores españoles, Maeztu y Araquistáin, que a veces pasaban por allí.

La conversación versó sobre una casa editorial que había entonces en Londres, con capital de los Estados Unidos, llamada "Editorial Nelson", y dirigida por un ilustre colombiano, con el nombre de Sanin Cano.

Editaba entonces en español una enciclopedia, la popular, en pequeños volúmenes, y se hallaban con la dificultad de que no encontraban escritores españoles para colaborar en la obra.

Como ellos eran colaboradores y tenían un interés particular en que la obra se editara en Londres, me rogaron que participara también en la colaboración, que era fácil y bien remunerada.

Acepté la propuesta y me entrevisté con Sanin Cano, que me pareció un hombre muy amable y comprensivo.

Quedamos que yo escribiera los asuntos de medicina, en una forma comprensiva para todos los lectores, y se me entregó una lista por lo menos con 50 palabras de temas a escribir.

La lista la devolví en breve con el trabajo completo, y fue del agrado del director, y se fueron repitiendo las listas durante largo tiempo.

Pero un día hubo una equivocación en la entrega de las listas de los colaboradores, y en vez de darme la que me correspondía, se me dio una en cuyos temas había la biografía de algunos papas. No la devolví y me esmeré en aquel trabajo, y sin mentir hice resaltar las malas acciones cometidas por aquellos "santos" varones, como el envenenamiento, el incesto y el asesinato. Creí que aquella lista me sería rechazada, pero no fue así y su contenido se publicó en la obra.

Una vez, en lugar de la lista de costumbre, se me dio a corregir un volumen ya impreso de electrotécnica, traducido del inglés al español. El traductor de la obra era un español incompetente para aquel trabajo y dejaba de mencionar las piezas de las máquinas eléctricas que no comprendía. Tuve que rehacer de nuevo la obra; los diccionarios técnicos encontrados en la Biblioteca Técnica de Londres me fueron de mucha utilidad.

Allí trabajé algunos meses, hasta que no pude seguir por estar ocupado en otros asuntos, pero siempre me ha quedado el recuerdo de Sanin Cano, un hombre sabio y amable.

* * *

Charles P. Steward, era el presidente en Londres de la Asociación de la prensa americana, y teníamos estrecha amistad, por asuntos periodísticos. Pero yo no sabía las ideas que él profesaba, como él no sabía las mías. Pero un día nos enteramos por casualidad los dos, y desde entonces, por tener ideas comunes,

se afianzó nuestra amistad. Conversábamos tranquilos en su vivienda, cuando llegó una comisión de notables de barrio y solicitó una entrevista con él. Yo me levanté con la intención de marcharme y dejar el campo libre, pero me hizo sentar de nuevo, recibiendo en mi presencia a la comisión.

Según aquellos señores se iba a constituir un Comité Antisocialista y se solicitaba su presencia por su cargo representativo. "Había que poner un dique -dijeron-, a las ideas revolucionarias en Londres, cada vez más arrolladoras".

-Lo siento mucho -respondió Steward-, pero no puedo complacerles en sus pretensiones, porque yo soy anarquista, que es la parte más pura del socialismo.

Y entonces aquella comisión se retiró silenciosa, pero sin demostrar ninguna extrañeza de lo que acababa de oír, porque se trataba de ingleses tolerantes.

Cuando nos quedamos solos, trató de convencerme de las excelencias del ideal anarquista, pero no siguió, cuando yo le declaré mi manera de pensar y al saber de quién se trataba.

Por lo visto, había sido influido por las conferencias que dio en su país Emma Goldman, a las que había asistido.

Pocos días después estalló la revolución en Portugal y se proclamó la República, y entonces partió para aquel país, para hacer una información completa a la prensa de los Estados Unidos.

Al pasar por Madrid, visitó en mi nombre a Salmerón, y éste lo recomendó a Portugal, donde encontró toda clase de facilidades.

Al poco de volver de Portugal, tuvo que partir para la China, donde se estaban desarrollando grandes acontecimientos.

De ambos países me mandó una información particular, desde el punto de vista de su criterio anarquista, que siento no haber conservado, porque se desarrollaron luego los sucesos como había previsto.

A la vuelta de sus viajes, nos reuníamos, americanos e ingleses, y yo, y se discutía sobre las ideas que profesábamos. Aquellas reuniones eran muy interesantes, en las cuales también intervenían las mujeres.

Luego Charles P. Steward, y su bella señora partieron de vuelta a su país, y al despedirlos en la estación se mostraron profundamente emocionados con nuestra separación.

* * *

Desde niño era muy amante de los libros y trataba de aumentarlos en mi biblioteca; un hermano mayor tenía las mismas inclinaciones.

Para comprar libros mis padres no regateaban el dinero. Pero ocurrió que los que pude reunir en España y Francia, que no eran pocos, me fueron robados en los registros de la policía, y nunca devueltos.

En Londres, durante los años que estuve, reuní tantos, que cuando la dueña del piso en que vivía venía a cobrar la renta se preocupaba del peligro de un hundimiento por el peso de la biblioteca. Se trataba de una casucha muy vieja que amenazaba ruina.

Cuando llegaba Malatesta a mi casa y contemplaba tantos libros me decía con razón: "Ahora tienes muchos libros, pero con los años te quedarás sin ninguno, como a todos los revolucionarios les ha ocurrido".

Yo conocía todos los lugares de Londres donde se podían encontrar libros usados, algunos raros y a poco precio. Pero mi lugar favorito para buscar libros era un mercado de animales situado en el norte de la capital, que los miércoles se convertía en un mercado de libros y otros muchos objetos. Allí no había más que dos precios para venta de los libros, según el tamaño de los volúmenes, los mayores a 1O centavos, y los menores a 5 centavos. Una vez encontré un volumen de las Máximas Políticas del secretario de Felipe II, Antonio Pérez, recomendado de escribir por Enrique IV de Francia. También encontré en pergamino las memorias de Letude, el prisionero de la Bastilla. La colección de

Autores Españoles de Rivadeneira, la encontré casi completa, a 10 centavos el volumen.

Un profesor de la Universidad de Tokio llegó una vez a Londres, comisionado por el gobierno japonés para buscar toda clase de libros antiguos de matemáticas. Alguien me lo recomendó, y yo lo llevaba a todos los lugares donde podía encontrar esos libros, pero nuestro sitio favorito era el mercado que he citado y que tenía lugar todos los miércoles. Allí hacíamos dos montones, uno para él, de los libros de matemáticas, y el otro para mí, de toda clase de libros que me gustaban. Luego los cargábamos en un carruaje y los llevábamos a nuestro domicilio. Lo que nunca me permitió el japonés es que yo pagara los míos, y los pagaba él porque su gobierno tenía más dinero.

Entonces arrendé allí cerca una casa grande, quedándome con el piso bajo para colocar mi laboratorio y biblioteca, subarrendando el resto, el primer piso a un matrimonio francés y el segundo a una señora inglesa.

* * *

Los colegios de los trabajadores, verdaderas universidades nocturnas, estaban repartidos por todos los barrios de la capital. Los edificios eran grandes, como palacios, con muchos departamentos, y bien dotados de material de enseñanza. Los amantes de la cultura, los ricos y los intelectuales habían contribuido a su construcción y mantenimiento.

Describiré uno, y creo que todos eran iguales, que se encontraba cerca de Tolmer Square, hacia la parte norte de Londres, donde vivía. Algunos vecinos de la localidad, yo entre ellos, íbamos por allí como amigos de la institución, pero no como estudiantes, porque ya se nos había pasado la edad.

Los estudiantes del Colegio pasaban de centenares, hombres y mujeres, y los cursos eran nocturnos, cuando ya habían acabado en el día el trabajo a que se dedicaban. Había numerosos cursos de letras y de ciencia, y los alumnos se agrupaban por afinidad de estudios, en club o sociedades, como el club de

idiomas, de historia natural, etc. Los estudiantes capacitados habían fundado un teatro y una banda de música. Los días festivos se hacían excursiones a diferentes lugares instructivos y se aprovechaba el tiempo para estudiar.

En aquel tiempo, un hombre noble y rico, que vivía en una ciudad cercana, le regaló a aquélla el parque que allí tenía, en el que había un estimable museo de historia natural, pero conservó su hermoso palacio.

Como director de aquel museo se nombró a un alumno del Colegio que se había distinguido en sus estudios como naturalista, siendo un modesto carpintero. Allí fui una vez a visitarlo y estaba ocupado en clasificar los muchos objetos allí llevados, como conchas, caracoles, etc.

Una vez que aquel señor estaba ausente, fueron los alumnos del club de historia natural, y yo, entre ellos, invitados por el nuevo director del museo a un banquete en el Palacio, que se celebró en el salón principal, en el cual estaban los grandes retratos de los nobles que por allí pasaron. Y al terminar el banquete, los allí reunidos cantaron en coro el himno revolucionario, en aquel entonces, "La Internacional". Era un mundo nuevo que entraba en el Palacio Secular.

* * *

Dusa Roche era anarquista y pertenecía al grupo de Freedom, que estaba bajo la influencia de Kropotkin. Cuando yo la conocí tendría unos 40 años, y era hija de un antiguo refugiado francés, llamado Roche, del que tuve algunos libros de educación. Era hermana de la mujer de un abogado, hijo del famoso novelista inglés Dickens. Como pretendiera viajar con un tío suyo por España, le di algunas lecciones de español, y ella a mí de inglés, leyendo *David Copperfield*, de Dickens. Si no me equivoco estaba emparentada con Heine, el poeta alemán. Era una israelita típica, muy inteligente, y había visitado los Santos Lugares. En una visita que hice con ella a la casa de su hermana, me enseñaron una obra de Dickens impresa para la reina Victoria.

* * *

Hubo una época que daba conferencias sobre el neo-malthusianismo en diferentes locales de Londres, siendo muy concurridas, precisamente porque esa propaganda estaba prohibida desde hacía mucho tiempo y nadie, por temor, trataba el asunto en público, aquella labor era eminentemente práctica, valiéndome de una linterna de proyección que reflejaba en la pantalla los medios de que podían valerse, químicos y mecánicos, para evitar la concepción.

Algunos amigos bien intencionados me advirtieron el peligro que corría de ser juzgado y condenado por una ley muy severa promulgada en tiempos antiguos, pero yo no tuve en cuenta el peligro e insistí en mi propaganda, porque me parecía razonable.

Pero un día vinieron a visitarme a mi casa dos agentes de la policía secreta para tratar de mis conferencias. De pronto me impresioné de la visita, pero pronto se explicaron y recobré la calma.

Habían asistido como particulares a mis conferencias, y habían tomado algunas notas dudosas por la semioscuridad que reinaba en el salón. Les corregí las notas y se mostraron muy agradecidos.

Y antes de retirarse me dijeron: "Tenemos un sueldo muy reducido y no queremos aumentar el número de nuestros hijos, porque no podríamos alimentarlos, vestirlos y educarlos como es necesario. No creemos que lo molesten a usted en su propaganda, porque el problema de la sobrepoblación se va agudizando y está en el ánimo de todos ponerle remedio".

* * *

Hablaba un día con un inglés muy rico, cuyo nombre he olvidado, principal accionista de una compañía de ferrocarriles de Londres, y observé durante la conversación que me suponía católico. Al decirle que no lo era, cosa que le extrañó en un español, ni tampoco protestante, me citó para la tarde siguiente, que era domingo, a tomar el té en su casa, momento que aprovecharía para convertirme al protestantismo, cosa fácil para él.

Llegué a su casa al día siguiente y en la discusión que tuvimos, al exponerle mis puntos de vista religiosos, exclamó: "Ya sé por dónde va usted, y no insisto; a usted no puedo convertirlo al protestantismo, porque tiene un ideal anarquista bien definido".

Tomamos el té, hablamos de cosas corrientes y nos despedimos amigablemente. De vez en cuando nos encontrábamos en la calle y conversábamos un momento, sin tocar las ideas religiosas.

Una vez leí en la prensa la noticia de que un soldado español protestante, se había negado a oír misa y había sido reducido a prisión y que se le celebraría un consejo de guerra.

Entonces volví a la casa de aquel hombre y le conté lo sucedido, rogándole que interviniera en favor del detenido, ya que era él muy influyente y tenía amigos en el parlamento y en la prensa.

- Si usted no es protestante -me dijo-, ¿cómo se interesa por ese soldado que lo es?

- Porque mis ideas anarquistas no permiten que nadie sea perseguido por su manera de pensar.

Le pareció muy bien aquella opinión y me prometió ocuparse del asunto, y su intervención fue tan eficaz en la prensa y el parlamento, que a poco llegó la noticia de que el soldado había sido puesto en libertad.

* * *

Durante la guerra en España, una noche andaba casualmente por las calles de Vich, en Cataluña, al lado de un compañero italiano, que pertenecía a las Brigadas Internacionales. La ciudad había quedado a oscuras por temor a la aviación. Mi acompañante me dijo: "Fui en Londres íntimo amigo de Pedro Vallina, hoy médico en nuestras filas, que todavía no he podido encontrar". Empujé a mi compañero hacia una tienda en cuyo interior había luz, y al reconocerme nos abrazamos estrechamente. Hacía muchos años que no lo había visto, y el día que nos separamos quedó herido por una explosión que él provocó con su impaciencia en un laboratorio de química que yo tenía en Londres. Como había pasado mucho tiempo ya no me acordaba del nombre de aquel italiano, pero creo que se llamaba Bartolini.

Lo ocurrido en Londres con aquel compañero italiano fue lo siguiente: tenía un laboratorio bien montado en la planta baja de una casa, en el que entonces hacía experiencias sobre la soldadura del aluminio y la oxidación de los metales durante el trabajo, por encargo de una fábrica alemana establecida en Londres. Los dos problemas quedaron resueltos favorablemente.

Pero lo que más me interesaba era la fabricación de explosivos, de los cuales tenía ya algunos preparados. Un día en que hacía una pequeña prueba del poder explosivo de uno de ellos, pareció que el italiano que estaba presente, no quedó muy conforme y trató de emplear mayor cantidad de explosivo para la prueba, estando yo ausente. Terminado mi trabajo, me pasé al jardín posterior de la casa, para disfrutar un día de sol en Londres. El italiano se quedó en el laboratorio curioseando. Los habitantes de las casas vecinas estaban también sentados en sus jardines tomando el sol.

Pero de repente se oyó en mi laboratorio el ruido de una explosión, seguido de los gritos de una persona, que despertaron la inquietud de los vecinos. Corrí al laboratorio y me encontré al italiano con quemaduras en la cara y chamuscadas cejas y pestañas, que él mismo había provocado la explosión con su imprudencia.

Le llevé a curar a una clínica cercana, expliqué a los vecinos el origen de la explosión, y las cosas se quedaron así. Ni siquiera intervino la policía.

* * *

Las manifestaciones de los sin trabajo a través de las calles de Londres me impresionaban profundamente. El ambiente era gris, los hombres eran grises, como cortados por las mismas tijeras. Caminaban silenciosos por calles que encerraban grandes riquezas, sin una palabra de cólera y sin ningún gesto de amenaza. Una vez llevaba uno un largo palo, y en lo más alto, clavada una maceta con tierra sin hojas ni flores.

Y del mismo palo, más bajo que la maceta, un cartón con este letrero: "La única tierra que poseo en este gran imperio".

Muchos años antes, en una manifestación de los sin trabajo, se incorporó Salvochea, y al pasar por una de las calles más lujosas de la capital, alguien rompió de un golpe los cristales de una joyería, y los sin trabajo, trabajaron aquel día, dejándola vacía, y sus hijos comieron pan mucho tiempo.

* * *

Nicoll era un antiguo anarquista que en otra época se había visto envuelto en un asunto de explosivos y sufrido mucho tiempo de cárcel. Cuando yo lo conocí tendría unos 40 años de edad y me visitaba con mucha frecuencia. Siempre me llevaba algún número antiguo de periódicos anarquistas que yo coleccionaba y además un supuesto periódico que él hacía, un pliego de papel cubierto de frases y dibujos incoherentes que nadie entendía, porque no estaba bien de la cabeza. Le hacía comer alguna cosa, y además le regalaba algunas monedas por los papeles que me dejaba.

¡Pobre Nicoll! ¡Pobre loco que soñaba con un mundo de cuerdos!

* * *

Todos los años la Sociedad Racionalista de Londres celebraba un gran banquete muy concurrido por un personal escogido de gente culta. Para presidirlo se nombraba una personalidad universalmente conocida, que al final disertaba sobre un tema de interés.

Yo era siempre invitado a aquellos banquetes por un socio prominente de la sociedad, amigo mío. La última vez que recuerdo, presidía el famoso médico de los EE. UU. William Osler, y el tema de su conferencia fue "La vida", que se imprimió después en un bello librito.

* * *

Conocí a un joven negrito, con cara de pillo, que era un gran hablador, y esa mala cualidad le valió para colocarse como conferenciante pagado por una sociedad reaccionaria de Londres.

Un día lo encontré subido a una tribuna y rodeado de gente en Regent Park y hablaba contra la Revolución Francesa. El público lo escuchaba silencioso, pero disgustado por lo que oía. Pero yo, rompiendo las normas de tolerancia establecidas, no pude contenerme y grité: "¿Cómo te atreves a hablar contra una revolución que te bajó del árbol en que estabas subido como un mono, rascándote las nalgas, y te convirtió en un hombre libre...?" y entonces sonaron voces de aprobación en el público, y el charlatán detuvo su perorata, confesando que hablaba así, porque era bien pagado. Bajó de la tribuna y al marcharse, una voz del público le gritó: "Busca un trabajo más decente del que tienes, y así vivirás honradamente".

Si hubiera sido más sincero en sus expresiones, nadie le hubiera molestado por mucho que hubiera dicho contra la Revolución Francesa.

* * *

Conocí en Londres a Pierre Ramus (Rudolf Grossmann) que era un anarquista judío austríaco, muy versado en cuestiones sociales. Era muy aficionado a los libros y tenía en su casa una buena biblioteca. Entonces publicaba la revista Die Freir Generation para la que le di algunos artículos que publicó sobre la historia del movimiento obrero en España.

Con frecuencia lo encontraba en la Biblioteca del Museo Británico, donde hacía unos estudios sobre William Goodwin.

Murió en un barco que lo conducía a México, huyendo de la reacción alemana.

* * *

También en Londres tuve relación con el médico italiano doctor Isoña y hasta visité con él su clientela italiana. Lo encontraba con frecuencia en el club anarquista de Charlotee Street. Había estado prisionero en Abisinia después del desastre italiano, y el emperador, que era católico, se lo mandó de regalo al Papa, además de un león enjaulado.

* * *

Gavrois había nacido en Panamá, pero muy joven se fue a los Estados Unidos, donde hizo fortuna. Se casó con una mujer italiana, que no acababa de elogiar por sus buenas cualidades, de la cual tenía bellos hijos. Cuando tenía 40 años, liquidó sus negocios en los Estados Unidos y con un buen capital se fue a vivir con su familia a Sevilla, buscando en qué emplear su dinero para hacer nuevos negocios.

Después de permanecer algún tiempo en la capital andaluza, quedó decepcionado por el ambiente reaccionario que allí encontró. Sin rodeos le

dijeron: "O ingresa usted en la orden de los jesuitas, que aquí lo dominan todo, o puede marcharse a otra parte, porque sin ese requisito, codos los negocios que emprenda serán obstaculizados". Y como era un hombre digno y un verdadero librepensador, decidió marcharse de Sevilla.

De paso por Londres, traía mi dirección y vino a avisarme y contarme sus amarguras en Sevilla.

* * *

Cuando yo conocí en Londres al alemán Bugner, el pintor de vitrinas, tendría unos 40 años de edad y andaba muy despacio a causa de un defecto congénito de los pies. Siempre se expresaba con amargura, y hablaba del Kaiser con profundo rencor. Se comprende que había llevado una vida muy atormentada en su país. La policía lo vigilaba estrechamente y lo tenía como un hombre muy peligroso. Una vez cayó enfermo y tuvo que internarse en un hospital alemán situado en un sitio céntrico de Londres. La policía no imaginaba dónde podía encontrarlo y lo buscaba con extremo interés. Un día fui a visitarle al hospital, y al salir a la calle, observé a dos policías con la lengua fuera y muestras de cansancio. Al conocerme se acercaron y me dijeron si podía decirle algo de Bugner, que lo habían perdido de vista y se había escapado. Y eso que es cojo, les dije riendo a los policías.

Años después me escribió desde Chile y me decía que vivía bien dando lecciones de pintura a las jóvenes.

* * *

Cuando se aproximaba la primera guerra mundial, se podía observar en Inglaterra una intensa efervescencia revolucionaria en los medios obreros, que después fue apagada por el estampido de los cañones. En Irlanda estalló una

huelga de grandes proporciones, pero no recuerdo los motivos y las peripecias, pero sí que absorbió la atención pública en extremo. En aquella lucha se destacó y se hizo popular la figura de Jim Larkin que más tarde había de jugar un papel importante en la lucha del proletariado inglés.

Para tratar de aquella huelga se convocó al pueblo de Londres a un mitin monstruo, que se celebraría en el local de la Ópera, donde había cabida para varios millares de personas.

Los organizadores del mitin tuvieron noticias de que los enemigos del socialismo se preparaban para atacar la reunión y disolverla a puñetazos. Con todo sigilo se tomaron las medidas adecuadas para que aquellos insolentes llevaran su merecido. Es por este motivo que yo recibí un nombramiento como celador del mitin, con la misión de restablecer el orden si algunos lo perturbaran, y al mismo tiempo lo recibieron otros hombres, escogidos entre los más decididos. Como ignoraba los verdaderos motivos del nombramiento, lo acogí con indiferencia, creyendo que se trataba de una simple medida de rutina, que de haberlo sabido lo hubiera aceptado con sumo gusto y entonces hubiera estado en el puesto que me fue señalado.

El mitin tuvo el mayor éxito y el local se llenó pronto y, por falta de sitio, numerosísimos quedaron en la calle. En la concurrencia estaban las sufragistas que entonces daban lecciones de coraje a los hombres. No acepté el brazalete de guardián que se me ofrecía, ignorando lo que se preparaba, y me senté en la tribuna de la prensa para enviar a nuestros periódicos de Barcelona una reseña de tan importante acto.

El mitin comenzó con la exposición de una película cinematográfica, referente a una huelga recientemente ocurrida en el Transvaal, que despertó el entusiasmo del público, por los cuadros de luchas que se sucedieron.

Acababa de hablar el primero de los oradores cuando se dio la voz de alerta, y se abrieron de par en par todas las puertas de la rotonda, apareciendo una masa de hombres que con los puños en alto amenazaban invadir el edificio. Yo pegué un salto en mi asiento, como movido por un resorte, pero una sufragista, una linda joven, me cogió de un brazo con dulzura y me sentó a su

lado mientras me decía: "Tenga paciencia que no ha llegado todavía nuestra hora".

Y todos siguieron tan tranquilos, sentados en su sitio y fumando la pipa, pero alertas por si tenían que intervenir. Pero un joven hijo del diputado laborista Land bury, se arrojó desde el último piso y aplastó en su caída a uno de los asaltantes. Era un arma nunca empleada. Sólo los que estaban situados en las primeras filas, cerca de las puertas, hicieron frente a los atacantes, luchando unos y otros con los puños. Se conoce que Larkin era un hombre de empuje, porque saltó al escenario y gritó con todas sus fuerzas: "A ellos, bravos irlandeses, que son nuestros enemigos".

Como el ataque era esperado, se había organizado en la retaguardia una fuerte columna de hombres, entre los cargadores del muelle, todos de recios puños y fuerzas hercúleas, que aparecieron en el momento culminante de la lucha, atacando al enemigo por las espaldas, mientras los combatientes del mitin los acosaban por delante. El resultado fue que el enemigo huyó a la desbandada, no sin dejar en la calle a numerosos individuos molidos a puñetazos y con las quijadas fuera de sus sitios.

El potentísimo órgano de la Ópera tocó la Internacional, coreada por la concurrencia y volvió a reanudarse el mitin.

Los discursos fueron de extrema violencia contra los políticos, servidores del capital. Entre los oradores recuerdo a James Connelly, el líder de los obreros irlandeses, y autor de una notable obra sobre la historia del movimiento laborista en Irlanda, y que fue fusilado después, durante la guerra, como rebelde contra el dominio inglés.

Bernard Shaw, que estaba en la cúspide de su talento, pronunció una notable oración, influido por el estado de espíritu de la asamblea y la justicia del caso que se debatía. El tema de su discurso fue éste: "Cómo la clase explotadora se organiza y se arma para someter por la violencia a los explotados, procurando por todos los medios tenerlos desorganizados y desarmados". "Esta conducta de los opresores -decía-, es la prueba más palpable de su perfidia".

Creo que aquella oración es lo mejor que hizo Bernard Shaw en su vida, en un momento de sinceridad y de clarividencia, y es lástima grande que no se conservasen impresas sus palabras.

Un extenso relato de aquel importante mitin, que yo escribí, apareció en uno de nuestros periódicos de Barcelona, creo que en Solidaridad Obrera.

Poco tiempo después amenazó la guerra y entonces pude escuchar por última vez en Londres, la voz autorizada de Bernard Shaw, en un mitin que se celebró para oponerse a la contienda. Otro de los oradores de aquella noche fue un hombre notable por sus ideas y sus escritos: el francés Anatole France. Pero todos los esfuerzos fueron inútiles, el de los hombres de la calle, el de los oradores en la tribuna y el de los escritores en la prensa; el crimen de la guerra tuvo lugar en contra de la voluntad de los pueblos, desorganizados y desarmados para oponerse al mal.

Aquí se cumplieron los vaticinios de Bernard Shaw en el mitin de la Ópera: "un pueblo desorganizado y desarmado, sin una visión justa de las cosas, no va a ninguna parte, como no sea al matadero".

La primera guerra mundial

Cuando llegué a París en 1902, la propaganda antimilitarista se hacía activamente en todos los medios revolucionarios. El folleto de Ivetot, el M anual del Soldado, circulaba entre los sindicalistas, y Grave imprimía *Guerra-Militarismo*, que era leído por los anarquistas. Había grupos antimilitaristas cuya consigna era: "Antes que la guerra, la insurrección".

Así que cuando en Ámsterdam se convocó a un congreso antimilitarista internacional organizado por Domela Nieuwenhuis, numerosos delegados franceses partieron para Holanda, y entre ellos Siegfried Nacht y yo, representando a Portugal y España respectivamente.

Aquel congreso tuvo extraordinario éxito, por los delegados de diferentes tendencias pacifistas que se presentaron, las reuniones que tuvieron lugar colmadas de público, y los acuerdos que se tomaron. En el congreso dominaron los elementos libertarios.

Allí se acordó la fundación de una Internacional Antimilitarista y se nombró un comité que la representara y que estuviera alerta ante los acontecimiemtos que pudieran presentarse.

Después se celebró en París un gran mitin en el local de las "Sociedades Sabias", para hacer conocer a la opinión mundial la presencia y los acuerdos de aquel congreso. Hablaron delegados de diferentes países, cada uno en su idioma, y Sebastián Faure cerró el acto con un magnífico discurso.

En Ámsterdam, como en París, el entusiasmo alcanzó un alto grado y se concibieron grandes ilusiones acerca de la paz del futuro...

Tanto fue así, que algún tiempo después, tomando una tarde el té en Londres con mi viejo amigo, el anarquista B. Harvey, me aseguraba con toda formalidad que las guerras se habían terminado en el mundo, y como yo le hiciera alguna objeción, admitía que podía declararse alguna guerra pequeña en un país como los Balcanes.

Parecía que la atmósfera social estaba muy tranquila, pero en el fondo se estaba preparando la tormenta.

* * *

Se estaba bastante confiado en el triunfo de la causa de la paz, cuando de pronto se empezaron a oír voces de alarma.

Primero fue Kropotkin, que dio la voz de alerta, y renunció aquel año a su viaje a Suiza por motivos de salud ante la proximidad de la guerra. Pero el toque de alarma no era nuevo en Kropotkin, porque los que lo trataban de cerca sabían que hacía mucho tiempo que venía anunciando la catástrofe.

Luego fue desde París, el revolucionario italiano Amilcare Cipriani, el antiguo combatiente de la Comuna, el ayuda de campo de Flourens, que desde las columnas del diario *L'Humanité* advertía que los militaristas estaban dando el último retoque a las armas para empezar la contienda.

Y por último, una familia francesa, de paso en Londres para Canadá, vino a visitarme y me dijo que el motivo de su viaje era porque no quería participar en la guerra próxima, que no podía interesar más que a los capitalistas.

Una cierta inquietud fue invadiendo los espíritus, y una mañana el ama de la casa en que yo vivía me introdujo en mi habitación un diario de Londres, donde se anunciaba el asesinato de Jaurés en París. Le indiqué que se trataba de un pacifista francés muy conocido y que me parecía un signo de mucho peligro.

* * *

El 28 de junio de 1914 fue asesinado en Sarajevo el heredero del trono austríaco y su esposa por un estudiante de Bosnia. El atentado tuvo su origen

por motivos puramente nacionalistas. El archiduque Francisco Fernando era particularmente odiado en Serbia, pues pasaba por ser la cabeza del partido de la guerra en Austria y se había manifestado, ya en tiempo de la segunda guerra balcánica, en favor de la invasión de Serbia por las tropas austríacas.

El 6 de julio informó la prensa que el emperador alemán había dejado al gobierno austríaco las manos libres para proceder en Serbia según su propia voluntad, advirtiendo que Alemania no rehusaría su ayuda.

El 23 de julio envió el gobierno austríaco a Serbia un ultimátum de 48 horas con varias exigencias. Serbia las aceptó todas para evitar la guerra menos la última, que consistía en una intervención directa en los asuntos internos de Serbia. El gobierno austríaco no se dio por satisfecho y retiró su representante de Belgrado, y entonces Rusia movilizó su ejército.

El 28 de julio se produjo la declaración de guerra de Austria a Serbia. Al día siguiente presentó el gobierno alemán un ultimátum a Bélgica, para imponerle el paso eventual de tropas alemanas por territorio belga.

El 1º de agosto declaró la guerra Alemania a Rusia y el 3 de agosto se la declaró a Francia.

* * *

El día que el Parlamento inglés declaró la guerra a Alemania, una multitud ansiosa esperaba a la puerta su decisión, y yo era uno de los que estaba entre ella. La inquietud era indescriptible, y parecía que todas las cosas habían suspendido sus funciones y sólo existía lo que se acordase allí dentro. Cuando llegó fuera la noticia fatal de la declaración de guerra a Alemania, la multitud allí presente se retiró indignada y dispuesta a oponerse al crimen horrible que se preparaba. La fecha de la declaración de guerra de Inglaterra a Alemania fue el 4 de agosto.

A la mañana siguiente, el pueblo inglés se manifestó ardientemente contra la declaración de guerra, y de todos los barrios de Londres partieron

manifestaciones al grito de "¡abajo la guerra!", concentrándose en la plaza de Trafalgar Square dos millones de personas. De la parte norte que yo me encontraba, partí a la cabeza de una inmensa columna de trescientos mil hombres que se manifestaban contra la guerra.

Nunca contemplé una multitud tan inmensa y agitada como aquélla. En los cuatro frentes del gran monumento a Nelson hablaban otros tanto oradores, y a los extremos de la plaza se levantaban otras tribunas. En las calles que allí desembocaban se apiñaban las multitudes, y las columnas de manifestantes no cesaban de engrosar las filas, algunos con sus bandas de música a la cabeza, tocando sones revolucionarios.

El venerable jefe del Partido Laborista Independiente, sir Hardie, que se erguía majestuoso en el pedestal del monumento de Nelson, agitando su larga barba blanca, como un profeta bíblico, confesaba ingenuamente aquel día que la declaración de guerra contra Alemania se había preparado a espaldas del Parlamento británico, del cual era miembro activo. A lo que le grité con todas las fuerzas de mis pulmones, encontrándome de pie cerca del pedestal: "¡Lástima de tiempo que habéis hecho perder a los trabajadores con la mentira parlamentaria!"

¡Quién hubiera podido transformar aquella masa humana en un ariete y haber destruido en Inglaterra a los culpables de la guerra, los que habían contribuido a la paz armada y a la carrera de los armamentos, dando a los otros pueblos el ejemplo para que hicieran lo mismo, única manera de acabar de una vez con la guerra!

* * *

Quedaba por resolver la incógnita de Italia, que estaba aliada con Alemania y el Japón, pero esto no tardó en resolverse.

Me encontraba una mañana solo en mi casa, cuando llegó Malatesta y me dijo: "Hoy se decide la actitud de Italia en la guerra, y si la declara contra Inglaterra,

estallará una revolución en Italia, para lo cual está preparado un barco en el Támesis para que vayamos los dos a aquel país. Así que no salgas de casa que yo volveré a comunicarte la noticia". Y volvió un largo rato después y me dijo que no había lugar al viaje, porque Italia no lucharía contra Inglaterra.

Tratándose de un hombre como Malatesta no había que decir una palabra.

Si hubiéramos ido los dos habríamos luchado, no en favor de un Estado, sino por el pueblo italiano para que viviera en una organización anarquista.

* * *

La noche del día de la manifestación celebrada en Trafalgar Square, se reunieron en un salón privado numerosos representantes de las organizaciones revolucionarias de Londres, para discutir la situación en que nos encontrábamos una vez declarada la guerra.

Yo comencé por hacer constar todos los esfuerzos inútiles que habíamos hecho hasta aquí para evitar la guerra: los discursos y las resoluciones de los congresos, así como los escritos antimilitares, habían sido fuego fatuo que no habían servido para nada. Ni habían influido en los gobiernos para evitar la guerra, ni a los pueblos para rebelarse activamente contra los culpables. Dada la agitación formidable que se había manifestado contra la guerra en Londres, podría intentarse la declaración de una huelga general revolucionaria que, si llegara a su mayor intensidad, podría ser de resultados eficaces.

Un distinguido líder obrero nos contestaba, no sin cierta lógica: "Por ahí deberían haber comenzado los obreros alemanes y franceses; pero no lo han hecho, y si lo hiciéramos ahora nosotros solos, lo más que lograríamos a estas alturas sería facilitar la invasión de Inglaterra por los alemanes".

Su argumento fue reforzado al día siguiente por un suceso desgraciado que nos hizo perder toda esperanza de una rebelión del pueblo inglés, a la que parecía tan propicio.

Algunos cruceros de guerra alemanes, ocultos por las espesas nieblas, atacaron aquella mañana en la costa unos poblados de humildes pescadores, causándoles dos mil bajas, entre muertos y heridos.

Este incidente sirvió a las mil maravillas a los capitalistas ingleses para arreciar su campaña guerrera, y el pueblo a regañadientes aceptó la guerra como un mal al que se veía fatalmente arrastrado.

* * *

Ante el desconcierto reinante, y siendo la declaración de guerra ya un hecho confirmado, como miembro de la Internacional Antimilitarista y de acuerdo con otros amigos, mandé un comunicado urgente a los países beligerantes para que vinieran a Londres a informarles de la situación de cada uno con relación a la guerra.

Vinieron pocos delegados, entre ellos tres alemanes, que nos comunicaron que la causa de la paz estaba perdida en aquel país, porque el partido socialista alemán había respondido en masa a la movilización, cogidas las armas y aceptada la guerra.

Sólo los anarquistas alemanes se oponían a la guerra, pero eran pocos en número y, por lo tanto, impotentes.

Siendo así, los partidos socialistas de los otros países habían seguido la misma conducta de los alemanes, aceptada la movilización y empuñadas las armas para defender sus fronteras.

Los partidos socialistas traicionaban los principios que habían procesado: era la quiebra moral del socialismo político.

* * *

Hubo una época en que los millones de votos socialistas en Alemania despertaron el mayor entusiasmo en el socialismo mundial. En España, los socialistas nos presentaban como modelo la táctica política de los alemanes y se lamentaban que una buena parte del proletariado español, influido por los anarquistas, se apartase de la lucha parlamentaria, que estaba dando tan óptimos frutos.

Y cuidado que Bismarck, el canciller de hierro, había dicho clara y terminantemente: "Las grandes cuestiones de nuestros días no se resuelven en el Parlamento con discursos y votaciones de una mayoría, sino con la sangre y el fuego". Y Bismarck, como han demostrado los hechos, tenía razón. Los que estaban completamente equivocados eran los socialistas "científicos" víctimas de la mayor equivocación.

Gracias a su táctica política fue posible la primera guerra mundial, y sumamos a su cuenta la segunda, pues en vez de educar a las masas obreras de su país en los principios más elementales de la dignidad humana, las convirtieron en rebaños de castrados, buenos únicamente para empuñar las armas a la voz de mando de los tiranos; y gracias a su conducta servil y antisocialista, posteriormente se hizo posible la intervención de Alemania en los asuntos de España, lo que contribuyó a nuestra derrota.

Algunos días antes de declararse la primera guerra mundial, viendo el grave cariz que tomaban los acontecimientos revolucionarios en que nos encontrábamos, convocamos con la mayor urgencia a los representantes del proletariado europeo. La reunión se celebró con la asistencia de delegados de diversos países que pudieron llegar en la fecha señalada, y entre ellos un escaso número de alemanes. Éstos nos informaron seriamente que el partido socialista alemán se negaba a cumplir la consigna dada por los franceses, de "antes que la guerra, la insurrección", y que estaban prestos para empuñar las armas, como un solo hombre, a las órdenes de su emperador. Para ese crimen iban a servir los millones de votos socialistas, que una vez fueron la esperanza de muchos trabajadores del mundo. Sólo podían contarse en aquella crítica situación con unos diez mil hombres para oponerse a la guerra, todos de tendencias anarquistas, número insignificante entre tantos millones de guerreros alemanes, franceses, italianos, ingleses, rusos y austríacos.

Si los millones de votantes socialistas alemanes hubieran cumplido con su deber y no hubieran traicionado el ideal socialista, se hubieran empuñado las armas, no para apoyar a los enemigos del pueblo, sino para defender los principios de justicia social, entonces aquella guerra no hubiera tenido lugar, ni tampoco nuestra derrota por los fascistas.

Los socialistas alemanes cometieron con su traición el crimen más nefando que registra la historia de la humanidad.

* * *

Copiamos unos párrafos muy oportunos del libro de Rocker Revolución y Regresión sobre la conducta de los socialistas alemanes durante la guerra, y que podría aclarar también su intervención en la revolución de su propio país después de la guerra, que con su mentalidad autoritaria hicieron fracasar y despejaron así el camino de la subida de Hitler.

"Se ha intentado frecuentemente atribuir todos esos sucesos a la traición consciente de los jefes socialistas; pero en realidad las causas eran mucho más profundas. Alemania era un país casi sin tradiciones revolucionarias. Los jefes espirituales del socialismo alemán, Marx, Engels y Lasalle, eran, por su manera de pensar, autoritarios declarados y partidarios de un centralismo político, que combatían fundamentalmente todo impulso libertario. De Marx y Engels tomó el proletariado alemán simplemente la creencia en la obligatoriedad del desarrollo económico, que, con todo fatalismo, no podía ser favorable a una revolución del pensamiento; pero Lasalle tomó todo el arsenal de su actuación política, que debía resultarle todavía más funesto. Lasalle fue toda su vida un nacionalista prusiano declarado, que tuvo grandes simpatías por la política exterior de Bismarck, y en su ardiente idolatría estatal intentó poner en armonía los intereses del estado nacional con sus planes de reforma socialista".

* * *

Lo primero que llamó nuestra atención en Londres, al declararse la guerra contra Alemania, fue el cambio de frente de la prensa más reaccionaria, insertando los llamamientos más demagógicos al pueblo inglés, en el que se le invitaba a empuñar las armas en defensa de la libertad y de la patria, ambas en peligro. Eran periódicos cloacas al servicio de los poderosos del dinero, que siempre han recogido en sus columnas toda la inmundicia de la sociedad.

Por otra parte, los empleados eran empujados por sus patronos para dejar sus puestos, con la promesa que los encontrarían vacantes a la vuelta de la guerra, si por casualidad volvían, y no les quedaban otros recursos que alistarse como voluntarios en el ejército o perecer de hambre.

Y una nube de muchachas recorrían la ciudad reclutando soldados, y los que se resistían a la invitación, eran adornados con una pluma de gallina sobre la solapa, en señal de cobardía.

En pocos días Londres sufrió una transformación completa de ciudad pacífica, obrera, mercantil e industrial, en imponente máquina de guerra. El trabajo útil se fue abandonando por la labor bélica. Los coches ofrecían sus servicios gratuitos hacia los centros de reclutamiento. Los trenes iban abarrotados de hombres con arreos militares. Los parques, plazas, escuelas y grandes locales se convirtieron en lugares de preparación militar. Las mujeres inglesas alternaban los ejercicios religiosos con los de tiro al blanco. En los escaparates de los establecimientos aparecieron por millares grandes rótulos, algunos ornados de flores, de los más feroces guerreros azotes de la humanidad. Las imágenes de los sabios y demás bienhechores del género humano fueron colocadas en los rincones oscuros de los sótanos. El "no matar" del Evangelio fue considerado como frase subversiva. Se apagó todo reflejo de bondad en los espíritus y el odio anidó como víbora en los corazones. La moral humana se desplomó estrepitosamente desde las alturas, y cayó en el lodo y la sangre fue convertida en cenizas.

Entonces vivíamos nosotros con una familia inglesa, compuesta del matrimonio, una hija y tres hijos, estos últimos convencidos socialistas y ateos. Pues bien, los impíos se negaron resueltamente a participar en la guerra, a pesar de las amonestaciones que les hacían los padres y las hermanas, religiosos fanáticos, para que marchasen como voluntarios en defensa de la vieja Inglaterra. Aquellos ateos estaban tan cerca de Cristo como los deístas, siempre con la Biblia a cuestas y la plegaria en los labios, lo estaban el demonio. ¡Y se dice muy formalmente que la, religión es un freno contra las malas pasiones!

* * *

La declaración de guerra ocasionó una división en los elementos anarquistas de Londres, aunque en lo más mínimo se alteraron las relaciones fraternales entre ellos. Kropotkin, Tcherkesof y otros se declararon enemigos de la causa alemana y abogaron por su derrota. Igual actitud adoptaron un buen número de compañeros franceses, entre otros Grave y Malato. Aquellos hombres podían estar equivocados, pero creían de buena fe que así servían mejor la causa de la libertad. No les guiaba ninguna ambición de recompensa o mando, y siguieron siendo los espíritus generosos de siempre.

El impresor de la revista anarquista Freedom, compañero Keell, que por aquel entonces se publicaba en Londres, rechazó enérgicamente las pretensiones del grupo editor. Kropotkin y algunos de sus amigos, que pretendían convertirla en una publicación al servicio de la causa de los aliados. Keell era un hombre muy modesto y silencioso que llevaba todo el trabajo manual de la publicación. En aquella ocasión se irguió de improviso, rompió con los otros y se incautó de la revista en nombre del ideal anarquista que trataba de vulnerarse. En seguida convocó a los militantes residentes en Londres, entre otros Malatesta, les explicó los motivos de su actitud y les hizo entrega de la publicación.

Los allí reunidos aprobamos unánimemente la conducta de Keell y acordamos publicar un manifiesto antimilitarista contra la guerra, en el que expondríamos

nuestros puntos de vista. El manifiesto fue redactado por un anarquista francés, Combe, y yo, retocado por los allí presentes.

Los firmaron los anarquistas más significados que se encontraban en Londres, en nombre de sus respectivos países, y Sebastián Faure mandó su adhesión desde Francia, aunque no pudo firmarlo por lo peligroso de su situación. Es un documento que ha pasado a la historia de nuestro movimiento.

La actitud de muchos antimilitaristas alemanes y franceses, que residían en Londres, fue digna del mayor elogio. Se negaron resueltamente a participar en la guerra, perdieron su trabajo y cayeron en la miseria, pero el espíritu se conservó incólume. Un grupo de compañeros fundamos una cocina comunista en un pequeño salón situado en el centro de la ciudad, donde por el módico precio de diez centavos se servía una comida que consistía en un tazón de sopas, legumbres y carne. Cuando el odio más feroz reinaba en la calle, aquellos alemanes y franceses se unían en un estrecho abrazo y se agrupaban en su desgracia. Unas veces era un alemán el que pagaba la comida de un francés sin recursos, otras veces era un francés el que facilitaba los diez centavos a un alemán necesitado. Al mismo tiempo, en el barrio judío, funcionaba otra cocina comunista parecida, aunque con más amplitud. Todos los días tenía la costumbre de pasar un rato por la cocina comunista para reconfortar mi espíritu con tan magnífico ejemplo. Una vez me dirigía allí, cuando desde una panadería vecina me hicieron señas para que me acercara. "Pase usted al despacho y aguarde un poco -me dijo la panadera-, pues la policía ha invadido el local y pudieran molestarle". Y en efecto, al poco rato salía una larga columna de antimilitaristas alemanes y franceses, encuadrados por un pelotón de policías armados, acusados del grave crimen de amarse como hermanos, en vez de degollarse como bestias feroces.

Desfilaron con la frente alta y la sonrisa en los labios, no como reos de alta traición, sino como guardadores de la moral humana, que había sido destruida por pasiones insanas y por la ferocidad capitalista. Fueron a parar a los campos de concentración y los perdimos de vista para siempre; pero muchas veces, en nuestros sueños generosos, se nos aparecen sus rostros bondadosos y enérgicos.

* * *

En el momento más crítico de la situación aquella, llegó a mi casa un hombre joven alto, fornido, de pelo rubio y de mejillas rosadas; tenía el tipo evidente de un francés. Me fijé atentamente en él y exclamé: "¿Manuel Devaldés?" "Soy el mismo -me dijo- , y como toda mi vida he escrito contra la guerra y en favor de la paz, en este momento decisivo quiero sostener mis ideales a costa de mi libertad y de mi vida, si fuera necesario". Y allí lo alojamos de todo corazón, como se han alojado siempre los que han llamado a mi puerta. Manuel Devaldés traía la documentación de un compañero español y con mucho peligro de ser descubierto y fusilado llegó hasta allí. Un hombre en tales circunstancias no podía estar sin ocupación, sin que se hiciera sospechoso y fuese detenido por la policía. Entonces lo colocamos en un restaurante en el trabajo más humilde que había, en el lavado de platos. Pero como no sabía una palabra de español y podía ser descubierto, le dábamos todas las noches al salir de su trabajo un curso de urgencia para que aprendiera lo más necesario en su nueva ocupación. Y aquella mano que había manejado una pluma maravillosa en defensa de la verdad, entonces le servía para lavar platos sucios de un restaurante: ¡labor más hermosa que mancharse las manos con la sangre de sus semejantes en los campos de batalla!

El tiempo que estuvo a mi lado conservó la serenidad de espíritu y la satisfacción de conducirse como un hombre completo.

* * *

La actitud de de Manuel Devaldés no fue seguida por muchos, y un buen número de anarquistas tomaron voluntariamente las armas, excitados por la más inflamada propaganda guerrera. Recordamos a un compañero francés, llamado Volé, que residía en Montevideo y que dejó allí a su compañera y

cuatro hijos pequeños para participar en la guerra. Al pasar por Londres estuvo a visitarme y no ocultó su extrañeza al encontrarme en actitud pacifista. Según aquel inolvidable compañero, había que sacrificarse para ganar la guerra, que sería la última en el mundo. ¡Cuántos murieron pensando lo mismo, espíritus idealistas y generosos, engañados por la nobleza de su corazón!

Si hoy fuera posible que volvieran a la vida, que tan estérilmente perdieron, se darían cuenta que aquélla no fue la última guerra, sino la penúltima, y a las que le sigan.

* * *

Florentino Gómez, del pueblo de Abarán, Murcia, era un querido amigo común de Nicolás Salmerón y García y mío, que pasaba la mayor parte del tiempo ocupado en un negocio de frutas, enviadas desde España. Era médico, pero había dejado de ejercer su profesión a causa de una hemoptisis que tuvo y que lo llenó de pavor. En Londres trabajaba poco y se limitaba a gestionar la venta de frutas que le enviaban sus hermanos, con los cuales estaba en compañía.

Cuando se declaró la guerra, como los viajes eran peligrosos, decidió venir a vivir a mi casa, con una niña que tenía educando en un colegio de Londres.

Un día que nos paseábamos aburridos por las calles de la capital, vimos un grupo de hombres apiñados en la puerta de un local, que nos dijeron era un centro de reclutamiento de voluntarios para la guerra, que por cierto me era de nombre conocido. Estaba dirigido por un aventurero inglés, que había estado en la guerra del Transvaal y organizaba ahora una columna de voluntarios para llevarlos a la guerra que acababa de empezar.

Considerando un deber aliviar los sufrimientos de las víctimas de la matanza, entramos en la oficina de reclutamiento y nos aceptaron para sanidad militar. A Florentino Gómez, como era de más edad, le nombraron capitán, y a mí oficial, y nos destinaron al local de una escuela donde se practicaban ejercicios militares y de primeros auxilios a los heridos.

Pasó el tiempo y la columna en organización gozaba de poco crédito a causa de la incapacidad del individuo que la dirigía, y mientras yo estuve en Londres, no intervino absolutamente en la guerra.

En aquellas circunstancias tuve noticias de que se había otorgado en España una amnistía general, que la confirmaba mi madre en una carta, diciéndome que fuera lo más pronto posible a su lado.

Entonces decidí acogerme a la amnistía, tanto para ver a mi madre como para tomar parte en la lucha revolucionaria que iba a tener lugar contra la monarquía.

[3]

La vuelta a España.

Berlanga

Otra vez en Sevilla

El consultorio de Bustos Tavera

La rebelión de los inquilinos

El primer destierro a la Siberia extremeña

Sevilla: la huelga general

Carreteras, guardias civiles y cárceles

Segundo destierro en Fuenlabrada de los Montes

Mi destierro en Peñalsordo

Destierro en Siruela

La vuelta a España. Berlanga

Con motivo de la guerra, cosa rara, se había dado en España una amnistía general. Mi buen padre había muerto en mi ausencia, y mi buena madre se encontraba sola en un pueblo extremeño, llamado Berlanga, donde mi hermana se había casado con un boticario.

En Londres yo estaba unido con Josefina Colbach, luxemburguesa, y se encontraba embarazada y muy próxima a dar a luz.

El lejano lugar en donde se encontraba mi madre podía alcanzarse por mar, yendo en un barco hasta Lisboa, y desde allí por tierra a Berlanga. Pero el parto estaba muy próximo, y podía presentarse en el camino, que era un serio inconveniente. Además los submarinos de guerra alemanes estaban en su fuerte y constituían un verdadero peligro para viajar. Lo más acertado era atravesar el Canal de la Mancha en barco y luego en tren desde París hasta Berlanga. Pero en las gestiones que hizo Nicolás Salmerón y García, para obtener un permiso de paso para los dos, se encontró con un obstáculo muy serio, y era que Clemenceau, al que se había dirigido, estaba muy enfadado conmigo y se negó a que yo pasara por Francia, aunque se concedió un permiso de paso para Josefina. Por lo tanto, yo hice el viaje por mar, y ella por tierra, y al llegar a París tuvo el parto de nuestro hijo Harmodio.

* * *

Una mañana tomé el tren de Londres a Liverpool, que no se detenía en las estaciones del camino, y llevaba a los viajeros que iban a embarcarse.

Cuando llegué allí, había mucho pánico por la aparición cercana de submarinos alemanes, que pocos días antes habían hundido un barco inglés, en el que iba

a un puerto ruso el general Kitchener, muy conocido en Inglaterra desde la guerra de Transvaal.

En el puerto de Liverpool había tres grandes barcos mercantes que se disponían a partir para América, pero los viajeros eran muy pocos y viajaban por necesidad apremiante.

El día de la partida se acercaron unas lanchas de los buques para recoger a los viajeros, y una de ellas era conducida a remo por un negro, en la que nadie, por superstición, quiso montar, pero dos viajeros irlandeses y yo le hicimos señas al negro para que nos llevara.

A poco de salir los barcos, ya en alta mar fueron hundidos dos por los submarinos alemanes, y el que yo iba volvió a toda prisa al muelle donde se detuvo.

* * *

El poco tiempo que estuvimos en el puerto de Liverpool, lo empleamos en hacer prácticas para el caso que fuéramos atacados por los submarinos, que los teníamos muy cerca y habían hundido a los barcos que nos precedieron.

A una señal dada, los viajeros y los marineros se colocaban en un lugar señalado de antemano, con los salvavidas asidos, y esta operación se repetía de día y de noche, con frecuencia. De noche era más penosa, porque no teníamos más luz que la de las estrellas. Hasta que por fin se decidió partir a la ventura, porque el peligro seguía igual y no podíamos permanecer allí más tiempo.

El barco corría a toda velocidad y se veía al capitán mirando el horizonte, preocupado por la aparición súbita de un submarino.

El barco era tan hermoso, que llevaba un jardín y un teatro dentro, pero en aquella ocasión los viajeros no pasarían de cuarenta, entre ellos una compañía de teatro.

En el barco hice amistad con el anarquista portugués Márquez, con un joven muy simpático, cuyo nombre he olvidado, que se dirigía a la Argentina, y con un viejo irlandés y su sobrino. Éstos no ocultaban su odio contra Inglaterra y con frecuencia decían: "San Patricio haz que se hunda este barco, aunque nos ahoguemos".

Unos grandes peces, creo delfines, corrían delante del barco en una carrera loca, para aprovechar los desperdicios que cayeran.

En el barco venían dos pajaritos que se colocaban en lo alto de unas cuerdas, de donde bajaban a picotear en el suelo, y no tenían temor de los viajeros. Yo creí que serían de los marineros, y que los tenían domesticados, pero éstos me dijeron que viajaban como nosotros, aunque sin pagar. En efecto, al llegar a La Coruña se remontaron sobre el barco, lanzaron un trino de despedida y se dirigieron a la tierra cercana.

Por fin vimos la costa de España, desapareció el temor a los submarinos y recobramos el ánimo.

* * *

En La Coruña se detuvo el barco poco tiempo, y daba la impresión de una bella ciudad. Se divisaba una parte de calle con cristaleras iluminadas. En aquel momento me acordé de Rosalía de Castro y de Curroz Enríquez, sin olvidar algunos obreros gallegos, que había conocido en nuestras luchas.

De allí pasamos a Vigo, que estaba rodeado de altos montículos que le daban un aspecto solemne. Los viajeros compraron latas de ricas sardinas en conserva, que hicieron subir al barco con unos cordeles, de las lanchas de los vendedores.

En Oporto, el barco se detuvo a bastante distancia de la costa, y allí bajé con el anarquista portugués Márquez.

A donde llegamos no se veía ciudad alguna, sino un edificio que hacía de restaurante, donde esperaban un grupo de periodistas conocidos de Márquez. Allí nos invitaron a comer buenas chuletas de cerdo y a beber en abundancia el rico vino de Oporto, en vasos grandes.

Después, el barco siguió su ruta, entró en la ría de Lisboa y allí desembarcamos. En Lisboa quedé un solo día y Márquez me presentó a algunos de los compañeros.

En Badajoz fui a la aduana y allí me detuvieron hasta el día siguiente, porque dudaban si debían cobrar algo por varias cajas de preparaciones microscópicas.

Por fin me dejaron pasar sin cobrar nada.

* * *

Una sensación muy extraña me produjo viajar en el tren que me conducía de Badajoz a Berlanga. Acostumbrado a viajar en los trenes rápidos de Inglaterra, aquel tren me parecía que iba arrastrado por cangrejos, y que podía muy bien bajarme para recoger un objeto y después volver a subir.

Por fin se detuvo el tren en la estación de Fuente del Arco, para tomar otro por la vía estrecha de Peñarroya. Era la caída de la tarde y aquel tren no llegaba hasta la mañana del día siguiente. Como el pueblo estaba lejos de la estación, al llegar la noche me acosté en un banco de la sala de espera y me puse a dormir.

Ya de día me desperté y me di cuenta que estaba rodeado de varios hombres que me miraban con curiosidad. Comprendí, por las preguntas que me hacían, que sospechaban quién era yo, y cuando confirmé sus sospechas, se me acercaron y estrecharon mi mano con cordialidad. Eran trabajadores del ferrocarril.

Como les preguntara qué objeto tenían unos cables aéreos de los que colgaba una vagoneta, me dijeron estaban relacionados con la explotación de una mina de hierro que yo había descubierto en una cueva antes de salir de España.

En efecto, yo fui a visitar la "cueva de la Jayona", que así se llamaba, creyendo que se debía a un proceso natural, producido por la filtración de las aguas en un terreno calizo; pero no era así, eran trabajos de los romanos en una mina de hierro; así que di la voz de alerta a los vecinos, por si quedaba algo que explotar.

Por la mañana temprano tomé el tren de la vía estrecha a Peñarroya, y pronto me dejó en la estación de Berlanga, que no estaba muy lejos. Pero se me presentó una dificultad, que el pueblo estaba a una legua de distancia, y el coche no venía por los viajeros hasta las dos de la tarde, así que decidí no esperar y marchar a pie, como hice, y pronto estaba en los brazos de mi madre.

* * *

Berlanga era un pueblo de unos 8.000 habitantes, con tierras de siembra muy ricas, las llamadas tierras de "barros", lindando con la provincia de Sevilla. Era un pueblo eminentemente agrícola, con una minoría de propietarios del campo, muy brutos y borrachos, y el resto de la población jornaleros sin tierra.

Había dos médicos, uno que estaba borracho a todas horas, y el otro que visitaba de día, pero se emborrachaba de noche, y a consecuencia de ese abuso del alcohol se lesionó del cerebro y quedó hemipléjico bastante joven, lamentando, cuando no tenían remedio, las torpezas cometidas.

Había dos farmacéuticos, uno de ellos mi cuñado, que se pasaba el día bebiendo vino, y el otro fumando grandes cigarros. El último se enfermó y le diagnosticaron tuberculosis pulmonar, por lo consumido que estaba y la bronquitis que tenía. Lo que padecía era una intoxicación por el tabaco, que yo le curé al conseguir que no siguiera fumando.

No he conocido un pueblo más atrasado y embrutecido que aquél, teniendo tantas probabilidades de riquezas, sin ninguna aspiración a lo bueno y lo bello. Los hombres pasaban el tiempo en el "Café de los Señoritos", bebiendo alcohol y hablando tonterías. Mi llegada les pareció algo extraño, como si hubiera caído de la atmósfera, como un meteoro.

* * *

Mi hermana vivía en una casa muy grande, pero la mayor parte vacía porque sólo la ocupaba el matrimonio, y allí tenían la farmacia. Mi madre no aceptó vivir con ellos, y como tenía un carácter independiente, tomó una casita para ella, y allí me fui a vivir cuando llegué, y poco después Josefina con el recién nacido.

A mí no me gustaba el pueblo ni la gente, ni tampoco el campo, llanuras poco onduladas sembradas de cereales y sin árboles. Más que las llanuras, me han gustado siempre los bosques y las montañas. Sin embargo, las llanuras de Holanda, con tanto ganado vacuno y tantas flores, eran de mi agrado. Además, el personal de Holanda era tan diferente del de Berlanga, como el día de la noche, y no había manera de confundirlo.

Me quedaba en mi casa, entregado al placer de los libros, o salía de paseo al campo cercano recogiendo las primeras plantas con flores que anunciaban la proximidad de la primavera.

Siguiendo la costumbre que tenía en Londres, dejaba abiertos los balcones de mi dormitorio, pero mi madre creía que aquello podría hacerme daño, se levantaba cuando me creía dormido y los cerraba. Al despertar, sentía la atmósfera cargada y los volvía a abrir de nuevo.

* * *

Cuando partí de Londres, tenía 14 grandes cajas de libros y los mandé a Sevilla, a la dirección de una tía mía que me había ofrecido pagar los gastos. Luego, la entrega de las cajas ocasionaron muchas dificultades, como voy a referir.

El caso fue que de nuestros viajes traíamos un enorme cargamento de libros, y entre las cajas, una con una colección de cráneos de monos recogidos en África. Los cráneos se hicieron sospechosos por el parecido al que llevaba Alfonso XIII sobre sus hombros, y hubo hasta quien supuso que se trataba de calaveras que habían pertenecido a personalidades asesinadas por los anarquistas y se negaron rotundamente a hacerme la entrega del equipaje. Recurrí a Barriobero, que vino en mi ayuda como abogado, así como al doctor Manuel de Brioude, catedrático de la Universidad de Sevilla, quien tuvo que testificar que aquellos cráneos eran de monos que no habían participado en ninguna función del Estado. Por fin, el pleito se resolvió a mi favor, gracias a las idas y venidas de aquellos amigos. ¡Cómo hubieran podido imaginar, aquellos monos, cuando en vida saltaban por la selva, que iban a ser tan vilmente calumniados después de muertos, comparándolos con hombres de los menos recomendables!

* * *

Nos encontrábamos una tranquila noche en nuestro domicilio, sentados alrededor de una mesa, mi madre haciendo labores de mano y yo leyendo, cuando se presentaron de improviso el sargento de la guardia civil, acompañado de dos subordinados. Mi madre lo tomó a lo peor y empuñó el pequeño quinqué de petróleo que estaba sobre la mesa, para emplearlo como arma homicida, estrellándolo en la cara del sargento. Pero el asunto no era tan grave como creíamos, escarmentados de otros parecidos.

A una invitación mía se sentaron los tres, y el sargento me dijo con voz tranquila: "Desde que llegó usted al pueblo me están invitando a que lo detenga, porque dicen vino ilegalmente, detención que me valdría una buena recompensa y una nota buena de servicio en mi carrera. Como no dejan de insistir sobre lo mismo, he venido a hablar con usted para aclarar este asunto y que me dejen tranquilo. He de advertirle que no lo he creído tan tonto para que se dejara prender en este pueblo. Entonces le expliqué el asunto de la amnistía, y quedó tan conforme, sin necesidad de presentarle documentación alguna. Al marcharse me recomendó que cuando me fuera del pueblo le

comunicara la noticia, y adónde iba, para comunicarlo a sus superiores, como tenía mandado. Una vez que me fui, no le comuniqué mi partida, y en castigo lo cambiaron de aquel pueblo, cosa que le alegró mucho, porque no quería estar allí y había pedido el traslado.

* * *

No pareciéndole bastante la vigilancia estrecha por la guardia civil, se mandó allí un policía especial, para dedicarse sólo a vigilar mi persona.

Como no tenía trato alguno, me pasaba el tiempo en casa o salía a dar un paseo por el campo para volver en seguida, el policía no sabía qué hacer, e hizo el tonto.

Se pasaba el día y la noche en el "Casino de los Señoritos", entreteniendo con su conversación a aquellos cretinos, y por la noche haciendo prácticas de hipnotismo con los que allí estaban, que se desternillaban de risa. Como era muy bebedor, ya de madrugada, borracho, se lo llevaban entre cuatro a su casa, dos cogiéndolo por los brazos y otros dos por las piernas. De tonto que era se hizo popular entre los señoritos y servía para distraerlos. Se conoce que sus piruetas llegaron al oído de sus superiores, que pronto lo reemplazaron por otro.

* * *

Apenas se había ido el primer policía, apareció el segundo, éste de más edad y más formal. Pronto se dio cuenta de lo que ocurría, y no quiso servir de tonto ni prestarse a una misión indigna, como era la vigilancia de mi persona. Se puso de acuerdo con un médico de la localidad, simuló unas fiebres palúdicas y el doctor le dio un certificado en el que decía que tenía que mudarse del lugar para curarse. El certificado hizo efecto y pronto llegó la noticia de su traslado.

* * *

Los curas que había en Berlanga influían poco en la moral del pueblo, ya que eran unos avaros que explotaban a sus moradores. Como se había inaugurado la obra de un cementerio nuevo, se les ocurrió la idea de llevar allí los restos del cementerio viejo, motivo de ceremonias religiosas y nuevos entierros que los curas cobraron.

* * *

Los años que pasé en el extranjero, desde 1902 a 1914, entre París y Londres, estudié la medicina y me hallaba capacitado para ejercerla, pero en España necesitaba obtener el título de médico para trabajar en ella, cosa fácil para mí por los conocimientos adquiridos en mis viajes. Así que decidí partir para Sevilla, a fin de gestionar el asunto del título.

Otra vez en Sevilla

Al llegar a Sevilla me fui a vivir con mi tía Asunción, quien vivía allí con su esposo y dos hijos jóvenes, uno de ellos confitero, y el otro perito mercantil, que trabajaba en el escritorio de la fábrica de cerveza de don Roberto Osborne.

Acostumbrado a la vida de París y Londres, donde pasé muchos años, nada menos que once, me pareció Sevilla una ciudad juguete. Las casas pequeñas y bajas, las distancias cortas. Pero encontré a los sevillanos, con relación a las corridas de toros, tan tontos como los había dejado. A mi llegada se debatía un acontecimiento taurino de extraordinaria "importancia", que tenía preocupados profundamente a los sevillanos. Se trataba de la oreja de un toro que se le había dado a su matador, bien dada según los unos, mal dada según los otros. Y se hablaba del asunto continuamente, en todos los lugares y a todas horas. Y me daba la impresión que se trataba, no de un manicomio, sino de una casa grande de tontos. Y sentí tal asco de aquel asunto, que me arrepentí de haber dejado a Europa, y me hubiera vuelto sin vacilar a París o a Londres.

* * *

No sé, ni me interesa, lo que tendría que hacer el rey durante cuatro horas aquella mañana en Sevilla. Lo que sí puedo decir, es que aquella vez se empleó un método nuevo a su llegada. Es decir, en vez de encerrarnos en la cárcel, nos encerraron en nuestra casa con centinelas a la vista.

Entonces vivía yo con mi tía en un departamento de la calle Alhóndiga. Había tomado el desayuno y me disponía a marchar al hospital, cuando de repente se presentó un guardia civil solo y me saludó muy ceremonioso, diciendo: "Aquí me envía mi jefe y me recomienda no le deje a usted salir de casa hasta nuevo aviso, es decir, hasta que el rey se vaya de la capital".

Entonces mi tía le ofreció una silla, al pie de una mesa, y el hombre se sentó tranquilamente.

No habían pasado cinco minutos cuando entró otro guardia civil y se encaró con el que estaba, diciéndole: "El jefe me encarga vea si estás aquí y me quede a tu lado". (No antes de haberse saludado ceremoniosamente).

Y después llegaron dos guardias municipales armados, a cinco minutos de intervalo, y se repitió la misma ceremonia.

Mi tía, que era una andaluza de buen humor, colocó a los cuatro centinelas sentados alrededor de la mesa, les llevó una botella de aguardiente de "Anís del Mono" sin abrir y unas copas vacías, y los invitó a servirse para pasar el tiempo menos aburridos.

Los cuatro sujetos aquellos aceptaron con agrado el convite y se pusieron a tomar las copas de aguardiente, hablando tonterías hasta por los codos.

Ya cerca de las dos de la tarde, hora en que se había marchado el rey, se fueron retirando gradualmente como habían venido, primero los guardias civiles, después los municipales, como se les había ordenado, despidiéndose de nosotros.

La botella de aguardiente de "Anís del Mono" quedó vacía.

* * *

No tardó mucho tiempo en volver el rey unas horas por Sevilla, por segunda vez, y tampoco nos llevaron a la cárcel, pero ocurrió un percance muy gracioso. No nos mantuvieron encerrados en nuestras casas, como la vez anterior, pues nos dejaron en libertad de ir a donde quisiéramos, pero acompañados por un policía.

Así que cuando pasaba por la Alameda de Hércules, seguido de "mi" policía me topé con el anarquista Solano, que iba acompañado del "suyo". Nos detuvimos, nos saludamos afectuosamente, hablamos un momento y los

policías se situaron a una distancia respetuosa. "¿Conque nos permiten ir a donde nos plazca?

- dije a Solano-, pues ahora vamos a ir con nuestros acompañantes a esperar al rey". Y dicho y hecho, nos dirigimos hacia el muelle, donde desembarcaba Alfonso XIII. Acababa de llegar el rey cuando llegamos nosotros, seguidos de nuestros acompañantes. El revuelo que se armó cuando se dieron cuenta de nuestra presencia, fue muy grande. Los dos policías que nos acompañaban quedaron detenidos sobre el sitio, y luego nombraron otros policías con la orden de acompañarnos hasta el extremo del barrio de Triana.

* * *

Hospital de Sevilla donde ejerció Pedro Vallina

El hospital de Sevilla era un hermoso edificio levantado en la Edad Media, constituido por una serie de grandes patios, uno detrás de otro, sembrados de palmeras. Supongo que podrían haber allí alojados unos dos mil enfermos. La administración del hospital la llevaba la Diputación Provincial. Había un grupo de monjas para asistir a los enfermos, bajo la dirección de una superiora. En el

primer patio se alzaba una iglesia majestuosa, que contenía objetos de arte, pinturas y esculturas, de artistas de mérito. Había un cura y un sacristán para el servicio de la iglesia y del hospital.

El director del hospital, doctor Pedro Ruiz, amigo antiguo de mis familiares, me recibió con extrema amabilidad y me invitó a colaborar con él en su sala de "Amor de Dios", destinada a las enfermedades agudas. Así que todas las mañanas pasaba la visita con él, y luego me quedaba allí cuidando a los enfermos. El doctor Pedro Ruiz tendría unos 60 años cuando yo le conocí, y era un gran médico práctico, como no había conocido otro, y mucho aprendí a su lado.

Se había casado con una mujer rica, con la cual no fue feliz, pero entonces era viudo. No le quedaba muy buen recuerdo de su casamiento, puesto que a todos los solteros les aconsejaba no contraer matrimonio. A pesar de su conducta moral y de hacer el bien que podía, se mostraba pesimista acerca de la conducta de los hombres. Del doctor Pedro Ruiz aprendí el método de balneación en los enfermos con infecciones febriles, con el que tanto éxito tuve en mi profesión, ya que él ya no visitaba, pero me dejó una experiencia de treinta años de sus prácticas en el hospital.

* * *

En los primeros días de mi llegada al hospital, las monjas me miraban con temor y curiosidad, debido a lo que les habían contado de mi historial. Pero a medida que pasaba el tiempo y observaron mi conducta con los enfermos y con ellas mismas, cambiaron de criterio y me mostraron grande estima. Tanto fue así, que deseando los estudiantes y médicos del hospital recibir una gracia de la superiora de las monjas se sirvieron de mí para solicitarla.

He aquí en lo que consistía:

En los comienzos de la fundación del hospital se celebraba todos los años una misa del gallo que se hizo famosa por las ceremonias que efectuaban y el nacimiento que se exponía, con pastores, reyes y animales de tamaño natural. El gentío que acudía de la capital y de los pueblos cercanos era imponente, y

no sólo llenaba el hospital, sino que ocupaba los lugares cercanos. Como la celebración de aquella misa del gallo era muy costosa, además de los quehaceres que exigía, acabó por suprimirse y sólo se celebraba de tarde en tarde.

He aquí la treta de que se valieron estudiantes y médicos para obtener aquel año el permiso de la celebración.

Yo fui a visitar con un pretexto cualquiera a la superiora, y en la conversación saqué a relucir la antigua misa del gallo. Ella se deshizo en elogios de la ceremonia y acabó por preguntarme si me gustaría presenciar una misa del gallo, que se presentaría como en los tiempos antiguos. Al contestarle afirmativamente, me dijo que haría todo lo posible para complacerme y que procuraría obtener el permiso del obispo para su celebración. El obispo concedió el permiso pedido, y la misa del gallo se celebró en su sabor antiguo, pero hubo algo nuevo: una bacanal, en la que estudiantes y médicos estaban tirados borrachos por los suelos de las capillas. Y en la calle un gentío de la Macarena que empujaba para ver la ceremonia, teniendo que disolverlo a culatazos la guardia civil.

* * *

La sala de Santa Catalina en el hospital de Sevilla estaba destinada a las mujeres tuberculosas, la mayoría de ellas jóvenes. De las que entraban allí ninguna podía curarse en aquel medio, sino que iban empeorándose hasta la muerte. Cuando llegaban al hospital, la enfermedad no estaba en los comienzos, sino bastante avanzada, y ya habían contagiado a sus familiares. La sala estaba atestada de enfermos, y la atmósfera que había era irrespirable. Por allí pasaba todos los días. Contemplaba cuadros horribles y salía sombrío y con el ánimo perturbado. Siempre se me acercaba la hermana Mercader, una de las monjas que las cuidaban, y me hablaba de la escasez de camas que había para tantas enfermas como llegaban. También la alimentación era asaz insuficiente para aquellas infelices.

Influido por aquellos cuadros dantescos, estudié el problema de la tuberculosis en la bella Sevilla y quedé horrorizado, gritando tan alto que me oyeron hasta los sordos, y los culpables del mal se esforzaron para hacerme callar, pero no pudieron.

* * *

A fin de evitarle a mi tía y sus familiares las molestias continuas por las visitas de la policía y guardias civiles, tomé una habitación próxima al hospital, en la casa de una familia de campesinos. Allí vivía también un hortelano, que con frecuencia daba grandes palizas a un niño de diez años que tenía.

Un día censuré al campesino por su conducta hacia el niño, y me dio como explicación que su hijo era muy malo y que de improviso abandonaba el domicilio, apareciendo uno o dos días después sin que confesara, a pesar de los golpes recibidos, el lugar de sus andanzas, limitándose a responder: "Padre, no me acuerdo".

Investigué el caso, y pronto llegué a la conclusión de que aquellas fugas no tenían otro origen que una epilepsia sintomática.

En estado sonámbulo, el enfermo marchaba sin un fin determinado, unas veces como una persona normal, otras gesticulando y hablando solo, y así podía portarse durante algunos días y hacer largos viajes, cambiar de trenes y ocupar hoteles, para de pronto volver a su estado normal sin recordar nada de lo ocurrido.

El caso de aquel niño era el siguiente: habían reñido dos beodos en la Macarena, y uno de ellos arrojó una piedra que fue a dar en la cabeza del niño, lesionándole la masa encefálica.

Cuando el hortelano, que en el fondo era un buen hombre, conoció la verdad, cayó arrodillado y llorando al pie de su hijo, pidiéndole perdón por los golpes injustos que le había prodigado. Y trató de ponerlo en cura.

Por aquel entonces ocurrió un caso excepcional que conmovió a toda Sevilla. Un hombre mató en la Macarena, en plena mañana, a su mujer y a sus cuatro

hijos de corta edad. Se había valido de una navajilla, que en otras manos no hubiera hecho más que un arañazo, pero que en las manos suyas se convirtió, por el impulso que llevaba, en un arma infernal, seccionando los huesos del pecho de las víctimas como si hubieran sido de cartón. Aquel asesino era irresponsable de acto tan terrible, ejecutado en el momento de un ataque epiléptico confusional, con alucinaciones e ideas delirantes, pasando al manicomio en vez de a la cárcel.

* * *

Yo le había cogido miedo a las fiestas de Semana Santa en Sevilla, desde que era un muchacho y tenía que acompañar a mis dos hermanas jóvenes a ver la procesión. Arrendábamos unas sillas en la carrera y allí, sentados varias horas, veíamos desfilar los pasos y los nazarenos, a veces toda la noche.

Así que viviendo en la Macarena y siendo la procesión de la Virgen aquella noche, me consideré feliz en no tener que acompañar a nadie, y me encerré en mi dormitorio para dormir como un bendito. Hasta tapé las hendiduras de la puerta y del balcón para que no penetrase la luz ni el sonido.

Me acosté temprano y me preparé a dormir toda la noche, pero a poco sonaron en la puerta de mi dormitorio fuertes golpes, que no contesté de pronto haciéndome el dormido, pero tuve que contestar porque arreciaron. El que llamaba era un obrero del alcantarillado, llamado Ferrón, muy buena persona, pero que se embriagaba con frecuencia. Venía a buscarme para que fuera con él a visitar a una sobrinita que vivía en el Corral del Conde, y que se ahogaba con una enfermedad que llamaban difteria.

Cuando salimos a la calle, noté que estaba algo borracho, cosa que era general aquella noche en el barrio. Cuando llegamos a la casa de la hermana, la niña dormía tranquila y no estaba enferma. Se le había subido a Ferrón el alcohol a la cabeza y veía visiones.

Me disponía a volver a la cama, cuando Ferrón se empeñó en convidarme a cenar, en celebración de la salud de su sobrina, y por más esfuerzos que hice, no conseguí que me dejara marchar.

Y después de la cena tuve que acompañarle a la procesión, que era curiosa por la abigarrada muchedumbre que seguía a la Virgen, gritando como dementes bajo la acción del alcohol. Cuando pasamos por el hospital, los enfermos habían abandonado sus camas y ocupaban todo el frente del edificio, gritando y gesticulando.

En fin, ya entrado el día, pude escapar de aquel manicomio y ganar mi dormitorio. Por lo visto estaba condenado a ver, contra mi voluntad, la mojiganga de la Semana Santa.

* * *

En este relato me refiero a las persecuciones que he sufrido en mi borrascosa vida, a causa de la intervención de algunos médicos indignos, que en posesión de una profesión tan brillante por los conocimientos que atesora y los beneficios que pueden prodigar a sus semejantes, influidos por un ambiente social perverso, trocaron fácilmente el bien por el mal. Y no es el rencor contra los que tanto daño me hicieron el motivo que me induce a escribir estas líneas, sino el de mostrar al desnudo la sociedad actual con tantas ruindades como encierra, a fin de que los hombres bien equilibrados se esfuercen por sanear el medio social en que vivimos y se dé paso a una sociedad en la que no sean posibles tantas ignominias.

Condenado por la rencorosa casta militar española a ocho años de prisión, a causa de mi labor favorable al triunfo de la insurrección cubana, tuve que escapar de España y buscar refugio en tierra extranjera. En Francia e Inglaterra me pasé once años y en todo este tiempo continué con ardor mis estudios médicos, no olvidando al mismo tiempo la frase de Letamendi: "El médico que no sabe más que medicina, ten por cierto que ni medicina sabe". Mi sed de aprender era insaciable, y no había tema de estudio que no atrajese mi atención, sobre todo de medicina y de ciencias naturales. A mi casa no iba más que a dormir, y las horas del día las distribuía, cuando no había algún curso de estudios a seguir o una conferencia que escuchar, entre el Museo Británico y el Museo de Historia Natural, ambos en Londres.

En el University College de Londres seguí algunos estudios de medicina y de química, teniendo por maestro al fisiólogo Starling y al anatomista Thame. Por las tardes me iba al laboratorio de química de dicha institución y allí, en la soledad, me dedicaba a estudios particulares de química. Todos los días me encontraba en aquel lugar al famoso químico William Ramsay y al profesor Soddy, que entonces investigaban la estructura íntima de la materia. Ramsay se acercaba a veces y miraba con curiosidad los trabajos que yo hacía, pero se alejaba pronto preocupado por sus estudios. El sabio químico vestía tan modesto que la primera vez que hablé con él lo tomé por un bedel del local, hasta que un estudiante que estaba a mi lado me hizo comprender el error en que incurría.

* * *

Aquí pronto tomé parte en las luchas del pueblo sevillano que por temperamento era revolucionario, pero de naturaleza poco firme y constante en el combate. Había temporadas que todos estaban en pie, activos, pero otras la abulia se apoderaba de ellos y caían en la completa inercia. De todas maneras pronto me di a conocer por mis actividades en la propaganda y fui considerado por los reaccionarios como un individuo peligroso que no debería consentirse en Sevilla.

Y se les ocurrió lo siguiente: "Si no le dejamos acabar su carrera -se dijeron- pronto se aburrirá y tendrá que marcharse a otra parte, viéndonos libres de un agitador tan activo". Y es que no contaban con mi energía personal y mi deseo ardiente de terminar mis estudios para ayudar a los enfermos menesterosos y hacerles saber las causas sociales de muchas dolencias, despertando en ellos el espíritu de rebeldía.

Para tal cosa trataron con los profesores de medicina, pero la mayoría se negó a participar en tan vil maniobra. Sólo algunos afiliados a la Compañía de Jesús se prestaron a tan bajo proceder, sin sospechar los peligros que encerraba.

Uno de los profesores, de patología general, Martínez de la Torre, que tonteaba con Letamendi y no enseñaba nada práctico, fue el primero que se

ofreció para combatirme. Tan impaciente estaba por molestarme, que en una de sus lecciones se desató en insultos contra las ideas anarquistas. Le escribí refutando los insultos con extrema energía, y me contestó dándome toda clases de escusas; pero no fiándome de él, la noche anterior a mi examen, le escribí para que no faltara, porque quería demostrarle que no era fácil atropellarme y sobre todo que sabía de la asignatura tanto o más que él. Se conoce que el hombre no se atrevió a presentarse en la Escuela de Medicina, y se nombró otro profesor para que lo sustituyera, con total rechifla, pues gozaba de la antipatía general. El sustituto se portó con decencia y no hubo nada desagradable que lamentar.

Pero un yerno del citado profesor, el doctor Vilches, jesuita de levita, un botarate que había entrado a la Facultad por la puerta falsa, sin conocimiento para ello, se atrevió a reprobarme en la asignatura de ginecología, en la que tenía pocos conocimientos. Fue tal la indignación que me produjo aquella mala acción, que me lancé sobre él para darle su merecido, pero atemorizado se arrojó rápidamente debajo de la mesa temblando de miedo. Intervinieron los profesores allí presentes y se apaciguó mi ánimo, pero todos censuraron la actitud de aquel estúpido.

Ante la justicia de mi causa, el parecer de la mayor parte de los profesores, la adhesión de los estudiantes y el estado de la opinión popular, que amenazaba intervenir estrepitosamente, retrocedieron los perseguidores. Se dio la orden de no molestarme más y darme toda clase de facilidades para terminar mis estudios.

Todavía quedaba un tránsfuga, profesor de medicina legal, mujeriego y alcohólico, que continuó con sus amenazas. Por cierto que el día del examen ocurrió algo curioso que merece que se relate.

-¿Qué haría usted -me dijo-, en un caso de aborto provocado con intensa hemorragia, si fuera llamado a la cabecera de una enferma? -Le indiqué lo que podría hacerse para salvar a la enferma, pero él insistió y me dijo que se trataba de un caso de medicina legal, y nada más-. Desde el momento -le dije-, que me hizo usted la pregunta comprendí sus intenciones, pero mi conciencia no me permite ayudar a policías y jueces- . Aquel hombre hizo un gesto de

asombro ante mi afirmación, pero los dos dignos profesores que además formaban el tribunal del examen, el doctor Roquero, de Terapéutica, y el doctor Mauricio Adame, de Anatomía Patológica, exclamaron uno tras otro: "Hemos tenido numerosos casos de abortos intencionados, pero siempre seguimos la conducta preconizada por el señor Vallina; asistimos a las enfermas y nos negamos a informar a las autoridades". "Está bien -contestó el examinador-, y me someto a la votación de los tres contra mí".

Un caso típico de cómo se llevaba la enseñanza en la Escuela de Medicina sevillana. Un día se presentó allí un joven estudiante que tenía trazas de campesino acomodado, pero intensamente sordo. Tenía una tía muy rica e influyente, y se dio una orden emanada de alta autoridad real o eclesiástica para que fuese aprobado en todos los exámenes que se presentara, aunque no supiera una palabra de la materia. Y esta orden fue obedecida ciegamente por todos los profesores envilecidos, y el sujeto se fue tan orondo con el título de médico, sin saber nada de medicina. Y el más digno de aquella caterva era, sin duda, el estudiante, porque avergonzado de la tramoya que se representaba, antes de cada examen se bebía un buen número de copas de aguardiente, lo que daba lugar a que hablase hasta por los codos, haciendo reír a los profesores como si estuvieran presenciando un sainete del género lírico.

El consultorio de Bustos Tavera

Ante la energía por mí desplegada, dispuesto a jugarme la libertad y la vida en defensa de mis derechos, además de las simpatías que gozaba entre los profesores, estudiantes y obreros, retrocedieron los elementos reaccionarios y pude obtener mi título de médico, como era de justicia.

Entre las muestras de adhesión que recibí en aquel momento, no puedo olvidar la del profesor de otorrinolaringología, Julio Cobos, que me llamó a su domicilio, me hizo entrar en su despacho, abrió un cajón repleto de dinero, y me invitó a tomar cuanto necesitara. Le di las gracias y me negué a tomar un solo céntimo.

En el departamento bajo de una casa de la calle de Bustos Tavera, a pocos pasos de la popular Plaza de San Marcos, se abrió mi modesto consultorio, que pronto fue frecuentado por enfermos de aquel barrio y de otros lugares de la capital. La clase obrera me prestó la mayor ayuda, y de éstos, los trabajadores de la fábrica de vidrio, que desde el primer momento, el más difícil, organizaron una iguala que cotizó a mi favor, y que continuaron mientras fue necesaria. Visitaba en la calle toda la mañana, tenía una consulta de pago por la tarde, y otra gratis por la noche, que se prolongaba hasta la mañana. A veces, al amanecer, los clientes me introducían una taza de café con buñuelos comprados en la plaza cercana.

* * *

Aunque mi clientela era pobre, fue la gente que yo visitaba con más gusto; había casos raros en que se trataba de ricos, o gente de iglesia, o servidores del Estado, como jueces, militares, policías, etc.

Un día, la mandadera de un convento vecino, vino a buscarme con toda urgencia para que fuera a visitar a la madre abadesa que se encontraba enferma con gripe.

-Se ha equivocado usted -le dije-, y le ruego vuelva al convento y se entere bien, porque no soy el médico que busca.

Y en efecto, en la vecindad había un médico muy religioso, que visitaba a los beatos del barrio.

A poco volvió la mandadera y me dijo que no había equivocación alguna y que era a mí a quien buscaban.

Aunque no me gustaba visitar los lugares religiosos, no me parecía bien negarle mi asistencia a una mujer, aun siendo monja.

Cuando atravesé las puertas del convento y penetré en el espacioso patio de aquella residencia monjil, sonó una campana de alerta y las monjas se apresuraron a retirarse de mi paso, no fueran a contagiarse con mi aliento infernal.

Pero una monjita joven, de rostro muy agradable, me guió al aposento de la monja enferma.

Se trataba de una mujer que representaría tener 50 años de edad, escuálida y fatigosa, incorporada en el lecho y tosiendo con frecuencia. Traté de reconocerla cuidadosamente, pero siempre la monjita que estaba presente, volvía a cubrir el pecho de la enferma con la ropa que yo levantaba. Como esta maniobra se repetía, le di a la monjita una guantada en la mano, al mismo tiempo que le rogaba se estuviera quieta y me dejase reconocerla, pero gritó horrorizada al sentir el contacto de mi mano.

-No le haga usted caso a esta tonta -me dijo la abadesa-, y reconózcame bien, porque me encuentro muy molesta.

La enferma tenía una fiebre moderada. Le ausculté el pecho y encontré los signos de una bronquitis gripal, que había que atender cuidadosamente para evitar que se complicase con una bronconeumonía y pusiera en peligro su vida.

Receté las medicinas propias del caso y le di las instrucciones necesarias sobre la revulsión torácica, alimentación y reposo en cama.

Me retiré deseándole pronta mejoría, y la enferma me dio las gracias y me comunicó que tenía plena confianza en mí para alcanzar su curación. A los pocos días recibí una carta de la madre abadesa del convento, comunicándome que se había curado por completo, y mandándome veinticinco pesetas como pago de mis honorarios, que yo no le había pedido. Por cierto, que se me había concedido unos cientos días de indulgencias, que no supe qué hacer con ellos.

* * *

Aquella mañana llevaba en mi lista de visitas en la calle una dirección del barrio aristocrático de la Catedral de Sevilla, que me produjo una impresión desagradable porque me disgustaba la clientela de los ricos. Y en efecto, al llegar a aquel lugar me encontré con una casa señorial e majestuoso aspecto.

Una joven sirvienta respondió a mi llamamiento y me introdujo en la habitación de la enferma, que al yo llegar se sentó en la cama. Era una bella mujer que representaba tener unos 30 años de edad, de rostro fino y de tez morena, negros los ojos y el cabello.

- La otra mañana -me dijo-, por complacer a esta familia estuve en una iglesia que al parecer fue fundada por don Juan de Mañara, y como el templo estaba muy frío cogí este catarro que me tiene postrada.

Yo creía que era muy religiosa por el Cristo grande que tenía colgado sobre la cabecera de la cama y la visita que había hecho a la iglesia de don Juan de Mañara, y pensaba para mis adentros que le estaba bien empleado el catarro que tenía, pero, por lo que me dijo a continuación me convencí de que estaba equivocado.

- Yo no acostumbro a visitar los templos por motivos religiosos porque no profeso religión alguna, pero esta vez lo hice por agradar a esta familia, así que me está bien empleado lo que me ocurre.

Y luego me contó que era natural de una de las repúblicas de la América Latina, cuyo nombre he olvidado, donde vivía, y que estaba de paso por Sevilla, y que paraba en aquella mansión tan lujosa.

Con un par de días de reposo en cama y una medicación ligera, quedó curada del catarro aquella mujer tan inteligente y simpática, y pudo continuar su viaje por España.

* * *

El año de 1918 se desarrolló en Sevilla una epidemia de gripe tan intensa que pocas personas quedaron sin padecerla. Hasta los médicos pagaron un pesado tributo a la muerte, uno de ellos, nuestro amigo el profesor Lecha Marzo, catedrático de medicina legal, que todavía no llegaba a los 30 años de edad, cuando era considerado una eminencia en la asignatura que impartía.

Lecha Marzo era un hombre en extremo robusto, pero todos los esfuerzos que hicieron los médicos sevillanos para salvarle la vida resultaron frustrados.

Precisamente eran las personas robustas en donde tomó la gripe una forma virulenta y mortal.

Conocí a un obrero vidriero, que no pasaba de los 20 años de edad, y llamaba la atención por lo robusto que era; en cambio, la madre parecía una pretuberculosa y el hermanito un raquítico. Los tres tuvieron la gripe y fueron asistidos por mí; el más fuerte murió y los otros dos se salvaron.

Aquella epidemia de gripe fue muy grave, tanto por la mortalidad que alcanzó, como por el número de atacados que hubo, y puede decirse que pocos sevillanos no fueran contagiados, yo fui uno de ellos, a pesar de los abusos que cometía. Visitaba todo el día y la noche, y dormía poco y en el coche que me conducía, sin aparecer apenas por mi casa. No anotaba las visitas, sino que recorría, casa por casa, los lugares en que me encontraba, y en todos había enfermos que atender. La misma gente, cuando llegaba la hora, me hacía comer en su casa. Por otra parte, eran pocos los médicos que no la padecían, y mi trabajo iba en aumento. La epidemia fue disminuyendo cuando ya no tenía

a quien atacar, pero a mí me quedó la satisfacción de haber hecho cuanto pude a favor de mis semejantes.

La rebelión de los inquilinos

Una de las formas de explotación más repugnante es, sin duda alguna, la de las viviendas. Aquí el abuso llega al colmo. No hay un animal, a excepción del hombre, el tonto de la creación, que la Naturaleza no le ofrezca una casa gratis, y el hombre mismo si se diera la molestia de construirla. Y si alguien lo dudara le recomendamos que lea la magnífica obra de H. D. Thoreau: *Walden, o La vida en los bosques*.

El hombre primitivo no pagaba alquiler y vivía en las cavernas, unas naturales, formadas por la acción de las aguas en los terrenos calizos, y otras artificiales, talladas por sus manos. Después se pasó a otras construcciones más complicadas y cómodas, aprovechándose los elementos naturales como el barro, las piedras, los palos y las ramas. Sin embargo, para contemplar las viviendas abiertas en la roca, no hace falta retroceder a la época de las cavernas, sino dar un paseo por ciertas calles extremas de una capital española que tiene por nombre Cuenca.

Pero el hombre moderno, apresado en el engranaje de una falsa civilización, carece en su mayoría de vivienda, y si quiere encontrarla, después de correr tras ella con la lengua afuera, le cuesta un ojo de la cara obtenerla. Hoy el problema de la vivienda se agudiza extraordinariamente en todas partes, y los míseros mortales, para satisfacer la voracidad de los propietarios, tienen que vivir mal vestidos y peor comidos, porque el jornal mezquino que ganan no permite otra cosa.

De cómo una vez el pueblo generoso de Sevilla protestó contra esa iniquidad, voy a contároslo en este relato, y el que me lea, que saque las consecuencias, pues yo no he de detenerme a comentarlas por lo elocuentes que son.

* * *

Por aquella época, en el año de 1919, el problema de la vivienda alcanzaba una fase agudísima en Sevilla. Los precios de los alquileres se habían remontado a

las nubes y, además, las casas eran muy difíciles de obtener. Hacía falta un fiador, casi imposible de encontrar para los pobres, y, además, el pago de un mes adelantado y tres meses de fianza. Bastaba que el inquilino se retrasara un mes, por enfermedad o falta de trabajo, para que fuera desahuciado y se encontrara con los muebles en la calle. Entonces se construían muchas casas de pisos de alquiler, por el negocio redondo que representaban. En un pequeño espacio, bueno para una habitación corriente, se construía un piso completo con dormitorio, comedor y sala de recibir, que para ambas cosas servía, y una pequeña cocina, incluyendo el retrete al lado del fogón donde se guisaba. El cuarto de baño sólo se encontraba en las casas de los ricos. He de advertir que la gente se lavaba poco el cuerpo. Los católicos son muy sucios por allí. Si alguno se veía obligado a bañar un enfermo de fiebre tifoidea, que en Sevilla era endémica, y dos veces por año epidémica, tenía que arrendar una bañera de metal, que por algunos céntimos al día podía encontrarse en las hojalaterías. Lo difícil era saber dónde colocar aquel armatoste en una habitación tan chica. Apenas si los moradores podían revolverse en aquellos tabucos y era un problema magno colocar los escasos muebles que tenían, si alguno era voluminoso. Recuerdo el piso de un matrimonio amigo, cuyo dormitorio era tan estrecho que la cama lo ocupaba todo, de pared a pared, y para acostarse tenían que hacerlo saltando por los pies del lecho. Y en el piso bajo de la casa, al lado de la puerta de entrada, se construía una especie de perrera estrecha y oscura para colocar un animal raro que llamaban el portero, cuya misión era ladrar y enseñar los dientes a los inquilinos rebeldes. Además, los porteros servían a las mil maravillas de soplones para la policía.

En Sevilla se conservan todavía unas grandes viviendas de la Edad Media, donde moraban los grandes privilegiados de aquel tiempo, llamadas ahora "casonas", convertidas en las más innobles casas de vecindad. Estos locales horrorosos constan de varios patios, los traseros húmedos y mal soleados, y cada uno tiene tres pisos de corredores divididos en numerosas habitaciones, en cada una de las cuales se aloja una familia pobre. Es fácil imaginarse los estragos que hacían las enfermedades contagiosas en aquellos antros. En una época que estudiaba el problema terrible de la tuberculosis en Sevilla, hice un plano de aquellas "casonas" (manchas negras de la ciudad), señalando en cada una el número de tuberculosos vivos y una cifra aproximada de los que habían

muerto el año anterior. Los resultados fueron pavorosos. En uno de estos locales, cerca de donde yo vivía, pude anotar 80 tuberculosos entre vivos y muertos. La más conocida de aquellas "casonas" era la llamada "Corral del Conde", que contaba con más de 1.000 vecinos, un verdadero pueblo. Como eran clientes míos, no olvido las escenas de dolor y miseria que presenciaba allí todos los días. Las habitaciones de los patios traseros eran obscuras, húmedas y malolientes. El patio cubierto de basuras y de lodo cuando llovía. En alguna que otra puerta se encontraba sentado un tuberculoso, tosiendo y arrojando los pulmones sobre el pavimento, a cuyo lado jugaban los inocentes niños, hambrientos y cubiertos de harapos. ¡Cuántas infamias cometieron aquellos propietarios católicos, apostólicos y romanos!

El problema de la vivienda en Sevilla: hacinamiento y condiciones precarias de los corrales de vecinos.

Pues bien, los dueños de aquellas cavernas inmundas, para no entenderse directamente con los que ellos llamaban la canalla de inquilinos, las arrendaban a unos intermediarios que exprimían el limón hasta el último jugo. Lo que a ellos les costaba el equivalente a uno, lo hacían pagar por ciento, así que a estos sujetos pronto se les veía rodar en coche y los dedos cubiertos de gruesos anillos. ¡Cómo odiaba el pueblo a aquellas hienas humanas!

Los abusos fueron de tal índole que pronto germinó una cólera sorda en todas las clases sociales pues hasta los empleados modestos, incluso sacerdotes pobres y militares de baja graduación, se gastaban un tercio del sueldo en el alquiler de una mala vivienda. Hasta que un día saltó la chispa y prendió fuego al polvorín de odios que se habían ido acumulando.

* * *

En una calle que desemboca en la popular plaza de San Marcos, donde yo vivía, fue desahuciado un vecino, y sus muebles puestos en medio de la calle, y allí quedaron el matrimonio y varios niños pequeños sin saber qué partido tomar. La gente se fue amontonando y las protestas se dejaron oír, pero esta vez surgió la acción y señaló el camino. Un muchacho de unos doce años de edad, cogió un adoquín que estaba levantado en la calle y lo arrojó indignado contra la puerta de la casa donde había tenido lugar el desahucio. Aquella fue la señal, y los reunidos, imitando al muchacho, apedrearon la casa y rompieron puertas y ventanas, cundiendo la agitación por todo el barrio, que repercutió en toda la capital.

Entonces comprendí que se presentaba la ocasión de intervenir y dar la batida a los explotadores de la vivienda. Aquella noche se reunieron en mi casa varios compañeros de ideas que me eran conocidos por su decisión. Y sin consultar con nadie más que con nuestra conciencia, quedó constituido un "Comité Revolucionario de Defensa de los Inquilinos", del que yo fui nombrado secretario y tesorero, no había presidente ni hacía falta. Al día siguiente lanzamos un manifiesto llamando al pueblo de Sevilla a la lucha y a rebelarse contra tanta infamia. La iniciativa que estaba en el ánimo de todos tuvo un éxito extraordinario, porque se comprendió que los anarquistas que iban a orientar el movimiento no retrocederían ante ningún obstáculo que se presentara y que harían todos los sacrificios necesarios para alcanzar el triunfo. Apenas si dos personas tenían tiempo para inscribir a tantos socios como se presentaban, llegándose con toda rapidez a alcanzar un número de 33.000 adherentes, no sólo de la clase pobre, sino también de la media. Se fijó

la cuota de cada socio a diez céntimos para toda la campaña, ya que el dinero iba a servir de muy poco, puesto que íbamos a triunfar con los puños.

El Comité tomó como primera medida que cada uno se incautara de su vivienda y no pagara renta alguna hasta que no se hiciera una rebaja de un 50 % y se suprimieran a los intermediarios. Esta medida tuvo tan buena acogida que durante seis meses no hubo socio que pagara renta alguna.

La lucha se prolongó algunos meses y no faltaron los incidentes violentos y los escándalos frecuentes, siendo apaleados numerosos porteros y muertos algunos.

Hubo varios cabildeos en el Gobierno Civil que, como de costumbre, no sirvieron para nada. Recuerdo que en una de las reuniones con el Gobernador Civil, el señor Bermejo, un catedrático de la Universidad de Madrid metido a politiquillo, en un arranque impremeditado que tuvo, llegó a autorizarme para que hiciera desalojar todas las casas de vecinos que no reunieran condiciones higiénicas, lo cual yo acepté cogiéndole la palabra, pero el millonario barbudo Sánchez Dalp se levantó asustado de su asiento y gritó: "Gobernador, que éste lo hace y se agravaría el conflicto de una manera extraordinaria, proque no hay una sola casa de vecinos que reúna las condiciones de higiene más elementales, de lo cual todos somos culpables y hay que dar tiempo para remediar un mal tan antiguo".

-¡Basta de perder el tiempo! -dijimos a la gente-, hay que solucionar esto por la fuerza, y por ahí deberíamos de haber empezado. Y en el acto se constituyó una columna de mil voluntarios que empuñaban toda clase de instrumentos de destrucción y que con una celeridad pasmosa iban de uno a otro lado, arremetiendo contra las viviendas de los propietarios recalcitrantes. Y a donde llegaba la columna, casa en ruinas. Una de las viviendas que señalé personalmente a la ira popular fue la de un tal Felipe Cuba, uno de los explotadores más repugnantes que en poco tiempo llegó a reunir una fortuna. Aquel tunante acababa de construir una casa de pisos, modelo en su género, pues cada uno parecía una jaulita. Cuando yo pasé por allí, visitando a mis enfermos, la casa estaba intacta, pero al volver poco después, cuando ya había pasado la columna de destrucción, me la encontré medio destruida. Yo mismo

quedé sorprendido de la fuerza destructora de la muchedumbre, aguijoneada para combatir a la injusticia.

Pronto se formó una cola interminable de propietarios a la puerta de mi casa, pidiendo una hoja sellada y firmada por el Comité, en la que se hacía constar que se había aceptado nuestra demanda. La hoja se fijaba en la puerta de la casa, y la gente al leerla respetaba la vivienda y pasaba de largo. Los que se dieron más prisa en presentarse fueron los orondos intermediarios, que al firmar la renuncia de los contratos, nos mostraban sus dedos llenos de gruesos anillos de oro.

Por entonces había un gobierno liberal que no se atrevió a derramar la sangre del pueblo de Sevilla para proteger el egoísmo de la peor clase de propietarios. Esto nos favoreció sin duda y evitó que se quemara el último cartucho que teníamos en reserva, pues se había decidido, en caso extremo, que cada inquilino, y lo hubiera ejecutado la mayoría, prendiera fuego a su vivienda el mismo día y a la misma hora, y después irse a vivir al hermoso parque situado a orillas del Guadalquivir, que reúne condiciones excelentes de higiene. Aquello hubiera sido altamente beneficioso para la ciudad, porque además de haber destruido a millones y millones de microbios patógenos, hubieran surgido unos edificios modernos sobre las ruinas de las pocilgas incendiadas.

Así se ganó aquella huelga de inquilinos en Sevilla, y el triunfo se debió a la intervención de los anarquistas, por cuya acción conquistaron las mayores simpatías.

Lo primero es que haya anarquistas, aunque sean pocos, pero buenos, y luego que se pongan al frente de los movimientos populares para encauzarlos por el camino revolucionario.

Y lo segundo es que haya un pueblo viril que sepa vibrar por las causas justas, porque si el pueblo está degenerado y embrutecido por la ignorancia y los vicios, y además sigue ciegamente a sus malos pastores, entonces, no hay nada que hacer.

El primer destierro a la Siberia extremeña

Una madrugada del mes de marzo de 1919, encontrándome en Sevilla, entró la policía en mi casa, me detuvo y trasladó a la cárcel de la capital. A poco fueron llegando allí otros presos, hombres conocidos en el movimiento obrero. Una vez reunidos, los fueron deportando a diferentes lugares, y como tardaran en deportarme a mí, interrogué a un coronel de la guardia civil presente, y contestó que me buscaban el peor sitio para conducirme. "Me alegro -le dije-, porque así cambiaré lo malo en bueno, y llevaré la luz a las tinieblas". Me miró sorprendido y se quedó pensativo, y si algún tiempo después, hubiera encontrado a ese hombre, le habría demostrado que cambié hasta a la guardia civil, lo más difícil de cambiar, pero no imposible, porque la dignidad del hombre es innata y no había muerto en ellos.

Llegó la hora de mi partida con tres compañeros. Me esposaron con Sánchez Rosa, y a Roque García con Chacón, y nos llevaron a un tren que esperaba en la estación de Córdoba y que partió a poco que llegamos. El convoy iba escoltado por policías y soldados, mandados por sus oficiales. No sabíamos adónde nos llevaban y cuál era la causa de nuestra detención. El tren atravesó parte de la provincia de Sevilla, entró en la de Badajoz y se detuvo en la estación de Mérida, donde hubo cambio de trenes. Al bajar al andén encontramos a varios socialistas significados que habían sido detenidos aquella madrugada en Badajoz y conducidos en tren a un lugar desconocido para ellos. Como iban sueltos, se indignaron mucho al contemplarnos esposados. La policía impidió que conversáramos y cada grupo se lo llevó un tren diferente.

En nuestra ruta llegamos a la estación de Badajoz y la encontramos ocupada por una multitud de hombres y mujeres que nos esperaban, gesticulando enardecidos y dando vivas a la revolución social. Su actitud era tan amenazadora que la guardia civil que nos custodiaba se vio forzada a quitarnos las esposas.

Cuando el pueblo de Badajoz despertó aquella mañana y supo el secuestro y la deportación de sus mejores hijos, montó en cólera justa y estalló en un motín

tan violento que hizo que las autoridades declararan el estado de guerra y los soldados salieron a la calle con el capitán general a la cabeza.

Salimos de la estación y marchamos por la corta carretera que nos separaba de la capital, entre los amotinados y la guardia civil que nos custodiaba. Entonces interrogué a los más decididos para ver el partido que pudiéramos sacar de aquella situación, pero nos confesaron que carecían en lo absoluto de armamento. Uno tan sólo llevaba un revólver de poco valor. Era la historia ridícula de siempre. Cuando unos años después llegaron las hordas fascitas iban tan bien provistas de armamento que pronto se apoderaron de Badajoz y saciaron, como hienas, su sed de sangre humana. Un pueblo de hombres buenos, trabajadores e inteligentes, si se encuentra desarmado puede ser vencido y aniquilado si es atacado por otro pueblo de hombres malos, holgazanes, estúpidos, pero bien armados.

Cuando llegamos a la capital se nos presentó un cuadro grotesco al par que trágico. Era una plazoleta en la que desembocaban varias calles, el capitán general a caballo, rodeado de soldados, galopaba dando sablazos al aire y sin saber qué hacer, mientras que de las calles vecinas les caía una lluvia de piedras lanzadas por los amotinados.

La guardia civil que nos conducía calificó de imbécil al capitán general, y por su cuenta nos llevaron a la cárcel, donde estábamos más seguros, pues los proyectiles caían por todas partes y hubo varios heridos.

La noche en la ciudad fue tumultuosa, y hasta las celdas de la prisión llegaban los rumores de la calle. Por la mañana, los obreros declararon la huelga general. Cundió la alarma y numerosos guardias civiles nos sacaron a toda prisa de la prisión y nos llevaron a la estación, de donde salimos en un tren dispuesto para tal fin. Por lo visto, las autoridades temían que el pueblo sublevado atacara la cárcel y nos pusieran en libertad.

El tren que nos conducía no se detuvo hasta llegar a la estación de Cabeza de Buey, de donde nos sacaron para encerrarnos en la cárcel de aquel pueblo. A la mañana siguiente llegó a la cárcel una pareja de la guardia civil y nos sacó esposados, llevándonos andando más de una hora por una llanura solitaria llamada "La Serena", donde se criaba numeroso ganado lanar y vacuno.

Después, torciendo a la derecha, divisamos un terreno gris y quebrado, que eran los primeros peldaños de la llamada Siberia extremeña.

* * *

A la llegada a la Siberia extremeña estaban allí esperando un sargento y una pareja de la guardia civil, que hablaron un momento con los que nos llevaban, cambiaron unos papeles, y les hicieron entrega de nosotros.

La guardia civil que nos había llevado de Cabeza de Buey, se volvió a pie a la misma ciudad, y los que habían quedado nos pusieron unas esposas tan apretadas que nos hacían mucho daño y pronto se nos hincharon las manos.

Caminamos hacia el norte por un terreno solitario y agreste, sin más camino que una vereda de cabras. Ya cerca del anochecer, después de largas horas de penosa caminata, divisamos un monte muy alto, de forma piramidal, coronado por las torres de un castillo medieval en ruinas.

Era el castillo de la Puebla de Alcocer, que por su posición dominaba todo el territorio, y el pueblo extendido a sus pies conservaba casi todas sus construcciones antiguas. Las calles, por sus cuestas, eran muy penosas de subir, y más de bajar, sin rodar por la pendiente.

El sargento Romero hizo nuestra entrega al director de la cárcel, llamado don Juan Frías, y éste se mostró indignado de la forma cruel que nos habían conducido. A la llegada hubo que acostar a Roque García, que tenía una fiebre muy alta y las manos hinchadas por lo apretado de los grilletes, como todos nosotros. La noticia de lo ocurrido corrió por todo el territorio, y el sargento Romero quedó en mala situación ante la gente y sufrió un verdadero boicot moral. Sus antiguos amos, cuya casa frecuentaba, le cerraron las puertas, y hubo amigos que rompieron con él toda amistad.

Don Juan Frías tendría unos 40 años de edad, alto y delgado, extremadamente amable y de facciones finas. Nos dejó en libertad y nos permitió que paseáramos por el pueblo y que comprásemos las cosas que nos hacían falta. Durante años conservé la amistad con aquel buen hombre.

Otro que también se portó muy bien con nosotros fue un viejo barbero y practicante de medicina, a cuyo único hijo ayudé yo a terminar la carrera de maestro de escuela en Sevilla, y que fue fusilado al acabarse la guerra.

* * *

Desde la Puebla de Alcocer al pueblo de Talarrubia, habitado por algunos millonarios de la región, en casas que eran verdaderos palacios, había una llanura de dos kilómetros de longitud, en la que los hacendados construyeron un cuartel de la guardia civil, una verdadera fortaleza en la que la mayor parte de los numerosos guardias civiles que allí había eran solteros. Era una fuerza militar que los adinerados utilizaban en un momento de peligro, hasta que llegaran refuerzos mayores.

Cuando estalló la revolución popular, en respuesta a la agresión fascista, los campesinos de aquella región pusieron sitio al cuartel, del que tenían muy malos recuerdos, pero la guardia civil tenía como rehenes a numerosas mujeres y niños cogidos en los alrededores, y los ponían en los puestos de más peligro, mientras ellos disparaban los fusiles. Entonces los sitiadores me pidieron en Almadén que enviara a un grupo de dinamiteros con coches blindados para volar el cuartel y la guardia civil dentro.

Mandé lo que se me pedía y una orden firmada por mí haciéndome responsable de lo que pudiera ocurrir. Volvieron aquellos hombres y me comunicaron el asunto de los rehenes, de lo que yo no estaba enterado, sin haber cumplido mi mandato. Ahora bien, los sitiados se comprometían a entregarse si yo en persona les garantizaba la vida. Me negué a intervenir en dichas condiciones, y fue a las fuerzas del gobierno a quienes se entregaron.

Al mismo tiempo, un hecho trágico ocurría en un pueblo de la provincia de Córdoba, creo que llamado Villanueva del Duque. Allí se quedaron en el cuartel los veinticuatro guardias civiles que había, e hicieron salir a sus familiares, muriendo todos en la lucha bajo la acción de la dinamita. Las familias de aquellos guardias civiles muertos me fueron enviadas a Almadén, las coloqué en el local de una escuela y procuré que nada les faltara.

Pero sigamos nuestro relato, que hemos interrumpido para recordar este episodio de la lucha.

* * *

Después de un día de reposo en la Puebla de Alcocer, una pareja de la guardia civil nos llevó sueltos y a pie al cercano pueblo de Talarrubia. Allí nos tuvieron detenidos una noche en el Ayuntamiento, y al día siguiente otra pareja de la guardia civil nos condujo sueltos y a pie al término de Herrera del Duque, y nos hizo entrega al sargento Domínguez Pachón, quien más tarde llegó a ser íntimo amigo mío, y bajo mi influencia se retiró del cuerpo de la guardia civil y abrazó la causa nuestra.

* * *

Un día de invierno de 1919, los habitantes de la Siberia extremeña contemplaron con curiosidad la llegada de cuatro hombres, esposados de dos en dos y encuadrados por guardias civiles, que los llevaban de cárcel en cárcel como a los peores criminales. Aquellos malhechores eran los sevillanos Sánchez Rosa, Roque García, Chacón y Pedro Vallina.

Después de varios días de marcha forzada por aquellas agrestes tierras, sin carreteras ni puentes, cerro arriba y cerro abajo, trompicando y cayendo, llegamos un triste anochecer al pueblucho de Herrera del Duque, cabeza judicial de aquel partido, conocido en toda la provincia como un modelo de inmoralidades. Era un pueblo destartalado y feo, encuadrado entre pardos montes, mal empedrado y sucio, de casas de mísera apariencia, salvo algunas de labranzas grandes y desgarbadas, y con una plaza muy espaciosa, en parte rodeada de portales, en cuyo centro había una hermosa fuente de piedra, de la que brotaba en abundancia agua limpia y rica, para apagar la sed de hombres y animales. En uno de los montes vecinos se destacaba la silueta sin gracia de un ruinoso castillo medieval. Las nieblas del cercano río Guadiana se cernían sobre la población, creando un ambiente de humedad y de tristeza. Cruzamos silenciosos aquellas calles, bajo la mirada de los curiosos, rendidos

por la fatiga de tantos días de caminatas, y con las ropas sucias y arrugadas de dormir en el duro suelo.

Por lo visto aquél era el término de nuestro improvisado viaje, según rezaba la documentación que traían los guardias civiles. Allí se quedaría Sánchez Rosa, y los demás iríamos destinados a los pueblos vecinos. A mí me tocó Fuenlabrada de los Montes, el peor de todos, acostado sobre las vertientes de los montes de Toledo.

Pero el caso es que el sargento de la guardia civil de aquel pueblo, que había dirigido la expedición desde que pisamos el término municipal, era hombre muy amable y amigo de la broma, a quien le fui altamente simpático desde el primer momento. Así que al llegar comunicó a aquel Ayuntamiento, que yo era el destinado para quedarme en el pueblo, y que Sánchez Rosa pasaría al día siguiente a Fuenlabrada de los Montes. En consecuencia fui puesto en libertad, y mis compañeros quedaron en la cárcel hasta el día siguiente. Aquella noche cené en el cuartel, en la mesa del sargento, y allí recibí las visitas de algunas notabilidades del lugar, entre ellas el médico, quien se congratuló sinceramente de mi llegada, pues poco aficionado a su profesión, podía yo sustituirlo en su cargo, y él quedaría en libertad para visitar su hacienda.

Me acosté en buena hora en la modesta cama de una posada y por largo rato, mientras cogía el sueño, escuché las desentonadas voces de los mozos, que tiraban coces y cantaban en la plaza. Por cierto que me llamó la atención, y nunca más se borró de mi memoria, una copla entonada con voz recia y firme, que decía:

Herrera la muy cochina tiene una fuente en la plaza, un cabrón en cada esquina. Y una puta en cada casa.

Y me quedé profundamente dormido.

Me desperté a poco de amanecer y me dieron una mala noticia. Se había descubierto que el sargento había urdido una artimaña para retenerme, y el secretario del Ayuntamiento no se atrevió a secundarle, así que después de un ligero desayuno, partí a pie a Fuenlabrada de los Montes, que estaba a una hora de camino. Me daban escolta una pareja de guardias civiles y el sargento.

Al llegar a Fuenlabrada pude observar que el sargento, que había estado allí de puesto en otra época, gozaba de la mayor simpatía, pues todos se acercaban con alegría a saludarlo. Al ser interrogado sobre mi persona, daba los mejores informes y siempre acababa diciendo: "Además de un buen médico es un hombre muy rico". "Usted se equivoca -le dije- , yo no tengo dinero ni lo ambiciono". "Ya lo sé, hombre -me contestó-, pero conviene que pase usted por rico para que estos imbéciles lo traten bien y le presten lo que pudiera necesitar en un caso de apuro".

En efecto, varios ricos del lugar se acercaron para ofrecerme préstamos, por cierto, que en una ocasión que necesité una pequeña cantidad, a causa de la tardanza de la correspondencia, no se la pedí a aquellos adinerados, sino al pobre sargento.

La gente de Herrera del Duque insistió en cambiarme por Sánchez Rosa, tal vez porque me creían más útil por mi profesión, y al efecto aquel Ayuntamiento se dirigió al Gobernador solicitando mi traslado, pero éste contestó poniéndole una multa.

Desde entonces fui llamado a aquel pueblo con mucha frecuencia para visitar a los enfermos graves, y las llamadas se sucedieron los años que permanecí en la comarca. Y no pocas veces fui por motivos judiciales. Así que llegué a conocer en lo más íntimo la historia y vida de aquel pueblo.

Sánchez Rosa no lo pasaba mal y se hizo de amistades con los más acomodados del pueblo. Allí había un bando de vagos que vivían del trabajo ajeno. Como se aburrían soberanamente y Sánchez Rosa era un buen conversador que les hablaba de lo humano y de lo divino, pasaban más distraídos su pobre existencia. Las cenas se sucedían y las comilonas en el campo, regadas con buenos tragos de vino. No hizo ningún adepto, pero sí disipó los errores que había sobre nuestros ideales.

En una ocasión fui invitado por aquel Ayuntamiento para dar una conferencia práctica sobre hipnotismo. Acepté la invitación y tuvo mucho éxito mi cometido. Escogí dos médiums excelentes, un tuerto y una tuerta, y durante mis experiencias, el pueblo desfiló en columna, encuadrado por los guardias municipales.

Herrera del Duque es un caso sorprendente de la acción nefasta de ciertas instituciones autoritarias sobre la vida moral de un pueblo. Como era cabeza judicial del distrito, allí menudeaban, como hongos venenosos, jueces, abogados y procuradores. Aquel juzgado municipal era un verdadero estercolero, donde tenían lugar los mayores escándalos. En otra época hubo un convento de frailes, del que quedaban las ruinas, y algunas esculturas de santos, tan mal hechas que hacían reír por las caras de tunantes que tenían. También hubo por mucho tiempo un cuartel de carabineros.

En la copla que hemos mencionado no hay asomo de exageración alguna. Se traficaba con las mujeres y se vendían a las hijas. En tiempo pasado hubo un crimen que apasionó a la comarca por las circunstancias que mediaron. Una pérfida mujer, para deshacerse de su marido, lo envenenó con un vaso de vino en el que había exprimido rabos de alacranes. Condenada a muerte, fue indultada cuando subía las gradas del patíbulo.

Toda aquella zona, que estaba dormida, despertó espléndidamente bajo la influencia de nuestros ideales. Y en un pueblo cercano a Herrera del Duque, llamado Castilblanco de los Montes, los campesinos dieron muerte a los guardias civiles, indignados por el atropello que se intentaba cometer con ellos. Por cierto que allí fue entonces el general Sanjurjo, director de la guardia civil, y al decirle en una reunión que yo era el culpable del estado de rebeldía de aquellos campesinos, contestó sin vacilar: "Es cierto, pero la influencia de ese hombre se debe a su conducta moral".

Cuando todos aquellos pueblos bullían y se impacientaban por entrar en la lucha, Herrera del Duque dormía como las momias de una pirámide egipcia. En un momento crítico, cuando la rebelión de Asturias, tuvimos que descontar a Herrera del Duque como cosa perdida, no encontrándose allí más que a dos hombres dispuestos para el combate: el suboficial retirado de la guardia civil y un cobrador de contribuciones, hombre formal a pesar de su oficio.

En la negra noche de la vida de Herrera del Duque, víctima de las instituciones, hay una nota curiosa. Allí se escribió el conocido drama El Nudo Gordiano, estando Eugenio Sellés, su autor, de notario en aquel pueblo. Siempre que iba

a Herrera del Duque, pasaba a visitar unos parientes suyos, donde se respiraba una atmósfera de cultura poco común en aquel pueblo.

La última vez que dormí en Herrera del Duque, me desvelé escuchando las coplas de los mozos, que tanto me interesaban, guardando en la memoria la que sigue:

No quiero mujer de Herrera aunque me la den de balde; la que no es carabinera, tiene que ver con un fraile.

* * *

Profunda era la paz en que vivían allá en Fuenlabrada de los Montes, en las vertientes de los montes de Toledo, en la Siberia extremeña, una sagrada familia compuesta por el médico don Benigno, un hipopótamo; su esposa María Francisca, una pantera; y sus dos hijas, unas lagartijas, casada la una con el joven médico, don Natalio, hijo putativo de un rico señor y de su cocinera, y la otra con "el Abogado", llamado así por el título que ostentaba, aunque no conocía más ley que la del embudo.

Don Natalio llegó pobre al pueblo, recién acabada la carrera, y dio un braguetazo, casándose con la hija del cacique, quien le cedió la clientela. Era un individuo de mala índole que trataba cruelmente a los pobres. En seguida se hizo propietario, comprando a bajo precio unos terrenos de un campesino arruinado. "El Abogado" era uno de los hombres más imbéciles que he conocido. Rechazó la luz eléctrica para su pueblo, como una innovación peligrosa, y creía que la imprenta había cumplido su misión y que no debería seguir imprimiendo más libros. Trataba con la punta del pie a su mujer, y cortejaba a su suegra, que todavía estaba apetitosa. Don Benigno era hombre como de 60 años de edad, alto, panzón, con rasgos de un hipopótamo, hasta por los colmillos. Desconocía por completo la ciencia médica e hizo agrandar el cementerio. Pero cada uno descuella en alguna cosa. Aquel monstruo tenía las mejores disposiciones para cacique y amo del lugar. En tiempo de elecciones no había otro que le ganara para hacer trampas, por lo que era muy estimado por la familia de Romanones, que le prestaba su ayuda incondicional. Reunía a

sus partidarios de buena hora a la puerta de los colegios y los hacía votar; luego colocaba las manecillas del reloj del Ayuntamiento a las cinco horas de la tarde, siendo las nueve de la mañana, y no había Dios que votara. Si alguno se quejaba lo metía a la cárcel y le hacía dar una paliza por desobediente. Don Benigno se dio trazas, como todos los tunantes, de reunir un capital grande, en tierra y animales. Se apoderó de los terrenos comunales de una manera muy chistosa, como después veremos, y redujo al pueblo a la esclavitud más oprobiosa. Las pocas familias acomodadas no se atrevían a chistar, por temor al amo, aunque en el fondo lo detestaban. El que respingaba por su cuenta era el cura don Benito, uno de los berrendos que nos pintaba Nakens en *El Motín*. Su ama, la Bárbara, una mujer grandullona, y su hija, una potra apetitosa, dormían a pierna suelta con el santo varón.

Parece que don Benigno no era el peor de la familia, sino un hermano que tuvo, Sinforiano, peor que la piel del diablo y que reventó un día de un atracón de migas. Era comerciante y además alcalde, por lo que no había vendedor de telas que no fuera a la cárcel si se atrevía a penetrar en su feudo. No tuve la suerte de conocerle, y lo siento porque le hubiera dado un mal rato.

Cuando don Benigno se vio cargado de riquezas y de años abdicó en sus dos yernos, dos miserables que ni pintados para formar parte de aquella familia perversa.

¡Qué tranquilos y satisfechos vivían aquellos tunantes dominando a un pueblo de esclavos que apenas se atrevía a respirar! Pero un día recibieron de sopetón una noticia que les produjo la mayor consternación. Era como si un culebrón hubiera penetrado en un charco de ranas. El gobernador de la provincia les anunció mi llegada, desterrado por el gobierno, pero sin permitirme alejarme del lugar. Al mismo tiempo, los ponía en guardia contra los peligros que les amenazaban con la presencia de un anarquista tan peligroso, que hasta había atentado contra la vida de su rey y señor.

Se celebraron varios conciliábulos, presos del mayor pánico, hasta que por fin tomaron las medidas que voy a relatar.

En 1919 fuimos deportados de Sevilla un grupo de compañeros, medida contraproducente, que iba a llevar por esos pueblos la buena semilla anarquista.

Y en efecto, fui deportado a Fuenlabrada de los Montes, en el distrito de Herrera del Duque, que ponía los pelos de punta a los leguleyos de Badajoz por las inmoralidades que allí se cometían.

Después de un largo viaje a pie por aquellos andurriales de la Siberia extremeña, sin puentes ni caminos, de una cárcel a la otra, llegué una mañana del mes de marzo al lugar de mi destino.

La guardia civil que me conducía me hizo entrega a la de Fuenlabrada, a cuyas órdenes quedé. El cabo de la guardia civil de aquel pueblo era el precioso Ventura, que se perfumaba como una señorita, llevaba un bigotito rubio y se ajustaba el esbelto talle como en un corsé, me miró de reojo y me preguntó con voz atiplada adónde quería alojarme.

Le propuse que me señalara una posada, lugar encantador para mí, por las relaciones que establecería con todos los arrieros de la comarca, los mejores informadores que he conocido sobre cosas populares. Entonces hizo un gesto de disgusto y me dijo que no podía consentir que un hombre de mi categoría fuese a parar a una posada vulgar, y como no había hotel en el pueblo, me llevaron a la casa de la viuda doña Blasa, una dama distinguida de la población, cuñada de don Benigno, el amo del pueblo, que vivía con dos hijos solteros, además de los que tenía casados. Por más que insistí en ir a una posada, alegando que no reconocía categorías de ninguna clase, el cabo insistió a tal punto que comprendí que allí había gato encerrado.

Fuimos a ver a doña Blasa, y al principio se negó a admitirme como huésped, pero después de algunas muecas fingidas, invocando su categoría y su hacienda, acabó por aceptarme, a condición de que mientras estuviera en su casa me negara en absoluto a visitar a los enfermos que solicitaran mi asistencia.

Acepté encantado la propuesta, pues me encontraba muy cansado y deseaba pasarme una temporada tranquilo, leyendo bajo los árboles añosos de los

bosques vecinos. Pero con mucha frecuencia doña Blasa me pedía que rompiera la consigna y visitara a personas de su amistad, a lo que no podía negarme. Lo que me pareció extraño era que los enfermos vinieran a visitarme a eso de la media noche, como si fuera algo pecaminosa mi intervención.

Una noche pedí explicación a doña Blasa de aquel misterio, y en presencia de sus dos hijos solteros, que vivían a su lado, me hizo esta confesión.

- Mi cuñado es un infame que nos tiene a todos enredados en sus malas artes. Cuando anunciaron su llegada, se alarmó mucho, porque temía que usted despertara a la gente del pueblo y le pidieran cuentas de su conducta. Además temían su intervención como médico, que pondría de manifiesto su desconocimiento de la ciencia médica, la dureza con que trataba a los pobres y la explotación de que los hacía víctimas. Entonces decidieron que usted viniera a parar a mi casa, para que nosotros lo espiáramos e impidiéramos visitara a los enfermos. Por tal motivo los hago venir a altas horas de la noche, para evitarme reprimendas. Pero esta vez se ha equivocado, y los espiados van a ser ellos, procurando informarle a usted de sus aviesas intenciones.

Y luego me contó algunos episodios de la vida de aquel miserable.

- En esa mesa que usted estudia -me dijo la señora-, se han hecho las escrituras de todas las tierras de que ha despojado al pueblo. Dos de los mayores tunantes de Herrera del Duque, llamados "Los Monos", firmaban los documentos falsos, vendiéndoles unas tierras que no eran suyas, sino de la comunidad.

Pronto doña Blasa y sus hijos me cogieron tanto cariño que me trataban como si fuera un miembro de su familia. Yo pagaba a doña Blasa cinco pesetas diarias por el alojamiento, comida aparte, pero no me hizo gastar nada en mi manutención, porque llovían los regalos de gallos, perdices y conejos. El pueblo en masa no sabía cómo manifestarme su cariño, al mismo tiempo que comenzaba a rebelarse contra los opresores.

El primer domingo de los que pasé en Fuenlabrada, vinieron a visitarme varios jornaleros pobremente vestidos, cabizbajos y tímidos, que me propusieron dar

un paseo en el campo, para mostrarme los parajes más pintorescos de los alrededores.

Acepté gustoso y partimos al campo, pero a poca distancia del pueblo, en un lugar solitario, aquellos hombres se transformaron, como por encanto, desapareciendo su humildad, su mansedumbre y su timidez, y uno de ellos me dijo con voz firme, con la conformidad de los otros:

- El objeto de nuestro paseo no es otro que buscar un lugar donde nadie pueda vernos ni oírnos para manifestarnos como somos, no como aparentamos ser. Hemos recibido con satisfacción su llegada a este pueblo, porque creemos que usted es un hombre muy bueno que pudiera traernos la luz que nos hace falta.

- ¿Y por qué creéis -les dije-, que yo soy un hombre bueno, si no me conocéis y hace pocos días que acabo de llegar?

- Porque hemos discurrido así: ¿Quiénes son los malos causantes de nuestras desgracias? Son los reyes, los obispos, los generales, los gobernantes, los terratenientes, los jueces, los caciques, que nos humillan y explotan; y si todos esos son muy malos, usted que levanta la bandera de la rebelión contra ellos, y que lo pone todo al servicio del pueblo, tiene que ser muy bueno, y no creemos equivocarnos, por lo que estamos a su lado incondicionalmente, cueste lo que cueste, aunque tuviéranos que perder la vida.

¡Así es el gran pueblo español, al que ningún otro supera! Aquellos campesinos no habían perdido la dignidad de hombre en su esclavitud. Los que la pierden están perdidos así como el país a que pertenecen.

* * *

Recuerdo que una noche en el Centro Ibero-Mexicano, años atrás el compañero Alfarache hablaba de su destierro a la Siberia extremeña, y decía:

-Allí lo pasábamos muy bien, porque estaba Pedro Vallina y a éste lo consideraban como a un Dios, alcanzando nosotros los beneficios de aquella veneración.

No había nada de Dios. Lo que llevaba conmigo era sencillamente el ideal y la moral anarquista, cuya luz iluminó el alma dormida de aquellos maltrechos esclavos, luz vislumbrada por ellos en las negruras de su vida.

No acabaré este relato sin deciros que aquellos hombres pelearon desde el día de mi llegada, todos reunidos y a mi lado, influidos por el ideal anarquista, hasta que la justicia se hizo, al estallar nuestra revolución, haciendo morder el polvo a todos sus opresores y recuperando las tierras que les habían robado. Después se volvieron contra los fascistas y los tuvieron a raya, impidiendo que pisaran aquella tierra libre.

* * *

Habían pasado tres meses desde que llegué a Fuenlabrada de los Montes, y a los que vinieron conmigo ya les habían levantado el destierro y estaban de vuelta en Sevilla.

Yo seguía en el mismo sitio, sin noticias de mi vuelta, pero la muerte de mi buena madre puso fin a aquella situación.

Mi madre enfermó de una bronconeumonía gripal, y desde el primer momento se reveló su gravedad. La gente indignada acudía en son de protesta al Gobernador, pero éste se disculpaba diciendo que me creía en Sevilla, porque al ocupar su puesto hizo venir a todos los desterrados que había, según una lista que le dieron, pero por lo visto no iba yo incluido.

Para acallar la justa protesta, el Gobernador gestionó que me llevaran de Fuenlabrada a Sevilla con toda urgencia y con los medios más rápidos que hubiera.

Pues bien, las autoridades de Fuenlabrada pusieron a mi disposición un asno tan escuálido que no podía conmigo, y para acompañarme a un tonto del pueblo.

Un día al amanecer salimos de Fuenlabrada, y ya bien entrada la noche cogí el tren en Cabeza de Buey que me llevara a Sevilla. Casi todo el camino lo hice a pie, por la incapacidad de la cabalgadura, y en el paso de algunos arroyos me

mojé hasta la cintura. El resultado fue que cuando tomé el tren tenía una fiebre muy alta con delirio, al parecer palúdica.

Cuando llegué a Sevilla, mí madre estaba muerta y enterrada, pero tuve esta satisfacción: al entierro acudió una inmensa multitud compuesta de todos los desdichados, que sin decir una palabra, arrebataron de la lujosa carroza el ataúd en que iba mi madre y en hombros la llevaron hasta su tumba, que cubrieron con flores.

Sevilla: la huelga general

En el año 1920, a mi vuelta del destierro de la Siberia extremeña, tomé una casa de arriendo en la popular plaza de San Marcos, próxima a la Macarena, donde abrí mi consultorio médico-quirúrgico.

Aquel local era una casona medieval que perteneció a una de las queridas del rey don Pedro el Cruel. Aunque retocada, todavía se conservaban partes casi intactas de la antigua construcción. En el zaguán, antes de pasar la cancela, había una cuadra disimulada por una compuerta, donde el señor guardaba su caballo de paseo. Al cruzar la cancela y subir la ancha escalera de ladrillos, desgastados por el tiempo, a los pocos peldaños, había una alacena, pero al abrir sus puertas se encontraba una escalerilla por la que se bajaba a un salón subterráneo. Los compañeros que conocían el secreto pasaban disimulados por el patio, donde se sentaban los enfermos, se embutían en la alacena y bajaban al sótano, alumbrado por una bombilla eléctrica, donde había una mesa con objetos de escritorio y varias sillas y bancos. Se le llamaba en broma el "Cuarto de las Conspiraciones", y uno de los concurrentes más asiduos era el viejo Alfarache, el mejor de los hombres, de oficio corcho-taponero, extremadamente modesto, muy delicado de salud, y de ojos dulces y tristes, iluminado por la llama de una idea a la que se había entregado en cuerpo y alma. En una habitación del piso alto había un tabique movible que servía para ocultar un hueco secreto.

Al recordar aquella casa no podemos olvidar al guardián de la fortaleza, el popular anarquista de Cantillana, Pepe el "Tate", por otro nombre "Ocho Arrobas", por su peso y volumen físico. Pepe el "Tate" era en su lugar querido por todos, imponiéndose por sus virtudes. Hasta el general de la guardia civil, Poleón Zulueta, que con frecuencia visitaba la población, se honraba con la amistad del viejo anarquista. Su torpe compañera lo abandonó por otro, pero si alguna vez la recordaba, y era con frecuencia, decía con dulzura: "Mi pobrecita mujer me dejó solo". Luego se casó el único hijo que tenía, y éste se dio a la bebida. Y él, solo, vivía en una destartalada bodega donde fabricaba el más exquisito de los vinillos con los frutos de una viña que poseía. Y un día

cerró su bodega con mucho pesar, por los numerosos ratones que alimentaba, y se vino a mi casa, donde pasó los últimos años de su vida. "No comas mucho de noche, Pepe", le decían las mujeres. Pero Pepe reía a carcajadas, seguía tragando y decía: "Si me muero este año, me ahorro una enfermedad para el año que viene".

Otra persona que estaba entonces en mi casa, como si fuera mi hijo, era un muchacho de Paradas, llamado Bartolomé Torralva, de veinte años de edad, que se había quedado huérfano, y que careciendo de recursos, fue a Sevilla a pedirle una ocupación al ex anarquista Antonio Ojeda, en cuya casa estaba colocada Teresa Claramunt. Comprendiendo ésta que no quería ayudarle en su triste situación, lo llevó a mi casa, y allí se quedó. Bartolomé Torralva era de aspecto fino y elegante, y como había estudiado el bachillerato, le proporcioné los medios para que estudiara la carrera de medicina.

* * *

En la plaza de San Marcos tenía por vecindad una taberna de las más concurridas del barrio. El público de trabajadores llenaba el local y parte de la plaza, cubierta por numerosas mesillas. Varios dependientes trabajaban de día y de noche, a veces hasta el amanecer. Apenas si tenían tiempo para verter el veneno y recoger el dinero de los infelices obreros, ganado con tanto dolor y privando a sus hijos de lo más necesario para su sustento. El dueño de la taberna era un montañés barrigudo, como de 40 años de edad, de tipo apoplético y nariz morada por el alcohol. Con frecuencia se le veía inclinado sobre el mostrador, enseñando sus dedos cubiertos de gruesos anillos de oro y diamantes, contemplando a sus víctimas. Siempre replicaba a mis censuras, como envenenador público, con estas palabras dichas en tono de broma: "La profesión de usted no es la mía, porque no es lo mismo ser médico que tabernero. Usted está obligado por su misión a ser un santo, y yo a ser un bandido. Y a veces hago obra humana sin querer, porque cuando a las altas horas de la noche llegan los borrachos enloquecidos, es cuando beben el vino aguado por mí, que les perjudica menos que el vino puro".

* * *

En una de las mesitas que mi vecino el tabernero ponía delante de su puerta para que se sentasen sus clientes a beber, se encontraba todos los días un hombre como de 35 años de edad, bastante bien vestido, que cuando salía o entraba a mi casa me saludaba desde su asiento y me preguntaba en qué podía servirme.

Un hombre que estaba allí a todas horas, que hacía gastos y no trabajaba, y que tanto se interesaba por mis salidas y entradas, no podía ser más que un tipo de la policía secreta puesto allí para vigilarme.

Pues no señor, no era de la policía secreta, era algo mucho peor, como sabrá quien siga leyendo.

Una noche, al entrar en mi domicilio, poco después del anochecer, el sujeto en cuestión se me acercó rogándome que le acompañara a su casa, en la cercana calle Enladrillada, donde tenía una hija gravemente enferma. Partimos juntos y por el camino me dijo que su hija iba de noche a las ventas con los señoritos, y la última vez había comido tantos pajaritos fritos y bebido tanta manzanilla, que la cena le había hecho daño y estaba muy enferma con un cólico. "Usted ya sabe, doctor, lo malo que son los cólicos de los pajaritos y, ella, es el tercero que tiene". Mientras hablaba una sospecha invadió mi espíritu y la sangre comenzó a batir mis sienes y a contraerse mis puños. Pronto llegamos a una casita muy mona con un patio cubierto de flores. Entramos en una habitación baja, y en una cama de matrimonio se encontraba un angelito rubio, que no pasaba de los 15 años de edad, con una carita preciosa que contraía a cada momento presa por los más fuertes dolores intestinales. Aquel pobre pajarito prostituido por sus padres, crimen que les permitía vivir sin trabajar, se había dado un atracón de verdaderos pajaritos fritos, tan inocentes como ella, sacrificados en aras del vicio de los señoritos. Le dispuse las medicinas más adecuadas a la pobrecita, mientras que las lágrimas empañaban mis ojos.

Salí sombrío de la sala, seguido del sujeto, pero una fuerza extraña y poderosa se posesionó de mi persona, me volví de improviso, empuñé al hombre por ambos bordes de la chaqueta, le sacudí como a un pelele y le grité: "Te creía un policía, pero eres algo peor", y, por último, lo arrojé de espaldas, cayendo

sobre los macetones en fila, que se fueron empujando uno a otros hasta rodar todos por el suelo. Y dos viejas solteronas, que vivían en el piso alto, bajaron dando gritos de dolor, no por la caída del hombre, sino por el derrumbamiento de sus flores. ¡Y aquí fue Troya! Acudieron los vecinos, que me felicitaron por mi conducta, y algunos de ellos me acompañaron a mi domicilio, donde me hicieron beber una taza de tila. ¡Cuántas inquietudes y molestias me han ocasionado mis nervios por encresparse con tanta vehemencia ante los crímenes sociales!

Pero lo cierto es que el sujeto de referencia no se volvió a ver más por la taberna, perdiendo el tabernero uno de sus mejores clientes.

* * *

El anarquista Villegas era un hombre como de 30 años de edad, bien parecido y buen hablador. Era zapatero y en su oficio nadie le ganaba a hacer un par de botas más bonitas. Pero había estado una temporada en Lisboa, en tiempos de conspiraciones y revueltas, contagiándose en aquella atmósfera pesada. Cuando llegó a Sevilla, con alguna práctica en las armas de lucha, según él decía, quiso aplicar allí sus escasos conocimientos. A mí me pidió unas sustancias químicas que necesitaba para hacer un poderoso explosivo y como además manejaba unos tubos, lo puse en la calle y le negué la entrada, temiendo que hiciera algún disparate, como al fin lo hizo. Pero se valió de un practicante poco escrupulosos que se había introducido allí. Cogieron papel timbrado que yo usaba, me falsificaron la firma y obtuvieron lo que deseaba Villegas en una casa de venta de productos químicos.

Pasó el tiempo. Un día, mientras andaba de visita en la calle, me salió al encuentro Bartolomé Torralva y me dijo que unos jóvenes habían llevado mal herido a Villegas, de una explosión, y lo habían dejado en el departamento quirúrgico y luego desaparecieron.

Cuando volví a casa, Villegas estaba acostado en la mesa de operaciones, la cancela del patio abierta y la gente ocupando el zaguán y comentando lo ocurrido. "¿Qué te ocurre Villegas?", le pregunté. "Es un percance del oficio",

me respondió. No había lugar de ocultarlo allí, con la gente enterada del suceso. Muy mal herido estaría, cuando lo mandé al hospital y murió a poco de llegar allí.

Por lo visto había ido al campo con unos jóvenes para que contemplasen los efectos de la bomba, pero al arrojarla le explotó en la mano, matándose él y resultando levemente heridos algunos de los acompañantes.

* * *

Por aquel tiempo empezaron a constituirse los Sindicatos de Ramos e Industrias en Sevilla y se nombraron presidentes a hombres serios que dieron más solidez a la organización. Lo que pasó fue que por entonces llegaron a Sevilla unos representantes del Comité Nacional de la C.N.T., de Cataluña, para establecer la nueva estructura sindical y organizar así a los sindicatos. A tal fin, se celebraron reuniones y se publicó un manifiesto en donde se defendían tales ideas, lo que sentó como un tiro a la burguesía sevillana, que de acuerdo con el gobernador esquizofrénico conde de Salvatierra ordenó la detención de todos los presidentes. Entonces unos jovencitos "picaron" en el anzuelo, es decir, se reunieron en el campo y acordaron la huelga general, y se pasaron las órdenes para hacerla efectiva. Las vísperas en la noche fueron por mi casa y me llevaron la noticia para que estuviera prevenido. Numerosos policías llegaron a detenerme, pero decidí no abrir la puerta hasta la mañana siguiente.

Toda la noche agentes de seguridad trataron de forzar aquel portalón tan resistente, mientras que las gentes, desde las calles vecinas, les arrojaban toda clase de proyectiles. Al fin, por la mañana se abrió la puerta y la policía nos llevó a todos los hombres, escoltados por una nube de agentes, fusil en mano. Sólo Pepe "el Tate" quedó en la casa y desde la puerta vociferaba indignado, agitando su tremendo garrote, rojo de ira, porque se negaron a que siguiera nuestra suerte.

La huelga general se prolongó una semana, y no hubo oficio por modesto que fuera que no cesara en el trabajo. Pero luego los patronos y las autoridades

tomaron el desquite. Los sindicatos fueron disueltos, y unos obreros encarcelados y otros deportados a lugares lejanos. Éste es el fin de toda huelga general, si no va seguida de una insurrección victoriosa.

La revista anarquista Páginas Libres que se estaba publicando en Sevilla, interrumpió su salida por el destierro de sus redactores.

Carreteras, guardias civiles y cárceles

Los habitantes del populoso barrio de Triana, en Sevilla, a poco de amanecer, un día frío de diciembre de 1920, contemplaban con inquietud e indignación desfilar a lo largo de la calle de Castilla un pelotón de guardias civiles a pie y a caballo, dando escolta a cuatro hombres esposados de dos en dos, como peligrosos malhechores. Se trataba de cuatro terribles anarquistas, el peor de todos un servidor de ustedes. Los esbirros habían venido, todavía de noche, a buscarnos a la pringosa cárcel de Sevilla, donde dormíamos intranquilos sobre el duro suelo, escoltados por un verdadero ejército de chinches.

Mientras tanto los trianeros se quedaron haciendo comentarios poco lisonjeros para los del tricornio, enterados ya de quiénes éramos; los presos y sus guardianes salieron de Triana y se perdieron a lo largo de la carretera que conduce hasta el pueblecito de Camas.

Una vez en Camas, en el lugar llamado La Pañoleta, hicimos un alto y los guardias civiles entraron en una taberna a beber unas copas de aguardiente, como remedio contra el frío de la mañana, teniendo la galantería de hacernos pasar y convidarnos.

Los de a pie se volvieron a Sevilla, y cuatro de a caballo se quedaron para custodiarnos, enfilándonos por la carretera que conduce a Santiponce.

* * *

La mañana estaba en extremo fría y un viento helado del norte azotaba nuestros rostros. Caminábamos en silencio unos y otros a través de aquella meseta desolada. A veces unas nubes plomizas cubrían el sol y una fina llovizna se desprendía del cielo, humedeciendo nuestras ropas que se pegaban a las carnes. De pronto llamó la atención de todos un viejecito escuálido y andrajoso, encorvado sobre el suelo, en el borde izquierdo de la carretera, limpiando las yerbas malas de un sembrado de trigo. Con frecuencia, el anciano detenía su trabajo, se frotaba las manos ateridas por el frío y se

limpiaba la nariz acatarrada. Era un cuadro que entristecía el alma, el de aquel anciano mísero, trabajando en un día tan crudo, sin que nadie le amparase.

De repente, el sargento que mandaba las fuerzas, un joven rubio de aspecto simpático y finos modales, picó su caballo que, caracoleando, se puso delante de nosotros e interrumpió la marcha. El sargento se dirigió a mí y se entabló este diálogo:

- Quisiera decirle a usted alguna cosa, sin ánimo de ofenderle y si me autoriza para ello.

- Diga lo que quiera, que no se quedará por mi parte sin una contestación adecuada.

- ¿Por qué anda usted en estos trances tan dolorosos y llenos de peligros, cuando podría gozar de una posición envidiable y estar rodeado de toda clase de comodidades?

- Es para defender a tu padre que lo has abandonado, y que a estas horas, anciano y miserable, trabaja para el señor que lo explota y esclaviza, como ese pobre viejo que contemplamos con dolor al borde del camino.

Creí que aquel sujeto iba a decir que no tenía padre o que si lo tenía gozaba de todas las comodidades, pero se ve que di en el blanco, porque quedó inmóvil como una estatua, bajó la cabeza como apesadumbrado, volvió atrás con el caballo y seguimos nuestra marcha sin despegar los labios.

Una hora después llegamos al pueblecito de Santiponce, construido sobre las famosas ruinas de Itálica, donde pasé algunas temporadas de mi niñez, al lado de un hermano, apasionado por los estudios arqueológicos. Los guardias civiles que nos conducían, después de hojear unos papeles y cambiar unas palabras que no llegaron hasta nuestros oídos, nos entregaron a la guardia civil de Santiponce, que en las afueras del pueblo nos esperaban y entonces ocurrió una cosa rara que mi malogrado amigo Blas Infante atribuía, en un librito que publicó, a un verdadero "milagro", que él interpretaba a su manera.

Cuando tendí mi mano para estrechar la del sargento que se despedía, éste apretó la mía fuertemente entre las suyas y rompió a llorar como un niño, y llorando se fue acompañado por los suyos, que lo siguieron cabizbajos.

* * *

En Santiponce nos encerraron en la zahúrda que hacía de cárcel, donde permanecimos un par de horas mientras la guardia civil ponía en orden la documentación. Como los hombres estaban en las labores del campo, acudieron las mujeres a visitarnos, llevándonos la comida, café y tabaco.

Escoltados por un sargento y un guardia civil partimos carretera adelante en dirección del próximo pueblo de Guillena. Ni que decir tiene que íbamos bien esposados para evitar que nos escapáramos o acometiéramos a la pareja. El sargento era tuerto y tonto. Por el camino trató de demostrarme que los anarquistas estábamos equivocados y queríamos un imposible, diciendo para el caso las mayores tonterías que jamás he oído. "¿Y usted qué piensa de lo que dice este hombre?", le pregunté al guardia civil, que tenía aspecto de buena persona. Pero antes de que respondiera, se encaró con él el sargento, y le dijo: "Tú no puedes pensar nada, porque eres un simple guardia civil, y no un sargento como yo". Más adelante, en una ocasión que se separó el sargento, el guardia civil me dijo: "Las ideas que usted expone son muy nobles y justas, lo que dice el sargento, son verdaderos rebuznos, y tengo que hacer un esfuerzo para no romperle el fusil en la cabeza, pues no pierde ocasión para molestarme".

* * *

Al anochecer llegamos a Guillena, y un arroyo de cenagosas aguas a la entrada del pueblo detuvo nuestra marcha. No sabíamos qué partido tomar, porque era ancho y hondo. Pero de improviso se presentó un campesino y se ofreció a pasarnos sobre sus hombros, cosa que hizo llegándole el agua hasta la mitad del muslo. Me dejó a mí el último y entonces me preguntó quiénes éramos. Y al informarle, me dijo que se lo había figurado y que por eso había hecho el

sacrificio de cargar a cuesta a los cabrones de la guardia civil. "Yo trabajaba en lo alto de aquel cerro, y al veros venir por la carretera, custodiados por la guardia civil, pensé que érais compañeros de la organización y que tenía el deber de ayudaros".

Una vez en Guillena, fuimos llevados al Ayuntamiento y luego a la cárcel, una estrecha mazmorra de muros de piedra en extremo sucia e incómoda. Informado el pueblo de nuestra llegada por el campesino que nos prestó ayuda, cundió pronto la agitación y la protesta de sus habitantes, alarmándose en extremo las autoridades, que pidieron auxilio al Gobernador.

Aunque la noche era negra y fría, el campesino partió para Sevilla, siguiendo las trochas más cortas, y llegó a tiempo para informar de nuestro paradero a los compañeros del Comité Regional de la C.N.T. y a nuestros familiares. Cumplida su misión volvió por el mismo camino a Guillena, llegando al amanecer, y una vez allí acordaron los campesinos impedir nuestra salida.

A la mañana siguiente estaban todos los hombres en huelga y patrullando por las calles. El médico del pueblo, un hombre entrado ya en años, nos llevó a la cárcel un espléndido almuerzo, entre otras cosas, unas ricas truchas que había mandado pescar para nosotros.

Casualmente aquel día se reunieron en Guillena los maestros de escuela del distrito, para asuntos de organización. Como hombres sensatos que eran, mediaron para evitar un día de luto en el pueblo, pues se estaba concentrando la guardia civil y se esperaba la llegada de los soldados.

Después de una acalorada discusión, se aprobaron entre ambos bandos, autoridades locales y campesinos, las siguientes bases, ante la presencia de una comisión de los maestros de escuela, que oficiaban como árbitros:

1º Los detenidos saldrán del pueblo sueltos, es decir, no se les pondrán las esposas.

2º No irán a pie, sino montados en caballerías.

3º Llevarán buena comida y bebida para el día.

4º Dos campesinos de Guillena los acompañarán en el viaje, hasta el pueblo próximo, donde harán gestiones para que sean bien tratados.

A las once de la mañana salimos de Guillena cada uno en un borrico, con las alforjas bien repletas de comida, además de unas botellas de buen vino.

Se disiparon las sombras que se cernían sobre el pueblo, salió el padre sol para alumbrar nuestro camino y no faltaron los vivas a la C.N.T.

La verdad es que da gusto ser revolucionario y perseguido cuando se cuenta con un pueblo tan bravo y noble como el de los campesinos, que con su intervención invierten las cosas de tal manera que los perseguidos son los triunfadores y sus perseguidores los vencidos.

* * *

A poco de salir de Guillena penetramos en un terreno escabroso donde nos sorprendió una lluvia intensa y buscamos refugio en una venta del camino. Los posaderos nos conocían y nos prepararon a todos una comida suculenta. Allí llegaron buscándome el conocido socialista extemeño don Juan Vázquez y otro compañero que ya no se separaron de nosotros y siguieron nuestros pasos.

De allí fuimos a Fuente de Cantos y pasamos un día y una noche en la cárcel. Por la noche, el director de la misma nos llevó a su oficina por donde desfilaron centenares de personas que estrecharon nuestras manos.

Luego nos condujeron a los Santos de Maimona donde quedamos en el Ayuntamiento y fuimos bien tratados. Los campesinos socialistas eran allí muy numerosos.

Una mañana llegamos esposados al pueblo de Santa Marta donde nos encerraron en una especie de cueva cerrada por una verja de hierro que había dentro de un calabozo. En aquel lugar no podíamos acostarnos, teníamos que estar de pie. Ya avanzada la noche encerraron en el calabozo a un gitano que se lamentaba de nuestra compañía, según él, porque éramos unos bolcheviques peligrosos. A una llamada que yo le hice, se acercó al hueco en que estábamos encerrados y habló con nosotros enterándose de quiénes

éramos. Al gitano le introdujeron por una ventana una botella de aguardiente que compartimos. El carcelero que teníamos no podía ser más malo, incluso se negó a llamar al médico para que asistiera a un enfermo nuestro. Nos contestó que en el pueblo había un buen cementerio donde enterrarnos por si alguno moría. Por lo visto en aquel lugar había un solo socialista que fue detenido al anunciarse nuestra llegada. A pesar de todo, una mujer del pueblo, llamada Caridad, intervino y consiguió pasarnos un pollo preparado para nuestra comida.

De aquel pueblo infernal pasamos a la cárcel de La Albuera. Allí se celebraban unas elecciones parciales, donde el diputado que se presentaba era un marqués extremeño, acompañado de un político de Badajoz. Por la noche me sacaron a mí solo de la prisión para que asistiera a una cena que celebraban los políticos triunfantes, en el que estaba presente el sargento de la guardia civil. Al final de la comida llegó al pueblo un delegado del gobernador, y a toda prisa volvieron a encerrarme en la prisión para que aquél no se diera cuenta de mi salida.

Por fin llegamos a Badajoz, en cuya cárcel nos encerraron. Como era día de nochebuena, los socialistas de Badajoz nos prepararon una buena cena acompañada de una botella de buen vino. El empleado de la prisión que estaba de guardia rechazó el vino y sólo nos introdujo la comida. Como la cantidad de vino era muy limitada armamos un escándalo grande. Subió el empleado y nos llamó al orden, pero no se atrevió a entrar al calabozo donde hubiera quedado mal parado. Al día siguiente, el director de la prisión dispuso que se nos sacara del calabozo que estábamos encerrados y quedáramos sueltos en la prisión. Después supimos que aquel individuo que había rechazado el vino para nuestra cena era un sujeto que había recibido el nombramiento de verdugo, que no pudo aceptar por la oposición de su madre y su esposa.

De Badajoz nos llevaron en tren a Cabeza de Buey, en cuya cárcel quedamos encerrados.

En la prisión de Cabeza de Buey pasé varios días y recibí las visitas de algunas personas de la localidad de ideas izquierdistas. La noche antes de mi salida

aquellos amigos me comunicaron que en la mañana del día siguiente estaban convocados a la puerta de la prisión todos los pastores de la región, para hacer acto de presencia como un homenaje silencioso a las ideas revolucionarias que yo representaba.

En efecto, la mañana que salimos de la prisión cuatro anarquistas sevillanos, esposados de dos en dos y custodiados por la guardia civil, tuvimos una sorpresa grande, aunque ya nos lo habían advertido, al contemplar una inmensa muchedumbre de pastores, cayado en mano, en una explanada cercana, que nos esperaban en manifestación silenciosa, posiblemente para evitar un choque sangriento con la guardia civil concentrada en aquellos alrededores. Al llegar nosotros, se replegaron aquellos hombres y dejaron un espacio libre para que pasáramos, al mismo tiempo que todos a una se quitaron los sombreros e inclinaron la cabeza a nuestro paso. El espectáculo era impresionante y el silencio completo.

Pero en el momento de cruzar el corredor que dejaron abierto los pastores, en una calle próxima, en cuesta algo empinada, descendía un sacerdote, al que yo llamé la atención levantando, al par con mi compañero, el brazo encadenado, y le grité con voz potente estas palabras:

-¡Padre cura! ¡Padre cura! ¡Así llevaron a Cristo!

El cura detuvo su paso, inclinó la cabeza como los pastores y extendió sus brazos hacia nosotros, inmóvil y silencioso, y así permaneció un largo rato, hasta que conducidos por la guardia civil, fusil en mano, desaparecimos, para perdernos en las llanuras de la Serena, para cruzarlas y penetrar en la Siberia extremeña.

Una vez en la Siberia fuimos conducidos a los pueblos de la Zarza, Puebla de Alcocer, Talarrubia, Herrera del Duque y por último Fuenlabrada de los Montes, donde iba desterrado. Los tres compañeros que me acompañaban fueron repartidos por los pueblos vecinos.

Segundo destierro en Funelabrada de los Montes

Por el mes de diciembre de 1921 fui desterrado por segunda vez en Fuenlabrada de los Montes. Estaría allí dos meses. El recibimiento en masa que me hizo el pueblo acabó por disgustar a los caciques y se prepararon para arrojarme del lugar.

Por aquellos días cayó gravemente enfermo un yerno del cacique, llamado "el Abogado", que salvó la vida gracias a mi intervención. La noche que le di de alta me enseñó agradecido una carta del Marqués de Villabrágima, de la familia de Romanones, y me dijo que si necesitaba algún favor de aquel señor él lo podía lograr. Yo no le pedí nada, pero él sí le pidió que me desterrasen de aquel pueblo por mi presencia peligrosa.

En efecto, recibí una noche el aviso de la guardia civil para que me preparara a partir de Fuenlabrada, con rumbo desconocido. Aquello era una galantería del "Benemérito Instituto", pues por lo general me llevaba de un lado a otro sin previo aviso, como mercancía de poco valor.

Y en efecto, al amanecer se presentó una pareja de la guardia civil a buscarme y nos encaminamos rumbo al sur. A la salida del pueblo se unió a la caravana un viejo campesino que se mostraba muy agradecido por la asistencia médica que le había prestado a la única hija que tenía, consuelo de su vejez. Lugo, que así se llamaba el buen hombre, montaba un borriquillo muy endeble y llevaba como único equipaje un jamón para obsequiarme.

La mañana estaba muy fría, la tierra cubierta de escarcha, el cielo entoldado de nubes plomizas. Seguimos a pie una vereda pedregosa, sembrada a trechos por encinas corpulentas.

Atravesábamos una meseta que nos mostraba amplios horizontes, recortada por altas montañas, cuando, en un recodo del camino, nos topamos con un grupo numeroso de aldeanos de ambos sexos y de todas las edades. Un hombre se adelantó a nosotros y nos dijo con voz firme, mientras nos saludaba sombrero en mano:

-Yo soy el sacristán del pueblo vecino de Larvayuela y estas buenas gentes son enfermos que desearían que el doctor los visitara antes de dejar, contra su voluntad, estos lugares, donde tanto lo queremos... La guardia civil no puso reparo a la petición de aquellos infelices, y al pie de una encina secular, encuadrada por la pareja fusil en mano, establecí mi clínica improvisada, la mejor que nunca he tenido y que no fue la última en su género.

Uno a uno pasé revista a los humildes, aquejados por toda suerte de dolencias, la peor de todas, la ignorancia y la miseria. Bandadas de cuervos cruzaban el espacio graznando sin cesar, y las urracas, burlando, saltaban de rama en rama. De vez en cuando, el sacristán, interrumpía la consulta, empuñaba una descomunal bota con buen vino negro de la Mancha, cortaba un trozo de jamón y nos obligaba a aceptar su obsequio, que acabó por enternecer a los hoscos guardias civiles.

Concluido el reconocimiento de los allí presentes, el sacristán, que era un hombre como de 60 años de edad, alto de cuerpo, ancho de espalda, panzudo, de cara grande y de barba descuidada, de boca desdentada, se adelantó y me dijo con voz angustiosa: "Ahora, me toca a mí, el más enfermo de todos", y se golpeó con el puño su dilatado estómago a manera de tambor, mientras hacía muecas de intenso dolor, y en efecto, el santo varón, fiel discípulo del dios Baco, padecía una fuerte hipercloridia, agravada por el vinillo manchego y la carne de puerco, al mismo tiempo que una cirrosis alcohólica le ocasionaba los mayores sufrimientos.

Y como la hora avanzaba y el sol, que se mostraba como avergonzado, se acercaba a poniente, nos despedimos de los aldeanos después de apurar el último trago, y seguimos nuestro calvario silenciosos y cabizbajos. De pronto, en el silencio del anochecer, oímos la voz recia del sacristán, volvimos la cabeza y con sorpresa vimos que agitaba los brazos en actitud de bendecir, pronunciando a gritos estas palabras: "¡Yo os bendigo, doctor, en nombre de un dios misericordioso, para que triunféis de los malos y viváis muchos años sembrando el bien entre los desgraciados!"

Y su rebaño caía de rodillas y lanzaban con acento dolorido estas palabras: "¡Amén!

¡Amen!"

La noche cerró por completo, las estrellas alumbraban débilmente y como sombras, nos deslizamos entre la arboleda con rumbo desconocido, pero mi brújula señalaba el polo del dolor.

Aquella noche llegamos al pueblo de Siruela y la guardia civil me condujo a su cuartelillo. Allí me dejaron suelto para que durmiera en un hotel y pudiese visitar a los enfermos que lo solicitaran.

Al día siguiente me condujeron al pueblo de Peñalsordo donde iba destinado. La noche que quedé en Siruela atendí a una enferma paralítica que llevaba mucho tiempo en la cama. Se trataba de una histérica y me fue fácil dejarla levantada.

Aspecto de Peñalsordo

Mi destierro en Peñalsordo

Los que deseaban visitar la Siberia extremeña, o sea, el extremo norte de la provincia de Badajoz, bajaban del tren en la estación de Cabeza de Buey, subían en una caballería, atravesaban una parte de la Serena, terreno llano, y después de una hora de trotar por una vereda de cabras, llegaban al pueblo de la Zarza, donde comenzaba un terreno escabroso. A media hora de camino, siempre a caballo, se encontraba el pueblo de Peñalsordo, de cuyos hombres vamos a ocuparnos en este relato.

Peñalsordo era un pueblo de tres mil habitantes, relativamente moderno, pues no tendría más de tres siglos de existencia. Estaba enclavado en un terreno desnivelado, no habiendo una calle derecha, subiendo unas y bajando otras y en el alto de la más empinada, se encontraba una pequeña iglesia ruinosa, terror de curas y sacristanes, por lo penoso de la subida. El ilustre fundador de la villa, según las crónicas del lugar, fue un pastor de cabras, sordo como una tapia, llamado Peña, de donde tomó el nombre de Peñalsordo. Si Roma está construida sobre siete colinas, Peñalsordo lo está sobre setenta peñas, y me quedo corto. El pastor Peña fundó su villa en lo que era un lugar de delicias para sus cabras, por los saltos que daban. Luego siguieron saltando los hombres, pero de mala gana.

Los espíritus curiosos, aficionados a antigüedades, tenían poco o nada que aprender en el lugar que nos ocupa, pero si marchaban unos 30 minutos hacia el oriente, por un camino pedregoso, llegaban al villorrio medieval de Capilla, donde podían encontrar cosas sustanciosas. En el pueblo había una antigua iglesia católica, que antes fue sinagoga, en la que reposaban los restos mortales de algunos parásitos notables de su época. Al pie del pueblo, en una colina, se encontraba en ruinas lo que fue un bonito castillo, casi un juguete, donde habitaron los condes de Capilla, señores de aquel territorio.

Entre Peñalsordo y Capilla hay un peñón gigantesco, en lo alto de un cerro, llamado, por su forma, el Peñón del Pez. Los romanos lo cortaron a pico para dar paso a sus legiones. En algunos trechos, sobre las más altas crestas, se descubren los rastros de un camino, en varios sitios protegido por grandes

bloques de piedra. Sin duda era una vía abierta por los romanos, desde Mérida a las minas de Almadén, ya que se trabajaban en aquella época. Para luchar con ventajas contra las tribus bravías que defendían su suelo, los invasores, como las águilas, viajaban por las alturas.

Peñalsordo era un pueblo excepcional, como no he visto otro. Allí no había ricos ni pobres, sino labradores acomodados que cultivaban sus campos. Los hombres eran hércules y sus mulos de trabajo grandes elefantes. En tiempos de la recolección, aquellos hombres trabajaban de día y de noche, y algunos me aseguraron que dormían mientras marchaban agarrados a la cola de los caballos. Nunca estaban satisfechos de las tierras que tenían y aprovechaban las ocasiones que se presentaban para hacer nuevas adquisiciones ventajosas y con facilidades de pago. Y cuando ambicionaban una hacienda, que no estaba en venta, se valían de una treta muy graciosa para obtenerla. Llamaban al cura párroco, don Ángel Medel, ya fallecido, y le daban instrucciones sobre el particular.

El cura de Peñalsordo iba a Madrid y se presentaba en el palacio del propietario de la hacienda, un duque de abolengo, donde lo recibían con todo respeto, como hombre santo que era. Comía y bebía opíparamente en la mesa del señor, y después se entablaba el siguiente diálogo:

El cura (con voz suplicante): "Vengo en nombre de los pobrecitos campesinos de Peñalsordo, quienes sabedores de las intenciones que tiene su señoría de vender la finca que posee en aquel término, desean comprársela para salir de la apurada situación en que se encuentran".

El duque (con voz viva): "Es un error, señor cura, pues nunca he pensado tal cosa y más tratándose de una finca heredada de mis abuelos que conservo como un recuerdo de mucha estima".

El cura (con voz suavemente imperativa): "Es necesario que su señoría se desprenda de aquellos terrenos, pues los habitantes de aquel lugar viven en la mayor miseria, sin un palmo de tierra que cultivar, y si tal hiciera, Dios se lo pagaría en el cielo. Además, es la única manera de taparle la boca al doctor Vallina que anda por aquella región llamando a los campesinos a la revuelta y aconsejando el degüello de los señores, que según él se enriquecieron

robando las tierras que poseen. Crea su señoría que no nos llega la camisa al cuerpo, porque los pobres extraviados lo siguen como a un nuevo apóstol y si hoy no ceden los terratenientes una parte, es posible que mañana lo pierdan todo, incluso la vida".

Entonces, el duque llamaba a su administrador y con voz temblorosa por la emoción le ordenaba hiciera las gestiones necesarias para vender las tierras en cuestión a los campesinos de Peñalsordo.

Don Miguel Medel tenía mucho de hombre y poco de cura. Vivía maritalmente con la hermana Faustina, que allá en su juventud conquistó en el pueblecito de Capilla. Como fruto de sus amores tenía una hija que era el retrato de su padre, en lo físico y en lo moral. Era hombre desprendido y rechazó todas las ventajas ofrecidas por sus feligreses, a cambio de los servicios prestados y prefirió vivir pobremente. El cura de Peñalsordo fue muy buen amigo mío y me quería como a un hermano. Admiraba el ideal anarquista y con frecuencia me decía:

-Temo que estos tunantes lo crucifiquen a usted, porque son de la misma categoría de los que crucificaron a Cristo.

Hecha esta breve semblanza de Peñalsordo y sus hombres, podría contaros muchas cosas interesantes que allí ocurrieron, pero sólo os hablaré de una que caracteriza la fortaleza de aquella raza de hombres verdaderos.

Corría el año de 1921 y yo había sido trasladado desde Fuenlabrada a Peñalsordo, hacía pocos días. Por entonces nos llevaban de un pueblo a otro, sin saber dónde dejarnos, atemorizados por el cariño que nos demostraba la gente. Hacía tiempo que por allí se esperaba algo nuevo, sin saber lo que era, que iluminaría el camino tenebroso y sin esperanza que se seguía. Mi llegada fue para ellos una revelación por la doctrina que enseñaba y por la manera de conducirme. Por fin, veían claro las causas de sus dolores y cómo ponerles remedio.

Una noche fui llamado al cuartel de la guardia civil, para visitar a un niño gravemente enfermo, y a la salida entré en la habitación del comandante del puesto, el cabo X, un hombre joven, de aspecto simpático, de ademanes

correctos y de pocas palabras. Lo encontré cabizbajo y dando muestras de un dolor intenso. "¿Le duelen a usted las muelas?", le pregunté al contemplarlo en tan lamentable estado. "Algo peor que eso", me respondió al mismo tiempo que me alargaba una orden de sus superiores, escrita en un cuadrado azul, a manera de telegrama, en la que se le mandaba conducirme a pie a las Hurdes de Cáceres y dejarme allí en el peor sitio. A fin de borrar la pesadumbre de aquel buen hombre, le dije con muestras de alegría: "Después de todo es una suerte visitar a una región tan curiosa y desconocida, haciendo el viaje a pie, que es como mejor se conocen las cosas. Yo he viajado a pie a través de Bélgica y Holanda, y estoy acostumbrado a largas caminatas, así que no hay que apurarse por tan poca cosas".

El cabo alzó la cabeza con un ademán resuelto, me miró fijamente, golpeó con su mano derecha la manga izquierda de su chaqueta y dijo con voz firme: "Primero arranco estos galones que prestarme a tal villanía". En este momento se presentó un guardia municipal llamándonos al Ayuntamiento, donde nos esperaban los allí reunidos.

Llegamos al Ayuntamiemto y en la sala del juzgado estaban presentes como una docena de hombres, entre ellos el alcalde, el juez, el médico municipal, el cura párroco y varios labradores significados. Todos eran hombres maduros entre los 40 y 60 años, de aspecto saludable. Nos hicieron señas para que nos acercáramos y continuaron hablando. El cura estaba en el uso de la palabra y decía que mi labor médica en la región era altamente benéfica y mi conducta moral irreprochable. En cambio, los políticos que me perseguían eran ladrones y sinvergüenzas. Así como suena. Había, pues, que oponerse por todos los medios a que me llevaran del pueblo, no obedeciendo otro mandato que el de la conciencia. Los que siguieron en el uso de la palabra abundaron en las mismas razones. Por último, se levantó un hombre corpulento, como un gigante, con la cabeza blanca por el peso de los años, y pegando un fuerte puñetazo sobre la mesa, gritó con voz tan alta que hizo estremecer a los concurrentes: "Nosotros, los campesinos de Peñalsordo, somos los dignos descendientes de aquel alcalde de Zalamea que desobedeció al rey y ahorcó al delincuente. En esta ocasión desobedeceremos al rey y a sus autoridades injustas y retendremos y protegeremos aquí al hombre que nos anuncia la

llegada de una sociedad más perfecta". Y al decir esto, señalaba con el brazo extendido hacia un lugar lejano, donde en los días de atmósfera transparente se divisaba en una altura, como un muñequito, el castillo de Zalamea. Hubo un momento de silencio y luego se levantó a hablar un hombre alto y encorvado, con un bigotillo rubio, que con voz apagada dijo: "La noche está muy fría y húmeda y don Pedro debería recogerse pronto, por lo mucho que padece de reumatismo". El que había hablado era el médico municipal don José Serrano. Ya iba a decirle que estaba equivocado y que no padecía de reumatismo, no conociendo la doble intención de sus palabras y su manera astuta de resolver los problemas, cuando se levantó el juez y dijo: "don José ha dado la solución más prudente y menos comprometida para todos. No permitiremos que se lleven a don Pedro hasta que se cure del reumatismo, y el pueblo, que es el que manda, le dé de alta". Hubo una risotada general y se dio por terminada la reunión, marchando cada uno a su casa y yo a la posada donde me alojaba.

Por tres veces vino un capitán de la guardia civil a buscarme para trasladarme a las Hurdes, pero apenas asomaba las narices por la región, cuando los pastores nos informaban del camino que seguía, así cuando llegaba a la posada, ya estaba metido en cama y quejándome de los dolores. Llegaba a poco el médico del pueblo y se negaba a autorizar la salida.

Mientras tanto, los enfermos se escondían en patios y cuadras, esperando que nos quedáramos solos para continuar la consulta.

La última vez que vino el capitán se dirigió al médico y le hizo esta pregunta con voz desabrida:

- ¿Cuánto podrá durar la enfermedad del señor Vallina?

- No seré yo quien se lo diga -le contestó el doctor con voz tranquila y mirada penetrante-, sino el pueblo de Peñalsordo que lo ha acogido con el entrañable cariño que se merece y que no permitiría que se lo llevaran, sin llevarse al pueblo en masa, porque además de la historia del alcalde de Zalamea saben también la de Fuente Ovejuna, "todos a una".

- Está bien -contestó el capitán-, puede el pueblo guardarlo todo el tiempo que quiera, pero yo no volveré más a hacer un papel tan ridículo.

Y cuando el capitán subía la calle acompañado de su ayudante, la gente salía a las puertas de las casas y lo despedía con una sonrisa burlona.

Así son los campesinos de Peñalsordo. Así son los campesinos de muchos pueblos de España. ¡Ay de Franco y sus secuaces, el día cercano que levanten los puños!

* * *

El cura párroco de Peñalsordo tenía un coadjutor vasco, un cura de unos 50 años de edad, extremadamente miope. Con él vivía una mujercita como ama del sacerdote. Era en extremo reservado y de las conversaciones que tuve con él saqué la impresión más favorable. En cambio, el cura párroco hablaba mal de él y lo acusaba de ser carlista disfrazado.

Un día llegaron al pueblo cuatro obreros deportados de paso para otros lugares. Las autoridades los acogieron muy bien, así como la gente del pueblo. Los obsequiaron y los pusieron en libertad. El día que se marcharon vinieron a despedirse de mí en la posada en que me encontraba. Pasaron por la calle en que vivía el cura vasco, que salió a su puerta a saludarlos. Cuando luego subía yo la calle, me estaba esperando en la puerta y me hizo entrar en su casa y me dijo: "Cuando pasaron por aquí los deportados tuve intenciones de unirme a ellos, de tirar la sotana y gritarles: «Yo soy de los vuestros», pero no lo hice en consideración a mi inutilidad física y a mi pobreza. Además tengo a mi cargo una pobre mujer que sin mí quedaría abandonada".

Durante algunos meses tuve correspondencia con él sobre asuntos sociales. Entonces vivía en el país vasco.

* * *

Un día llegó a Peñalsordo una señora muy enferma, de paso para Madrid. Iba a operarse de una pleuresía purulenta. Era sobrina del cura de Peñalsordo y venía del pueblo cercano de Siruela. No tendría aún 30 años de edad, y la acompañaba su marido y un hijo pequeño. Al llegar a Peñalsordo se agravó

tanto que se dispuso no seguir el viaje a Madrid. Entonces yo, sirviéndome del médico del pueblo como auxiliar, y del cura párroco como anestesista, operé a la enferma. Los resultados fueron excelentes y al poco tiempo estaba curada.

Se organizó una expedición a Siruela, en la que fui incluido. Allí fuimos recibidos con entusiasmo por todas las clases sociales y me propusieron residiera en dicho lugar en vez de en Peñalsordo, por ser un sitio céntrico y más concurrido. Siruela era considerada como la "capital de la Siberia extremeña".

Destierro en Siruela

Puestas de acuerdo las autoridades, pasé desterrado a Siruela, que era lo que la gente deseaba. Este destierro duró unos dos años. Allí mi compañera Josefina me acompañaba con dos hijos que teníamos, uno nacido en París y la niña de pocos días nacida en Peñalsordo. Allí fui muy bien acogido por toda la población, excepto por los médicos, que convinieron en ponerme todos los obstáculos posibles. Aquellos doctores se habían casado con las mujeres más ricas del pueblo y habían olvidado lo poco que aprendieron. Así que eran enemigos poco temibles y pronto quedaron eliminados.

A poco de llegar allí, cayó gravemente enferma la niña de uno de los más ricos del pueblo, médico también pero ya no ejercía su profesión y vivía del capital de su esposa. La niña era en extremo querida por su abuela, viuda de un antiguo cacique que poseía una fortuna considerable. Reunidos todos los médicos le diagnosticaron "una pulmonía central" y se puso al borde de la muerte. La abuela llamó a todos los médicos y declararon que no tenía remedio y que viviría muy poco. Entonces decidió llamarme a mí. Esto extrañó un tanto en el pueblo por tratarse de una señora extremadamente religiosa que incluso tenía una capilla en su casa. Yo acepté la invitación y cuando fui a ver a la niña que tendría unos cinco años, me la encontré en una habitación herméticamente cerrada y presa de una fiebre de más de 40º y envuelta entre algodones. Le diagnostiqué una fiebre tifoidea y prometí curarla siempre que se hiciera lo que yo ordenara. La abuela quedó conforme y me prometió que se cumpliría lo que yo creyera más conveniente. Despidió a todos los médicos de la casa y además prohibió al mismo padre de la niña que interviniera. Abrí puertas y ventanas y dispuse el método de balneación indicado. Puse un practicante de confianza que me acompañaba para que vigilara el tratamiento de la niña, puesto que la balneación encontraba mucha oposición. La lucha fue empeñada y la población estaba pendiente del resultado. Por fin la niña recobró la salud y la familia llevó una reliquia a la Virgen de Alta Gracia y se me consideró como el salvador.

De estos casos se dieron varios, todos con el mismo éxito. Hasta que llegué al pueblo nunca antes se había bañado a un enfermo. No sólo la población fue asistida por mí, sino que llegaron muchos clientes de los pueblos de los alrededores.

¿Qué motivos tuve para marcharme de una población donde fui tan bien acogido? Fue debido a la presencia del carbunco, una enfermedad muy extendida que causaba numerosas víctimas y que ponía en peligro a mi misma familia.

* * *

El carbunco es una enfermedad infecciosa aguda causada por el Bacillus anthracis, que suele contraerse por contacto con los animales infectados o con productos de los mismos.

Es esencialmente una enfermedad del ganado, que en algunos países ataca con intensidad, como ocurría antes en la Siberia rusa, donde se conocía con la denominación de plaga y peste siberiana. También en Francia se desarrolló entre las ovejas en cierta ocasión una epidemia de carbunco de tal intensidad, que llegó a temerse por la extinción de esta clase de ganado en aquel país, motivo de los trabajos científicas de Davaine y Pasteur.

Después de la muerte de los animales, las bacterias pasan por una fase de resistencia, los esporas, que cuando las condiciones son favorables dan origen a nuevas bacterias, aun transcurridos varios años. De los cadáveres enterrados de los animales carbuncosos se desprenden esas esporas, que los gusanos sacan a la superficie de la tierra, contaminando los pastos que después comen los animales. Esos campos contaminados son los llamados "campos malditos".

El agente patógeno penetra generalmente por las vías digestivas, respiratoria y por la piel. El hombre se inocula por una lesión cutánea, la que se encuentra con más frecuencia en los carniceros, veterinarios, curtidores, etc.

El carbunco presenta dos manifestaciones; la pústula maligna, local, en la cara, cuello y otras partes descubiertas, y la infección general, que mata con suma

frecuencia, si no se acude a tiempo. Hay formas que de preferencia se localizan en el aparato digestivo, en el respiratorio y en el nervioso, constituyendo la más grave modalidad de la enfermedad.

Hecha esta breve exposición para facilitar la comprensión del tema que voy a tratar, entro en materia.

Por el año de 1919 fui deportado por primera vez al extremo norte de la provincia de Badajoz, región llamada, por los comerciantes viajeros, la Siberia extremeña, por el estado de aislamiento en que se encontraba, pues carecía de todo medio de comunicación, incluso de carreteras y puentes. La agricultura era pobre, pero la ganadería, en oveja lanar, era muy próspera para algunos privilegiados.

Una de las cosas que más llamaron mi atención al llegar a aquel extraño país fue las grandes cicatrices que en la cara y cuello llevaban muchos de sus habitantes. Éstos habían padecido el carbunco, que se les había cauterizado bárbaramente con hierros candentes de la fragua o con potasa cáustica. Después, un médico extremeño, cuyo nombre sentimos no recordar, había introducido en el tratamiento la cauterización con unas gotas de una solución concentrada de sublimado corrosivo, procedimiento eficaz y menos cruel. Precisamente los atacados no eran sólo los ganaderos, carniceros y curtidores, que por su trabajo estaban más expuestos a la infección, sino que se encontraban individuos de todas las edades, sexo y condición social.

Con el mayor interés me puse a estudiar el problema, que pronto se me planteó con toda claridad. Los cadáveres de los animales carbuncosos eran muy numerosos, pero allí no se enterraban y, por lo tanto, los gusanos no podían sacar sus esporos a la superficie de la tierra. Los animales muertos eran comidos en forma de tasajo, la carne seca salada, o bien fresca a poco de morir, por las familias pobres y las acomodadas, éstas, víctimas de otra enfermedad incurable: la avaricia. Aquellos seres eran necrófagos o sea comedores de animales muertos, no sólo del ganado lanar, sino también de los cerdos y aves de corral, muertos por otras enfermedades. Y el mal estaba tan extendido que en los primeros días de mi llegada conté en el mercado del

pueblo de Siruela dieciséis mesitas con carne de animales muertos puestos a la venta pública.

Desde el primer momento me puse a combatir el mal con la mayor tenacidad, convirtiéndoseme en una obsesión a medida que se me revelaban sus alcances insospechados. Raro era el día que no se presentaba uno o más casos de enfermedad.

El comienzo consiste en una pequeña mancha análoga a la picadura de una pulga o por una pápula pluriginosa. Algunas horas después se forma una vesícula, llena de una cerosidad amarilla rojiza, que se rompe bien pronto dejando en su lugar una escara negra. Ésta reposa sobre una base endurecida, rodeada de un rodete edematoso, en el que se sobreponen unas pequeñas vesículas en forma de aureola. La inflamación adquiere caracteres monstruosos y se extiende en párpados y cuello. A los cuatro o cinco días se presentan los fenómenos generales: fiebre de 40º, vómitos, constipación o diarreas fétidas, sudores, ansiedad, pulso débil y rápido. Los enfermos mueren rápidamente por un síncope, o bien la agonía se prolonga con la pérdida del conocimiento. La forma gastroinstestinal en la que predominan los vómitos, diarreas sanguinolentas y dolores abdominales, así como la forma pulmonar, en la que aparecen todos los grados de las lesiones broncopulmonares, como la bronquitis, bronconeumonía, congestión pulmonar, edema del pulmón y pleuresía, no son tan frecuentes, pero se observan alguna que otra vez. La forma que se localiza en los centros nerviosos determina contracturas, convulsiones y un estado tifoideo con trastornos de la inteligencia, o bien un síndrome meningítico o una parálisis ascendente aguda.

¡Cuántos infelices murieron en mis brazos! Hombres en plena juventud, desgraciadas mujeres y niños de corta edad. Como la lesión es indolora y a lo más produce un ligero picor, pocos eran los que acudían en los primeros momentos. Los más prevenidos se salvaban en su mayoría, excepto las formas digestivas, respiratorias y nerviosas, que a veces revestían una gravedad excepcional. Cauterizaba la lesión, previa anestesia local con la punta del termocauterio y empleaba, alternando, el suero anticarbuncoso y el neosalvarsan. Entonces se desconocían las sulfas, de cuyos ensayos carezco de experiencia, aunque algunos las han preconizado como eficaces.

Había casos que se explicaban por una lesión local, por la ingestión de carnes muertas o por la respiración de los esporos, pero muchas veces había que sospechar que las moscas servían de vehículo, como era la creencia popular, a mi entender no equivocada.

Mi obsesión contra el mal llegó a tal extremo, que mis gritos ensordecían todos los oídos. A las autoridades las acusaba de complicidad, a los ricos de avaros y a los pobres de cobardes, porque en vez de comerse las carnes sanas a las que tenían derecho, sólo se alimentaban de las carnes putrefactas que les arrojaban sus amos, al mismo tiempo que a los perros. La venta, en consecuencia, fue prohibida y las carnes muertas retiradas del mercado público. Pero pronto burlaron mis buenas intenciones valiéndose del mercado público. Se colocaba una mesita en las puertas de las casas y esa era la señal de que la mercancía estaba adentro. Pronto me convencí que no era sólo la miseria y la avaricia las que empujaban a las gentes a devorar aquellos despojos, sino que había una perversión en el gusto, que las arrastraba a comer de aquellas carnes que llevaban los gérmenes de la muerte. En una ocasión tiraron de una vaca muerta del carbunco al pozo de una mina, cercana al pueblo de Garbayuela, pero unos mozos bajaron al abismo, sacaron la vaca y la devoraron como chacales, sirviéndose más tarde de la piel para hacer unos tambores en el carnaval. Tres jóvenes resultaron contaminados, muriendo dos y salvándose uno que vino a buscar tratamiento a tiempo.

Encontrándome impotente para remediar el mal y no queriendo exponer por más tiempo a mis familiares a la terrible enfermedad, y sabiendo cómo allí era estimado, les puse como ultimátum que me marcharía del pueblo en el momento que se presentara un nuevo caso de carbunco. Al poco tiempo, en un sólo día, se me presentaron siete casos de la enfermedad, y el niño que había vendido la carne carbuncosa, hijo de un labrador acomodado, presentaba el sitio de inoculación dentro de la cavidad nasal, donde, sin duda alguna se había introducido un dedo impregnado en el jugo de la carne. Al día siguiente me marché a Sevilla, aunque no tardó mucho el gobierno en volverme a mandar al mismo sitio.

Aquel vicio tenía raíces tan hondas que me costó un trabajo de Hércules el poderlo desterrar. Me fue más fácil sacudirlos de la modorra en que vivían y

convertirlos en su mayoría en anarquistas y ateos, que arrancarles la maldita costumbre de comer los animales muertos.

Durante la dictadura de Primo de Rivera se construyó un buen matadero con todos los adelantos modernos, en el pueblo de Siruela, pero se valieron de todas las artimañas para que no funcionara y no se construyeran otros análogos en las poblaciones vecinas.

En la época de la República, en que mi influencia en la región era definitiva, redoblé con tal intensidad mis esfuerzos, que creí por fin había alcanzado la meta.

El último caso que se me presentó es digno de relatarse por lo pintoresco.

Una mujer avara hizo comer a su marido la carne carbuncosa, siendo precisamente una familia acomodada. Cuando el infeliz se sintió muy enfermo me hizo llamar de Almadén, donde entonces me encontraba. Cuando llegué a la cabecera de su lecho, el paciente estaba agonizando y murió a los pocos momentos. Era un labrador de mediana edad, alto y fornido. Su muerte me produjo la más penosa impresión y convoqué a todo el pueblo a que asistiera al entierro, a fin de hacer un acto de propaganda, valiéndome de lo trágico del momento. Cuando el pueblo estaba reunido en la calle del difunto, con disgusto de todos, apareció la gente de la iglesia. Entonces los jóvenes me preguntaron:

- ¿Los arrojamos de aquí?

- No me parece bien -contesté-, pues se trata de una familia católica, cuyas creencias hay que respetar, además que el cura es un anciano, el padre Antonio, hijo de unos campesinos pobres, que viven entre los jornaleros y que están más cerca de nosotros que de la iglesia.

Creyeron mis apreciaciones justas y juntos partimos todos. A la cabeza de la manifestación iban la cruz parroquial y la bandera roja de la Revolución Popular.

Al llegar a la puerta del Ayuntamiento, hice detener a los que componían el cortejo fúnebre y pregunté al cura:

- ¿Predica usted o predico yo, padre Antonio?

- Predique usted -contestó-, que lo hará mejor y lo escucharemos con la mayor atención.

Y prediqué. Y mis voces de dolor llenaron el espacio, voces de acusación para el Ayuntamiento, puesto por el pueblo, por su negligencia en aquel asunto, y voces de acusación para todos los reunidos por no haber puesto de su parte las energías que reclamaba un mal tan grande.

- Todos somos culpables -les dije, señalando el ataud-, de la muerte de ese hombre.

Y me escucharon con la cabeza descubierta e inclinada, dando muestras de un verdadero pesar.

Una vez en el cementerio, el padre Antonio bendijo la tumba del infortunado y dijo unos latines que ni él entendió. Y yo cerré el acto al grito de "viva la revolución social" que todos entendieron y contestaron con ardor. Hasta el mismo sacristán.

Además del terrible azote del carbunco se unía otro no menos terrible y con caracteres endémicos: la triquinosis.

* * *

Es una efermedad parasitaria que se caracteriza por la presencia en el seno de las fibras musculares estriadas de la larva de un pequeño nematodo intestinal, la Trichinella spiralis o triquina.

Las larvas se ingieren al comer el cerdo u otras carnes mal hervidas y emigran a diversas partes del organismo, especialmente a los músculos, donde se enquistan después de adquirir el estado adulto.

La triquina es un nematodo de pequeña talla: el macho mide 1,5 mm de longitud y la hembra 2 ó 3 mm. Es sumamente fácil reconocerlo al microscopio, sirviéndose de una pequeña partícula de músculo estriado, de

hombre o de cerdo. La culebrilla, enroscada dentro del quiste, es inconfundible con otros parásitos.

Los huéspedes normales de la triquina son la rata y el cerdo. Éste se infesta comiendo ratas triquinosas, y el hombre comiendo cerdo con triquina. El perro y el gato pueden igualmente infestarse. La extensión de la triquinosis no está en relación con la distribución geográfica de las ratas y cerdos triquinados.

En los Estados Unidos se encuentra poco la triquinosis humana, a pesar de que el 27 por 100, están triquinados, y en Alemania la enfermedad es frecuente, donde sólo el 2 por 100 de los cerdos tienen triquina. Y es que influye en definitivo el cocido de las carnes. En Alemania del norte, en donde existe la costumbre de comer cruda la carne de cerdo, los casos de triquina son muy frecuentes. De 1860 a 1900 se registraron en aquella zona 10 mil atacados con 700 muertos. Esto dio motivo a que se creara un cuerpo de inspectores destinados al examen de las carnes.

Sin embargo, en los Estados Unidos la enfermedad está más extendida de lo que se dice, y no se han tomado en cuenta algunas formas más esporádicas. H. U. William hizo un detenido estudio de los músculos de 505 cadáveres muertos por otras causas, encontrando 27 casos de triquina o sea un 5,3 por 100. Riley y Schleifley encontraron 20 casos de triquinosis a 117 cadáveres, o sea un 17 por 100. Y es que la carne salada y ahumada, como observa Osler, no es siempre inofensiva, y puede infestar a los seres que la comen. Observación parecida a la que hice yo con extrema frecuencia en la parte norte de la provincia de Badajoz, donde trabé una porfiada lucha contra la enfermedad.

He aquí un cuadro abreviado de la enfermedad que me ocupa:

A los tres o cuatro días después de la ingestión de la carne triquinosa, se presentan vómitos abundantes, diarrea coleriforme, escalofríos, fiebres, edema facial considerable y algunos dolores en los miembros. A los ocho o nueve días se declaran vivos dolores musculares con rigidez y contracturas, dificultándose los movimientos. Si el diafragma es atacado, la asfixia es intensa y si lo son los músculos del ojo, se inmoviliza la mirada y simula la ceguera total. La excitación alterna con la postración, el delirio es activo y suelen

presentarse algunos signos de congestión y edema pulmonar. Por último, un edema e inflamación fría invade los miembros inferiores, suben al vientre y a veces hasta los brazos, las facciones se desfiguran, los ojos se enrojecen y se cubren de lágrimas, la voz se apaga, el enfermo se muere.

Los casos ligeros se curan en algunas semanas, los graves pueden durar de dos a cinco meses, para terminar con la muerte. Se han observado casos en que el enfermo ha muerto a los diecinueve días, pero yo he tenido noticias de algunos que han sucumbido antes.

* * *

Después del carbunco, la triquinosis era la enfermedad que causaba mayor daño en la llamada Siberia extremeña. En aquella región, cubierta en su mayor extensión por grandes encinares, la cría del cerdo era una de las mayores fuentes de riqueza. Además, su carne era la alimentación principal de sus moradores. Pronto registré numerosos casos de triquinosis, inadvertidos hasta entonces por los médicos de aquellos pueblos, quienes durante el ejercicio de su profesión se casaron con labradoras ricas, abandonando los estudios y dedicándose a explotar un capital mal adquirido.

Los enfermos de triquinosis, visitados por aquellos médicos, tenían un diagnóstico equivocado, y eran considerados como enfermos de fiebre tifoidea, de reumatismo agudo y de diarrea infecciosa.

En seguida lancé el grito de alarma y convencí a los campesinos del peligro que corrían y lo fácil que era evitarlo. Se hizo una fuerte presión sobre las autoridades y se dispuso que la carne de cerdo fuera formalmente reconocida por el veterinario antes de ser consumida. Pero se presentó una grave contrariedad y eran los perjuicios que se ocasionaban a los pobres que se les quemaba el cerdo contaminado que iba a constituir el principal alimento para todo el año. Esta dificultad se resolvió fácilmente, depositándose una pequeña cuota por cada cerdo reconocido, y el total sirvió para comprar un cerdo sano al que lo perdía enfermo.

Los casos que asistí fueron numerosos y conocí la enfermedad en todas sus fases, desde las formas más graves hasta las más leves, estas últimas simulando un reumatismo muscular.

El tratamiento de la triquinosis no es muy satisfactorio, y el que yo empleaba, en líneas generales, era muy parecido al de la fiebre tifoidea. En el comienzo de la enfermedad, cuando el parásito no había pasado al intestino, trataba de eliminarlo con purgantes repetidos, y por analogía con el tratamiento de otros parásitos, me servía del timol y del emético, así como del neosalvarsan, este último con resultado negativo. Al mismo tiempo luchaba contra el dolor y la fiebre, procurando sostener las fuerzas del enfermo hasta que la triquina alcanzara su período de enquistamiento. Puede afirmarse que no hay medicinas eficaces contra los embriones en su emigración a través de los músculos.

Sin embargo, el tratamiento de conjunto que empleaba y el amor a mis semejantes, me dieron los mejores resultados.

Por cierto que una vez se me presentó la ocasión de salvar la vida a uno de los peores tipos del pueblo de Siruela. Se trataba de un seminarista, próximo a acabar la carrera de cura, miembro de una familia cavernícola de la peor índole. Encontrándose gravemente enfermo el referido sujeto, cayó en cama el médico que le asistía, un hombre que tenía una cualidad pasmosa en equivocarse con sus enfermos, preocupada su escasa inteligencia con los campos y ganado que su esposa poseía. Entonces me pidió por favor que visitara en su lugar al seminarista enfermo. No pude negarme a un acto contrario a la generosidad de mis ideales. Por cierto, el médico había equivocado el diagnóstico y lo curaba como un enfermo de nefritis aguda, a causa de tener un edema en los párpados. Rectifiqué el diagnóstico, que se confirmó en seguida por el análisis de una carne de cerdo que había comido, y con mucha devoción en mi asistencia, salvé la vida al seminarista, estando convencido que si mi vida hubiera estado en sus manos, no habría vacilado en arrebatármela. Pero entre el anarquista y el cura hay tanta diferencia como entre el día y la noche. Cuando volví a darle cuenta al médico de cabecera del resultado de mi examen, lo primero que hice al llegar a su casa, fue coger un tratado de patología médica de su minúscula biblioteca, buscar el capítulo

referente a la triquinosis y ponérselo delante de sus narices. Se incorporó en el lecho, leyó el capítulo con avidez y exclamó: "Me he equivocado; el enfermo padece triquina".

Un caso digno de relatar, referente a esta enfermedad, ocurrió en el pueblo de Chillón, en la vecina ciudad de Almadén. Un día se me llamó al citado pueblo, donde se había declarado una epidemia sospechosa. En efecto, encontré varios atacados de triquinosis, y ya se habían registrado varias defunciones. Pude encontrar la carne de cerdo infestada, y como el veterinario la había reconocido y afirmaba la no existencia de triquina fue en el acto encarcelado por la autoridad local. Entonces un enfermo que se encontraba muy grave, y cuya mujer acababa de fallecer, me llamó a su lado e hizo esta confesión: "Yo no tomé en serio las prédicas de usted, y no creía en la triquina, así que el día de la matanza, en vez de mandar un trozo de la lengua de mi cerdo al veterinario, lo hice con uno del cerdo de un vecino a quien el facultativo había dado el visto bueno. Y entonces, bromeando, llegamos hasta comer con avidez la carne de cerdo cruda, salpicada con sendos tragos de vino manchego. El mal ya no tiene remedio, pero yo le ruego intervenga hasta que pongan en libertad al veterinario que es inocente, y sea yo sólo el que pague, aunque ya he pagado bastante por la ignorancia, ocasionando hasta la muerte de mi propia mujer".

* * *

El veterinario fue puesto en libertad y yo convoqué al pueblo a un mitin en la plaza pública, acudiendo muchísimas personas. Desde la tribuna terminé mi discurso haciendo esta pregunta: "¿Creéis ahora que existe la triquina?" "Sí -me contestaron todos- y estamos dispuestos a quemar la carne de cerdo que se encuentra en el pueblo, casa por casa". Y como la medida era ruinosa para los pobres, aconsejé que se reconocieran todas las carnes a fin de aprovechar las buenas y destruir las que pudieran ocasionar la desgracia de los hombres, Y así se hizo con toda escrupulosidad.

Chillón es un pueblo antiguo de la provincia de Ciudad Real, a dos kilómetros de Almadén. Sus obreros reparten el tiempo en las labores del campo y en los

trabajos de las minas de mercurio. Es un personal excelente, como conozco pocos, abiertos a nuestros ideales y en los momentos críticos de la lucha antifascista, siempre acudieron como un solo hombre a mis llamamientos, dispuestos a codos los sacrificios.

[4]

Cantillana

Sevilla: campaña contra la tuberculosis

Traslado del Comité Nacional de la CNT a Sevilla

Añagaza de político

Preso por la dictadura

En Tánger

Casablanca

Portugal

Mi segundo destierro en Siruela

Mi destierro en Estella

Vuelta de Estella a mi destierro de Siruela

La justicia del pueblo

La tragedia de Castilblanco de los Montes

Mi entrevista con Alcalá Zamora

Viajes a Andalucía y Cataluña

Mujer valiente de un guardia civil

Cantillana

Dos meses antes de mi partida de Siruela, el gobierno me había levantado el destierro, pero continué en aquel pueblo debido a que estaba muy bien tratado por la población y hacía obras muy útiles.

Una vez en Sevilla, los propietarios de casas no querían arrendarme una; no habían olvidado que me había puesto a la cabeza de la huelga de los inquilinos.

Por lo pronto me refugié en Cantillana, y allí llevé a mi familia. Por ser mi madre del lugar conservaba numerosa parentela.

Aquel pueblo no era de mi agrado, por su afición a las corridas de toros y a las fiestas religiosas, pero cuando continué allí algún tiempo llegué a tomarle cariño.

A poco de mi llegada murió de repente el boticario, y en el velatorio me encontré con el anciano cura párroco del pueblo, más tarde le acompañé hasta su casa y en el camino se mostró hostil a los ricos por su crueldad. Y al despedirnos ofreció mandarme los bancos de la doctrina de la iglesia para que tuviese asiento mi numerosa clientela.

La casa en la que vivía era de mi tía Amparo, y allí se encontraba el joven sacerdote Antonio Daza, primo hermano mío.

De los pueblos de los alrededores acudían muchos enfermos y a mí no me faltaba ocupación.

Entre los enfermos se encontraba una señorita llamada Carmelita, un caso intenso de morfinomanía. Su enfermedad empezó por trastornos nerviosos, motivados por la oposición de su padre al novio que tenía. La llevaron a Sevilla y el médico que la visitaba equivocó su diagnóstico, se le presentaron unos vómitos incoercibles, que el doctor confundió con una lesión orgánica del estómago; y como no llegaba a cortar los vómitos empleó la morfina. Abusó tanto de ella que llegó a inyectarse una cantidad enorme. Siendo la mujer más bella del pueblo se convirtió en una piltrafa humana. Yo acepté su tratamiento a condición de tenerla confinada en una habitación y con la llave en el bolsillo.

La enferma quedó completamente curada y volvió a ser tan hermosa como antes. Cada vez que iba a aquel pueblo venía a visitarme y me convidaba a comer.

Cuando mi prestigio era mayor y no bastaba en visitar tantos enfermos recibí la noticia de que ya se había encontrado en Sevilla un local a propósito para mí. Estando ya en Sevilla, con frecuencia me llamaban siempre que había un enfermo grave.

En mi visita por los alrededores del pueblo encontré un lugar conveniente para fundar allí el Sanatorio Antituberculoso que proyectaba.

El sanatorio de Cantillana

Sevilla: campaña contra la tuberculosis

Por fin pude encontrar una hermosa casa perteneciente a la familia del torero Varelito, que había muerto a consecuencia de una herida causada en la plaza de toros de Sevilla. Éste era un torero de fama y reunió dinero para construir una hermosa casa que tomé en arriendo.

Pronto abrí una clínica en Sevilla, ayudado por dos practicantes: José Torralvo y Antonio Muñoz, ambos de ideales anarquistas.

Entonces me propuse iniciar una campaña sobre la tuberculosis, que hacía allí grandes estragos.

El problema de la tuberculosis se presentaba en Sevilla con los caracteres más horrendos que nadie puede imaginarse. Mi consultorio se abría a las dos de la tarde, y sin un momento de reposo, hasta media noche, desfilaban por allí, uno tras otro, numerosos enfermos tuberculosos, de todas las edades, en su mayoría jóvenes, y de todas las categorías sociales. Los dolientes de otras enfermedades me llamaban a sus casas, porque huían de la mía, temerosos de enfrentarse con aquellos cuadros de dolor y desesperanza.

En los antiguos palacios de los ricos, convertidos en casas de vecinos para los pobres, cada uno de los cuales disponía de una mísera habitación y de un hueco enfrente como cocina, se encontraban numerosos tuberculosos, que llevaban el contagio a sus vecinos. Una de estas casonas era la llamada el "Corral del Conde", que visitaba a diario, y contaba con 200 moradores, distribuidos en sus numerosos patios, los más posteriores, húmedos y oscuros. Con frecuencia se veían tuberculosos sentados en las puertas de sus cuevas tosiendo y escupiendo en el suelo, mientras que un enjambre de chiquillos de aspecto enfermizo jugaban y alborotaban a su alrededor. Yo hice un mapa negro de estos lugares terribles, y en uno de ellos había anotado ochenta defunciones por tuberculosis pulmonar.

Había fábricas de tejidos en las que trabajaban dos turnos de muchachas de quince a veinte años de edad, uno de día y otro de noche, y estas últimas se daban al vicio del aguardiente, para hacer menos pesada la noche, y dormían

de día en habitaciones cerradas que carecían de ventilación. Todo esto, unido a las pelusas de las telas que respiraban en el trabajo, daba un contingente grande de enfermitas de tuberculosis pulmonar. Cuando contemplaba aquellas muchachas escuálidas y selladas por la muerte, una angustia grande invadía mi espíritu y miraba con horror todo lo que me rodeaba.

Todos los obreros tuberculosos trabajaban enfermos mientras podían y luego se quedaban en sus casas esperando la muerte y contagiando a sus esposas e hijitos. Entre otros, recuerdo a un infortunado albañil que, devorado por la fiebre y atormentado por la tos, trabajaba en lo alto de un andamio los días de fuego del verano sevillano. Después de acabar la labor del día, pasaba la noche por mi clínica, completamente extenuado y sin fuerzas para llegar a su casa. Cuando a algunos de estos enfermos les proponía con timidez la buena alimentación y el cese de su trabajo como obrero o empleado, me miraban con espanto y me decían lo difícil que era para sus familias vivir sin sus jornales diarios, además que la ocupación que tenían la habían logrado después de muchas dificultades y humillaciones.

En una ocasión atendía a una jovencita rubia y muy bonita, enferma de tuberculosis pulmonar, hija de un obrero de la Maestranza de Artillería, hombre de una constitución hercúlea, como he visto pocos. "Tan fornido es usted -le decía-, que parece haber nacido para fabricar cañones". Había enviudado y sólo tenía un cariño: su hija enferma, flor delicada que amenazaba troncharse y desprenderse del rosal en que había nacido. Con los cuidados de él, y la atención que yo le dispensaba iba mejorando, aunque lentamente despertándose en nosotros la esperanza más alentadora. Pero un día, con un pretexto cualquiera, fui preso y deportado a lejanas tierras. Después de muchos meses de deportación pude volver otra vez a Sevilla. Llegué agotado por tan penoso viaje, a trechos seguido a pie, y me acosté a mi llegada, ya bien entrada la noche. Hacia las 11 llegaron a buscarme dos obreros de la Maestranza y me dijeron que un enfermo moribundo, al conocer la noticia de mi llegada, me llamaba con toda urgencia. "Venga usted ahora mismo, porque el enfermo no pasa un día sin recordarlo y teme morirse esta noche sin verlo". Me vestí a toda prisa y acompañé a mis visitantes a casa del enfermo que me reclamaba con tanta urgencia. Cuando llegué a la habitación del enfermo, me

encontré en cama a un hombre moribundo que a duras penas pudo incorporarse en el lecho y extenderme sus brazos suplicantes, mientras rompía a llorar. Con voz trémula, entrecortada por los sollozos, me dijo el desdichado: "Yo soy aquel obrero corpulento de la Maestranza de Artillería, que todos envidiaban mi salud, que tenía una hija enferma de tuberculosis pulmonar, que usted atendía con tanto cariño, y que después de a mí, a quien más quería era a usted. Cuando los malvados se lo llevaron deportado, mi hija se negó a comer, empeoró rápidamente, y poco a poco se fue extinguiendo en mis brazos como una lucecita. Además del sufrimiento que tuve por la pérdida de mi hija, me contagié de ella y ahora me encuentro en los últimos momentos de mi vida. Pero he tenido el consuelo de volver a ver a usted y de abrazarle antes de morir", y rompió a llorar arrojándose a mis brazos. Ante aquel cuadro sombrío, retiréme profundamente conmovido, y aquella noche, a pesar de lo cansado que estaba, no pude conseguir el sueño. El caso de referencia, que encierra un dolor profundo, demuestra palpablemente los peligros del contagio de la tuberculosis pulmonar, no respetando ni a los más fuertes.

Cuando todas las mañanas visitaba el Hospital General de Sevilla, daba una vuelta por la sala de Santa Catalina, cuyas camas estaban ocupadas por mujeres tuberculosas. Era uno de los cuadros más tristes que he visto en mi vida y que no se me borra de la memoria. Las pobres mujercitas que tanto sufrían iban muriendo una tras otra. No faltando un contingente de desgraciadas que ocupasen las camas vacías. En aquella sala de los horrores se respiraba una atmósfera cargada de muerte. Aquel lugar inspiraba temor a médicos, estudiantes, enfermeras y monjas, no sólo por el peligro que se corría, sino también por los cuadros que se contemplaban.

* * *

"¿Qué medida tomar -me preguntaba- para atenuar tantos dolores y evitar que los enfermos sin cura posible pudieran contagiar a los que estaban sanos?" Y un día de Carnaval, con otros compañeros, lanzamos un inspirado llamamiento que tuvo un eco en todos los corazones e hizo derramar lágrimas a los que lo leían. Había que levantarse contra tanto mal, buscar las causas que

lo producían, señalar a los culpables y proteger a las víctimas. Y así surgió la idea de una campaña popular contra la tuberculosis, muy diferente a la que estaban haciendo las damas católicas de la aristocracia, capitaneadas por la adinerada marquesa de Lebrija, rodeada de aduladores, médicos algunos, que aplaudían una obra inútil y de escarnio para las infortunadas víctimas de la enfermedad.

Pronto nos hicimos, a 25 kilómetros de Sevilla, con buena carretera, en el término de Cantillana, de una hermosa finca que reunía las mejores condiciones para los propósitos que nos animaban. Eran unas colinas de mediana altura, cubiertas de olivos y de naranjos, y con agua abundante y rica. Un entusiasta de nuestra obra nos cedió la finca, mediante pagos anuales de su valor. Don José Laguillo, director que era entonces de *El Liberal*, abrió una suscripción popular para sostener aquella obra. El señor Laguillo deseaba llevar a la práctica una serie de iniciativas favorables al pueblo, sin la intervención nefasta del Estado.

El primero que contribuyó a la suscripción con 1.500 pesetas y el ofrecimiento de dar todo lo que faltase, fue uno de los más ricos de la capital sevillana y de ideas opuestas a las mías, pero que había perdido a su joven esposa, víctima de la tuberculosis, y sentía el dolor de todos. Se había casado en segundas nupcias con una hermana de la que fue su primera mujer, también viuda de un hombre muerto de la misma enfermedad. Pero nunca tuvimos que pedirle nada, porque la mayoría de los sevillanos contribuían con su óbolo a la obra. Los sevillanos, en masa, sin distinción de ideas políticas y religiosas, prestaron su ayuda a la obra emprendida por un grupo de anarquistas, porque era buena, justa y verdadera.

En el pabellón de material que se construyó, y en casas rústicas de follaje que se levantaron, fueron colocándose los numerosos tuberculosos que llegaban. Pronto recobraban el apetito, desaparecía la fiebre y renacía la esperanza que habían perdido. El aroma de los naranjos, el cielo cuajado de estrellas, la luz dulce de la luna, los resplandores de Sevilla y de Carmona a lo lejos, donde tantos amigos teníamos, despertaban en aquellos enfermos un nuevo hálito de vida. Allí todo era amor y desinterés y los enfermos formaban una sola familia, ayudándose mutuamente como hermanos. Ninguno pagaba nada, ni

nada cobraban los que intervenían en su ayuda, aunque un enfermo y un estudiante murieron de contagio. El desinterés era tan grande, que los carniceros de Cantillana me decían: "No se preocupen de la cuenta y manden por toda la carne que necesiten para que no les falte a esos enfermos".

En los comienzos de la obra, salvo el reposo, la buena alimentación, el aire puro, requisitos de los que aún hoy no puede prescindirse, fueron los elementos que disponíamos y los más valiosos, y más tarde hubiéramos dispuesto de otros medios de curación y de intervenciones quirúrgicas, pero la obra fue destruida en su comienzo.

Pero al mismo tiempo exponíamos las causas sociales que originaban la enfermedad y la necesidad de combatirlas, despertando el espíritu de rebeldía en la gente. Las viviendas antihigiénicas donde vivían los pobres hacinados, sin luz y sin aire, era una de las causas principales, sin olvidar la mala alimentación y los vicios, éstos originados por una pésima organización social.

Desde el primer momento se despertaron muchas hostilidades contra nuestra propaganda, sobre todo al descubrir las causas sociales de la tuberculosis y señalar a los culpables. Una parte, era de los médicos; otra, de los falsos antituberculosos, y otra, de las autoridades, que nos temían. Durante algún tiempo la campaña fue sorda, porque no se atrevían a enfrentarse contra la opinión pública, pero cuando se declaró la dictadura de Primo de Rivera, levantaron la cabeza y se dispusieron a terminar de una vez con una obra tan beneficiosa. Se prohibieron las suscripciones voluntarias, las reuniones, las funciones de teatro, etc., para recaudar fondos a favor del Sanatorio y se anunció al público a bombo y platillo, que iba a hacerse un registro en él en busca de las armas allí depositadas, para cuya compra servían las suscripciones, acusación que nadie tomó en serio. Hicieron el registro sin encontrar ninguna arma, pero se negaron a confirmarlo como yo les pedía, para que no quedara la duda en algunos incautos. A poco fui de nuevo encarcelado, y el Sanatorio, que tantas lágrimas había secado y tantas esperanzas despertado, dejó de funcionar para los infortunados tuberculosos.

Al tener lugar el levantamiento fascista, los reaccionarios incendiaron el Sanatorio y destruyeron lo que no ardía. El compañero Antonio Rosado, que se

ocupaba de aquél, salvó la vida huyendo a través de los campos, hasta llegar a Almadén, y un hijo que lo acompañaba, enloqueció en el camino. Los médicos de Sevilla no intervinieron para evitar las persecuciones a las víctimas, y la destrucción del Sanatorio. Como excepción, citaré al doctor Pueyes, ya fallecido, y a su hijo, asesinado por los fascistas, que en alguna ocasión que me encontraba detenido me sustituyeron en las visitas a aquellos enfermos.

Traslado del Comité Nacional de la CNT a Sevilla (3)

A causa de las persecuciones que sufrían los militantes en Barcelona, por cuya razón no podía actuar normalmente la organización, el Comité Nacional decidía consultar al Comité Regional de Andalucía y Extremadura si aceptaría que éste se trasladara a Sevilla, teniendo en cuenta que existía una organización potente con muy buenos militantes. La respuesta fue afirmativa y se procedió a trasladar la documentación, y con ella un asesor del Comité Nacional, que pusiera al corriente de las relaciones con las demás regionales y del estado de la organización, al nuevo Comité.

El Comité Regional de Andalucía decidió consultar al compañero Paulino Díez, que residía en Málaga, si aceptaba el cargo de Secretario General del nuevo Comité Nacional. Este compañero se trasladó a Sevilla para hacerse cargo de su nombramiento, a fines del mes de julio de 1923, y se procedió a nombrar a los demás miembros del Comité que recayeron sobre los siguientes compañeros: Ramón Mazón, secretario de actas, Manuel Pérez, contador, y yo fui nombrado tesorero, un compañero del Sindicato de Vidrieros, otro del Transporte, de quienes no recuerdo los nombres, y Pedro Calderón del Sindicato de la Madera.

Apenas habíamos comenzado la labor de relación entre las Regionales cuando se produjo la dictadura del general Primo de Rivera, lo que nos obligó a tomar precauciones y prevenir a la organización contra una posible acometida de la dictadura, pues aunque ésta se dedicó a perseguir y destruir a los partidos políticos que habían votado en el Parlamento las sanciones contra el rey Alfonso XIII, por las responsabilidades del desastre militar de Annual en el año 1921, no descartábamos que, una vez eliminados los adversarios políticos, atacaría a las organizaciones obreras, en particular a la C.N.T.

A poco de un mes del pronunciamiento militar, se acercaron a nosotros unos representantes de los republicanos valencianos, de los vascos y de la fracción de Maciá, de Cataluña, para concertar una acción revolucionaria que pusiera término a la naciente dictadura.

Como no podíamos decidir, sin antes consultar a la organización, si aceptábamos o no la proposición de los comisionados y tampoco conocíamos en detalle con qué medios se contaría para lanzarnos a tal empresa, decidimos consultar a la organización y ésta acordó celebrar un Pleno de Regionales, que tuvo lugar en Zaragoza, en el local del antiguo Casino, que fue propiedad del cardenal Soldevila, cerrado en aquella época, en el mes de octubre de 1923. El Pleno delegó en el compañero Paulino Díez, por el Comité Nacional, y en Antonio Parra, en representación del Comité Nacional de Grupos, para asistir a la reunión que debía celebrarse en Perpiñán, donde residía el señor Maciá. Ésta se celebró en Font Romeu, en la que un individuo, en representación de los comunistas bilbaínos, intentó estar presente en la reunión. Nuestra delegación anunció que se retiraría en el acto si se admitía al representante comunista. Y éste, que representaba a los cuatro comunistas que había en aquella fecha en Bilbao, se retiró y la reunión se llevó a cabo.

A nuestro regreso a Sevilla determinamos interesar a los compañeros de Portugal a reunirse con nosotros para establecer una acción común contra la dictadura de Salazar, si se llevaba a cabo el movimiento que se proyectaba contra la dictadura de Primo de Rivera. Como delegados para concertar el acuerdo vinieron a Sevilla, confundidos con los miembros de un equipo de fútbol, los compañeros Quintal y Sousa, este último, padre del que fue secretario de la Federación Anarquista Ibérica, durante la guerra en España.

Una noche que estaba reunido el Comité Nacional en el local de la calle Trajano, se presentó un individuo proponiéndonos revelar las intenciones de la patronal sevillana para constituir sindicatos libres. Le dijimos que no creíamos en cuentos de brujas ni nos asustaba lo que pretendiera hacer la patronal. Se marchó y tras él salió un compañero quien lo vio conversando a la puerta del Teatro del Duque, con un agente de policía, apellidado Martín, que hacía poco había regresado de Canarias. Seguimos reunidos y al rato de haber regresado el compañero e informados, por tanto, de quién se trataba, se presentaron, esta vez eran dos, en el local nuevamente. Se situaron en el umbral de la puerta donde celebrábamos la reunión y con las pistolas nos intimidaban. No cabe duda que la primera visita no tenía otro objeto que conocer, para el desarrollo de su estrategia, las condiciones del local. Volvieron al ofrecimiento

y lo volvimos a rechazar, y en el ínterin apareció un compañero, que se percató de lo que sucedía y aprovechó la ventaja de que su presencia no había sido advertida, para encañonarles, y nosotros aprovechamos el momento para abalanzarnos sobre ellos, desarmarlos y propinarles una buena paliza.

A la mañana siguiente nos citaron a la comisaría para acusarnos de haber proporcionado una paliza, con magullamientos, a dos individuos allí presentes. Le dijimos al Comisario que siguiera adelante con la denuncia y que el juez determinaría lo que habría de responsabilidad en el caso. Pero a nuestra salida de la jefatura de policía fuimos a ver al gobernador, general Perales, para decirle que la organización no se haría responsable si las provocaciones de esos tipos continuaban y mucho menos si la patronal intentaba crear los sindicatos libres, de triste recordación en Cataluña. Le dijimos que los dos pistoleros eran protegidos por el agente Martín. Prometió meterles en la cárcel, lo que cumplió, y trasladó al padrino a otro lugar. Descubrimos que los sujetos eran los hermanos Simón, que participaron en el asesinato de Seguí y Paronas el 10 de marzo de 1923.

En ocasión de haberse cometido un crimen y un asalto al tren expreso Madrid-Sevilla, y no encontrando a los autores de él, a las autoridades policíacas se les ocurrió la idea luminosa de que el asalto se había cometido por elementos de la C.N.T., y nosotros, como Comité Nacional, fuimos a dar con nuestros huesos a la cárcel, a la que se llamaba "El Pópulo". En la redada cayeron los compañeros Quintal y Sousa.

Del atraco se nos exoneró, pero permanecimos en la cárcel seis meses para salir camino al destierro. El atraco fue cometido por un señorito, de casa bien, invertido, y un empleado de correos.

Como continuábamos en la cárcel y previa consulta a las regionales, éstas determinaron trasladar el Comité a Zaragoza.

Añagaza de político

Corría el año de gracia de 1923 y casualmente me encontraba por entonces libre en Sevilla, y digo esto porque, por lo general, estaba en la cárcel o deportado en algún villorrio extremeño, que con mi presencia, o mejor dicho con la influencia de las ideas anarquistas, se convertía en una urbe luminosa. Pongamos por ejemplo a Siruela, pueblo desconocido antes de mi llegada, y después conocidísimo por toda la comarca extremeña por guardias civiles y de asalto, que no hubo uno que no lo visitara, obedeciendo a órdenes superiores.

Pues bien, en la fecha a que me refiero, se sentía cierta inquietud en Sevilla y toda clase de rumores corrían de boca en boca, sin saber uno a qué carta quedarse.

Fue entonces cuando apareció Alejandro Lerroux y habló a la ciudad desde el gran teatro de San Fernando. Su oración iba también dirigida a la clase media del pueblo, del que ya se sentía divorciado. Atacó a la monarquía, pero su discurso no mostraba claros sus designios, como si hubiera una incógnita detrás de sus palabras. Como no se me había borrado todavía el mal sabor de nuestra entrevista en Londres, no me preocupé de su presencia en Sevilla, aunque presentía que algo iba a ocurrir para lo que el pueblo no estaba preparado, como de costumbre.

Algunos compañeros hablaron con Lerroux, deseosos de conocer sus intenciones, que éste se reservó, pero manifestó deseos de tener una entrevista conmigo. Vacilé antes de aceptarla, pero al fin decidí acudir a la cita, única manera de aclarar las cosas.

Me recibió en un gran hotel de la plaza de la Magdalena, y el amigo Martínez Barrio me sirvió de introductor, aunque él no estuvo presente en la entrevista.

- Lo encuentro a usted muy viejo -le dije- y temo que se muera bajo el peso de los años sin haber hecho nada de provecho en sentido revolucionario.

Estas palabras fueron dichas con encono, por no decirle otra cosa más fuerte, pero al parecer no se dio cuenta de la hiel que encerraban.

- A eso vamos, querido amigo, a intentar algo de provecho en esta ocasión, aunque la solución está todavía dudosa, y lo mismo puede ser favorable que adversa a nuestra causa.

Y entonces me contó de lo que se trataba: en las guarniciones se estaba llevando a cabo una votación secreta para pronunciarse por la república o una dictadura militar dentro de la monarquía. El pleito estaba todavía dudoso y él recorría las capitales tomando el pulso de los jefes militares, e influyendo en su determinación.

- En el caso de que la votación nos sea favorable, en unión de tus amigos, debéis sublevar al pueblo andaluz y atacar a los gobernadores y demás autoridades monárquicas, que así se verán obligadas a llamar en su ayuda a los militares, los cuales se negarán a intervenir, y entonces podréis obrar por vuestra cuenta. En todo caso, si no queréis intervenir en el movimiento que se prepara, cuando menos no manifestaros en contra, porque si fracasara podría acontecer otra cosa peor para todos.

Después de consultar con los compañeros que más confianza me merecían para la acción, acepté lo propuesto por Lerroux, advirtiéndole que se sublevarían hasta las piedras, para una lucha definitiva del pueblo contra sus opresores, que también tenían derecho a votar en la calle, como los militares en los cuarteles, para fijar su destino.

Nos pusimos a trabajar con ardor y a prepararnos para la lucha sin perder de vista la calidad de los comprometidos, que más de una vez nos habían dejado en la estacada. De vez en cuando recibía noticias de la marcha de los acontecimientos, que se presentaban cada vez más borrosos.

Por fin, un día me comunicó Lerroux, desde la Coruña, por medio de un emisario, que la causa de la República estaba perdida por el momento, pronunciándose la mayoría de las guarniciones por una dictadura militar dentro de la monarquía.

Alfonso XIII y Primo de Rivera aparecieron en el horizonte.

Preso por la dictadura

El 13 de septiembre de 1923 tuvo lugar un golpe de Estado de Alfonso XIII y la proclamación de una dictadura militar presidida por el general Primo de Rivera.

Esta dictadura duró hasta el 28 de enero de 1930. Primo de Rivera remitió los poderes al rey y emigró a París donde murió en un hotel, sucediéndole el general Berenguer, que restableció las garantías constitucionales.

Desde el primer momento de la proclamación de la dictadura comprendí lo que me esperaba. Aunque muy vigilado seguí en libertad. Pero la tarde de nochebuena de aquel año mi casa fue asaltada por la policía y detenidos todos los que estábamos dentro, incluso los enfermos que se encontraban en aquel momento esperando la consulta.

En una larga fila fuimos todos conducidos a la jefatura de policía.

El jefe, llamado Agüero, de origen cubano, me llamó a su oficina y me dijo que estaba dispuesto a poner en libertad a todos los detenidos que no estuvieran complicados en nuestros asuntos revolucionarios. Le hice una larga lista de los recién apresados que fueron en el acto puestos en libertad.

En la conversación que sostuve con el jefe de la policía, se mostraba hostil a la proclamación de la dictadura y que esperaba pronto ser sustituido de su cargo, ya que había detenido a un amigo del mismo rey, en un lugar escandaloso, y haberse negado a ponerlo en libertad. Aquella noche nos llevaron un pavo preparado para que cenáramos la nochebuena. Terminada la cena pasamos a la Cárcel Modelo un grupo de detenidos que habíamos quedado en la jefatura.

Una vez en la Cárcel Modelo nos llevaron a un lugar llamado la "Pajarera", donde se encontraban algunos miembros de la C.N.T.

A la mañana siguiente se presentó un juez militar, el coronel Márquez, quien nos tomó declaración. Cuando leímos los periódicos de aquel día nos quedamos asombrados del embuste que se había fraguado para detenernos. Se trataba de un complot revolucionario para derribar los gobiernos de España

y Portugal. Entre los detenidos había dos portugueses pertenecientes a la organización obrera que se habían quedado en Sevilla invitados a nuestra cena de Navidad. Las autoridades de Portugal hicieron una declaración afirmando que los dos portugueses detenidos en Sevilla no eran conspiradores, sino pacíficos obreros.

El lugar de la prisión que nosotros llamábamos la "Pajarera", era un salón hasta cierto punto independiente de los patios de la cárcel.

Al pasar la cancela de la prisión había a la izquierda una corta escalera que conducía a un salón grande que era donde se encontraban los presos de la C.N.T. y que fueron arreglando para hacerlo más habitable y que estaba independiente de los patios de la cárcel. Alguna vez, los mismos empleados de la prisión nos pedían permiso para que dejáramos entrar un preso y no se mezclara con los restantes de la cárcel. Aquel lugar pasaba de unos a otros y contaba con una buena biblioteca que utilizaban los detenidos.

A nuestra entrada no pasábamos de veinte individuos, pero pronto se llenó aquel local. Todas las personas relacionadas conmigo eran detenidas, hasta el cobrador de la suscripción del Sanatorio fue encarcelado. Allí seguían los dos portugueses y además dos alemanes que habían venido de turistas a Sevilla y que traían la dirección de mi casa.

Lejos de tener temor a las autoridades militares, nos servían de burla. El general Perales era un hombre de poca inteligencia y no hacía más que tonterías. Una vez se corrió la noticia de que había presentado la dimisión de su cargo, y Manuel Pérez, uno de los presos, le escribió una carta irónica lamentando su actitud, pero el general Perales tomó en serio la carta, y una vez encerrado en el calabozo, contestó con mucha modestia.

A los dos meses de prisión pusieron en libertad a los dos portugueses, y a los cuatro meses a los alemanes, conduciéndoles a la frontera.

Aunque estábamos encerrados, nunca dejamos de entendernos con los amigos del exterior. Allí publicábamos un periodiquito a pluma titulado *El Pájaro*, y con una máquina de escribir que poseía uno de los detenidos, hacíamos hojas clandestinas que eran repartidas en el exterior.

Como nuestra prisión iba prolongándose, mandamos a Madrid a dos compañeros que estaban en libertad, Barneto y Pepe Díaz, con el objeto de obtener allí un local ignorado por la policía, para ir, en caso de necesidad, y atacar de cerca a los dictadores, pero fueron poco hábiles en su cometido y a poco de llegar a Madrid fueron detenidos.

Por entonces llegó a Sevilla el verdugo don Casimiro, y nos dio el espectáculo de ahorcar a Rabazo, un epiléptico irresponsable que había matado a una pobre mujer y a sus dos niños.

El coronel Márquez, juez de nuestra causa, nos puso en seguida en libertad, pero continuábamos detenidos por las autoridades militares y a mí me comunicaron que mientras siguiera la dictadura continuaría preso.

Pero un día tuve la sorpresa de que llegó un policía y me puso en libertad, y me anunció que me conducía a un lugar de destierro.

En Tánger

Primo de Rivera, de acuerdo con Alfonso XIII, escaló el Poder para perseguir a los políticos venales, según a voces pregonaba, pero los que pagábamos los vidrios rotos fuimos, como siempre, los anarquistas.

Ya pasaba de medio año mi detención en la sucia cárcel de Sevilla, en unión de otros compañeros, cuando una mañana recibí una visita de un agente de policía que vino a comunicarme, con mucha reserva, la orden que traía de trasladarme a un lugar de destierro.

Salí de la cárcel, y dos policías me condujeron a mi domicilio, donde tomé ropa, libros, instrumental médico, despidiéndome de mi familia, ya acostumbrada a casos semejantes.

Me dirigieron a la estación de Cádiz, donde tomamos el tren. Un leal compañero, Fernando Fournon, enterado de lo que ocurría, se vino detrás y tomó el mismo tren, inquieto por mi suerte. Fernando Fournon, tan conocido y apreciado por los sevillanos, era un compañero francés que tenía, con otros hermanos, una tonelería en Dos Hermanas.

Una vez en Cádiz fui entregado a la policía de la ciudad, quien me dio la orden de marchar a Casablanca, donde residiría como desterrado, hasta nuevo aviso. Y que tuviera buen cuidado de no pisar la zona española, donde correría peligro. "Una vez fuera de España -me dije-, haré lo que tenga por conveniente".

A la mañana siguiente me dirigí al embarcadero, pero el barco no salía para Casablanca más que una vez por semana. Me volví contrariado a la ciudad, cuando fui llamado al despacho del jefe de policía, quien me dijo en voz alta:

- ¿Por qué no se fue usted esta mañana?

- Porque no salió ningún barco para Casablanca -le contesté.

El policía dio algunos pasos nerviosos por la estancia, sacó un papel de su carpeta y me lo dio a leer. Lo firmaba Martínez Anido, y comprendí que era una orden suya para que me asesinaran en Cádiz.

- Como usted ve caballero -me dijo el policía-, y a nadie ha de comunicar esta conversación, le aconsejo salga mañana de la ciudad, como quiera que sea. Esta noche vigilaré su hotel y respondo de su vida, pero mañana entrará en función la guardia civil, que no vacilará en complacer al señor Martínez Anido.

Di las gracias a aquel hombre, ignorando a qué influencias obedecía su conducta, y acompañado por un policía visité aquella tarde la tumba de Salvochea a orillas del mar que tanto amaba.

Me acosté temprano y al amanecer tomé un barco rumbo a Tánger.

* * *

Después de una travesía accidentada en la que las agitadas aguas del Estrecho de Gibraltar amenazaban tragarse la frágil embarcación que me conducía, llegué a la bahía de Tánger. Como la ciudad estaba internacionalizada, en poder de los cónsules, cada uno de ellos lo hacía lo peor que podía, y el puerto más rudimentario estaba por construir.

Una gasolinera se acercó a nuestro barco y unos moros forzudos nos fueron sacando uno a uno como costales de patatas, depositándonos con el mayor cuidado en su embarcación. Al tocar tierra, se sube una empinada escalera y de improviso se encuentra uno en un mundo nuevo. Una gran explanada se presenta ante nuestra vista, cubierta por una abigarrada muchedumbre de moros que se movían en todas direcciones. Un morito joven y bien puesto se acercó y me ofreció sus servicios como intérprete y guía. Acepté con agrado, pues no sabía dónde dirigirme. Cargó mi maleta un pobre moro, y los tres nos internamos en la ciudad, dirigiéndome a uno de sus hoteles, creo llamado "El Comercio".

Cuando el hotelero me pidió mi nombre, tuvo un momento de sorpresa y me dijo que desde la mañana se esperaba mi llegada, y, en efecto, a los pocos minutos se presentó un arrogante tipo, altamente simpático, quien me dijo que era natural de Fernando Poo y que tenía la misión de ponerse en contacto conmigo en nombre de ciertos elementos progresivos de la capital. Le di las gracias, pero no le interrogué sobre el misterio que encerraba su presencia.

* * *

Por entonces residían en Tánger unos quince mil españoles, en su mayoría obreros sevillanos, que no ocultaban su júbilo por mi llegada. Vinieron a visitarme en grupos y me comunicaron sus deseos de que me quedara en Tánger, trabajando como médico. Hasta buscaron un domicilio adecuado para el caso. ¡Qué tiempos aquellos en que el espíritu de los hombres rebosaba cariño y solidaridad!

Acepté con alegría la propuesta, pues la ciudad me parecía encantadora, además que al pisar la tierra africana había sentido un bienestar extraordinario, como si me encontrara allí entre mis antepasados, los moros andaluces.

Pero mi gozo en un pozo. Cuando todo parecía arreglado en mi favor, se me presentó el hombre de Femado Poo y me condujo a la casa del doctor X, un judío que gozaba del mayor prestigio entre el mundo progresivo de Marruecos. El doctor X me estrechó con efusión entre sus brazos, y me dijo con voz triste:

- ¡Cuánto me alegraría que usted se quedara en Tánger, donde haría falta un hombre de sus condiciones como ciudadano y como médico! ¡Y con qué alegría le concedería a usted mi numerosa clientela que ya no puedo llevar con el peso de los años! Pero aquí se hace una política miserable, y los extranjeros están a merced del capricho de sus cónsules, unos malvados, que pueden hacerle expulsar con la mayor facilidad. Para que usted pudiera seguir en Tánger y ejercer su profesión tendría que hacer unas gestiones que seguramente le repugnarían a su conciencia.

- ¿De qué se trata? -le pregunté.

- De presentarse en el convento de frailes españoles y ponerse a las órdenes del padre prior, antiguo ex confesor de la reina Cristina, que es quien manda políticamente en la colonia española.

- Deseo marcharme lo más pronto que pueda, aunque sea a los infiernos con tal de no ver a ese reptil.

- Es lo mejor. ¿Y cómo desea hacer el viaje hasta Casablanca? Por mar sería lo más seguro.

- Deseo ir por tierra aunque corra los mayores peligros. Trataré de evitar esos peligros y le comunicaré el día de salida.

Los elementos españoles discutieron entre ellos y con mucho pesar convinieron que el doctor X tenía razón, y que lo mejor sería que continuara el viaje hasta Casablanca.

* * *

Una noche, al acostarme, llegó el hombre de Fernando Poo y me dijo que me preparara para marchar al amanecer del día siguiente en un coche de turismo que partía para Casablanca. Por la mañana tomé el auto en compañía de tres viajeros que se dirigían a la misma ciudad.

Al llegar al primer pueblo de la zona española, llamado Arcilla, el auto paró en la plaza, en la que se encontraba un pequeño grupo de moros que hablaban en voz baja. Del grupo se destacó un hombre, llegó al auto y preguntó por mí. Bajé a una señal suya y me incorporé al grupo. Nos apartamos un poco, entramos en un bar, me invitaron a un refresco y me dijeron:

-Siga usted tranquilo su ruta, que el camino está vigilado, tanto en la zona española como en la francesa.

En efecto, por todas las ciudades que pasé, hasta media noche que llegué a Casablanca, encontré grupos de moros que me dieron la bienvenida y estrecharon mi mano con ardor.

Moros y judíos me fueron fieles hasta el último momento que permanecí en Marruecos; pero en cambio, los cristianos, españoles y franceses, además de ser unos sinvergüenzas, cometieron el crimen de expulsarme de un país del cual se habían apoderado valiéndose del crimen y del robo.

Casablanca

Llegué a Casablanca a las doce de la noche y tomé una habitación en la parte antigua de la ciudad, en un pequeño hotel perteneciente a unos árabes argelinos. A la mañana siguiente, acompañado de un policía de aduanas, fui a retirar el escaso equipaje que traía. Los empleados de la Aduana arreglaron el asunto para que no tuviera que abonar nada, cosa que sorprendió mucho al agente que me acompañaba. Por lo visto ya tenían noticias allí de mi llegada. En aquel hotel pasé unos días hasta que llegó mi familia de Sevilla y buscamos casa aparte.

Un día me comunicaron los dueños del hotel que habían llegado varios agentes de la policía secreta y que habían hecho un registro minucioso en la habitación que ocupaba, encontrándome ausente. Como yo esperaba su visita, tuve cuidado en no dejar nada sospechoso. Según la policía yo era un revolucionario muy peligroso y tenían la orden de no perderme de vista ni un solo momento. Aunque la policía les prohibió me comunicaran su visita, ellos me informaron para que estuviera alerta. Mucho les agradecí la advertencia de aquella buena gente que se decían descendientes de árabes españoles.

En efecto, no sólo me vigilaban en la capital, sino que me seguían los pasos a donde quiera que fuera. Una vez que fui a Mazagán, ciudad del sur de Marruecos, la policía destacó a una amazona israelita, agente de la policía secreta, para que me siguiera e investigara mi gestión. Por otra parte, renuncié por el momento a hacer una visita a Fez, donde unos amigos gestionaban una entrevista mía con Abd-el-Krim, que entonces campeaba en el Riff.

* * *

Cuando llegué huido a Casablanca, sin trabajo y poco dinero, el encargado de una farmacia me propuso que fuera todos los días a pasar visita como médico, cosa que acepté con gusto. Después supe que el dueño de la botica era un farmacéutico francés, tan entregado al abuso del alcohol, que no podía hacer

trabajo alguno, y había delegado sus funciones en un joven español, práctico en la materia.

El primer enfermo que llegó fue un indígena de treinta años de edad que ejercía el penoso oficio de cargador en el muelle o donde encontraba trabajo. Su aspecto era el de un hombre enfermo.

A su llegada me llamó aparte el español encargado de la farmacia y me recomendó que aquella clase de gente, es decir, indígenas trabajadores pobres, los atendiera con la mayor rapidez posible.

No le hice caso e invertí en aquel desdichado, que padecía una tuberculosis pulmonar, todo el tiempo requerido tratándole con la mayor atención y cariño, tanto que salió tan bien impresionado de la consulta, que desde el primer momento se interesó en divulgar mi conducta y recomendarme numerosos enfermos, pobres como él.

Por lo visto, los médicos europeos lo habían tratado con la punta del pie, después de haberle hecho gastar el poco dinero que tenía y no mejorar en su enfermedad. Pero hubo quien lo trató con humanidad y lo mejoró de sus dolencias y por eso me quedó tan agradecido.

* * *

En Casablanca fui muy bien recibido por el elemento allí residente, tanto indígena como extranjero. En una de las calles principales abrí un consultorio médico-quirúrgico, cuyo local me fue arrendado por un propietario judío. Como la renta era muy alta, el propietario me permitió que yo fijara el precio que podía pagar. Así que cuando oigo hablar del interés desplegado por los judíos en negocios, me acuerdo de aquel hombre generoso.

Pronto fui considerado como uno de los mejores médicos de la población, siendo muy consultado por musulmanes y judíos. Pero vayamos al tema que nos ocupa, pues sería muy largo de contar mis impresiones.

Había por aquel entonces en Casablanca una numerosa colonia española que contaba con unos veinte mil habitantes, por lo general gente industriosa que

vivía bien, y que en relación a mi profesión de médico se agrupaba a mi alrededor, en seguida que llegué, huyendo de los abusos del comandante Vidal.

Todos me hablaron con amargura de dicho personaje, médico agregado al Consulado español, un redomado tunante que los trataba con la mayor dureza y los explotaba a mansalva. Las hazañas de aquel malvado, que tenía todos los vicios y ninguna virtud, serían largas de contar, y no caben en este lugar. Vidal era el representante de la dictadura de Primo de Rivera en Casablanca, siendo el cónsul español un juguete en sus manos. Vidal era el hombre odiado y despreciado por todos, tal como se merecía, y la colonia española a mi llegada se apartó de su lado, reprochándole duramente su conducta.

Cuando todo parecía marchar tranquilamente y la estima hacia mi persona y mis ideas iban en aumento, fui un día llamado con urgencia al Consulado español, y el cónsul, un jovenzuelo de tipo afeminado, me dijo estas palabras: "Es necesario que usted no visite enfermos en Casablanca, y a cambio se le dará el dinero que necesite para vivir con su familia y se harán gestiones para que vuelva a España".

La contestación que di a aquel mamarracho fue de tal índole, mientras apretaba mis puños y avanzaba hacia él, que estuvo a punto de desmayarse, y pidió una bebida cordial para reponerse del susto.

Comuniqué a los amigos más íntimos lo que ocurría y todos vieron en aquel incidente la mano de Vidal, que quería deshacerse de mí para seguir oprimiendo a los residentes españoles.

En efecto, pocos días después recibí la visita de dos agentes de la policía francesa, quienes me comunicaron por escrito la orden de expulsión de Marruecos, dándome un corto plazo para marchar del país. Una comunicación igual era leída a mi compañera Josefina Colbach, con la que estaba unido libremente, expulsándola también del país, y para disimular aquella monstruosidad se me comunicaba que podía residir en Francia, en la ciudad de Marsella, disposición que no acepté por parecerme una celada, ya que me encontraba expulsado de Francia, no por nada pecaminoso, sino por defender el contenido de la gran Revolución Francesa. A continuación, el jefe de la

policía me llamó a su despacho y me dijo que aquella medida se debía a una reclamación del gobierno español, pues lo que tocaba a mi conducta en Casablanca, había sido correcta y humanitaria.

La noticia de mi expulsión de Marruecos corrió por Casablanca como un reguero de pólvora, y la indignación fue grande, señalando todos a Vidal como el culpable de aquella felonía. El elemento musulmán quiso manifestarse en la calle, pero los prudentes aconsejaron la calma, creyendo que mi asunto sería solucionado favorablemente. El mismo gobernador se opuso a aquella medida, así como la Liga de los Derechos del Hombre y las logias masónicas. Una comisión de hombres de prestigio de la ciudad fue a Rabat, solicitando se evitara mi expulsión; pero todos los esfuerzos resultaron inútiles. El general Lyautey, la más alta autoridad francesa en Marruecos, acababa de llegar con la orden de expulsión en el bolsillo, y se mostró inflexible a todas las reclamaciones que se le hicieron en nombre de la justicia, por la que tan heroicamente había luchado siempre el pueblo francés. Entonces recibí una carta de Sabastián Faure, condenando mi expulsión y comunicándome que se separaba de ciertos elementos de izquierda francesa, con los que había convivido mucho tiempo, por no haber cumplido con su deber.

Aquel comandante Vidal, execrado por la población de Casablanca y uno de los miserables que tanto daño hizo a la colonia española allí residente y que por propio egoísmo fue causante de mi expulsión con sus acusaciones calumniosas, lo encontré en Albacete pocos años después, ascendido a coronel y jefe de sanidad militar de aquella zona, a cuyas órdenes me pusieron los gobernantes de la República española.

* * *

Encontrándome inactivo en Valencia por el año de 1937, después de haber actuado en las milicias de la C.N.T. en varios frentes de guerra, solicité el ingreso en el ejército republicano, siendo admitido con el grado de teniente de sanidad y destinado a Albacete. Lo primero que hice al llegar a aquella capital fue visitar al jefe de sanidad militar, y cuál no sería mi sorpresa al encontrarme al mismo comandante Vidal, de Casablanca, que había motivado mi expulsión

de aquella ciudad, convertido en el coronel Vidal, jefe de sanidad al servicio de la República española.

Como hospital militar se habían utilizado dos espaciosas viviendas, situadas en un lugar céntrico de la ciudad, y allí fui destinado como médico, en unión de otros doctores militarizados. Como militares profesionales había en sanidad el coronel Vidal, un teniente coronel y un capitán. Los tres eran enemigos de nuestra causa, como pude observar con facilidad.

Como había muchos heridos y enfermos, mi trabajo era grande. Por otra parte, casi todos los días era requerido para formar parte de los tribunales militares que entendían en el reconocimiento de los enfermos y en el examen de los recién llegados. Además, recorría con frecuencia los pueblos de la provincia para visitar a los soldados enfermos que se encontraban con licencia en sus casas. Al fin, pude ponerme en contacto con la gente de los pueblos y conocer sus aspiraciones, que eran muy alentadoras.

El 5 de abril de 1937 recibí esta comunicación, firmada por el coronel Vidal: "Complementando lo dispuesto en la orden de la plaza de hoy, y a partir del día de mañana queda usted encargado del servicio facultativo de las fuerzas de esta guarnición que al dorso se relacionan, cesando en los servicios que tenía encomendados en el hospital base de esta plaza". Los servicios que tenía que atender eran los siguientes:

1. Grupo de transmisiones.

2. Parque de artillería.

3. Obras de fortificación.

4. Generales, jefes, oficiales y sus familiares, transeúntes y residentes de esta plaza que pertenezcan a cuerpos que no tengan asignado médico.

Sospeché que el coronel Vidal deseaba alejarme de su lado en el hospital base para estar más a sus anchas, cargándome con un trabajo que no me dejaba un minuto libre. Sin embargo, con tanto trabajo, estaba en mi elemento, corriendo de un lado para otro y propagando siempre mis ideas con el ejemplo de mi conducta. En el parque de artillería, ayudado por un joven sargento, se

hizo la mejor propaganda, llenándose los muros de aquel local de cartelones con máximas de moral libertaria que eran muy leídas y comentadas. Las actividades que exigían mis cargos me pusieron en contacto con todos los jefes y oficiales de aquella guarnición, casi todos adictos a la revolución social, salvo un corto número que eran contrarios, como ellos mismos lo confesaban, pero cumplían fielmente con sus deberes.

Un día fui llamado con urgencia a la comandancia militar y me encontré a un recién llegado, con aspecto de hombre de importancia, que me dijo: "He venido a hablar con usted referente al coronel Vidal, para que me diga lo que sabe y opina de ese hombre. Como su declaración será definitiva para resolver un asunto de mucha importancia, le doy a usted veinticuatro horas para que me dicte bien lo que va a decirme".

Al día siguiente tuve una larga entrevista con aquel hombre, explicándole lo que yo sabía y opinaba de Vidal, que además la di por escrito. Al final de la entrevista me estrechó con fuerza la mano y me dijo:

-Gracias por su información, porque me pone en claro ciertas cosas graves que han ocurrido.

He de advertir que hasta aquel momento no había hablado con nadie sobre el coronel Vidal. Lo cierto es que tanto él como el teniente coronel y el capitán, todos médicos militares de profesión, fueron dados de baja en la plaza de Albacete, trasladados a otro lugar. Los motivos que hubo para eso, los ignoro, aunque ya he dicho que eran enemigos de nuestra causa.

Después supe que Vidal había sido enviado a Tarragona, donde permaneció algún tiempo, y que al final de la guerra, se hizo justicia disparándose un tiro en la cabeza.

Tal es la historia del comandante Vidal, hombre de confianza de la dictadura de Primo de Rivera, en Casablanca, convertido en coronel Vidal en Albacete, hombre de confianza de la República española en Albacete, bajo cuyas órdenes me pusieron.

* * *

En Casablanca no pude permanecer más que tres meses, y me agradaba en extremo aquella ciudad y la gente que la poblaba, musulmanes y judíos, tolerándose recíprocamente y dando muestras de cariño hacia mí y a la España libre que yo representaba.

Me había establecido en una de las calles más céntricas y en un hermoso piso principal, dándome el propietario judío todas las facilidades de pago apetecidas.

Josefina Colbach y Pedro Vallina con su hijo Harmodio

Había hecho ingresar a mi hijo Harmodio, de unos diez años de edad, en el mejor colegio francés que había, donde podía aprender el francés y el árabe en sus estudios.

Había hecho un trato con un librero judío para comprarle todos los libros de su tienda a plazos semanales, donde se encontraban los más raros ejemplares de la España musulmana, escritos en diferentes lenguas.

También podía extender mi propaganda, que había ya comenzado, entre árabes y judíos, para interesarlos en el triunfo de la España revolucionaria y volverlos de nuevo a su antigua cuna...

Pero todos mis planes fracasaron y me vi de nuevo camino del destierro, con mi compañera y dos niños pequeños, además de un obrero anciano y de su niña pequeña recogidos en mi hogar, ambos de Madrid. A la vez, había llegado el día antes de mi destierro mi practicante Antonio Muñoz, natural de un pueblo gaditano. Pero no había que retroceder, sino seguir adelante mientras alentara un soplo de vida.

Portugal

Estábamos en el año de 1924 y con mis familiares había sido expulsado de Marruecos por las autoridades francesas que mandaban allí.

De Casablanca a Lisboa hicimos el viaje en un pequeño buque mercante, cuyo principal cargamento eran elefantes. En la travesía, que no recuerdo lo que duró, sufrimos mucho de mareos.

A nuestra llegada a Lisboa nos estaba esperando en el puerto el español Mogrovejo y un joven compañero italiano. Más tarde apareció Manuel Pérez y los portugueses Sousa y Silva, que tuvimos por compañeros en la prisión de Sevilla. Éstos hicieron gestiones, en nombre de la organización obrera, acerca de mi estancia en Portugal, donde había llegado desterrado de España y Marruecos. Aquel día se reunía un consejo de ministros del gobierno portugués y se trató mi asunto. El gobierno acordó darme por bien recibido y concederme un permiso para que pudiera ejercer la profesión en el país. Precisamente uno de los ministros reunidos recordó a los otros lo bien que lo atendí en Sevilla, una vez que fue perseguido en Portugal y tuvo que refugiarse en la capital andaluza.

Los compañeros portugueses extremaron las medidas de solidaridad conmigo y se esforzaron en ayudarme. Me proporcionaron el local de una clínica en el centro de la capital y me relacionaron con los hombres más notables del país, entre otros con Magalhaes Lima, a quien visitaba con frecuencia y conversábamos sobre el movimiento obrero de ambos países.

También traté a un hijo del poeta Jean de Deus, que regenteaba una escuela modelo, que él fundó en el corto tiempo que estuvo de ministro, con ese objeto.

Con frecuencia venía a Oporto Elíseo de Carvalho, me invitaba a comer y me leía algunos trozos de buena literatura, porque era un lector admirable como nunca había conocido otro.

* * *

Encontrándome preso en la cárcel de Sevilla, pasaron por la estación de Cádiz dos conocidos españoles desterrados por Primo de Rivera: Miguel de Unamuno y Rodrigo Soriano. La ciudad estaba atemorizada y nadie se atrevía a ir a saludarlos. Sólo estuvieron allí dos anarquistas extranjeros: mi compañera Josefina Colbach y uno de los hermanos Fournon, francés residente en Dos Hermanas.

A poco tuve noticias, encontrándome en Lisboa, que ambos habían escapado de la isla en que estaban confinados y se acercaban en un barco a la capital lusitana.

Si no recuerdo mal, en la costa de Marruecos se armó un falucho para sacarlos de la isla de Fuerteventura, hasta que el buque francés que iba en su busca los recogió en alta mar.

Se buscó una lancha gasolinera y, acompañado por un grupo de sindicalistas portugueses, le dimos alcance en la desembocadura del Tajo y subimos al buque que los llevaba a Francia. Ambos nos acogieron con alegría. Unamuno se mostró sereno y grande, como nunca le había visto, ante aquel mar inquieto y en defensa de la causa de la libertad que hacía intensamente suya. Su silueta espiritual de una inteligencia privilegiada, llamó mi atención en aquel momento y recordé otra parecida, que muchos años antes, siendo yo un niño, había visto en las ruinas de Itálica: era la de Rodríguez Marín.

Nuestra entrevista fue corta, y al separarnos, Unamuno nos entregó por escrito un saludo para los obreros portugueses y un relato sobre su destierro, firmado por él y Rodrigo Soriano, que publicamos en el órgano de la Confederación Portuguesa.

Comparemos estos dos cuadros: Unamuno frente al mar, al servicio de la libertad y rodeado por hombres del pueblo, españoles y portugueses; y Unamuno en la Universidad de Salamanca, rodeado de fascistas con las manos ensangrentadas, y el más repugnante de todos, Millán Astray, que le aullaba a los oídos: "¡Muera la inteligencia!"

* * *

Desde niño sentía una atracción grande por la tierra portuguesa, avivada por mis lecturas. Aquel país tuvo sus grandes marineros y descubridores, como Vasco de Gama, que logró llegar a Calcuta en 1497, como Fernando de Magallanes, que dio por primera vez la vuelta al mundo. La literatura portuguesa siempre me ha parecido muy bella, y leía los autores clásicos, entre otros Gil Vicente, Camoens y Herculano, y los modernos como Eça de Queiroz, Antonio de Quental, Guerra Junqueiro, que aspiraba al triunfo de la verdad y la justicia social.

Al mismo tiempo seguía atento la noble aspiración de los hombres que luchaban por la federación de ambos pueblos bajo un régimen republicano, campaña que en España hacía Las Dominicales, periódico de grata memoria, y en Portugal un hombre de extraordinario mérito, Magalhaes Lima, el autor del libro El Socialismo en Europa. La lucha heroica contra la monarquía portuguesa, hasta la ejecución en la vía pública del rey Carlos y del príncipe heredero, hizo desbordar mi entusiasmo revolucionario; y el día que tuve la noticia en Londres de la proclamación de la República en Portugal, cuenta como uno de los grandes días de mi vida.

Una vez en Portugal, tuve la alegría de vivir entre un pueblo, entre "Os Simples", cantados por Guerra Junqueiro; de leer en su lengua nativa a sus grandes escritores; de conocer a sus hombres de mérito; sus bellezas artísticas y campestres, entre estas últimas Sintra, uno de los lugares más bellos del mundo.

Pero, ¡ay!, cuando llegué a Lisboa las raíces de la reacción, que no se habían arrancado, empezaban ya a minar los cimientos del edificio de la República, sin que los hombres libres advirtieran el peligro.

* * *

Entonces, el compañero Manuel Pérez me ayudaba como secretario en mis consultas, escribiendo la historia clínica de los enfermos y el plan de tratamiento que les dictaba.

Pero un día me faltó su ayuda y supe que lo habían reducido a prisión. Un agente de la policía secreta llegó a mi casa y me dijo que si me personaba a la jefatura de policía acompañado del director del Asilo de Mendicidad, un comunista notorio, y respondíamos de la conducta del prisionero, en seguida se le pondría en libertad.

Lo que hice fue dirigirme al local de la organización obrera y contarles lo sucedido. Entonces me dijeron que iban a informarse de lo que ocurría, no fuera una maniobra de la policía para detenernos también a los dos. En efecto, aquellos compañeros se informaron que lo que intentaba la policía era atraernos al local de la jefatura para de allí pasarnos a la cárcel, en unión de Pérez. Lo más natural es que nos hubieran detenido sin rodeo alguno, pero así son las cosas en Portugal.

Recuerdo que Salvochea se reía mucho de las cosas de los portugueses. Me contaba lo siguiente: llegado él a Lisboa, sin motivo alguno fue detenido por la policía y llevado al gobierno civil, escoltado por numerosos soldados. Entonces el gobernador se quejó amargamente de que llevaran a Salvochea entre tan pocos guardianes, tratándose de un hombre tan peligroso. Por lo visto el gobernador hubiera movilizado a toda la guarnición de Lisboa para conducirlo a su presencia.

Los compañeros de la organización me dijeron que no permitirían mi detención en Lisboa y me llevaron en tren a un pueblo de la provincia, donde me ocultaron en la casa de un republicano de confianza que estaba ausente entonces con su familia, no quedando más que una señora anciana, madre de la esposa del dueño de la finca.

Me pasaba el día leyendo, y a la caída de la tarde me iba a trabajar en el jardín que había cuidando las flores. La anciana señora bajaba al jardín conmigo y le gustaba conversar en español. Como un día le llamase la atención hacia lo correcto de su lenguaje, siendo portuguesa, me dijo sonriendo: "No soy portuguesa, como usted cree, sino española, y además refugiada en Portugal". Entonces me contó que: "Años atrás, el general Prim, que había fracasado en uno de sus intentos revolucionarios, se había refugiado en Portugal con los restos de los sublevados, entre los que íbamos mi padre y yo, una niña. Los

años pasaron, me hice mujer y tuve una hija que se casó con un portugués dueño de la finca en que estamos. Mi padre era primo de Prim".

* * *

Entre los enfermos que acudieron a mi consultorio, se puede citar el caso siguiente: un día entró un joven como de unos veinticinco años de edad, enjuto de carnes, de mirada penetrante y ademán resuelto. Se quejaba de ciertos trastornos cardíacos y deseaba conocer mi opinión sobre el particular. No encontré lesión manifiesta en el corazón, y sí una aceleración de los latidos cardíacos, una taquicardia intensa, como pocas veces había visto.

Buscando la causa que podía producirla, la encontré pronto. Una vez que mi cliente me contó su historia.

Por aquellos días no se hablaba en la prensa de otra cosa que de la batida que se daba contra un terrible revolucionario, que había dado muerte a varios policías, defendiendo su libertad. La orden oficial era de que no se intentara detenerlo, sino darle muerte donde quiera que se le encontrara.

Aquel hombre era el cliente que había venido a visitarme a mi consultorio, establecido en una de las calles más concurridas de la capital lusitana. Más que las molestias cardíacas que sentía, lo que le llevó a mi lado era una simpatía personal, al considerarme un perseguido y amenazado de siempre.

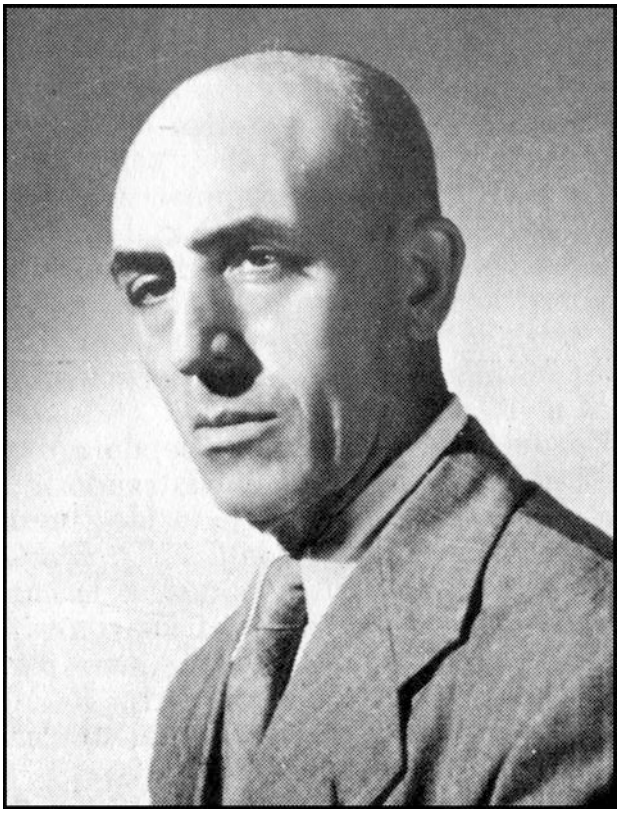
Por muy entero que aquel hombre fuera, no había dejado de ser influido por el constante peligro que le amenazaba. Diagnostiqué una taquicardia de origen emotivo y le dispuse como tratamiento que se pusiera a salvo lo más pronto posible.

Y en efecto, en seguida se embarcó para Rusia, donde llegó sin novedad y ya curado de su dolencia.

* * *

Volví a Lisboa después de haber pasado un par de semanas en el pueblo donde me ocultaba, una vez desaparecido el peligro de mi detención, pero se me vigilaba constantemente.

Un día recibí una carta de mi amigo y compañero Paulino Díez que se encontraba en La Habana. Ayudado por algunos estudiantes de la Universidad pudo obtener un permiso para que yo pudiera residir en aquel país. Pero el caso era que el barco para ir a Cuba tenía que tomarlo en el puerto de La Coruña, cosa que no me era muy fácil por la vigilancia a que estaba sometido en Portugal, y probablemente sería detenido al entrar en España. Lo cierto es que no hice el viaje y Paulino Díez, perseguido por la dictadura de Machado, tuvo que refugiarse en los Estados Unidos.



Paulino Díez

Encontrándome otra vez desterrado en Siruela, recibí una cantidad de dinero que se me tenía preparado en Cuba para que hiciera mi viaje a La Habana. Aquellos compañeros hicieron un acto tan bondadoso conmigo en un momento que estaba necesitado, aunque en Siruela empecé a trabajar en seguida de mi llegada.

* * *

Entre mis papeles encuentro un cuadernillo de notas que tratan de algunas de mis intervenciones en Lisboa, que copio a continuación:

Por entonces estaba veraneando Carmen de Burgos (Colombine) que tenía su domicilio en el barrio aristocrático de Estoril, donde le fui a hacer una visita. Conocí a esta escritora en los comienzos de la primera guerra mundial, encontrándome en Londres. Ella viajaba entonces por Alemania, acompañada de una hija jovencita que tenía, y los alemanes la detuvieron por considerarla espía francesa, nada menos que disfrazada de hombre, y hasta querían que unas mujeres policías la reconocieran. Por fin se aclaró el asunto, la dejaron en libertad y pudo llegar a Londres, donde se encontró conmigo y me visitaba con frecuencia.

* * *

Una noche hubo una velada muy concurrida en memoria del mártir español Francisco Ferrer, en la que tomé parte con un escrito, que fue publicado en un periódico obrero de la capital.

* * *

Un día me llevaron a visitar los cadáveres embalsamados del rey Carlos y el príncipe heredero, ejecutados en plena calle por un grupo de revolucionarios portugueses. Estaban colocados en dos urnas de cristal y expuestos a la curiosidad pública.

* * *

Otro día visité Sintra, que se dice es uno de los lugares más bellos del mundo. No está lejos de Lisboa. En una campiña de lejanos horizontes se alza una

montaña que sube en espiral, y en lo más alto se encuentra un castillo medieval que se pierde en las nubes. Desde las diferentes alturas de la montaña se divisan los más bellos y variados paisajes de aquellos campos.

* * *

En una de las bodegas de vinos más importante de Lisboa trabajaban dos hermanos españoles que llegaron a tener conmigo mucha amistad. Con motivo de una huelga, el director de la bodega fue amenazado de muerte por un grupo de revolucionarios, y vivía con su familia dominado por el terror. A ruego de los obreros españoles, intervine en aquel conflicto, y se demostró la inocencia del inculpado reconociéndolo así el grupo que lo acusaba. Y la tranquilidad volvió a renacer en el seno de aquella familia amenazada.

* * *

Aquel día la conversación con Magalhaes Lima trató del novelista español Blasco Ibáñez, y me refirió una visita que había tenido de él cuando escribió un libro sobre la dictadura de Primo de Rivera y Alfonso XIII. Parece que lo encontró algo presuntuoso.

* * *

Una noche tomaba café en un establecimiento con Joaquín de Sousa, y en la mesa próxima, un grupo de revolucionarios trató de incorporarme a un ataque que iba a efectuarse aquella noche contra un fuerte estratégico de la ciudad. Sousa intervino y me hizo desistir de la empresa por tratarse de gente poco formal. En efecto, a altas horas de la noche atacaron el fuerte al grito de "¡Rendición!", y como no se rindieron los de dentro, lo hicieron los de fuera, y se les condujo a la cárcel.

* * *

Durante aquel verano estuvo algunos días en Lisboa mi inolvidable amigo de Sevilla, Blas Infante, y lo pasé en su buena compañía. Entre otros, tratamos a un intelectual portugués que acababa de publicar una novela muy notable titulada *La Catedral*.

* * *

Un día fui a visitar a unos prisioneros políticos que se encontraban en un fuerte situado en las desembocaduras del Tajo. Los dejaban salir a bañarse y tenían las celdas de la prisión cubiertas de dibujos y frases de sabor comunista. La República trataba muy bien a los presos políticos; pero la dictadura que le siguió estableció las torturas y asesinatos, y así sigue.

* * *

Como se constituyera un comité revolucionario en Lisboa para combatir a la monarquía española y se reclutaran españoles y portugueses, entre estos últimos, algunos oficiales del ejército portugués, la policía arreció sus persecuciones contra mí y tuve que refugiarme en la casa de una familia de obreros españoles, a quienes ponía en peligro con mi presencia, además no podía vivir ya de mi trabajo.

Pedro Vallina en la *Siberia extremeña*. Mediados de los años 20

Enterados mis buenos amigos de la Siberia extremeña de mi crítica situación, invitaron a mi compañera Josefina a buscar un refugio en aquella región, donde gozaría de la mayor protección debido al bien que yo había sembrado, así que mi mujer se fue al pueblo de Siruela con los tres niños que teníamos, y yo me quedé solo en Lisboa.

Entonces una comisión de representantes de Siruela fue a Madrid a visitar a Primo de Rivera y le pidió que se cambiara mi condición de desterrado en Lisboa por el destierro en Siruela, donde tan bien me había conducido.

- ¿Tan bueno es ese hombre como médico? -preguntó Primo de Rivera a los solicitantes.

- Es tan bueno -le respondieron-, que se moriría él por evitar que se murieran sus enfermos.

En fin, el dictador concedió el favor que se le pedía. Todo esto se gestionó sin consultar conmigo y la noticia que recibí de Siruela fue que me marchara en seguida y que no corría allí ningún peligro.

En el acto cogí el tren y en la frontera española me salieron al encuentro dos guardias civiles que me dijeron con mucha amabilidad que tenían que registrar los libros y documentos de viaje, y que tomarían nota de todo.

Como mi cargamento de libros era grande, la guardia civil tuvo que hacer un largo inventario de lo que llevaba, documentos ninguno, pero sí libros de diferentes idiomas que ellos no entendían.

Al poner los pies en la Siberia extremeña fui recibido con los brazos abiertos por todo el personal de aquella región, sin distinción de clases sociales.

Mi segundo destierro en Siruela

Por lo visto Siruela, aquel pueblo de la Siberia extremeña donde me encontraba deportado, no había sido visitado nunca por un gobernador, pues al aviso de que iba a llegar, nada menos que un general, sus habitantes se mostraron intensamente sobrecogidos.

Era en los tiempos de la dictadura de Primo de Rivera, en la que todos los gobernadores eran generales y se mostraban muy activos recorriendo las ínsulas designadas para hacer felices a los pueblos.

Las autoridades y los notables del pueblo se reunieron para tratar aquel caso extraordinario.

El problema era fácil de resolver.

Se necesitaba un lugar regio para alojar a tan ilustre huésped.

Había que prepararle un gran banquete, sirviéndose de los productos alimenticios del país.

En cuanto a la asistencia al banquete eran muchos los que deseaban asistir, pero el gobernador era el que tendría que designarlos.

El problema se solucionó a satisfacción de todos. La casa, con un hermoso salón para el banquete, la mejor del pueblo, fue cedida por su propietario. Y en cuanto a la comida, se dispuso que fuera abundante y bien preparada.

Ahora no había más que esperar la llegada del gobernador.

Al fin llegó éste, con su ayudante, un capitán del ejército, y fue recibido por las autoridades y los notables, pero la gente del pueblo estuvo ausente.

Cuando le indicaron al gobernador que señalara a los señores que habían de acompañarlo en el banquete, contestó con sorpresa de todos:

-Mi deseo es que me acompañe sólo un señor que se encuentra aquí deportado por motivos políticos y que me merece toda clase de respetos por sus méritos morales: me refiero al doctor Pedro Vallina.

Cuando el capitán llegó a mi casa a comunicarme la invitación, me ocupaba de los enfermos que llenaban mi consultorio, llegados de los pueblos vecinos. La noticia me fue desagradable, pero ante las razones que me exponía, acepté la invitación, aunque recomendé a los enfermos que me esperasen, que no tardaría en volver.

El gobernador era un hombre de unos 50 años de edad, en traje civil, más bien alto, enjuto de carnes, de finos modales, parco de palabras, de aspecto de profesor, en vez de militar. Basta decir, en su honor, que era gaditano y había nacido en la misma ciudad en que nació Salvochea, en la libre Cádiz.

Frustrado el banquete, me senté solo a comer con el gobernador y su ayudante, el capitán. Aquel señor se interesaba mucho por el folklore de la región y de eso hablamos el tiempo que duró la comida.

Como una comisión de médicos de la región había solicitado ser recibido por el gobernador, me despedí de él y continué mi consulta con los enfermos que me esperaban.

La citada comisión, mientras tanto, pedía al gobernador que el doctor Pedro Vallina, que era un revolucionario extremadamente peligroso, fuera deportado de aquella región y enviado lo más lejos posible.

La respuesta del gobernador, según me comunicó su ayudante, fue la siguiente:

-Los peligrosos son ustedes, pues os habéis limitado a casaros con mujeres ricas, olvidando el estudio y los deberes humanitarios de vuestra profesión. El doctor Vallina seguirá aquí, como son los deseos de todos, y tratado con el respeto que merece por su amor a los que sufren.

La atención que tuvieron conmigo el gobernador y el capitán, su ayudante, se debe a la moral anarquista que yo practico, pero no a mi persona que nada significa.

* * *

De los episodios que más impresionaron mi espíritu, allá en mi juventud, es, sin duda, cuanto se refería al fusilamiento del general Torrijas y los nobles caballeros que lo acompañaban en su expedición. Más de una vez visité en Madrid el Museo de Arte Moderno para contemplar el famoso cuadro de Antonio Gilbert "Fusilamiento del general Torrijas", una de las mejores pinturas de la escuela española moderna. El soneto de Espronceda "A la muerte de Torrijas y sus compañeros", que comienza así: "Vedlos ahí junto a la mar bravía cadáveres no más ..." llegué a recitarlo de memoria. La esposa de Torrijas, la condesa María Luisa Sáenz de Vinuesa, escribió la historia de la expedición y muerte de Torrijas en una obra que lleva por título La vida del general Torrijos.

Torrijas cayó en una celada que le tendió el general González Moreno, gobernador militar de Málaga, que mientras simulaba conspirar con la Junta Revolucionaria de Londres, trasladada a Gibraltar, para la traición y el crimen, se entendía con el repugnante Fernando VII, el rey hiena, como le llamó Víctor Hugo. El 11 de diciembre de 1831 fueron sacrificados aquellos héroes, atraídos por una combinación policíaca, dígase engaño. Los liberales conocieron desde entonces al general reaccionario que los mandó al sacrificio por el mote de "Verdugo de Málaga", que le ha quedado en la historia de España.

El general González Moreno, hombre sin escrúpulos, traicionó más tarde a la reina María Cristina, pasándose a las filas del carlismo. Por cierto que su influencia en la corte de don Carlos fue de lo más nefasta, poniendo sus sellos repulsivos. Más tarde, cuando el Abrazo de Vergara, temiendo por su vida y el fruto de sus rapiñas, se unió a un grupo de carlistas recalcitrantes y se dispuso a internarse en Francia. Pronto se dieron cuenta los fugitivos de la presencia del reptil y le dieron muerte, degollándole como a un cerdo, después de tenderlo sobre una peña, allá en tierras de Navarra.

¿Cómo iba a figurarse Torrijas en el instante supremo de su muerte, cuando invocaba en su mente una justicia que parecía ausente, que los hombres del pueblo, los campesinos extremeños, habían de hacerle justicia, muchos años después, hasta la cuarta generación?

* * *

Uno de los descendientes del "Verdugo de Málaga", militar también, llegó a la Siberia extremeña con motivo de una de las asonadas carlistas de la época. Por lo visto, allí contrajo matrimonio y fijó su residencia. Tuvo un hijo, Gustavo, que suprimió de su apellido el González, y se quedó con el Moreno. Quería borrar las huellas de una ascendencia infame. Gustavo Moreno casó con una hacendada rica y tuvo numerosa prole. Fue cacique político, alternando con otro tunante, y así aumentó sus bienes. Conocí a su señora, ya viuda, y era una mujer todavía arrogante y altanera. La asistí algún tiempo con motivo de la fractura del cuello de un fémur. Los hijos de este matrimonio se repartieron por la comarca, y como habían heredado el espíritu perverso del abuelo, hicieron fortuna y ocuparon una posición privilegiada. Por algún tiempo los tuve como clientes y siempre me enaltecieron como médico. Después se agriaron las cosas, rompimos las relaciones, a causa de una traición que me hicieron. A pesar de sus esfuerzos para ocultar su origen, el pueblo no ignoraba su procedencia. Por cierto que en una época se cantaba un romance que empezaba así:

Hubo en M álaga un Verdugo que a Torrijas fusiló;

hay en Siruela un cacique que a Don Pedro desterró...

* * *

Arturo Moreno era el prototipo de aquella familia de miserables. Alto, moreno, enjuto de carnes, con bigote negro y lacio, los ojos pardos, inquietos, el alma de Judas. Casó con una hacendada extremeña, que poseía muchas

tierras, unas robadas y otras adquiridas a bajo precio cuando la desamortización. Era charlatán e intrigante en extremo. Se hizo político pueblerino por exigencias de su espíritu turbio. En la época de la dictadura de Primo de Rivera era el cacique máximo de la comarca. Entonces se le ocurrió organizar a los campesinos, para servirse de aquel rebaño como un partido a sus órdenes. Así se constituyó la "Sociedad de Campesinos Católicos" con la virgen de Altagracia como patrona, y el cura de la localidad como consejero. Pero le salió el tiro por la culata, como vulgarmente se dice. Porque allí estaba yo, y conmigo el ideal anarquista, cuyo soplo había refrescado la frente de aquellos parias. Así que cuando el viejo presidente de la sociedad de campesinos le dijo de sopetón lo que pensaban los asociados, el cacique tunante se desplomó en su sillón.

-Si usted nos ha organizado -le dijo- para que como otras veces sirvamos los intereses de los ricos está en un gran error. Esta vez vamos a trabajar por nuestra cuenta en contra de ustedes, hasta abolir sus privilegios y alcanzar nuestra emancipación total.

Pronto comprendieron de dónde partía la piedra, y se dispusieron a anular mi influencia, haciéndome desaparecer, y al mismo tiempo, intimidar a los campesinos con persecuciones y cárceles.

Y aquí viene la obra maestra de Arturo Moreno, cualidad que había heredado de su abuelo, el "Verdugo de Málaga". No perdió tiempo, y se dirigió a Madrid a visitar a Federico Carlos Bas, diputado por el distrito, acompañado por el alcalde de Siruela, un verdadero alcomoque, y dos campesinos sinvergüenzas que traicionaron a sus compañeros, ofreciéndose a los manejos del cacique. Esta comisión pidió encarecidamente al diputado que los librara de mi presencia y se me trasladase a un lugar lo más lejano posible. Federico Carlos Bas se negó resueltamente a lo que se le pedía, pero cedió pronto ante el razonamiento que le hizo el ladino Arturo Moreno, engañándole como a un niño:

- Yo represento a las fuerzas vivas del pueblo, este señor es el alcalde de Siruela y estos dos campesinos representan a su sociedad. El pueblo en masa

no tolera un día más la presencia de un revolucionario tan peligroso, y está dispuesto a matarlo, si no se lo llevan pronto.

- Si es así -respondió el diputado-, para salvarle la vida haré las gestiones necesarias, cerca de mi amigo el general Mola, director de seguridad, y no dudo de que vuestros deseos serán cumplidos para que renazca la tranquilidad en aquel vecindario.

Aquellos hombres se equivocaron por completo, porque no contaban con la decisión de un pueblo valiente.

* * *

Lo que voy a referir, ocurrió en el mes de febrero del año 1930, si no me equivoco en la fecha. Había terminado la dictadura de Primo de Rivera, pero seguía desterrado en Siruela, la capital de la Siberia extremeña.

Una mañana recibí un aviso urgente para que me presentara en el cuartel de la guardia civil. Creí que se trataba de algún enfermito que reclamaba mi asistencia, porque he de deciros que siempre he tenido una clientela numerosa entre guardias civiles, policías, curas, monjas, etc. "Tenemos más confianza en usted que en nuestros médicos", solían decirme.

Cuando entré en el cuartel, que estaba a unos doscientos metros de mi domicilio, en la misma calle, tuve una decepción. Dos señores vestidos con cierta elegancia, dos abogados policías, según ellos, me comunicaron sigilosamente que traían la orden de conducirme desterrado a un lugar lejano, cuyo nombre no podían decirme sin incurrir en una grave falta.

-Me alegro -les dije con ironía-, porque tengo pasión por los viajes, y más cuando van envueltos en cierto misterio. Sólo deseo que se me permita llevar ropa, libros e instrumental médico, aparte de algún dinero, porque siempre me han obligado a pagar los gastos de estas excursiones.

Se me concedió tan señalado favor, y un guardia civil fue a casa con la noticia. A poco, mi compañera, acostumbrada a estos lances, llegó tranquila al cuartel con los objetos que había pedido. Pero mi hijo Harmodio, que sólo contaba 13

años de edad, y que había heredado el espíritu de su padre, desapareció de la escena y se fue al mercado, donde centenares de mujeres hacían sus compras, requiriéndolas para que demostrasen con hechos el afecto que decían tenerme.

Lo cierto es que platicaba apaciblemente en el corral del cuartel con los dos policías, cuando de improviso se escuchó un griterío formidable, lanzado por mil pechos iracundos que ensordeció el palacio. Palidecieron intensamente los dos policías y yo exclamé: "Son las mujeres del pueblo que vienen a por vosotros". Por toda respuesta echaron a correr poseídos del mayor pánico, treparon por unas tapias en ruinas y desaparecieron tambaleándose por el tejado.

Al escuchar a mi hijo, las mujeres del pueblo se lanzaron contra el cuartel con la indignación más grande. En la puerta acuchillaron las ruedas de goma del automóvil que debía conducirme e invadieron el edificio en todas sus dependencias, haciendo temblar a los civiles y gritar a sus mujeres y niños. Pronto me di cuenta de la situación y resolví evitar en lo posible un choque sangriento, en el que a la larga hubiéramos llevado las de perder y nos hubiéramos inutilizado para la lucha decisiva que se preparaba.

- Como los policías han huido -les dije-, y no hay peligro por el momento, voy a visitar a mis enfermos, mientras que ustedes continúan con sus quehaceres.

- Siendo usted tan bueno -me respondieron-, no se da cuenta de lo mala que es esta gente, que no tardarán en volver para llevárselo. Así que, por ahora, lo conduciremos a su casa, donde quedará bajo custodia del pueblo.

Y me llevaron a mi casa, y centenares de mujeres se situaron dentro, mientras que otras hacían guardia en la calle. Algunos grupos sitiaron el cuartel en actitud amenazadora, desde cuyo interior me pidieron por favor que evitara el asalto.

La noticia corrió como la pólvora por aquellos campos y se dio la orden de que se concentraran todos los hombres útiles para la lucha en Siruela. Y allí acudieron por millares, cada uno con las armas que tenía. Los pastores con sus

garrotes y hondas, los leñadores y carboneros con sus hachas, y los demás con navajas y escopetas. Algunos pescadores llevaban escondidos en el seno cartuchos de dinamita, de los que utilizaban en la pesca clandestina.

Como la tarde avanzaba y los policías seguían en el tejado muertos de miedo, de frío y de hambre, les pasé aviso para que bajaran de su escondite, en lo más alto del edificio, pero se negaron a hacerlo temiendo por su vida. Entonces extendí una orden por escrito y firmada, rogando al pueblo que respetara la vida de aquellos dos mentecatos desalmados, y ya con esta garantía bajaron del tejado, comieron algo, y partieron en un automóvil en dirección a Almadén.

Al mismo tiempo que el pueblo se movilizaba, la guardia civil de la provincia se concentraba en Siruela por todas las vías accesibles. La noche fue en extremo amenazadora y por momentos se mascaba la tragedia. Millares de hombres llenaron la larga calle en donde vivía, en cuyos extremos estaba el cuartel de la guardia civil. Trajeron leña en abundancia y a lo largo de la calle encendieron grandes hogueras que iluminaban el espacio con un resplandor siniestro. De vez en cuando partía un rugido de la muchedumbre, que era contestado por todos los pechos.

Ese rugido lo tengo todavía metido en los oídos, y era un grito de dolor y de cólera lanzado por aquellos esclavos al recordar el tormento sufrido durante siglos. Y un ansia loca de pelear se manifestaba en ellos, frenada por el buen sentido de las cosas.

- Ellos son muchos y bien armados -decían-, pero nuestra cólera era más poderosa y los venceremos. Pero tememos que nuestros actos pueden desbaratar los planes de la revolución general.

- Creo que convendría evitar en lo posible un choque aislado -les dije, porque el decisivo no tardará en presentarse.

Al día siguiente se encontraban en Siruela dos ejércitos frente a frente: el del pueblo y el de los esbirros del capital. Por importantes que fueran las fuerzas militares, el pueblo no se arredraba e insistían en librar la batalla y sólo les detenía el temor de cometer una imprudencia.

Desde el primer momento, el pueblo, con su buen olfato, señalaba al descendiente del "Verdugo de Málaga" como al culpable de lo ocurrido, y por otra parte Federico Carlos Bas y el general Mola montaron en cólera al verse burlados, ya que les aseguraron que el pueblo no me quería en Siruela, cuando resultaba que estaba dispuesto a morir antes de permitir mi salida. El gobernador de Badajoz, señor España, que parece haber sufrido algunas impertinencias bajo el régimen de Primo de Rivera, intervino para resolver el conflicto pacíficamente. El motivo de mi destierro había desaparecido al desenmascararse Arturo Moreno, y no había inconveniente en que siguiera en Siruela, pues para el caso era igual. Para ellos había algo fundamental en el asunto, y era poner a salvo el principio de autoridad, evitando el triunfo del pueblo, así que decidieron que saliera de allí, aunque fuera por poco tiempo.

La mañana de mi salida, todas las fuerzas militares en formación, infantería y caballería, con los jefes a la cabeza y el trompeta al lado, se dirigieron a mi domicilio, mientras que el pueblo invadía las calles en silencio. En la carrera, un campesino, llamado Camacho, blandiendo un cuchillo se agarró a la silla de un caballo de la guardia civil y gritó: "¡No te avergüenzas, miserable!" Eran hermanos, el guardia civil y el campesino. El guardia bajó la cabeza avergonzado y rompió a llorar.

Al llegar la columna militar a la puerta de mi casa, salió el anarquista solo, con la frente levantada, lo saludaron respetuosamente, dándole la mano el jefe de las fuerzas, y en un automóvil que había preparado, montó acompañado del alcalde de Siruela y dos parejas de la guardia civil. El incidente más ligero hubiera desencadenado la lucha, pero no fue así, y cuando desapareció el coche que me conducía en los recodos del camino, el pueblo rompió en llanto...

Mi destierro en Estella

En Almadén, donde fui conducido, quedé en libertad bajo la vigilancia de los dos policías que habían estado en Siruela, algo repuestos del susto recibido. El pueblo minero acudió en masa a demostrarme su simpatía. Pero al día siguiente partimos para el lugar de mi nuevo destierro. Llegamos a Madrid, quedando retenidos por largo rato en el puesto de policía de la estación del Mediodía, y luego fui conducido a la del Norte, de donde continuamos nuestro viaje. El tiempo estaba muy frío y un manto de nieve cubría los campos que atravesábamos. Por tierras de Burgos entraron en el vagón que iba, de tercera clase, varios empleados del ferrocarril que se habían enterado de mi presencia por una indiscreción de la policía, y bajo su responsabilidad me trasladaron a un coche de primera clase, después de hacer patente su adhesión a la causa que defendía. No me agradó mucho el cambio, porque siempre he preferido la compañía de los pobres, pero los policías se mostraron muy contentos y apoyaron a los ferroviarios. Nos detuvimos en una hermosa capital, que me dijeron era Vitoria, y a poco subimos para el norte.

Serían las once de la noche cuando llegamos a una población que tenía buen aspecto, y que se llamaba Estella. Era el término de nuestro viaje. No ignoraba el papel histórico que había ejercido aquella ciudad en las guerras carlistas. Allí debía residir hasta nueva orden, siempre prisionero de déspotas mandones. Con aire aburrido nos dirigimos al Ayuntamiento, donde esperamos que llegara el secretario, que hacía largo rato dormía en su casa. Era un anciano, ya encorvado, que llegó precipitadamente, todavía soñoliento, y sin mirar apenas a los policías, se acercó a mí, estrechó mi mano con efusión y me dijo, con voz temblorosa: "¿Cómo se le ha ocurrido al general Mola mandarnos aquí, a esta tierra bendita, un revolucionario tan peligroso como el doctor Vallina?" Me quedé con la boca abierta por la ocurrencia cuando se acercaron los policías, y uno de ellos le dijo al secretario: "Este señor con quien usted habla es el doctor Vallina, un caballero que viene a honrar la ciudad con su presencia, y nosotros somos dos policías abogados que lo acompañamos en su viaje por orden del general Mola". El secretario, turbado por el equívoco, se excusó como mejor pudo y se marchó de prisa a su casa.

Aquella misma noche busqué un modesto hotel, y los policías volvieron a Madrid, después de haber cumplido con su cometido.

* * *

A la mañana siguiente, me dirigí al Ayuntamiento, donde me dijeron:

- Aquí tenemos la orden de que se presente usted todos los días, pero puede hacerlo cuando tenga por conveniente. Siempre que desee fumar un cigarro, beber una taza de café y charlar un poco, véngase por aquí.

Se me acercó un individuo andaluz, de mediana edad, muy rubio y grueso, que hacía de jefe de policía, y me dijo:

- Desearía que me recomendase usted al señor Lerroux, en cuyo partido quiero ingresar, porque a esto se lo lleva el demonio.

Estella me pareció una hermosa ciudad, bien administrada, de la que partían varias carreteras asfaltadas. Los comercios eran numerosos y bien presentados. Con razón la llamaban la Toledo del norte, por las bellezas arqueológicas que encerraba, y que pude contemplar a mi gusto. Los templos estaban abiertos desde la mañana hasta la noche, y todos encerraban objetos notables. La plaza era espaciosa, rodeada de arcos, en una de cuyas casas residió algún tiempo el llamado rey de los carlistas. Uno de los templos más concurridos estaba en una altura de la ciudad, y jamás vi un establecimiento de fotografía más surtido. Todos los que tenían algo que pedir a la milagrosa, dejaban allí su retrato, algunos de tamaño natural, para recordarle lo que solicitaban, y los había por centenares. Algunos retratos, por las caras feroces y estúpidas que mostraban, podían muy bien figurar en un museo de antropología. Aquella gente era en extremo reaccionaria, y apenas si podía encontrarse un periódico con ribetes de liberal. Los días de sol me los pasaba leyendo en el campo, recogiendo algunas especies botánicas, y los días fríos, que eran la mayor parte, visitaba los templos, algunos verdaderos museos. Cenaba temprano y a poco me acostaba, a veces vestido, por temor al frío. Desde la cama escuchaba los rugidos de tantos borrachos como había en la población, porque en eso de beber, nadie gana a los carlistas. "¿Por qué tienen

los bailes por la tarde", le dije un día a mi barbero. "Pero hombre -me respondió-, con lo que se bebe, nadie es dueño por las noches de sus piernas". Un día llovía a cántaros y busqué un refugio en el Centro Carlista. Pedí un café, y al pagar, me dijo el mozo que lo había servido, después de hablar con unos señores que estaban en el local: "Usted no debe nada, y se le da las gracias por haber honrado esta casa con su presencia". Un día por semana había mercado y la población tomaba una animación extraordinaria. Sin embargo, me encontraba tan extraño entre aquellos seres, que me parecían espectros de otra época, salidos de las sepulturas de piedra de sus templos, y que habían vuelto a la vida como autómatas, pero sin cerebro, ya que seguían petrificados. Como no hay regla sin excepción, topé con un pequeño grupo, que no pasaba de tres, de los llamados intelectuales, que a mi llegada quitaron una noche el rótulo de una calle llamada Primo de Rivera y lo arrojaron al río. Nadie me incomodó el tiempo que allí estuve, y algunos trataron de hacerme agradable la vida, entre otros, un comerciante, hijo de un antiguo general carlista, que me llevaba de excursión por los alrededores. "Aquí todos somos carlistas, yo el primero, para poder vivir; pero en el fondo algunos detestamos esas ideas, impuestas por las circunstancias y aceptadas por debilidad de carácter". Como cosa curiosa me regaló un alfiler de oro de corbata con el retrato de Carlos VII. Un día me llevó a un monasterio cercano, creo que de Montejurra, que sirvió de hospital de sangre en las guerras carlistas, donde los frailes salieron a recibirme, y uno de ellos sustentó una interesante conferencia sobre los méritos artísticos del edificio.

Sin embargo, aquella gente no era de fiar, y como un día corriera la noticia de que volvía la dictadura de Martínez Anido, vinieron inquietos, mandados por Lerroux, para trasladarme a Francia si se confirmaba la noticia. "Esta gente -me dijeron-, no es de fiar, y si ahora parecen inofensivos, mañana se convertirían en fieras".

Y, en efecto, todos aquellos republicanos que habían venido a visitarme, los más distinguidos del partido, fueron asesinados en Pamplona cuando el levantamiento fascista, como lo fue mi entrañable amigo Rodríguez Medel, teniente coronel de la guardia civil, jefe de aquel tercio, por negarse a secundar el movimiento faccioso.

Vuelta de Estella a mi destierro de Siruela

Al mes de encontrarme en Estella se presentó un día un individuo, que tenía el aspecto de un viejo maestro de escuela, con la misión policíaca de conducirme al destierro extremeño. Después de comunicarme la noticia, sacó una cartera repleta de billetes de banco y me dijo: "El general Mola le ruega a usted tome la cantidad que quiera, como indemnización a las pérdidas sufridas en su destierro". Era una galantería a la que no estaba acostumbrado. Saqué mi pequeña cartera y conté hasta 500 pesetas que me quedaban, excusándome de no aceptar nada del señor Mola, porque todavía me quedaba dinero para la vuelta a un lugar donde me era fácil ganarme la vida con mi profesión.

Partimos al día siguiente para Extremadura, pero no en línea recta, sino en zigzag. Mis carceleros se mostraban recelosos y con temor. De vez en cuando, en algunas estaciones, bajaba mi vigilante y hablaba por teléfono con alguien. Creí que entraríamos en Madrid, pero no fue así, pues al acercarnos a la capital, señalaron otra ruta a mi conductor.

Serían las once de una noche obscura y lluviosa cuando bajamos en la estación de Salamanca. Nos dirigimos a la capital, pero equivocamos el camino, y después de andar un largo trecho, unos perrazos ladrando nos hicieron retroceder y orientarnos mejor. A la hora que llegamos, las calles estaban desiertas, y con dificultad encontramos una persona que nos sirviera de guía. Allí tenía yo un viejo conocido, Miguel de

Unamuno, al que no veía desde que salí a su encuentro, con otros compañeros portugueses, en la desembocadura del Tajo, cuando, en compañía de Rodrigo Soriano, venía huido de Fuerteventura. Todavía estaba abierto el café de la hermosa plaza salmantina, una de las más bellas del mundo, donde Unamuno solía reunirse de noche con unos amigos. Pero hacía poco que se había retirado a descansar, y aunque tenía algo que decirle, no me pareció oportuno, con la compañía que llevaba, despertarle a tales horas. Como mejorase el tiempo y la luna nos mirase por entre unos nubarrones grises, decidimos recorrer la ciudad, a instancias mías, y recordar sus grandezas pasadas. Lo que más nos detuvo fue la vieja Universidad, en cuyo recinto, se alzaba una estatua

de fray Luis de León. También visitamos, por fuera, se entiende, la Casa de las Conchas. La ciudad tenía un aire de melancolía y de misterio que servía de sedante a nuestro espíritu. Hasta el policía se sentía hombre, y con voz emocionada me decía: "Yo creía que los anarquistas eran otros hombres, y hasta me disgustó la misión que se me encomendaba, creyendo que daría con un ser huraño, malhumorado; pero desde que lo he conocido, ha variado mi criterio y no tendría inconveniente que este viaje durara toda la vida, por las prendas morales que he descubierto en usted, adivinando en sus ideas un mundo nuevo como jamás hubiera imaginado".

Cuando nos retiramos a descansar, después de recorrer una y otra calle, sin rumbo fijo, una neblina sutil que empapaba nuestra ropa se desprendía de un cielo de pizarra que empezaba a iluminar la aurora del nuevo día.

De Salamanca pasamos a la provincia de Cáceres, sorprendiéndome que en Hervás me esperasen varias personas en la estación. Por lo visto los amigos no me habían perdido de vista. El policía parecía desinteresarse de su misión y no se preocupaba de lo que veía a su lado. Yo aprovechaba el tiempo y hacía a los viajeros la más acerba crítica de los gobernantes, anunciando una revolución salvadora. La atmósfera social estaba muy cargada y se me escuchaba con entusiasmo. Por fin, después de más vueltas y revueltas, llegamos una noche a la estación de Almadenejos (Ciudad Real), donde me esperaba mucha gente informada de mi llegada. Viajamos en automóvil hasta Almadén, y aunque era tarde, el pueblo, como siempre, vino a manifestarme su adhesión. A la mañana siguiente se formó una caravana de automóviles y partimos para Siruela a unas tres horas de distancia. En los pueblos del camino y en los campos, la gente saludaba con entusiasmo al hombre que para ellos simbolizaba la revolución.

Cuando llegamos a Siruela, el pueblo estaba de fiesta y habían engalanado con arcos de follaje la calle donde vivía. El gobernador de la provincia, para congraciarse con el pueblo, había anunciado por un bando la hora de mi llegada. A cada momento se presentaban grupos de hombres de los pueblos vecinos. Militantes republicanos y socialistas acudían también a prestar su concurso. Por la tarde hubo bailes, discursos y un banquete popular. Al final se gritó hasta enronquecer por la anarquía. Había hombres de todas las tendencias que rendían homenaje al ideal anarquista que yo representaba,

como la aspiración más bella de todas. En aquella atmósfera caldeada, el policía se encogía de hombros y decía que se había vuelto sordo.

- ¿Qué impresión lleva usted de su viaje? -le preguntaron.

- Muy mala para la monarquía, cuyos días están contados.

- ¿Y qué opinión tiene usted de este desterrado?

- Todo el que lo trate lo considerará digno de admiración y de estima.

Y para corroborar su afirmación, enseñó un comunicado del alcalde de Estella, un anciano que no salía de la iglesia, en el que le decía al general Mola: "Me pide usted una información sobre la conducta del desterrado en esta ciudad, y he de decirle que ya quisiera que todos los ciudadanos de Estella se condujeran tan bien como se condujo aquí este anarquista".

El policía partió al día siguiente muy satisfecho de su viaje. Los campesinos le regalaron un jamón y unos chorizos para que sus familiares probasen la exquisita chacina extremeña.

Hago este relato para poner de manifiesto el estado de espíritu del pueblo en aquella época, y no me vanaglorio de lo que a mí se refiere pero sí a las ideas anarquistas que profeso, faro luminoso donde se dirigen todos los amantes de la justicia social.

La justicia del pueblo

A medida que se acentuaba la influencia de los reaccionarios en la República, los descendientes del "Verdugo de Málaga" se volvieron más osados en sus ataques contra los trabajadores.

Sirviéndose de un miserable agente provocador enviaron a presidio a varios campesinos acusados de fabricación de bombas explosivas, cuando en realidad no eran más que unos cencerros inofensivos.

Con el pretexto que la Casa del Pueblo había sido construida en terreno del Municipio, se apoderaron del edificio y arrojaron a la calle a los trabajadores, con la ayuda de un hormiguero de guardias de asalto que tenían destacados en la población. Aquel edificio había sido construido gratis por los obreros para tener una casa donde celebrar sus reuniones.

Con motivo de los sucesos de Asturias, consiguieron que las fuerzas militares llegasen hasta Almadén, donde me había retirado, viendo el movimiento fracasado en Extremadura. Fui detenido a altas horas de la noche y llevado en un automóvil de Arturo Moreno a la cárcel de Badajoz, donde había más de mil hombres presos, aparte de otros tantos en un cuartel.

Contando con el triunfo y conociendo la cobardía e incapacidad de los gobernantes, no vacilaron en anunciar uno y otro día la llegada del fascismo, que devolvería sus privilegios a los explotadores y aniquilaría a los revolucionarios. Y como contaban con mucho dinero, además del recibido por los hacendados, contribuyeron con su parte a la preparación del movimiento sedicioso.

Aquellos malvados vieron reforzadas sus filas con la presencia de uno de los hombres más sirvengüenzas y cínicos que he conocido: Salazar y Alonso. Era natural de Siruela y se había criado en Madrid, donde su padre fue a trabajar como barbero. Allí estudió la carrera de abogado e ingresó en el partido lerrouxista. En Siruela se casó con la hija de un labrador acomodado, a cuya costa vivió hasta que se abrió camino en la política. Por allí se presentaba como extremista notorio, imitando a su maestro Lerroux, hasta que consiguió

un acta de diputado y después una cartera de ministro. Entonces aquel tipo se quitó el antifaz y se presentó tal y como era. Cerró sus puertas a los antiguos amigos que le habían ayudado para escalar aquellos puestos; repudió a su propia mujer y se olvidó de sus hijos, teniendo como querida una marquesa extremeña. Participó en todos los negocios sucios que pudo, entre otros el célebre estraperlo, se aproximó a Gil Robles y después a los fascistas, conspirando con ellos y, por último, comprometió a su suegro, Braulio Cendero, poniéndole a la cabeza de los perseguidores del pueblo, motivo por el que fue más tarde fusilado. Pero erró el juego y a este mercenario lo fusilaron los anarquistas en Madrid como merecía.

Al estallar el movimiento reaccionario, los fascistas se apoderaron fácilmente de la mayor parte de la provincia de Badajoz, no encontrando obstáculos serios en su marcha desde Andalucía; pero al llegar al extremo norte del territorio, el pueblo les cerró el paso, quedando una ancha zona en nuestro poder, desde Cabeza de Buey, Villanueva de la Serena y Don Benito hasta los límites de las provincias de Cáceres, Toledo y Ciudad Real. Allí quedaron encerrados, como en una ratonera, centenares de fascistas de la peor especie, torturadores de aquellos pueblos, que fueron detenidos en el acto. Algunos se lamentaban amargamente de no haber sido puestos a salvo por los dirigentes del movimiento, después de haberse gastado el dinero. Ni uno de ellos escapó con vida, fusilados por los pueblos, después de un examen de sus crímenes. No hubo cuartel para ninguno, y menos para los descendientes del "Verdugo de Málaga", que encabezaba el movimiento faccioso. En Siruela fueron fusilados Arturo Moreno, tres de sus hijos y un yerno; otros cuatro en Almadén y los restantes, hasta veinte y cuatro, en varios pueblos de la región. Sólo quedaron con vida, de aquellas familias, las mujeres, que el pueblo respetó, tanto por su sexo, como porque eran inofensivas; pero las obligó a ganarse el sustento con su trabajo.

Aunque tarde, el pueblo extremeño hizo justicia a Torrijas y a sus sesenta y tres bravos compañeros fusilados, acabando con la mala semilla que seguía dando los frutos del mal.

Este suceso puede servir de norma a los débiles y a los pesimistas para que no se impacienten, ya que la justicia del pueblo no tardará mucho en aniquilar hasta la cuarta generación a los verdugos de España.

La tragedia de Castilblanco de los Montes

En aquellas tierras de la Siberia extremeña un día ocurrió una tragedia terrible que conmovió a toda España, siendo los caídos guardias civiles, entonces considerados, como invulnerables y los mejores sostenes del orden burgués.

Fue en el pueblo de Castilblanco de los Montes, cerca de donde me encontraba. Una manifestación de obreros se dirigía ordenadamente a la Casa del Pueblo, donde concluiría. Pero el estúpido cacique, acostumbrado a los atropellos, ordenó al jefe de la guardia civil que la disolviera. Éste obedeció la orden de mala gana y alcanzó el cortejo cerca de la Casa del Pueblo, cuando ya iban a disolverse. Al comunicar a los trabajadores que tenían que separarse inmediatamente, pidieron éstos por favor que les permitiera llegar a la sede social que estaba cerca, donde terminaría la manifestación. Pero el jefe de la guardia civil insistió en la orden recibida del cacique. Se exaltaron los ánimos hasta el punto que un guardia civil agredió a un obrero. Entonces los trabajadores, indignados por el atropello, montaron en cólera, acumulada durante siglos de esclavitud. Arremetieron contra la guardia civil y en pocos momentos los destrozaron a todos y rompieron los fusiles que llevaban, quedando cadáveres y armas rotas por el pueblo. No se salvó ni un sólo guardia civil del grupo que venía con su jefe a la cabeza.

Tan grande fue la emoción por aquellos sucesos en todo el país, que el general Sanjurjo, jefe del cuerpo de la guardia civil, tuvo que ir a Castilblanco para recoger informes y aplacar los ánimos. Entonces, los reaccionarios de aquella región, creyeron que era el momento de anularme, y me culparon ante el general de ser el responsable moral de aquellos sucesos por la propaganda vertida. Sanjurjo estuvo escuchando, sin alterarse, a la comisión que fue a visitarle y que esperaba me mandara fusilar.

Y les contestó así: "Nosotros los gobernantes mandamos aquí desterrado al doctor Vallina, pero él nos ha ganado la partida y goza del mayor prestigio entre estos campesinos. Pero seamos sinceros y reconozcamos que su fuerza no está en las armas, sino en su comportamiento moral que ha conquistado el

corazón de estas gentes". Y a una señal despidió a la comisión, la que se retiró silenciosa y cabizbaja.

En aquella ocasión no fui detenido por las autoridades, ni siquiera se me tomó declaración, cosa verdaderamente rara, gracias a la intervención de Sanjurjo, que en aquella ocasión se colocó en el terreno de la verdad.

Estos sucesos ocurrieron el 21 de diciembre de 1931, a pocos meses de proclamada la República. Los obreros que intervinieron en la muerte de los guardias civiles y que fueron condenados a la última pena se salvaron de ser ejecutados, por la campaña de solidaridad que se produjo en su favor en toda España. Más tarde fueron amnistiados.

Mi entrevista con Alcalá Zamora

A la vuelta de mi destierro en Estella, impresionado por la agitación antimonárquica que había observado en mi viaje, decidí escapar del lugar donde estaba confinado y lanzarme de lleno en el torbellino de la revolución que se preparaba. Y dicho y hecho, salí de Siruela burlando la vigilancia de la policía y me dirigí a Madrid para obtener una información exacta de la situación. Mi impresión fue excelente. El pueblo vibraba por la revolución: la monarquía era detestada por todos y había hombres que conspiraban con entusiasmo por el triunfo de la República, estando dispuestos a todos los sacrificios, incluso el de la vida. El fondo social de sus aspiraciones era muy débil, pero allí estábamos los anarquistas, los revolucionarios por excelencia, que podíamos cambiar el curso de los acontecimientos.

Un día fui llevado a casa de Ramón Franco, donde éste y Romero me comunicaron que Alcalá Zamora deseaba tener una entrevista conmigo. En vísperas de una revolución política, los anarquistas valemos mucho, como hombres de acción que somos, y hasta se nos reverencia; pero si el movimiento triunfa, se nos persigue como a los peores enemigos, para que no perturbemos la digestión de los vencedores que vienen a ocupar los puestos de los vencidos. Ramón Franco me pareció un hombre aprovechable de momento, pero que fallaría luego, como así ocurrió. El capitán Romero, que habló poco, tenía un aire de seriedad que agradaba, pero murió poco después. De momento puse reparos a la entrevista que se me proponía, pero al fin acepté ante la reflexión que me hice: "Alcalá Zamora es el eje de la conspiración y por él podría estar al corriente de los acontecimientos". Por otra parte, no me llamaba a engaño. Si la partida se perdía, iría a la cárcel, como otras veces. Y si se ganaba, iría a la cárcel también. La salvación estaba en el pueblo, no en mi persona, que poco valía, sino en la revolución, que lo valía todo.

Así que una mañana me dirigí al domicilio de Alcalá Zamora, por cierto que con disgusto. El amor a la revolución, que enderezaría tantos entuertos, me ha hecho a veces tratar con hombres que se creían grandes, tanto en el campo

político como en el social. La antesala estaba llena de hombres, y Benito de Lugo hacía de introductor. Me senté en un rincón de la estancia esperando mi turno, y para no aburrirme saqué un libro del bolsillo y me puse a leer. Pero en seguida salió el secretario de Alcalá Zamora y anunció que se suspendían las consultas hasta el día siguiente. Me levanté complacido, como el que se quita un peso de encima, para marcharme; pero el introductor me detuvo y me dijo que don Niceto había suspendido las entrevistas porque tenía deseos de hablar tranquilamente conmigo.

Alcalá Zamora me acogió afablemente en su despacho, como si se tratara de un antiguo amigo. Entonces estaba en pleno vigor físico y mental, dando la impresión de un hombre superior en su género. Más tarde, en el destierro, cuando pasó por México camino de la República Argentina, estaba ya en plena decadencia física y, además muy apesadumbrado, era una sombra de lo que fue. Tal vez pensaría en el pueblo español crucificado por su culpa y por la de otros como él que ignoraron su verdadera grandeza y lo hicieron vapulear. Tampoco olvidaría cómo las clases conservadoras, que tanto se esforzó en atraer en vez de aniquilarlas, se habían echado en los brazos de la reacción y del militarismo.

Alcalá Zamora me propuso que marchara a Andalucía, donde mi gestión sería más eficaz, preparando para la revolución a los campesinos y obreros de la ciudad. Además me dio una lista de los conspiradores a sus órdenes, la mayoría militares, para que todos marcharan de acuerdo el día de la sublevación. Por otra parte, mi labor no sería limitada ni condicionada por nadie, ni por él mismo, pudiendo obrar como tuviera por conveniente. No hubiera aceptado otra cosa. No demostró la menor desconfianza al entregarme la lista de los comprometidos, que se jugaban la vida y la carrera, sin una certeza de mi delicada misión. No dejé de agradecerle, en mi fuero interno, la confianza que en mí depositaba. Además de un buen conspirador, era un hombre fino e inteligente que sabía con quién trataba, dando a cada uno lo suyo.

Al día siguiente partí para Andalucía, de donde hacía tiempo que faltaba, por mi confinamiento en Extremadura.

Viajes a Andalucía y Cataluña

El viaje que hice por Andalucía, siempre perseguido por la policía y ocultándome, me dio la impresión de que el pueblo estaba en condiciones admirables para una insurrección. Claro está que no olvidaba las palabras de Salvochea: "Aquí no se hace nada, y cuando se hace algo, se hace un disparate: parece que esta gente obra por impulsos epilépticos". Había, pues, que obrar con cautela para que se desbordase el torrente popular a tiempo oportuno y con resultados definitivos. Un fracaso sería de consecuencias catastróficas en el momento histórico que atravesábamos. ¡Ay del pueblo si no aprovechaba la ocasión que se le iba a presentar con la caída de una monarquía secular para hacer triunfar sus derechos! Y no se aprovechó, no por culpa suya, sino por falta de preparación revolucionaria de sus falsos guías, y helo ahí en las garras de los más malvados entre los malvados. En vez de propagar la vida libre de acuerdo con las normas del comunismo libertario, cuya bandera enarboló por primera vez en aquellas tierras un anarquista modelo, Fermín Salvochea, derivaron hacia resoluciones políticas amorfas de contenido.

Me dirigí por último a Sevilla, pensando que desde allí podía impartir el impulso revolucionario que conmoviera a toda Andalucía. La perspectiva era magnífica.

Al llegar a Sevilla tuve la más desagradable sorpresa. Una parte de los llamados militantes anarquistas y sindicalistas se habían convertido al comunismo estatal, y hacían la guerra más enconada a los que continuaban en el campo libertario, que por otra parte, como se verá en el curso de estos relatos, no valían gran cosa. Aquello era un lavadero público de dimes y diretes. He de advertir que no me refiero al pueblo, que era ajeno a aquellos enredos, aunque al final pagaban los platos rotos. Hay que despertar la conciencia de la masa popular para que obre por sí misma y por el acuerdo libre de sus asambleas, sin dejarse influir por individuos más o menos trapisondistas. Una par te de aquellos llamados militantes (y no vale la pena de nombrarlos, porque son harto conocidos) se convirtieron en seguidores del comunismo dictatorial ruso, sin conocerlo a fondo, y siguieron haciendo tonterías, como

las habían hecho en nuestro campo. Prescindí, pues, de aquella gente, de la que nada podía esperarse, y entonces llamé con ímpetu a otras puertas.

Una semana me costó el poderlos reunir en las afueras de Sevilla, en una venta cerca de Alcalá de Guadaira. Mis palabras eran encendidas por lo crítico del momento. La monarquía se desmoronaba, presentándose una situación revolucionaria excelente, que había que aprovechar a todo trance, si no estaba perdida por mucho tiempo la causa popular. Había que hacer la revolución social; saltar sobre las mezquinas aspiraciones oportunistas de los políticos republicanos y socialistas, y si no podíamos instaurar un comunismo libertario, destruir por lo menos hasta en sus cimientos al militarismo, al clericalismo y al feudalismo, para que la segunda República que se levantara sobre sus ruinas no pereciera tan rápidamente como la primera. Por fin, cediendo a mis instigaciones, se constituyó un comité revolucionario que tenía la misión de coordinar todos los esfuerzos populares, de apoderarse de la capital y de extender la revolución por Andalucía, y como después veremos, no cumplieron su cometido, y hasta creo que no volvieron a reunirse más.

Después me dirigí a los militares comprometidos y me produjeron la mejor impresión. No tenían de militares más que el uniforme; eran hombres estudiosos y de ideales generosos. El más prominente de ellos, el que directamente se entendía con Alcalá Zamora, un capitán del Estado Mayor, me hizo esta pregunta:

- ¿Cuáles son las aspiraciones políticas de don Niceto?

- Una república conservadora -le contesté-, de vida efímera, que conservará todos los privilegios, que hará abortar la revolución, que ensangrentará al país y que, por último, nos llevará a una situación peor que la presente.

Aquel hombre se quedó pensativo y sus facciones tomaron un aire de gravedad. Y entonces le expuse mi plan revolucionario que acogió sin reparos. Recuerdo que le preocupaba mucho la amenaza del ejército reaccionario destacado en el Marruecos español, recomendándome que se tomaran medidas contra aquella gente. Los militares revolucionarios cumplieron su

cometido, y si no fueron más lejos, no fue por culpa de ellos, sino de los otros que no se movieron de su sitio.

En lo que toca al representante civil de Alcalá Zamora, señor Zambrano, me pareció un hombre muy bueno, pero una nulidad revolucionaria. Y en efecto, al proclamarse la República y tomar posesión del gobierno civil de Valencia, lo primero que hizo fue oír misa, imitando en eso a su jefe en Madrid.

Mientras se preparaba allí el movimiento revolucionario, hice una escapatoria y me dirigí a Barcelona, recordando la frase de mi inolvidable amigo Carlos Malato: "Andalucía y Cataluña son los dos polos de la revolución española".

* * *

De Andalucía marché a Cataluña, con la esperanza de que ambas regiones fueran el baluarte de una revolución social en España, aprovechando la situación que se presentaba con la caída de la monarquía. Ya había estado en Barcelona en otras ocasiones, de incógnito, en vida de Ferrer y Morral, pero mi misión era tan delicada que no me pareció oportuno comunicarme con Anselmo Lorenzo en la Escuela Moderna, con quien me comunicaba por correspondencia; pero Ferrer se abstuvo de presentarnos para evitarle las inquietudes consiguientes. En Cataluña, pues, no había luchado en las filas del pueblo como en Andalucía.

Cuando llegué a Barcelona, lo primero que hice fue visitar a Pestaña, quien me era conocido, para que me pusiera en contacto con los compañeros a fin de cambiar impresiones sobre la situación que atravesábamos. Una noche me llevó a un café donde se reunieron un centenar de anarquistas. Mi sorpresa no tuvo límites, porque aquellos hombres no estaban a la altura del momento. Por muchos intentos que hice, no pude conseguir que Pestaña bajara de la altura donde se había colocado y fijase la atención en un asunto tan grave como el que me había llevado. Cada vez que intentaba traerlo al terreno de la realidad resbalaba de las manos, como el pez en el agua. Comprendí, con tristeza, que no había allí nada que hacer.

Entonces lamenté que la muerte hubiera arrebatado, luchando como verdaderos revolucionarios, a hombres como Ferrer y Morral, que murieron precisamente por derrocar la monarquía y crear una situación revolucionaria como la que con tanta facilidad se venía a nuestras manos.

Me habría quedado algún tiempo en Cataluña para que mi grito de alarma llegase a las multitudes trabajadoras, con la seguridad de ser escuchado, pero mis compromisos me llamaban a Andalucía, terreno ya harto conocido por mí. Pero no quise dejar de hablar con Companys, cuyo temperamento revolucionario me era conocido. Éste me acogió calurosamente y comprendió en el acto mis intenciones. También él creía que no había tiempo que perder y que no debería desaprovecharse la ocasión que iba a presentarse de un momento a otro. Hasta me propuso convocar al comité revolucionario de su partido para ponernos de acuerdo sobre la acción a seguir. No pude complacer a Companys, porque mi misión estaba en otra parte, y además esperaba mucho de una sublevación de los campesinos andaluces y extremeños, que hubiera marcado una fecha gloriosa en las luchas sociales. No pudiendo detenerme, Companys apeló a la intervención de Urales para que me quedara. Algunas veces, pensando en el fracaso del movimiento en Andalucía, me he arrepentido de no haber seguido los consejos de Companys. Tanto él como sus amigos, tomaron posesión de la ciudad, en vez de tomarla los obreros, y cumplieron su cometido, que por cierto no era el nuestro.

Volví de mi viaje pensando que si Cataluña y Andalucía, los dos polos de la revolución española, como decía Malato, no estaban a la altura del momento, la causa popular estaba perdida por mucho tiempo. Y así fue, y ahora se sufren las consecuencias. En el camino de la revolución hay que estar siempre alerta, porque un paso mal dado, nos lanza al abismo.

* * *

A mi vuelta de Barcelona, bajé en la estación de Zaragoza con la intención de informarme de la situación revolucionaria de aquella capital, pero me encontré en el andén con Marcelino Domingo, quien me aconsejó que siguiera mi viaje a Madrid, porque Osorio y Gallardo había pedido en Zaragoza la

dimisión del rey y me detendrían al informarse de mi presencia. Seguí su consejo y lo acompañé hasta Madrid.

Mujer valiente de un guardia civil

El suceso que paso a relatar ocurrió en Siruela, en la Siberia extremeña, donde me hallaba deportado hacía ya algunos años. Y la protagonista de esta historia era la mujer de un guardia civil destacado en el pueblo. Tendría aquella mujer unos cincuenta años de edad, y era menudita, y de baja talla, con la frente abombada, el pelo castaño y la nariz respingona. Pero tenía unos ojos muy negros en un rostro muy blanco, que miraban con mucha fijeza y daban la sensación de resolución inquebrantable. Había tomado una habitación en la vecindad del cuartel y trabajaba como modista, ayudando a su marido, cuyo sueldo era muy escaso para mantener a una numerosa prole. Porque aquella mujer era en extremo fecunda y ya llegaban a seis los hijos que tenían, todos muy bonitos. Como no era muy cuidadosa con ellos, raro el día que yo no tenía que pasar por el cuartel a curarle alguno. Tuve mucha suerte en mis intervenciones médicas y no se me murió ninguno. Así que aquella mujer me apreciaba mucho como médico y me respetaba como un padre. Y lo mismo podía decirse de las otras mujeres del cuartel, cada una con una carga de muchachos. La estima de las mujeres pasó a la de los hombres, llegando a ser el ángel bueno de aquella gente, y tanto fue así, que llegó la noticia a sus jefes, por mediación de algunos soplones del pueblo, y entonces, alarmados, resolvieron tomar medidas conducentes para preservar a sus subordinados del virus revolucionario.

Y al efecto mandaron un nuevo sargento a Siruela, un tipo en extremo repugnante, con la orden expresa de alejarme del cuartel. Al llegar dio las órdenes más severas referentes a mi persona. Se me prohibía pisar los umbrales del cuartel y llamarme como médico bajo ningún pretexto, aunque hubiera un enfermo en peligro de muerte. Nadie se atrevió a replicar, entre el personal subordinado, contra las órdenes de aquel energúmeno.

A poco cayó gravemente enferma con una bronconeumonía una preciosa niña de tres años de edad de la modista de referencia. La madre se enfrentó al sargento y le dijo que a su niña no la atendía más que yo, rechazando al médico que le proponían, un imbécil alcohólico. Como el sargento se pusiera

furioso y amenazara arrestarla, en unión de su marido, la mujer se retiró en silencio, volviendo las espaldas al miserable. Y sin decir una palabra, ni aun a su marido, envolvió a la enfermita en un abrigo y escapó del cuartel, viniendo a mi casa a pedirme un sitio para su hija.

Acogí con cariño a aquella brava mujer y le cedí la mejor habitación de la casa, cuidando a la niña con todo el esmero, hasta que salvó su vida.

Aquel episodio conmovió al pueblo y tuvo eco en toda la comarca, formándose una atmósfera enrarecida contra el sargento de la guardia civil que había tomado tan despiadada medida. Y el escándalo fue de tal naturaleza que un capitán de la guardia civil fue a Siruela para solucionar el conflicto. Por muchos recados que me mandó éste para que la madre y la niña volvieran al cuartel, no pudo conseguir nada, hasta algunos días después que di de alta a la niña completamente restablecida de su enfermedad.

La madre entró en el cuartel con la frente alta y la sonrisa en los labios, llevando en sus brazos a la preciosa niña de rostro sonrosado, mientras que los guardias civiles que allí había, bajaron la cabeza avergonzados y corrieron a ocultarse en sus aposentos, con la conciencia atormentada por una conducta de castrados morales.

El sargento fue sustituido por otro que, al llegar, lo primero que hizo fue llamarme para que asistiera a su madre que se había puesto enferma. Desde entonces puede decirse que el cuartel de la guardia civil en Siruela quedó impotente para oponerse a la voluntad del pueblo. Por eso durante la República hubo allí casi siempre un destacamento de guardias de asalto, tan malos o peores que la guardia civil.

La propaganda por el hecho de aquella mujer y por la conducta mía, hicieron una labor muy eficaz en el conjunto del pueblo que no tardó en dar sus frutos, pues aquella zona se convirtió en un baluarte de las ideas libertarias.

No lo olviden los jóvenes que me lean; la propaganda por la conducta, amoldándose a la moral anarquista, constituye una fuerza formidable para el que la emplea, pudiendo anonadar a los más insolentes enemigos. Y luego la

acción, porque las palabras se las lleva el viento, mientras que los hechos siempre quedan, con las consecuencias que acarrean.

Por eso decía Salvochea con mucha frecuencia que "el brazo alcanza más lejos que la lengua".

* * *

Era el 12 de abril de 1931 y se celebraban en España elecciones municipales; me encontraba en Siruela, donde había sido llamado con interés por aquellos amigos. El triunfo de los votos republicanos fue enorme, ya que hasta los enfermos se llevaron en camilla a votar. Así fue en toda España. Lo que sí pude observar es que a mi llegada me rodeó mucha gente protegiendo mi persona, como si me amenazara algún peligro. El caso era que la víspera había llegado un pelotón de la guardia civil, y su jefe había advertido a algunas personas que se le había recomendado hacerme matar, cosa que él no haría, pero podía hacerlo otro, motivo de la alarma difundida en el pueblo.

Aquella misma noche, conociendo el resultado de la votación, me dirigí a Almadén, esperando los acontecimientos que se aproximaban.

[5]

Proclamación de la República en España

En el camino de la revolución

Evolución de un pueblo

Municipios revolucionarios

La República en Sevilla

Me encarcela Alcalá Zamora

La tragedia del Parque de María Luisa

Españoles y portugueses encadenados

La cuestión agraria

Sublevación de los campesinos en la Siberia extremeña

La insurrección de Asturias en Extremadura

Andalucía libre

La revolución española

Proclamación de la República en España

De vuelta de mi viaje por Andalucía y Cataluña, fijé mi residencia en Almadén, pueblo eminentemente de izquierdas, donde gozaba de la mayor simpatía y estaba, hasta cierto punto, al resguardo de las persecuciones. Con una clave que tenía con los amigos de Madrid me ponían al corriente, sirviéndome del teléfono, de la marcha de los acontecimientos.

En la mañana del 14 de abril la expectación era grande en la ciudad, y el pueblo llenaba las calles y se agolpaba en los alrededores de mi domicilio, esperando las noticias que les comunicara. Desde Madrid me aseguraron que no pasaría el día sin "operar al enfermo", es decir, sin sublevarse contra la monarquía. Algunos de los republicanos y socialistas más significativos llegaron inquietos a mi casa en busca de noticias. "Hoy es la fecha señalada para el movimiento -les dije-, y en seguida que acabe la consulta voy a sublevar la ciudad, proclamar la República y dar comienzo a una revolución social con todas sus consecuencias". Me miraron gravemente y se despidieron hasta más tarde. Y seguí atendiendo a los enfermos que llenaban mi casa. Pero a poco volvieron los mismos individuos inquiriendo nuevas noticias. En el pueblo la gente daba muestra de impaciencia. De pronto, olvidándome de los enfermos, me lancé a la calle, llevado por un impulso poderoso, arrebaté una bandera republicana de un casino próximo, la agité en los aires y grité con todas las fuerzas de mis pulmones: "¡Muera la monarquía! ¡Viva la revolución social!" Un griterío inmenso se dejó oír en la calle, que luego repercutió en toda la ciudad. Por fin, el pueblo estaba de pie por la revolución. Había sonado una hora decisiva en la que se jugaba el porvenir. ¡Ay del pueblo si no la aprovechaba!

Pronto nos apoderamos del Ayuntamiento, arrollando a sus defensores, y desde su balcón principal rodaron los atributos de la monarquía y quedó proclamada la República. Se constituyó un municipio revolucionario, a cuya cabeza se puso a un hombre de confianza, de abolengo republicano. La juventud entusiasmada se agrupó a mi alrededor esperando actuar. Lo primero que dispuse fue la incomunicación de la ciudad, destruyéndose

telégrafos y teléfonos. Pero eso no fue necesario porque los empleados prometieron ponerse al servicio de la Revolución. Luego recomendé al pueblo que se armara como un solo hombre, porque había que cavar hondo, y nos esperaban largos días de lucha. Y en efecto, se tomaron por asalto dos armerías que había y se requisaron armas de los particulares. Pero esta medida sorprendió grandemente a republicanos y socialistas, buenas personas, pero malísimos revolucionarios. No comprendían que el pueblo apelara a las armas, cuando los políticos, sustituyendo a los monárquicos en sus puestos, iban a arreglarlo todo sin que se disparara un tiro ni se vertiera una gota de sangre. Hombres de esa mentalidad son extremadamente peligrosos en los albores de una revolución. No se les hizo caso y pronto se organizó una columna de hombres armados que me seguirían para sublevar a los trabajadores de Extremadura, que iban a ser auxiliares preciosos en la revolución que comenzaba.

Ya nos disponíamos a partir para Extremadura cuando se presentó un amigo del cercano pueblo de Almadenejos, un ingeniero de minas allí retirado, quien me recordó la palabra que le había dado días atrás de ir allí a proclamar la República en el momento preciso. Algo me contrarió la invitación, pero no pude eludirla, y acompañado de un grupo destacado de la columna me presenté a eso de las 11de la noche, cuando todos dormían como benditos.

Lo primero que hice fue ordenar al cura, que estaba levantado, que tocase a fuego si no quería dormir en la cárcel o algo peor. El cura obedeció sin vacilar, y a poco las campanas de la iglesia llevaban la alarma a la población y la gente salía de sus casas a medio vestir. Desde el balcón del Ayuntamiento, que estaba a una altura que dominaba la villa, grité al pueblo allí apiñado: "Esas campanas tocan a fuego porque está ardiendo la monarquía, la iglesia, el ejército, la magistratura y los terratenientes -todo lo viejo y podrido-, para que de sus cenizas surja una sociedad nueva, libre de infamia". La gente se enardeció en extremo, levantó los puños y gritó conmigo: "¡Muera la monarquía! ¡Viva la revolución social!" En esto, siguiendo la antigua costumbre, se me acercó el secretario del Ayuntamiento con una lista de los individuos que podrían formar el nuevo municipio, y que rompí con un gesto de ira. Entonces me dirigí al pueblo y grité: "¡Cómo! ¿No hay entre ustedes un

grupo de hombres con vergüenza, que vivan de su trabajo, para constituir el nuevo municipio con funciones de comité revolucionario?" "Sí que los hay", contestaron, y en el acto se escogió en la calle a los verdaderos representantes del pueblo.

Cuando volví a Almadén y la columna se disponía a partir, tuve la sorpresa de recibir un comunicado del capitán de la guardia civil destacado en Agudo, pueblo extremadamente beato y reaccionario, situado en los bordes de la provincia de Badajoz, que me pedía ayuda militar por encontrarse en una situación muy comprometida con las fuerzas que mandaba. Me pareció gracioso que la guardia civil solicitase mi ayuda, cuando siempre me habían tenido en la cárcel. Como Agudo nos cogía de camino, decidí pasar por allí, tomando las precauciones necesarias para evitar una sorpresa.

En el camino de la revolución

Aquella noche del 14 de abril de 1931, una pequeña columna de hombres, unos en camionetas, otros en autos, algunos a caballo y no pocos a pie, marchaban por la tortuosa carretera de tercer orden que parte de Almadén y penetra en la provincia de Badajoz, a través de un terreno agreste y quebrado.

Todos iban armados con escopetas, pistolas, sables, hachas, cuchillos y cartuchos de dinamita, de los que se utilizaban en la mina. No alumbraba otra luz que la vacilante de las estrellas, y grandes sombras de árboles y montículos aparecían a cada paso del camino, como si quisieran sembrar el pavor entre los caminantes. Pero los viajeros seguían siempre adelante, empujados por un impulso poderoso, nacido de un ideal sublime: hacer una revolución social que barriera los crímenes del pasado y diera vida a una España nueva y feliz.

De trecho en trecho, aparecían campesinos, que al enterarse de lo que se trataba, se incorporaban sin vacilar a las filas y nos pedían armas para el combate. Hacia la mitad del camino apareció un auto que al toparse con nosotros detuvo su marcha y bajó el ocupante. Al acercarse conocimos al médico de Tamurejo, que se dirigía a Almadén en busca de noticias. Al comunicarle lo que ocurría estrechó mi mano con firmeza y dijo: "En seguida que alces la voz se levantarán todos los pueblos extremeños, que impacientes te esperan para que te pongas a la cabeza del movimiento".

El médico de Tamurejo, pueblecito extremeño, Antonio López Madrid, era tan pequeño de cuerpo como grande de espíritu y muy querido por los trabajadores. Además era muy valiente y siempre lo encontraba a mi lado en los momentos más críticos. Él me llamaba tío y yo lo llamaba sobrino, y la gente creía en el parentesco. Éramos más que eso: hermanos espirituales. Luchó hasta el útimo momento en Extremadura, y según tengo entendido lo asesinaron los fascistas. Su sangre, como la de otros mártires, fecundará aquellas tierras y dará esplendida cosecha roja.

Cuando la luz de un nuevo día había borrado las sombras de la noche y el contorno de los objetos se apercibía con claridad, la columna penetraba en el

término de Agudo, donde la campiña acrecentaba su belleza por lo montuoso del terreno y la espesura de sus bosques. Entonces nos dividimos en tres grupos, dos que bordearon el camino, entre la maleza, y uno que siguió la carretera, en el que yo iba, pero todos armas al brazo y alerta. A poco trecho divisamos, a la entrada del pueblo, un pelotón de guardias civiles que bajaron las armas y me hicieron señas para que me acercara, contestando a un viva la revolución que yo lanzara. Un sargento y un guardia civil destacaron del pelotón y me acompañaron al Ayuntamiento, del cual había tomado posesión el capitán de la guardia civil que me pedía auxilio, y que ya me era conocido como hombre de ideas liberales.

Evolución de un pueblo

Agudo es el nombre de un pueblo de la provincia de Ciudad Real, colindante con la de Badajoz, que me era muy conocido porque me llamaban allí con frecuencia para visitar a enfermos graves. El médico de la localidad, doctor Manuel Vélez, era un anciano de cerca de 80 años que daba poco rendimiento. Como había sido buena persona, al final de su vida era muy pobre y tenía que trabajar para mantener a su esposa e hijas solteras. Pero cada enfermo le parecía un toro de Miura, cansado de tantos años de profesión. "Don Manuel - le decía una vieja- , me encuentro muy floja". "Lávate con almidón y luego te pones al sol, verás como te entiesas". "Don Manuel, me duele la cabeza". "Más me duele a mí y me aguanto", contestaba, alterando el paso al oír a los importunos. ¡Pobre viejo!, ya sordo y cegato por el peso de los años. Las mujeres del pueblo reían de sus ocurrencias y lo miraban con cariño. No sé por qué capricho tenía el mejor caballo del pueblo, que nunca montaba, pero que me lo prestaba en mis viajes, y el indómito animal me ponía en los mayores apuros con sus saltos y carreras. Un día recibí una cartita de Don Manuel en la que me decía: "Cuénteme usted en las filas del ideal libertario, cuya luz ha iluminado las negruras de mis últimos años". Y en los que pudo me ayudó en aquellas contiendas. Agudo era un pueblo muy antiguo de unos 5.000 habitantes, situado en un lugar muy pintoresco, en el que había una hermosa iglesia mayor y varios templos y ermitas, que visité en más de una ocasión en busca de objetos artísticos, que no escaseaban, como cuadros, retablos y bordados. Pero lo que más llamaba mi atención eran las grandes ventanas de las casas señoriales, cuyas rejas de hierros, labradas caprichosamente, eran testimonio de una raza ciclópea de herreros. Era un pueblo extremadamente reaccionario y beato, y abundaban las cofradías religiosas, los curas, las monjas y los seminaristas. Los pobres campesinos estaban sometidos gustosos a los sacerdotes y caciques, haciendo una vida miserable, sin otro consuelo que el vino manchego, que abundaba como el agua. A pesar de mis ideas, conocidas por todos, se me quería mucho en aquel pueblo, y hasta hubo un beato ricachón que me dejó en su testamento un pequeño tesoro de monedas de oro antiguas, que puse al servicio de nuestra causa.

En la época que me refiero, en vísperas de la proclamación de la República, se iban a celebrar allí unas elecciones parciales, y el pueblo se había dividido en dos bandos capitaneados por caciques locales. El vino corría como el agua y enloquecía los cerebros, temiéndose los sucesos sangrientos que se repetían en todas las elecciones. Por eso el gobernador había concentrado allí numerosas fuerzas de la guardia civil para poner un coto a los desmanes. Pero al barruntar la proclamación de la República, se unieron los dos bandos en uno solo para resistir a un gobierno de herejes.

Cuando me entrevisté con el capitán en el Ayuntamiento me dio la impresión de que se trataba de un hombre calmoso, dispuesto a solucionar el conflicto a poca costa. Como el asunto estaba en sus manos, me ofrecí a ayudarle en todo aquello que no fuera en menoscabo de la revolución. En pocas palabras me puso al corriente de la situación y se mostró impotente para resolverla sin mi ayuda. Por lo pronto me pidió que tuviera una entrevista a solas con los dos caciques, capitanes arañas de aquel pueblo, y que tratara de reducirles a la obediencia. De acuerdo, pues, con él, llamé a uno de los caciques, el señor Aliseda, tan tonto como rico, que no puso dificultad en someterse a la situación, licenciando a sus huestes. Pero el otro cacique, el secretario del Ayuntamiento, Juan Blásquez, que tenía fama de sinvergüenza, y que administraba el Municipio como finca propia, se presentó altanero y me exigió que se le nombrase jefe político del pueblo para que acatara la República. Todavía recuerdo las palabras que me dijo aquel cínico: "¡Buena República la vuestra si no me nombran a mí jefe del pueblo!" Arrojé a empujones de la estancia a aquel tunante, después de advertirle que sería fusilado por su mismo pueblo. He aquí una de las hazañas de Juan Blásquez, capaz de caracterizarlo, y que repetía con frecuencia: "Llévale esta cesta de uvas a mi querida", le decía a su hija, una jovencita que partía avergonzada con el regalo, mientras la madre, que había oído la orden, lloraba en un rincón lágrimas vivas.

- ¿Qué le parece a usted que hagamos? -me preguntó el capitán perplejo al contarle el resultado de las entrevistas.

- La cosa es muy sencilla -le contesté-: fusilaremos en el acto al secretario, tomaremos los lugares estratégicos y yo hablaré a este rebaño de esclavos para que se subleven.

- No quisiera que se derramase sangre, como no fuera en el último extremo -me contestó-, además de que somos pocos y ellos son muchos, borrachos y con armas. Pero le ruego que no me deje solo y que a su vuelta de Extremadura se pase por aquí con las fuerzas de que dispone.

Me despedí del capitán y le prometí volver al día siguiente.

En efecto, a mi vuelta de Extremadura, llegué una mañana a Agudo con numerosas fuerzas populares, dispuesto a imponerme por la violencia. Pero el capitán había ideado una táctica que dio resultado por el momento. Para ello convocó a una reunión pública, a la que acudió todo el pueblo. El mitin tuvo lugar en la plaza principal, y yo hablé a la multitud desde uno de los balcones del Ayuntamiento.

En el recinto de la plaza quedaron todos encerrados y las bocacalles fueron ocupadas por los guardias civiles y los hombres que me seguían, con la orden de hacer fuego si éramos agredidos. No fue necesario. Mis voces atronaron el espacio y el fuego de mi alma se comunicó a la de aquellos campesinos sometidos, que acabaron por arrojar sus cadenas, volver las espaldas a sus antiguos señores y caciques y contestar con entusiasmo a mi grito de "¡Viva la revolución social!" Se constituyó en el acto un municipio compuesto por campesinos pobres que se encargaría de hacer cumplir los postulados de la Revolución.

El secretario Blásquez se hizo luego lerrouxista, y otro abogadillo de su grupo, el enano Daza, diputado maurista; y con ese apoyo nos hicieron toda la guerra posible.

Agudo, que era una mancha negra en aquella zona roja, se hizo el pueblo más rojo de todos, aun la clase acomodada, luchando con la mayor bravura.

Como tenía anunciado, más tarde el pueblo juzgó en asamblea al secretario Blásquez, que yo había detenido en Almadén, lo condenó a muerte y lo hizo fusilar. El diputado maurista, que siempre me ladraba como un perrito faldero,

huyó con su padre, y ambos encontraron la muerte en un pueblo manchego donde se habían ocultado. A cada puerco le llega su San Martín, según dice el refrán castellano.

Cuando el viento de la época es favorable al progreso humano, basta soplar con acierto sobre los pueblos vetustos para que de sus ruinas brote la luz del ideal libertario.

Municipios revolucionarios

Salvado el escollo de Agudo, la sublevación se propagó con la rapidez del rayo por todos los pueblos del extremo norte de la provincia de Badajoz, y en el resto ocurrió lo mismo, aunque con otros caracteres, bajo la influencia de los socialistas. Antes y después de la República llamé la atención a los hombres de la C.N.T., y entre otros a Arín, de la necesidad de llevar nuestra propaganda a la región extremeña y a la provincia de Ciudad Real, pero muy ocupados en otros lugares, no atendieron mi llamamiento. Los pueblos descontentos siguen a los primeros que llegan y les hablan de su redención. A principio del siglo, al organizarse la Federación Regional de Trabajadores, se constituyó un fuerte núcleo en Badajoz, con la denominación de "Germinal", compuesto en su mayoría por campesinos, que se fue desmoronando por la lucha de aquella época. Después, el movimiento obrero fue influido por los socialistas, excelentes personas, pero entre ellos se infiltraron algunos ambiciosos de la política.

Como la gente estaba preparada, en el momento de mi llegada, se lanzaba como una tromba sobre los ayuntamientos monárquicos, destruyendo las insignias reales y haciendo huir a sus componentes. Desde uno de los balcones anunciaba la buena nueva y en seguida se proclamaba la República y se constituía un municipio revolucionario formado por campesinos pobres, los que más confianza me inspiraban para sostener los principios de la Revolución. No creo, como algunos, que en aquel momento sólo se podía optar por una República de tipo democrático, como la que nos impusieron. El pueblo tenía un concepto de la República muy distinto, que no se alejaba mucho de nuestro ideal.

Todo el día y la noche del 15 de abril, hasta la mañana del día 16, lo pasé en aquella región, yendo de uno a otro pueblo, llamando a la gente a la revolución social y aconsejando a los pueblos a que se armaran, porque la cosa no era fácil y vendrían días de prueba. También les advertía del peligro que les amenazaba del lado de los políticos de izquierdas, que tratarían de someterlos de nuevo dorando sus cadenas. Tan enemigo como soy de los discursos, en

aquella ocasión tuve que hacerlos cada hora, bien que encaminados a la acción inmediata.

Uno de los pueblos que dudé en visitar, por lo apartado que se encontraba y la vuelta que tenía que dar a una cadena de montañas, era Esparragosa de Lares. Por fin me decidí al viaje. Cuando llegué todavía no tenía noticias de lo ocurrido y el pueblo llenaba la calle principal celebrando una boda de rumbo. Desde lo alto del automóvil dirigí la palabra a los allí reunidos invitándoles a sublevarse y proclamar la República. "¿Qué tenemos que hacer?", me dijeron contestando con entusiasmo a mis vivas a la revolución. "Lo primero que tenéis que hacer es traerme detenidos a los alcaldes monárquicos, que los vamos a sustituir por otros". Poco después me los trajeron cogidos por el cuello, con cara de zorros, y vara en mano, que me entregaron. En el espacioso salón del Ayuntamiento se proclamó la República y se constituyó un Municipio de campesinos, dispuestos a luchar por el triunfo de la revolución social. Encontrándome algún tiempo después preso en la cárcel de Badajoz, a raíz de los sucesos de Asturias, se me presentaron un día varios campesinos que me dijeron: "Nosotros somos los compañeros que constituimos el municipio revolucionario el día que usted llegó a Esparragosa de Lares. Ahora hemos sido destituidos por los partidarios de Gil Robles, y el delegado que allí se personó después de conocer nuestra gestión y revisar las cuentas, nos felicitó por nuestra conducta. Como fue una satisfacción para nosotros que el enemigo reconociera nuestra honradez, entramos en un café a beber un vaso de vino, adonde nos siguieron unos guardias de asalto que nos redujeron a prisión, así como al dueño del establecimiento, que ahora tenemos el gusto de presentarle".

En aquel recorrido pude observar el pánico más grande entre los propietarios de la región, y no hubieran vacilado en entregar sus bienes robados con tal de conservar la vida. Pero cuando a poco se apercibieron del punto flaco del gobierno republicano, y que en vez de perseguirlos y abolir sus privilegios, nos perseguían a nosotros, perdieron el miedo y se mostraban osados y burlones. Ya no se hablaba con temor de Don Manuel Azaña en aquellos casinos monárquicos, sino de "Manolito el maricón", adjetivo que, según ellos, merecían todos los miembros del gobierno republicano-socialista.

Asegurada la revolución en aquella zona y dominados los caciques de Agudo, volví a Almadén a toda prisa, a fin de informarme de lo que ocurría en el resto de España.

Al pasar cerca del pueblo de Valdemanco, en la provincia de Ciudad Real, que parecía un nacimiento de día de Reyes, acostado en la falda de una colina, en un anfiteatro de montañas, torcí la marcha y llegué allí, siendo recibido con júbilo por sus habitantes; se constituyó un municipio revolucionario y se proclamó la República. Como ignoraban cuáles eran los colores de la bandera republicana (y yo también), las mujeres habían sacado a la plaza pública todos los trapos de colores que tenían en sus arcas, sin saber cómo combinarlos. Uno de mis acompañantes, versado en la materia, resolvió tan importante cuestión, y a poco ondeaba una bandera republicana en los balcones del Ayuntamiento.

Cuando llegué a Almadén, la situación era muy lisonjera y a cada momento llegaban comisiones de los pueblos vecinos adhiriéndose al movimiento y pidiéndome consejo sobre la conducta a seguir. Mi consigna se resumía en estas palabras: sublevación, municipio revolucionario de trabajadores y armamento al pueblo para llegar hasta el fin. Entre los llegados, venía un camión cargado de hombres, los cuales me comunicaron que en su pueblo los monárquicos se resistían a entregar el Ayuntamiento. "Marcharos para allá y haceros de armas, que detrás irán fuerzas populares que os ayudarán". "Armas nos sobran -me contestaron-, porque somos los hombres del somatén de Primo de Rivera, que ahora se ofrecen a servir a la República". Los que allí fueron, desarmaron a monárquicos y somatenistas y sublevaron a los trabajadores.

Deseoso de saber lo que ocurría en Sevilla partí para allá acompañado de un pequeño grupo de revolucionarios de Almadén.

La República en Sevilla

Al internarme en la provincia de Córdoba pude observar con disgusto que la proclamación de la República era un motivo de fiesta, más que de revolución. Republicanos y socialistas sustituían a los monárquicos en sus puestos y se daban por contentos. El pueblo también lo estaba, porque creía que iba a comenzar una era nueva de libertad y de justicia. Sólo en el pueblo de Santa Eufemia noté intensa agitación en la gente que llenaba las calles. Pronto me enteré que el sargento de la guardia civil ponía obstáculo a la constitución de un municipio republicano. Me dirigí al cuartel seguido de la muchedumbre. El sargento me dijo que no era culpa suya, sino de los elementos políticos de la localidad, republicanos y socialistas, que se disputaban los puestos y no se ponían de acuerdo. Mandó traer cerveza y llamó a los guardias del puesto, que brindaron por la República, mientras que yo lo hacía por la revolución social. Por fin se pusieron todos de acuerdo para constituir un Ayuntamiento republicano, y continué mi viaje a Sevilla.

Santa Eufemia me era conocida, porque en otras ocasiones me habían llamado en consulta los médicos de la localidad. Años después, al comenzar la guerra fascista yo sitié y tomé Santa Eufemia, a la cabeza de una columna de mineros y guardias civiles leales que partió de Almadén, penetró en la provincia de Córdoba y rechazó a los fascistas hasta Pozoblanco, ciudad que se rindió poco después a las tropas del gobierno, con la condición de que yo no interviniera, ni los guerrilleros, que preparábamos el asalto. Aquel escamoteo salvó la vida de los guardias civiles, en número de 200, aunque quedaron prisioneros; pero los elementos civiles aprovecharon la confusión, escapando a Córdoba, engrosando las filas del fascismo.

En la capital de Córdoba no había estallado la revolución social que preconizaba y todo estaba tranquilo. Unos hombres habían sustituido a otros hombres en los puestos oficiales, y nada más. En aquel gobierno civil tuve las primeras noticias de que algo grave ocurría en Sevilla, donde se había declarado el estado de guerra. Quise ponerme al habla con el gobernador civil de Sevilla, señor González Cecilia, que me era conocido, pero no lo conseguí, lo

que aumentó mi inquietud. Partí apresuradamente para allá, acompañado por varios amigos y un pequeño refuerzo de hombres que llegó de Almadén.

Paramos en Écija, donde se notaba alguna inquietud, a pesar de que se había proclamado la República y nombrado alcalde al federal Crespo, amigo de los trabajadores. Estando parado en la puerta de la Casa del Pueblo, se me acercó un oficial del ejército, con cara de tunante y me interrogó sobre los motivos de mi viaje. Según aquel sujeto la sublevación de Sevilla era de carácter comunista y sería aplastada de un momento a otro.

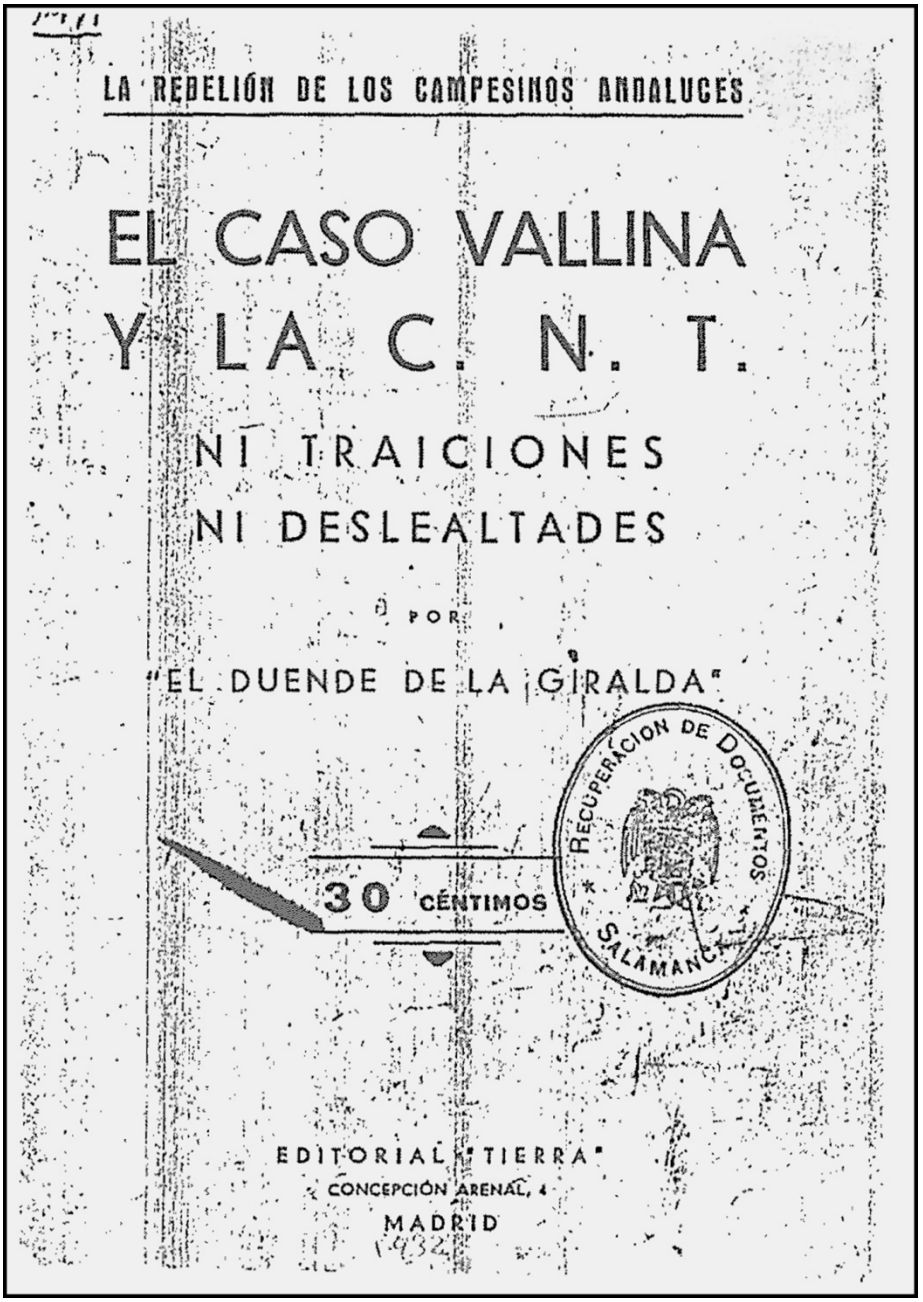
Sería como media noche cuando salimos de Écija, y a poco trecho, en un recodo del camino, nos vimos rodeados por unos cincuenta guardias civiles que nos dieron el alto y nos encañonaron con sus fusiles. Bajé solo del auto e increpé a aquellas gentes que nos cerraban el paso. Al darle mi nombre, por si nos tomaban por otros, me dijo con voz temblorosa, el bruto del sargento que mandaba las fuerzas: "Ya sabemos quién es usted y precisamente tenemos la orden de detenerle, como a los hombres que le siguen". Y sin dejar de apuntarnos con sus fusiles nos hicieron prisioneros y nos quitaron las armas cortas que llevábamos. Aquello había sido una verdadera emboscada, y las órdenes habían partido de Sevilla. Con ademanes poco correctos por par te del sargento, motivado por el miedo, nos llevaron a un corralón donde quedamos encerrados. Aquel valentón del sargento fue poco después destituido y me mandó un emisario para que lo perdonara y lo repusieran en su cargo.

Luego se acercó a nuestro encierro otro oficial del ejército y nos comunicó que seríamos fusilados en seguida que se recibieran las órdenes para ello. ¡Qué les parecen los individuos que iban a servir a la República!

* * *

¿Qué había pasado mientras tanto en Sevilla? Allí la República se había proclamado pacíficamente, y en lugar de un día de revolución, lo fue de júbilo en la ciudad, sustituyendo a los monárquicos, algunos republicanos y socialistas, sin valor revolucionario. El comité de trabajadores que había dejado organizado no dio señales de vida. Y mientras el pueblo bailaba y

gritaba, los reaccionarios conspiraban sin cesar, y así siguieron hasta que triunfó el fascismo. Sevilla me pareció siempre una ciudad extremadamente peligrosa, que albergaba a los peores elementos de la reacción. Eran hienas con disfraz de corderos, hasta que tiraron la careta y se saciaron de sangre.


LA REBELIÓN DE LOS CAMPESINOS ANDALUCES

EL CASO VALLINA Y LA C. N. T.

NI TRAICIONES NI DESLEALTADES

POR

"EL DUENDE DE LA GIRALDA"

30 CÉNTIMOS

EDITORIAL "TIERRA"
CONCEPCIÓN ARENAL, 4
MADRID
1932

RECUPERACIÓN DE DOCUMENTOS SALAMANCA

Folleto, bajo el seudónimo de El Duende de la Giralda para mantener el "riguroso incógnito periodístico", con la intención de aclarar las divergencias entre Vallina y la CNT.

Como gobernador civil fue nombrado el señor González Cecilia, profesor de la Escuela Normal en aquella capital, hombre bueno a carta cabal, pero revolucionario de pocos vuelos. Los trabajadores acordaron celebrar un mitin

monstruo en la Plaza Nueva para dar por terminada la huelga general y volver al trabajo. Mientras tanto, el general Saro, ayudado por los elementos reaccionarios, conspiraba para dar un golpe de fuerza y reelegir como rey a Alfonso XIII. Algo debió llegar a los oídos de González Cecilia cuando llamó al jefe de la policía y le recomendó visitar en su nombre a los obreros más influyentes para que suspendieran el mitin aquella noche. Pero como el policía estaba a las órdenes de Saro, no cumplió el mandato del gobernador y el mitin tuvo lugar, presidido por Arín. A poco de comenzar el mitin, se presentó la policía con la orden de suspender la reunión, a fin de provocar un tumulto y declarar el estado de guerra. La indignación que produjo aquel atropello, en el momento que acababa de proclamarse la República, fue más que justificada. Hubo tiros a granel e intento de asaltar los cuarteles. La ciudad fue tomada militarmente; pero en el momento más crítico llegó el general Cabanellas quien pudo dominar la situación. Reunidos el Comité Militar, se transmitieron las órdenes para que fuera libertado y llevado a la capital con escolta.

Al amanecer del día que habíamos sido detenidos en Écija, aparecieron numerosas fuerzas de la guardia civil que nos llevaron como prisioneros a Sevilla. Allí fuimos conducidos a Capitanía General, donde fui recibido afectuosamente por Cabanellas y los miembros del Comité Militar, que antes había visitado en nombre de Alcalá Zamora. Por cierto que Cabanellas censuró a la guardia civil por haberme llevado como a un prisionero, no cumpliendo las órdenes que había dado. "Esos hombres seguirán con sus resabios monárquicos", exclamó señalando a los guardias civiles. Cabanellas se mostraba inquieto por la situación y me dijo: "Si no estamos alerta nos van a fusilar los frailes". "Si usted fuera capaz de seguirme, serían los frailes los fusilados", le contesté con energía. Me permití aquel lenguaje porque hacía años que habíamos conspirado juntos y sabía que me tenía en gran estima.

Hizo que me devolvieran las armas cortas que nos habían arrebatado en Écija, y además me regaló una magnífica pistola, haciendo que el gobernador me diera un permiso para llevar armas, cosa que se hizo contra mi voluntad, pues siempre he dispuesto de armas sin permiso alguno.

Por la noche me retiré a dormir a un hotelito que tenía arrendado en el vecino pueblo de Alcalá de Guadaira, donde vivía mi hijo con otro compañero,

estudiando ambos en Sevilla. Al llegar a mi residencia y subir la escalinata del jardín, me vi de pronto rodeado por una nube de guardias civiles que me apuntaban con sus fusiles. "Ustedes dispensen -les dije con ironía-, pues en vez de entrar en mi casa me he metido en el cuartel general de la guardia civil". Todos los amigos que me habían acompañado en la expedición, los tenía en un salón de pie y con los brazos en alto, apuntados por los fusiles. Protesté enérgicamente contra aquel atropello e hice que bajaran las armas, mientras que un oficial temblón deslizaba su mano en mi bolsillo y me quitó la pistola que llevaba. "Esta pistola -le dije- me la dio el general Cabanellas y el permiso para llevarla, así que vuelvo a Capitanía General para denunciar lo ocurrido". Entonces el oficial se mostró temeroso y me ofreció el teléfono del cuartel para conunicarme con Cabanellas, cosa que no acepté.

Cuando llegué a Capitanía General era más de media noche, e hice despertar a Cabanellas, que salió alarmado y en camisa. Le conté lo ocurrido y le pedí un pasaporte para irme a la república catalana, porque en la de Sevilla no se podía vivir con tantos guardias civiles. Cabanellas se puso como una fiera, llamó por teléfono al oficial, le increpó duramente, y le mandó que se pusiera a mis órdenes en seguida que volviera a Alcalá de Guadaira.

Me despedí de Cabanellas, quien me rogó que el día siguiente convocara al pueblo de Sevilla a un gran mitin, a fin de que conociera los peligros de la situación.

Cuando volví a Alcalá de Guadaira me esperaba en la puerta del cuartel la guardia civil, que me saludó militarmente y se puso a mis órdenes. Mandé a los guardias que se encerrasen en el cuartel y monté en el auto que llevaba al oficial. A solas con él, me entregó la pistola que me había quitado y me dio toda clase de excusas diciéndome:

- Los acontecimientos nos han sorprendido de tal manera, que a veces no sabemos en qué carta quedarnos, pues ignoramos quiénes son los amigos o los enemigos de la República. Me dijeron que el movimiento de Sevilla era comunista y que usted venía a dirigirlo, por lo que asaltamos su casa.

Al día siguiente, el pueblo de Sevilla acudía en masa al mitin que había convocado la C.N.T. y que presidí. Los oradores se despacharon a su gusto y yo

enaltecí la figura de Salvochea, cuya conducta y doctrina deberían servirnos de modelo.

A poco de terminar el mitin me llamó Cabanellas a su despacho y me dijo con aire desolado: "El gobierno está muy mal informado por los elementos reaccionarios de la capital, y los ministros me han dicho que es usted un elemento extremadamente peligroso y que no hay que dejarlo actuar. ¡Hasta Largo Caballero está muy agrio contra usted!"

- Esos mamarrachos -le contesté- harán abortar la revolución, perderán la República y traerán toda clase de calamidades sobre el pueblo español, cuando tenía la ocasión más hermosa para redimirse.

Al día siguiente partí para Extremadura, asqueado por lo que acababa de ver en Sevilla, y todavía no había visto lo más malo, que vino después.

Me encarcela Alcalá Zamora

Al volver a Almadén, entristecido por lo ocurrido en Sevilla, me dieron los amigos muy malas noticias: los explotadores se confabularon contra mí, se quejaban amargamente al gobierno, y se pedía mi anulación inmediata, como revolucionario extremadamente peligroso. Lo peor del caso es que aquel gobierno de hombres incapaces parecía hacerles caso. Los municipios revolucionarios que habían surgido en plena calle, constituidos por trabajadores auténticos, firmes garantías de la República, eran desconocidos y amenazados de disolución. Aquellos gobernantes funestos preparaban el advenimiento del fascismo.

Al día siguiente de mi llegada, convoqué a un mitin a la juventud de Almadén, donde expuse lo vergonzoso de la situación y la necesidad de oponerse con la mayor energía a la obra nefasta que se iniciaba. No se vislumbraba ningún beneficio para los trabajadores, sino días negros de miseria y de persecuciones. Había que empuñar las armas y combatir a los reaccionarios de todas categorías que traicionaban al pueblo en sus justas aspiraciones. Los asistentes vibraban a mis palabras y salieron de la reunión dispuestos a luchas heroicas. Pero a poco, a la hora de la cena, comenzaron a fluir por todas las entradas de la villa numerosas fuerzas de la guardia civil, que tomaba plazas y bocacalles, cerraban establecimientos, e interrumpían la circulación de los transeúntes. La ciudad quedó paralizada por la sorpresa. Pronto corrió la noticia de que había estallado un movimiento monárquico y que la República estaba en peligro. Pero de improviso las fuerzas militares, dueñas de la población, se concentraron alrededor de mi domicilio, forzaron la entrada y se apoderaron de mi persona, metiéndome en un automóvil, que desapareció rápidamente por el campo vecino. Aquello tenía trazas de un verdadero secuestro.

La carrera a campo traviesa duraría unas tres horas, y además de los guardias civiles que me acompañaban, se conocía que nos seguían otros por el brillo lejano de unos faroles.

No despegué los labios durante el trayecto, y acostumbrado a aquellos lances, no hice ningún gesto de impaciencia ni de extrañeza, como si se tratara de un hecho corriente. Lo que sí observé es que mis acompañantes se deshacían en atenciones y me trataban con el mayor respeto. Por regla general casi siempre ha sido así, y es que los esbirros reconocían la nobleza del anarquista y se inclinaban ante ella. Pero sus mandatarios no recomendaban tanta finura y más de una vez ordenaron que se me tratara con dureza y hasta que se me asesinara, pero he tenido siete vidas como los gatos.

Atravesamos la calle de la capital, que pronto conocí que era Ciudad Real, donde había estado en varias ocasiones, y paramos ante los portalones de un gran edificio, que no era el palacio arzobispal, sino la cárcel provincial. A mi llegada se abrieron las puertas, como si alguien me esperara y mis acompañantes me llevaron al piso principal, donde estaba el despacho del director de la prisión. Los guardias civiles hicieron entrega de mi persona, bajo recibo, como si hubiera sido un objeto de su propiedad, y se retiraron después de pedirme perdón por las molestias que me habían ocasionado contra su voluntad y obedeciendo órdenes superiores.

El director de la cárcel me encerró en una habitación contigua a su despacho y siguió emborronando papeles. Como de costumbre, abrí un libro que siempre llevaba en aquellos trances y me puse a leer tranquilamente. He creído que mientras llevara un libro a mi lado, no habría fuerza que amilanara mi espíritu.

A poco rato llegó un señor alto y grueso, acompañado de un señor bajo y delgado, con aire insignificante, quien traía un legajo de papeles en la mano. Me llamaron al despacho del director y me dijeron que aquel persona je era nada menos que el Fiscal de la República. El que parecía su secretario me leyó un alegato donde se me acusaba de estar organizando una revolución social con ayuda del gobierno ruso, que me había remitido ya cerca de medio millón de duros.

- Los que conspiran contra la República y el sentido común son ustedes -les contesté-, porque a nadie se le ocurre pensar que el gobierno ruso me va a mandar dinero para hacer una revolución anarquista. Las únicas setecientas pesetas que había en mi casa son las que recogí para estos viajes, dejando a mi

familia sin un céntimo, aunque tengo crédito en Almadén para que nada les falte.

El fiscal acabó por confesarme que no tenía el menor indicio de que hubiera recibido dinero ruso, pero que había pruebas muy graves de mis actividades revolucionarias.

- Eso no lo niego -le dije- , y procuraré desde hoy en adelante desplegar todas mis actividades para que la revolución social sea un hecho antes de que ustedes pierdan la República y entreguen al pueblo maniatado a sus peores enemigos.

El fiscal salió contrariado por mi actitud y se despidió hasta el día siguiente, que volvería a continuar sus investigaciones.

Como no tenía sueño me pasé leyendo el resto de la noche, y ya bien entrada la mañana se presentó el fiscal de referencia y me leyó un comunicado firmado por Fernando de los Ríos, la lumbrera socialista, que creo que era ministro de Justicia, en el que se me acordaba la libertad, pero tenía que dejar aquella zona de mis actividades y pasar a Sevilla bajo las órdenes del general Cabanellas. En realidad se me desterraba a Sevilla. Y en efecto, a poco se presentaron un sargento y un soldado que me acompañaron, como si fuera un quinto, a la capital andaluza.

En aquellos momentos las llamas de los conventos, incendiados por el pueblo en varios lugares, alumbraban el firmamento con un resplandor de aurora. En las ciudades por donde pasábamos, ante la perplejidad de mis acompañantes, aconsejé a la gente que no dejase ningún convento en pie, así como los templos.

Después me comunicaron desde Madrid lo que había ocurrido. Era el mismo Alcalá Zamora quien había ordenado mi prisión, asustado por las noticias exageradas que le transmitían los elementos reaccionarios. Algunos amigos míos penetraron de improviso en el despacho del Presidente y le afearon su conducta por lo que había hecho conmigo. La escena fue en extremo violenta y hasta hubo un exaltado que puso su pistola sobre la mesa del despacho.

-Cálmense ustedes señores -dijo Alcalá Zamora-, porque ninguno estima tanto a Pedro como yo, pero el Gobierno de la República no puede consentir que se lance al país en el torbellino de una revolución.

Y en seguida se ordenó desde aquel despacho, mi libertad inmediata, pero a partir de aquel momento iba a ser tan maltratado como en los peores tiempos de la monarquía. Los monárquicos no adoptaron procedimientos tan indignos, a fin de anularme a todo trance, como anularon a Salvochea en la primera República.

El miedo a la revolución del pueblo es formidable, y los políticos que lo sienten son capaces de todas las infamias.

La tragedia del Parque de María Luisa

Después de salir en libertad de la cárcel de Ciudad Real, acusado injustamente de recibir dinero de Rusia para provocar una revolución comunista en Europa, fui conducido por dos soldados a Sevilla a las órdenes del general Cabanellas, medida bien extraña por cierto.

En el viaje, desde el tren contemplaba cómo ardían en algunas ciudades los conventos con grandes luminarias rojas. Era el pueblo que atacaba las madrigueras de los enemigos del progreso. Yo aplaudía con entusiasmo, y los dos soldados que me conducían me miraban complacidos.

A mi llegada a Sevilla y quedar en libertad, recibí una carta confidencial de unos amigos residentes en Madrid, hombres de toda confianza, en la que me comunicaban que el ministro de gobernación, Miguel Maura, había llamado a su despacho al gobernador de Sevilla Antonio Montaner, que allí se portaba bien, para proponerle una medida indigna que rechazó en el acto y presentó la dimisión. Se trataba de provocar en Sevilla una huelga general revolucionaria, detener a los obreros más significados, disolver las sociedades obreras, culpar de todo a Pedro Vallina y tratar de anularlo para siempre. Lo que aceptar no pudo un hombre digno como Montaner, lo aceptó con todas sus consecuencias un hombre vil, un tal Bastos, que fue nombrado gobernador, y que en breve, me decían los amigos, iría a Sevilla a ocupar su puesto y a realizar la misión que le estaba encomendada.

Escribí indignado a Lerroux, que se encontraba en los baños de Montemayor, al que le decía que si en algo habían pecado los obreros sevillanos era en su pasividad, pues en lugar de haber aprovechado un momento propicio para la acción revolucionaria, como fue la caída de la monarquía, se limitaron a manifestaciones de júbilo, sin adivinar la tormenta que les amagaba. En su contestación Lerroux trató de tranquilizarme, pues creía que mis informadores estaban equivocados. Lo cierto fue, según después supe, que Lerroux partió para Madrid y tuvo una entrevista con Maura, no logrando que desistiera de sus siniestros propósitos.

Pocos días después llegó el nuevo gobernador Bastos, quien fue visitado por los elementos más reaccionarios y peligrosos de la ciudad. Como los amigos de Madrid me aconsejaron diera la voz de alarma a los obreros militantes de Sevilla, para que no se dejaran sorprender por los agentes provocadores, me dirigí a ellos y los puse al corriente de lo que ocurría, pero de la entrevista saqué tan mala impresión, que me marché de la ciudad contrariado. No se trataba de ninguna complicidad con el enemigo, sino de un estado de excitación grande motivado por la conducta torpe de los gobernantes republicanos.

Al día siguiente pasó por mi domicilio de Alcalá de Guadaira, pueblo cercano a Sevilla, un militante de la organización sevillana, el cual me comunicó que el objeto de su viaje en automóvil no era otro que el de preparar a los obreros de la región para la declaración de una huelga general revolucionaria en proyecto. Como el espíritu irreflexivo era grande en aquella época, no dejó de inquietarme la misión descabellada que me comunicó aquel militante obrero, hombre audaz, pero con poca sesera.

Entonces me entrevisté con los militantes obreros de aquel pueblo, gente seria y de toda confianza, y les comuniqué mis temores, así como lo que sabía de los propósitos de Maura. Después de escucharme con la mayor atención, me dijeron que ellos estaban preocupados también por una cosa rara que ocurría, y era que habían hablado con el patrono Pedro Gutiérrez, con quien estaban en negociaciones para solucionar una huelga declarada en su industria; y a éste le había dicho el gobernador Bastos que tenía un interés particular en que siguiera la huelga. Pedro Gutiérrez estaba muy indignado porque la continuación del conflicto, como deseaba el gobernador, le costaba mucho dinero.

Entonces los allí reunidos acordaron convocar a una reunión a los representantes obreros de la región, a fin de que no tomasen parte en un movimiento de huelga general revolucionaria sin conocimiento de causa. En el momento se redactaron las convocatorias, en mi domicilio, de carácter urgente.

Aquella reunión se celebró a espaldas mías en mi domicilio, en un momento que estaba ocupado en el trabajo de mi profesión, y uno de los que más influyeron en el acuerdo de huelga general revolucionaria, a todo trance, fue un obrero del gremio de la madera de Sevilla, llamado Calderón, que poco después se casaba por la iglesia con la hija de un guardia civil fascista.

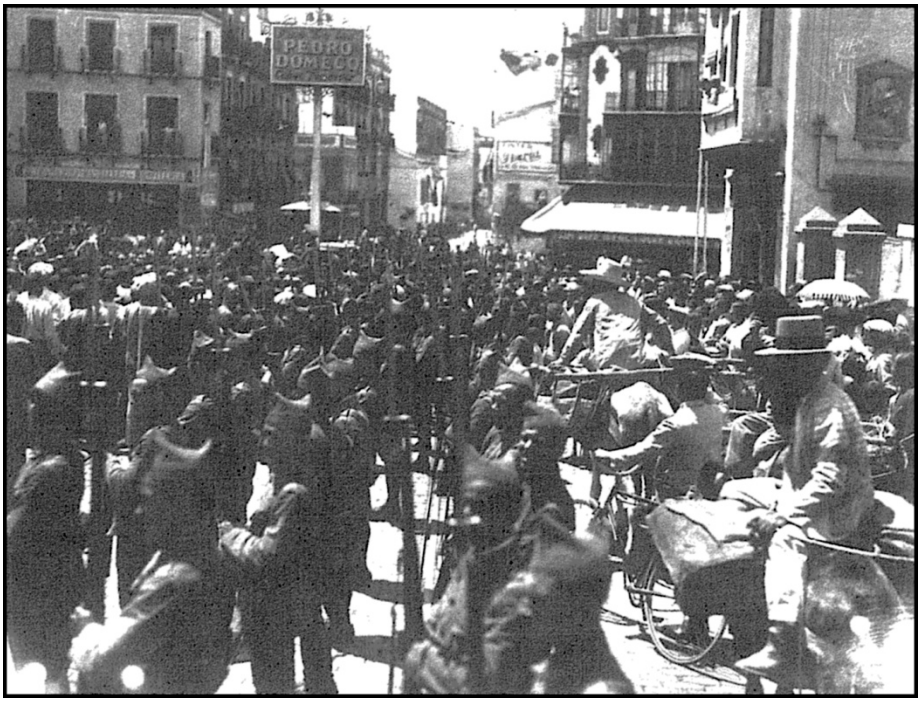
* * *

Cierta noche que dormía tranquilo en mi domicilio de Alcalá de Guadaira, ignorando que aquel día se había declarado la huelga general revolucionaria, se presentaron un tropel de guardias civiles, mandados por un oficial, tomaron mi casa por asalto y se efectuó mi detención apresando después a cuatro obreros de la misma población, que decían era "mi estado mayor".

Aquella mañana nos llevaron a Sevilla, donde pasamos el día detenidos, y ya bien entrada la noche, escoltados por la guardia civil, nos trasladaron en automóvil a Cádiz, donde nos encerraron en el Castillo de Santa Catalina, quedando rigurosamente incomunicados. Se nos prohibió recibir visitas y correspondencia, y nos devolvieron las cartas que escribimos a nuestras familias, que ignoraban dónde los esbirros nos habían conducido. En tono irónico escribí a Fernando de los Ríos, ministro socialista de Justicia, preguntándole si se había restaurado la monarquía. Aquella carta llegó a su destino, porque las autoridades militares que nos custodiaban eran enemigas acérrimas de los hombres de la República y se complacían en hacer resaltar sus defectos. La autoridad militar de Cádiz era el coronel Varela, que tanto se distinguió, como lugarteniente de Franco en la rebelión contra la República, después de haberle prestado juramento de fidelidad, cosa corriente en el deshonor militar. El gobernador civil era un tal Taltabull, republicano andaluz de última hora, que hasta se negó a atender a uno de los presos, hijo de un antiguo amigo suyo. Cuando los fascistas se apoderaron de Cádiz, fusilaron al gobernador civil Taltabull.

Días después, con sorpresa nuestra, llegó a visitarnos el diputado republicano y amigo mío Rodrigo Soriano, quien nos explicó cómo a pesar de ser diputado, había encontrado las mayores dificultades para hablar con nosotros. Soriano

nos informó de todo lo que había ocurrido desde el momento que fuimos detenidos hasta el terrible drama del Parque de María Luisa. Con los informes que nos dio el diputado republicano, y los que después recogimos, podemos hablar hoy, sin temor a equivocarnos, de aquellos espantosos sucesos, que han pasado a la historia del martirologio de los obreros andaluces, víctimas de los más feroces y estúpidos cavernícolas.



Sucesos de Sevilla. Formación de tropas en el Altozano de Triana

Había estallado la huelga general, como deseaba Maura, con la colaboración de elementos irreflexivos y de provocadores. La guardia civil recibió la orden de disparar sin previo aviso, como ocurrió en los pueblos de la provincia y en la capital. El número de muertos fue creciendo, treinta y nueve en Sevilla, y cien en el resto de la provincia.

Lo más repugnante de lo ocurrido fue el asesinato de cuatro obreros indefensos en el Parque de María Luisa, al borde del Guadalquivir, y lo más estúpido el cañoneo de la "Casa de Cornelio", en la Macarena, porque había sido punto de reunión, como café que era, de obreros revolucionarios.

Como los proyectiles pasaran a través de su objetivo y cayeran en distintos lugares de la ciudad, y la gente protestaba indignada, se suspendió el bombardeo, pues había otras casas señaladas para destruirlas a cañonazos.

El crimen del parque de María Luisa, en el que fueron asesinados cuatro obreros sevillanos, cuando se los conducía a una prisión, fue meditado y preparado con anterioridad, porque yo iba a ser uno de los sacrificados, cosa que no ocurrió porque se opuso en la preparación del crimen uno de los presentes, que conocía a mi padre. El asesinato de aquellos obreros inocentes produjo una impresión tan penosa en alguno de los testigos del crimen, que llegaron indignados a arrojar sus espadas y presentar la dimisión de su cargo; uno de ellos, el comandante Olaguer Seguí, con quien hube tratado la víspera de la caída de la monarquía, en nombre de Alcalá Zamora.

En los comienzos de la huelga general se me acusó, sin razón para ello, de ser el instigador del movimiento y de ir al frente de una columna de campesinos para apoderarme de Sevilla. Este relato apareció en la prensa y desde el primer momento se veía la intención de culparme de todo lo sucedido para anularme por completo. Aquellos obreros de Alcalá de Guadaira que fueron detenidos conmigo, al decir de la prensa, formaban parte de mi estado mayor revolucionario.

Allí estuve preso tres meses sin que comunicaran los motivos de mi detención, ni se me tomase declaración alguna. Meditando en mis días de encierro, encontraba cierto parecido entre aquellos sucesos y la insurrección de Jerez del año 1882, impulsada por agentes provocadores y secundada por obreros enardecidos, a pesar de la opinión en contra de Salvochea, que le valió a éste muchos años de presidio, acusado falsamente de instigador del movimiento, al cual él se había opuesto.

Cuando menos lo esperaba hicieron visita en el Castillo, en viaje de inspección, el coronel Varela, gobernador militar de la plaza, y el capitán general Trillo, y al interrogarlos sobre mi detención, me contestaron: "Nosotros nos hemos negado a intervenir en el caso de usted, por tratarse de una maniobra política de Maura y no haber fundamento para acusarle de nada".

Un día llegó a la prisión un policía enviado del gobernador civil de Sevilla, y me puso en libertad sin explicación alguna, acompañándome en el viaje de regreso a mi casa.

En aquella época pude observar que los jefes militares hablaban despreciativamente de los gobiernos republicanos, y esa opinión pudo influir en su reclutamiento para la rebelión fascista. El general Cabanellas fue uno que desde el primer momento creía, y así me lo comunicó, que aquellos políticos perderían la segunda república, como otros parecidos perdieron la primera.

Españoles y portugueses encadenados

Al proclamarse la República en España me pareció el momento oportuno para ayudar a aquellos amigos a derribar la dictadura en Portugal, que constituía para nuestro país una vecindad peligrosa. Y como aparecieron algunos brotes de rebeldía en tierras portuguesas, hice un viaje a Madrid, donde me entrevisté con Jaime Corteçao, eminente revolucionario portugués, que tenía la llave de la conspiración. Entre otras cosas, me comunicó indignado cómo antes no se había maltratado a los prisioneros políticos, pero desde que los fascistas se apoderaron del gobierno del país, las torturas eran cosa corriente. De pronto cambió la conversación y exclamó: "Observo que seguís aquí el mismo rumbo falso que seguimos en Portugal y que nos llevó a perder la partida".

-Es exacto lo que usted me dice -le contesté-, y me he convencido desde el primer momento que estas calamidades de políticos perderán la República, pero le pido por favor que no me incluya entre esa gente, porque yo me opondré, si los obreros me ayudan, a sus torpes designios.

Por aquellos días se hicieron gestiones cerca de Lerroux y el gobierno republicano para obtener una ayuda eficaz en favor de los republicanos portugueses, alegando al mismo tiempo el peligro de una vecindad tan reaccionaria. Pero todo fue inútil; no quisieron que se hablara de aquel asunto; estando ellos triunfantes en sus puestos, les importaba poco que el pueblo portugués estuviese humillado y vencido.

No fue esta vez sola la que se trató de conseguir la ayuda de los republicanos españoles en favor del pueblo portugués. La última vez, la conspiración estaba bien tramada en Portugal y con probabilidades de éxito, pero carecían de armas cortas necesarias para asestar un golpe de muerte a los jefes de la reacción. Entonces vinieron a Sevilla algunos conspiradores portugueses, y como yo no podía proporcionarles las armas que necesitaban, me pidieron que los presentara al gobernador Vicente Sol, para que les ayudase moralmente a la compra de dichas armas, por las dificultades que se presentaban, pues no les faltaba el dinero necesario para ello. Les advertí la clase de hombre que era

Vicente Sol, pero lo visitaron por su cuenta, siendo mal recibidos y rechazada con desdén su propuesta. Confieso que aquellos días tuve un disgusto grande en no poder ayudar, con la entrega de algunas armas, a los revolucionarios portugueses. Y es que por cada hombre de acción, se encuentran miles de charlatanes, incapaces de hacer algo serio.

El temor que tenía por la vecindad del fascismo portugués se tornó en realidad en el momento de nuestra lucha antifascista. Cuando las hordas del ejército fascista se aproximaban a Badajoz, algunos conocidos republicanos y socialistas, viendo su vida en peligro, se refugiaron en Portugal, creyendo que aquellos gobernantes respetarían el derecho de asilo, pero no fue así. Aquellos hombres perversos entregaron a los fugitivos a los esbirros de Franco, quienes les dieron muerte después de torturarlos. Entre otros, recuerdo al que fue mi amigo, el noble socialista revolucionario Nicolás del Pablo. Esas villanías fueron en los comienzos, pero después muchos fascistas portugueses se sumaron a las filas del ejército de Franco, al lado de otros mercenarios, italianos, alemanes y moros. Y durante la guerra, los antifascistas españoles que, acosados por sus enemigos, penetraron en suelo portugués, fueron perseguidos, encarcelados y asesinados.

Esta vergüenza de lo ocurrido en España y Portugal, a merced de Franco y Salazar, dos tipos repulsivos y sanguinarios, es un baldón para ambos pueblos y hay que tener confianza en que los hombres de la heroica Iberia no han desaparecido todavía y en un momento de decisión, sin regatear sacrificios, pueden aniquilar a sus torturadores. La Federación Ibérica, que no fue un hecho por la incapacidad de los políticos, debe serlo, por la voluntad de los trabajadores y la juventud de ambos pueblos. Y una vez puestos de pie, habrá que arremeter con bravura, cueste lo que cueste, contra los dictadores y sus esbirros que han detenido la marcha de la revolución en aquellos países, haciéndoles retroceder a los peores tiempos y los han sumido en la esclavitud y en el oprobio.

Unirse como un solo hombre, no para hablar, sino para la acción revolucionaria, es un deber para los hombres de Portugal y de España, que no han perdido la dignidad humana y no se han sometido a la perversidad de gobernantes que han envilecido y traicionado a sus pueblos.

* * *

A los pocos días de proclamarse la República, se celebró en Madrid un Pleno Nacional de la C.N.T. (20-29 de abril), en el que tomé parte, y ocupé la presidencia por acuerdo de los delegados presentes.

Entre los asuntos que se trataron, que tengo olvidados, figuró en primera línea obtener la libertad de los compañeros que estaban cumpliendo condena en los presidios.

Por acuerdo del Pleno fui con Peiró a visitar a Galarza, fiscal de la República, desde cuyo despacho se ordenó la libertad de los que quedaban encarcelados, entre otros el pintor Shum, el artista de las manos rotas.

La cuestión agraria

A los pocos días de proclamarse en España la segunda República, hubo una reunión oficial en Madrid para tratar la cuestión agraria. De Sevilla fueron Blas Infante y el ingeniero Pascual Carrión, autor de la notable obra Los Latifundios, dos hombres de mérito que habían consagrado la mayor parte de su existencia al estudio del agro andaluz. A poco de su llegada a Madrid, me escribieron comunicándome sus impresiones, que eran desconsoladoras: la República no haría nada serio para resolver un problema tan urgente como el agrario. Por cierto que cuando llegaron a Madrid se encontraron casualmente con Demófilo de Buen que acababa de ser nombrado Consejero de Estado. Este individuo se negó a estrechar la mano que le tendía Blas Infante, y le dijo indignado: "No vacilaré en aconsejar al gobierno de la República el fusilamiento de usted y Pedro Vallina por su actitud en la cuestión agraria". A lo cual contestó Blas Infante: "Con mucho gusto nos dejaríamos ambos fusilar en holocausto de los jornaleros andaluces, tan merecedores de los mayores sacrificios". Y así murió Blas Infante, fusilado por los fascistas, cuyo triunfo facilitaron los republicanos de la categoría del citado Consejero de Estado. Demófilo de Buen era catedrático de Derecho en la Universidad de Sevilla, y hasta que se vislumbró el triunfo de la República, fue un melquiadista acérrimo que nos estorbaba todo lo que podía en las reuniones de carácter general que allí se celebraban, como, por ejemplo, cuando se pedía la retirada de nuestras tropas de Marruecos, que por lo visto el loro de Melquiades se oponía a tan justa medida. Demófilo de Buen murió en México enfermo de tuberculosis pulmonar, y no sería difícil que se contagiara en Sevilla de la terrible enfermedad, que allí padecían muchos campesinos sin tierra, depauperados por el hambre y los sufrimientos.

Y a propósito, he aquí lo que supe de buena información. Al proclamarse la República algunos amigos de Sevilla, sin yo saberlo, pidieron a Lerroux que me diera un nombramiento en la dirección de Sanidad de aquella capital, a fin de que pudiera sentar la mano a algunos aristócratas que habían tomado como sport la cuestión de la tuberculosis. Lerroux hizo el nombramiento con gusto, pero el señor Saadi de Buen, que ocupaba un puesto de mando en la Jefatura

de Sanidad, se apresuró a anularlo, diciendo: "La República tendrá que fusilar a Pedro Vallina y, por lo tanto, sería imprudente darle más fuerzas de las que tiene". A mí no me fusiló la República, no por falta de ganas, pero Saadi de Buen, que se encontraba en Sevilla cuando la sublevación fascista, fue fusilado en el acto. Ni que decir tiene que lamento en el alma el fin trágico de ambos hermanos, al parecer unos sabios en la materia que cultivaban, aunque para mí vale más un ignorante bueno que un sabio malo, que no pone sus conocimientos al servicio de la igualdad, y aboga por el fusilamiento de los que la defienden.

* * *

Como la cuestión agraria era un problema candente que no podía esquivarse, el diario *El Sol* de Madrid mandó un redactor a Sevilla con el propósito de dedicar varios números al estudio del agro andaluz.

Se entrevistó primero conmigo y después con Blas Infante y sus amigos. El Sol dio comienzo a su información, dedicando casi todo un número a una entrevista celebrada conmigo en Alcalá de Guadaira, donde entonces me encontraba. En el centro de la primera página aparecía mi retrato de tamaño grande. Allí expuse mi criterio, desde el punto de vista del comunismo libertario, y como solución inmediata daba una pauta sustentada por muchos amigos interesados en la solución del problema. Como los latifundios en Andalucía provenían de adquisición ilegítima, éstos se les entregarían a los jornaleros, y en vez de indemnizar a los propietarios, serían éstos, por los robos cometidos, los que indemnizaran a los jornaleros, de manera que pudieran sostenerse hasta la próxima cosecha. El sindicato de campesinos se encargaría de distribuir la tierra entre sus asociados, que pagarían una pequeña renta al sindicato y al municipio. El sindicato emplearía sus ingresos en proveer a los trabajadores de enseñanza técnica, de maquinarias, de abonos, de obras de riego, etc., y el municipio en satisfacer las necesidades públicas, higiene, escuelas, etc., desgravando los arbitrios en todas las manifestaciones del trabajo. "Como el gobierno de la República no será capaz -añadía al final de la entrevista-, de hacer nada justo sobre el particular, espero

que un millón de campesinos sin tierra en Andalucía y Extremadura, que están de acuerdo conmigo, obrarán por su cuenta y riesgo, saltando sobre todos los obstáculos que se pongan en su camino".

Mis palabras cayeron como una bomba en las esferas oficiales, y el primero que se indignó fue Fernando de los Ríos, que señaló con lápiz rojo mis palabras en el periódico y lo llevó a un Consejo de Ministros que se dedicó a este asunto. El director de *El Sol*, señor Aznar, fue llamado al citado Consejo y se le censuró por los trabajos que hacía para provocar una insurrección campesina. El citado periodista se quedó con la boca abierta y contestó que era conservador y no revolucionario, pero creía necesario estudiar a fondo el problema agrario y darlo a conocer a sus lectores, por tratarse de un asunto de palpitante actualidad.

Lo cierto es que la entrevista de Blas Infante que siguió, y la opinión de otros amigos, fueron mutiladas por la censura, y que los más conocidos escritores socialistas en la cuestión agraria escribieron sendos artículos, a las órdenes del gobierno, refutando mis argumentos y, sobre todo, negando que mi influencia en los campesinos fuera tan grande, que era motivo principal de la preocupación del gobierno.

Fue entonces cuando el sensato Marcelino Domingo, que creo era Ministro de Agricultura, descubrió que yo estaba loco y él cuerdo. Mal hacen los cuerdos ahora en lamentarse de las torpezas que cometieron en ése como en los demás problemas que afectaban a la seguridad de la República.

Sublevación de los campesinos de la Siberia extremeña

Algún tiempo antes del levantamiento fascista me encontraba en el extremo norte de la provincia de Badajoz, distrito de Herrera del Duque, donde mis prédicas habían arraigado profundamente en los campesinos. Un día disolvimos por la fuerza los ayuntamientos reaccionarios que se habían constituido a raíz del triunfo electoral de Gil Robles y comparsas, y los sustituimos por verdaderos comités revolucionarios, compuestos por trabajadores del campo, que tenían la sola intención de hacer la revolución social y proclamar el comunismo libertario.

El pueblo más importante de aquella comarca era Siruela donde, por lo general, residía a temporadas, y de donde irradiaba mi propaganda a una extensa zona que comenzaba en Cabeza de Buey y acababa en los límites de las provincias de Cáceres y Toledo, y que penetraba como una cuña en la provincia de Ciudad Real hasta las minas de Almadén.

Como los acontecimientos se precipitaban y no podía perderse un minuto en divagaciones, un día me presenté en Siruela, ocupé el sillón presidencial de aquel ayuntamiento, con el beneplácito de sus componentes, y llamé con toda urgencia a mi amigo Rufo Avellán, administrador del potentado duque de Fernán Núñez, un idiota dueño de aquel territorio y de otras catorce dehesas más, repartidas por el suelo español.

A poco se presentó don Rufo algo receloso, porque sabía por demás que en ciertas circunstancias no tengo amigos, y que mi bondad natural desaparece para dar plaza al hombre de acción. Después de tomar asiento apareció un alguacil con un manojo de pesadas y sucias llaves, y me dijo:

- Las llaves de la cárcel, compañero presidente.

Aquella treta la inventó el pícaro alguacil, y ponía los pelos de punta al interesado, porque en verdad la cárcel era la peor de las zahúrdas. Pero ellos la habían hecho para encerrarnos a nosotros.

- Según tengo entendido, amigo Rufo, usted es el administrador del duque de Fernán Núñez, un bandido ilustre, cargo extremadamente peligroso en la época que atravesamos y que puede costarle muy caro. Yo le aconsejo que renuncie a su puesto y se una al pueblo en revolución. Déjese de servir de mastín defensor de los ganados del duque. Por lo pronto me va a entregar las llaves del palacio, que desde este momento no pertenece al duque, sino al pueblo de Siruela, a quien lo entrego en nombre de la revolución social.

Sacó un manojo de llaves que tenía en uno de los bolsillos de su chaqueta y me lo entregó con una ligera reverencia. Como no siguió mis consejos, poco después fue fusilado por el pueblo, como otros muchos, que lo tenían bien merecido.

La posesión del palacio del duque de Fernán Núñez por el pueblo de Siruela, fue algo así como la toma de la Bastilla. Los vecinos invadieron con júbilo las dependencias, en las que por tantos años habían depositado la mayor parte del tiempo de su trabajo, como diezmos pagados al señor feudal. En aquel soberbio edificio, cuyos muros desafiaban la acción de los años, hubo sitio sobrado para el Ayuntamiento, juzgado, escuelas y hospital.

Animado por aquel éxito repetí la suerte haciendo al pueblo la entrega de la inmensa dehesa que el duque tenía en Siruela, comprendiendo casi todo el término municipal.

Por cierto que tales medidas me valieron dos telegramas del entonces gobernador de la provincia de Badajoz, señor Granados. Mi contestación, después de excusarme de no poder acudir a su despacho, fue que no cometía acto ilegal, sino que entregaba al pueblo lo que era suyo. Poco después, las autoridades de Badajoz huían de la ciudad, que cayó fácilmente en manos de los fascistas, después de barrer la mayor parte de la provincia, pero nunca pudieron penetrar en el territorio libre de la Siberia extremeña, donde había unos hombres acostumbrados a otras luchas que a las electorales. Una vez encontré al señor Granados en México, y recordando aquellos sucesos, mientras estrechaba mi mano me dijo: "Ojalá hubieran sido todos como usted, y entonces no nos hubiéramos visto obligados a salir de España".

De los episodios que allí se desarrollaron, muy largos de contar y muy interesantes, voy a referir sólo uno, que motivó que considerara el día que tuvo lugar como el más feliz de mi existencia. Fue una felicidad inmensa, por la que había suspirado toda mi vida.

* * *

Un anochecer llegué a Siruela cuando menos me esperaban y pronto se llenó de campesinos la casa que ocupaba en uno de los extremos del pueblo. Se quejaban de su situación y de las dificultades que encontraban en su camino. "Desengañaros -les dije-, mientras la propiedad privada de la tierra no pase a ser propiedad común de los campesinos, sin injerencia extraña, no dejaréis de sufrir los males que os aquejan, y esa transformación se hará a corto plazo". "Eso nos dices siempre para animarnos, pero ya desesperamos de que llegue la hora". "La hora va a sonar muy pronto -les contesté-. Marcharos en seguida a cenar y pasar aviso para que a las diez de la noche, se presenten aquí todos los jefes de calle". Les invité a tomar un vaso de buen vino del que allí se produce y todos brindamos por el triunfo de la revolución social.

A las diez de la noche se presentaron en mi casa todos los jefes de calle, un grupo de campesinos escogidos por sus condiciones morales.

-La hora más grande de la vida de los trabajadores de esta comarca les dije-, va a sonar en el reloj de la historia, porque marca la abolición de la propiedad privada de la tierra-. Les comuniqué las instrucciones que traía, saliendo todos de casa preocupados para ejecutarlas. Al sonar la primera campanada de las once, los jefes de calle golpeaban las puertas de las casas haciendo levantar a todos los vecinos útiles: hombres, mujeres, viejos y niños grandecitos. Y aquella inmensa muchedumbre estuvo hasta el alba alumbrada por la más bella luna, rompiendo todas las vallas que marcaban la división de la tierra y tomando posesión de las fincas de labranza.

Y cuando el crepúsculo matutino anunciaba la venida de un nuevo día de felicidad y de justicia social, todos se congregaron en la amplia plaza de la ciudad, como les había indicado.

Aquella noche estuvo reunido el comité revolucionario que constituía el municipio, y en aquella sesión quedó abolida la propiedad privada de la tierra, que pasaría en forma comunal a los campesinos, para que ellos la explotaran a su gusto y sin ninguna injerencia extraña del Estado.

Se enarboló la bandera en un balcón del Ayuntamiento, y comuniqué la buena nueva a los reunidos, saliendo mi voz de lo más profundo de mi alma y retumbando en aquella plaza como un trueno. La multitud emocionada se descubrió la cabeza y saludó con la salida del sol el nacimiento de una vida nueva.

Y esta operación que se realizó en Siruela, tenía lugar a la misma hora y en el mismo día en todos los pueblos de aquella comarca.

¡Nunca pudieron pisar aquel suelo libre las hordas fascistas, y se resistió con las armas en las manos hasta el último momento!

Uno de aquellos héroes, un joven campesino que ascendió a capitán en la pelea, viendo nuestra causa perdida por el momento, escondió sus armas en el tronco hueco de una vetusta encina, llegó a su casa saltando por las tapias de los corrales, cuando ya los fascistas gritaban venganza, abrazó a su mujer y sus hijos, atravesó a pie casi toda España, y sorteando los peligros, penetró en Francia y llegó al campo de concentración de Argeles-sur-Mer, donde me encontraba, para abrazarme y comunicarme los últimos sucesos allí ocurridos.

La insurrección de Asturias en Extremadura

Corría el año de 1934. Aunque vivía entonces en Almadén, pasaba una parte de la semana en los pueblos extremeños de Siruela y de Talarrubia, trabajando en mi profesión.

En los pueblos de la Siberia extremeña, los ánimos estaban preparados para una lucha armada contra los reaccionarios, que amenazaban destruir la República; pero en los lugares restantes de la provincia de Badajoz no ocurría así, a pesar de que se hacían preparativos minuciosos, inspirados por Largo Caballero, para preparar el movimiento revolucionario.

Había visitado los pueblos de la Siberia extremeña y todos estaban impacientes por lanzarse a la lucha, pero desconfiaba de lo que pudiera ocurrir en el resto de la provincia, por lo que les aconsejé esperasen hasta que volviera con informes concretos.

Entonces fijé mi residencia en Talarrubia, sede de algunos millonarios extremeños, donde el socialismo había echado muchas raíces, aunque no muy profundas. A poco de mi llegada se fijó la fecha del movimiento revolucionario, coincidiendo con el de Asturias, y de Badajoz salieron varios emisarios que recorrían los pueblos llevando la orden del levantamiento insurreccional. Los delegados cumplieron muy bien con su misión, pero los pueblos no respondieron a lo que se habían comprometido.

¿Qué causas motivaron este fracaso? No hacía mucho tiempo que se había declarado una huelga de los campesinos, en la que se agotaron muchas energías, además de ser encarcelados y deportados los obreros más activos. Las luchas electorales no son la mejor gimnasia para preparar la rebelión armada. A veces no basta una orden llevada por un delegado para desencadenar la lucha, sino que es necesario ponerse a la cabeza de los rebeldes y llevarlos al combate. Este último procedimiento no me ha fallado nunca.

En Talarrubia los jóvenes habían constituido un grupo con un plan a desarrollar en los comienzos de la lucha, siendo el primer objetivo apoderarse del cuartel

de la guardia civil. Cuando recibieron la orden del levantamiento, se quedaron sorprendidos y no la cumplieron. Lo que hicieron fue venir a buscarme y hacerse los ignorantes, preguntándome qué debía hacerse.

-Hace tiempo -les contesté- os comprometísteis a una acción revolucionaria, y cuando ha llegado el momento de ejecutarlo no habéis sido capaces, poniendo en guardia a nuestros enemigos con vuestras vacilaciones.

Enmudecieron y salieron de mi casa marchándose a dormir.

Aquella misma noche oí por la radio el angustioso llamamiento de Companys, y supe del fracaso del movimiento revolucionario en Cataluña.

Al día siguiente, a poco de amanecer, salí de Talarrubia, donde no había nada que hacer. Cuando llegué a Siruela, numerosos guardias de asalto patrullaban por las calles. Los obreros impacientes esperaban mis noticias. Les expliqué lo que había ocurrido en el resto de la provincia y el fracaso del movimiento en Barcelona. Entonces se acordó continuar alerta y esperar el curso de los acontecimientos.

Partí para Almadén, en cuya cuenca minera y en la de Puertollano podían movilizarse algunos miles de hombres, en el caso de que el movimiento asturiano conservara su pujanza. Era de noche cuando llegué a Almadén y aunque la gente conservaba los mejores ánimos, no era el momento de lanzarse a una lucha cuando las noticias recibidas de todas partes eran desconsoladoras. A poco observé que numerosas fuerzas de la guardia civil se iban concentrando en la ciudad y ocupaban los sitios estratégicos.

Acababa de dormirme cuando me despertaron fuertes golpes dados en la puerta de mi domicilio. Abrí y me encontré con numerosos guardias civiles enfrente de la casa con el fusil en la mano. El sargento de Siruela que mandaba las fuerzas, procedió a mi detención y me invitó a ocupar un automóvil que llevaba, propiedad del rico propietario y cacique de Siruela, el repetido Arturo Moreno, de quien hemos hablado en otro lugar; este vil personajillo, descendiente del "Verdugo de Málaga", el traidor de Torrijos, que durante la revolución fue fusilado con una veintena de individuos de su misma paren tela. Fui introducido en el coche y un guardia civil se sentó al lado del chófer y otro

a mi lado. El coche se dirigió a la provincia de Badajoz, seguido de varios vehículos cargados de guardias civiles. Al entrar en la provincia extremeña hicimos alto en el pueblo de Tamurejo donde detuvieron al médico socialista Antonio Madrid, llevándolo en automóvil escoltado como yo iba, sin permitirnos comunicarnos. Diré, de paso, que Antonio Madrid era el hombre de más méritos que encontré en aquella región; me acompañó en todas las empresas revolucionarias, luchó durante la guerra y al final fue traidoramente asesinado por los fascistas.

Salimos de Tamurejo y paramos poco tiempo en la puerta del cuartel de Siruela, partiendo luego para Talarrubia, en cuyo cuartel, construido por los millonarios extremeños en un sitio estratégico, nos detuvimos largo rato.

De allí partimos para Badajoz, y como quiera que el guardia civil que iba sentado al lado del chófer intentara conversar conmigo, el que estaba a mi lado me dijo, en voz baja, con sorpresa mía: "Tenga usted cuidado con ése, que no es compañero". Después supe que aquel guardia civil que tal advertencia me hacía, había prestado señalados servicios de información a los compañeros de un pueblo cercano. En aquel fuerte ambiente de revolución no era extraño que algunos se contaminaran, y no fueron pocos los guardias civiles que me ofrecieron su ayuda, uno de ellos en el mismo cuartel de Talarrubia.

Como se corriera la voz en el viaje que yo era Azaña, salía numerosa gente a los caminos a verlo pasar, pero al explicarles su error me tendían la mano con emoción y cariño.

* * *

Un antiguo palacio que perteneció al favorito Godoy, según cuentan por allí, se utilizaba en Badajoz como cárcel, en la que estuve detenido varias veces. Era un edificio tosco y sin ningún ribete de artístico y parecía construido para prisión. La correspondencia para los presos no iba dirigida a la cárcel, sino al Palacio de Godoy, por lo que el remitente podía ignorar el domicilio auténtico de aquél a quien se dirigía.

A mi llegada a Badajoz me llevaron con el médico de Tamurejo al Palacio de Godoy donde quedamos detenidos. Aquel lugar tendría cabida para unos 200 hombres, pero entonces pasaban de 1.000 los alojados, además de otros tantos que estaban detenidos en un cuartel.

Todos estaban presos como conspiradores peligrosos, aunque por allí no se había alterado el orden en lo más mínimo. Salvo el que esto escribe, los demás eran socialistas y republicanos. Había entre ellos campesinos, artesanos, maestros de escuela, veterinarios, médicos y abogados. Todos daban la impresión de ser excelentes personas y amantes de la libertad y de la justicia social.

Algunos de los detenidos me eran conocidos, entre ellos los encartados en los sucesos de Castilblanco de los Montes, en que perecieron los guardias civiles de aquel pueblo.

Un día vinieron a visitarnos dos diputados socialistas, cuyos nombres he olvidado, y a pesar de la inmunidad parlamentaria de que gozaban, fueron encerrados, como vulgares maleantes, con nosotros. Una madrugada, desvelados por la dureza del suelo en que dormíamos, aquellos diputados hicieron elogios calurosos de la Constitución que habían votado, la mejor del mundo, según ellos. Tuve que llamarlos a la realidad y decirles que la prisión suya demostraba palpablemente la inutilidad de las leyes que habían votado. Pocos días antes había sido asesinado de un tiro en la cabeza por un fascista, envalentonado por la atmósfera que se respiraba, un diputado socialista campesino, cuyo nombre he olvidado, y que era molestado constantemente por la guardia civil en sus viajes por la provincia.

Como una vez el director de la prisión me manifestara su inquietud por el número de detenidos que había en un espacio tan reducido y el disgusto que reinaba entre ellos, le aconsejé que dejara a los presos hacer lo que deseaban, es decir, que se comunicaran entre ellos sin separación alguna, que se les permitiera beber un solo vaso de vino en la cantina, hacer café en los patios, etc. Así lo hizo como un ensayo y el resultado fue excelente. Los detenidos soportaron todas las incomodidades de la prisión con tal de gozar con una

poca de libertad allí dentro. Ensayos parecidos ya había presenciado en la cárcel de Sevilla y en el fuerte de Santa Catalina en Cádiz.

Sólo había cuatro detenidos que gozaban de privilegios y eran tratados con toda consideración; para ellos tenían destinada una habitación y dormían en camas de hierro. Eran jóvenes fascistas de uno de los pueblos de la provincia de Badajoz y decían que se comunicaban con Primo de Rivera. Los presos políticos los miraban como una curiosidad, pero no se daban cuenta del peligro que encerraba el fascismo. Por lo visto esto era general, porque algún tiempo antes había leído en uno de nuestros periódicos que el fascismo no encontraría ambiente en España. Siempre he creído que en nuestro pueblo hay ambiente para todo lo malo.

Poco a poco fueron saliendo en libertad todos los detenidos, pero yo fui uno de los últimos, pasando allí encerrado más de tres meses.

La inventiva de aquellos esbirros, para justificar nuestra detención, era extraordinaria, forjando complots imaginarios sin fundamento alguno.

El eje de aquellos complots era mi modesta persona y a la mayor parte de los detenidos se les acusaba de estar en relación conmigo. Don José Aliseda, diputado socialista, abogado e inspector de escuelas, según la acusación, llevaba las bombas que yo fabricaba y las entregaba a los maestros de escuela en su visita de inspección. Esto hacía reír a los detenidos, pues Aliseda era por su temperamento extremadamente fascista, e incapaz de semejante maniobra en extremo peligrosa.

El tiempo que estuve allí recluido lo pasé entristecido porque me daba cuenta del peligro que corría la República y de los males que amenazaban al pueblo. Mis presentimientos no tardaron en convertirse en realidad. Al proclamarse la República no se hizo la revolución necesaria y después todos los intentos insurreccionales, como el de Asturias, fracasaron estrepitosamente.

No hay nada que decir de los enemigos de la revolución social; estaban en su lugar al conducirse tan calamitosamente. Pero los otros, los que se llamaban revolucionarios sin serlo en la práctica, no valían gran cosa.

Las consecuencias de aquella incapacidad, las estamos sufriendo ahora, por culpa de los unos y de los otros. Y lo triste del caso es que hay muchos que no han sacado ningún provecho de la terrible lección sufrida, sino, por el contrario, siguen más desorientados que antes.

Andalucía libre

No recuerdo la fecha exacta, pero fue la víspera de las primeras elecciones a diputadas a cortes que iba a celebrar la segunda República.

Entonces llegaron a Sevilla, Ramón Franco, Rada, Raixac, Juan Galán, Justiniano García y el doctor Enrique Castell, a los que pronto se sumaron Balbontín y Rodrigo Soriano. Se pusieron de acuerdo con Blas Infante, Pascual Carrión y otros andalucistas significados, para realizar el plan que traían de una Andalucía libre, donde la libertad y la justicia social fueran una realidad.

Todos vinieron a visitarme y recabaron mi ayuda para la revolución andaluza que preparaban. Acepté tomar parte en el movimiento revolucionario, pero no me pareció acertado, y así se lo comuniqué, aplazar la fecha de la insurrección hasta después de la celebración de las elecciones, sino de realizarla inmediatamente, para lo cual el ambiente estaba preparado. Desde luego, rechacé rotundamente la invitación de presentar mi candidatura, entre las suyas, en aquellas elecciones que tanto les preocupaban; dicha invitación, en vez de halagarme, me ofendía, como una medida antirrevolucionaria que nos llevaría al fracaso.

Pedro Vallina durante un acto de la candidatura de
los republicanos revolucionarios el 25 de junio de 1931

Ramón Franco me aseguró que estaba de acuerdo con Maciá y que podíamos contar con la ayuda de Cataluña. Además, como director que era de la aviación militar, podíamos disponer de los aviones de guerra para destruir los cuarteles que no se unieran al movimiento revolucionario. En efecto, en una visita que hice al aeropuerto de Tablada, donde fui recibido por su director el coronel Camacho, pude confirmar, por el espíritu de los soldados, las promesas de Ramón Franco.

Todos los esfuerzos que hice para hacer desistir a aquellos hombres de su participación en las elecciones a diputados, fueron inútiles, y entonces comprendí que con la política padecían una enfermedad mental que no podía curarse como no fueran confinados y sometidos a un régimen muy severo, como, por ejemplo, a los morfinómanos.

En las asambleas que se celebraran en Sevilla y en los pueblos de la provincia, la muchedumbre respondió con tanto entusiasmo que no había locales con bastante capacidad para contenerla, y a veces tenían que celebrarse aquellas asambleas en el campo, al aire libre. Y es que yo les hacía conocer de lo que se trataba, de una revolución social, y no de elecciones a diputados.

En la última asamblea que se celebró, si no me equivoco en Lora del Río, se hundió el escenario del teatro, bajo el peso de tanta gente, resultando Ramón Franco y Juan Galán con las piernas fracturadas.

La noche siguiente al día que ocurrió aquel accidente, tenía preparada a la gente en Triana para apoderarnos del aeropuerto de Tablada. Pero en el momento que se reunía la muchedumbre, llegó a aquel lugar en un automóvil la mujer de Ramón Franco y el mecánico Rada con la orden de Ramón Franco de detener el movimiento porque Sanjurjo se había posesionado del aeropuerto y había preparado su defensa militar. Franco se encontraba allí detenido y herido.

Ramón Franco triunfó en las elecciones de Barcelona y Sevilla, y entró en el Parlamento con el acta de la primera ciudad, donde hizo un papel ridículo, pues no servía ni como parlamentario charlatán.

Desde aquel momento no volví a tener noticias directas de Ramón Franco, que me parecía un hombre valiente y bien intencionado. Después me contaron que para domesticarlo lo mandaron a Italia, para que conociera las excelencias del fascismo, de donde pasó para perfeccionarse como delegado a la embajada española en Estados Unidos. También se dice que tomó parte en la guerra fascista contra el pueblo español, muriendo en un accidente de aviación.

No estaría de más investigar la causa de su muerte, como la de los generales Cabanellas, Mola y Sanjurjo, donde parece que hay otro enigma como en la muerte de Kennedy en Estados Unidos.

La revolución española

Hemos llegado en estas memorias a la víspera de la sublevación fascista que venció, ayudada por algunos países extranjeros, a la resistencia heroica que opuso el pueblo español, y que domina en España hace casi treinta años.

¿Cómo fue posible tal solución cuando la monarquía había caído por sus propias faltas y apuntaba una república que hacía posible otras soluciones de justicia social? He aquí mi respuesta: las torpezas que se cometieron fueron tan grandes, que ni a propio intento se hacen mayores. Me explicaré: en 1904 estuve una temporada de incógnito en España, llamado por elementos que querían hacer una revolución, pero que carecían de armas para el combate. Con nombre falso arrendé una casa grande donde se depositaban los fusiles que pudieran comprarse, y además monté un laboratorio de química para la fabricación de explosivos, que enseñé a hacerlos y manejarlos. Como se aplazara la fecha de la insurrección, y el gobierno tenía indicios de mi permanencia en España, volví a París en espera de los acontecimientos.

En abril de 1905 se anunció la próxima llegada de Alfonso XIII a París. La policía estrechó mi vigilancia y tenía la seguridad que sería detenido algunos días antes que llegase el rey, como así lo habían hecho la última vez cuando llegó a París el monarca italiano.

Entonces recibí un comunicado de España, en el que se decía que se había fijado la fecha de la sublevación en ausencia del rey, que sería cuando llegase la noticia de su muerte en París, en un atentado que yo quedaba encargado de ejecutar.

Contesté aceptando la delicada misión que se me encomendaba, pero propuse que se me dejase escoger el lugar del atentado, porque París presentaba serias dificultades, estaba muy vigilado y se me detendría antes de la llegada del rey. No aceptaron mi propuesta e insistieron que el atentado fuera en París.

Y el atentado tuvo lugar en París, como se pretendía, estando preso desde algunos días antes. Como el rey salió ileso, la revolución en España no tuvo lugar.

Durante el atentado de Morral en la calle Mayor de Madrid, me encontraba refugiado en Londres y allí tuve la noticia. Otro fracaso como el de París. Alguien propuso que fuera Morral acompañado por otro revolucionario, para el caso de que fallara, pero no se aceptó la propuesta, y Morral fue solo.

N i el atentado de París ni el de Madrid tenían por qué fracasar si se hubieran preparado bien, y entonces la revolución en España hubiera terminado con la monarquía y con ello el triunfo fascista.

Llegó el año 1931 y Alfonso XIII se eliminó él mismo y salió de huida; le sustituyó un gobierno republicano que se esforzó en detener la marcha de la revolución. En las páginas de esta memoria hago referencia de mi intervención en la proclamación de una república duradera que hiciera justicia a las clases trabajadoras, pero no lo conseguí y fui perseguido como en los tiempos de la monarquía.

La sublevación fascista fue anunciada con mucha anticipación, y entonces se presentó la ocasión de haberla aplastado en germen, pero no se hizo por incapacidad revolucionaria.

Pero ahora es urgente, con la experiencia adquirida, hacer la revolución en España y barrer el fascismo, de cuya persistencia debemos avergonzarnos.

* * *

En la segunda parte de mis memorias (4), consagradas a mi intervención en la guerra fascista, se hará mención a los aspectos siguientes:

1º El fracaso de la República fue debido esencialmente a que hizo derramar injustamente la sangre de los obreros, únicos que la defendieron y que eran su soporte, mientras que sus enemigos gozaron de distinciones y privilegios.

2º No fue atacada ninguna de las cuestiones básicas que exigían una solución inmediata, causa del desencanto de las clases populares, como son la cuestión agraria, propiciando un reparto equitativo de la tierra al campesinado paupérrimo; el problema militar, hasta reducir el parasitismo dorado de sus elementos a un mínimo que no puedan representar un peligro de casta para lo sucesivo; el problema clerical, para acabar con la explotación de las capas más ignaras del pueblo, por quienes eternamente no han sido más que amanuenses, colaboradores y partícipes de los ricos, los explotadores y los malvados.

3º El fascismo internacional, respaldado por Hitler y Mussolini, en colaboración con el Vaticano, fueron los puntales de la sublevación de los reaccionarios españoles, como medida para ampliar la base de su inclinación totalitaria en Europa.

4º Posición claudicante y negativa de las llamadas democracias que, con su actitud hipócrita y falaz, dejaron obrar a la reacción internacional con el fin de que aplastaran a España, por temor a que se convirtiera en un baluarte de la libertad.

5º Narración heroica del pueblo español frente al nazifascismo interno y externo.

6° La C.N.T., que pudo haber hecho triunfar una revolución de tipo social, desvió su camino incrustándose a las tareas gubernamentales sin que obtuviera un resultado práctico.

7° Cómo combatir a las dictaduras. El verdadero espíritu revolucionario estriba en no violentar jamás la voluntad del pueblo.

8º Labor de la oposición en el interior. Los refugiados y su obra por la liberación de España. Cómo anular a Franco o a cualquier otro dictador.

[6]

En vísperas de la revolución de 1936
La insurrección
Camino de Santa Eufemia
En Santa Eufemia
Almadén en la revolución
Impotencia de la Guardia Civil
La sublevación popular
Las primeras víctimas Almadén en peligro
La columna del Gobernador
Agosto de 1936
Los "rojos" ocupan Sigüenza
El convento de las ursulinas
Sanidad y cultura
Mauro Bajatierra
Se teme el desastre
Un combate
Un condenado a muerte
Al borde del abismo
Un pueblo bajo la revolución
Espías y traidores
El desastre
Madrid en peligro
Llegada a Tarancón
La huida del Gobierno
De Tarancón a Cuenca
Los hombres del pueblo
Un hospital del pueblo
El hospital de "El Cañizar"
Los hombres de Pajaroncillo
Un ataque al hospital
El espía
Aparecen los rusos
Cocina libertaria

Los guerrilleros
Un desastre moral
Viaje a Cataluña
Soldados envenenados
En Valencia se estudia
Los bombardeos de Valencia

En vísperas de la revolución de 1936

Poco antes de la Revolución había fijado mi residencia en Almadén, donde encontraba una cierta seguridad personal para la propaganda, tratándose de una ciudad de abolengo republicano, en la que contaba con numerosos amigos y partidarios.

Por entonces la situación se presentaba amenazadora. Los reaccionarios conspiraban descaradamente y se mostraban cada día más osados. Los trabajadores se agitaban confiados en el próximo triunfo de su causa, midiendo mal la fuerza del enemigo y sobre todo su perfidia.

Aquellos días asistí a dos grandes desfiles de camisas rojas, el uno en Ciudad Real, y el otro en Badajoz, congregándose las fuerzas revolucionarias respectivas de ambas provincias. Aquellas multitudes gritaban sin cesar con voz monótona: "¡Viva Largo Caballero, el Lenin español! ¡Gobierno obrero y campesino!" A lo que yo contestaba "¡Viva la Revolución social! ¡Viva la anarquía!"

El desfile en Badajoz fue imponente y pudiera decirse que se habían congregado allí los trabajadores extremeños educados en las doctrinas y tácticas del socialismo político. "Qué te parece tanta gente", me preguntaban a cada caso los espectadores entusiasmados, a lo que yo respondía invariablemente: "Esto es muy bonito y pintoresco, pero no sirve de nada para una revolución". Y así fue; los fascistas conquistaron la provincia de Badajoz con un simple paseo militar, así como la de Sevilla. Las masas populares, tan bien dispuestas, habían sido reducidas a la impotencia por la incapacidad revolucionaria de sus directores.

Encontrándome en Almadén fui llamado con toda urgencia a Madrid por unos amigos militares que traían una información amplia de la conspiración que se tramaba en Marruecos. Me informaron de lo grave de la situación y lo próximo que, según ellos, estaban del estallido del complot. Hicieron algunas gestiones en el Ministerio de la Guerra, sin resultado alguno, y se resignaron a esperar los acontecimientos, armas al brazo.

Yo me volví a Almadén y comuniqué a mis amigos los temores que existían de una intentona fascista, así como de la poca confianza que inspiraban los gobernantes para sofocarla, quienes más que hombres viriles, parecían mujerzuelas ridículas.

Resolvimos doblar nuestra vigilancia y obrar por nuestra cuenta.

* * *

Hacía años que las minas de Almadén eran una presa codiciada por los italianos, no teniendo ellos más que unas tierras arcillosas con escasa cantidad de mercurio.

Hospital minero de Almadén

Durante la Dictadura de Primo de Rivera, en la que éste y Alfonso XIII estuvieron en Italia, se estableció un consorcio para la venta del mercurio por ambos países, al parecer desventajosa para España. Entonces se aumentaron las horas del trabajo en la mina, para alcanzar más rendimiento, a costa de la salud de los trabajadores, que sufrieron lo indecible. Durante la guerra los

italianos hicieron presión sobre Franco para la toma de Almadén, que no pudo realizarse gracias a la derrota que sufrieron en el río Sujar. Para desorganizar la resistencia, hicieron asesinar en Valencia, en uno de sus viajes, al ingeniero de las minas, un asturiano llamado don Leopoldo, que había sido mi colaborador fiel durante los primeros días de la guerra.

En Almadén, los elementos reaccionarios eran muy escasos en número, aunque había republicanos de Alcalá Zamora y de Lerroux, de conducta dudosa. Sobre estos elementos influía el miserable asesino general Queipo de Llano, que de vez en cuando pasaba allí unos días de montería en un coto cercano a Almadén, propiedad de los hermanos Márquez.

Aquellos elementos, aunque escasos, tuvieron habilidad para hacerse los amos de la situación y preparar la entrega de la ciudad y las minas al fascismo. Pero apercibidos de sus planes, nos fue fácil hacerlos fracasar en su propósito.

Una noche, a la cabeza de una columna de revolucionarios, tomé por asalto el Ayuntamiento, detuve a sus componentes fascistas e hice que el pueblo nombrara un municipio popular, capaz de asumir la responsabilidad de la situación.

Acompañado sólo por dos amigos, una mañana me dirigí al coto de los Márquez, del que tomé posesión en nombre de la revolución social, que para mí ya había comenzado. Hice entrega del hermoso coto a los cazadores de Almadén, que hasta entonces se habían conformado con cazar unos pajaritos, los cuales cazaron a sus anchas las reses montunas, colocando en una colina una caldera llena de carne para que comiera todo el mundo. Destiné la casa de la finca para sanatorio antituberculoso de los niños, porque reunía condiciones excelentes para ello, tanto por el número de departamentos como por la ventilación que tenía.

Poco después el pueblo de Almadén se sublevaba en masa y detenía a los altos empleados de la mina, sospechosos de fascistas y de una moralidad incierta, entre ellos al jefe de Sanidad que había dado el visto bueno al aumento de horas de trabajo en la época de Primo de Rivera. No se les colgó, como se merecían, pero se les mandó al Ministerio de Hacienda llevando cada uno un cartelón en las espaldas que decía: "facturados en gran velocidad como

indeseables". Por aclamación fui nombrado por el pueblo jefe de Sanidad de aquellas minas y aunque me negué por el momento a aceptar el cargo, me obligaron a tomar posesión, recordándome unas palabras que yo había pronunciado en no sé qué ocasión: "La voz del pueblo es la voz de Dios".

Los mineros de Almadén se incautaron de las minas, que eran un modelo de mala administración del Estado, y las hicieron marchar convenientemente, dirigiendo los trabajos los capataces de minas, educados en aquella Escuela de Capataces, de la que tantos hombres de mérito, teóricos y prácticos, habían salido.

Cuando llegaron a Madrid los empleados expulsados de Almadén, se produjo en las altas esferas un revuelo muy grande, y se corrió la voz de que yo había proclamado en las minas el comunismo libertario que, por otra parte, esperaba la mejor ocasión para hacerlo. Después de un fuerte altercado por teléfono con Casares Quiroga, el Gobierno decidió enviar a Almadén una comisión de ingenieros, entre ellos un hermano de Ortega y Gasset, quienes quedaron altamente satisfechos de la marcha de la mina y de los planes que se tenían para el futuro.

El señor Ortega y Gasset me pidió por favor, en su nombre y en el de la Escuela de Ingenieros, que permitiera la vuelta del ingeniero don Carlos, quien, con su esposa y numerosa prole, careciendo de recursos, se había acogido a su protección. Después de consultar a los representantes del pueblo de Almadén, accedí a la vuelta de don Carlos. Por cierto que aquel hombre cambió por completo de conducta y se condujo en extremo correcto, poniéndose incondicionalmente al servicio de la causa popular. Ya era otro el ambiente moral en que se desenvolvía.

Desde el primer momento conté con la combatividad de los mineros, con la dinamita que llenaba el polvorín y con los talleres de la mina útiles para la fabricación de bombas.

Entonces dormimos armas al brazo, confiados en nuestra fuerza, aunque me inquietaban en extremo las noticias que recibía de Blas Infante y de sus amigos, referente a Sevilla, donde no se hacía nada en serio para oponerse a una fuerza tan peligrosa como la del fascismo. Lo triste era que no hubiera una

organización revolucionaria seria para matar a los principales jefes fascistas y hacer abortar o debilitar el movimiento.

La insurrección

Me encontraba una mañana en el despacho de Sanidad de las minas de Almadén, cuando me anunciaron la llegada de un grupo de trabajadores del pueblo de Santa Eufemia, de la provincia de Córdoba, que deseaban con toda urgencia hablar conmigo. Los hice pasar en el acto, y aquellos hombres, con muestras de gran agitación, me dijeron que se habían sublevado los fascistas de aquel pueblo. Con la guardia civil a la cabeza, habían cerrado el centro obrero y disuelto el municipio, encarcelando a los hombres más significados de los partidos de izquierda. El pueblo, en masa, había abandonado la población y huido a los campos, poseído de un pánico grande, como si les amenazara el mayor peligro. Ante aquella situación, venían a pedir ayuda al pueblo revolucionario de Almadén y a comunicarle la noticia del levantamiento fascista, para que estuviera prevenido.

No me sorprendió la noticia que me daban aquellos hombres, pues hacía días que la esperaba, y en seguida se dispuso que partiera para Santa Eufemia una camioneta con hombres armados, estableciendo enlaces por el camino para que me comunicaran la marcha de los acontecimientos.

En efecto, dos horas después me comunicaron que al aproximarse a Santa Eufemia habían sido recibidos a tiros por los fascistas, y que debería mandar más refuerzos, pues la situación parecía muy seria. Entonces dispuse que partiera una segunda camioneta, atestada de hombres y con mejor armamento.

Una segunda comunicación me hizo saber que había sido arrestado un emisario nuestro que entró en la ciudad para parlamentar con el enemigo, y que la guardia civil se había hecho fuerte en la iglesia, una verdadera fortaleza inexpugnable.

Al mismo tiempo me decían por teléfono, desde Madrid, que había comenzado el levantamiento fascista y que se había sublevado el ejército de Marruecos, revistiendo la situación mucha gravedad, aumentada por la

incapacidad de los gobernantes y por la falta de preparación revolucionaria de los partidos de izquierda y de las centrales obreras.

Había sonado la hora de la acción y no había que vacilar, sino obrar con la mayor rapidez y energía.

A un consejo mío, seguido de una ardiente arenga, la campana de alarma de la mina lanzaba sus lúgubres sones llamando a la insurrección.

Y, como movidos por un resorte, todos aquellos trabajadores paralizaron las labores de la mina. Un grito ronco salió de todos los pechos, y cada uno corrió a armarse lo mejor que pudo. Fue un momento emocionante, y sentí que una fuerza extraña se adueñaba de todo mi ser, comunicándome un vigor extraordinario. Y aquel grito de guerra social se propagó por la cuenca minera y pueblos inmediatos con la rapidez del rayo.

No se perdió un minuto, y mientras que los elementos del municipio revolucionario tomaban los puntos estratégicos de la población y detenían a los elementos sospechosos que simpatizaban con el fascismo, se organizaba una columna de hombres armados con escopetas, pistolas y dinamita en abundancia, a los que se unieron una veintena de guardias civiles, al mando de un oficial, que me tenía en gran estima, tal vez por la asistencia que les había prestado a sus familiares enfermos durante largo tiempo. Por otra parte, en Almadén había un ambiente revolucionario que había influido en aquellos hombres.

Pronto una columna de más de mil hombres, montados en toda clase de vehículos y empuñando las armas de ocasión, estaban dispuestos a partir al primer aviso.

Algunos años antes había sublevado a la misma población minera, que proclamó la República.

Y cuando seguido de los más audaces saqueos de las armerías nos lanzamos al grito de "Revolución Social", aquellos sensatos republicanos y socialistas se sorprendieron de mi actitud y creyeron de buena fe que mis procedimientos no eran adecuados, siendo en verdad una maravilla la proclamación de la República sin disparar un tiro ni verter una gota de sangre.

-Mañana se derramará la sangre a torrentes y los tiros ensordecerán el espacio -les dije-. Cuando la libertad esté en peligro de perderse, entonces comprenderéis la razón que hoy me asiste de llamar al pueblo a la lucha final.

Camino de Santa Eufemia

En la noche del 19 de julio de 1936, a poco de anochecer, partía de Almadén a la cabeza de una columna de mineros, escogidos por su arrojo, armados de escopetas, pistolas y dinamita en abundancia. A esta pequeña fuerza de poco más de 500 hombres se sumaron los guardias civiles concentrados en la ciudad, unas diez parejas, al mando de un teniente, que se pusieron incondicionalmente a nuestras órdenes y me manifestaron su resolución de seguirme hasta Sevilla si fuera necesario.

Mi hijo mayor, Harmodio, que hasta entonces no había mostrado ninguna pasión política, absorbido por los estudios médicos, había venido con nosotros y se encontraba entre los voluntarios.

¿Quién hubiera podido pensar que el paseo de aquella noche hasta cierto punto agradable para un joven, que muchos de ellos serían luego devorados por la revolución española, los campos de concentración de África y la segunda guerra europea?

Todos aquellos hombres iban montados sobre camiones tomados en la mina y alguno que otro automóvil. Santa Eufemia, pueblo de la provincia de Córdoba, se encontraba a unos 30 kilómetros de distancia de Almadén y una carretera de tercer orden unía ambas villas.

Aquellos hombres se deslizaron silenciosos carretera adelante en busca de lo desconocido. Todos iban poseídos de un ardor bélico, pero equilibrado por los ideales de libertad y de justicia social que les animaba. La noche estaba muy triste, y la sombra de los árboles y de las peñas parecían amenazar nuestra frágil columna. La luna estaba escondida, y las estrellas parpadeaban en el firmamento, como adormecidas, lanzándonos sus rayos de luz mortecina. Ni una palabra, ni un grito salió de nuestra fila. Parecía que cada uno se concentraba en sí mismo, como si presintiera un momento solemne. En aquella noche siniestra se jugaba la libertad de España.

Al acercarnos a Santa Eufemia empezaron a surgir como fantasmas, entre las sombras de la noche, una multitud compuesta por viejos, mujeres y niños, que

estaban ocultos en la arboleda a orilla del camino. Todos habían huido atemorizados de Santa Eufemia, al primer grito de guerra lanzado por los fascistas, como si el infierno hubiera arrojado sobre la tierra a los peores enemigos del hombre. Se mostraban muy recelosos y se mantenían a cierta distancia de nosotros, a pesar de la confianza que les inspirábamos. Parecían poseídos de un pavor muy grande y como si presintieran que una desgracia inevitable se cernía sobre ellos. Los infelices no se equivocaban y mis palabras de ánimo no lograron tranquilizarlos.

Al llegar a Santa Eufemia nos desplegamos en guerrillas y rodeamos la población. La guardia civil me rogó me quedara en sus filas por ser ellos más experimentados en el arte de la guerra y poderme proteger en el caso de una sorpresa. En efecto, entre aquellos hombres había algunos veteranos de la guerra de Marruecos que fueron muy útiles en la defensa de Almadén. Pero en un momento cambió el panorama por completo. La guardia civil de Santa Eufemia, al tener noticias de nuestra llegada, huyó de la población, dejando sólo a los fascistas.

Los trabajadores que habían quedado en el pueblo cobraron ánimo con nuestra presencia y a la huida de la guardia civil, salieron de sus escondites, asaltaron la cárcel, pusieron en libertad a sus compañeros y detuvieron a los facciosos más destacados. Se habían cambiado las tornas. Y eso tan rápido que cuando llegamos al centro de la población todo había concluido. No se disparó un solo tiro, y si los mineros tiraron algunos petardos, fue con el ánimo de amedrentar más que de hacer daño.

En Santa Eufemia

Una vez posesionados del pueblo de Santa Eufemia, lo primero que hicimos fue informarnos si había habido desgracias personales. Como nos dijeron que el cura había sido herido, nos dirigimos a su casa con el ánimo de prestarle asistencia médica y trasladarlo al hospital de Almadén. La puerta de la casa presentaba un hueco hecho con un hacha por donde cabía la cabeza de un hombre. Detrás de la puerta había caído el sacerdote con un tiro de escopeta en la cara. Fue la primera víctima de la sublevación fascista en Santa Eufemia, a la que habían de sucederse tantas otras de uno y otro bando. A mi llamada se presentó una hermana del herido, tapando con su pecho el hueco de la puerta y dando muestras de una gran excitación nerviosa, no atendiendo a mis ofrecimientos y demostrando grandes deseos de que no penetrásemos en la casa. La guardia civil permanecía inmóvil en la calle, esperando una orden mía, y detrás se situaba una muchedumbre poco tranquilizadora. Decliné toda responsabilidad moral por no poder atender al herido y dejé tranquila a aquella señora que con mucha insistencia me suplicaba no pasáramos los umbrales. Después tuve sospechas de que aquella mujer no abrió la puerta no por desconfianza a mis ofertas, sino porque allí se ocultaban personas que ella tenía interés en proteger. De todas maneras, me repugnaba dejar caer la puerta y saltar sobre el cuerpo de aquella mujer enloquecida.

Recorrimos la población para tranquilizar a sus habitantes, mientras los jóvenes de la columna se entretenían sacando a los medrosos de sus escondites, quienes creían había llegado el fin del mundo. Ya en los primeros días de la República estuve en aquel pueblo y a la cabeza de los trabajadores entré en el cuartel de la guardia civil y pude conseguir que se acatara la voluntad popular. El sargento trajo unas cervezas, y mientras que ellos brindaban por la nueva República, yo lo hice por la Revolución Social. Otras veces había ido allí en consultas con el médico de la localidad.

Las calles más alumbradas del pueblo estaban desiertas de transeúntes pacíficos, y sólo alguno que otro grupo de hombres armados con escopetas cruzaban en tropel. A la vacilante luz de las estrellas se divisaba la inmensa

mole de sombras de la iglesia de piedra en donde se hicieron fuertes los fascistas en el primer momento. Algunos arcos de piedra tendidos sobre las calles me recordaron las ciudades moriscas que había visitado en otro tiempo. Una profunda melancolía invadió mi espíritu aquella noche, estado de ánimo que no correspondía a la insignificancia aparente de los sucesos que acababan de desarrollarse. Entonces me acordé de los temores de aquella pobre gente huida que había encontrado antes de penetrar en el pueblo, como si presintiesen que algo malo venía envuelto en las sombras de aquella noche fatídica.

Estuvimos en el cuartel, donde encontramos muy asustadas a las familias de los guardias civiles que habían huido. El pueblo había invadido el local y registrado hasta el último rincón buscando armamento, pero tratando con respeto a los que allí vivían, mujeres y niños. Esa pasión del pueblo por hacerse de armas la observé desde el primer momento, y es que se daba cuenta del estado de inferioridad en que se hallaba frente a su enemigo tan bien armado. Además creía que los problemas angustiosos que se presentaban no los iban a resolver los políticos con sus palabras, sino los revolucionarios con sus puños. Por cierto que algunos de los guardias civiles mostraron una indignación disimulada al contemplar el plantel puesto de arriba a abajo por el registro hecho por los trabajadores. Y es que estaban acostumbrados a ser los registradores, y los turnos se habían cambiado.

Luego estuvimos en un cafetucho tomando una cerveza, y el teniente levantó un atestado de los sucesos, interrogando a las mujeres de los guardias civiles huidos, deshechas en lágrimas y algunas con ataques nerviosos. De allí pasamos a la casa de unos señores que tenían en Almadén familiares amigos míos. Tomamos café y conversamos sobre los sucesos, pudiendo deducir de la conversación que los fascistas de aquel pueblo eran poco peligrosos. El jefe de ellos, el que alentaba a los otros, era el boticario, un hombrecillo de cuidado, que se creía había escapado con la guardia civil. Pero el diablo del boticario se había subido al tejado de la casa en que nos encontrábamos y escuchaba nuestra conversación oculto en la chimenea. Por la chimenea cayó de cabeza cuando nos marchábamos, fracturándose una costilla en la caída. En aquella casa fue detenido poco después, en unión de los dos hermanos que le

recogieron herido, y que pagaron más tarde con su vida aquel acto generoso, siendo como comprobé, inocentes y ajenos a los manejos del jefecillo fascista.

Unas niñas vinieron a buscarme llorando a grandes gritos: eran las hijas del médico de la localidad, preso como fascista. Creían a su padre en mucho peligro y me pedían que interviniera para salvarle la vida. ¿Cómo podía figurarme que sus temores tenían fundamento y que aquel hombre moriría poco tiempo después, como murieron todos sus compañeros de prisión ejecutados por el pueblo? Procuré tranquilizar a las inocentes niñas, convencido de que su padre no corría peligro alguno. Sin embargo, me dirigí a la cárcel donde encontré una veintena de fascistas detenidos y me ofrecí a ellos en cuanto pudiera servirles. Les aseguré que pronto recobrarían la libertad perdida -y me puse como ejemplo, tantas veces detenido y tantas veces en la calle-, en cuanto pasasen los sucesos que habían motivado la detención. Parecieron tranquilizarse y cambiaron de humor.

-¡Compañeros -grité a los obreros que llenaban la plaza-, los presos son sagrados para nosotros y no creo que sea necesario recomendaros el respeto para estos hombres indefensos, respetando al mismo tiempo la pureza de nuestros ideales!

Todos manifestaron su conformidad con mis palabras generosas, pero las noticias que después llegaron de la ferocidad fascista, hizo cambiar el sentir de aquellos hombres, que se vieron obligados a obrar de otra manera en defensa propia. Sí, observé desde el primer momento una firme decisión de luchar a todo trance, pero con un espíritu muy humano. El odio llegó más tarde, cuando los fascistas se manifestaron tales y como eran: los mayores monstruos sanguinarios.

Reunimos nuestro pequeño ejército y nos volvimos a Almadén. A poca distancia de Santa Eufemia, nos encontramos, como a la llegada, el mismo tropel de seres atemorizados a quienes no lograron tranquilizar nuestras palabras. Les aconsejamos volvieran al pueblo, una vez que todo había concluido felizmente, pero ellos dieron media vuelta y volvieron a internarse en el bosque, llevando a cuestas su terror.

Más de una vez, en el curso de la guerra, pensé en los presagios del instinto popular, que con tanto acierto adivina el porvenir. Despertaba el día cuando llegamos a Almadén, por cuyas calles desfilamos en silencio, retirándose cada cual a su domicilio. Algunos paisanos, escopeta al brazo, guardaban las entradas de la población. Solamente un pequeño grupo de los nuestros, en vez de volver a Almadén, se dirigió en son de guerra al pueblo de El Viso, cercano a Pozoblanco, donde los fascistas de aquella zona habían establecido su cuartel general.

Como la sociedad capitalista se sostiene por la violencia organizada además de contar con la mentira, un auxiliar poderoso, siempre procuré que los explotados se organizaran en el mismo plan de lucha de sus enemigos, toda vez que los conflictos que estallasen iban a ser resueltos por el uso de las armas.

Y, en efecto, no había más que recordar la historia para comprobar que las revueltas populares fueron, la mayoría de las veces, aplastadas por la superioridad de organización y de armamento de la clase dominante, aunque la razón no estuviera de su parte.

Si los hombres del pueblo daban el triunfo a los explotadores, convirtiéndose en su brazo ejecutor desde las filas del ejército, no cabía la menor duda de que si lucharan por su cuenta, los días de la sociedad capitalista estaban contados.

No ignoramos que los trabajadores carecen de los recursos pecuniarios de sus explotadores; pero a poco costo pueden fabricarse substancias explosivas de máximo efecto, y más si son manejadas por el brazo vigoroso del pueblo.

Hice cuanto pude en Sevilla para que la organización revolucionaria surgiera de la situación caótica en que se debatían los trabajadores, pero todos mis esfuerzos resultaron fallidos y nada pude alcanzar en ese sentido, a pesar de que el peligro no podía ser más evidente. Los que entonces no quisieron escuchar (y sorprende tanta miopía), cuando los enemigos hicieron su entrada y empezaron con sus detenciones y crímenes se vieron sorprendidos, sin plan alguno de lucha y sin armas para su defensa, cayendo inermes, fusilados por sus verdugos. Lo mismo ocurrió en Almadén cuando allí lancé el primer grito de rebelión contra la monarquía, y una vez la República proclamada por el

pueblo, me puse a la cabeza de los más audaces y asaltamos las armerías, aconsejando que se armaran los trabajadores. Aquel gesto no fue comprendido por todos, y si no en público, en privado, no faltaron quienes lo criticaron, encantados de aquel cambio de régimen sin verter una gota de sangre.

Por lo visto, la idea de dejar que los acontecimientos se desarrollasen al azar estaba muy arraigada en todas partes, a pesar de las terribles lecciones recibidas.

En Almadén no dejé por un momento de examinar las posibilidades que podrían aprovecharse cuando sonara la hora de la lucha. Y aunque los elementos de combate no eran los que hubiera querido, no quedé muy descontento de la situación. La respuesta a la sublevación fascista fue tan rápida como unánime, y el pueblo se puso en pie para combatir a sus enemigos, con la resolución inquebrantable de vencer o morir. Dándose cuenta de la magnitud de los sucesos que se avecinaban, todos corrieron a armarse de la mejor manera posible, ya que las noticias que se tenían anunciaban la proximidad de un enemigo con buenos pertrechos de guerra. Pero la más seria dificultad surgió desde el primer momento: ni había armas ni una organización adecuada para la resistencia.

Entonces, los representantes del bloque popular se reunieron en el Ayuntamiento, y por unanimidad me designaron para que dirigiera las operaciones militares, así como para que presidiera un Comité Revolucionario, que se nombró en el acto, con poderes ilimitados. Nunca he aceptado con gusto cargo alguno, prefiriendo ser un soldado de filas; pero en aquellas circunstancias me vi obligado a aceptarlo, aunque procuré por mi conducta igualarme a los otros, y si por algo me distinguía era por la rapidez en la acción.

Desde aquel momento firmé todas las comunicaciones y órdenes emanadas del pueblo de Almadén convirtiéndome en responsable, ante el enemigo a la vista, de todo lo que allí ocurriera. Siempre he creído que en los tumultos populares los anarquistas deben ir a la cabeza, y si alguno cayera, que fueran ellos los primeros. Tales propósitos se los oí repetir muchas veces a Salvochea, y los tuvo por norma toda su vida.

Estábamos bien provistos de substancias explosivas, como fulminato de mercurio, pólvora y dinamita, estas últimas en mucha cantidad. Aunque estaban bien guardadas en un polvorín, a una distancia prudente de la villa, se las puso a buen recaudo en uno de los pozos más profundos de la mina, para evitar cualquier acto de sabotaje.

Las armas de fuego estaban escasas, y consistían en escopetas de caza y algunas pistolas, con muchas municiones. Estas armas se depositaron en una pequeña iglesia que había en la plaza, guardadas por centinelas para que en todo momento estuvieran a disposición de los combatientes más decididos.

Dos emisarios que partieron a Madrid, con un comunicado para la dirección de las milicias, fueron muy bien recibidos por aquellos amigos, pero sólo pudieron mandarme dos fusiles, y eso como un favor especial. Varios jóvenes socialistas que fueron a Madrid tuvieron más éxito, y nos trajeron una docena o más de fusiles de guerra. Por todas partes la misma escasez de armas, y en todas partes las ansias del pueblo para obtenerlas.

Pero no había que apurarse, ya que lo mejor iba a improvisarse. Y, en efecto, los talleres de las minas, dotados de un buen personal técnico, pararon su labor cotidiana y se dedicaron exclusivamente a la fabricación de granadas de mano. También se hicieron gran cantidad de balas de escopeta, ya que la pólvora no faltaba. Todos los tubos de metal que se encontraron los prepararon convenientemente y los cargaron con dinamita, sirviendo para volar los cuarteles y las iglesias. En un departamento de la mina nos encontramos unos frascos antiguos de metal, de los empleados para transportar el mercurio, que constituyeron nuestra bomba atómica, pues cada uno se cargaba con veinticuatro cartuchos de dinamita y sus efectos eran catastróficos. Se desplegó la mayor actividad y se trabajaba día y noche en la confección de aquellas armas para la defensa del pueblo.

Pronto acudió a Almadén una romería interminable pidiendo armas con el mayor anhelo. Se les proporcionaba los elementos de guerra que teníamos, se les daba instrucciones para emplearlas con éxito, y se iban más contentos que si llevaran un tesoro. No sólo llegaron hombres de la zona de Almadén, sino también de pueblos cercanos de las provincias de Córdoba y Badajoz.

Entonces se dieron cuenta todos de la razón que me asistía al aconsejarles de continuo la preparación de la lucha revolucionaria que nos aguardaba al final de la jornada. Y es que los hechos se mostraban más elocuentes que mis palabras.

Aquellas armas no eran muy perfectas, pero manejadas por el brazo iracundo del pueblo convirtiéronse, como veremos, en elementos terribles de lucha y destrucción.

Almadén en la revolución

En Almadén tuvo lugar una reunión del Bloque Popular, acordando la formación de un Comité Revolucionario, en el que estuvieran representadas todas las organizaciones de izquierda. Yo fui nombrado para presidirlo, y desde el primer momento el único responsable de cuanto se hiciera, una vez que el enemigo estaba a la vista y la situación muy insegura, por no contarse con las fuerzas militares destacadas en Ciudad Real. Así que todas las órdenes emanadas del Comité llevaban mi firma. No desconocía que me jugaba el todo por el todo.

Aunque el espíritu combativo era general en la gente, busqué uno de los edificios más adecuados de la villa y lo convertí en cuartel de voluntarios que se fueron armando y organizando convenientemente. Allí acudieron hombres de todas las edades y los más decididos para la lucha. Pronto quedó una fuerza organizada con la que podía contarse en todo momento.

El magnífico edificio de la Escuela de Capataces quedó convertido en Hospital Militar, prestando allí sus servicios los médicos y practicantes de la ciudad. Era sorprendente, en los primeros momentos, el número de heridos que acudían por accidentes casuales. La falta de costumbre en el manejo de armas, y el estado de nerviosismo de muchos, eran las causas de estos accidentes, que tanto nos dieron que hacer. Las armas se disparaban solas con facilidad pasmosa.

Muchos trabajadores se dedicaron, en los talleres, a la fabricación de elementos de guerra, pero los mineros siguieron sus trabajos ordinarios, aunque siempre alerta para empuñar las armas en caso de necesidad.

En Almadén se gozaba de un cierto bienestar económico, como no he visto en otra parte. Los mineros cobraban buenos jornales, trabajando dos días por semana y además tenían un retiro en la vejez. Las viudas tenían también sus rentas. Sin embargo desde el primer momento se facilitaron gratuitamente a todos quienes los solicitaban, alimentos, vestidos y viviendas. Bastaba firmar un vale, en nombre del Comité, para que los necesitados, la mayor parte

forasteros, fueran atendidos en el acto. Recuerdo como un caso curioso el de una pobre mujer a la que le di un vale para que comiera en las casas de los ricos, no encontrando ninguna, a pesar de que le daban lo mejor, que fuera una comida de su gusto. Acabé por mandarla a mi casa para que comiera lo mismo que yo. No son extraños tales fenómenos en tiempos tan perturbadores. ¡A cuántos obreros vimos que su máxima aspiración era la de vivir con las comodidades de los burgueses, cuando la época era de sacrificios sin cuenta!

Una extraña manía que se desarrolló entonces, como una epidemia, fue la de vestir con "monos" (traje enterizo de pantalón y camisa), que por otra parte, eran cómodos y baratos. Aparte de los sastres de la población, que trabajaban sin reposo, hubo que organizar un taller con numerosas costureras para satisfacer los deseos de todos. Se confeccionaron los "monos" por millares, costeándolos el Comité Revolucionario con sus vales, porque carecía de dinero, que por otra parte era un estorbo.

A fin de normalizar la situación y hacer las cosas más fáciles, cedí una casa muy espaciosa que me correspondía como jefe de sanidad en la mina, y allí se establecieron varias oficinas de armamento, de beneficencia, de alojamiento, de investigación jurídica, etc. Desde que amanecía hasta después de medianoche había allí una aglomeración extraordinaria de personas, tanto del pueblo como forasteros, haciendo un ruido ensordecedor, que no me dejaba dormir, ya que mi domicilio estaba enfrente.

El Comité Revolucionario puso un impuesto a los ricos, tanto como represalia, como por emplear aquel dinero en gastos de guerra. Entonces se abrió un proceso contra algunos de los fascistas detenidos, cuatro de los cuales, descendientes del General Moreno, el verdugo de Málaga, delator de Torrijas, fueron condenados a muerte y fusilados, bastante tiempo después de haber salido yo de Almadén.

Aunque se adivinaba un porvenir muy negro, no se notaba abatimiento en la gente, sino una fuerte tensión de ánimo, motivada por los deseos de combatir. Solamente fui testigo de dos casos de agitación extrema que rayaban en locura. Uno fue motivado por el alcalde republicano de El Viso de los

Pedroches, pueblo de la provincia de Córdoba, donde se dirigió un grupo de mi columna, después de la entrada en Santa Eufemia. Por lo visto ocurrieron allí sucesos sangrientos, entre otros la muerte del cura. El alcalde, un hombre extremadamente nervioso, se impresionó por aquellos sucesos y perdió la razón. Me lo trajeron a Almadén y lo alojé en mi casa, hasta que poco a poco fue recobrando la salud. Era un sujeto excelente y nos fue luego muy útil en la lucha que emprendimos.

El otro loco fue el cura de Almadén. Una noche, un grupo de revolucionarios tomó por asalto la iglesia mayor y no dejó títere con cabeza. El cura, que allí vivía en unión de su padre y hermana, tuvo un susto tan mayúsculo, que perdió la razón y corría de una habitación a otra dando gritos. Como los médicos de la población se negaron a prestarle asistencia, temiendo la represalia del pueblo, yo me personé en su casa, y ante aquella situación, dispuse que fuera trasladado a un lugar tranquilo para asistirle convenientemente.

La familia agradeció mi determinación y me dio la dirección de algunos católicos ricos de la ciudad, donde podía alojarse el cura, pero éstos se negaron a admitirlo, los cobardes, y entonces tuve que tomarlo a mi cargo, alojándole en una casa contigua a la mía, pues no me pareció conveniente tener en mi casa dos hombres perturbados bajo un mismo techo.

Recuerdo que en los primeros días, un gentío grande se congregaba en la plaza pública, donde se había colocado un altavoz para oír a Indalecio Prieto, quien hablaba desde la radio a los españoles. Por lo poco que escuché, parece que aseguraba el fracaso de la intentona fascista, por dificultades económicas que el enemigo no podía resolver. Nunca he entendido, en mi simplicidad, esas cosas tan complicadas de la economía, que suelen fallar ante la realidad de los hechos.

Impotencia de la Guardia Civil

Ante el empuje del pueblo, la temida guardia civil, como todos los espantajos, se deshizo como sal en el agua.

Los guardias civiles de Santa Eufemia, con el sargento a la cabeza, huyeron al aproximarse nuestras fuerzas, y en el vecino pueblo de El Viso de los Pedroches, fueron detenidos por los revolucionarios de Almadén, al mismo tiempo que la guardia civil de ese pueblo.

Al día siguiente fueron todos conducidos a Almadén, donde entraron con el puño en alto y vitoreando a la revolución. Quedaron en libertad bajo vigilancia, pero el sargento de Santa Eufemia fue empujado por la gente con ánimo de darle muerte en la plaza del pueblo. No me pareció bien que unos miles de hombres, armados más o menos, dieran muerte a un individuo desarmado, que no habíamos escuchado todavía; temblando y con lágrimas en los ojos imploraba piedad en nombre de sus hijos, todos pequeñitos. Por otra parte el pueblo, aunque colérico, no estaba muy decidido a matarlo, así que no fue difícil, de un empujón, meterlo en el Ayuntamiento, y entonces, corrió escaleras arriba a ocultarse en el último rincón del edificio. De allí lo saqué cogiéndolo de un brazo y desde un balcón se lo mostré al pueblo como quería, protegiéndolo con mi cuerpo, no fuera a escaparse de la multitud algún tiro imprevisto. Por fin todo se tranquilizó y entonces pude interrogar al sargento y saber algo de lo sucedido.

El sargento recibió una comunicación militar de Córdoba, de la que me hizo entrega, en la que se decía que acababa de proclamarse una República de índole militar, a cuyas órdenes se habían puesto las fuerzas armadas de la nación, y le mandaba incautarse en el acto del Ayuntamiento, clausurar los locales obreros, socialistas y republicanos, y detener a los hombres más significados de la izquierda. El sargento se puso a ejecutar con poco entusiasmo las órdenes recibidas, pero al apercibirse que los fascistas salían a la calle y ocupaban la población, sospechó de lo que se trataba y en la primera ocasión que tuvo, aprovechando nuestra llegada, tocó a retirada, y se fue al Viso de los Pedroches, donde se entregó a nuestras fuerzas.

Los puestos de la guardia civil que no se rindieron, fueron asaltados por el pueblo y fusilados sus defensores. En uno de aquellos pueblos de Córdoba, creo que Villanueva del Duque, hubo una lucha encarnizada en el asalto al cuartel, pero triunfó el pueblo y los 24 guardias civiles allí refugiados perecieron en la refriega. Aquellos mercenarios se habían refugiado solos en el edificio, despidiendo a sus familiares, y resistieron hasta la muerte, ¡fueron buenos perros de presa! Los guerrilleros que triunfaron llevaron a Almadén las 24 familias de los guardias civiles muertos, que ignoraban el fin trágico de los suyos, creyéndolos en prisión. Alojé aquellas familias lo mejor que pude, en los altos de una escuela, proporcionándoles camas y alimentos, con la ayuda de los vecinos. Todos los días me rogaban muy compungidos que interviniera para que libertaran a los supuestos detenidos, ya libertados por la muerte, y no dejaba de sentir mucho las angustias de aquellas mujeres y niños, víctimas también de una disparatada organización social, a la que sus esposos y padres habían prestado ayuda, envilecidos por el medio y por necesidades ancestrales.

En la capital de Ciudad Real es donde la situación se mostraba más amenazadora. Allí se habían concentrado algunos centenares de guardias civiles, comprometidos con los fascistas para secundar el movimiento. Pero los amigos de Ciudad Real se sirvieron de una treta para amedrentarlos, que les dio el mejor resultado. Ante el coronel de la guardia civil, presente en el despacho del gobernador de Ciudad Real, me pidieron que estuviera preparado para acudir en ayuda de la capital, con las fuerzas de que disponía, en el momento que me llamasen. Dándome cuenta de lo que ocurría, les contesté aumentando en mucho los efectivos, tanto en hombres como en armas, y les prometí acudir con abundancia de combatientes y dinamita suficiente para destruir e incendiar la ciudad, en el caso de que se entregara a los fascistas. Ante aquellas noticias y mi insistencia en que volvería a Ciudad Real, el coronel se sobrecogió tanto, que por fin se decidió a continuar fiel a la República. Ahora bien, como a la guardia civil concentrada en Almadén, estos últimos se fueron confiados en la protección que ofrecí a sus familiares, por lo bien que ellos se habían portado a mis órdenes. Y en efecto, mientras permanecí en Almadén, no les faltó nada a sus mujeres e hijos. Cuando

marché se despidieron de mí con mucha pena, y no sé cómo lo pasarían después.

Un día recibí un mensaje del pueblo extremeño de Talarrubia, pidiéndome ayuda para destruir aquel cuartel de la guardia civil, levantado en un lugar estratégico entre aquel pueblo y la Puebla de Alcocer. El cuartel había sido construido por los hacendados de Talarrubia, para su tranquilidad personal. Allí estuve preso durante los sucesos de Asturias, y la guardia civil del puesto era lo peor que podía encontrarse, aunque a mí me trataron con el mayor respeto. De Almadén partió un camión protegido, con personal escogido y buena provisión de dinamita. Pero a poco volvieron para comunicarme que no se habían cumplido mis órdenes, pues la guardia civil había introducido en el edificio a muchas mujeres y niños, que hubieran perecido en el ataque. Sin embargo, pudieron parlamentar con los sitiados, los cuales se comprometían a rendirse siempre que yo fuera y les garantizara la vida. Como el cuartel estaba sitiado por millares de campesinos, que pedían la muerte de los que por mucho tiempo habían sido sus torturadores, no acepté por lo tanto lo que se me proponía, y cuando me disponía a ir en persona para organizar el asalto, supe que llegaron algunos emisarios del Gobierno, a los cuales se rindieron los guardias civiles, con disgusto de los sitiadores.

En el importante pueblo de Córdoba, llamado Pozoblanco, había concentrados unos 200 guardias civiles a las órdenes de los fascistas que ocupaban aquella población. Nuestros guerrilleros asediaban la ciudad y se disponían al asalto, esperando mi llegada con refuerzos, que no pude efectuar porque me fallaron los elementos de Almadén, influidos por enredadores de la política, que ya comenzaban a enseñar las orejas. En eso se presentaron unos emisarios militares mandados por el Gobierno, los cuales parlamentaron con los sitiados y los asustaron con nuestra intervención. Lo cierto es que la guardia civil se rindió, a condición de que yo no interviniera con los guerrilleros. Pero en el momento de ser entregada la población a los republicanos, los elementos civiles fascistas, que eran numerosos y malos, se abrieron paso con las armas en la mano y escaparon a Córdoba a engrosar las filas del fascismo.

Aquella maniobra acomodaticia disgustó mucho a la gente.

La sublevación popular

En la zona a que me refiero en estas líneas, que abarca el noroeste de la provincia de Badajoz, toda la provincia de Ciudad Real y parte de la de Córdoba, que yo recorría con frecuencia, la tensión revolucionaria, como en otras regiones de España, llegaba al máximo, y no hubiera tardado en estallar si se hubiera retardado la intentona fascista. Este estado de espíritu, que se había ido manifestando en aumento desde la caída de Primo de Rivera, no fue aprovechado por los elementos directores de las izquierdas, donde no anidaba el genio de la Revolución. Tuvieron que ser los fascistas, clase dominante, en extremo peligrosa, los enemigos más grandes de la revolución, los que prendieron fuego a la mecha, haciendo saltar el polvorín, cuando contaban con las probabilidades del triunfo por la ayuda exterior.

A la primera noticia del levantamiento fascista, todos los pueblos y campos se sublevaron al mismo tiempo, sin previo acuerdo, como impulsados por un resorte, armándose como pudieron, empleando desde la piedra y el palo hasta la escopeta de caza y la pistola de pistón. Salieron a relucir las armas más anticuadas, ya inservibles, con el deseo de armarse el pueblo. No sé cómo llegó a mis manos una bella espada, que no desdeñé, y por la inscripción que tenía en la hoja toledana, había servido como regalo al bruto del general Narváez.

Los municipios fueron disueltos y sustituidos por los comités revolucionarios, nombrados por el pueblo; el dinero quedó inservible, la propiedad individual abolida, sobre todo la del campo; las iglesias incendiadas, los cuarteles de la guardia civil tomados por asalto y los fascistas reconocidos, encarcelados o fusilados. Desde el primer momento se manifestó en las masas, como una tendencia natural, la aspiración hacia el comunismo libertario, sin tener conocimiento previo de estas ideas.

Con frecuencia hacía recorridos por aquella zona, partiendo de Almadén, para atizar la hoguera revolucionaria, y siempre volvía, después de los muchos obstáculos encontrados en el camino, resuelto a no intentar una nueva salida. Pero al día siguiente partía de nuevo, llevado por la pasión revolucionaria.

Todos los caminos estaban cortados por zanjas, alambres de púas, troncos de árboles, restos de carros, etc. Y detrás de cada muro, de cada árbol, de cada arbusto, de cada zanja, hombres en acecho, con las escopetas montadas dispuestos a disparar contra un enemigo invisible, que podía aparecer por todas partes o caer por el aire. A pesar de mi significación revolucionaria en aquella zona y gozar como ningún otro de la estimación del pueblo, en cada viaje pasaba por innumerables percances y peligros, sobre todo durante la noche.

Entrando en la provincia de Badajoz, viniendo de la de Ciudad Real, había un pueblecito llamado Tamurejos, influido por el médico revolucionario Antonio López Madrid, que la gente creía mi sobrino, muy dispuesto a todas las empresas revolucionarias. Siempre que pasaba por aquel pueblo me detenía para cambiar impresiones con los amigos. A la salida y al borde de la estrecha carretera había una encina tan corpulenta, como no vi otra en aquella región, y me sentaba a su sombra para contemplar tan soberbio ejemplar. Pues bien, cuando estalló el movimiento fascista, lo primero que hicieron los campesinos fue cortar aquella encina y volcarla sobre el camino, haciendo de todo punto imposible el tránsito; además, había por allí ocultos un hormiguero de hombres armados dispuestos a pegar un tiro al primer fascista que pasara. Pero el sitio era tan apartado que por allí no se hubieran acercado los fascistas, aunque se les hubiera convidado a comer. Les rogamos que quitaran del camino aquel bello ejemplar de árbol que estorbaba el paso de nuestros hombres, a lo que accedieron con facilidad, pero al tirar del árbol, uno de los campesinos soltó en el suelo una escopeta montada de dos cañones, con tan mala suerte que se disparó sola, destrozando ambas piernas, que hubieron de amputarse, a uno de los allí presentes, víctima de la imprudencia de otro compañero.

En un pueblecito no muy lejos de Almadén, llamado Fontanarejos, nunca pude hacerme de adeptos y sólo un barbero y practicante me ayudaba en la propaganda. Pero en el momento crítico, se sublevaron allí hasta las piedras, siendo uno de los parajes más peligrosos de atravesar, porque disparaban sobre los que atravesaban la carretera, sin tener en cuenta quiénes eran. En una ocasión le pegaron un tiro al secretario del gobernador de Ciudad Real. Yo

mismo tuve un fuerte altercado con ellos, y no faltó mucho para que anduviéramos a tiros. Por fin acabaron por entrar en razón y hacer bien las cosas.

Todos aquellos pueblos estaban sublevados y en ellos se iniciaba una vida nueva. Encendían una hoguera donde se guisaba la carne en grandes calderas, acudiendo a comer allí todos los vecinos. Más de una vez tomé parte en aquellos populares festines. Nunca tuve más alegría ni más apetito que en aquellos banquetes, al aire libre y entre los hombres del pueblo.

Para evitarme ciertas molestias en la gestión, anuncié a un pueblo del centro de la Mancha mi llegada, valiéndome del teléfono de Almadén, y entonces el Comité Revolucionario de aquella localidad ordenó a un grupo de ciudadanos que saliera a recibirme y me condujera al Ayuntamiento, sin decirles el nombre de la persona que esperaban. Pero aquellos hombres no se enteraron bien, y al llegar me detuvieron como fascista y me condujeron al Ayuntamiento escoltado por un grupo de escopeteros, como si se tratara de un enemigo del pueblo. Al llegar al Ayuntamiento, los miembros del Comité me abrazaron con efusión y riñeron a los otros por su torpeza, que yo disculpé y aplaudí, porque en aquellas circunstancias toda desconfianza era poca.

Una de mis salidas tuvo por objeto enfrentarme con un grupo enigmático que, careciendo de todo escrúpulo, robaba y asesinaba a la gente pobre, desacreditando nuestro movimiento. No pude dar con ellos y acabaron por eclipsarse, al tener noticias de que se les buscaba para poner en claro su conducta. Una noche que andaba en su busca, se me rompió el auto que llevaba, dejándolo abandonado en la carretera hasta el día siguiente; entonces me dirigí al cercano pueblo de Almadenejos, dispuesto a pasar allí la noche con mi hijo, que me acompañaba; pero se presentaba el más serio obstáculo, y era que la gente emboscada en las cercanías hacía fuego sobre toda sombra sospechosa. Como no quería que me matasen tan buenos amigos, que hubieran sido los primeros en lamentarlo, decidí ocultarme en el bosque y acostarme sobre el césped, sin otra luz que la de las estrellas. Pero a mi hijo se le ocurrió acercarse al pueblo gritando U.H.P., a cuyos gritos contestaron los otros U.H.P., y así fueron acercándose arma en brazo, hasta reconocerse

mutuamente. Entonces vinieron todos al encuentro con la mayor alegría y me alojaron cómodamente, después de una buena cena.

Uno de aquellos días, llegué hasta Ciudad Real, en cuyo Gobierno Civil fui invitado a almorzar, estando el gobernador ausente. Los empleados me mostraron una lista con los nombres de más de 400 fascistas, cuyos cadáveres fueron retirados de los caminos, fusilados por los pueblos. Aquello fue una respuesta a las noticias llegadas sobre las crueldades de los fascistas en las zonas que dominaban, así como la confirmación de que se trataba de una lucha de vida o muerte.

Las primeras víctimas

Las primeras víctimas en la zona de Almadén fueron los inocentes niños. Acababan de salir de una escuela que había en el vecino pueblo de Almorchón, importante empalme ferroviario, y cuando todavía estaban reunidos en la puerta del colegio, la aviación fascista arrojó una bomba que cayó entre ellos, matando a unos e hiriendo a otros.

Al tener noticias de que los heridos iban a ser transportados al hospital de Ciudad Real para atenderles convenientemente, se dispuso que una ambulancia de Almadén saliera a la estación de tránsito para ayudarlos en caso de necesidad. Pero no se limitó a la orden recibida y recogió a varios niños heridos, transportándolos a Almadén.

Cuando los habitantes de Almadén contemplaron aquellos cuerpecitos mutilados por la metralla, la indignación subió a su punto, y el pueblo en masa, provisto de materias inflamables, puso sitio a la cárcel, una verdadera fortaleza, para vengar en los detenidos el asesinato de las criaturas.

En la prisión había como dos mil detenidos, fascistas los unos, sospechosos los otros, y muchos tontos que no eran nada. Como la mayoría de los presos eran de Almadén, excepto una minoría de forasteros, sus familiares se lanzaron a la calle gritando y pidiendo perdón para los suyos, si alguna falta habían cometido, y sobre todo que se le juzgara antes de condenarlos.

Apurados nos vimos entre aquellos que querían destruir la prisión y los que estaban dentro, y quienes trataban de evitarlo, por tratarse de seres queridos. Y miles de brazos se levantaban en alto, dirigiéndose a nosotros, unos con los puños cerrados, y los otros con las manos abiertas, implorando piedad.

Por fin se calmaron los ánimos, y se acordó poner en claro la situación de cada uno de los detenidos, para no ocasionar víctimas inocentes.

En los primeros instantes del movimiento, las autoridades de Almadén detuvieron a centenares de sospechosos, pero luego no se atrevían a ponerlos en libertad, para no despertar las suspicacias del pueblo. Querían que yo les

abriera las puertas de la prisión, para cargar con las responsabilidades si se presentaban algunas, pero me negué a prestarme a semejante maniobra. Los que habían mandado detenerlos eran los obligados a reconocer su error y ponerlos en libertad.

Confieso que nunca fui inclinado a las represalias de la retaguardia, aunque siempre respeté la voluntad popular que, por lo general, iba bien encaminada. Pero me esforcé en demostrar que las energías y las intransigencias habían que aplicarse en los frentes de combate y con los enemigos a la vista.

Como el pueblo de Almadén me lo pidiera, con insistencia, saqué de la prisión a los forasteros que había, casi todos de la provincia de Córdoba, y los trasladé personalmente al pueblo de Agudo, sobre los confines de la provincia de Badajoz, donde se formó un campo de concentración muy humano, sin alambradas, y con los detenidos alojados en una vieja iglesia en condiciones de higiene, pero con una vigilancia montada por el pueblo.

Aproveché aquel viaje para hacer un recorrido por el pueblo de Agudo, donde tanta intervención había tenido con anterioridad. Quedé muy satisfecho de la conducta de aquella gente y pude observar que habían atacado duramente los edificios y fetiches religiosos, que tan nefasta influencia habían tenido.

Por cierto que estuve hablando con una señora de las más religiosas del pueblo que me dijo con aire de seriedad: "Ahora comprendo que es mentira todo lo que nos cuentan de los santos, pues han quedado destruidos sus templos y sus altares, y ellos mismos destrozados y quemados, sin que se produjera el milagro".

Ignoro con certitud la suerte que corrieron los detenidos que llevé a Agudo para que se pusiera en claro su actitud y sacarlos de la atmósfera cargada de Almadén. Pero según me dijeron más tarde todos fueron ejecutados por la gente de sus mismos pueblos, pero no por los de Agudo.

Almadén en peligro

Un día nuestro servicio de información, establecido en El Viso de los Pedroches, en contacto con el enemigo, que tenía su cuartel general en Pozoblanco, nos avisó de que estuvieramos preparados, porque los fascistas concentraban sus fuerzas para atacarnos, obedeciendo a órdenes superiores de apoderarse de la mina de Almadén a toda costa. Ya sabía de antemano lo codiciado que era aquel lugar, y más estando los italianos en las filas de Franco. Y, en efecto, a poco recibí un ultimátum del Estado mayor fascista, invitándome a entregar intacta la ciudad y la mina. La respuesta fue de tal índole que no volvieron a insistir, y entonces se dispusieron a venir a nuestro encuentro.

Había, pues, que evitar a toda costa que se apoderaran de aquel lugar, y en todo caso destruir la ciudad y la mina con todas sus dependencias, para que no pudieran extraer el mercurio por mucho tiempo. Había dinamita de sobra para recibir con salvas a los fascistas, y en caso de necesidad para destruir los trabajos de la mina, dejando el mercurio sepultado en las entrañas de la tierra, para que otra generación más decente lo sacara.

Para reforzar las defensas de Almadén, hicimos venir centenares de hombres montaraces de la Siberia extremeña, a cuyo lado había luchado mucho tiempo, teniendo la seguridad de que nos seguirían hasta el último extremo, en el caso de que los de Almadén vacilaran en las medidas supremas.

Un anochecer recibirnos noticias alarmantes. Una fuerte columna fascista salía de uno de los pueblos de la provincia de Córdoba y se dirigía contra Almadén. En seguida me reuní en el cuartel de la guardia civil con el teniente, el sargento y el cabo, hombres aguerridos en la campaña de Marruecos, y tornamos los últimos acuerdos referentes a la defensa de la ciudad. La mayoría del personal combatiente aguardaría, emboscado en las avanzadas, la llegada de la columna fascista, mientras que los restantes se parapetarían en la entrada de la población, apoyados por la guardia civil, que quedaría en la retaguardia.

La noche estaba más negra que la boca de un lobo, como vulgarmente se dice. A lo largo de la carretera accidentada que llevaba a la provincia de Córdoba, en las laderas de los cerros que la bordeaban, colocarnos a los voluntarios, entre ellos a los extremeños, en una longitud de más de media legua. Un hermoso puente de hierro, tendido sobre el río de Almadén, fue minado en sus cimientos, y algunos prácticos quedaron encargados de su voladura, a una señal convenida. Lo mismo se hizo con una alcantarilla situada a unos 200 metros del puente. Al pasar las fuerzas fascistas entre ambos reductos, se los haría volar, y así quedarían cortados y aniquilados hasta el último hombre, pues aquel tramo de tierra se encontraba en una estrecha garganta, en cuyas escarpadas rocas se habían colocado un buen número de dinamiteros, con frascos de metal que contenían una poderosa carga de explosivos.

Recorrí en automóvil varias veces aquella línea de defensa, y quedé satisfecho de la disposición y ánimo de los combatientes. Todos velaban sobre las armas y a cada momento nos daban el alto los hombres que hacían la guardia en la carretera. Pasada la media noche llegamos a la vecina estación de Chillón, donde detuvimos un tren que venía de Madrid y se dirigía a Cabeza del Buey. No venían viajeros, sino alguna que otra persona al servicio de la causa. Dos jóvenes vigilaban el tren, y vinieron a saludarnos y a ponerse a nuestra disposición. Le dimos paso y les deseamos buena suerte.

Al amanecer llegamos a los bordes de la provincia de Córdoba, donde encontramos una avanzadilla nuestra que guardaba la carretera y que iba a tener el primer choque con los fascistas, si éstos se atrevían a seguir adelante. Todos llevaban escopetas, y algunos con un solo cartucho de carga.

Distribuí los que llevaba en el cinto, impresionado por la conducta de aquellos jóvenes, y además regalé mi escopeta a un muchacho que no llevaba ninguna. Recuerdo que tras un muro encontré acechando a dos hombres que tenían al pie un montón de piedras más gruesas que un puño. Eran dos pastores extremeños que, no teniendo otras armas, habían escogido las piedras para romperle la crisma al primer fascista que se acercara. Y me aseguraron que aquellas piedras en sus manos tenían un poder tan destructor como las balas. Cuando ya entrada la mañana el padre Sol espantó las sombras medrosas de aquella noche de espera sobre las armas, recibimos la noticia de que la

columna fascista que iba contra Almadén, informada sin duda de nuestros medios de defensa, dio media vuelta y cambió de ruta, alejándose de aquellos lugares.

Y los que esperaban enardecidos la hora de la lucha, se retiraron a descansar profundamente decepcionados, pero con la esperanza de que el momento del combate no se haría esperar mucho.

La columna del gobernador

Un día se presentaron en Almadén elementos organizados militarmente y con mejor armamento: era la columna organizada por el gobernador de Ciudad Real que salía a campaña. Paró allí poco y se dirigió a la provincia de Badajoz, entrando sin resistencia en los pueblos de Villanueva de la Serena y Don Benito. Pero al intentar cruzar por la provincia de Cáceres cayó en una emboscada tendida por la guardia civil, sufriendo sensibles pérdidas.

Volvió de nuevo el gobernador con su columna y acampó en las cercanías del vecino pueblo de Chillón, en una hermosa finca que antaño perteneció al político Segismundo Moret y que en aquel entonces era propiedad de los Márquez, hacendados extremeños, pasando durante la Revolución a poder del pueblo. No creo que los milicianos pasaran de 1.500 hombres, que iban provistos de fusiles, escopetas y un mortero. Nosotros les proporcionamos municiones, explosivos y material sanitario. El gobernador era en extremo simpático, pero el personal que le acompañaba no me produjo muy buena impresión. Asistí a varias reuniones de su pequeño Estado Mayor, y no se llegó a un acuerdo definitivo para la acción. Un día se recibió una llamada por teléfono, invitando al gobernador a salir al paso de una columna fascista que había penetrado por la provincia de Badajoz, venciendo fácilmente la resistencia desorganizada que le ofrecieron los andaluces. Los comunicantes aseguraban que sería fácil derrotar a los fascistas y apoderarse del armamento que llevaban, incluyendo la artillería. Pero el gobernador no quiso meterse en aquella aventura y siguió quieto en su campamento de Chillón.

Por fin, un día decidió salir en campaña, y entonces pidió 200 hombres de absoluta confianza y bien armados. La noche de la partida me presenté en el campamento con los hombres pedidos y algunos más que se agregaron, pero advirtiendo que los acompañaría, cuando menos hasta el primer encuentro con el enemigo. Entonces hubo cabildeos entre los caciquillos socialistas y otros que llegaron de Almadén, considerando todos indeseable la intervención de los anarquistas, así que me comunicaron que podíamos retirarnos porque carecían de alimentos para más gente. Lo más indigno del caso es que

pretendieron quedarse con nuestros fusiles, cosa que no consiguieron porque montamos las armas contra ellos. El gobernador, débil de carácter, no se atrevió a dar la cara. Nos retiramos profundamente disgustados por aquella felonía. Después de todo fue una suerte que no siguiéramos a la columna, pues tuvo un fin poco brillante.

Aquella misma noche decidí salir de Almadén, y al mismo tiempo salieron los elementos anarquistas que allí habían, no muy numerosos, pero muy buenos compañeros. Poco después me encontré con ellos en el frente de Sigüenza, donde fui con el inolvidable Mauro Bajatierra.

Bajarierra (3º por la derecha, de pie con periódico)
y un grupo de cenetistas madrileños en 1920

Los politiquillos de Almadén, algunos como el alcalde, que me debía el puesto que ocupaba, se creyeron seguros y con el peligro ya pasado, viendo en mí un obstáculo para sus deseos de mando: "No hay que salir fuera de la ciudad -- decían, contrariando mis órdenes-, sino esperar aquí al enemigo". "Cuando llegue el enemigo a Almadén -les contestaba- reducirán a los unos a la esclavitud y fusilarán a los otros". Y así fue.

Un grupo de sanitarios me acompañó en el viaje, y el salvoconducto que llevaba, y que todavía conservo, fue extendido en Ciudad Real el 14 de agosto de 1936 por el Comité provisional del Frente Popular y Unión Antifascista, Subcomité de Gobernación, y llevaba los sellos de las entidades siguientes: Gobierno Civil, Federación de Juventudes Socialistas, Partido de Unión Republicana, Partido Comunista, Comité provisional de Defensa, Federación Nacional de Industrias Ferroviarias, C.N.T.

El viaje a través de una comarca sublevada fue bastante accidentado, pero por fin llegamos a Madrid, donde fuimos testigos de lo que allí ocurría.

No volví más por Almadén y Siruela. Las casas que tenía en ambas poblaciones con clínicas medicoquirúrgicas, muy bien montadas, las utilizaron los antifascistas para las necesidades del momento. Pero la biblioteca y el archivo que tenía en Almadén, que representaba todo el esfuerzo de mi vida, fueron destruidos por los fascistas. Algunos compañeros, conociendo su valor para nosotros, me aconsejaron colocarlos en sitio seguro, lo que no conseguí, porque si algo interesaba sacar por la frontera, a los que poder tenían para ello, era el pícaro oro, y no los buenos libros.

Agosto de 1936

En la mañana del 15 de agosto de 1936 llegué a Madrid, acompañado de mi hijo Harmodio, el ayudante en mi profesión y en la guerra Víctor Cabezali, y el chófer miliciano Garrido. Nos dirigimos a una casa de huéspedes que había en la calle de Echegaray, donde paraba mi hijo en sus años de estudios. Era una familia amiga de Mauro Bajatierra, extremadamente amable, que desde el primer momento nos hizo presentes las dificultades con que se encontraba para obtener una alimentación conveniente. Les tranquilizamos sobre el particular y les hicimos saber que nos alimentábamos de ideales y de un poco de pan si lo había.

En los primeros recorridos que hice por las calles, me sorprendió el número de vehículos que llevaban las insignias de la C.N.T., la actividad de la organización y la influencia que ejercía sobre el pueblo madrileño, que a cada paso le manifestaba su simpatía.

Me dirigí en seguida a la casa de Mauro Bajatierra, con el que siempre había conservado las mejores relaciones, y su compañera me dijo que se encontraba en el frente de Sigüenza, de donde tardaría en volver. Entonces recibí una invitación para sumarme a la columna "España", que estaba organizándose e iba a salir para uno de los frentes de guerra. Aunque estaba impaciente por correr a la lucha, no acepté la invitación hasta que no hablara con Bajatierra, porque además de la merecida estima que le tenía, sabía que ya habían llegado al frente de Sigüenza los anarquistas que estaban en Almadén.

En los breves días que pasé en Madrid esperando a Bajatierra, después de explorar el estado de ánimo de los madrileños, que me pareció excelente, traté de visitar los centros de información donde se desplegaban las mayores actividades.

Fui varias veces a un hermoso palacio, cuyo nombre he olvidado, donde funcionaba un Estado Mayor de las milicias, al parecer inspirado por el coronel Barceló. Allí encontré a antiguos amigos de lucha, tales como Justiniano García, Juan Galán, Pablo Rada y otros, quienes me acogieron

extremadamente bien y me invitaron a comer en aquella casa, siempre que me lo permitiera el tiempo.

Una noche acudí a una reunión de los hombres más destacados de las izquierdas, para tratar de la grave situación que atravesábamos. Fui uno de los primeros que llegué, con mi traje modesto, de miliciano, un simple "mono" y la cabeza descubierta. A poco llegó Pestaña, tan preocupado que no se dio cuenta de mi presencia, a pesar de sentarse a mi lado. Entonces el socialista De Francisco, hizo nuestra presentación, creyendo que no nos conocíamos personalmente.

En Madrid, me encontré con mi antiguo amigo y compañero el Dr. Enrique Castell, que desplegaba la mayor actividad en nuestros medios, a pesar de tener una grave lesión en la aorta que le hacía sufrir mucho. Con él estuve en un local de la C.N.T., donde varios médicos con Castell visitaban a los enfermos que llegaban y les proporcionaban las medicinas necesarias.

Conocí por vez primera a Castell en París, allá por el año 1904. Llegó allí con un grupo de excelentes compañeros valencia nos, que en unión de Aguilar habían editado en Valencia el periódico *Juventud*. Castell era médico y se dedicó al estudio de las enfermedades de la piel. Por entonces había en París un nutrido grupo de anarquistas españoles que se reunían una vez por semana en un café del Faubourg de Saint-Antoine. El atentado de la rue de Rohan contra Alfonso XIII dispersó a los componentes de aquel grupo que tan buen trabajo hacía con la publicación del periódico *L'Espagne Inquisitoriale*, yendo yo a la cárcel y los otros deportados. Entonces Castell se fue a Sevilla y allí se estableció con éxito en su profesión, bajo la amenaza de la policía. Cuando años después volví a Sevilla, Castell estaba apartado del movimiento y procuré no visitarle, porque siendo yo el de siempre, llevaba la policía detrás y no quería que se le molestara por mi culpa. Después Castell pasó a Madrid, y al proclamarse la República, en un viaje que hice a la corte, estaba en la estación esperándome y reanudó sus actividades revolucionarias. Castell murió de repente, a consecuencia de la dolencia que padecía, cuando los ejércitos fascistas se aproximaban a Madrid. Avisado por su esposa, no pude acudir a su lecho de muerte, por haber tenido que salir de improviso para una misión de urgencia.

Por fin llegó el amigo Bajatierra, y mientras preparábamos el viaje para Sigüenza, recorrí los medios libertarios y me mostraron el funcionamiento de nuestra prensa. Bajatierra era en extremo popular y a cada paso le detenían para estrechar la mano del bravo anarquista. Vestía chaqueta azul de trabajo, pantalón de lana y leguis; el sombrero era de paja trenzada, con la visera de celuloide azul; ancho correaje, del que pendían tres cartucheras, cantimplora, máquina fotográfica y prismáticos, y el fusil siempre en la mano. El aspecto exterior de aquel inolvidable compañero no podía ser más original.

La Confederación Nacional del Centro me extendió un permiso para llevar armas y otro para circular libremente por el territorio español. El mismo organismo me facilitó el 17 de agosto de 1936 la siguiente credencial:

Al día siguiente partimos para el frente de Sigüenza, donde se sucedieron una serie de heroicos y trágicos acontecimientos, y que constituyen unas páginas importantes de la Revolución española.

Los "rojos" ocupan Sigüenza

El 18 de agosto de 1936 salí de Madrid con los sanitarios que me acompañaban, a cuyo grupo se reunieron Mauro Bajatierra y los cuatro compañeros de su escolta, a los que familiarmente les llamaba "sus muchachos".

Pasamos de largo por Alcalá de Henares, el lugar donde nació Cervantes, y entonces me di cuenta que Don Quijote estaba de nuevo en campaña, esta vez contra los peores malandrines.

En Guadalajara vinieron a nuestro encuentro algunos compañeros, los cuales nos mostraron los lugares donde la lucha era más violenta entre los fascistas, bien parapetados, y los "rojos" llegados de Madrid, en su mayoría anarquistas, que aniquilaron por completo al enemigo.

A poca distancia de Guadalajara, al borde de la carretera que conduce a Sigüenza, encontramos un campamento militar con algunas piezas de artillería ligera, al mando del coronel Jiménez Orgue, que me fue presentado por Bajatierra, con el que tenía alguna amistad.

Al llegar a Sigüenza quedé en extremo sorprendido del cuadro que se presentaba a mi vista. Se trataba de una ciudad medieval ocupada en parte por grandes conventos. Tenía un espléndido palacio arzobispal, un monumental seminario con una biblioteca adjunta atestada de obras y monumentos históricos, una catedral famosa con ricas joyas de valor y de arte, que se conservaba cerrada para mayor seguridad, y además numerosos templos antiguos con muchas curiosidades. Pero lo que más me interesó, y fue motivo de varias visitas, era una catedral ya en desuso situada en las afueras de la población, siendo el primer templo que allí se construyó, con un contenido raro y meritorio. En los ratos de ocio dediqué algún tiempo al examen de estos monumentos, pero las notas que tomé se perdieron y mi memoria conserva un recuerdo bastante borroso.

La ciudad tenía también una extensa alameda, en extremo hermosa, poblada por añosas arboledas, donde muchos madrileños acudían en el estío a tomar el fresco en coloquios amorosos.

Encontrándome en Sigüenza, me acordaba de otra ciudad parecida desde muchos puntos de vista. Me refiero a Estella, de Navarra, donde fui desterrado a las órdenes del general Mola.

Los parásitos que ocupaban la ciudad, el obispo, los frailes, las monjas, los curas y los sacristanes, huyeron como bandadas de aves de mal agüero al aproximarse el pueblo en revolución, y no recuerdo si alguno pereció en la huida, tal vez el obispo, porque eran muy difíciles de atrapar, escurriéndose de las manos como el pez en el agua. Y desde entonces las calles de Sigüenza no estaban ocupadas por la gente negra, sino por los hombres rojos, inundándolas de alegría y de esperanza.

Calculo que a mi llegada había allí destacados unos 5.000 hombres distribuidos así: 2.000 ferroviarios, de procedencia socialista y republicana, y batallones de la C.N.T., comunistas y del P.0.U.M., representando a todos los sectores antifascistas, y reinando entre ellos, según pude observar, la mayor cordialidad.

Aquellas fuerzas armadas ocupaban como cuarteles los edificios religiosos que reunían las mayores condiciones para ser habitados. El batallón de la C.N.T., al cual nos incorporamos a nuestra llegada, se había posesionado de un espacioso convento de las monjas ursulinas, cuya descripción merece capítulo aparte.

El convento de las ursulinas

El convento que ocupaba la C.N.T., como cuartel, que perteneció a una congregación de monjas ursulinas, era uno de los más espaciosos de Sigüenza, alojándose allí cómodamente los mil hombres escasos que podría tener el batallón.

La iglesia era de piedra y tan grande que podría abastecer a todo el pueblo. Tenía varias capillas con sus altares y retablos de madera tallada, así como numerosas imágenes, todo de mediocre mérito artístico.

El portalón del templo estaba adornado, formando frontispicio, con varios santos de piedra de tamaño natural, que un día los milicianos derribaron de sus pedestales, haciéndose pedazos en la caída. El local principal de la iglesia se destinó para comedor, y era capaz de dar cabida a todos los comensales del batallón. Fue bien provisto de mesas y de bancos para que todos estuvieran cómodos, y el cocinero no ocultaba la alegría al contemplar su obra. Pero a poco de estrenarlo alcanzaron los fascistas el local con una bomba de cañón, que deshizo en un momento la obra de varios días de trabajo. "Castigo del cielo", decían entre dientes las beatas de la vecindad, para que nadie las oyera.

Las monjas tenían cómodas celdas como dormitorios, bien amuebladas, en largas galerías. El local que servía para ropero era un verdadero salón, y estaba atestado por la ropa corriente de la congregación, además de grandes reservas de telas de hilo y de seda. Un día avisé a las mujeres necesitadas de la población, que vinieron formando larga cola, y les repartí el contenido del ropero, no dejando más que los muros.

Ni que decir tiene que el convento estaba muy bien provisto de cocina, despensas y comedor, para que se cuidaran a lo príncipe las humildes siervas del Señor.

También había un pequeño cementerio cubierto, formado por dos salones, con tumbas en el suelo y en los muros. Entre ellas la que más atrajo mi atención era una en la que se guardaban los restos mortales de un santo varón, el primer obispo de Sigüenza, pero después de tomarme la molestia de

descubrirla, sólo encontré en su interior un recipiente muy espeso de vidrio azulado que contenía dos vértebras cervicales del cuello del finado, y nada más, así que no pude averiguar adónde fueron a parar los restantes huesos del esqueleto, aunque no dudo que su alma volaría a los cielos. Lo más curioso que en aquel recinto sagrado encontré fue el cráneo de una joven herida por un golpe de lanza.

También he de mencionar la prisión del convento, una mazmorra subterránea, sin aire y sin luz, que cuando la visité era el paraíso de las ratas.

En uno de los departamentos más apartados del piso alto, descubrí un verdadero tesoro de ropas de iglesia, entre las que había grandes capas, casullas y mitras, con un bordado exquisito de oro, todo de mucho mérito artístico y de valor. Como se hacía poco aprecio de aquellas prendas religiosas, las utilizó mi hijo para hacer más mullida su cama, cubriéndolas con unas mantas que las protegiera. Años después, visitando la catedral de Morelia, México, un sacerdote muy amable e instruido en cosas de arte, me mostró una pequeña capa bordada en oro, del mismo estilo que las encontradas en el convento de Sigüenza, y al decirle que había tenido varias piezas semejantes, pero de mucho mayor tamaño, me miró incrédulo y creyó que bromeaba.

El convento de referencia fue fundado en la Edad Media, no recuerdo en qué fecha, por un matrimonio de nobles, que estaban enterrados al pie del altar mayor de la iglesia. Me empeñé en desenterrarlos, pensando que pudiera encontrar algún objeto antiguo, pero mis intentos fueron vanos, porque cubría la tumba una losa pesadísima de unos dos metros de espesor, hecha de dura roca. Hubieran sido necesarios unos bueyes que tirasen bien, o algunos cartuchos de dinamita, pero otras cosas más urgentes ocuparon mi atención y dejé tranquilos a los muertos.

Si el oro no escaseaba en bordados, la plata maciza se encontraba empleada en grandes candelabros, algunos de dos metros de altura, que rodaban por los suelos.

Yo vagaba a veces por aquellos departamentos desiertos y recorría los luminosos patios y los sombríos y húmedos corredores del piso bajo, representándome las escenas de los pasados tiempos, y con la cabeza

caldeada salía a refrescarme en la huerta del convento, poblada de árboles frutales y sembrada de legumbres. Después me detenía en la cocina del batallón, hablando con mi amigo el cocinero, donde en grandes calderas preparaba la comida para la tropa, con un fuego sagrado que desprendía al quemarse la vieja madera de los santos y los retablos.

Pero veo que estoy divagando sobre el pasado, y lo que nos interesa es el presente de aquella sombría ciudad, donde encontraron la muerte tantos hombres generosos, luchando por los más bellos ideales.

Sanidad y cultura

A poco de mi llegada a Sigüenza, vino a visitarme el teniente coronel de Sanidad Militar, que tenía a sus órdenes a tres jóvenes médicos militares recién acabadas sus carreras, así como a varios practicantes. Se trataba de un hombre de mi época, muy amable y de finos modales. Era por lo tanto mi jefe superior, pero he de advertir que durante la Revolución no conocí jefe alguno, y menos a tantas calamidades que aparecieron como tales. Me las entendía mejor con el miliciano desconocido.

El teniente coronel acabó por confesarme que no le parecía bien que los médicos y practicantes fueran armados hasta los dientes, como iba yo y los que me acompañaban. Y apoyaba sus razones en no sé qué acuerdos tomados en Ginebra. "Es más -me decía-, si los cogen armados los fascistas tienen derecho a fusilarlos por faltar a las leyes de guerra". "Mire usted -le respondí-, todos esos acuerdos de Ginebra son letras muertas, y le aconsejo que se arme lo mejor que pueda en unión de sus subordinados, para morir matando si llegara la hora. En cuanto a fusilarme, no lo lograrán, porque no me cogerán vivo, pero temo que le fusilen a usted desarmado". Ya veremos en el curso de este relato cómo fue fusilado este inocente, que tan en serio tomaba los acuerdos de Ginebra, buenos para colocarlos en el retrete. Pocos días después le sorprendí colocando cruces rojas sobre las tejas del Hospital Militar y del Asilo, y al advertirle que aquello era un excelente blanco para la aviación fascista volvió a invocar con la mayor seriedad los acuerdos de Ginebra. Precisamente aquellos edificios fueron destruidos por la aviación enemiga, y sus moradores pasados a cuchillo o aplastados bajo los escombros. Ya hablaremos de esto más despacio. Aparte la manera tan equivocada que tenía al apreciar el momento que atravesábamos, aquel hombre me tuvo en grande estima y nunca puso obstáculo a que hiciera lo que me parecía más conveniente, sin someterme a la disciplina militar.

Cuando llegué a Sigüenza estaba organizándose un Hospital Militar en uno de los edificios religiosos abandonados, y uno de los médicos militares pasaba todos los días por el cuartel de la C.N.T., y en unión nuestra asistíamos a los

enfermos. Además, había alguno que otro médico civil en los batallones de los voluntarios.

Núm. 64

MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y SANIDAD

SUBSECRETARIA DE SANIDAD

Cumplidos los requisitos que marca la O. M. fecha 16 de Junio de 1937 este Ministerio autoriza a D. Pedro Vallina Martínez para ejercer la profesión de Médico en todo el territorio nacional.

Valencia 1 de Octubre de 1937

El Subsecretario,

Credencial del Ministerio de Sanidad a nombre de Pedro Vallina

Como en Sigüenza había entonces poco quehacer en el sentido sanitario, casi todos los días visitaba a alguno de los pueblos vecinos, sin médico ni boticario, porque habían huido con los fascistas. Cuando llegaba a un pueblo, el comité

comunicaba a los vecinos mi presencia por medio de un pregón y a poco acudían los que me necesitaban. Esto me servía también para observar el estado de ánimo de los pueblos, que me parecía excelente y veía con satisfacción cómo la gente, libre de las trabas que les oprimían, se inclinaba a una vida nueva dentro de las normas del comunismo libertario.

Los ratos que me sobraban del trabajo de mi profesión, los dedicaba a proteger las obras de cultura. Anexo al Seminario se encontraba una biblioteca y archivo de mucho valor, y después de un examen detenido, aconsejé que se cerrase y cuidase bien, aunque he de advertir que estando abierto, los milicianos lo respetaban siempre. En cambio, cuando llegaron los italianos, saquearon el local y se llevaron lo que creían de más mérito. En algunos italianos muertos en Guadalajara, se encontraron sus mochilas bien repletas de documentos históricos, entre los que abundaban aquellos que trataban de las relaciones con el papado.

En uno de los salones de nuestro cuartel hice un depósito de toda clase de objetos de arte que había puesto a salvo. Los libros de los conventos ocupados por los milicianos, me los llevaron en camiones a un patio del local, y allí hice un examen de cada uno, indultando a la mayoría, que conservé con todo cuidado. En aquel trabajo recordé unos artículos que había leído en mi niñez, publicados en Las Dominicales y firmados por "Un sacristán jubilado" (Narciso Campillo). Aquellos artículos llevaban el título de Historia de la Corte Celestial, y además de muy entretenidos eran sumamente útiles para poner en ridículo las tonterías religiosas. El mismo autor publicó un trabajo muy divertido, haciendo mención de algunos títulos y subtítulos de obras religiosas, como La Lavativa Celeste y otros nombres por el estilo. En el abundante material que expurgué había temas para todo eso, aparte de obras de mérito en la literatura religiosa, como una hermosa edición completa de los escritos de Santa Teresa.

En una de mis excursiones por los pueblos encontré una iglesia que era un verdadero museo, por las pinturas murales y en tablas que había, así como por los libros iluminados. Los campesinos los habían conservado bien dándose cuenta de su valor, y me rogaron interviniera para que aquellos objetos fueran trasladados a lugar seguro. Entonces escribí a Madrid y vinieron dos delegados

del Ministerio de Instrucción Pública, quienes quedaron encantados de mi colección y además de dos ejemplares que les entregué, un pequeño cuadro de pintura flamenca y una bandeja de plata labrada del siglo IX. Me prometieron venir a recoger en condiciones aquellos objetos de arte, pero en el momento de su llegada, las bombas fascistas caían a intervalos en la población y los visitantes estaban inquietos y recelosos. No volvieron por allí asustados, y lo que conservaba con tanto esmero lo destruyeron los fascistas en un bombardeo.

¡Y dicen algunos acémilas que los anarquistas somos enemigos de la cultura y queremos retroceder a los tiempos bárbaros!

Atendiendo a un herido. Pedro Vallina a la izquierda

Mauro Bajatierra

Con mucha frecuencia venía el inolvidable compañero Mauro Bajatierra a buscarme y me conducía por aquellos campos y pueblos de la provincia de Guadalajara, donde era conocido y querido por los trabajadores.

Así me di cuenta de las aspiraciones populares, que como una tendencia natural se orientaban hacia un comunismo libertario. Con él visité algunas colectividades agrícolas, así como una fábrica de papel.

En nuestras correrías por aquellos bellos campos, Mauro contemplaba atentamente el paisaje y cuando descubría un prado o un arroyo bordeado por espesa arboleda, me repetía constantemente: "¡Qué buen sitio, Pedro, para comernos una paella!" A lo que siempre respondía: "Cuando se termine la guerra con el triunfo de nuestros ideales, nos comeremos todas las paellas que quieras, amigo Mauro". Y seguíamos nuestro camino silenciosos, abismados en las más serias reflexiones.

Un día visitamos el Hospital Civil de Guadalajara, espacioso edificio, que se había convertido en hospital militar por las necesidades de la guerra. Recorrimos detenidamente todos los departamentos y nos detuvimos largo rato en el local que hacía de manicomio, conversando con los internados, que se paseaban tranquilos por un patio. Al retirarnos, el doctor que hacía de director del hospital, me pidió mi opinión, que fue por cierto muy lisonjera y merecida. "¿Y del manicomio, no me dice usted nada?" "En efecto, se me olvidaba, y por cierto que me han llamado la atención los locos, con los que he conversado largo rato, y me parece la gente más cuerda que he tratado desde que comenzó la guerra". "En efecto -me respondió- es una gente muy tranquila, cuya conducta contrasta con el estado de excitación de los que están fuera".

Por lo visto, el conde de Romanones era el señor feudal de aquel territorio, dueño de vidas y haciendas, al que le hacían coro en sus fechorías otros amigotes que por allí acampaban. El ladino conde había hecho esconder una manada de toros bravos que tenía en uno de los lugares más apartados de la

provincia, creyendo sin duda que allí estarían seguros. Pero orientados por los campesinos dimos un día con el escondite de las reses bravas, que fueron sacrificadas, una tras otra, para que se alimentasen bien nuestros milicianos de Sigüenza. El "palurdo", hombre inculto que estaba al cuidado de los toros, los fue entregando a regañadientes y ante la amenaza de los fusiles, que le imponían más que los cuernos. "Y esto, ¿quién lo va a pagar?", me decía para comunicárselo al conde. Entonces le di mi nombre y le dije que siendo amigo íntimo de Romanones se tranquilizaría con la promesa que le hacía de pagárselos, pues siempre habíamos tenido las mejores cuentas.

A poco de llegar a Sigüenza fui llamado con urgencia a Guadalajara donde aquellos compañeros, en unión de Bajatierra, me propusieron que aceptara la dirección de una guardería para recoger a los niños huérfanos de la guerra, que habían organizado en la quinta de un médico que se había fugado y en un local de un convento colindante. Me negué a ello, porque no quería comodidades, sino luchar en los frentes de guerra. Pero se llegó a un arreglo, en vista del cual sería el director, pero nombraría a una persona de mi confianza para ocupar el puesto, aunque de vez en cuando, y siempre que las circunstancias lo permitieran, daría una vuelta por allí. Como el asunto era delicado, por encontrarse internados niños y niñas, llevé a mi compañera para que desempeñara mis funciones. Ignoro cómo terminara tan noble institución, cuando tuvimos que partir de aquella zona, arrastrados por los acontecimientos.

Se teme el desastre

Desde el momento en que llegué a Sigüenza y estudié la situación militar, adiviné el desastre que nos esperaba, aunque a nadie comuniqué mis impresiones, a no ser a Mauro Bajatierra, con el que siempre marchaba de acuerdo.

Si no me equivoco, había unos 5.000 combatientes distribuidos en la ciudad y en los frentes cercanos, todos bien dispuestos para la lucha, pero eso no era suficiente. La historia nos enseña que una minoría de hombres inspirados han cometido las más grandes empresas, que al leerlas nos dejan asombrados, mientras que grandes masas de hombres han sufrido por incapacidad las más grandes derrotas.

En la guerra hay que marchar frente al enemigo con la mayor rapidez y a esa condición se debieron los éxitos de Napoleón. Nuestras fuerzas se habían estancado en Sigüenza, en vez de marchar contra el Aragón fascista, al mismo tiempo que los catalanes debían empujar contra Zaragoza. Tal vez se tropezara con fuerzas superiores que lo impidieran, o quizás escasez de armamentos o falta de visión de los mandos, o todas esas circunstancias reunidas. De todas maneras, yo, soldado desconocido, pondré en evidencia los hechos de que fui testigo y que me causaron las mayores tristezas.

En vez de marchar contra Aragón, los ataques se dirigieron varias veces contra el castillo de Atienza, una vetusta fortaleza situada al pie del pueblo del mismo nombre, que si no pertenece a Guadalajara estaba situada en los bordes de Segovia o Soria; no lo recuerdo ni dispongo en esta selva de mapa alguno. Aquel castillo de Atienza se veía a simple vista en la lejanía desde las alturas cercanas a Sigüenza. Se practicaron tres o cuatro ataques o paseos militares contra Atienza. Se llegaba al pie del pueblecito, se cambiaban numerosos disparos con el enemigo, sin poder tomar el castillo, y después vuelta atrás a Sigüenza. La última expedición que se hizo, en la retirada, fuimos perseguidos por un avión fascista, que nos arrojó algunas bombas sin hacer blanco. Yo no participé en aquellos viajes. Y después de cada expedición, unos días de vacaciones y a Madrid en automóvil. Ni en Sigüenza ni en otro sitio me

parecieron bien aquellos días de asueto en la capital, aunque me lo explicaba como propio de gente joven. Sin embargo, la situación se presentaba en extremo grave y no había que dar un paso en falso para no rodar en el abismo. Aunque los elementos que luchaban eran excelentes, tal vez su entusiasmo les impidió ver la realidad.

Como siempre, me dirigí a los hombres del pueblo y de preferencia a los campesinos, donde existen valores reales. Y aquellos trabajadores, que tenían un buen olfato, me abrieron el corazón y me dijeron:

-Consideramos la situación como muy grave y de las peores consecuencias, temiendo caer en las garras del fascismo. Vuestros "jefes" no sirven para otra cosa.

Y entonces me propusieron organizarse en guerrillas y que me quedara con ellos. Acepté la propuesta y pedí ayuda y autorización a las personas que pudieran hacerlo, no desconociendo la intervención heroica de los guerrilleros en las luchas de España, desde Viriato hasta el Empecinado. Con asombro mío, la primera persona a quien llevé la misiva, se encogió de hombros, desaprobó el plan y consideró que no podía contarse con aquella gente incapacitada.

Entonces un grupo de hombres del pueblo, que se les creía inservibles, me condujeron por aquellos campos y me mostraron los lugares por donde los fascistas podrían apoderarse de Sigüenza. Hacia el noroeste de Sigüenza, a pocos kilómetros, había un grupo de casas, casi todas de comerciantes en pequeño, que creyeron equivocadamente que yo representaba algo y me rogaron encarecidamente que hiciera todo lo posible para evitar el avance de los fascistas, pues temían caer en sus garras. En efecto, aquel lugar no tardó mucho en ser ocupado por el enemigo. Avanzando en aquella dirección penetré en terreno fascista, y en un campo donde trabajaban numerosos campesinos me detuve y los arengué para que se sublevaran y se unieran a la revolución popular. Bajaron la cabeza, me miraron de reojo y dieron la callada por respuesta. Entonces comprendí que no había nada que hacer entre aquella gente. Pero a uno de ellos se le soltó la lengua y me dijo que los fascistas acampaban muy cerca y que aquella mañana se habían ido con ellos el cura, el sacristán, un hermano del cura y otros "notables" del pueblo. El mismo sujeto

me dijo que el cura y su hermano tenían en el pueblo una pequeña granja, a la cual me condujo. Allí encontré algunos centenares de borregos que envié a Sigüenza, con dos pastores que los guardaban, que cedieron ante la amenaza de los fusiles. También había un centenar de gallinas tan voladoras que no pudimos atrapar ninguna, no matándolas a tiros por no descubrir nuestra presencia a las avanzadas fascistas.

Todo esto coincidió con un avance del enemigo, entablándose un avanzado combate que relataremos posteriormente.

Un combate

Aquella tarde se rompió el fuego al oeste de Sigüenza, en dirección del castillo de Atienza, haciendo una tregua al caer la noche. Pero en la mañana siguiente, se reanudó el combate, estando reforzadas nuestras filas por la presencia de numerosos guardias de asalto y de artilleros, con varios cañones de 7,5, traídos de las cercanías de Guadalajara, donde había un campamento militar. El coronel Jiménez Orgue que venía con ellos tomó el mando de todos los combatientes. A poco de romperse el fuego cayó una joven muerta con una herida de bala en la cabeza, y dos hombres heridos, uno con un balazo en el vientre y otro con una herida contusa muy aparatosa en el pecho, causada por una bala de cañón que no estalló y de rebote golpeó al miliciano. Recogí al herido del vientre y lo trasladé en automóvil a Sigüenza, pues había necesidad de operarlo con urgencia. Se trataba de un joven de unos 18 años de edad, extremadamente simpático y de finos modales; me dio las gracias por haberle salvado la vida, según él, y me recomendó encarecidamente que dijera a los compañeros que no dieran un paso atrás y siguieran la lucha sin desmayar hasta el final. Cuando llegué al improvisado Hospital Militar de Sigüenza me di cuenta de que no estaba en condiciones para hacer una intervención quirúrgica seria, sino unas ligeras curas de urgencia. Esto me produjo una penosa impresión, pero me prometieron trasladarlo inmediatamente a Guadalajara, cosa que no se hizo hasta el día siguiente. Llegó tarde y murió después de operado; interviniendo a tiempo se hubiera salvado. El tener preparado el Hospital de Sigüenza para atender casos semejantes, que por otra parte no era un problema difícil, tenía más importancia que saberse de memoria los acuerdos de Ginebra sobre la intervención de los médicos en la guerra. Durante toda la campaña no olvidé la recomendación de aquel infortunado joven anarquista: "No retroceder ni un solo paso y continuar la lucha hasta el final".

Cumplida mi triste misión, me volví contrariado al campo de lucha. La artillería lanzaba de continuo sus proyectiles sobre el castillo de Atienza, a lo que contestaban débilmente los fascistas. Las descargas de fusilería se sucedían sin interrupción. En la colina me detuve con el coronel Jiménez Orgue y charlamos

un momento. Para él la bravura de nuestros milicianos era grande, pero estaban poco disciplinados, habiéndose dispersado y avanzado sin orden suya, lo que hubiera sido peligroso en una retirada forzada. Además, según él, y creo que tenía razón, aquella operación militar no tenía objetivo alguno. Y es que los mandos civiles se escogían, no en los campos de lucha, sino en los comités de los sindicatos y partidos políticos, y se puede ser un excelente afiliado y pésimo táctico militar, sin inspiración alguna. Eso es lo que ocurrió en Sigüenza y en otros sitios en que me encontré.

En una ocasión me dirigí al pueblecito de Imón, lugar muy pintoresco, con mucho arbolado frutal y una pequeña salina. Tanto el médico como el boticario de Imón me ayudaron en algunas cosas que necesitaba. El médico era un hombre de unos 60 años y me dijo que tenía un hijo médico en nuestras filas.

Por la tarde me encontré a Mauro Bajatierra que había dejado su oficio de periodista y empuñaba un fusil. Como siempre, nos riñó a mi hijo y a mí por estar en los sitios de peligro, fusil en mano, en vez de encontrarnos en la retaguardia; le contesté que unas veces éramos médicos y otras soldados, según las circunstancias. Por cierto que nos sentamos a conversar en el tronco de un árbol, cuando al poco rato aparecieron varios compañeros gritando que nos alejáramos de aquel lugar porque los fascistas arreciaban el fuego y avanzaban en nuestra dirección. En efecto, los proyectiles de cañón caían a nuestros pies y las balas silbaban sobre nuestras cabezas.

Llegó la noche y la lucha siguió el mismo punto. De pronto alguien dio la orden de que avanzaran los dos carros blindados que nos había enviado la C.N.T. de Madrid. Siguieron una estrecha carretera que estaba cortada a un centenar de metros de distancia, y al detenerse los carros fueron blanco de los cañones fascistas, que los tumbaron averiados, teniendo nosotros después que volados con dinamita. Allí recogimos mal herida de un brazo a una joven de 15 años, hija de un minero de Almadén, que murió tuberculoso. La muchacha se incorporó al grupo de los anarquistas de Almadén, en unión de su hermano, y la madre me recomendó que la cuidara cono si fuera mi hija. La puse en la retaguardia, fuera de todo peligro, pero llevada por su pasión revolucionaria ocupó un puesto de peligro en la avanzada. Los médicos que la atendieron en

el Hospital de Sigüenza me dijeron que nunca habían visto un herido más valiente. ¿Qué habrá sido de aquella jovencita anarquista? Cuando me acuerdo de ella, la emoción embarga mi espíritu. Siempre he mirado con malos ojos a los mandones osados, sin mérito alguno, pero la gente sencilla y buena, como era aquella niña, me despiertan el mayor cariño.

No sé por qué se tocó a retirada, y nuestras fuerzas se fueron replegando a Sigüenza, sin resultado práctico alguno. No tuve tiempo de avisar al viejo médico de Imón para que viniera con nosotros, y a poco llegaron los fascistas y lo fusilaron a la puerta de su casa por la ayuda que nos había prestado. El suceso me produjo la mayor amargura.

Un condenado a muerte

Un día por semana se colocaba una mesita en la puerta de nuestro cuartel y el pagador abonaba a cada uno siete pesetas diarias. Pero en una ocasión se dio el caso de que uno de los milicianos cobró por dos veces, siendo descubierto en el acto.

Pronto se divulgó la noticia y la indignación estalló amenazadora entre los compañeros. Allí se había ido a luchar desinteresadamente por el triunfo de la libertad y de la justicia social, y no por el interés de cada uno, siendo todos los voluntarios en extremo idealistas. El que aquello hizo no era digno de estar entre nosotros, porque manchaba con su conducta la pureza de nuestra causa. En el instante fue detenido el individuo que tan mal se había conducido, tanto para juzgar su culpabilidad, como para sustraerlo del peligro que corría entre la multitud indignada.

Se consultó con el comité de la C.N.T. en Madrid y la respuesta no se hizo esperar: "Hay que fusilar a ese hombre". En consecuencia fue encerrado en un calabozo de la cárcel de la villa, en espera de su pronta ejecución. Pero aquel hombre se impresionó tanto por lo ocurrido, que parecía haber perdido la razón, corriendo y gritando de un extremo a otro de la prisión. No sin grandes esfuerzos conseguí calmarlo y le interrogué sobre el particular. Aquel hombre vino a nuestras filas arrastrado por la belleza de nuestra causa, pero hasta entonces había tenido la desgracia de trabajar como tabernero, adquiriendo en aquel oficio hábitos defectuosos. Cometió aquel acto sin meditarlo y porque vio la ocasión de andar torcido como era su costumbre, en vez de andar derecho como nosotros. Se mostraba profundamente arrepentido, y lo que más sentía, no era la muerte ignominiosa que le esperaba, sino la conducta que había observado inconscientemente. Me despedí de él asegurándole que sería indultado, ya que estaba entre gente comprensiva y buena.

En efecto, cuando se tranquilizaron los ánimos, pedimos algunos, entre otros Bajatierra y yo, que no fuera fusilado aquel miliciano por un acto efectuado sin mala intención, sino por dárselas de gracioso. El Comité de Madrid no podía

juzgar desde allí las circunstancias particulares que acompañaban una acción tan censurable, además de que en nuestras filas tenía el condenado familiares y amigos que hubieran sido heridos en su sensibilidad con el fusilamiento de aquel hombre. Estas ideas se fueron abriendo paso y puede decirse que ni un solo miliciano hubiese votado por su muerte. Lo que sí opinaban todos es que no podía seguir en nuestras filas.

Se trajo al condenado, se le indultó en nombre de todos, y ante el batallón formado se le despojó de sus insignias de miliciano y se le mandó a Madrid a trabajar en su oficio o en otro más provechoso.

Partió con la cabeza baja y en extremo pesaroso, lamentando separarse de hombres tan generosos y de tan puras convicciones.

Al borde del abismo

La situación de Sigüenza fue empeorando por momentos y pronto me apercibí de que estaba próximo un desenlace trágico. Los fascistas fueron estrechando el cerco, y con una regularidad desesperante arrojaron sus proyectiles de cañón sobre la ciudad, sin que al parecer nadie se preocupara de una situación tan alarmante. En aquellos momentos no tenía allí influencia alguna, salvo en un escaso número de amigos, y sólo mi intenso amor a la causa me retenía en aquel lugar. Mauro Bajatierra, entre otros, dio el grito de alarma, fue desoído, y se le dijo que se limitara a su misión de periodista. Entonces Mauro y los compañeros que lo acompañaban, no queriendo quedar encerrados en la ratonera, optaron por dormir en una casita situada al borde de la carretera, con el ojo avizor. Yo me resigné a lo peor, y lo sentía por mi hijo, que apenas empezaba a vivir, y que podía ser víctima de la incapacidad de los otros. Pero un incidente inesperado vino a cambiar el curso de las cosas y sacarnos de Sigüenza.

Un día llegó un camión con un cargamento de Madrid, y el chófer que lo conducía, al encontrarse conmigo, me abrazó con la mayor alegría. Entonces conocí en el conductor a un comercian te de Pozoblanco, Córdoba, con el que había tenido una estrecha amistad. Aquel hombre me dijo que no quería volver a Madrid, sino quedarse a mi lado en Sigüenza. Se consultó con el Comité y sin obstáculo alguno fue admitido como chófer del batallón, lo que se comunicó a Madrid.

Pronto me apercibí de que mi amigo se había entregado al vicio del alcohol de una manera desconsiderada. Se hizo amigo del cocinero, otro borracho, y siempre se daban maña para que no les faltara la bebida. Como les había dejado un sitio para dormir en mi departamento, me despertaban a una hora avanzada de la noche, cuando llegaban embriagados. Y esto era de continuo. Pero una vez se presentaron al anochecer ya borrachos y me dieron motivo para arrojarlos violentamente del local. No me pareció oportuno tomar aquella medida, porque después de todo eran dos compañeros víctimas de los maleficios de la guerra. Lo que hice es coger la puerta y vagar por aquellas

calles mal alumbradas. A poco me encontré a Miguel Hernández, un compañero muy comedido a quien apreciaban mucho, que me preguntó sorprendido adónde iba por aquellos rumbos. Le conté lo que me ocurría y le dije que buscaba un tejado donde dormir aquella noche, porque estaba dispuesto a no volver al cuartel. Entonces me invitó a pasar la noche en el vecino pueblo de Baides, donde tenía un mando militar. Acepté con gusto y allí pasé la noche, recuperando el sueño que me habían hecho perder los borrachos.

A la mañana siguiente llegó a Baides el teniente coronel jefe de Sanidad Militar, a quien expliqué lo ocurrido. Aquel hombre se lamentó amargamente del abuso que hacían algunos del alcohol, con los trastornos consiguientes, y me rogó me quedara en Baides, donde necesitaba un hombre como yo. Marchó en seguida, pero al día siguiente expidió este telegrama de Sigüenza a Baides, dirigido a Miguel Hernández: "Queda nombrado médico de las milicias de Baides el doctor Vallina". Llevaba la fecha del 2 3 de octubre de 1936, y lo firmaba el jefe de Sanidad Militar.

De lo que ocurrió en Baides y del desastre de Sigüenza nos ocuparemos más adelante.

Un pueblo bajo la revolución

Baides era un pueblecito muy lindo, situado en las alturas a unos 20 kilómetros de Sigüenza. Estaba habitado por campesinos pobres que vivían en pequeñas casitas, muy limpias y bien arregladas. Parecía gente poco dada a los vicios y de costumbres muy tranquilas. Como en todos aquellos pueblos, los pobres se unieron a la revolución, y huyeron los ricos, el cura, el boticario y el médico; y los trabajadores respiraron a sus anchas. Y luego arremetieron contra la iglesia, que para ellos simbolizaba el mal, y la redujeron a escombros. Esto pudiera haberse evitado si los hombres no se subieran los unos sobre los otros, creyéndose superiores, para explotarlos y tiranizados. En el centro del pueblo había un verdadero palacio rústico, habitado por un cómplice y amigo de Romanones, que huyó de la quema. Aquel edificio era muy alto, como un rascacielos, y las casitas de los humildes se disponían a su alrededor como arrodilladas. El edificio fue ocupado por los dirigentes locales de la C.N.T. y el grupo de sanitarios. Todos los que escaparon no eran fascistas, pero algunos cerraron sus casas y se fueron a Madrid, donde se creían más seguros. Los alrededores de Baides eran muy pintorescos y sus huertos tenían muchos árboles frutales, especialmente ricas manzanas. La casa señorial a que me he referido poseía un hermoso parque con mucho arbolado y plantas de adorno, algunas traídas de lugares lejanos, allí aclimatadas. Separadas por un riachuelo poco caudaloso, bordeado de álamos, se encontraba la estación de ferrocarril, que sufrió repetidos ataques de la aviación fascista.

Los campesinos que quedaron en el pueblo se identificaron con nosotros y nos dieron pruebas de la mayor estimación, tratando de llevar a la práctica las ideas libertarias. Algunos jóvenes, los más instruidos y resueltos, se constituyeron en representantes de la C.N.T. y se unieron a nuestro grupo sanitario y soldados a la vez. Después de los trabajos encomendados a cada uno durante el día, nos reuníamos de noche en el palacio, donde cenábamos, cambiábamos impresiones y dormíamos tranquilos, con los fascistas en la vecindad. Pero teníamos absoluta confianza en los centinelas que colocábamos en los lugares estratégicos, ocultos en la maleza, pero con el fusil en mano y ojo avizor.

Por situación estratégica, por su estación ferroviaria y por la presencia de significados antifascistas, el pueblo era con frecuencia visitado por la aviación fascista, y además sufría constantes ataques por tierra de los enemigos allí cercanos. Teníamos un refugio como no había otro: era una galería abierta en tierra, de más de 50 metros de longitud, situada bajo un alto montículo. Aquel lugar había servido en otra época como bodega de vinos, que se fabricaban en el pueblo. Luego desapareció la industria vinícola con la desaparición del viñedo, tal vez por las enfermedades del plantío.

Todavía quedaban en el fondo de la galería, ensanchada de varios huecos, los restos de viejos toneles. A una señal dada de alarma, todo el pueblo corría al refugio, con bastante capacidad para acomodarlo. Como en el fondo de la galería se sentía mucho el frío y algunas mujeres se desmayaban, llevamos un poco de coñac y encendimos una vela para iluminar la estancia. Había veces que los bombardeos cercanos llegaban con las ondas al fondo del refugio y la luz de la vela oscilaba hasta apagarse, dando un aspecto medroso al local. Como a veces los refugiados se asomaban en grupos a la puerta del refugio, motivo para que nos arrojaran algunas bombas, pusimos a un cojo de portero con su escopeta al brazo. Desde allí presenciamos un bombardeo de la estación ferroviaria, con el objetivo de detener los trenes que iban al auxilio de Sigüenza. Cortada la vía, fueron a componerla, y yo me acerqué a ver lo que ocurría, cuando apareció otro trimotor que nos dispersó con sus bombas, teniendo a toda prisa que refugiarnos en un pantano cercano, enterrándonos de lodo hasta el cuello.

Todos los días al amanecer dejábamos el pueblo, cruzábamos la estación y subíamos a pie una empinada montaña, después de una hora de marcha, que llegábamos a una extensa explanada, en cuyo extremo norte, en lugares muy escarpados, teníamos emboscados a nuestros milicianos, que se conducían admirablemente. Aquellos hombres anónimos valían mucho, resistiendo sin quejarse de hambre y el frío. Había uno que tenía un flemón difuso en una mano, y por más que le rogábamos viniera a la retaguardia para atenderlo seriamente, se negaba a ello por no dejar su puesto de combate. Entre ellos pasábamos el día, pero al anochecer bajábamos al palacio, donde pasábamos la noche en buena compañía. Había veces que la situación se presentaba

amenazadora, y entonces desaparecían todos los vecinos, hasta los que nos ayudaban en el palacio, teniendo nosotros que prepararnos la cena. Pero pronto volvían al pueblo al desaparecer la alarma.

No había allí ni médico, ni boticario, ni juez, ni alcalde... pero había un hombre que era el terror de todos: el maestro barbero, que tenía una navaja que era una verdadera sierra y su afeitado un verdadero suplicio. El que se atrevía a afeitarse una vez, no volvía otra. Así que todos íbamos barbudos.

Espías y traidores

Mauro Bajatierra, el inolvidable compañero, venía con frecuencia a Baides y tomaba parte en nuestras luchas. Un día se aventuró en tierra fascista dentro de un tren cerrado y blindado, describiendo luego en una de sus bellas crónicas aquella experiencia peligrosa. Las crónicas de Bajatierra interpretaban admirablemente la gesta del pueblo, y no pueden separarse de la historia de nuestra Revolución.

Una vez recibimos un aviso de Mauro, anunciándonos que al día siguiente llegaría con unos periodistas a Baides y comería con nosotros. Procuramos prepararle, en nuestra pobreza, una comida aceptable. A su llegada, después de sentarnos a la mesa, me dijo al oído que a poca distancia, en el camino que conducía a Sigüenza, la gente nuestra había ejecutado a dos espías fascistas, uno de ellos un cura de un pueblo de Aragón, y el otro un campesino que le servía de guía. Guardamos silencio sobre el particular y comimos preocupados por el peligro que amenazaba a Sigüenza. Aquel día Mauro paró allí poco y se fue con sus amigos, que venían en viaje de información. Después de su marcha, vino a buscarme un campesino y me dijo alarmado que a poca distancia habían aparecido los cadáveres de dos desconocidos. Le recomendé buscara un camión para ir a recogerlos y sepultarlos en el cementerio del pueblo.

A poco volvió con un camión y partimos para el lugar del suceso, acompañado por un grupo de curiosos. A unos tres metros a la izquierda del camino, después de una marcha de un cuarto de hora, encontramos los cadáveres de dos hombres, como de 40 años de edad, cada uno con un tiro de pistola en la cabeza. Nuestros acompañantes, con su buen juicio, hicieron los comentarios consiguientes, no equivocándose en sus opiniones. Los muertos llevaban el traje de los campesinos del país, pero uno de ellos estaba muy bien nutrido, cubierto por una espesa capa de tejido adiposo, de piel limpia y fina y sin callos en las manos, mientras que el otro era enjuto de carne, de piel áspera y con espesos callos en las manos, como si hubiese trabajado recio la tierra. Los comentaristas dedujeron que el primero debería ser cura, con la coronilla

todavía no bien cubierta, y el otro su criado o guía, ambos disfrazados para ocultar su personalidad. No se encontraron en ellos documentos ni objeto alguno, como si sus matadores hubieran borrado toda huella de identidad.

Colocamos a los muertos en la camioneta, los cubrimos con una sábana que venía en el carro y nos dirigimos al cementerio del pueblo. Cuando llegamos al lugar del enterramiento, ya habían abierto una profunda zanja donde colocamos los cadáveres, cubriéndolos con una espesa capa de tierra. Allí se había congregado toda la gente del pueblo.

Pocos días después del suceso que acabo de referir me dieron una noticia que me preocupó bastante: el jefe de la estación del ferrocarril de Baides se había pasado al enemigo, tratándose de un hombre bien informado de lo que allí ocurría: "No hay que inquietarse -me dijeron- , porque se trata de un buen antifascista, solamente que como tiene sus hijos en las filas contrarias, se ha pasado al campo enemigo para reunirse con ellos". No me convencieron aquellas palabras y desde aquel momento me puse en guardia para evitar una sorpresa.

Todas las mañanas, a poco de amanecer, salíamos del palacio, atravesábamos la estación y subíamos una empinada montaña para reunirnos con los compañeros de aquel frente de guerra. En aquella subida invertíamos cerca de una hora, sentándonos varias veces en el camino. En el primer tramo de la montaña, en un lugar muy pintoresco, donde había unas minas de yeso, nos deteníamos a tomar un bocado y a reposar un largo rato. Un día que nos dirigíamos a aquel lugar pensando en la evasión del jefe de la estación, di orden a mis compañeros de que no se detuvieran en el lugar de costumbre, sino en otro a larga distancia. Se acataron mis órdenes con sorpresa, sin pensar en los motivos de mi determinación, y nos detuvimos en el sitio que había señalado, por cierto agreste y sin agua. Pero a poco de haber llegado, apareció un trimotor alemán, que planeó sobre el sitio donde solíamos detenernos y arrojó una bomba formidable que lo redujo todo a pavesas. Por lo visto el jefe de la estación había indicado a los fascistas dónde era fácil aplastarnos. Entonces mis compañeros comprendieron los motivos que tenía por haber cambiado de itinerario y obrar con prudencia.

El desastre

La pérdida de Sigüenza era para mí cosa prevista a los pocos días de mi llegada. A medida que pasaba el tiempo se acrecentaban mis temores y una casualidad como he contado, me sacó de aquel lugar amenazado por la muerte. Siempre he estado dispuesto a perder la vida en defensa de los ideales anarquistas, pero morir a causa de la incapacidad de los otros es cosa triste, y más cuando llevaba a mi lado a un hijo muy joven. Bajatierra se apercibió del peligro y dio la voz de alarma, pero no fue oído, y entonces tomó la determinación de dormir fuera de la ciudad en campo abierto, en unión de los compañeros de su escolta.

Un día contemplé, desde las alturas de Baides, cruzar el espacio un tétrico trimotor alemán en dirección a Sigüenza. Planeó un momento sobre la ciudad y a poco descargó una bomba de las de mayor tamaño y potencia que sembró la destrucción y la muerte. Bajatierra, que fue testigo del ataque, me contó lo ocurrido. Era el primer aeroplano que volaba sobre Sigüenza y la gente confiada salió a la calle a recibirlo. La bomba arrojada cayó entre la multitud, causando numerosas víctimas en la población civil, que, como es sabido, era de tendencia reaccionaria. Mauro me refería conmovido cómo en unión de otros compañeros compraron un ataúd para enterrar a una preciosa joven destrozada por la metralla, cuyos padres se mostraban inconsolables, gritando como enloquecidos.

Desde aquel momento el cerco se fue estrechando y la caída de Sigüenza se hizo inminente, sin que nadie hiciera un esfuerzo para salvarla con sus combatientes o abandonarla a tiempo.

A poco de aquel suceso mandaron a una escuadrilla de aeroplanos que atacaron por el aire la ciudad, mientras que el ejército fascista embestía a sangre y fuego.

El hospital fue bombardeado, a pesar de la cruz roja que se colocó encima, siguiendo los acuerdos de Ginebra. Los heridos hospitalizados fueron pasados a la bayoneta; al teniente coronel de sanidad y a los médicos se les fusiló; y la

misma suerte encontró un joven dentista que yo había llevado de Madrid. Una joven de 16 años, llamada Esperanza, que trabajaba en la oficina no fue fusilada, pero la colgaron de un árbol, viéndose desde lejos cómo se balanceaba el cadáver.

El hospicio, con su cruz roja, fue hundido por la aviación, y los asilados y las enfermeras, monjas con traje civil, perecieron bajo sus escombros. Sólo escapó un viejo soldado que estaba aquel día de guardia, y llegó a mi lado herido en la cara y sin narices. "¿Qué hacías en nuestras filas -le dije- , siendo tan viejo?" "Tomaron las armas mis hijos y mis yernos -me respondió-, y le dije a mi mujer: «arréglate como puedas, que yo también me voy a pelear por la libertad de nuestro pueblo»".

En la lucha encarnizada que se entabló, la ciudad quedó muy maltratada, y su hermosa alameda, de una belleza majestuosa, destrozada por la artillería. Bajatierra calculaba que, aparte de los combatientes, perecieron unas 600 personas de la población civil, todas de tendencia derechista, por la educación recibida. Nosotros los tratamos bien, pero los fascistas los hicieron víctimas de su ferocidad.

Los últimos combatientes se refugiaron en la catedral, en donde hicieron una resistencia heroica, muriendo hasta el último, algunos por la gangrena de sus heridas, faltos de alimentos y de agua.

El borracho a que me he referido en uno de mis capítulos, encerrado en la catedral, pudo escapar descolgándose por una soga, pero cayó y se fracturó un pie. Arrastrándose como una culebra pudo atravesar las filas enemigas y llegar hasta Madrid, donde más tarde lo encontré curándose, en una clínica de la C.N.T. Me contó con detalles espeluznantes los cuadros de horror que había presenciado en el interior de la catedral de Sigüenza, y me pidió perdón por los malos ratos que me había hecho pasar con sus borracheras, pero le recordé, después de abrazarle, que gracias a él había escapado con vida, al cambiar de lugar. Entonces le aconsejé que leyera *Zadig o el Destino*, la novela de Voltaire. Algunas veces, lo que creemos que pudiera atraernos los mayores males, suele, por el contrario, ocasionarnos los más grandes beneficios.

Desde las alturas de Baides contemplé la agonía y muerte de Sigüenza y en mi vida he sentido mayores angustias que en aquellos momentos, viendo abandonados a los combatientes y sin que nadie acudiera en su ayuda. También me apenaba que los poblados cercanos a Sigüenza cayeran en las garras de los fascistas.

Todos los objetos artísticos que había reunido y que se encontraban depositados en un salón de nuestro cuartel, fueron destruidos. También se perdió todo el material sanitario e instrumental quirúrgico que allí había. A tiempo mandé retirarlos, pero el chófer que entonces tenía, un inconsciente, optó por divertirse en el viaje, en vez de cumplir su cometido.

Aquella noche trágica acordaron retirar los frentes que teníamos en las alturas de Baides y situarlos en la llanura más próxima a Guadalajara. Todos los milicianos obedecieron las órdenes dadas y vinieron a concentrarse en el puesto donde nos encontrábamos, pero en la discusión que hubo se acordó no retroceder, y aquellos estoicos soldados de la Revolución, volvieron a sus parapetos sin replicar, en una noche obscura, fría y lluviosa. Aquellos hombres eran de un mérito extraordinario, como todos los hijos del pueblo español que luchaban anónimos en nuestras filas.

Madrid en peligro

Sigüenza se perdió en los primeros días de octubre de 1936, no recordando la fecha exacta. A poco llegaron fuerzas militares a sustituirnos, bajo la denominación "Alicante Roja".

Con los restos de nuestro pequeño ejército (quinto batallón) nos dirigimos entristecidos a Madrid, por las pérdidas sufridas, instalándonos en un espacioso edificio de la calle O'Donnell, que nos sirvió de cuartel.

Como quiera que en una de las retiradas que hicimos en el frente de Sigüenza, entre los heridos recogidos en el pueblo de Mandallona la mayoría tenían vómito de sangre por lesiones en los pulmones o en el corazón, al llegar a Madrid decidimos hacer una selección de nuestros milicianos, destinando a servicios auxiliares a los que no gozaban de salud, medida que nos costó mucho trabajo llevar a la práctica, porque el entusiasmo por nuestra causa era tanta, que todos querían luchar en primera línea.

Dos acontecimientos vinieron a entristecer nuestro ánimo a la llegada a Madrid. Un grupo de familiares vinieron a pedir cuenta de los que quedaron encerrados en la catedral de Sigüenza, sin que la respuesta que se les dio me pareciera satisfactoria.

Otro lamentable accidente fue la muerte de un joven recién llegado de Alicante a nuestras filas, a consecuencia de una herida en el corazón causada por un amigo que examinaba imprudentemente una pistola. Casos semejantes no eran raros, motivados por el nerviosismo de algunos individuos y su falta de costumbre en el uso de armas.

Nuestro batallón desfiló silencioso por las calles de Madrid hasta el cementerio, acompañando el cadáver del infortunado compañero que vino a Madrid lleno de entusiasmo para ofrendar su vida en defensa de nuestros ideales y encontró la muerte por la imprudencia de su mejor amigo. Por cierto que el que quedó con vida vino varias veces a buscarme atormentado por un profundo pesar, costándome trabajo que pudiera normalizar su vida.

La situación militar se fue haciendo cada vez más crítica, hasta que un día anunciaron en el cuartel general de las milicias la toma de Toledo por los fascistas y la marcha forzada de cuatro fuertes columnas militares para atacar Madrid. Según aquellos amigos, el representante de Rusia había aconsejado que se abandonase Madrid y que su país nos ayudaría a ganar la guerra.

- El peligro es grande -me dijeron- y lo peor del caso es que el pueblo de Madrid no se da cuenta de la situación exacta y sigue llenando cines y teatros.

- Madrid será el pueblo heroico de siempre -contesté- y cuando llegue el peligro a sus puertas se levantará como un solo hombre. Y en lo que toca de abandonar Madrid, nunca debe hacerse, aunque lo aconseje Rusia.

Aquella noche nos anunciaron que preparáramos nuestros efectivos, pues el batallón tenía que salir a ocupar Tarancón, en la provincia de Cuenca. La orden no fue obedecida, pues quedaba el mal recuerdo de los sucesos de Sigüenza. Para dominar el conflicto vinieron algunos miembros del comité de Madrid, y por fin, se partió a eso de las diez de la noche.

Una larga caravana de camiones y de coches, llevando los mil hombres de nuestro batallón, desfiló silenciosa por las calles de Madrid, en busca de la carretera que los condujera a Tarancón.

Llegada a Tarancón

Sería de madrugada cuando nuestro batallón entraba en Tarancón. Allí nos encontrábamos en la calle sin saber adónde dirigirnos. Como un médico de nuestro grupo de sanitarios se pusiera de pronto enfermo, debido a la mala noche pasada, le buscamos una habitación confortable en uno de los hoteles de la población. A poco subieron a nuestro dormitorio las jóvenes hoteleras que me rogaron interviniera para que pusiera en libertad a un hermano suyo, detenido como fascista, cuando según ellas era inocente. Condolido por las lágrimas les prometí hacer cuanto pudiera a la mañana siguiente. Nuestro sueño fue corto, porque al amanecer nos despertaron los gritos desgarradores de aquellas mujeres al saber que su hermano acababa de ser fusilado. Entonces tuve un pesar grande por no haber atendido en el acto el ruego de aquellas mujeres, y es que no imaginé el peligro tan cercano. Interrogué a la gente del pueblo y me dijeron que el fusilado había sido concejal de aquel Ayuntamiento, pero en todo caso la guerra no trae cosas buenas.

A poco de amanecer salimos soñolientos por aquellas calles frecuentadas por soldados que vagaban sin rumbo fijo. La ciudad parecía grande, pero presentaba un aspecto desolado y triste. Como el hambre apretaba, aquella mañana entramos por vez primera en contacto con la intervención rusa, comiendo mantequilla muy agradable mandada desde aquel país. También nos encontramos con un número de camiones fabricados en Rusia que llevaban inscripciones de aquellos obreros dedicadas a los trabajadores españoles. Al parecer había allí un representante militar ruso que nunca llegamos a ver ni a interesarnos por su presencia.

Poco antes que nosotros había llegado a Tarancón la columna Del Rosal con sus contingentes y ocupado la ciudad, que tenía importancia estratégica de primer orden para abrir paso a las carreteras de Cuenca y de Valencia. Así que Tarancón quedó en poder de las fuerzas confederales.

Como nadie se interesaba por los sanitarios, como de costumbre, buscamos por nuestra cuenta un alojamiento, que encontramos en la casa principal de una bodega de vinos, sobre la misma carretera, lugar de paso para entrar y

salir de Madrid. A poco de nuestra llegada fui llamado por el administrador de las bodegas y me mostró un comunicado del gerente de la empresa, ordenando que me hiciera entrega de todos los vinos existentes, a fin de que los pusiera a disposición de los combatientes, ya que no era tiempo oportuno para negociarlos.

De esta manera fui dueño de 70.000 arrobas de vino de la mejor calidad. Este vino fue consumido sin abuso por nuestros soldados y los combatientes que por allí desfilaron aquellos días de intensa inquietud.

Tarancón iba a ser el eje de una actividad inusitada, tanto de los que huían de Madrid como de los que iban llenos de ardor a defenderlo.

La huida del gobierno

A poco de llegar a Tarancón nos comunicaron de Madrid que el gobierno abandonaba la capital por creerla perdida y próxima a caer en las manos del enemigo. La mañana del 7 de noviembre llegaron a Tarancón los miembros del gobierno fugitivo. Los milicianos de nuestro batallón los recibieron fusil en mano y con las ametralladoras cerrando la carretera por donde tenían que pasar. Era el pueblo que cerraba el paso a aquellos incapaces, causantes en parte de lo que ocurría y poco faltó para que los fusilaran. Volvieron pasos atrás, después de escuchar palabras de condenación, buscaron otro sitio por donde escapar, dominados por el pánico. Después de todo es lo mejor que podían hacer, porque en el Madrid heroico aquellos hombres no hubieran servido más que de estorbo.

Desde aquel momento la carretera que atravesaba Tarancón fue el centro de una actividad febril. Por allí pasaban de continuo los que huían de Madrid, empujados por el temor, mientras que otros no combatientes, mujeres y niños, buscaban un lugar más seguro y donde no estorbar. Sin embargo, había mujeres tan valientes que querían volver a Madrid a pelear, de donde las habían sacado contra su voluntad, y con gestos decididos me pedían un pase como enfermeras de cirugía para que las dejase entrar, favor que no negué a ninguna.

Por allí pasaron numerosas fuerzas de los internacionales, bien pertrechados y armados, conducidos en grandes camiones. Pararon en la puerta del equipo sanitario y fueron obsequiados con el vinillo rojo que allí teníamos. Reconocí entre ellos a algunos viejos amigos, que me dieron noticias de otros compañeros, los cuales si ya no estaban en España venían en camino. Aquellos hombres, curtidos en las luchas, entre los que figuraban muchos antifascistas italianos, se mostraban decididos a vencer o morir.

A éstos siguieron los hombres de la columna de Durruti, que habían dejado los campos de lucha de Aragón y volaban llenos de ardor para enfrentarse en Madrid con el enemigo.

Y por otra parte, era un chorro continuo de hombres, individualmente o en grupos de los campos, de las ciudades, tanto de la provincia de Cuenca como del reino de Valencia, que se dirigían a toda prisa a Madrid, a sumarse a sus defensores.

"¡No pasarán!", gritaban los internacionales, los anarquistas con Durruti, todos los voluntarios, mientras corrían a defender Madrid con el puño en alto.

De noche aumentaba la actividad en la carretera y era un continuo ir y venir de hombres que corrían envueltos en la sombra de la noche, como si fueran fantasmas. A veces me dormía un momento y a poco los ruidos de la calle me despertaban sobresaltado y desde el balcón escudriñaba aquel mar de gente inquieta, y cuando me cercioraba que eran los nuestros, cogía el sueño de nuevo. Una noche me quedé dormido más profundamente que otras veces y de improviso me despertaron unos ruidos extraños y vi mi habitación atestada de hombres que no distinguía bien por falta de alumbrado. Di un salto de la cama y empuñé una pistola que tenía en una mesita cercana, cuando voces amigas me tranquilizaron y me llamaron a la realidad, advirtiéndome que mi alojamiento estaba ardiendo y podía quemarme vivo o asfixiarme por el humo que ya llenaba la estancia. Las enfermeras que me acompañaban, en un descuido, prendieron fuego a la cocina, cuyas llamas amenazaban al resto del edificio. El fuego fue sofocado con poco trabajo, pero los voluntarios que vinieron a apagarlo hicieron mucho daño en el local.

En Tarancón había una curiosidad histórica, salida de la cloaca monárquica, que vale la pena referir. Allí nació el guardia real Muñoz, primero amante y luego esposo de la reina Cristina. En uno de los edificios de la ciudad se encontraba una galería de tumbas pertenecientes a miembros de la familia Muñoz elevados a la más alta dignidad por la indignidad de la reina y su querido. Habría como una docena de lujosos mausoleos construidos con el más rico mármol. Por cierto que por allí desfilaron centenares de milicianos, sin que a nadie se le ocurriera hacer saltar las blancas piedras. Las contemplaban, hacían un gesto de disgusto y se marchaban; tal repugnancia inspiraba al pueblo aquella sucia historia.

Como la lucha alcanzara en Madrid los caracteres de epopeya y la impaciencia se revelara en nuestras filas, en las que había muchos madrileños, un día supe con sorpresa que nuestro batallón había partido para la capital, sin que nada se comunicara a los sanitarios. No sabiendo qué partido tomar, consulté con el compañero Villanueva, que era un joven simpático y tratable, teniendo un puesto de mando en el batallón, no sé cuál, pues nunca he entendido de esas cosas. Villanueva me aconsejó, en vista de lo ocurrido, que dividiera nuestras fuerzas, partiendo los unos a Madrid a incorporarse al batallón y quedando los restantes en Tarancón para atender a las fuerzas que allí quedaban.

Todos hubieran partido a Madrid, pero como había algunos descontentos debido a las pocas atenciones que nos guardaban, resolvimos que unos quedaran en Tarancón, partiendo para Madrid los que allí tenían familiares. Así quedó nuestro grupo de sanitarios y combatientes al mismo tiempo.

De Tarancón a Cuenca

Al día siguiente de la partida de nuestro batallón a Madrid, se presentó en el grupo sanitario el compañero Dr. Orive, muy buena persona. Con él y los hermanos Alcrudo, de Zaragoza, había trabajado la cuestión sindical en las clases sanitarias. El Dr. Orive iba acompañado por un ayudante de sanidad militar, un capitán médico muy agradable en su trato. Orive lucía unos flamantes galones de comandante en las mangas de su chaquetón. Me dijo con aire de satisfacción que la C.N.T. había premiado sus relevantes servicios con aquel grado militar, además de nombrarle jefe de sanidad militar en la provincia de Cuenca. Como yo era un miliciano desconocido, me ofrecí para lo que pudiera servirle, y como me manifestara que venía hambriento, dispuse una buena comida salpicada con aquel vino negro de Tarancón. Ya repuesto de sus fuerzas, me propuso acompañarlo a Cuenca, en cuyo sector me daría ocupación. Acepté la propuesta, no sin decirle lo poco que podía valerle mi ayuda.

Una vez en Cuenca nos ocurrió un incidente digno de mención. Se presentó en la Comandancia un mequetrefe que no pasaba de los 20 años y con aire insolente me mandó que en el acto partiera para Madrid. Por lo visto ostentaba un alto cargo, no sé cuál, e iba cargado de insignias, como el burro de la fábula cargado de reliquias. Tuve que decirle con la risa en los labios, que yo era un soldado de la Revolución sin jefe y dispuesto a no obedecer otras órdenes que las de mi conciencia. Indignado el Dr. Orive le pidió la carta confederal, resultando que aquel individuo se había afiliado a la C.N.T. al principio del movimiento fascista. "¿Y eres tú el que con tanta insolencia ofendes a un hombre que todo lo ha dado por la causa?" Lo mandó detener, y como se mostrara muy asustado, intervine para que lo dejara en libertad. Después, lo encontré en varias ocasiones pavoneándose con su mando y dando órdenes a diestro y siniestro. La Revolución, como el sol, tiene sus manchas, pero nada empaña su brillo.

El Dr. Orive me distinguió con un cargo, nombrándome director del Hospital de Cañete, perteneciente a la C.N.T. Partí en seguida para el lugar de mi destino, a

dos o tres horas de viaje en automóvil por una mala carretera. En mi vida he visto un pueblo más feo y sucio que Cañete, a pesar de ser la cabeza de aquel partido judicial. El campo de los alrededores, que es lo primero que observo al llegar a un pueblo, era una tierra desolada sin un árbol ni una mata. El llamado hospital estaba instalado en una casucha malsana, en la que se entraba por un corralillo lleno de barro y de estiércol, a la izquierda del cual se encontraba una cuadra que servía de retrete. No había más que siete camas viejas y mal surtidas de ropaje, que aunque pocas, sobraban la mitad, porque poca gente acudía por allí. Se conoce que algunos se habían curado en el local, y por cierto que los algodones de las curas habían sido arrojados por la ventana, colgando de una enredadera que había debajo, pareciendo copos de nieve.

Los hombres del pueblo combatieron contra fuerzas militares superiores y organizaron la economía según principios autogestionarios, colectivizando campos, fábricas y servicios, haciendo a un tiempo la guerra y la revolución.

La impresión que me produjo aquello fue muy desagradable, y más habiendo en aquellas alturas hasta Albarracín un frente de guerra formado por los compañeros de la columna Del Rosal, ocupando posiciones bastante peligrosas, y trabadas por alfileres, como me dijo un día el mismo coronel Rosal.

Ya veremos cómo los hombres anónimos del pueblo resolvieron aquella situación con un espíritu verdaderamente anarquista.

Los hombres del pueblo

Aunque Cañete me pareció un pueblo feo, destartalado y triste, con las calles cubiertas de lodo y las casas sin blanquear, en cambio sus habitantes fueron de mi agrado. Parecía gente seria, sencilla y no dada a los vicios, y a diferencia de Sigüenza, donde se cobijaba un personal retrógrado y hostil, aceptaron con gusto nuestra revolución y se dispusieron a llevar a la práctica el comunismo libertario. Entre las amistades que allí hice, recuerdo con emoción la del farmacéutico, un hombre de bien a carta cabal, y la del veterinario, un joven robusto y francote, que me ayudó mucho como secretario. ¿Qué habrá sido de hombres tan buenos? Mal habrán escapado por la ayuda desinteresada que prestaron a nuestra causa. Nuestra derrota fue motivo de la desgracia de muchos seres que simpatizaron con nosotros. Motivo de más para que continuemos la lucha mientras nos aliente un soplo de vida.

En Cañete había una comandancia militar siempre muy concurrida, como estación de parada entre Cuenca y aquel frente de guerra.

A la cabeza de aquella comandancia se encontraba un compañero de Madrid, que todos llamaban con el nombre de "Gorriti", que no era el suyo. Pertenecía al sindicato madrileño de espectáculos públicos y reunía condiciones excelentes, como un verdadero anarquista que era, tanto en los asuntos de nuestra lucha, como en las relaciones que llevaba con el personal. Todos lo querían como merecía.

Por más esfuerzos que hice, tanto en Cañete como en sus alrededores, para encontrar un local adecuado donde organizar un hospital que respondiera a la lucha que se sostenía en aquel frente de guerra, no pude conseguir nada práctico. Había mucha escasez de locales y los que me ofrecían eran muy pequeños, y no servían para el caso. Pero como siempre, surgieron los hombres anónimos del pueblo, los que más valen, y solucionaron las dificultades que se presentaban, de manera brillante.

Un día me encontraba en la noble tarea de limpiar el barro y la basura del corralillo que se atravesaba antes de entrar en la casa, porque siempre he

creído que el oficio de barrendero era más noble que el de militar, cuando aparecieron de improviso cuatro hombres del pueblo, campesinos de la región, ya de edad madura y de aspecto serio e inteligente, que después de estrechar mi mano con efusión me dijeron en su nombre y en el de otro labriego:

-Venimos a ofrecerte el edificio que buscas para organizar un hospital que pueda prestar asistencia a los milicianos heridos o enfermos en este frente de guerra. Ven con nosotros y te lo entregaremos en el acto, porque se trata de una obra tan necesaria como urgente.

Y seguí a aquellos hombres del pueblo, anónimos y desconocidos, que llevaban en su persona un sello de grandeza, la verdadera, no la que cantan los periodistas al hablar de los ambiciosos con éxito, convertidos en jefes de Estado.

Pronto dejamos atrás los desolados campos de Cañete, profanados por la mano del hombre, y nos internamos en un terreno de majestuosa belleza, en extremo escabroso y cubierto de pinares. Al margen de las corrientes de agua crecían grandes árboles centenarios, algunos tronchados por el peso de los años, que luego aproveché para aliviar del frío a los habitantes de Cañete, que hasta allí llegaban pidiendo la leña que había en su término. En las cumbres de algunos montículos se levantaban las rocas como flechas que apuntaban al cielo, produciendo desde lejos la impresión de que se trataba de castillos medievales.

Por fin llegábamos al sitio que buscábamos, cercano a una carretera que conducía por un lado a Cuenca y por otro a Cañete. En una altura, desde la que se divisaba un bello panorama, había una casa señorial, un verdadero palacio, construido en dos alas del edificio, separadas por un espacioso patio bien enlosado. El edificio estaba adornado con mucho lujo y tenía toda suerte de comodidades. Calculé que podrían colocarse allí unas doscientas camas, de las cuales ya había un buen número de ellas. Algunas dependencias para el alojamiento de los empleados, bodegas, cuadras, etc., estaban situadas en la cercanía del edificio. Al sur de la casa, a unos quinientos metros de distancia, había una hermosa fábrica, con la maquinaria necesaria, para explotar la

resina de los dos millones de pinos que tenía la finca. El propietario de todo aquello era un millonario y antiguo político, cuyos descendientes huyeron a las primeras de cambio. Nunca me interesé por saber quiénes eran.

Mis acompañantes me dijeron que se habían llevado algunas ropas que les hacía falta en sus casas, pero que estaban dispuestos a devolverlas si lo creía necesario. Les dije que las guardaran puesto que eran insignificantes, mientras respetaron otras de valor, lo que prueba su sencillez y desinterés.

Visto todo aquello y admirado su valor, se me hizo entrega de la finca y en el acto hice colocar en un muro este letrero: "Controlado por la C.N.T., por el pueblo y para el servicio del pueblo". Entonces aquellos compañeros me dieron un fuerte apretón de manos y se marcharon tranquilos a cultivar la tierra, muy satisfechos de lo que habían hecho.

Entre los documentos que conservo de aquella época hay uno que dice:

Columna Del Rosal-Servicios Sanitarios-Jefatura.

El compañero Pedro Vallina Martínez, presta sus servicios en esta comandancia, como Director del Hospital de Cañete.

Lo que nos complace hacer constar para los efectos oportunos.

Cuenca, 19-11-1936
El Comandante Médico Jefe
P. O. del Dr. Orive.

Un hospital del pueblo

En una reseña anterior he referido cómo los campesinos me entregaron una finca de campo con una hermosa vivienda para fundar un hospital militar en el término de Cañete, provincia de Cuenca. De acuerdo con los que me hicieron la entrega, decidimos que aquella empresa estaría desligada por completo del Gobierno constituido, así como de toda organización política o sindical. Era una obra anarquista del pueblo y para el pueblo.

De acuerdo con el veterinario de Cañete que me prestaba la mejor ayuda, y de los amigos que me rodeaban, decidimos recorrer los pueblos de aquella comarca, para explicar el objeto de nuestra obra y recabar la ayuda voluntaria de todos aquellos que la encontrasen buena.

El veterinario era un elemento muy valioso para la empresa, por tratarse de un hombre muy popular, muy querido y conocedor minucioso de la región. Por él supe las condiciones sociales en que se desenvolvía el personal de cada pueblo, y quién era cada uno, conocimiento necesario para hacer una labor justa y libertaria.

Los pueblos de aquella zona, así como casi todos los de la provincia de Cuenca, me parecieron muy pobres y atrasados, bajo todos los aspectos, pero bien intencionados, y así acogieron la Revolución con entusiasmo. Claro está que en los albores de una nueva vida no podían evitarse algunas confusiones y barullos, como era de esperar, al pasar de improviso de las negruras de una larga noche a los resplandores de un nuevo día.

El primer lugar que visitamos fue un pueblecito de unos tres mil habitantes llamado Enguídanos. Una camioneta atestada de milicianos bien armados me servían de acompañamiento y protección, aunque su presencia no era necesaria. Me bastaba yo solo con mis ideas para conquistar los corazones de aquella gente pueblerina.

A mi llegada a Enguídanos me dirigí al Ayuntamiento, donde funcionaba un comité revolucionario de trabajadores. Después de cambiar impresiones con aquellos trabajadores y explicarles el objeto de mi visita, se presentaron dos burgueses del antiguo régimen, despojados de las riquezas que habían acumulado torpemente; uno era boticario y el otro hacendado del lugar. Venían recelosos y con aire de temor y me preguntaron con voz temblorosa:

- ¿Viene Ud. a encarcelar a mucha gente?

Cuando me repuse de aquella barbaridad, les contesté con dulzura:

- No vengo a detener a nadie sino a poner en libertad a los que estén detenidos, no por causas graves, sino por rencillas de pueblos pequeños.

Y continué: "Estaría bueno que después de haber sido yo encarcelado tantas veces, por amor al bien, me metiera a mi vez a carcelero. No, amigos míos, los anarquistas no somos perseguidores, aunque algunas veces nos vemos obligados a defendernos". Y de acuerdo con los componentes del Ayuntamiento, rogué a los milicianos que pusieran en libertad a los detenidos y cerrasen la cárcel definitivamente. Y después tuve una pequeña plática con mis visitantes, explicándoles cómo habían vivido equivocadamente explotando a sus semejantes, en vez de tratarlos como iguales: "Los trastornos de hoy son las consecuencias de los abusos de ayer, pero, por fortuna, la Revolución puede dar lugar a un mundo nuevo, donde todos alcancen dicha y honor". Me escucharon con atención y salieron complacidos, prometiéndome trabajar por el bien común.

Después hice venir a los representantes de la C.N.T. y la U.G.T., organismos nuevos en el pueblo, que se consideraban como rivales, y les aconsejé que se federaran en una sola entidad, respetándose mutuamente. "No olvidéis -les dije- que tenemos enfrente un enemigo tan poderoso como malvado, y que todos los esfuerzos serán pocos para vencerlo, por lo tanto precisa no dar pasos en falso, que nos harán rodar hasta el abismo". Comprendiendo que tenía razón, decidieron unirse en una sola organización y marchar así contra el enemigo común.

Por invitación nuestra se reunió el pueblo en masa en la plaza pública, donde expuse, subido en una tribuna, el objeto de la visita. "Tenemos enfrente -les dije- a un enemigo sumamente peligroso, apoyado por todas las fuerzas del mal en el mundo, mientras que nosotros luchamos solos y sin apoyo de nadie. Nuestra derrota sería de consecuencias terribles para el pueblo español; si esto ocurriera, por mucho tiempo se apagaría la antorcha de la verdad, costando después un trabajo inmenso el volver a encenderla". En aquel frente de guerra se luchaba heroicamente para rechazar al enemigo, y los heridos y enfermos no encontraban la asistencia necesaria, por lo que el pueblo nos había hecho entrega de la finca "El Cañizar", nombre que tenía, para organizar un hospital. Y este hospital debía ser administrado y sostenido por el pueblo mismo, sin ninguna intervención exterior. Además se instalaría un departamento para recibir a los enfermos civiles que necesitaran intervención quirúrgica. Por otra parte, como los pueblos en su mayoría carecían de médicos y boticarios, que habían huido con los fascistas, el hospital les proporcionaría médico y medicinas. Por nuestra parte no exigíamos más que una cosa y era que no se forzase a nadie a prestar ayuda si no estaban conformes con nuestra iniciativa. "Meditad, pues, mis palabras, que en la próxima semana volveré a visitaros para conocer vuestra determinación".

Después de comer con el Dr. Zaleta, un médico anciano de la localidad, que desde el primer momento había abrazado nuestra causa, volvía a la plaza a despedirme de aquellos compañeros, cuando tuve la sorpresa de contemplar un camión donde todos los vecinos depositaban sus donativos para el hospital. Interrogué a los miembros del Comité sobre lo que ocurría y me dijeron que habían aconsejado al pueblo esperar una semana, como yo había indicado, pero ellos habían quedado tan complacidos con mi conducta que en seguida habían respondido favorablemente sin esperar un día más.

Y lo que pasó en Enguídanos, se repitió en todos los pueblos que visitamos. Hay que llevar la verdad y la bondad a los pueblos e invitarlos a intervenir por ellos mismos y sin coacción alguna, para que pronto respondan con entusiasmo.

El hospital de "El Cañizar"

Con la ayuda de los pueblos vecinos comenzó a funcionar en toda regla el hospital militar de "El Cañizar", en el término de Cañete. Además, conservamos en el mismo Cañete el hospitalillo que allí había y el cual ya he mencionado en otra ocasión.

En aquel hospital eran atendidos los enfermos y heridos que llegaban de un frente que se remontaba por un terreno extremadamente frío y escabroso hasta el mismo Albarracín.

Como era convenido, los comités de los pueblos nos enviaban los enfermos difíciles de atender y allí eran recogidos y curados, al mismo tiempo que los combatientes.

Aunque figuraba como director de aquella institución, como el mando me disgusta, procuré que no se olvidaran los principios anarquistas y que todos se tratasen como iguales que, por otra parte, es como mejor funcionaban las agrupaciones de hombres.

La paz y la armonía reinaban en aquella institución, que prometía los mejores frutos.

Todos estaban de acuerdo en que una vez concluida la guerra con la victoria del pueblo, aquel hospital se convertiría en una residencia para los tuberculosos de la provincia, por la situación excelente en que estaba colocado: una altura rodeada de dos millones de pinos. No fue el único proyecto generoso que el triunfo del nazifascismo hizo fracasar.

Un día vinieron a visitarme varios obreros y me solicitaron la fábrica de resina, anexa a la finca, que había parado sus trabajos al pasar su propietario al campo fascista. Querían saber las condiciones que se les exigían para hacerse cargo de la fábrica. "Nada os costará lo que es de todos y no mío, y se os prestará toda clase de ayuda a condición de que la explotación se rija por los principios del comunismo libertario".

Aceptaron con júbilo y pusieron mano en la obra. Pronto se reunieron varias familias que tomaron posesión de las casitas que allí había y levantaron otras nuevas, formándose un verdadero pueblecito. Todos trabajaban en la colectividad y aquellas familias se conducían como una sola, reinaba la mayor armonía. Uno de aquellos compañeros, bastante instruido y conocedor de cuentas, fue nombrado administrador. Además era un hombre muy grueso para hacer un trabajo manual prolongado, aunque algunos ratos que estaba desocupado prestaba ayuda a sus compañeros. De vez en cuando me llamaban para asistir a algún enfermo y quedaba encantado de la conducta de todos. Algunas noches, si se hacía tarde, me quedaba a dormir en el hogar apacible del administrador, y rodeado de aquel matrimonio y de sus hijos, se me hacía menos penosa mi soledad.

Se les proporcionó a aquellos compañeros los camiones que necesitaban para trasladar los productos elaborados a Valencia, donde eran bien recibidos y enviados al extranjero a cambio de divisas. También se le puso una instalación eléctrica que les era indispensable.

El desarrollo de la colectividad resinera fue tan rápido que llamó la atención de la gente de los alrededores y despertó la codicia y la envidia de algunos. A poco más de una legua de distancia se encontraba el pueblo de Pajaroncillo, adonde no había llegado todavía, en su aislamiento, el viento de la Revolución. Un día se reunieron los vecinos de aquel pueblo, y después de hablar de las excelencias de la colectividad, decidieron apoderarse de ella y expulsar a sus moradores, con la sola razón de que estaba enclavado en el término de Pajaroncillo.

Dormidos estaban todavía los trabajadores de la colectividad cuando fueron sorprendidos por varios centenares de hombres de Pajaroncillo, que, armados de escopetas y hachas, los hicieron prisioneros y los mandaron a desalojar la colonia y marcharse de allí sin permitir sacar nada de lo que tenían en uso. De aquel extraordinario incidente hablaremos en el próximo apartado, puesto que las consecuencias que tuvo fueron muy beneficiosas. Los hombres de Pajaroncillo, en vez de conquistar a los anarquistas, fueron conquistados por ellos.

Los hombres de Pajaroncillo

Cuando los hombres de Pajaroncillo tomaron por asalto la colonia comunista de los trabajadores de la resina y los mandaron desalojar el lugar, apoyándose en la falta de razón de las armas que llevaban, un jovencito que trabajaba allí cerca, indignado por lo que veía, montó en una bicicleta y vino a comunicarme la noticia a Cañete, donde en aquel momento me encontraba. Partí con toda rapidez al lugar del suceso, llevando conmigo una camioneta llena de milicianos bien armados. Así que, cuando los asaltantes cantaban victoria y los obreros de la colonia se disponían a partir, porque no querían ni podían luchar contra sus compañeros de miseria, que por ignorantes cometían aquel atentado, se vieron de pronto rodeados de hombres armados, que les apuntaban con sus fusiles para intimidarlos.

El pánico de aquellos hombres fue indescriptible y un pavor grande se reflejó en sus semblantes. Tiraron entre las malezas las armas que llevaban y temblorosos se acusaron los unos a los otros de la responsabilidad de lo ocurrido. Me apresuré a tranquilizarlos y más o menos les dije estas palabras:

-Habéis cometido una mala acción atropellando a estos hombres, a quienes debéis imitar, porque están llevando a la práctica el ideal más bello que jamás se concibió, que es el de la fraternidad humana. Nada tenéis que temer de nosotros, porque luchamos para haceros dignos, libres y felices, y si no estáis con nosotros es porque el viento de la Revolución no ha soplado todavía sobre vuestros corazones, pero pronto soplará y entonces vendréis sin vacilar a nuestras filas. Volveros a Pajaroncillo, uniros como hermanos, sin distinción de categorías tontas, poner todas las cosas en común y comenzar una vida nueva, la del comunismo libertario, en que los hombres no se explotan ni tiranizan. Y cuando hayáis hecho esto, venir a buscarnos y os prestaremos toda clase de ayuda, hasta que andéis solos por el camino derecho.

Aquellos hombres partieron silenciosos, como avergonzados, pero libres de todo temor, mientras que los trabajadores resineros volvieron a ocupar su

sitio, pensando que lo ocurrido parecía una mala pesadilla. Aquella misma noche se reunieron en una asamblea los trabajadores de Pajaroncillo y discutieron mi proposición. Los desposeídos de la fortuna, los que nada tenían, aceptaron mi propuesta, pero los que tenían alguna cosa, los pequeños propietarios, la rechazaron, porque no estaban dispuestos a entregar nada, aunque sí a recoger lo que pudieran. No me extrañó lo ocurrido dada la mentalidad de aquella gente, y aunque algunos me propusieron equivocadamente que fuéramos a darles una paliza, me negué a hacerlo esperando que pronto la venda del pasado caería de sus ojos y contemplarían la luz del nuevo día.

Y en efecto, pocos días después llegaron una mañana al hospital de "El Cañizar" un grupo de hombres de Pajaroncillo, en extremo alarmados. Me contaron que había estallado en el pueblo una epidemia de gripe, que los enfermos eran muchos, algunos graves, sin asistencia alguna, por carecer de médico y boticario, quienes se habían pasado al campo fascista. En todos aquellos pueblos ocurrió lo mismo: se trataba de médicos fascistas que huyeron al estallar el movimiento, quedando los enfermos sin asistencia.

Acompañado por varios sanitarios partí con aquellos hombres a Pajaroncillo, visitando detenidamente a los enfermos, y entregué una lista especificando las dolencias que tenían y las medicinas que necesitaban. Tranquilicé a aquella gente prometiéndoles que no faltaría ningún día un médico que les asistiera. "Se presentará una dificultad -me dijeron- y es que la botica más próxima está a 30 kilómetros de aquí en un pueblo de la provincia de Valencia llamado Carbonera". "En el hospital tenemos una buena botica, donde encontraréis lo que os hace falta".

Muy contentos me acompañaron al hospital y allí trabajamos hasta el amanecer, preparando las medicinas necesarias. "¿Cuánto le debemos?", me preguntaron al partir. "Nada nos debéis -les respondí- y ya es hora de prescindir del dinero, si queréis vivir como seres racionales". "La verdad que como usted no hay otro", me dijeron extrañados. "Muy pronto -les contesté- seréis todos como soy yo, como son los anarquistas".

Aquellos hombres, como esperaba, se transformaron por completo, vinieron a nuestras ideas y fueron los amigos y aliados mejores que tuvimos en aquella tierra.

Para enterrar a los caídos, muertos de sus heridas en el hospital, los llevamos al cementerio de Pajaroncillo, y hombres, mujeres y niños nos acompañaban llorando a la fosa, donde dejábamos para siempre a un hermano querido.

En el curso de este relato volveré a hablar de las gentes de Pajaroncillo. Por humildes que sean los pueblos hay que tratarlos en anarquista, o sea con cariño y sencillez, desechando todo gesto de mando y de superioridad. Y entonces es cuando se convencen y son capaces de seguirnos hasta la muerte.

Un ataque al hospital

El hospital de "El Cañizar" comenzó a funcionar muy bien y de acuerdo con los deseos de los pueblos que habían contribuido voluntariamente a su organización; pero quisieron anularlo unos individuos que no p•arecían estar bien de la cabeza.

Un día que volvía de visitar el hospitalillo que conservábamos en Cañete, salieron a recibirme los compañeros que me ayudaban en la obra del hospital de "El Cañizar", así como los enfermos que estaban levantados, para comunicarme consternados que se habían incautado del edificio para colocar al Estado Mayor. Sorprendido por la noticia penetré en el hospital y me encontré con dos mujeres que quitaban los muebles y lo ponían todo patas arriba.

Mi justa indignación tuvo que ser tan grande, que aquellas mujeres salieron apresuradamente para Cuenca, desde donde se había tirado la piedra.

A poco fui a Cuenca para ventilar una medida arbitraria que a todos nos parecía intolerable y que causó por aquellos pueblos el consiguiente disgusto. Entonces recordé que algunos días antes había leído una información en un periodiquillo libertario de Madrid, en el que un redactor viajero censuraba la conducta del Estado Mayor en Cuenca, que en vez de estar en el frente de guerra, seguía en la capital, entregado a francachelas poco edificantes.

Una vez en Cuenca fui recibido en un espacioso salón, donde había tres compañeros, dos que se colocaron en pie a mi lado, y un tercero sentado en un alto pupitre, como un dios olímpico.

Uno de los presentes, representando al Estado Mayor, alegó en defensa de su acto que yo le había ofrecido el edificio, al cual contesté: "Cuando estuviste allí admiraste la obra, te dije que estaba a vuestra disposición, en forma de etiqueta, pero no con la intención de que os quedarais con el edificio, y más no siendo mío, sino de aquellos pueblos. Además el hospital está algo lejos del frente de guerra, y el Estado Mayor debe colocarse inmediatamente muy cerca de aquel frente, que está en inminente peligro de desmoronarse".

Me dio la callada por respuesta, pero a los pocos días el Estado Mayor ocupaba en el frente el lugar que le correspondía. De algo sirvió mi intervención justiciera.

Otro individuo que allí estaba presente se mostró muy indignado conmigo porque había asustado a las dos mujeres que fueron a desalojar el hospital, y que por lo visto se habían resentido de los nervios. A mí me pareció que aquellas mujeres no tenían el aspecto de asustarse por tan poca cosa.

-¿A quién se le ocurre -le dije- mandar a dos mujeres para cometer un acto arbitrario de las peores consecuencias?

Como levantare la voz, el que presidía me llamó al orden indignado, al mismo tiempo que me decía que era "Fulano de tal", un jovencito que hubiera hecho un buen papel en el frente de guerra, no en aquel lugar lejos de las balas, con aire de dictador portugués.

Nos separamos sin tomar decisión alguna, pero por algún tiempo me dejaron tranquilo en mi labor.

El espía

Un día que me encontraba en el hospitalillo de Cañete, unos milicianos me hicieron entrega de un prisionero fascista, acompañado de una nota en la que se me decía que se trataba de un espía de cuidado, detenido aquella mañana en el momento que se disponía a pasar a las filas enemigas.

Se trataba de un joven como de veinticinco años de edad, alto, fornido, de aspecto simpático, de rasgos enérgicos y ademanes resueltos. Había llegado a Cuenca, no sé cómo, burlando la vigilancia antifascista. Y allí estuvo parlamentando con los suyos, algunos de los cuales se habían infiltrado en nuestras filas, minando la retaguardia.

Cuando acabó la misión que llevaba, se dispuso a pasar al campo fascista. Se preparó bien para el viaje de noche, con buena ropa de abrigo, pistola y un plano detallado del terreno que tenía que atravesar. Pero no contó, como Napoleón en Rusia, con un enemigo terrible que estaba emboscado en las alturas del Albarracín: el frío. Cuando amanecía, las piernas le flaquearon, congeladas, y ahí cayó como una masa inerte, sobre el suelo cubierto de nieve. Forcejeó largo rato para levantarse y seguir su camino, con los amigos a la vista, pero todo fue en vano, porque el frío no aflojaba sus tenazas, hasta que unos campesinos que por ahí pasaban cargaron con el fascista y lo entregaron a un puesto vecino de soldados.

No negó al llegar su condición de espía y parecía un convencido de la causa fascista, dispuesto a morir por su triunfo. No entramos en discusión con él ni tratamos de investigar su misión en nuestros medios, porque no iba a decirnos la verdad. Nos limitamos a atenderlo en su enfermedad y a tratarlo lo más humanamente posible.

Los milicianos allí hospitalizados no tuvieron un gesto hostil con aquel sujeto sino, por lo contrario, lo trataron con la mayor delicadeza y hasta se veía que lamentaban el fin que le esperaba. Y en efecto, era triste que los hombres se mataran entre sí, peor que lo hacen las fieras cuando todos pudieran vivir

como hermanos en un plano de igualdad; pero eso era sólo posible en una sociedad que se rigiera por los principios del comunismo libertario.

Un día, el espía fue más explícito y me dijo conmovido: "Nací en la clase rica y nunca he tenido contacto con el pueblo, y menos con los anarquistas, pero ahora me doy cuenta que he vivido equivocado y que ustedes son unos hombres muy distintos de lo que nos cuentan. Pero el mal ya no tiene remedio. Sé que me espera la muerte, y lo siento mucho porque voy a separarme de un hermano que tanto quiero. Un espía como yo no tiene defensa ni perdón".

-Cuando usted pase -le contesté- ante el tribunal que ha de juzgarle, haga constar la condición de su nacimiento y del medio en que ha vivido, no pudiendo ser otra cosa que un enemigo del pueblo y de la justicia social. Pero aún es tiempo de rectificar y hacer una vida nueva al servicio de los humildes. Como en los medios anarquistas hay hombres en extremo comprensivos, pudiera ser que lo absolvieran de sus culpas, si en efecto siente un arrepentimiento sincero.

Se quedó pensativo y no me dio respuesta alguna, aunque parecía emocionado. A los pocos días vinieron a buscarlo para que compareciera ante un tribunal revolucionario. Le curamos por última vez de las piernas y observamos una vesicación que anunciaba la gangrena, cosa que se observa con frecuencia por la acción del frío.

Antes de partir me entregó un papelito con la dirección de su familia en Madrid, a fin de que yo le comunicara el fin que había tenido. No tuve la ocasión de cumplir la última voluntad del espía, porque no volví por Madrid.

Como apenas podía sostenerse de pie lo llevamos en brazos, mi hijo y yo, hasta el automóvil que lo esperaba en la puerta del hospitalillo. Se despidió conmovido por nuestras atenciones y cuando el automóvil se alejaba, todavía nos saludaba con una mano que sacaba por la ventanilla.

Después supe que ante el tribunal que lo juzgó se mostró firme y arrogante, afirmando su conducta fascista. Bien dice el refrán que la cabra tira siempre al monte. Fue fusilado en el cementerio de un pueblecito cercano, en donde

reposa aquel hombre que murió defendiendo una mala causa, de la que él mismo fue víctima.

Aparecen los rusos

En lo que toca a la aviación, estábamos tranquilos en el Hospital, pues no aparecía por allí ningún aeroplano, aunque no por eso dejábamos de estar alerta, porque el edificio ofrecía un buen blanco en la loma donde se encontraba. Pero una mañana me comunicaron unos campesinos que habían visto volar unos aeroplanos a corta distancia del Hospital. Como teníamos numerosos heridos y enfermos, y además había sustancias inflamables en los locales donde se trabajaba la resina, nos pusimos en guardia contra un ataque de la aviación. Pero en todo el día no volvimos a tener noticia alguna, y hasta hubo quienes creyeron que aquellos campesinos habían visto visiones.

Sería más de medianoche y todos dormíamos tranquilamente cuando los milicianos que montaban la guardia me anunciaron que acababa de llegar de Cañete el compañero Gorriti con numerosos milicianos en varias camionetas. Ya en otra ocasión hemos hecho el elogio que merecía el compañero Gorriti, que pertenecía al sindicato de Espectáculos Públicos de Madrid, y cuyo verdadero nombre no recuerdo.

Gorriti me comunicó que acababa de recibir una orden de Cuenca recabando nuestro auxilio para atender a un accidente de aviación ocurrido a pocos kilómetros de donde nos encontrábamos. Con mi hijo montamos en una camioneta, llevando cada uno su fusil y lo necesario para una cura de urgencia, y partimos con Gorriti y los suyos en la dirección que se nos había señalado.

La noche era en extremo fría, no había luna y las estrellas medio iluminaban aquellos campos agrestes. Por fin llegamos a un pueblecito, cuyo nombre no recuerdo, pero era uno de los más agitados e indóciles de la comarca. Allí logramos recoger algunas noticias. Dos aeroplanos con vuelo vacilante se habían acercado al pueblo como si quisieran aterrizar; pero los vecinos empuñaron las armas, tomándolos por fascistas, y se dispusieron a recibirlos a tiros. Entonces los aeroplanos, que llevaban un vuelo muy bajo, tomando el pueblo por fascista, desviaron su ruta y se perdieron a lo lejos. Cuando nosotros llegamos todavía estaban aquellos vecinos alborotados y haciendo toda clase de comentarios. Un numeroso grupo de campesinos armados había

seguido la ruta hacia el sur que llevaban los aeroplanos. Nosotros seguimos la misma dirección durante largo trecho, hasta que por fin llegamos al lugar del accidente en las faldas de un monte cubierto por áspera vegetación y grandes pedruscos. Un pequeño aeroplano yacía maltrecho en tierra y rodeado por un grupo de campesinos que habían salido en su persecución del pueblo cercano.

Entonces supimos la verdad de lo ocurrido. Aquellos aeroplanos de guerra eran rusos y luchaban en nuestras filas. Dos de ellos perdieron la ruta y ya escasos de gasolina volaron sin rumbo por aquella zona. Uno de ellos era el aparato caído en aquel lugar, mientras que el otro a duras penas pudo llegar hasta Valencia.

Cuando llegaron los campesinos al lugar del accidente, vieron un aeroplano caído y dos hombres al lado, uno tendido en el suelo con una pierna rota, y el otro en pie y con una pistola en la mano, dispuesto a vender cara su vida. Los campesinos se fueron acercando poco a poco con la intención de rematarlos, pues seguían creyendo que eran fascistas, mientras que el piloto los apuntaba con su pistola y les hacía a gritos -esta pregunta: "¿Vosotros ser fascistas?" Gracias que al grupo de campesinos se había incorporado un viajante de comercio que acababa de llegar al pueblo, y éste, más reflexivo, detuvo a los campesinos y se fue acercando al aeroplano caído, hasta llegar cerca del piloto y comprobar que era un ruso que luchaba en nuestras filas, y se tranquilizó al saber que estaba en territorio antifascista.

El herido fue trasladado al hospital de Cuenca, donde estuvo bien asistido, y el que estaba ileso fue llevado al pueblo cercano para que descansara del cuerpo y del espíritu. Se durmió a poco de haberse acostado y los campesinos, armas al brazo, velaron su sueño.

Ya en oriente apareció una pálida franja de luz y algunos pájaros se remontaron al cielo y entonaban sus trinos saludando al nuevo día, cuando nosotros llegábamos silenciosos al hospital, esperando otros días de incertidumbre y de lucha.

Cocina libertaria

Uno de los aspectos más agradables del Hospital se debía a que las labores propias del sexo femenino las hacían las mujeres campesinas, emparentadas con los trabajadores de la finca. La cocinera era una joven de Cañete, cuyo padre, un viejo campesino, había tomado una parte activa en el movimiento revolucionario, siendo en aquellos momentos alcalde de la ciudad. Las mismas mujeres nos servían como enfermeras. Con aquel personal que nos ayudaba estábamos muy contentos y no deseábamos otra cosa.

Pero un día tuvimos una sorpresa muy desagradable. El sindicato de Cuenca intervenía en nuestros asuntos y nos mandaba un cocinero, su mujer y un ayudante. ¡Y yo que quería que el Hospital fuese una obra genuinamente popular, independiente de toda organización sindical y política, porque creía este sistema superior, desconfiando de los que mandan, que por lo general no lo hacen bien!

Aquel matrimonio de cocineros se enajenó pronto la simpatía del personal del hospital: eran antipáticos, pedantes y autoritarios, queriendo imponer su voluntad caprichosa, en vez de escuchar la voz de todos, como allí era costumbre. El cocinero fue bautizado con el mote de "Siete Títulos", por los cargos que, según él, había ocupado en capitales y hoteles de lujo. Muchas veces el matrimonio se levantaba tarde y era el ayudante, un tonto de remate, el que disponía de la cocina.

Un día que hice una ligera observación al cocinero, éste empuñó una botella para estrellármela en la cabeza, envalentonado sin duda con el apoyo que pudiera tener de un sindicato. Como era natural, al verme amenazado por aquel mequetrefe empuñé mi pistola para que soltara la botella, como así sucedió. Pero los compañeros del hospital, enfermeros, enfermos y milicianos, que estaban hasta los pelos, cansados de aquel tipo, que por su manera de conducirse no tenía trazas de haber vivido en un medio libertario, sino en un cuartel o convento, se levantaron tan amenazadores, que el cocinero escapó a toda prisa con su mujer y ayudante por la carretera que conducía a Cuenca, valiéndose de la ligereza de sus piernas, y volvieron con nosotros las mujeres

campesinas que estaban antes, y la cocina volvió a funcionar de nuevo sin imposición alguna y con el agrado de todos.

Pero a poco se presentaron en el Hospital dos compañeros venidos de Cuenca, pertenecientes al Sindicato o al Comité, no recuerdo, los cuales con gesto adusto me hicieron saber que había cometido una falta grave con el cocinero y que éste tenía que volver al hospital. Les contesté que yo era uno de tantos y que no podía decidir nada sin el concurso de todos, por lo que sería necesario que hablasen con los allí reunidos. Precisamente en aquel momento se encontraban hospitalizados varios compañeros catalanes de la columna "Tierra y Libertad", hombres ya maduros, con un claro criterio; pero aquellos compañeros se negaron a lo que les proponía e insistieron en que volviera el cocinero contra la opinión de todos.

Ante aquella actitud, les hice esta pregunta: "¿Qué anarquistas son ustedes?" A lo que me contestaron secamente: "Ahora no somos anarquistas, sino militares". "Pues como yo soy anarquista -les dije- , y no militar, por mucho que os empeñéis, el cocinero no volverá a entrar en el hospital". Quedaron silenciosos y a poco se retiraron sin añadir una sola palabra. A pesar de todo, me dieron la impresión de que se trataba de dos buenos compañeros, pero a mi entender equivocados. Por otra parte, yo no había ido a la revolución, anhelada toda mi vida, para recibir órdenes de cualquiera, que no me parecieran aceptables, sino a unirme a los hombres del pueblo y a obrar según el acuerdo de todos.

Así pasaron varios días, cuando una tarde se presentaron, no un cocinero, sino dos cocineros, mandados desde Cuenca para que se pusieran de acuerdo con nosotros. Eso tenía ya otro color y les di la bienvenida. Eran dos jóvenes asturianos de aspecto inteligente y modesto, pero que miraban con inquietud por las falsas versiones que habían oído. Como se acercaba la noche les invité a comer con nosotros y así conocerían nuestra manera de proceder.

En un espacioso salón, convertido en comedor, cenábamos todos, con excepción de los que no podían dejar el lecho y eran asistidos en sus habitaciones. La comida no faltaba nunca; además, si escaseaba por el mal tiempo, contábamos con dos mil cabras que daban leche a los enfermos y

carne cuando había necesidad. El veterinario, que no se separaba de nosotros, nos indicaba las de menos valor que podíamos sacrificar. ¿Cómo nos hicimos de aquel ganado tan útil en aquel terreno? Un grupo de milicianos, en calidad de guerrilleros, hizo una excursión por terreno enemigo y recogieron las cabras con los cuatro cabreros que las guardaban, enviándolas para que dispusiéramos de ellas. Por cierto que los cabreros estaban encantados con nuestro trato, muy distinto del que recibieron de los fascistas.

Al final de la cena, los reunidos escogieron a dos compañeros para que fueran a la despensa, nos trajeron una nota de los alimentos que había y entre todos, después de una breve discusión, se hacía una lista del menú para el día siguiente. Aquella noche entregué la lista del menú a los dos cocineros, con el encargo de prepararlos lo mejor que pudieran. También se decidió que las mujeres campesinas que se ocupaban en la cocina, siguieran en su puesto de acuerdo con los cocineros.

Este plan de comida se seguía mientras yo estuve allí, y los cocineros me aseguraron que lo encontraban muy conveniente, porque como dependía de la voluntad de todos, nadie se quejaba si alguna falta inevitable había.

Aquella era una verdadera cocina libertaria, nacida del acuerdo de todos y sin imposición de nadie.

Los guerrilleros

Aunque los pueblos de la provincia de Cuenca no habían tenido una tradición en las luchas revolucionarias, como los de Cataluña y Andalucía, no por eso dejaban de llevar latente el amor a la libertad y la justicia, cualidades que han caracterizado siempre a los españoles. Así que desde el primer momento de la Revolución se levantaron como movidos por un resorte, aniquilaron a sus explotadores y tiranos, destruyeron las iglesias, abrieron las cárceles, quemaron los archivos oficiales y tomaron posesión de la tierra, ensayando una forma de vida conforme a sus aspiraciones.

¡Cuánto gozaba yo en mis correrías por los pueblos, confundiéndome con aquellas gentes que, por fin, veían claro, iluminados por los destellos de una revolución naciente!

En una de aquellas excursiones penetramos en los pueblos cercanos de la provincia de Valencia, al parecer mejor educados en las luchas sociales que los de Cuenca, pero tan agitados y atormentados por el momento crítico que atravesábamos. En uno de aquellos pueblos, creo llamado Adam uz, las gentes hervían en las calles y se agitaban como si quisieran marchar contra un enemigo secular que se oponía a sus designios. En el momento en que se apercibieron de nuestra llegada, nos rodearon y nos estrujaron, y buscamos un local adonde reunirnos. Nos llevaron a la Iglesia, un espacioso templo en el que había terminado toda ceremonia religiosa, y que se llenó de bote en bote para oír nuestras palabras. Desde el coro hice resonar en aquella bóveda, con toda mi voz, la verdad anarquista, donde hasta entonces no se habían escuchado otras voces que las de la mentira religiosa. Cada uno de los presentes agitaba sobre su cabeza una vela encendida, dando al lugar un aspecto extraño. Las luces como serpientes se retorcían en el espacio, como si quisieran ahuyentar las sombras de un pasado espantoso.

Comprendiendo que en la retaguardia no se hacía mucho de provecho en sentido militar, se fue despertando en aquellas gentes la idea de tomar las armas y marchar contra el enemigo. La mayoría optaba por formar guerrillas, infiltrándose en terreno enemigo y atacar a los fascistas por los cuatro

costados, obligándolos a retroceder en aquel frente que se había inmovilizado y estábamos a la defensiva, táctica que no era favorable. Se trataba de centenares de hombres de edad madura, contrabandistas, cabreros, leñadores, carboneros, cazadores, etc., conocedores prácticos del terreno.

En representación de todos, vinieron a hablarme algunos campesinos para llevar a la práctica la resolución tomada, y me pidieron que fuera yo uno de los combatientes en sus filas. Acepté gustoso lo que se proponía, porque entonces creía y hoy sigo creyendo, que el puesto de los anarquistas está en la primera línea de los combatientes, como estuvo Durruti, y no en la retaguardia. Todos conformes, se decidió que dos compañeros fueran a Cuenca para parlamentar con el Comité que allí funcionaba, obtener las armas necesarias, y luchar de acuerdo con los milicianos del frente para que la acción fuera más eficaz.

Y en efecto, fueron a Cuenca llenos de entusiasmo, pero allí les echaron un jarro de agua fría los componentes del Comité, quienes con aire despectivo les dieron esta contestación: "¡Cosas de Vallina!" Por mi parte no esperaba otra respuesta, y una cosa parecida ocurrió en el frente de Sigüenza. La doctrina estrictamente sindicalista había anquilosado los cerebros para otras empresas. Más tarde, las guerrillas anarquistas aparecieron en todos los rincones de la Península.

No se hizo nada de provecho en aquella ocasión y cuando más adelante se pidieron voluntarios a aquellos pueblos, descontentos por conductas equivocadas, como ya veremos, todos contestaron a una:

-No iremos como no se nos lleve a la fuerza.

En la pequeña biblioteca que encontramos en el hospital había un libro notable que algunos leyeron y que no podía ser de más utilidad en aquellos momentos. Me refiero a la obra de Rodríguez Solís, titulada Los Guerrilleros de 1808. Las guerrillas, que un papel tan trascendental desempeñaron en las guerras de nuestros días, son genuinamente españolas. Y después de todo, ¿qué eran los milicianos de la primera hora, sino verdaderos guerrilleros que en las ciudades y en los campos hicieron morder el polvo a los fascistas? En la provincia de Córdoba, los guerrilleros, campesinos y mineros, con los que tuve

contacto, destruyeron rápidamente todos los puestos de la guardia civil, influyendo en la caída de Pozoblanco.

Los aborígenes hispanos estuvieron siempre dispuestos a sacrificar sus vidas por conservar su libertad. En la España de los remotos tiempos apenas hubo esclavos, y éstos nunca se resignaron a serlo. Se dice que victorioso Catón vendió sus prisioneros como esclavos. Pero éstos se envenenaron y dieron muerte a sus dueños, hundiendo el navío en que se los llevaban. Muchas veces se ha encontrado en el suicidio el camino de la libertad.

Los guerrilleros, algunos famosos como Viriato, lucharon contra las aguerridas huestes romanas, triunfadoras en el mundo. Parecía que los guerrilleros brotaban de la tierra. Aparecen donde menos se espera y desaparecen cuando se cree tenerlos cogidos. Impetuosos en el ataque y rápidos en la retirada, fatigan al enemigo no cansándose ellos, y con la mayor habilidad suplen la inferioridad del número con la audacia y la maestría. En siete años los romanos conquistaron las Galias, y doscientos años necesitaron para dominar España. Y hubo lugares donde no llegaron a dominar más que el suelo que pisaron. Para marchar desde Mérida a Almadén, cuyas minas explotaban, se abrieron caminos por las crestas de las montañas, temiendo a los aborígenes de la planicie. Por curiosidad hemos seguido en Extremadura alguno de esos paseos, a veces reforzados por construcciones ciclópeas.

En aquella epopeya de los guerrilleros españoles se destaca un episodio de heroísmo que nunca debería ser olvidado por nosotros, porque es el más alto ejemplo que nos dieron nuestros antepasados de cómo se lucha por la libertad de un pueblo. Me refiero a Numancia, la pequeña ciudad de Castilla, a orillas del Duero, que desafió a la soberbia Roma. Ante sus muros fracasaron los generales romanos de más renombre, hasta que Escipión Emiliano le puso sitio con un numeroso ejército, valiéndose de todas las artes de la guerra. Después de haberse comido los rebaños, las hierbas, los frutos, se comieron las pieles cocidas, y por último hasta la carne humana. Entonces es cuando los que quedaban decidieron entregarse, aunque muchos prefirieron el suicidio. El historiador Appiano escribió estas palabras de admiración acerca de aquellos hombres, que pudiéramos haber tomado como modelo en nuestra Revolución: "Gran amor a la libertad y extraordinaria valentía demostró esta ciudad

bárbara y pequeña, de unos ocho mil habitantes, contra los setenta mil soldados que la asediaban. De los moradores de Numancia los más se dieron la muerte a sí mismos. Los otros, al cabo de tres días, con sus cuerpos sucios, despeinados, malolientes, las uñas crecidas, los cabellos largos y los vestidos repugnantes, le parecían a los romanos dignos de lástima, por tanta miseria, les infundían pavor por llevar reflejadas en sus caras la cólera, el dolor y la fatiga".

Pasan generaciones y generaciones y la raza de los guerrilleros no se agota. Traicionan los reyes, los militares, los nobles, los dignatarios de la iglesia; todos se humillan y arrodillan a los pies del tirano; pero el pueblo se lanza a la lucha con sus pobres armas contra el ejército invencible de Napoleón. "¡Esos españoles son locos!", se dice en Europa. El alcalde de Móstoles, villa de cien vecinos, declara solemnemente la guerra a Bonaparte. A un general español a quien se propone capitule, contesta: "No sé rendirme; después de muerto hablaremos de eso". En todas partes surgen las guerrillas que atacan al enemigo con extraordinario empuje, causando el asombro de los ingleses que venían a nuestra ayuda. "Es un país salvaje --decía un mariscal francés-; hasta las mismas mujeres pelean". Se queman las cosechas, se talan los bosques, se envenenan las fuentes, se reducen a ruinas las ciudades, y sobre aquellos cuadros de desolación cruzan, como fantasmas, los guerrilleros que luchan por rechazar a los invasores y hacer resplandecer sobre aquella noche de dolor el sol de la libertad de España. Así luchaban el Empecinado, Javier Mina y cientos más.

Al levantamiento fascista, el pueblo español respondió con la fiereza de siempre, viendo su libertad en peligro, y los guerrilleros de hoy fueron los descendientes de los guerrilleros de ayer. No había de cortar las alas a los valientes, sino llevarlos a la lucha, ocupando un puesto en sus filas, y en último extremo recordarles el ejemplo de los numantinos, para que el enemigo no triunfara más que sobre ruinas. ¡Ésas eran cosas de Vallina!, como decían, sin comprenderlo, los hombres miopes del Comité de Cuenca.

Un desastre moral

Todos los esfuerzos que se hicieron por conservar el hospital de "El Cañizar", como un modelo de la voluntad popular, fallaron por completo, no por culpa de la gente del pueblo, sino por los mandos que, por lo visto dejaban mucho que desear, tal vez desequilibrados por la influencia nefasta de un acontecimiento tan monstruoso como la guerra.

La obra del Hospital Militar surgió como una necesidad apremiante en aquel frente de guerra, y el pueblo, que tenía buen olfato, me escogió para coordinar los esfuerzos de todos. Pero los que no fueron capaces de realizar aquella obra, estando obligados a ello, desconociendo la voluntad popular, se apoderaron de ella para desfigurarla y destruirla.

Por allí apareció un sujeto en extremo sospechoso, un médico catalán, el comandante Nombela, que, con procedimientos jesuíticos, se fue infiltrando en todas partes. Los informes que me dieron de Nombela no podían ser peores. No había militado en la C.N.T. ni en ningún partido avanzado de Cataluña, sino que formó parte de una sociedad de médicos religiosos.

Pues bien, aquel individuo que después resultó, como veremos, un espía fascista, fue nombrado jefe de Sanidad en aquel sector, y destituido sin motivo alguno, el viejo compañero Dr. Orive, que, como me dijo en nuestro encuentro en Tarancón, había sido nombrado jefe de Sanidad de aquel sector, con el grado de comandante por los servicios prestados a la C.N.T. durante largos años.

En efecto, tanto Orive, como los hermanos Alcrudo, habían trabajado conmigo entre los elementos sanitarios para llevarlos a la C.N.T. Claro está que Orive y sus amigos, con razón descontentos, trataron de dejar aquel lugar, y fueron amenazados si lo hacían, por lo que tuvieron que escapar a Valencia como mejor pudieron.

El hospital fue entonces invadido, sin consultar conmigo y con los pueblos, por un personal sanitario numeroso, la mayoría manchados con todas las taras de la guerra, la peor de todas, el alcoholismo. Entre ellos había dos capitanes

médicos capacitados en su profesión, pero hacían una labor perniciosa por el abuso del alcohol. Uno de ellos, que llegó allí acompañado de una mujercita, en un ataque de alcoholismo agudo, rompió a palos la cristalería que había en el salón, entre ella una hermosa lámpara de cristal. Aquel desdichado acabó después en un manicomio. El otro médico era un loco suelto, siempre bajo los efectos del alcohol y cometiendo imprudencias peligrosas en su profesión. A veces se ponía inaguantable y uno tenía que armarse de paciencia para no arrojarlo de allí como merecía. Como el frío era terrible, algunas madrugadas que llegaban las ambulancias con enfermos y heridos, les administraba para reanimarlos café con ron o coñac, bebidas que tuve que esconder en la capilla que me servía de dormitorio. Pero esto no alivió en nada a los que habían perdido la cabeza, porque se bebían, como si fuera agua, el alcohol de cura.

Después del Dr. Orive, fue el coronel Del Rosal, jefe militar de aquel sector, el que marchó a Cataluña, disgustado de ciertas cosas que pasaron. El coronel Del Rosal luchó desde el primer momento en nuestras filas, siendo digno de todo respeto, y luchó hasta lo último, aun sabiendo, como buen militar que era, que nuestra causa estaba perdida. Por cierto que en el último momento de la retirada, recogí casualmente a su mujer y niños, perdidos en la muchedumbre que escalaba los Pirineos, conduciéndolos a Perpiñán, donde preso por la policía francesa, me vi separado de ellos, hasta que poco después llegó el coronel Del Rosal en su busca, tranquilizándose al saber que habían pasado conmigo la frontera.

Estas cosas repercutieron desfavorablemente en los que más valían, en los hombres del pueblo, de manera que al hacerse un llamamiento para reclutar voluntarios, contestaron todos aquellos a una: "No iremos como no nos lleven a la fuerza". Un excelente médico de uno de los cercanos pueblos de Valencia, que con frecuencia venía a prestarnos su ayuda y que hizo el viaje con la comisión de reclutamiento, me contó con tristeza el fracaso que tuvieron. En cambio, yo no fui más que al pueblo de Pajaroncillo, del que me he ocupado en otras notas, y allí me ofrecieron 54 reclutas para que ingresaran en nuestras filas, rogándome, si fuera posible, que estuviera a su lado en la lucha.

Después del comandante Orive y del coronel Del Rosal, fue este modesto servidor el que se marchó con un permiso como enfermo, que me dieron con agrado, porque les molestaba mi presencia.

Aquellos sucesos no influyeron nada en mi espíritu porque las ideas son unas, y los hombres ambiciosos e inútiles son otros; pero los hombres desconocidos del pueblo no me fallaron nunca. Estas cosas lamentables no deben ocultarse, sino conocerlas para corregirlas y que no se repitan, porque nos hacen perder muchos valores.

Algún tiempo después de haber dejado aquel frente, me dijeron que el comandante Nombela se encontraba preso en un calabozo de la prisión de Cuenca, convicto de ser espía fascista. Parece que de allí fue llevado al castillo de Montjuich, donde lo encontrarían los fascistas al entrar en Barcelona, y es de creer que lo premiarían por los servicios que había prestado a su causa.

* * *

Entre los documentos que conservo de aquella época destaco los siguientes:

Documento nº 1

C.N.T., A.I.T., F.A.I.-Milicias confederales
Delegación General de Sanidad.

Por la presente notificación te ruego te presentes en el Hospital de El Cañizar, al cual estás adscrito como director, en el día de la fecha.

Tuyo y de la causa. El delegado general de Sanidad, Nombela.

Hospital de El Cañizar, 8 de enero de 1937.
Al compañero médico Pedro Vallina.

Documento nº 2

Columna de Milicias Confederales. Servicio Sanitario
Delegación General de Sanidad.

CREDENCIAL

El compañero Dr. Pedro Vallina es el Médico Director del Hospital Médico-Quirúrgico de la Finca de El Cañizar, perteneciente a la Columna de Milicias Confederales, por lo que se ruega a todas las autoridades y Milicias Antifascistas no se le ponga obstáculo de ninguna índole en el desempeño de su importantísima labor.

El Delegado General de Sanidad, Nombela.
Terriente, 26 de enero de 1937.

Documento nº 3

Delegación General de Sanidad.

Se autoriza al compañero médico Pedro Vallina y Harmodio Vallina para disfrutar diez días de permiso.

Rogamos a todos los compañeros del Transporte les faciliten medios gratuitos de locomoción.

El Delegado General de Sanidad, Nombela.
Terriente, 27 de febrero de 1937.

Viaje a Cataluña

Cuando moralmente me vi obligado a dejar el hospital de El Cañizar, en la provincia de Cuenca, me dirigí a Valencia con el ánimo de pasar a Cataluña y unirme con las fuerzas que mandaba el coronel Del Rosal.

Al llegar a Valencia encontré muchas dificultades para obtener gasolina y continuar mi viaje. Parece que la gasolina escaseaba mucho en aquel momento.

Peiró, que era ministro, se enteró de mi llegada y manifestó deseos de que lo visitara, cosa que hice de la mejor voluntad, pues estimaba a aquel compañero en lo mucho que valía. Hablamos breves momentos y me dijo con aire convencido que ganaríamos la guerra. Yo creía que la perderíamos, como no cambiáramos de tácticas, pero no le dije nada para no disgustarlo. Además había de luchar hasta el último momento, aunque el resultado fuera adverso.

Gracias a la intervención de Peiró se me entregó en el Ministerio de la Guerra la gasolina que necesitaba para llegar a Barcelona. Era el día primero de marzo de 1937.

En Barcelona me encontré con el coronel Del Rosal, que acababa de llegar del frente de guerra a curarse una mano enferma. Parece que el jefe militar de aquel sector era el coronel Arín, y el subjefe el coronel Del Rosal. Por lo tanto, no se atrevió a señalarme un sitio en la lucha sin consultarlo con su superior. Yo no deseaba puesto alguno, sino ser útil a la causa popular en un lugar cualquiera del frente de batalla.

Durante mi estancia en Barcelona, recuerdo que asistí a un mitin de la C.N.T., en extremo concurrido y solemne, del que saqué la mejor impresión. Marchó el coronel Del Rosal a su puesto y yo quedé en ir a reunirme con él, donde podría quedarme como médico o soldado.

De Barcelona pasé a Lérida, donde estuve poco tiempo, encontrándome allí con la familia del coronel Del Rosal, su esposa e hijos. En Lérida me pareció que los comunistas del P.0.U.M. gozaban de cierto prestigio.

De allí partí para el frente de guerra, con la intención de participar en la lucha. Como mi paso por aquellos pueblos fue muy rápido, no conservo más que vagos recuerdos. Sin embargo, uno de aquellos pueblos llamado Fraga, llamó mi atención.

En aquel viaje me detuve en un pueblecito llamado Sariñena, si no equivoco el nombre, a poca distancia del frente de guerra. Allí estuve algunos días en contacto con Del Rosal, quien me atendió lo mejor que pudo. Mi llegada coincidió con la pérdida de algunos pueblos de nuestra zona que cayeron en poder de los fascistas.

Me informé de la situación de Huesca y las impresiones que me dieron eran poco alentadoras. Poco después, encontrándome en Valencia, un meritorio militar, que ya había dado pruebas de sacrificios, el teniente coronel K., me pidió ayuda para hacer la guerra bacteriológica contra Huesca, cuya caída era de mucho interés para el resultado final de las operaciones en Aragón. Acepté sin vacilar mi intervención en aquel sentido, siempre que se me proporcionasen algunos elementos que necesitaba y que no estaban a mi alcance. "No creo que nadie le ayude en este sentido - me contestó-, y menos el personal oficial y los gobernantes, incapacitados para las resoluciones extremas".

Como no hacía nada de provecho en Sariñena, me aburría mucho, aunque encontré muy buena gente entre los milicianos desconocidos. Del Rosal me aconsejaba que me quedase, hasta que pudiera alcanzar de su superior un sitio en que ocuparme. Me pareció que Del Rosal no se movía a sus anchas, pues se le veía tímido para disponer por sí mismo.

Ante aquella situación anómala, de uno que quiere ser útil a la causa del pueblo y no lo dejan, determiné volverme a Valencia, en busca de otro rumbo. Por otra parte no había sacado muy buena impresión de la guerra en aquella zona, como más tarde me confirmaron los hechos que se sucedieron, y de los que fui testigo, hasta la caída de Barcelona.

Soldados envenenados

En febrero de 1937, encontrándome en Valencia, de vuelta de un viaje por Cataluña, me incorporé como médico al Hospital Militar de Godella, por invitación del doctor Orive, quien ostentaba el grado de comandante.

El local del hospital, que había servido a una institución religiosa para educar a las hijas de los aristócratas, no podía ser más suntuoso, aunque estaba sin concluir, y su extenso parque, con toda clase de deportes, era en extremo encantador.

Poco tiempo después presenté la dimisión de mi modesto cargo, disgustado por ciertas anormalidades que observé, agravadas por el estado de nerviosismo de los que allí estaban, cosa no muy extraña en la época anormal que atravesábamos. Una de las cosas que más me disgustaron fue la de haber sacado sin mi consentimiento del departamento a mi cargo, a un desgraciado soldado enfermo del corazón, agravado por una embolia cerebral que lo había dejado semiparalítíco. Pues bien, caprichosamente se le había encerrado en un calabozo, acusado de simulador.

Creí que mi actitud pasaría inadvertida, por ser el último pez de la canasta, como vulgarmente se dice, en aquella casa. Pero cuál sería mí sorpresa al saber que los soldados allí internados se habían levantado indignados, como un solo hombre, negándose a ser asistidos por otro médico que no fuera yo. Y es que los hombres del pueblo, por insignificantes que parezcan, son más inteligentes y tienen mejor olfato que los que se erigen en sus dirigentes.

No pude hacer otra cosa que aconsejarles encarecidamente que aceptaran la asistencia de otros facultativos, hombres dignos y ajenos a las anormalidades allí ocurridas. A regañadientes aceptaron mis consejos.

Pero un día que atravesaba la Plaza de Castelar, se me acercaron unos soldados enfermos de aquel hospital y me dijeron muy excitados: "Ya envenenaron a uno de los nuestros, en seguida que usted se marchó. Acabamos de enterrarlo". Me pareció un error lo que me decían, y traté de disuadirlos de aquellas extrañas ideas. Según ellos, el veneno se había administrado en una oblea con motivo de una enfermedad del estómago.

Lo que yo puse en duda, era una dolorosa realidad, aunque no obedecía a un acto intencionado por parte de los responsables de la farmacia, farmacéuticos y ayudantes, sino a su incapacidad y negligencia.

Pocos días después, encontrándose un soldado enfermo del estómago, le fueron a administrar otra oblea parecida a la que estaba en entredicho, y éste se negó resueltamente a tomarla. Uno de los soldados allí presentes, para demostrar que la oblea era inofensiva, se la tragó mientras reía, pero con asombro de todos, cayó al suelo muerto, como herido por un rayo.

El alboroto fue mayúsculo e intervinieron seriamente las autoridades. En vez de sal de magnesia se le había administrado un terrible veneno: cianuro de potasio. No había que llevar el análisis a un grado muy minucioso, pues el solo olor de la substancia denunciaba su composición.

Cuando los organizadores del hospital se incautaron del edificio aprovecharon un pequeño botiquín que las monjas tenían, en uno de cuyos frascos, con el rótulo engañoso de sal de magnesia, se ocultaba cianuro de potasio.

¿Cómo ocurrió tan lamentable historia? Lo ignoro, pero la responsabilidad de algunos era grande. Un somero examen de aquellas sustancias, que no se hizo, hubiera iluminado el veneno. El farmacéutico y su ayudante fueron detenidos algunos días y después puestos en libertad. Eran al parecer, dos buenos chicos, pero atolondrados, y las cosas se hacían muy mal.

Lo cierto es que murieron dos soldados desconocidos, lo peor es que habían ofrendado sus vidas por la libertad y la justicia, para sucumbir no como héroes que eran, sino como ratas envenenadas.

Y aquellos hombres valían más, mucho más, que todos los comités y que todos los galoneados, culpables de sus muertes, por fatuos e incapaces.

¡Con muchas frecuencia recuerdo a las pobres víctimas y la tristeza más profunda embarga mi espíritu!

En Valencia se estudia

El día 11de abril de 1937 dejé voluntariamente el Hospital Militar de Godella, como he explicado en la relación anterior, en el que me lamentaba amargamente de la muerte por envenenamiento de dos jóvenes milicianos, compañeros nuestros en ideales.

Procuré hacer algo útil el tiempo que permaneciera en Valencia, hasta que pudiera incorporarme a uno de los frentes en guerra. Como allí residía el Gobierno de la República, la ciudad ofrecía una extraordinaria animación: unos venían de los frentes de lucha para cosas útiles, otros llegaban para distraerse, y un buen número se aposentaban allí por egoísmo propio. Para enderezar a estos últimos, vino en una ocasión un grupo de compañeros de la Columna de Hierro para llevárselos de los cafés a cavar trincheras en el frente. La ciudad no podía ser más bella, y sus moradores más amables; pero a pesar de todo, por las circunstancias que atravesábamos, se sentía flotar en el ambiente el dolor y la tragedia.

Por entonces se organizaron unos Cursillos Teóricos-Prácticos contra la Guerra Química, que estuvieron muy concurridos por médicos, sanitarios, militares y otros, atraídos por la novedad del tema. El recibo que conservo de inscripción de matrícula, pues yo tomé también parte en los cursillos, lleva la fecha del 7 de abril de 1937. Algunos médicos que estudiaron a fondo la materia, hicieron de profesores con el mayor acierto, entre ellos el coronel de Sanidad Militar, Pérez Feito, que había escrito una obra muy completa sobre los gases de guerra. Después tuve la más estrecha amistad con Pérez Feito, encontrándonos en Cataluña donde trabajamos juntos hasta el último momento. También fue uno de los organizadores de los cursillos el doctor Morara, que se había especializado en la materia y publicaba una revista sobre los gases de guerra. Los cursillos fueron muy completos en lo que se refiere a la parte teórica, pues la práctica fue casi nula. De todas maneras se estudió a fondo el auxilio a prestar a las víctimas de los referidos gases. Se hicieron unos exámenes lúcidos y se extendieron los correspondientes diplomas.

Luego se abrieron en la Universidad de Valencia unos Cursillos de Cirugía de Guerra, por cierto muy útiles en aquellos momentos; asistí asiduamente a ellos. Me parece que fui el único médico que lo hizo, aunque había muchos por la ciudad que necesitaban conocer aquellos estudios. Los asistentes eran estudiantes de medicina del último curso, entre ellos mi hijo Harmodio, que el Gobierno quería mandar como médicos militares a los frentes de guerra. Todos los elogios son pocos para lo bien que se hicieron aquellos trabajos. Reproducimos un certificado referente a aquellos cursillos:

Don Luis Urtubey Rebollo, Catedrático y Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad Literaria de Valencia.

Certifico: que según consta en el acta que obra en esta Secretaría firmada por los catedráticos doctores, don Francisco Orts Llorca y don Juan González Aguilar, dirigentes de los Cursillos de Cirugía de Guerra, realizados en esta Facultad de Medicina, desde el veintinueve de marzo último, hasta el diecisiete del actual, don Pedro Vallina Martínez, ha asistido con regularidad a las clases del mencionado cursillo y realizado prácticas que demuestran su aprovechamiento en las materias de estas enseñanzas.

Y para que conste y a petición del interesado, expido el presente en Valencia a veintinueve de abril de mil novecientos treinta y siete. (Sigue la firma).

Por diversos motivos los pueblos se iban dando cuenta que los anarquistas no son unos energúmenos violentos, como los han pintado gentes interesadas en su desprestigio, sino hombres estudiosos e instruidos. En la Revolución muchos llevaban un libro al lado del fusil y siempre protegieron la cultura. En Cuenca salvamos la biblioteca del Seminario que tenía mucho valor en su género. Si alguna cosa ha faltado después, como se ha dicho, fueron los franquistas los ladrones. Lo mismo hicimos con la Biblioteca y Archivos del Palacio Arzobispal de Sigüenza, de gran valor histórico. Pero los italianos la saquearon por completo y en las mochilas de algunos cadáveres, recogidos en la batalla de Guadalajara, se encontraron documentos robados. En la misma ciudad destinamos un amplio local donde depositamos los libros y objetos de arte recogidos en templos y conventos; pero la aviación fascista destruyó todo aquello.

Los bombardeos de Valencia

En 1937, la bella ciudad de Valencia y sus amables habitantes eran víctimas de la ferocidad fascista, cuya aviación sembraba la destrucción y la muerte. Apenas sonaban los estampidos de las bombas, cuando interrumpía la lectura y salía a la calle, seguido por mi hijo, para auxiliar a las víctimas, no pudiendo hacer nada en nuestra impotencia para contestar al enemigo. Cuando no había algo que hacer en la calle, nos dirigíamos al Hospital donde iban llegando los heridos. Aquel hospital estaba muy bien organizado y dotado de un personal competente. Recuerdo, entre otras víctimas, a una mujer joven y hermosa, acostada en una cama de operaciones, con el palo de una silla, terrible proyectil, clavado hasta lo más profundo del vientre. Me acerqué a ella conmovido y me dijo con voz temblorosa: "Me trajeron contra mi gusto de Madrid para estar aquí más segura y, lejos de eso, he venido a encontrar la muerte".

Un día presencié la cura de una jovencita muy bonita, como de 15 años de edad, con las dos piernas amputadas de raíz, a causa de una herida que recibió por la metralla enemiga. Nadie se atrevía a decirle la magnitud de su desgracia, pues ella creía que no le faltaban las piernas, sino que las tenía heridas y que pronto volvería a marchar.

Al día siguiente de un intenso bombardeo, contemplé salir del hospital una larga fila de ataúdes con los cuerpos destrozados de las víctimas. La impresión que aquello me hizo fue desoladora y a veces se me presenta tan terrible imagen. Había una barbería muy lujosa en la calle de la Paz donde solía ir a afeitarme, por vivir en la vecindad. Algunas veces los clientes gastaban bromas al maestro barbero sobre la próxima bomba que le remitiría Franco, cosa que él ponía en duda. Pero un día cayó una bomba en la puerta de la casa y todos los que estaban en ella murieron en el acto. Los espejos quedaron hechos añicos y los sillones retorcidos. Pocos momentos antes había yo salido del local.

Cuando no tenía ocupación por las tardes al anochecer tomaba un libro y me iba a leer un rato a un jardín vecino a mi vivienda y me sentaba en un banco a

pocos metros del edificio de un Ministerio, no recuerdo cuál. Un día retrasé mi salida estudiando una lección en un libro muy voluminoso, que no era a propósito para llevarlo a la calle. Esto me salvó la vida, porque en el sitio preciso en que me sentaba a leer, cayó una bomba que mató a una pareja de enamorados que hacían planes para el futuro.

No es la primera vez que los libros, a quienes tanto he querido, me salvaron la vida. Una vez se le escapó un tiro de pistola a un imprudente y la bala se incrustó en un rimero de libros que ocultaban mi cabeza.

En todas partes he sentido intenso dolor por las víctimas inocentes de la aviación fascista, pero en Valencia, en una ciudad tan hermosa y con un pueblo tan simpático y culto, la impresión era desgarradora.

Entonces decidí de nuevo dejar la ciudad, donde no rendía provecho, y marchar a uno de los frentes de guerra.

[7]

Mi ingreso en el Ejército regular

Albacete

El comandante Vidal

Albacete en la guerra

El coronel Mangada

Camino de Barcelona

Tarragona

El bombardeo de Barcelona

El hospital de la calle de Tallers

El hospital de la Bonanova

La sanidad militar en Cataluña

Mi ingreso en el Ejército regular

Mi situación económica se fue empeorando en Valencia, de tal manera que decidí salir de la ciudad, además que aquella vida, aunque empleada al estudio, lejos del frente de guerra, no me parecía la más digna para un revolucionario.

Mi amigo Paulino Díez, que en otra época fue secretario de la C.N.T. en Sevilla, mientras yo era el tesorero, y que acababa de operarse de una hernia, en una visita que le hice, sin pedirle nada, al verme en aquel apuro se me ofreció para hacer gestiones en uno de nuestros ministerios donde me dieran ocupación útil para la guerra. No le animé en ese camino.

Por otra parte, el militante del agro andaluz, Antonio Rosado, me habló, en nombre de los campesinos de uno de los mejores pueblos de la provincia de Valencia, cuyo nombre he olvidado, para que me fuera con ellos, pues necesitaban un médico. No pude complacerlos, aunque les quedé muy agradecido; lo cierto es que no podía vivir tranquilo en un pueblo, mientras tantos otros luchaban en las trincheras. Y a propósito de Rosado, al comenzar la sublevación fascista cultivaba las tierras del Sanatorio de Cantillana y cuidaba del mismo, por encontrarme yo obligado a estar ausente. Los fascistas de aquellos alrededores atacaron y pusieron fuego al Sanatorio, una obra sumamente humana, pero siempre perseguida. Rosado pudo escapar con su hijo, quien sufrió en la huida un ataque de enajenación mental, y a campo traviesa llegaron a Almadén, donde estaba mi compañera, y de allí pasaron a Madrid. Rosado cumplió como bueno durante la guerra, a pesar de su deplorable estado de salud, pues ya había tenido algunos vómitos de sangre. Era un hombre inteligente y reflexivo, que medía muy bien sus acciones. Las últimas noticias que tuve acerca de su persona, por un pariente que fue a visitarle, es que se encontraba preso y en peligro en la cárcel de un pueblo próximo al Sanatorio. Después no he vuelto a tener noticias suyas, y temo que si no lo asesinaron los fascistas, lo mató la tisis. Es triste que los buenos que aspiran a un mundo mejor, acaben así.

Y para el colmo de las dificultades, mi compañera recibió un aviso de los nuevos propietarios para que desalojase una habitación que ocupaba con dos niños en una doble casa muy espaciosa, y tuvo que acudir a un compañero influyente para que la dejasen allí unos días más, pues no tenía a donde meterse y yo estaba pendiente de ocupación. Parece que querían hacer una "Escuela de Militantes", nada más oportuno en el momento crítico que atravesábamos. Mas para hechos extraordinarios de los que viven fuera de la realidad, no hay otro que iguale al de los andaluces residentes en Barcelona, que fundaron la "Casa de Andalucía" pocos días antes de salir de huida. "Ésta es una institución con bases para el futuro y hasta tenemos el proyecto de fundar una cooperativa", me decía uno de aquellos ilusos con aire muy convencido. Aquella mañana una bomba de la aviación fascista había roto los cristales, puertas y ventanas, y ya había bastante gente que desfilaba hacia la frontera francesa.

Como las milicias, que eran mi encanto, habían desaparecido, no me quedaba otro recurso que "militarizarme"; así que hice las gestiones del caso, y el entonces Jefe de Sanidad Militar, que me recibió con indiferencia, me dio un nombramiento de "Médico Alférez de Sanidad", dispensándome como un favor especial, los grados de cabo y de sargento. Yo insistí, sin conseguirlo, que me dejaran de soldado raso. Como el que menos era comandante, y no me prestaba a recibir otras órdenes que de mi conciencia, tuve algunos conflictos en el ejército, que referiré a su debido tiempo. En lo que toca al Jefe de Sanidad que menciono fue el único que se dejó pasar de Tarancón a Valencia en la huida atropellada del Gobierno de Madrid, gracias a las intervenciones de una hija mía que, en su inocencia, le facilitó un pase de salida firmado por un Comité.

Continué en Valencia esperando que me destinaran a un frente de guerra.

Albacete

A pocos días de mi ingreso en el ejército regular, recibí el aviso de dirigirme a Albacete y ponerme a las órdenes del coronel de Sanidad Militar. Con mucho disgusto acepté mi nuevo cargo, pues ansiaba estar en uno de los frentes de guerra y no en la retaguardia.

Una mañana del mes de junio de 1937 llegué a Albacete y tomé una habitación en el primer hotel que encontré cerca de la estación. Llegado de Valencia, en la que tanta animación había, Albacete me pareció un pueblo grande y tranquilo, del que no conocía más que sus célebres navajas, que al llegar me ofrecieron varios vendedores, llevando un cajoncito con la mercancía, colgada del cuello.

Lo que sí llamó mi atención, desde el primer momento, fueron las huellas profundas en los edificios de un terrible bombardeo de la aviación fascista. Aquella violenta agresión contra Albacete la había motivado una venganza, por ser entonces aquella ciudad el lugar de concentración y adiestramiento de las Brigadas Internacionales, que vinieron voluntariamente a luchar a nuestro lado contra el fascismo.

Cuando me presenté en la Oficina de Sanidad a ponerme a las órdenes de mi ilustre jefe, el coronel Vidal, me quedé sorprendido de que ocupara aquel cargo en nuestras filas un hombre de tan pésimos antecedentes. Al recordarle nuestro encuentro en Casablanca, tartamudeó algunas palabras y cambió de conversación.

Creo necesario hacer un paréntesis en este relato y presentar a mis lectores un retrato de cuerpo entero del coronel Vidal, para que así se comprenda mejor lo que ocurrió en Albacete.

En 1923, siendo ya dictador Primo de Rivera, fui preso en Sevilla por órdenes de Martínez Anido, acusado de haber organizado un fantástico complot ibero-lusitano, que tuvo poco éxito, porque el juez de la causa, el coronel Márquez, un hombre digno que no se prestaba a manejos inmorales, nos declaró inocentes. Esto no fue obstáculo para que siguiera detenido, como preso

gubernativo, en unión de muchos compañeros. Además, me hizo saber el gobernador Perales, que continuaría en la cárcel todo el tiempo que durase la dictadura.

Así pasé varios meses encerrado, hasta que una mañana recibí la visita de un agente de policía que vino a comunicarme, con mucha reserva, la orden que tenía de trasladarme a un lugar de destierro, cuyo nombre no podía decirme.

Salí en aquel momento de la cárcel y dos policías me condujeron a mi domicilio, donde tomé ropas, libros e instrumental médico, despidiéndome de mi familia, ya acostumbrada a casos semejantes.

Nos encaminamos hacia la estación de Cádiz, donde tomamos el tren. Un leal compañero francés, Fernando Fournon, residente en Sevilla, enterado de lo que ocurría, vino detrás y tomó el mismo tren, inquieto por mi suerte.

Una vez en Cádiz, fui entregado a la policía de aquella ciudad, que me dio la orden de marchar a Casablanca, donde residiría como desterrado, y que tuviera buen cuidado de no pisar zona española, donde correría mucho peligro.

A la mañana siguiente me dirigí al embarcadero, pero el barco no salía para Casablanca más que una vez por semana. Me volví contrariado a la ciudad, cuando fui llamado con urgencia al despacho del jefe de policía, que me dijo en voz baja:

- ¿ Por qué no se fue usted esta mañana?

- Porque no salió ningún barco para Casablanca -contesté.

El policía dio algunos pasos por la estancia, muy excitado, sacó un papel de su carpeta y me lo dio a leer. Lo firmaba Martínez Anido y comprendí que era una orden suya para que me asesinaran en Cádiz.

- Como es usted un caballero -me dijo el policía-, y a nadie ha de comunicar esta conversación, le aconsejo salga mañana de la ciudad como quiera que sea. Esta noche vigilaré su hotel y respondo de su vida, pero mañana entrará en función la guardia civil, que no vacilará en complacer al señor Martínez Anido.

Di las gracias a aquel hombre, ignorando a qué influencia obedecía su conducta, aunque sí la sospechaba, y acompañado por un policía visité aquella tarde la tumba de Salvochea, a la orilla de un mar que tanto amaba, y allí me prometí seguir fiel a las doctrinas del maestro, mientras me alentara un soplo de vida.

Me acosté temprano y al amanecer tomé un barco rumbo a Tánger.

Después de una travesía accidentada, en la que las agitadas aguas del Estrecho de Gibraltar amenazaban tragarse la frágil embarcación que me conducía, llegué a la bahía de Tánger. Como la ciudad estaba internacionalizada, en poder de los cónsules, cada uno de ellos lo hacía lo peor que podía y el puerto más rudimentario estaba por construir.

Una gasolinera se acercó a nuestro barco y unos moros forzudos nos fueron sacando uno a uno como costales de patatas, depositándonos con el mayor cuidado en su embarcación. Al tocar tierra se sube una empinada escalera movible de madera y de improviso se encuentra uno en un mundo nuevo. Una gran explanada se presenta ante nuestra vista, cubierta por una abigarrada muchedumbre de moros que se movían en todas direcciones. Un morito joven y bien puesto se acercó y me ofreció sus servicios como intérprete y guía. Acepté con agrado, pues no sabía adónde dirigirme. Cargó mi maleta un pobre moro y los tres nos internamos en la ciudad, dirigiéndonos a uno de sus hoteles, creo llamado "El Comercio".

Cuando el hotelero me pidió mi nombre, tuvo un momento de sorpresa, y me dijo que desde la mañana se esperaba mi llegada. Y, en efecto, a los pocos minutos se presentó un tipo, altamente simpático, cuyo nombre he olvidado, quien me dijo que era natural de Femando Poo y que tenía la misión de ponerse en contacto conmigo en nombre de ciertos elementos progresivos de Marruecos. Hablamos largo rato y le di las gracias por su ofrecimiento.

Por entonces residían en Tánger unos 15.000 españoles, en su mayoría obreros andaluces, la mayor parte libertarios, que no ocultaron su júbilo por mi llegada. Vinieron a visitarme en grupos y me comunicaron su deseo de que me quedara en Tánger, trabajando como médico. Hasta buscaron un domicilio

adecuado para el caso. ¡Qué tiempos aquellos en que el espíritu de los hombres rebosaba cariño y solidaridad!

Cuando todo parecía arreglado en mi favor, se me presentó el hombre de Fernando Poo y me condujo a casa del doctor Anguita (creo que éste era el nombre), un judío que gozaba del mayor prestigio entre el mundo progresivo de Marruecos, judío y musulmán. El anciano doctor me estrechó con efusión entre sus brazos y me dijo con voz triste:

- ¡Cuánto me alegraría que usted se quedara en Tánger, donde hace falta un hombre de sus condiciones, como ciudadano y como médico! ¡Y con qué gusto le cedería a usted mi clientela, que ya no puedo llevar por el peso de los años! Pero aquí se hace una política detestable, y los extranjeros están a merced de sus cónsules, la mayoría perversos, que pueden hacerlos expulsar con la mayor facilidad. Para que usted pudiera quedar en Tánger y ejercer su profesión, tendría que hacer unas gestiones que seguramente repugnarían a su conciencia.

- ¿ De qué se trata? -le pregunté.

- De presentarse en el convento de frailes españoles y ponerse a las órdenes del Padre Prior, ex confesor de la Reina Cristina, que es quien manda políticamente en la colonia española. ¿Y cómo desea hacer el viaje hasta Casablanca? Por mar sería lo más seguro.

- Deseo ir por tierra, aunque corra los mayores peligros.

- ¡Trataré de evitar esos peligros y le comunicaré el día de salida!

Los elementos españoles discutieron entre ellos y con mucho pesar convinieron en que el doctor Anguita tenía razón y que lo mejor sería que continuara mi viaje adelante, como el judío errante.

Una noche, al acostarme, llegó el hombre de Fernando Poo y me dijo que me preparara para marchar al amanecer del día siguiente en un coche de turismo que partía para Casablanca. Por la mañana tomé el auto en compañía de tres viajeros, dos moros y un belga, que se dirigían a la misma ciudad.

Al llegar a la primera ciudad de la zona española, llamada Arcila, el auto paró en la plaza, en la que se encontraba un pequeño grupo de moros hablando en voz baja. Del grupo se destacó un hombre, llegó al auto y preguntó por mí. Bajé a una señal suya y me incorporé al grupo. Nos apartamos un poco, entramos en un bar, me invitaron a un refresco y me dijeron:

-Siga usted tranquilo su ruta que el camino está vigilado convenientemente, tanto en la zona española como en la francesa.

En efecto, por todas las ciudades que pasé, hasta medianoche que llegué a Casablanca, encontré grupos de moros que me dieron la bienvenida y estrecharon mi mano con ardor.

En el próximo capítulo presentaré al coronel Vidal, fiel representante de Primo de Rivera en Marruecos, y el crimen que se cometió conmigo, expulsándome del país contra la voluntad de todos.

El comandante Vidal

En Casablanca fui recibido por el elemento allí residente, tanto indígena como extranjero. En una de las calles principales de la capital abrí un consultorio médico-quirúrgico, cuyo local me fue proporcionado por un propietario judío, advirtiéndome el mismo que, como el precio de arriendo era muy subido, podría pagarlo al precio que estuviera a mi alcance. Así que cuando oigo hablar del interés desplegado por los judíos en sus negocios, me acuerdo de aquel hombre generoso.

Pronto fui considerado como uno de los médicos mejores de la población, siendo muy consultado por musulmanes y judíos. Pero vamos al tema que nos ocupa, pues sería muy largo de contar mis impresiones de Casablanca.

Había por aquel entonces en Casablanca una numerosa colonia española que contaba con unos 20.000 habitantes, por lo general gente industriosa que vivía bien, y que se agrupaba a mi alrededor, desde el punto de vista médico, en seguida que llegué.

Todos me hablaron con amargura de un comandante Vidal, médico agregado al Consulado Español, un redomado tunante que los trataba con la mayor dureza y los explotaba a mansalva. Las hazañas de aquel malvado, que tenía todos los vicios y ninguna virtud, serían largas de contar, y no caben en este lugar. Vidal era el representante de la dictadura de Primo de Rivera en Casablanca, siendo el cónsul español un juguete en sus manos. Vidal era el hombre odiado y despreciado por todos, tal como se merecía, y la colonia española a mi llegada se apartó de su lado, reprochándole duramente su conducta.

Cuando todo parecía marchar tranquilamente y la estima hacia mi persona y mis ideas iban en aumento, fui un día llamado con urgencia al Consulado Español, y el cónsul, un jovenzuelo de tipo afeminado, me dijo estas palabras: "Es necesario que usted no ejerza su profesión en Casablanca, y a cambio se le dará el dinero que necesite para vivir y se le permitirá volver a España".

La contestación que di a aquel mamarracho fue de tal índole, mientras que apretaba mis puños, que estuvo a punto de desmayarse, y pidió una bebida cordial para reponerse del susto.

Comuniqué a los amigos más íntimos lo que ocurría y todos vieron en aquel incidente la mano de Vidal, que quería deshacerse de mí para seguir oprimiendo a los residentes españoles.

En efecto, pocos días después recibí la visita de dos agentes de la policía francesa, quienes me comunicaron la orden de mi expulsión del territorio de Marruecos, con una orden igual expulsando a mi compañera. Para atenuar la injusticia, me comunicaron que podía residir en Marsella, disposición que no acepté por parecerme una celada, puesto que me encontraba expulsado de Francia, no por nada pecaminoso, sino por defender el contenido de la gran revolución. El mismo jefe de la policía me llamó a su despacho y me dijo que aquella medida se debía a una reclamación del gobierno español, pues lo que tocaba a mi conducta en Casablanca, había sido en extremo correcta y humanitaria.

La noticia de mi expulsión corrió por Casablanca como un reguero de pólvora, y la indignación fue grande, señalando todos a Vidal como el culpable de aquella felonía. El elemento mulsulmán quiso manifestarse en la calle, pero los prudentes le aconsejaron calma, creyendo que mi asunto sería solucionado favorablemente. El mismo gobernador se opuso a aquella medida, y la Liga de los Derechos del Hombre trató de anularla. Una comisión de hombres de prestigio en la ciudad fue a Rabat solicitando se evitara mi expulsión. Pero todos los esfuerzos resultaron inútiles. El general Lyautey, la más alta autoridad francesa en Marruecos, acababa de llegar con la orden de mi expulsión en el bolsillo y se mostró inflexible a todas las reclamaciones que se hicieron en nombre de la justicia, por la que tan heroicamente había luchado el pueblo francés. Entonces recibí una carta de Sebastián Faure, condenando mi expulsión y comunicándome que se separaba de ciertos elementos de izquierda, con los que había convivido mucho tiempo, por no haber cumplido con su deber.

Aquel comandante Vidal, execrado por la población de Casablanca y uno de los miserables que tanto daño hizo a la colonia española allí residente, lo encontraba en Albacete ascendido a coronel y Jefe de Sanidad Militar de aquella zona, a cuyas órdenes me ponían los gobernantes de la República.

Albacete en la guerra

Una capital de provincia tan tranquila como Albacete, se encuentran pocas. Sin embargo, fue sacudida hasta en sus cimientos por la acción revolucionaria, y una sociedad nueva de aspiraciones libertarias se levantaba sobre el mundo viejo.

En los comienzos de la guerra, su pueblo fue sorprendido por el más feroz bombardeo de la aviación fascista, como venganza por haber acogido en su seno a los voluntarios que de otros países venían a luchar a nuestro lado. Las víctimas fueron numerosas en aquella noche de horror y muchos edificios quedaron profundamente destrozados por la metralla del enemigo, recordando la población con sus desgarraduras el peligro que de continuo le amenazaba. Desde aquel momento la ciudad se preparó para la defensiva, protegiendo sus vidas para emplearlas en la lucha contra el fascismo. En todos los lugares de reunión y de ventas, como barberías, cafés, bares, tiendas, comercios, mercados, etc., se recogía una pequeña cuota voluntaria de diez céntimos para la construcción de los refugios. Este dinero se administró escrupulosamente y los refugios necesarios para albergar a la población quedaron pronto terminados. Cuando sonaba la señal de alarma, los soldados ocupaban las entradas de los refugios, dando paso primero a las mujeres y niños, luego a los hombres y ellos se quedaban en las puertas. Más de una vez hice yo mismo de centinela.

Lo primero que hice a mi llegada fue relacionarme con los elementos anarquistas, sacando de ellos la mejor impresión. Se celebraron algunas veladas y funciones de teatro. Y se trabajaba en firme por nuestra causa. Allí encontré a un buen elemento, Serafín González Inestal, que ocupaba un cargo en las oficinas de guerra, así como su amable compañera. Ignoro la suerte que corrieron aquellos amigos ni si fueron prisioneros de los fascistas.

Albacete fue el lugar de concentración de los voluntarios extranjeros, desde donde, adiestrados y armados, pasaban a los frentes de lucha. El pueblo los acogía con cariño y ellos se mostraban encantados de su nueva residencia. Una tarde, de vuelta a mi domicilio, me encontré en la calle a un joven extranjero,

que había perdido el camino del cuartel y preguntaba a todos los transeúntes, sin que nadie entendiera su lengua. Me lo llevé a casa y cenó con nosotros. Era austríaco y hablaba alemán. Nos contó cómo había llegado voluntario a España sin ayuda alguna. Unido a otro compañero vendieron una vaca que tenían y con el dinero de la venta hicieron el viaje hasta Albacete, incorporándose a las Brigadas Internacionales. Después de la velada le acompañamos al cuartel y no cabía de gozo al encontrarse entre nosotros, luchando por la causa libertaria.

Albacete contaba con la mejor "Casa del Soldado" que se había fundado en la España antifascista; así lo reconoció Álvarez del Vayo, en una conferencia que nos dio. Por cierto que aquel día nos comunicó una triste noticia: la caída de Bilbao. En aquel lugar había un verdadero museo de los periódicos que se publicaban en los frentes de guerra.

Los elementos anarquistas eran muy comedidos y modestos, pero los comunistas, llegados a última hora, lo querían absorber todo. Se me hizo entrega de un departamento para que lo habitara con mi familia, pero como había escasez de locales, lo compartí con un socialista madrileño y un anarquista gallego. Pero al ir a escoger los muebles que nos hacían falta, nos encontramos con que "eran del partido", sobre todo de un oficial de aviación que la semana anterior se había afiliado al partido comunista. Después de un violento altercado con aquellos inconscientes, acabamos por llevarnos los muebles que nos hacían falta.

Como Hospital Militar se habían utilizado dos espaciosas viviendas, situadas en un lugar céntrico de la ciudad, y allí fui destinado como médico, en unión de otros doctores militarizados. Como militares profesionales había en Sanidad el coronel Vidal, un teniente coronel y un capitán.

Los tres eran enemigos de nuestra causa, como pude observar con facilidad. Como había muchos heridos y enfermos, el trabajo era grande. Por otra parte, casi todos los días era requerido para formar parte de los tribunales militares que entendían en el reconocimiento de los enfermos y en el examen de los recién llegados. Además, recorría con frecuencia los pueblos de la provincia para visitar los soldados enfermos que se encontraban con licencia en sus

casas. Así pude ponerme en contacto con la gente de los pueblos y conocer sus aspiraciones, que eran muy alentadoras.

El 5 de octubre de 1937 recibí la comunicación que sigue, firmada por el coronel Vidal: "Cumpliendo lo dispuesto en la orden de la plaza de hoy, y a partir del día de mañana, queda usted encargado del servicio facultativo de las fuerzas de esta guarnición que al dorso se relacionan, cesando los servicios que tenía encomendados en el Hospital base de esta plaza". Los servicios eran los siguientes:

1) Grupo de transmisiones.

2) Parque de artillería.

3) Obras de fortificaciones.

4) Generales, jefes y oficiales y sus familiares, transeúntes y residentes de esta plaza que pertenezcan a cuerpos que no tengan asignado médico.

Sospeché que Vidal deseaba alejarme de su lado en el Hospital base para estar más a sus anchas, cargándome con un trabajo que no me dejaba un minuto libre. Sin embargo, con tanto trabajo, estaba en mi elemento, corriendo de un lado para otro curando enfermos y propagando mis ideas con el ejemplo. En el parque de artillería, ayudado por un joven sargento muy entusiasta, se hizo la mejor propaganda, llenándose los muros de aquel local de cartelones con máximas de moral libertaria que eran muy leídas y comentadas. Por la actividad que exigían mis cargos me puse en contacto con todos los jefes y oficiales de aquella guarnición, en su mayoría adictos a la Revolución, salvo un corto número que eran contrarios, como ellos mismos lo confesaban, pero cumplían fielmente con su deber.

Un día fui llamado con urgencia a la Comandancia militar y me encontré a un recién llegado de aspecto de hombre de importancia, que me dijo: "He venido a hablar con usted referente al coronel Vidal, para que me diga lo que sabe y opina de ese hombre. Como su declaración será definitiva para resolver un asunto de mucha importancia le doy a usted veinticuatro horas para que medite bien lo que va a decirme".

Al día siguiente tuve una larga entrevista con aquel hombre, explicándole lo que yo sabía y opinaba de Vidal. Al final de la entrevista me estrechó con fuerza la mano y me dijo: "Gracias por su información, porque pone en claro ciertas cosas graves que han ocurrido".

He de advertir que hasta aquel momento no había hablado con nadie sobre el coronel Vidal. Lo cierto es que tanto él como el teniente coronel y el capitán, todos médicos militares de profesión, fueron dados de baja en la plaza de Albacete y trasladados a otro lugar. Los motivos que hubo para ello, los ignoro, aunque ya he dicho que eran enemigos de nuestra causa.

Después supe que Vidal había sido llevado a Tarragona, donde permaneció algún tiempo, y que al final de la guerra, encontrándose en la frontera, se hizo justicia disparándose un tiro en la cabeza.

Tal es la historia del comandante Vidal, hombre de confianza de la dictadura de Primo de Rivera, en Casablanca, y del coronel Vidal, hombre de confianza de la República en Albacete, a cuyas órdenes me pusieron.

El coronel Mangada

Al referir mi estancia en Albacete, he hablado del jefe de Sanidad militar de aquella plaza, el coronel Vidal, que no supo vivir para hacer el bien a sus semejantes y que acabó suicidándose al finalizar la guerra, no viendo otro horizonte que la muerte.
Ahora me toca hablar, y esto lo hago con satisfacción, de un hombre muy distinto, que empleó la vida en luchar por el bien de los otros: el coronel Mangada.

¿Quién no recuerda la columna del coronel Mangada en los primeros días de la guerra, cerrando el paso en la Sierra al ejército fascista que intentaba nada menos que apoderarse de la heroica villa de Madrid ?

Mangada se multiplicó en los comienzos de la Revolución, y se le veía en los sitios de más peligro, seguido por los hombres del pueblo y numerosos amigos del ideal, algunos de los cuales, como Ambrosio Ristori, cayeron en la Sierra para no levantarse más.

Mangada marchó a la Sierra con su brigada, donde se encontraba el enemigo acaudillado por Mola, el general-policía, que tuvo la diabólica idea de tenerme desterrado una temporada, a la caída de Primo de Rivera, en la ciudad de Estella, el foco mayor del carlismo. Mangada y sus milicianos carecían de muchas cosas necesarias para hacer la guerra, pero les sobraba convicción y valor para triunfar.

El Ayuntamiento de Madrid le nombró por unanimidad hijo adoptivo y le concedió una medalla de oro. Era coronel en los primeros días de la guerra y coronel murió. Los que admiraron sus cualidades como organizador militar y hombre de ideas generosas, le regalaron el fajín de general y hasta se lo pidieron a quienes en justicia podían hacerlo, pero no se dieron por enterados.

Durante mi estancia en Albacete, Mangada era gobernador militar de la plaza y había pasado del partido republicano al partido comunista de Rusia, que estaba a la moda del día. Pero se mantuvo siempre en su justo medio y no

favoreció a los hombres de su partido, sino a todos por igual. Al finalizar la guerra se refugió en Argelia y, según tengo entendido, el partido comunista lo invitó a pasar a Rusia, a lo cual se negó, dándose de baja del partido, porque su espíritu liberal no podía admitir imposición ni consigna alguna. Después vino a México, donde le encontraba con mucha frecuencia.

Mangada era cubano por nacimiento y temperamento, aunque amaba en extremo, como Martí, a la buena España, y odiaba a la mala.

Desde muy joven se sumó a todos los movimientos progresivos y humanitarios. Cultivó la amistad de Nakens y otros republicanos de abolengo. Era un ardiente partidario de una lengua internacional, por lo que estudió a fondo el esperanto. Amaba las bellas artes, sobre todo la poesía, que escribía en ocasiones. En el ejército reaccionario de España fue una nota discordante, y en una reunión de militares señaló al general Goded como enemigo de la República. La monarquía lo tenía bajo estrecha vigilancia y le puso un veto en los ascensos militares.

A raíz de la huelga revolucionaria de 1917 se encontraba entre los defensores del Comité. En un castillo cumplió la condena de seis meses que le impusieron por abogar con tanto ardor por los hombres con quienes estaba identificado.

En México vivía a corta distancia de mi domicilio, y lo veía con frecuencia; además lo encontraba en reuniones de índole revolucionaria. Vivía con mucha modestia en compañía de su esposa y de su hijo. Aquel hombre bueno murió a consecuencia de un cáncer de estómago. No me extrañó que desembocara en nuestras ideas anarcosindicalistas como todos los hombres de sus cualidades morales. Colaboró algún tiempo en Solidaridad Obrera de México y contribuía en su pobreza con su pequeña cuota. Un día me manifestó su decisión de afiliarse a nuestra organización anarquista y sindical y dar una conferencia pública, que hubiera sido de mucho interés. Su enfermedad y mi salida de la capital de México, fueron un obstáculo para que se cumpliera su última voluntad.

Mangada fue un hombre bueno y un luchador idealista de relevantes méritos. Su memoria me acompañará los años que me queden de vida.

Camino de Barcelona

El día 15 de marzo de 1938 salí de Albacete, ya bien entrada la mañana, trasladado a la Sanidad Militar de Barcelona. Me incorporé a una expedición que iba a la ciudad condal, y que consistía en 50 grandes camiones, llevando toda clase de material de guerra, la mayor parte de explosivos. El transporte no podía ser más delicado, por el peligro de que fuera atacado en el camino por la aviación fascista. Así que la marcha fue lenta, llena de paradas y con el ojo avizor.

Cuando llegó la noche redoblamos las precauciones e hicimos grandes paradas en el camino, porque la aviación enemiga rondaba por las cercanías, hasta que al amanecer llegamos a Castellón. En aquella capital se le ocurrió al conductor de la expedición detenerse para tomar gasolina, y sin apercibirse del peligro que nos amenazaba, colocó todos los camiones en fila, a lo largo de una calle, hasta el depósito de gasolina. Entonces increpé al conductor, con la aprobación de todos, por la imprudencia que cometía. "Si apareciera un aeroplano enemigo -le dije- de los que abundan en estos lugares, y nos arrojara una bomba, no sólo volaríamos todos con el material que llevamos, sino que la capital quedaría destruida". Y al decir esto vimos aparecer, con la mayor zozobra, un avión enemigo que se dirigía a donde estábamos nosotros. Por fortuna no venía en busca nuestra, sino de un depósito grande de gasolina que se encontraba en una calle inmediata a la que estábamos. Arrojó una bomba y a poco se elevó en el espacio, después de una violenta explosión, una espesa columna de humo de la gasolina en llamas. El aeroplano desapareció sin apercibirse de nuestra presencia.

Cargamos la gasolina y pude conseguir que se siguieran mis indicaciones. Los camiones marcharían muy separados los unos de los otros y a mayor velocidad, siempre que no se opusiera el peligro, a fin de llegar a Barcelona lo antes posible, donde pudieran necesitar nuestro cargamento. Por otra parte, no habían de esperar los unos a los otros, sino empujar delante, no importa el que llegara primero.

Yo partí en un camión, a la cabeza de la expedición, en dirección a Tarragona. El camino no podía ser más accidentado, porque con frecuencia teníamos que abandonar el vehículo y marchar campo traviesa amenazados por la aviación enemiga.

En un recodo del camino nos encontramos quemada y agujereada por la metralla una camioneta que transportaba latas de leche, al parecer de procedencia francesa.

Al caer de la tarde y no muy lejos de Tarragona, el conductor del camión se negó a seguir adelante, hasta que no llegaran los otros vehículos, y todos los esfuerzos que hice para que partiera fueron inútiles. Entonces tomé un carruaje de la Generalidad, que por allí pasaba, y que me condujo a Tarragona, donde me ocurrieron las peripecias que contaré en mi próximo apartado.

Luego supe que el camión que se detuvo en la carretera fue ametrallado por un avión fascista, muriendo el conductor.

Si me quedo con él, corro la misma suerte.

Tarragona

Serían las diez de la noche cuando llegué a Tarragona, ya desligado por completo de la expedición que conducía el armamento a Barcelona. La población, con frecuencia bombardeada, presentaba un aspecto triste y desolado. Allí tenía la familia de un sobrino, militar profesional, que luchaba desde el principio en las filas de la C.N.T. con el grado de teniente coronel. Como estaba completamente agotado por el viaje, pensé que pasaría al fin una noche tranquila en el seno de mi familia; pero al acercarme a su domicilio, a orilla del mar, unos vigilantes de noche vinieron hacia mí y me dijeron que mis familiares se habían ido aquella tarde, huyendo del bombardeo, y que ignoraban adónde se habían dirigido. Miré a mi alrededor y observé los destrozos del bombardeo en los edificios.

Me dirigí a un hotel y recomendé al hotelero que no me llamase por grande que fuera el peligro. Pero apenas había cogido el sueño, cuando con grandes voces fui despertado y me recomendaron que bajara a un refugio que había en el edificio, pues tenían la obligación de llamar a todos los huéspedes. Por tres veces me despertaron de la misma manera, y ya de madrugada invadieron el hotel hombres del pueblo con los que salí a la calle. Entonces vi que mucha gente corría hacia el puerto, empuñando las armas como si se tratara de rechazar al enemigo. Después supe que Indalecio Prieto había ordenado que se estuviera alerta, porque se temía un desembarco de los italianos.

Por la mañana me dirigí a la Comandancia Militar, cuyo jefe, creo que era Pérez Farrás, había pasado la noche en vela, y tenía un humor del demonio. Me dio algunas voces; yo se las di más fuertes, y el hombre acabó por calmarse y me firmó esta orden:

Comandancia Militar de Tarragona.

Se ordena al control de carreteras de Barcelona que en el primer coche o camión que se dirija a Barcelona se obligue a darle plaza al dador de la presente, capitán de Sanidad Pedro Vallina, que debe trasladarse con toda urgencia a aquella ciudad.

Tarragona, 17 de marzo de 1938.
El comandante militar.

En el camino vi huellas por doquiera de los males que ocasiona la guerra, y a corta distancia presencié un violento bombardeo. Recuerdo que en una entrada de la población había un hombre con un carrito vendiendo naranjas y una larga cola de compradores.

Cayó una bomba sobre ellos y no quedó rastro del carro de naranjas, del vendedor y de los compradores. Todo fue reducido a la nada.

Por fin llegué a Barcelona para presenciar aquel día y la noche, uno de los bombardeos más terribles de la guerra, y del que me ocuparé en la narración próxima.

El bombardeo de Barcelona

Como vengo diciendo, el día 17 de marzo de 1938, bien entrada la mañana, llegué a Barcelona en un camión procedente de Tarragona, que se detuvo a la entrada de la capital, donde bajé, y arrastrando una pesada maleta llena de libros me dirigí al centro de la población. A los pocos pasos se me acercó un soldado y se ofreció a llevarme la maleta, viendo que yo no podía con aquella carga. Por el camino me dijo que estaban bombardeando la capital desde el amanecer, y en efecto, al acercarme a la plaza de Cataluña contemplé en algunos edificios las huellas del bombardeo y las calles regadas por trozos de cristales. Las pocas personas que transitaban por las calles lo hacían de prisa y temblorosas. Llegué a la Rambla y me dirigí a la calle de los Mártires de Montjuich, donde acostumbraba a parar en un hotelito cada vez que iba a la ciudad condal.

Llegado al hotel pregunté si había una habitación desocupada, y el hotelero me contestó que toda la casa estaba a mi disposición, por haber huido los huéspedes un momento antes al caer una bomba en la vecindad. "Hasta la mesa del comedor ha quedado puesta -me dijo el hotelero-, y todos han partido sin comer, así que puede usted hacerlo si tiene apetito".

Subí al primer piso y dejé el equipaje en una habitación, no viendo por allí más que al hotelero, que parecía conservar su sangre fría. Salí a la calle, acompañado del soldado que tan buen servicio me había prestado, y lo invité a tomar café en un bar de la Rambla. El local estaba vacío y los empleados estaban silenciosos detrás del mostrador. En aquel momento sonaron estruendosas explosiones, allí cerca, de la aviación enemiga que atacaba a la ciudad. A poco penetraron en el bar varios guardias de asalto o de la Generalidad, no recuerdo, que se dirigieron a mí y me comunicaron lo que ocurría: la ciudad era bombardeada cada dos horas por aviones venidos de las Baleares o de Italia, según ellos; había muchos edificios en ruinas con personas enterradas vivas entre sus escombros; el pánico era grande y no se tomaban medidas de defensa ni de salvamento.

Escuché en silencio lo que me decían y cuando concluyeron de hablar, extendí el brazo, señalando a la calle, y les dije con voz indignada: "Los unos cierren la Rambla a todos los que pasen, y los otros con la mayor rapidez traigan camiones vacíos para llevar a las gentes a los lugares donde más lo necesiten".

Aquellos hombres, sin vacilar un instante, siguieron mi consejo, y a poco rato había numerosa gente esperando los camiones. Yo paré al primero que cruzaba por la Rambla, un joven que marchaba muy de prisa, casi corriendo, me dijo que venía de llamar a una partera por encontrarse su mujer de parto. Lo retuve toda la tarde a mi lado, trabajando entre los escombros, y al anochecer lo dejé marchar a su casa para que reconociera al que acababa de nacer en el más triste de los mundos.

Con varios camiones ocupados por gente nos dirigimos en dirección a la Universidad, penetrando por una vía que a poco se ensanchaba y formaba como una plazoleta, en la que todos los grandes edificios estaban en ruinas. El espectáculo era impresionante y de lo más dramático de la guerra. En el centro de la plazoleta había un ancho boquete, hecho por una bomba poderosa de aviación, en el fondo del cual bullía una corriente de agua, como si se hubiera roto un grueso tubo de cañería. Las macizas columnas de los edificios, rotas en pedazos, rodaban por el suelo. Allí nos reuniríamos unas 200 personas, voluntarias todas, y con el más firme propósito pusimos mano a la obra.

En el lado derecho de la plazoleta, viniendo de la Rambla, me acerqué a un edificio en ruinas y por un hueco en el suelo pregunté en voz alta si había allí alguna persona viva. Una voz apagada, salida de aquella tumba, me contestó que él se encontraba vivo en el hueco de una alacena y que a su lado estaba el cadáver de su hijo. Nos dimos prisa para sacarle de entre los escombros, pero el infeliz nos pedía que lo hiciéramos con tiento, porque aquello parecía desplomarse y le ahogaba el polvo. Por fin sacamos al padre vivo y a su hijo, un jovencito, muerto.

Terminada esta angustiosa labor, me fui al lado opuesto de la plazuela, donde me dijeron que de un gran edificio en ruinas proferían gritos de angustia.

Arrastrándome como una culebra me abrí paso entre los escombros y haciendo con las manos una estrecha galería como de cinco metros de

longitud, pude encontrarme con un hombre enterrado vivo hasta los brazos y con el rostro ensangrentado. Un jovencito de unos 15 años de edad, con el que luego conservé estrecha amistad, y un joven marinero en extremo atrevido, me ayudaron en aquel trabajo, bajo una techumbre que amenazaba acabar de desplomarse a cada momento. El esfuerzo de salvamento fue largo, angustioso y lleno de peligros. Otras personas hacían en los lugares cercanos el mismo trabajo que nosotros.

Cuando llegó la noche se encendieron unas fogatas para poder seguir trabajando. Cada dos horas se repetía el bombardeo, y el enterrado en vida nos decía con voz angustiosa, al oír las señales de alarma: "Yo ya estoy perdido, marcharos vosotros y si no os matan venid de nuevo en mi ayuda". Se apagaban las fogatas y en la obscuridad marchábamos sin rumbo fijo mientras que las bombas volaban sobre nuestras cabezas y se escuchaban los derrumbamientos de los edificios. La noche fue terrible y el espectro de la guerra se mostró con toda su crueldad. Al lado del enterrado en vida se encontraban muertos todos sus familiares: su esposa, dos hijas jóvenes, su madre política y otras personas, hasta el número de seis. La mujer estaba tan enredada en el cuerpo de su marido que se propusieron cortarla en pedazos para poder extraerla, cosa que no hice para evitar al esposo un espectáculo tan terrible. Con paciencia pudieron sacarse los cadáveres uno tras otro, y por fin al sobreviviente con una pierna mal herida. Parece que se trataba de un químico notable en su profesión. El cuadro era terrible, y para comprenderlo no hay más que ponerse en el lugar de aquel hombre, sepultado vivo entre los escombros y teniendo a su lado muertos los seres más queridos.

¡Bien pueden los infames sacerdotes de Cristo bendecir a los ejércitos que van a la guerra a cometer semejantes crímenes!

Con el nuevo día cesó el bombardeo. Nadie durmió aquella noche en Barcelona, y los refugios estuvieron atestados de gente. Parece que se recogieron unas 6.000 víctimas, muertos y heridos, entre ellos un número grande de niños.

Solo, extenuado, sucio, manchado de sangre, con la angustia en el alma, me dirigí a la parte alta de Barcelona, hacia el Tibidabo, donde me encontré a mi

viejo amigo Manuel Pérez, que me recibió con los brazos abiertos y me acogió en su hogar.

El hospital de la calle de Tallers

Cuando llegué a Barcelona, llevaba un nombramiento para que me incorporase al Hospital Militar de la calle de Tallers, situado en una vía estrecha que daba a las Ramblas, cercana a la plaza de Cataluña.

Conocía aquel vetusto edificio desde una vez que acompañé al coronel Del Rosal a curarse una lesión de una mano.

Al día siguiente del terrible bombardeo que he referido en líneas anteriores, me dirigí al hospital a que iba destinado y pregunté por su director para "ponerme a sus órdenes", como indicaba el nombramiento que me acompañaba.

Con sorpresa me encontré que el director era el doctor Olmedo, de filiación socialista, muy buena persona, como varios teósofos que he conocido, aunque no comulgo con su credo. Conocí al doctor Olmedo en Morón, donde ejercía su profesión, estando en buena relación con los afiliados a la C.N.T. Con la proclamación de la República, fue elegido diputado socialista, como su amigo el doctor Aceituno, que después fue fusilado vilmente por los fascistas, tratándose de un hombre inofensivo y bueno. Con la gloria se va la memoria, dice un dicho popular, y los hombres que se encumbraron durante la República, olvidaron el fracaso de la primera República y abrieron las puertas al enemigo, muriendo fusilados y otros sufriendo las penalidades del destierro. Y lo peor es que han pagado justos por pecadores.

El doctor Olmedo, algo sorprendido por mi presencia, me dijo que trataría de colocarme en aquel hospital, pero yo le hice ver con el nombramiento que llevaba que ya iba allí destinado. Aunque se me estime porque no hay motivo para otra cosa, mi presencia no es a veces muy grata, porque soy hombre poco manejable, como buen anarquista, cuando las cosas no van derechas.

Tiempo atrás, me encontré casualmente al doctor Olmedo en una calle de la capital de México. Se alegró sinceramente al verme, víctima como todos del desastre sufrido, y me llevó a su casa a tomar café. Por cierto que me recordó un incidente que ocurrió en su mismo despacho del hospital de la Bonanova,

en Barcelona, estando rodeado de varios jefes de las Brigadas Internacionales. Como a veces tenía que quedarme sin vehículo para cumplir mi misión en el frente, y se daba el caso que servían para asuntos amorosos o había negligencia en los encargados de administrarlos, aquel día entré en su despacho y le dije indignado cuanto sentía sin consideración alguna a la jerarquía. Esto me pasó más de una vez en el curso de la guerra. Como considero a todos los hombres iguales, tanto en la clase civil como en la militar, no he admitido superioridad de ninguna clase, encantándome en cambio los hombres anónimos, modestos y sencillos, que sólo aspiran a cumplir con su deber, a costa de todos los sacrificios.

El hospital de la Bonanova

El hospital de la calle Tellers, como hemos dicho, carecía de condiciones higiénicas, y se trasladó a un edificio de la Bonanova, que reunía condiciones excelentes, y que había servido a una institución religiosa. En Barcelona, como en otras partes, los humildes servidores de Cristo poseían los mejores y más ostentosos locales.

El día 12 de abril de 1938 recibí una comunicación de la Agrupación Médica de los Hospitales Militares y firmada por el doctor Olmedo, en la que se me decía: "Por necesidades del servicio a partir de esta fecha se hará cargo de la Clínica de Observación de este Hospital Base del Cuerpo Médico".

Acepté con gusto mi nuevo cargo, porque además de servir a la revolución, era una ocasión para practicar mis estudios médicos.

Mi misión era la de observar durante el tiempo necesario a los soldados enfermos enviados por los médicos de los frentes de guerra, para ser juzgados por los Tribunales Militares. Después de estudiarlos detenidamente, durante varios días, sin tener en cuenta el diagnóstico que traían, emitía mi opinión, y entonces el Tribunal fallaba lo que creía más acertado.

Recuerdo un caso interesante sobre este particular. Una vez llegó un soldado enfermo del corazón, inútil para el combate, pero que podía servir para servicios auxiliares, según la opinión del médico que lo mandaba. Después de una observación completa, propuse que se le declarara inútil total. Al aparecer ante el Tribunal, con los dictámenes contradictorios de dos médicos, le sometieron a una prueba de esfuerzo, y a poco cayó al suelo en grave estado, siendo llamado con urgencia para que lo reanimara, como así lo hice. Como era de esperar, el enfermo fue declarado inútil total. Y es que en el frente no se podía hacer una observación tan tranquila como en una clínica destinada a ese objeto.

Hace algún tiempo, encontrándome en un pueblo del norte de México, llegó a mi consultorio un hombre acompañado de dos hijos jóvenes y, señalándolos con el dedo, me dijo: "Éste es muy trabajador y aquél muy holgazán, y se

disculpa diciendo que sufre del corazón. Lo han visto varios médicos y me aseguran que no tiene enfermedad alguna". En efecto observándolo rutinariamente no se le apreciaba nada anormal en el corazón.

Entonces hice una prueba muy sencilla y definitiva. Llevé a los jóvenes al jardín de la casa, les di una cavadera a cada uno y les puse a trabajar la tierra. El trabajador hacía bien su faena, pero el "holgazán", a poco de esforzarse, se ahogaba y el corazón le golpeaba el pecho con violencia. El padre se fue convencido, por lo que veía palpable, que su hijo estaba seriamente enfermo del corazón e inútil para un trabajo en el campo. "Perdóname, hijo -le dijo el padre-, por haber pensado injustamente de tí".

Y es que a veces, sin una lesión aparente, pero que existe, el corazón conserva en sus fibras escasa reserva, que pronto se agota, o al contrario con una lesión manifiesta, quedan recursos para hacer un cierto trabajo muscular.

Enfermos numerosos, con trastornos del corazón, desfilaban por la Clínica de Observación todos los días, y durante la guerra los encontré por todas partes. Y no era para menos: las marchas forzosas en jóvenes acostumbrados a una vida sedentaria, las continuas emociones ante el peligro, los abusos del alcohol y del tabaco, influían en el funcionamiento del corazón, y más en los propensos a las enfermedades de aquel órgano.

A éstos se sumaban los trastornos del sistema nervioso, como la neurastenia y el histerismo. En ellos se observan fatiga, falta de energía, irritabilidad, depresión mental, cefalea, insomnio, vértigos, dificultades de la respiración, aceleración de las contracciones cardíacas, palpitaciones, dolor precordial, tendencia a desmayarse.

A veces aparecía una neurosis acentuada próxima a la demencia.

Aquellos individuos presentaban grandes dificultades para ser clasificados y juzgados con acierto, pues, la mayor parte tenían padecimientos superficiales que desaparecían al terminar la guerra. Esta manera de ser de los individuos así afectados, ha dado lugar a una enfermedad muy generalizada: "che soldier's heart" o el corazón del soldado.

Estos desórdenes funcionales a consecuencia del servicio militar durante la guerra, que envuelven trastornos circulatorios, ha constituido uno de los mayores problemas de la medicina militar, y así se desprende de los hechos observados.

Durante la primera guerra mundial, 70.000 soldados ingleses se dieron de baja como enfermos del sistema circulatorio, además 40.000 prisioneros con los mismos síntomas. Cinco años después, de 601 inválidos con pensiones, un 15% se había curado completamente, un 11% había mejorado, un 50% estaba lo mismo, un porcentaje muy pequeño había adquirido enfermedades crónicas, y muy pocos murieron.

En lo que toca a los simuladores, es decir, a los que aparentan enfermedades que no tienen, eran muy raros en Cataluña; donde más encontré fue en Albacete. El médico militar necesita conocer los métodos requeridos para diferenciar con justicia los casos de enfermedades reales de las falsas. Los relacionados con el aparato de la visión son los más numerosos y algunos requieren un experto oftalmólogo y un equipo especial.

El caso opuesto a los simuladores lo constituye un número de individuos débiles de cuerpo y fuertes de espíritu, que al declararlos inútiles o para servicios auxiliares, les produce un profundo disgusto, y no es de extrañar, tratándose de una revolución, en que la inmensa mayoría van como voluntarios.

La sanidad militar en Cataluña

Entre los documentos que he podido conservar referentes a mi actuación en la Revolución española, encuentro una comunicación de la Jefatura de Sanidad de Cataluña, firmada en Barcelona por Julián Aguado, jefe de la tercera Demarcación de Sanidad Militar, fechada el 1º de julio de 1938, que dice así:

> Con esta fecha, he tenido a bien disponer que, sin perjuicio de continuar usted actuando en el Tribunal de Recuperación e inutilidades Nº 1 del Grupo Médico, forme usted parte, en unión del Comandante médico Fried, designado por Ayuda Médica Extranjera, y del Teniente Coronel médico D. Felipe Pérez Feyto, del Tribunal médico militar que ha de fallar los expedientes de inutilidad del personal de las Brigadas Internacionales que se hallan en el campo de Instrucción de las Planas, y en los hospitales de Mataró, Vich y Moya.

Todas las mañanas, a poco de amanecer, llegaba a mi casa un automóvil de las Brigadas Internacionales, en el que tomaban asiento los miembros del Tribunal y alguna enfermera extranjera, la más constante, una de origen italiano, compañera de uno de los jefes de las Brigadas Internacionales. Los días que sólo recorríamos los hospitales españoles, disponíamos de un automóvil del hospital base de la Bonanova. Además de los hospitales señalados en la orden que copiamos, nuestro trabajo se fue ampliando a todos los que había en Barcelona y su provincia, así como a los de la provincia de Gerona. Entre otras ciudades, recordamos la de Sitges, Olot, Arenys y Caldas de Malabella. En Barcelona el que visitábamos con frecuencia era el del Asilo del Parque, que sufría mucho de los bombardeos. Recuerdo otro hospital de Barcelona, donde fuimos varias veces, destinados a los enfermos del sistema nervioso, dirigido por el doctor Mira, especialista en la materia.

Nuestra labor era en extremo penosa, trabajando día y noche, pero sin quejarnos por tratarse de auxiliar a los caídos por nuestra causa. Recorríamos cama por cama, reconociendo y escuchando a los enfermos, nos informábamos de la alimentación que se les daba, y fallábamos los expedientes de los enfermos y heridos.

Un día presidía el Tribunal que entendía en las inutilidades de los voluntarios de las Brigadas Internacionales, y como no me he guiado nunca por otra ley que la que me dictaba mi conciencia, cometí una "injusticia". Se trataba de un joven estudiante de Checoslovaquia, que había sacrificado su porvenir y su carrera por defender nuestra causa. Un casco de metralla había desfigurado su rostro, antes tan bello, con pérdida de un ojo. Lo propuse como inútil total, recomendando le dieran la indemnización debida. El joven aquel protestó airado de aquella injusticia y me dijo que en buena ley le correspondía le propusiera para servicios auxiliares. Mi contestación fue como sigue: "Ya has sacrificado bastante por nuestra causa, mientras que muchos españoles, jóvenes como tú, se han quedado en la retaguardia libres de todo peligro. Vete a tu país, concluye tus estudios, que todavía te quedan muchos años de vida para servir a tus semejantes". Al oírme hablar así, bajó la cabeza entristecido y dio muestras, como todos los presentes, de que yo estaba en lo cierto.

Continuamente ocupado en mi trabajo, no tuve tiempo de mezclarme en otros asuntos, pero conservo de la gestión de todos los que estaban destinados en la Sanidad Militar de Cataluña: médicos, practicantes, enfermeras y empleados modestos, el mejor recuerdo.

Sólo se presentó una epidemia seria de fiebre tifoidea en el hospital del Asilo del Parque, y algunos casos en otros hospitales. Ya he referido en otra parte la conducta loable del viejo anarquista doctor Medinaveitia, que ya en su extrema vejez dejó su hogar tranquilo de París y vino a formar parte de la Sanidad Militar de Cataluña. Como en cierta ocasión yo propusiera la balneación de los enfermos de tifoidea y los médicos allí reunidos se opusieron al tratamiento, Medinaveitia, que acababa de llegar y escuchaba la conversación, intervino en el acto para apoyar mi propuesta y dispuso, con su autoridad moral, que se preparasen bañeras con ruedas para llevarlas con facilidad de una a otra cama. Poco después murió Medinaveitia de una enfermedad de próstata.

Por aquella época conocí luchando en Cataluña a varios compañeros con los que había tenido amistad en el extranjero.

Una noche andaba casualmente por las calles de Vich al lado de un compañero italiano; la ciudad había quedado oscura por temor a la aviación. Mi acompañante me dijo: "En Londres fui íntimo amigo de Pedro Vallina, hoy médico en nuestras filas, que todavía no he podido encontrar". Empujé a mi acompañante a una tienda en cuyo interior había luz, y al reconocernos nos abrazamos estrechamente. Hacía muchos años que no lo había visto, y el día que nos separamos quedó herido por una explosión que él provocó con su impaciencia en un laboratorio de química que tenía en Londres.

[8]

Las vísperas del desastre

La salida de Barcelona

Massanet de Cabrenys

Camino del destierro

Las vísperas del desastre

A medida que el enemigo se acercaba a Barcelona, aumentaba la inquietud de la ciudad, haciéndose patente el desastre. Ya hacía días que con frecuencia se oía decir por la calle: "Hay que terminar la guerra, como sea". Esta frase se decía mucho por las tiendas y por las bocas de los individuos comodones, que no querían sacrificar nada. En mi último paseo por la librerías, pude observar que se habían retirado de los estantes los libros de más valor y es que ya se daba por seguro la próxima entrada del ejército fascista.

A mi llegada a Barcelona, como me mostrara intranquilo por la situación, se me contestaba por algunos compañeros: "Aquí no entrarán nunca los fascistas, primero se prendería fuego a la ciudad". Más de una vez indiqué a algunos la conveniencia de hacer obras de defensa en los sitios estratégicos cercanos a Barcelona, pero se encogieron de hombros. Si no me equivoco, en una visita del general Miaja afirmó que era más fácil defenderla, que defender al mismo Madrid.

Claro está que la inquietud de la ciudad penetró en el Hospital Médico de la Bonanova, y se reflejaba en los rostros de los soldados enfermos allí internados, cuya mayoría no estaba en condiciones de dejar la cama, lo que hacía mucho más trágica su situación. Entonces mis salidas fueron cada vez más raras y me pasaba el día en el hospital, al lado de los enfermos. Éstos aumentaban su afecto hacia mí y se tranquilizaban con mi presencia.

Recorriendo una tarde el hospital, encontré en un salón reunidos al director y varios médicos de los que más influencia política tenían en aquella casa. Hablaban en voz baja y me pareció que no les era grata mi presencia. Creí que se trataba de asuntos de faldas y me retiré apresuradamente para no molestarles. Pero me había equivocado: se trataba de abandonar el hospital y la ciudad, poniéndose a salvo, sin preocuparse por la suerte de sus compañeros de profesión y de sus enfermos.

Me acosté preocupado por la marcha de los acontecimientos y a poco me quedé dormido; pero a eso de la medianoche me despertó el teléfono, que

llamaba de una manera insistente. Me puse en el aparato y supe que se me hablaba desde el hospital, rogándome fuera con urgencia por haberse amotinado los internos.

Con la mayor rapidez me presenté en el hospital, que no estaba muy lejos de mi vivienda. En efecto, aquello parecía una casa de locos, hablando y gesticulando todos, al mismo tiempo. El motivo de la protesta se debía a que el director y algunos médicos, aprovechando la salida del último tren de Barcelona, de lo que tendrían noticias, habían abandonado el hospital sin decir nada y marchado de la ciudad. Con mucho trabajo pude tranquilizar en parte a aquella gente, ayudado por un comisario y el administrador, que ya conocía como afiliado a la C.N.T.

Aquella noche la pasé en el hospital y tomé su dirección con el beneplácito de los enfermos.

Al día siguiente salí a la calle a recoger impresiones y pude observar que todos trataban de salir de Barcelona. Primeramente estuve en el local de la Construcción, donde me advirtieron, los pocos que encontré, que no me confiara en defensa alguna y que me pusiera a salvo. Después estuve en una casa, creo que en el Paseo de Gracia, donde había leído en un periódico un llamamiento para organizar la defensa de Barcelona. Allí sólo encontré a una persona que me comunicó en pocas palabras que no había nada que hacer sino ponerse a salvo los más significados. Volví al hospital y reuní a los pocos médicos que quedaban, militares de profesión, ofreciéndoles todas las facilidades para salir de la capital, en el caso que se creyeran en peligro. Me contestaron que a ellos no les amenazaba peligro alguno, pero me rogaron que me pusiera a salvo, estrechando mi mano con efusión y dándome las gracias por mi conducta. Aquellos médicos, cuyas ideas ignoraba, se habían conducido en su misión extremadamente bien, no habiendo nada que reprocharles. No sé si se confiaron a la generosidad de los fascistas o si tenían amistad con ellos.

Como no había nada que hacer en Barcelona, que presentaba un aspecto desolado, determiné marcharme también, con más razón cuando tenía bajo mi

custodia a mis familiares y a los de Manuel Pérez, compuesto de mujeres y niños.

Antes de salir comuniqué a los enfermos cuál era la situación real que atravesábamos y les aconsejé, a los que pudieran hacerlo, abandonar el edificio. Observé que algunos lloraban, no por lo que pudiera ocurrirles, sino por la muerte de nuestras libertades.

La salida de Barcelona

El día 24 de enero de 1939, bien entrada la mañana, salí de Barcelona en un camión que me había procurado en el Hospital de la Bonanova llevando la familia de Manuel Pérez y la mía. El día estaba desapacible y triste, y los aviones enemigos volaban sobre nuestras cabezas, aumentando la inquietud de mis acompañantes.

Paramos en Mataró, dirigiéndonos al Hospital Militar, cuyo director era mi amigo el doctor Armendaris, que falleció en México. Parece que no estaban apercibidos del peligro que se aproximaba, pero con mi llegada se dieron cuenta de ello, y se dispusieron a evacuar el hospital.

Partimos para Gerona, donde llegamos de noche. Por el camino encontramos numerosos fugitivos, en la misma situación que nosotros. Durante el viaje varias mujeres y niños que marchaban a pie se subieron al coche. Más de una vez tuvimos que bajar del vehículo y huir de la carretera, pues los aviones fascistas nos seguían desde cerca. En Gerona paramos en un local de la C.N.T., donde había poca gente; la mayoría se había dirigido apresuradamente hacia la frontera. Un compañero que allí encontré me dijo que era de Sabadell, y que Santillán le había recomendado dejar en su pueblo a la familia y dirigirse a Gerona, donde había una concentración de compañeros para organizar la resistencia. No sé lo que habría de verídico en sus palabras, pero lo cierto es que nadie apareció por allí.

Aquella noche dormimos todos en el duro suelo, pero al día siguiente encontramos a un compañero que nos prestó los mejores servicios. Estaba afiliado a la C.N.T. y era comisario en el Hospital Militar. Para aliviar nuestra situación nos ofreció una casita que tenía en la misma capital, en buenas condiciones para ser habilitada. Aceptamos la oferta, pero tuvimos que desistir de ello porque la situación se agravaba por momentos. Entonces resolvimos marcharnos de Gerona. La familia de Pérez y la mía partieron primero, y unas veces a pie y otras en camioneta pudieron penetrar en Francia.

Quedé poco tiempo en Gerona, partiendo para la frontera, acompañado de varios soldados en el camión que había sacado de Barcelona. Llegué cerca de los Pirineos y en un pueblo, cuyo nombre he olvidado, dormí aquella noche, y al día siguiente entregué a una mujer, madre de un soldado que estaba en nuestras filas, numerosos libros de medicina que llevaba, por si pudiera algún día volver a recogerlos. El camión que llevaba se lo dejé al chófer, que partió por un lugar donde tenía su familia.

Recorrí aquellos lugares, observando el éxodo doloroso de los fugitivos que huían hacia la frontera francesa. No muy lejos del puerto de Rosas encontré un hospital militar que desocupaban los enfermos; me impresionó profundamente contemplar a varios ciegos que cogidos de la mano preguntaban cuál era el camino de Francia.

Algunos conocidos que por allí pasaban me invitaron a seguirlos y pasar la frontera, pero no acepté pensando en el peligro que corrían los que quedaban atrás. De pronto recordé al amigo que había dejado en Gerona y decidí retroceder a buscarlo. Dicho y hecho; busqué una camioneta, que en seguida encontré y que creo pertenecía al cuerpo de aviación, y partí para Gerona, siguiendo un camino contrario al que llevaba la gente y contemplé un espectáculo espeluznante y que nunca olvidaré.

Miles y miles de seres humanos marchaban en desordenado tropel carretera adelante en busca de la frontera. Militares, paisanos, viejos, mujeres y niños se esforzaban por abrirse camino, unos a pie, otros en vehículos; había familias enteras de campesinos que en carros llevaban sus enseres, no queriendo vivir bajo el dominio fascista. Era muy difícil marchar en dirección contraria a la que traía aquel río de gente, y unas veces por el camino y otras campo traviesa pude llegar al término de mi viaje.

Las calles de Gerona estaban llenas de gente y todos corrían de un lado al otro, gritando y gesticulando al mismo tiempo. Un grupo de hombres arrastraba un cañón, en actitud desesperada, por una calle, invitando al pueblo a la resistencia.

Pronto encontré al amigo que buscaba y me dijo que no había que pensar en resistencia alguna, y que los fascistas avanzaban sobre la ciudad, esperándose

su entrada en pocos momentos. Pensaba salir con sus familiares, que no estaban todos en condiciones de marchar a pie, pero no pudo encontrar un camión que los llevase, así que se alegró en extremo con mi llegada. Fuimos a su casa y recogimos a su familia, y como en aquel local había un depósito de ropas hechas, nos llevamos cuanto pudimos. En seguida partimos para la frontera, repartiendo la ropa a los más necesitados. Por fin llegamos a Figueras, donde me encontré una multitud desolada que corría de un lado para otro, mientras se oían los estampidos de la aviación enemiga.

Dejé en Figueras a la familia aquella, y el chófer me condujo al lugar de donde habíamos partido para hacer entrega de la camioneta.

Massanet de Cabrenys

Me encontraba al pie de los Pirineos, donde había llegado de Figueras, conversando con un compañero, cuando se me acercaron unos 50 soldados, llevando todos sus armas, y uno de ellos me entregó una orden militar que copio a continuación:

Agrupación de Hospitales de Gerona.
Clínica Militar número 9.
Dirección.

Cumplimentando órdenes recibidas de su superioridad, se servirá usted trasladar a los heridos confiados a su cargo al sitio que estime más seguro en las cercanías del límite con Francia del partido de Massanet de Cabrenys.

Comoquiera que los heridos a usted confiados son en su totalidad jefes, oficiales y comisarios, me permito recordarle que motivado por las circunstancias, procederá con tacto la evacuación de ellos.

Figueras, 28 de enero de 1939.
El inspector general
(Firma indescifrable)
El Comisario Delegado de Guerra
Dr. Pedro Vallina, capitán médico provisional de Sanidad Militar provisional de Massanet de Cabrenys.

Además de esa orden, me dijo uno: "Te hemos escogido en estos momentos críticos para ir todos juntos al destierro".

Nos pusimos en marcha y subimos una escarpada cuesta hasta encontrar una carretera que tomamos a la izquierda, llegando a Massanet de Cabrenys. A la entrada del pueblo encontramos un cuartel de carabineros, donde hicimos alto. Allí se informaron de nuestras intenciones y nos dejaron pasar sin obstáculo alguno. En el patio del cuartel había un numeroso grupo de detenidos, que más bien me parecían fugitivos que fascistas.

Al entrar en el pueblo lo primero que hice fue buscar al alcalde, a quien encontré en un estado de excitación grande, marchando aturdido de un lado para otro y llevando un pistolón a medio sacar del bolsillo.

En seguida me hizo entrega de una hermosa casa desocupada y bien amueblada y dispuso que se nos proporcionase la alimentación necesaria; y allí nos instalamos con el contento de todos.

Como tuviese noticias de que a poca distancia del pueblo, en una casita de campo, se encontraba el jefe de Sanidad Militar de Gerona, y diputado catalán, cuyo nombre he olvidado, me dirigí a aquel lugar, encontrándole sentado cerca de la casa. Aquel hombre parecía desinteresarse de lo que le hablaba y no tenía ningún plan que desarrollar en aquellas circunstancias; fue muy lacónico en palabras y me dijo que para todo lo que necesitase me las entendiera con el alcalde del pueblo.

Se alimentó bien la tropa y descansó cómodamente en las camas y sillones que había. Me acosté tarde y estuve investigando cuál era la situación real del pueblo, para evitar alguna sorpresa desagradable.

A la mañana siguiente salimos temprano a la calle y la primera noticia que tuve era que de madrugada habían escapado el alcalde y el jefe de Sanidad Militar, con quien estuve hablando la tarde anterior. Observé aquellos días que se había despertado una desconfianza grande entre los fugitivos, no confiando a nadie sus intenciones. En algunos casos era justificada esa desconfianza por tratarse de personas bien probadas.

Paseando por las calles me apercibí de que estaban desiertas y muchas casas cerradas. Por lo visto se había marchado la mayor parte de la gente.

Como me hiciera falta material de cura, pues en mi grupo había varios heridos, busqué al médico y al farmacéutico para que me prestasen ayuda, pero también se habían marchado. Me dirigí entonces al local de la farmacia y lo encontré cerrado. Llamé varias veces y nadie contestó. En aquel momento se presentaron unos carabineros y me dijeron que ellos también necesitaban material de cura. Llamaron a la puerta y no tuvieron contestación. Entonces no quedaba otro camino que abrir la puerta por la fuerza y así se hizo sin ninguna

dificultad. Entramos en el pequeño local de la farmacia, que nos pareció muy pobre y mal surtida. Ya llevábamos un rato separando aquello que podría servir, cuando en lo alto de una escalera aparecieron dos mujeres ancianas muy asustadas que nos dijeron: "Creíamos que ustedes eran los fascistas que acababan de llegar, y por eso no contestamos a los repetidos golpes que dieron en la puerta".

Al despedirnos de ellas nos dijeron que habían tenido allí alojada a la familia de un coronel del ejército republicano, pero que el día antes había partido para Francia. Después supe que se trataba de la esposa e hijos pequeños de mi amigo el coronel Del Rosal, que había mandado las milicias de la C.N.T. en el cuartel de la provincia de Cuenca donde nos encontramos.

Tres días llevábamos reposando en aquel pueblo y todos mis compañeros parecían contentos y poco dispuestos a cambiar de lugar, pero me inquietaban los movimientos que observaba. Los leales cruzaban los Pirineos y a toda prisa se internaban en Francia, en tanto en la retaguardia se quedaba mucha gente sospechosa y adicta a los fascistas, menudeando los conciliábulos entre ellos para tomar las riendas de la situación.

La última noche observé las idas y venidas de gente sospechosa y de vez en cuando sonaban los disparos de armas de fuego a nuestro alrededor. Cualquier intento de asalto a nuestro local hubiera sido peligroso para los que lo intentaran, pues éramos hombres resueltos y bien armados. Una lluvia torrencial empezó a caer, que se prolongó hasta cerca del amanecer, disipando en parte los temores de la noche.

Al rayar el día, al despertar mis compañeros de infortunio les dije así: "Mi opinión es que debemos abandonar este lugar ahora mismo. Aquí todos somos iguales y cada uno es libre de hacer lo que tenga por más conveniente; por mi parte, con el fusil en mano, voy a subir el escarpado monte que tenemos enfrente, y así evitaré toda sorpresa, porque hay gente enemiga que nos acecha".

Todos acordaron seguirme sin vacilación alguna.

Camino del destierro

Decididos todos a partir de Massanet de Cabrenys, donde no teníamos nada que esperar, a no ser a los fascistas con fuerzas muy superiores, cogimos las armas, nuestro único equipaje, y comenzamos a subir la alta montaña que teníamos ante nosotros.

La ascensión era en extremo lenta y penosa, colgándonos a veces los unos de los otros para escalar las más altas rocas, pero desde aquella altura podíamos divisar todo lo que ocurría a nuestro alrededor y a larga distancia. Pero nada divisamos que llamase nuestra atención, y la calma era grande como si la Naturaleza durmiera, aunque la inquietud y el dolor nos atormentaban, a causa de la libertad perdida y el alejamiento del país que nos vio nacer.

Al caer la tarde llegamos a una meseta cerca de la cumbre de la montaña, agotados por el esfuerzo de todo el día, así que decidimos pasar allí la noche para continuar la subida a la mañana siguiente.

Pero pronto se acercó a nosotros un hombre que vivía con su familia en una casita cercana y con voz suplicante nos rogó que siguiéramos el camino, donde a corta distancia nos encontraríamos con centenares de fugitivos que estaban allí acampados en espera del nuevo día para penetrar en Francia. "Temo -nos dijoque los fascistas que avanzan me asesinen con el pretexto de haberlos ayudado". Aunque muy fatigados, seguimos la marcha, no queriendo poner en peligro la vida de aquel hombre, que nos hablaba tembloroso rodeado de su mujer y sus niños.

Por fin, ya de noche, llegamos a la cumbre de la montaña, donde contemplamos un espectáculo desgarrador. Era un verdadero hormiguero de seres humanos, entre ellos mujeres, ancianos y niños, muchos gritaban y otros lanzaban gemidos de dolor. Los había amontonados en el suelo y otros colocados en carros, que habían subido hasta allí por algún camino de rueda que nos era desconocido.

A poco de nuestra llegada, se me acercó una mujer joven, que al verme vestido de militar me preguntó si yo conocía al coronel Del Rosal. "Es mi amigo

-le dije-, e ignoro su paradero en estos momentos. ¿Por qué me preguntas por él?" "Aquí cerca - me contestó- están solos su mujer y sus niños". Me llevó a un local cercano, atestado de gente, y la mujer e hijos de Del Rosal lanzaron un grito de alegría al encontrarse con un amigo en aquel trance tan triste.

Entonces se me acercaron unos carabineros y me propusieron montar una guardia armada en los alrededores, no fuéramos a ser víctimas de una agresión por los fascistas, pues las noticias que tenían no eran muy tranquilizadoras. Como el consejo que me daban me parecía muy prudente, dispuse que así se hiciera.

La noche fue muy angustiosa para todos, y para empeorar la situación, empezó a llover a torrentes, siendo muy pocos los que encontraron un lugar de refugio.

Amaneció el nuevo día, la lluvia cesó, y el sol lanzó sus primeros rayos para calentar nuestros cuerpos ateridos por el frío.

Y toda aquella muchedumbre de más de mil personas se puso en marcha por aquellas colinas, en dirección a la frontera francesa.

Al frente de mis compañeros entramos en Francia con el fusil al hombro. Se acercaron algunos gendarmes, a quienes entregamos las armas, en espera de volver a empuñarlas, y pisamos la primera tierra del destierro, que para mí no era cosa nueva. A poco fui detenido, llevado a Perpiñán y encerrado en un recinto cercado por alambradas como si hubiera sido una fiera, viéndome separado de la infortunada familia de Del Rosal, a la que no pude seguir prestando ayuda.

Y hago punto final a este relato, contado por un hombre del pueblo, que hizo cuanto pudo para defender la causa de la libertad en España, que es la causa de la libertad del género humano.

[Temas diversos]

El rosal de "Seisdedos"

Eduardo Barriobero

Los anarquistas en la revolución

El sufrimiento de la guerra

Una vieja lectura

Corolario de la guerra

El eclipse

Rosendo Castel!

La dignidad humana la idea de la paz

Los anarquistas en la revolución española

El cura y el anarquista

La influencia moral de los sindicatos

La muerte del piloto

El rosal de "Seisdedos"

A la memoria de Blas Infante

En aquel corralón de Seisdedos, en Casas Viejas, en donde fueron sacrificados muchos jornaleros andaluces en aras de una República macabra, fue arrancado de cuajo en la refriega un rosal anónimo, que rodaba por los suelos cubiertos de lodo y sangre.

Mi gran amigo Blas Infante fue en peregrinación a Casas Viejas, contempló la casita en ruinas de Seisdedos, con sus ojos cegados por las lágrimas, y recogió condolido aquel rosal profanado por las bestias sanguinarias del Poder.

Lo llevó piadosamente a Sevilla y lo plantó en el más fértil suelo de su jardín, y lo regó con la más cristalina de sus aguas. El rosal se vistió pomposamente de verde y se cubrió de capullos prometedores de las más bellas rosas.

Y fueron objeto constante de especulación por parte de los visitantes del jardín las flores rojas que un día brotarían de aquel rosal cogido en la casita del crimen, rojas como el color de la sangre derramada por los campesinos mártires; rojas como el color de la bandera de la rebelión de los esclavos.

Pero una esplendorosa mañana de primavera, en que la naturaleza renacía en un ambiente de luz y pájaros, al toque del alba dado por las campanas de la torre morisca, cambió el rosal sus capullos por unas hermosas flores, no rojas, como se esperaba, sino blancas como el color de la nieve y el armiño.

¡Cómo se regocijaba Blas Infante de la ocurrencia del rosal, burlando nuestras esperanzas y ajeno al furioso batallar de los hombres! Para nosotros, el rosal, agradecido, reflejaba en aquellas rosas blancas y puras la conciencia inmaculada de Blas Infante, que lo había devuelto a la vida.

Otros bárbaros como los asesinos de Casas Viejas, esta vez no disfrazados con el gorro frigio, sino llevando por enseña la cruz gamada, aparecieron en Sevilla de improviso y dieron muerte al más ilustre de sus hijos: a Blas Infante.

El duelo tendió su manto sobre la viuda y huérfanos del caído, y el jardín, no regado más que con lágrimas de dolor, se convirtió en campo yermo. El rosal perdió su lozanía, dejó caer, como lágrimas, las hojas mustias de sus rosas; se despojó de su ropaje verde y se vistió con otro gris, de luto; y por último, la savia dejó de correr por sus venas. Y en una oscura noche sin luna y sin estrellas, exhaló su último suspiro el rosal de Seisdedos. Único superviviente de la más inicua de las tragedias, digna de la pluma del gran Esquilo.

Ya en el jardín no hay amores, ni hay niños juguetones, ni pájaros cantores, ni flores blancas ni rojas, ni aguas cristalinas, ni por allí cruzan como otras veces, visitantes soñadores. El desastre cobija aquella tierra del crimen, en la que no crecen, como en el corralón de Seisdedos, más que cardos y espinas.

Como no hay noche sin aurora, esperemos un alba roja, tan encendida que todo lo revestirá de color de fuego, como el que arde imperecedero en nuestros corazones de revolucionarios andaluces, españoles e internacionales.

Eduardo Barriobero

Hace aproximadamente 30 años murió en "garrote vil" Eduardo Barriobero. Mucho más vil que el garrote fue el malvado Francisco Franco que le hizo agarrotar en Barcelona.

Los acontecimientos nos llevaron a tener una estrecha amistad con Barriobero en la primera época de su iniciación política, al que servimos de padrino, y compartimos con él los últimos días que precedieron a su infausta muerte.

A principios de siglo, ambos nos encontrábamos en Madrid, estábamos dominados por la pasión de los libros, la más noble de las pasiones. Con frecuencia nos encontrábamos en las librerías de lance en busca de libros raros. "Cuando suene la hora de la expropiación que preconizáis los anarquistas -nos decía con la seriedad que le caracterizaba-, me sumo a vosotros para despojar de sus libros a muchos imbéciles que no merecen tenerlos".

Entonces comenzó a publicar la revista Germinal, en recuerdo a la que con el mismo título pocos años antes publicaron Dicenta, Salmerón García, Delorme y otros. Pero era una revista de letras, en la que hacía sus primeros ensayos, entre otros, Francisco Villaespesa, que después llegó a ser un notable poeta. Con frecuencia conversaba con Barriobero, y en mi afán de proselitismo trataba de atraerlo al campo anarquista, cosa no difícil, pues las ideas estaban a la moda del día en un público mal llamado "intelectual". Por cierto que fueron muchos los que en busca de nombradía desfilaron de prisa por nuestro campo, para pasar al del vecino, mejor abonado para el cultivo de ciertas ambiciones.

La ocasión no tardó en presentarse en Barriobero, y se decidió, por fin, a pasar el Rubicón. Por entonces Ramiro de Maeztu renegaba ya de las ideas anarquistas y comenzó a publicar en *El imparcial* una serie de artículos bajo el epígrafe de "El anarquismo en España", que verdaderamente eran de una índole policíaca repugnante. "Hora es ya -decía Maeztu- que el corazón y la

cabeza de esos hombres vuelvan a la sociedad y a la patria, antes de que sea tarde para unos y para otros".

El grupo de Germinal comentaba en la mesa de café el último artículo de Maeztu, cuando Barriobero se dirigió a nosotros, que estábamos en otra próxima, para hacerme esta pregunta: "¿Quiere usted contestar en nuestra revista a Maeztu, como se merece?"

Acepté la oferta, y mi réplica agradó tanto a Barriobero, que la insertó en las primeras páginas de su publicación. Pero la redacción en masa se retiró de la revista, que de literaria pasó a ser anarquista. El número siguiente se dedicó a Pi y Margall, que acababa de morir. Entre los artículos destacaba uno muy notable con la firma de Roberto Castrovido.

Barriobero nos confesó en aquellos días de su nuevo apostolado, que sus ambiciones eran representar en el movimiento anarquista español el mismo papel que Sebastián Faure representaba en el movimiento anarquista francés.

Poco después, un motín provocado por la presencia del siniestro inspector de policía Marsal, asesino de un obrero bilbaíno en un mitin que se celebraba en Madrid a favor de las cigarreras despedidas, motivó el encarcelamiento de Barriobero durante varios meses, dando así comienzo a su carrera "política".

* * *

Durante varios años de exilio perdí todo contacto con Barrriobero. A mi vuelta a España ocurrió un episodio muy pintoresco, que me puso en relación de nuevo con el antiguo amigo. Ya entonces Barriobero había dejado de ser anarquista, como todos los de aquella época de procedencia burguesa, y militaba en el partido republicano federal, el más afín a nosotros. Era un abogado de fama, notable escritor y diputado.

El caso fue que traía del viaje un enorme cargamento de libros, y entre cajas, una colección de cráneos de monos recogidos en África. Los cráneos se hicieron sospechosos, por su parecido al que llevaba Alfonso XIII sobre sus hombros, y hubo hasta quien supuso que se trataba de calaveras de

personalidades asesinadas por los anarquistas y se negaron rotundamente a hacerme la entrega del equipaje. Recurrí a Barriobero, que vino en mi ayuda como abogado, así como el doctor Manuel de Brionele, catedrático de la Universidad de Sevilla, quien tuvo que testificar que aquellos cráneos eran de monos que no habían participado en ninguna función del estado.

Por fin el pleito se resolvió a mi favor, gracias a las idas y venidas de aquellos amigos. ¿Cómo podían imaginar aquellos monos, cuando en vida saltaban por la selva, que iban a ser tan vilmente calumniados después de muertos, comparándolos con figurones despreciables?

Desde entonces, cada vez que iba a Madrid, pasaba largos ratos con Barriobero. Después de la actualidad política, nuestro tema favorito eran los libros. Ambos habíamos reunido la más rica biblioteca, como premio a nuestra afición de toda la vida. Pero

¡oh inestabilidad de las cosas humanas! En un momento las destruyeron los fascistas. Con razón me dijo Malatesta más de una vez en Londres, cuando me veía cargado de volúmenes: "¡Al fin te ocurrirá lo mismo que a mí; los perderás todos!"

Barriobero vino siempre en mi ayuda en situaciones peligrosas, sin esperar que solicitara su concurso. Cuando el general Mola tuvo la humorada de deportarme a Estella, a ver si me convertían los carlistas, Barriobero luchó indignado contra aquella diablura, contribuyendo con Marañón, Lerroux y otros, a que se me reintegrara a mi viejo destierro extremeño, por el que tanto cariño sentía.

* * *

Al estallar la sublevación fascista, como habrán visto, ocupé un puesto modesto en la lista de los soldados desconocidos y perdí nuevamente de vista a Barriobero. Al final de la contienda, encontrándome en Barcelona, me dijeron que estaba abandonado de todos, enfermo y preso, y que había manifestado deseos de que lo visitara. Fui en el acto al Hospital General y allí lo encontré en una pequeña habitación con dos centinelas armados a la vista,

quienes tomaron mi nombre y me sometieron al registro más minucioso. Visité asiduamente a Barriobero y charlamos en grande del pasado, acabando nuestra conversación con el tema favorito de los libros, sobre todo acerca de lo que él había escrito, cuya génesis me explicó. Entre más de veinte volúmenes que dejó a la posteridad destacan sus novelas Historia ejemplar y atormentada del Caballero con la mano al pecho, que tanto anheló, sin conseguirlo, de llevarla al cine; El hombre desciende del caballo; Matapán, probo funcionario; El hermano Rajao, 33; El airón de Torre-Cumbre; etc. Sus estudios más notables fueron: De Cánovas a Romanones y Cervantes de levita. También publicó un libro de viajes, Cómo está Europa y algunas piezas de teatro: Don Quijote de la M ancha; Juerga y Doctrina; Hombres de honor; etc. Su colección de obras raras ponen de manifiesto su erudición: La sonrisa de Esculapio y La sonrisa de Temis son un tesoro de anécdotas en la materia. Una de las obras más notables de la citada biblioteca es, sin duda alguna, la del Padre Mariana, que lleva por título Del Rey y de la Institución Real, en la que se encuentran unos capítulos de lo mejor que se ha escrito en defensa del tiranicidio, comparables a los que escribió Milton en su Defensa del pueblo inglés.

Otras veces la conversación recaía en su intervención en los procesos populares, al servicio de la C.N.T. muchos de ellos: el atentado contra Salvatierra, el de Sancho Alegre, el de Riotinto, el de los Altos Hornos, los de Barcelona, y entonces su rostro se animaba de una manera enérgica y extraña. Pero al verse tan solo y abandonado, la más profunda melancolía hacía presa de su espíritu. Algunos secretos se llevó a la tumba que no dejaban bien parados a individuos y a organizaciones, y que me revelaba en su amargura...

Barriobero pasaba el tiempo en la prisión leyendo a Emilio Zola y escribiendo unos sonetos que merecieron el más caluroso elogio de Castrovido. Sus aspiraciones eran, a la salida de la cárcel, internarse en Francia, donde esperaba ser bien acogido gracias a su traducción de Rabelais, escritor intraducible, trabajo de un mérito raro, que le valió la condecoración de la "Legión de honor".

Un grupo muy restringido de compañeros de prisión visitaba diariamente a Barriobero y le llevaban los menesteres y alimentos más necesarios. Entre

otros, recordamos a César Flórez, que le profesaba un entrañable cariño. Le propusimos seriamente sacarle por la fuerza de la prisión, costase lo que costase; pero él se negó resueltamente. Deseaba salir por la puerta grande y con la frente en alto.

En el momento del desastre, nadie se acordó de nadie, y la derrota de las almas fue más grave que la de los cuerpos. Los soldados desconocidos de la guerra teníamos la mejor voluntad, pero carecíamos de influencias y de medios de transporte y a duras penas pudimos escapar, no para conservar la vida sino para continuar la lucha del día de mañana.

¡Pobre Barriobero! Siempre le recordaré y defenderé su memoria. Defendió siempre a los trabajadores perseguidos por la justicia burguesa.

¡Gratitud eterna al defensor de los caídos!

Los anarquistas en la revolución

Nadie podrá poner en tela de juicio la personalidad de Malatesta como anarquista, quien nunca perdió la ocasión de velar por la pureza de nuestros ideales y oponerse a toda adulteración. Pues bien, en la docena de años que pasamos a su lado, nunca se mostró opuesto a entenderse con políticos revolucionarios, siempre que ofrecieran una garantía de seriedad y decencia. Claro está que Malatesta iba en línea recta a lo suyo y no a hacer el juego a ningún partido o personalidad política. De vuelta de uno de sus viajes a Italia, adonde había ido para coordinar las fuerzas de la revolución, nos decía satisfecho:

-Cuando menos, veremos pronto la República implantada en Italia y en España.

El día que llegó a Londres la noticia de la revuelta de Portugal, fuimos a visitarlo y proponerle un viaje a Lisboa, a fin de intervenir en aquellos sucesos. Su opinión fue que llegaríamos tarde y que al día siguiente todo estaría concluido con la proclamación de la República portuguesa. Y, en efecto, así ocurrió: "La falta de dinero -nos decía- ha sido siempre un obstáculo serio para esta clase de viajes: o no podemos hacerlos, o llegamos tarde. Las personas que disponen de algún dinero, anarquistas o simpatizantes, pocas veces comprenden nuestra actitud. En cierta ocasión me dirigía a William Morris rogándole me prestase algún dinero para uno de estos viajes, el cual me contestó muy convencido: «Te quiero demasiado, Malatesta, para que te ayude a hacer tonterías»".

El insigne escritor libertario, como muchos hombres de su categoría, desconocía los hechos y las necesidades terribles de la Revolución.

De todos es conocida la actitud anti-intervencionista de Malatesta en la primera guerra europea. Sin embargo un día que Italia tenía que decidirse por uno de los bandos beligerantes, vino a mi domicilio y me dijo: "No salgas hoy de casa, que pronto vuelvo. Si Italia declara la guerra a Francia e Inglaterra, tendremos que partir en seguida para Italia, en donde una revolución nos espera. Haremos el viaje en un barco que nos aguarda en el Támesis". Cuando

más tarde volvió Malatesta con la desagradable noticia de la declaración de guerra de Italia a Alemania, le dije decepcionado: "Deberíamos hacer el viaje a pesar de todo". No me contestó y con un apretón de manos y una sonrisa cariñosa se despidió hasta más tarde.

Nadie puede imaginarse que Malatesta hubiera ido a Italia en un barco inglés para ponerse al servicio de ese gobierno, sino para aprovechar tan propicias circunstancias, desatar la revolución popular y llevarla hasta sus últimos extremos. Ahora bien, si Malatesta no tenía inconveniente alguno de establecer contacto con elementos revolucionarios ajenos a nuestras ideas, su espíritu de penetración estaba siempre alerta para rechazar a los indeseables. Su opinión adversa a Mussolini, cuando todavía éste no había traicionado abiertamente la causa popular, es bien conocida de todos.

* * *

El alma ardiente y generosa de Carlos Malato lo llevaba a intervenir siempre en todos los movimientos revolucionarios de su época. Y no pocas veces participó en los asuntos de España, ya con los anarquistas solos, ya con anarquistas y republicanos puestos de acuerdo. Así se vio una vez complicado en el ruidoso proceso de la rue Rohan, acusado de regicida, cuando el atentado en París contra Alfonso XIII. Su interés por la causa de la revolución española era tan grande, que algunos compañeros franceses, en tono de broma, lo calificaban como un "patriota español".

Luisa Michel participó activamente en los sucesos de la Comuna de París, siendo heroica hasta delante del Consejo de Guerra, a quien pidió su fusilamiento por seguir la suerte de sus mejores compañeros. Condenada a la deportación perpetua a Nueva Caledonia, sembró allí el bien a manos llenas entre los pobres canacas, habitantes de aquellas tierras oceánicas. En su novela histórica Los Deportados, nos hace Carlos Malato un relato emocionante de aquellos acontecimientos.

Otro compañero inmensamente sabio y bueno, Eliseo Reclus, no vaciló un momento en aquella ocasión en cerrar el libro y empuñar el fusil para unirse a

la muchedumbre anónima que marchaba contra el gobierno liberticida de Versalles.

Sebastián Faure y los anarquistas de París, durante el proceso Dreyfus, se lanzaron a la calle para luchar unidos a otros elementos revolucionarios, contribuyendo mucho en hacer fracasar el plan contrarrevolucionario de los fascistas de entonces. Igual actitud observó Sebastián Faure en el proceso de la rue Rohan, desplegando sus maravillosas dotes oratorias. En aquella ocasión fueron todos los elementos de las izquierdas los que se sumaron a los anarquistas para salvar a algunos compañeros en inminente peligro.

Dos anarquistas que dieron su vida por el ideal, cuando hubieran podido pasarlo muy cómodamente, no desdeñaron el pactar con los republicanos para derrocar la monarquía española y abrir nuevos horizontes a la Revolución, me refiero a Francisco Ferrer y Mateo Morral.

* * *

Para sustentar nuestra opinión hemos citado los nombres de compañeros conocidos, que gozan de la estimación universal; de hombres que honraron con su conducta el bello ideal anarquista. Pero no olvido a los compañeros anónimos, no de menor valía, que con modestia y bondad acompañaron a los otros en la lucha y ofrecieron sus vidas por la causa de la Revolución popular.

Deben, pues, los anarquistas, con más derecho que nadie, pues son por esencia revolucionarios, intervenir solos o acompañados en todas las contiendas populares. Pero deben intervenir como anarquistas que son, como intervinieron siempre los compañeros que hemos citado, honrando el ideal.

El prototipo de anarquista revolucionario lo tenemos en Bakunin, el incansable rebelde, el hombre del pensamiento y de la acción, que interviene en los movimientos revolucionarios de su época, sacrificándolo todo y no beneficiándose de nada.

Porque no hay que olvidar que las ideas todas, y en particular las nuestras, son para sacrificarse por ellas, y el que no lo entienda así las perjudica.

* * *

¿Deben los anarquistas mantenerse al margen de los partidos políticos o pactar con ellos en determinadas circunstancias, con fines revolucionarios?

Este tema, que ha dado lugar a tantas discusiones, se plantea de nuevo ante el problema español. Trataremos de contestar la pregunta que formulamos según nuestro criterio personal que, por otra parte, no es otro que el sustentado por la vieja guardia anarquista.

No hay inconveniente alguno, a nuestro entender, en ponerse de acuerdo con los partidos políticos de izquierda para acelerar el triunfo de la insurrección popular, derrocar un régimen tiránico y entrar de lleno en un período revolucionario con todas sus consecuencias. Pero hay que tener mucho cuidado, por nuestra parte, de no falsear los ideales que profesamos ni establecer contacto con hombres desacreditados por su funesta labor política. Lo peor que puede ocurrir es que el pueblo nos midiera a todos por el mismo rasero.

Como somos anarquistas, es decir, hombres que obramos con un criterio propio, no podemos obedecer a ningún mandato o consigna que no emane de nuestra conciencia. Ni dar el visto bueno a un gobierno que viniera a sustituir al caído, por mucho que pretendiera labrar la felicidad del pueblo. Ni ocupar puestos de significación gubernativa durante o después del hecho revolucionario y menos aquellos que pudieran beneficiarnos personalmente. Ni imitar al burgués poseído por el lujo de la vivienda, los vestidos, los manjares y las queridas. Ni olvidar por un momento que nuestros aliados políticos nos detestan cordialmente, y que una vez que consiguieran sus propósitos, tratarían de anularnos por todos los medios que estuvieran a su alcance.

¿Cuál ha de ser, pues, nuestro papel en la Revolución? Ocupar sencillamente la primera fila entre los combatientes, conducirse desinteresadamente, ser dechados de moralidad, no olvidar que la esencia de nuestras doctrinas es el amor y no el odio, despertar las iniciativas de las multitudes para que sea el

pueblo el que resuelva sus problemas y no los deposite en manos ajenas y, por último, evitar o retardar la formación del gobierno, cualquiera que fuese, puesto que vendría a cerrar el período revolucionario.

Al obrar así es que sabemos, por la historia, que los gobiernos no hacen nada de provecho, en circunstancias parecidas, por muy revolucionarios que parezcan, y si toman alguna medida que favorezca al pueblo, es que ya éste la había conquistado en la calle. Si durante la gran Revolución Francesa la Asamblea Constituyente abolió los derechos feudales, es porque ya el pueblo francés los había abolido de hecho quemando castillos y conventos y colgando a sus moradores. ¿Acaso los hombres de las picas, el pueblo de París, no tenía que invadir periódicamente el recinto de la famosa Convención para recordar a sus miembros que había que marchar siempre adelante? Con la conducta que señalamos al intervenir en la Revolución, llevamos siempre las de ganar, aun siendo derrotados y pereciendo en la contienda, pues por lo menos dejaríamos al pueblo un recuerdo imborrable de lo que son capaces los hombres inspirados por tan sublime ideal.

Acerca de la participación y conducta de los anarquistas en movimientos revolucionarios de carácter político, referiremos algunos casos entre otros muchos, interesantes desde el punto de vista histórico, y que vienen a confirmar nuestros asertos.

* * *

Por el año 1868 se preparaba en Andalucía el pronunciamiento militar que habría de derrocar el trono de Isabel II. El general Prim residía en Londres, mientras que un general de los comprometidos recibía en Cádiz sus instrucciones. Fermín Salvochea, que era muy joven, participaba activamente en la conspiración. Prim se servía de una escritura cifrada y además dividía sus cartas en varios trozos que remitía a otras tantas direcciones. Salvochea recogía la correspondencia y se entrevistaba con el general para descifrar su contenido. En cierta ocasión, ocupado en otro asunto, Salvochea faltó a su cometido. El general, contrariado, le dijo para estimular su celo: "Conviene que se acostumbre desde ahora a ser exacto en el cumplimiento de su deber, para

que el día de mañana pueda desempeñar con brillantez el alto cargo que le será encomendado como premio a sus merecimientos". A lo cual contestó Salvochea: "En lo futuro no tendrá motivo de queja; pero tenga entendido que no ambiciono cargo alguno, ni lo aceptaría en el caso de que se me ofreciera, porque son otros los propósitos que motivan mi intervención".

Y en efecto, Salvochea, que era entonces republicano federal, pero que ya tenía la contextura moral de un verdadero anarquista, no aceptó cargo alguno en aquella ocasión ni en ocasiones venideras. Pero como luchaba con pureza de intenciones y era hombre extremadamente desinteresado y bueno, los gobernantes ambiciosos de aquel pronunciamiento, que no querían de manera alguna que desembocara en una revolución popular, le dieron el cargo que ellos acostumbraban dar a hombres de su temple: el presidio, cuando no la muerte.

De aquellos hombres no quedan hoy más que recuerdos históricos, y no muy buenos; pero la llama de bondad de Salvochea flameará eternamente en toda lucha.

El sufrimiento de la guerra

¡Cuán feliz vivía Federico, el guardabosques, en su tierra alsaciana! En un claro del bosque tenía una casita muy linda, rodeada por una cintura verde de enredaderas, de las que pendían hermosos ramos de flores de todos colores. En aquel lugar se daban cita los pájaros cantores del bosque, para ensayar sus trinos, cuyas notas iban a mezclarse con las de un torrente cercano, que cantaba noche y día. Pero el mejor adorno de aquel lugar de ensueños era María Rosa, un dechado de belleza, que apenas contaba quince abriles. La niña era una nota brillante en las armonías naturales, y hacía coro con los pájaros, con las aguas y con los árboles. Cantaba sin cesar, y mientras tanto limpiaba la casita hasta ponerla resplandeciente.

Desde muy pequeña quedó huerfanita y sustituyó a su madre en los quehaceres domésticos. Cuando Federico volvía fatigado de recorrer los senderos del bosque, celoso en el cumplimiento de su deber, la niña se colgaba de su cuello y besaba su frente sudorosa; beso que el padre devolvía en sus mejillas de grana. Después se sentaban al pie de la chimenea, en la que ardían gruesos troncos de olmo, tomaban una cena frugal, el padre fumaba la pipa y la hija bordaba hasta que la vencía el sueño bien pronto. Mientras ambos dormían como bienaventurados, la luna filtraba sus rayos a través de la arboleda y coronaba de plata la casita del guardabosques.

¡Cuán felices se deslizaban los días para aquellos seres sencillos y buenos! Pero, de vez en cuando, una sombra oscurecía su dicha, como una nube oscurece el sol, y era el recuerdo de la esposa y de la madre ausente. Y los ojos brillantes de la joven María Rosa, eran cegados por las lágrimas. Después huía la pena, como la nube en el cielo, y la alegría volvía a brillar de nuevo.

Un elemento de ventura vino a sumarse a la felicidad ya existente. Era un joven campesino, Luis, repleto de salud y de bondad, que rondaba la casita del guardabosques. Pronto se entendieron los tres en comunión espiritual. Luis se casaría con María Rosa, sustituiría en su labor a Federico y éste podría pasar en reposo los últimos años de su vida, sin otra incomodidad que la que le proporcionaran sus nietecillos al trepar por sus rodillas. ¡Qué porvenir más

bello se forjaron los humildes, sin pensar que otros hombres, los soberbios, emperadores, reyes, banqueros, millonarios, todos, conspiraban sin cesar contra la tranquilidad de los pueblos!

Un día, de improviso, palidecieron las flores, enmudecieron las aves, enronqueció el torrente, crujió el arbolado y pajarucos cruzaron el espacio lanzando graznidos siniestros. Y así como el viento helado del invierno marchita las hojas de los árboles y las arrastra en el espacio con su soplo, así el viento frío del infortunio batió a aquellos infelices y arrastró sus ilusiones por el suelo.

Era el año de desgracia de 1870, y había estallado la guerra francoprusiana, que a no largos intervalos continúa todavía. Luis fue llamado a filas y murió en el primer encuentro con el enemigo: una bala de otro campesino, como él, alemán, partió en pedazos su noble corazón, y la caballería destrozó su cuerpo rebosante de vida.

Perdida la guerra por los franceses y anexionada la Alsacia por los alemanes, Federico se refugió en París con su pobre hija. En una bohardilla sin sol y sin aire languideció aquella flor que se llamaba María Rosa, pensando en el adorado ausente, hasta que un día, después de largo padecer, se la llevó la tuberculosis en sus brazos de horror a un rinconcito de la fosa común donde descansa para siempre.

¡Pobre Federico el guardabosques! Ya no recorría las montañas encantadas de Alsacia, que le sirvieron de cuna, ni tenía una hija, ni un yerno, ni los soñados nietecitos. ¡Estaba solo en el mundo, solo con su dolor! De la mañana a la noche recorría las enlodadas calles de París, cegado por la fría neblina, con sus zapatos rotos, el traje sucio y destrozado, el fango hasta las rodillas, la cara demacrada por las vigilias, y los ojos febriles buscando entre la multitud una joven que se pareciera a su hija. Y cuando cerraba la noche y se retiraba a su mísero hogar, tan triste como una tumba, apretaba los puños con rabia, hasta clavarse las uñas y murmuraba con voz ronca estas palabras:

-¡Ah, maldito sea mil veces Napoleón III, el imbécil, causante de mis desgracias, y tú, también, Bismarck, el infame, ensoberbecido hoy por el

triunfo, pero que el día de mañana la justicia inmanente de las cosas, reducirá a cenizas vuestra obra!

* * *

El relato anterior es el argumento, torpemente contado por nosotros, de una novelita antiguerrera, Federico el guardabosques, escrita por dos autores alsacianos: Erckmann-Chatrian. En español hay una traducción de la obrita que publicó hace medio siglo la Biblioteca selecta, de Valencia.

Lástima grande que ese librito no estuviera hoy al alcance de todos, pues de su lectura se desprende un sentimiento de horror contra el crimen de la guerra.

Puede dormir tranquilo el pobre Federico en la fosa común, que sus últimos deseos llegarán a cumplirse: día llegará en que el militarismo alemán y el militarismo francés quedarán destruidos en una nueva guerra y los pueblos mártires reedificarán sobre sus cenizas una sociedad de paz y de ventura.

Una vieja lectura

Apenas salido de la espesa niebla que envolvía los primeros años de mi existencia, cuando el educador hizo vibrar en el maleable cerebro los rayos de luz de la inteligencia y leía torpemente los escritos que llegaban a mis manos, la casualidad me hizo topar con uno que deslumbró el espíritu, como relámpago en noche tenebrosa, habiendo de influir en la conducta futura. Se trataba de un cuentecillo que otro hermano mayorcito había copiado no sé de dónde, y que llenaba la primera página de un cuaderno manuscrito con copias de trozos semejantes.

El cuentecito decía más o menos lo siguiente:

"Un angelito tenía grandes deseos de conocer la tierra, y todos los días importunaba al Padre Eterno para que le permitiera visitarla. Por fin éste le concedió el viaje, que hizo acompañado por un guía. Ambos posaron sus plantas en un lugar de la tierra, donde en aquel momento se libraba una de las batallas más feroces que registrara la historia, y cuyo nombre no recuerdo.

"Lo cierto es que, a la vuelta de su viaje, le dijo el angelito con ceño adusto al Supremo Hacedor: «Se me ha engañado como a un angelito que soy, pues en vez de llevarme a la tierra, adonde se me condujo fue al infierno, al más horrible que hubiera imaginado»".

Este cuento antiguerrero, que dejó en mi espíritu huellas imborrables, estaba firmado por Benjamin Franklin, pero nunca lo he podido encontrar entre sus obras.

Pues bien. Tenía razón de sobra el angelito del cuento: los hombres habían convertido la guerra en un verdadero infierno, cuando los dioses la crearon, como decía Epicteto, para que vivieran en ella dichosos.

Y la convirtieron en un infierno, porque equivocaron la senda desde un principio, y en vez de fortificar el camino, lo que hicieron fue extraviarse cada día más, sin que sirvieran de experiencia los tumbos que daban de uno a otro abismo.

Se agruparon en sociedad y desconocieron los tres pilares fundamentales en que debían asentarla: la igualdad, la fraternidad y la libertad.

Claro está que al desconocer la igualdad económica, la fraternidad y la libertad no podían ser más que nombres vanos, como ocurrió en la Revolución Francesa. Y lo que constituyeron, en consecuencia, no fue una sociedad humana, sino una horda hipócrita y malvada, llena de errores y de vicios repugnantes, donde viven crucificadas la inocencia y la virtud.

El desconocimiento de la igualdad social los llevó a la explotación de sus semejantes, con todas sus consecuencias; el de la fraternidad los llevó a la guerra y a toda clase de crímenes; el de la libertad condujo a la esclavitud bajo todas sus formas, la peor de todas, la económica.

Y el mal se enseñoreó de toda la tierra, y la virtud suprema, que es la bondad, y en la cual se encarnan todas las demás virtudes, desapareció por completo, para ir a refugiarse en el corazón de algunos hombres que lo habían conservado sano a través de tantas tentaciones, y por querer hacerla triunfar sufrieron la prisión, el destierro y la muerte.

Lanzados los hombres por un camino insensato, en el que todos los lazos humanos fueron rotos y pisoteados, no tardaron también en romper y pisotear las leyes inflexibles de la naturaleza, siendo en consecuencia, como un castigo, víctimas de toda clase de enfermedades, algunas tan calamitosas como la guerra misma, enfermedades sociales como el alcoholismo, las drogas, la sífilis y la tuberculosis.

Y esa horda a que nos referimos abordó un engendro de civilización falsa, manchada de lodo y sangre, que cuando los agentes del mal agudizaban u obraban a largo plazo, se desmoronaba estrepitosamente, destruyendo en su caída las obras útiles construidas por los hombres de buena voluntad. Así perecieron las civilizaciones de los egipcios, de los griegos, de los romanos, de los árabes, de todos los pueblos, y así se desmoronaron los grandes imperios. Y las generaciones que las han sucedido tuvieron que empezar el edificio de nuevo, el edificio social con tantos dolores levantado, para que otra vez fuera destruido por la locura de algunos hombres. Ése fue el tejer y destejer de los siglos.

No creemos que las civilizaciones de los pueblos estén sujetas a la ley fatal de la evolución de los seres: nacimiento, crecimiento y muerte. La civilización es otra cosa: es el trabajo, es la inteligencia, es el espíritu del hombre, siempre en evolución ascendente, transmitiendo de los unos a los otros los frutos del progreso, hasta que los malvados interrumpen su marcha ascendente.

El espectáculo horroroso que hoy ofrecemos dramáticamente al mundo, no es sólo la obra de hítleres y mussolinis, monstruos que no han servido más que de detonadores, y que han hecho saltar en pedazos el viejo edificio social en el que durante siglos los malvados han acumulado cantidades de material explosivo.

¡Recrearos en vuestra obra, adoradores del becerro de oro, artífices de esta sociedad del crimen! Ya no es sólo la lucha de clases, a que se refieren los marxistas: es la lucha de todos los hombres unos contra otros, como dementes furiosos, del pobre contra el pobre, del rico contra el rico. Es el dolor universal en su máxima intensidad, del que nos hablaba Sebastián Faure en libro admirable.

La matanza es universal y la ruina llegará a su máximo; y en una época en que las riquezas acumuladas por el trabajo de los hombres hubiesen podido llevar a todos la abundancia y el bienestar, las dilapidáis en el crimen y condenáis a los que escapan con vida a largos años de hambre y de desnudez.

El gran crimen de nuestra época, la guerra mundial, no es la obra de hombres que hormiguean en los bajos fondos sociales; ni de perturbadores de los partidos revolucionarios; ni de criminales natos, ni de degenerados, ni de desalmados, ni de violentos. Es la obra de hombres sensatos, de pilares de la sociedad, como diría Ibsen; es la obra de los hombres que ocupan los más altos puestos del Estado, en representación del Dios-Capital y que deberían ocupar, si hubiera sentido común sobre la tierra, los lugares más vigilados de los manicomios y con la camisa de fuerza sobre las espaldas. Culpables los unos y los otros; pero los pueblos saben muy bien que todos habéis llevado vuestro grano de arena a la catástrofe.

El abismo que habéis abierto con la última guerra no podrá ser cerrado por vosotros, y por mucho que os esforcéis para encontrar la salida, no

conseguiréis otra cosa que caer más hondo. Habéis envenenado las fuentes de la vida y ha sonado la hora que tenía que sonar, la señalada en el reloj del tiempo, el fin de vuestra sociedad capitalista.

¡Séale la tierra ligera al horrible monstruo, en cuyas podridas entrañas se engen-dró el espectro de la guerra!

Pero otra vez renacerá con ímpetu la vida, y los hombres con la experiencia adquirida en esta lucha, que es formidable, no seguirán otra senda que la del bien y la verdad. Y así como después de una larga noche tempestuosa se levanta sobre la tierra devastada el sol esplendoroso de un nuevo día, llevando a todas partes con sus rayos de calor, la luz y la alegría, así sobre la negra noche de una sociedad enloquecida y en ruinas, por el crimen monstruoso de la guerra, se levantará el sol del ideal más puro que los hombres concibieron a la perfectibilidad humana: el sol del comunismo libertario, que hará posible la igualdad, la fraternidad y la libertad entre los hombres.

Entonces, y solamente entonces, podrá decirse que la humanidad ha comenzado una etapa de verdadera civilización, y es cuando podrá ser un hecho la aspiración de los moralistas de todas las épocas y pueblos: ¡No matar!

Corolario de la guerra

En el curso de la guerra fascista española, y después de la emigración, tuvimos muchas veces la ocasión de recordar la novelita de Erckmann-Chatrian, Federico el guardabosques, a la que nos referimos en uno de los apartados anteriores, ante el sufrimiento de muchos desgraciados de la clase humilde.

Trabajando en nuestra profesión en un refugio prisión para mujeres, niños y ancianos, en Perpiñán, donde nos habían internado los franceses, venía todas las mañanas a nuestra barraca de curaciones un niño de 7 años llevando de la mano a una niña de 5 años, que padecía una enfermedad leve de la piel. El niño se había quedado solo en el mundo, pues sus familiares murieron en la retirada, y al cruzar la frontera se encontró con la pobre niña, que estaba en situación parecida. La cogió de la mano y no se separó más de ella.

- Esta niña es poco obediente -me decía el muchacho con aire serio de protector.

- ¡Cuando seas más grande y tengas bigotes, te hará más caso! -le contestábamos nosotros, mezclando la risa con algunas lágrimas que se agolpaban a los ojos ante tan deplorable espectáculo.

Temblando de frío y con el estómago vacío, aquellos niños mostraban en sus ojos una decisión firme de sobrevivir para cumplir un destino en el futuro.

Tanto como el sufrimiento de los huerfanitos, me impresionaba la situación de un pobre anciano, que frisaba en los ochenta años. Era un hombre educado y parecía de desahogada posición social, aunque vestía un traje arrugado y lleno de manchas. Su barba estaba crecida, su semblante demacrado y sus ojos enrojecidos por las lágrimas y el insomnio.

- Mis hijos -repetía- murieron todos en la guerra, y mi esposa acaba de morir en el hospital. Estoy solo en el mundo, a una edad en que la ayuda es tan necesaria.

Yacía como un perro en un montón de paja colocado en uno de los rincones del refugio. Ya habrá muerto y descansado.

Un día marchaba delante de nosotros por la calle un pobre soldado español, encuadrado por dos gendarmes. Llevaba en los brazos un bulto que creíamos sería su equipaje. Pero de pronto el soldado tropezó en una acera y cayó violentamente al suelo. Dimos un salto, y antes que los gendarmes intervinieran levantamos al caído. Pero nuestra sorpresa no tuvo límites cuando vimos que lo que llevaba entre sus brazos no era el equipaje, sino un hermoso niño de pocas semanas de edad.

- Al pasar la frontera -nos dijo- encontré este niño tirado en el suelo, y su madre muerta, al lado. Voy a criarlo para llevárselo a mi mujer, que no tiene hijos.

¡Cómo se va a alegrar!

El soldado estuvo con nosotros en el refugio hasta que los franceses, como recompensa a nuestros desvelos, nos trasladaron al campo de concentración de Argeles. Hacía la camita del niño sobre un montoncito de paja, lavaba su cuerpecito y le daba el biberón, a veces con exceso, lo que motivaba nuestra intervención amigable. Cuando querían verlo enfadado los vigilantes del refugio, no tenían más que decir que iban a separarlo de la criatura.

- Este niño es mío, porque yo lo he salvado -decía fuera de sí, mientras que lo apretaba estrechamente entre los brazos.

En el Hospital General de Perpiñán encontramos una pobre niña de doce años, mutilada de una pierna, falta de un brazo y con herida de metralla en el otro, con peligro de perderlo o quedarle inservible. Su padre era un campesino catalán que había solicitado un trabajo de limpieza en el Hospital, para estar al lado de su hija. Con acento desgarrador nos contaba lo sucedido, mientras la voz se ahogaba en la garganta y las lágrimas cegaban sus ojos:

- Yo no quería quedarme en una España fascista y seguí las huellas de nuestro ejército. Antes de llegar a la frontera francesa dejé a mi familia instalada en un bosquecillo, mientras iba a un arroyo cercano a llenar un cántaro de agua. Al inclinarme sobre la corriente, oigo a mi espalda una

terrible explosión. Vuelvo la vista y contemplo con horror cómo una bomba de aviación había caído en el mismo lugar donde había dejado a mi familia. Cuando llegué, jadeante y tembloroso, un cuadro aterrador se ofreció a mi vista: todos estaban destrozados por la metralla: mi mujer, mis hijos, mis ancianos padres, y sólo pude recoger a esta pobre niña agonizante...

* * *

Huyendo de la policía francesa, encontramos un refugio seguro en un lugar extraño: en un Sanatorio Antituberculoso, anexo al Hospital de una gran ciudad francesa. Nosotros no estábamos tuberculosos sino simulados de acuerdo con el director del establecimiento, ilustre doctor y alcalde socialista de la citada villa, que había preparado nuestra salida del campo de Argeles. Cualquier otro hubiera preferido el campo de concentración a las escenas macabras que allí se desarrollaban. Pero nosotros estábamos acostumbrados a vivir al lado de tan desgraciados enfermos.

Cuando dejábamos aquella casa, en parte ocupada por refugiados españoles, nos despedimos abrazando a aquellos enfermos, entre los cuales recordamos a dos que nos impresionaron profundamente: uno era un catalán como de treinta años de edad, con lesiones irreparables en ambos pulmones. Se arrojó a nuestros brazos y lloraba angustiosamente. A su lado se encontraba su esposa, casi una niña, que iba todas las semanas a visitarlo, con una hermosa criatura en sus brazos. ¡Cuál no sería el dolor del desdichado ante la muerte cercana y el abandono de los seres queridos! El otro era una señora española que llorando nos enseñó una carta de su esposo, que ignoraba la gravedad de su estado, y que desde un campo de concentración le comunicaba, lleno de júbilo, cómo había conseguido el visado de su pasaporte para pasar a México, donde vivirían felices, después de treinta años de infortunio.

Salimos de aquella casa con la cabeza baja y avergonzados por ser los más felices de todos los internados.

* * *

Los casos que citamos no son más que unas gotas de dolor perdidas en un inmenso océano de sufrimientos. Millones de seres sufren en estos momentos a causa de la guerra tormentos que hacen palidecer a los que nos refiere Dante en su Infierno. Niños arrancados de los brazos de sus madres, para andar solos por el mundo; jóvenes viudas, sujetas a todas las asechanzas; ancianos decrépitos, que vieron desvanecerse sus últimas ilusiones con la muerte de los hijos queridos, no encontrando otro consuelo que el silencio de la tumba.

Un caso típico fue el del general Burguete, quien, encontrándose en Valencia, supo del fusilamiento, en los campos de Málaga, de su hijo, el último comandante del mismo nombre. De su pluma brotaron, como un manantial de cólera, los improperios más terribles que jamás se escribieron contra el bufón asesino de Queipo de Llano, que lo mandó fusilar para satisfacer rencores ruines. Y en seguida encontró la paz en la muerte, siguiéndole su esposa a los pocos días.

¡Hay que acabar esta vez con tantos horrores! Porque si el hombre no puede seguir otra ruta que la del crimen, ¡maldito mil veces sea el hombre y la naturaleza, que creó monstruos semejantes!

Pero no es posible que así sea, y los que somos capaces de vivir otra vida más humana, necesitamos hacer un esfuerzo supremo y librar la última batalla. No vamos a tolerar el triunfo del mal, por gozar unos cuantos años más de una vida amarga.

¡Hay que pelear, amigos, hasta que nuestro último soplo de vida se extinga en la contienda!

El eclipse

Asombra y preocupa, al mismo tiempo, el retroceso social de que hemos sido testigos en un número relativamente corto de años. De seguir la cosa así, en vez del triunfo del comunismo libertario, que nos convertiría de simios perversos en seres racionales, lo que triunfaría sería un despotismo de la peor especie, que acabaría con todo rastro de dignidad entre los humanos. Esclavos abyectos y explotadores asesinos, ésos serían los atributos que marcarían la frente de los hombres en el nuevo Estado fascista. Y antes que eso tuviera arraigo, habría que destruirlo todo, en esos Estados, con el empleo de los explosivos de mayor potencia, los venenos más violentos, los gases asfixiantes y las bacterias más epidémicas, hasta que no quede rastro del hombre-monstruo, como insulto a la creación natural, como un factor de martirio, no sólo para otras especies de animales que tienen la desgracia de sufrirle. Además, negarse a engendrar más hijos para que no sean esclavos del tirano y cruzarse de brazos y no producir o producir mal y tarde las materias indispensables para la vida. Todo antes de resignarse a lo que se pretende, a lo que ya se hace en algunos países, entre otros, en nuestra desdichada España. ¿No queréis, fascistas macabros, un mundo de muerte, muerte de la libertad, muerte de la justicia social, muerte del trabajo libre, muerte de las obras de la inteligencia, muerte de la conciencia universal, muerte del amor entre los hombres, muerte de la tolerancia y muerte de la verdad? Pues antes de que muera todo eso, que es inmortal y sólo sufre un eclipse, vais a tener un mundo de muerte como no lo hubiera nunca imaginado vuestra maldad, un mundo en que la muerte reine como señora absoluta y os envuelva a todos con su negro manto. La solución que proponemos, la única adecuada para el caso, pudiera asustar a muchos timoratos, dispuestos a que los marquen con el sello de los esclavos, pero lo que debe asustarles es lo que se trata de hacer con el hombre: apagar en él todo destello de razón y de bondad, incapacitándole para el progreso y la sociedad futura.

El "homo sapiens" de Linneo, no es tal hombre sabio todavía, hasta que no lo demuestre con su conducta; lo que sí es, en la época presente, es un ladrón, un asesino y un imbécil, pues para un rayo de luz que brote de su cerebro,

órgano maravilloso e inactivo, que podría compararse con el sol por las energías que encierra, nacen por centenares de su hueco cráneo, semejante al del gorila, las negras nubes de todas las supersticiones y mentiras. ¿Que exageramos la nota? Pues contemplad algunas de sus obras maestras: la repugnante explotación capitalista, las guerras horrorosas y esas sartas de disparates que ofenden el sentido común y se llaman religiones, en las que creen ciegamente, incapaces de contemplar la verdad frente a frente, que deslumbra los ojos rudimentarios de los espíritus con el brillo de sus rayos. Y es que las raíces del árbol del mal, a través de tantos siglos de ignominia, han penetrado hasta lo más hondo del alma humana, mientras que las raíces del árbol del bien se han quedado en la superficie. Éste fue tronchado al primer soplo del huracán, mientras aquél envenena la tierra con sus frutos.

* * *

Al finalizar el siglo XIX y en los albores del siglo xx, las ideas de paz universal parecían totalmente consolidadas entre los hombres. El socialismo, en todos sus aspectos y escuelas, se mostraba cada vez con más pujanza y crecía por momentos como río que amenazaba desbordarse y cubrirlo todo con su légamo fertilizante. La consigna de los antimilitaristas franceses, "antes que la guerra, la insurrección", se iba generalizando a otros países. "¡Ay de los insensatos que desencadenen la guerra -se decía- pues serán destruidos con sus propias armas!" Y se añadía: "¡Cuando suene la hora de la movilización, no acudid a las filas, y los que vayáis, empuñad las armas, fusilad a los militares profesionales, y uníos con los demás pueblos en un abrazo fraternal a través de las fronteras!" Al mismo tiempo se manifestaba una profunda sensibilidad en los espíritus, es decir, no se había llegado a ese grado de embotamiento del alma humana como la que hoy contemplamos estremecidos. No importa el lugar y las circunstancias en que se cometiera una injusticia para que la protesta fuera general y los pueblos vibrasen al unísono con entusiasmo. El pueblo francés luchó apasionadamente y triunfó en el asunto Dreyfus. Los mártires de Montjuich fueron reivindicados; los supervivientes libertados, y el principal culpable de la tragedia, así como de las guerras de Cuba y Filipinas, Cánovas del Castillo, murió a tiros, como un perro rabioso que era, a manos de

un anarquista italiano, llamado Miguel Angiolillo. La raza de los héroes de la anarquía no se había eclipsado todavía.

En aquella época el espíritu de Voltaire, el defensor de todos los perseguidos por la maldad religiosa y autoritaria, vivía en el pueblo francés. Las campañas, que partían de París, se sucedían sin reposo en favor de todos los pueblos oprimidos: armenios, macedonios, finlandeses, polacos, judíos, rusos, españoles..., eran a su vez protegidos por el inmenso clamor de los hombres. Aprovechando aquel estado de ánimo tan favorable, pudimos arrancar de las garras del enemigo a los supervivientes de la Mano Negra, de la insurrección de Jerez, de Alcalá del Valle, y detener más de una vez el brazo sangriento del verdugo alzado sobre las cabezas de nuevas víctimas expiatorias. Al tocar este punto, no podemos por menos que recordar a queridos compañeros desaparecidos, a Soledad Gustavo y Federico Urales, iniciadores de aquellas campañas, así como a Carlos Malato y Juan Grave, entre otros, que siempre vinieron en nuestra ayuda. Entonces, el grupo de anarquistas españoles residentes en París, al que tuvimos la dicha de pertenecer, pues eran inmejorables desde todo punto de vista, publicó el periódico *L´Espagne Inquisitoriale*, órgano de indignación internacional contra la tiranía española, que tuvo el honor de ser insultado en el Parlamento español por los ancestros de los fascistas y perseguido por la justicia francesa, que condenó a prisión a su gerente, el compañero Carlos Soizel. Pero la opinión pública se levantó en España, alentada por la opinión europea, y le hizo muy negra la existencia a Maura, pues donde quiera que iba le acompañaba una orquesta de silbidos y zumbidos de "¡Maura no!", y hasta se trató de ajusticiarlo por un anarquista, que le clavó en el pecho un cuchillo, que se embotó en una cota de malla.

El asesinato de Francisco Ferrer subió al rojo vivo el estado de ánimo de la opinión mundial. Todos los pueblos se levantaron airados contra los verdugos y nunca se vio una aurora con tanta luz como aquélla. Es la única vez que hemos visto indignados y fuera de sí a los ingleses. Cientos de miles de hombres se congregaron en la plaza de Trafalgar Square, no calmando su ardor la lluvia torrencial que caía aquel día, y a una señal que partió de nuestro grupo, corrieron a la Embajada Española, que sufrió el más violento ataque, a pesar de estar protegida por un escuadrón de soldados de caballería.

Rosendo Castell

Con frecuencia llega hasta nosotros la noticia de la muerte de un amigo querido en las prisiones de Franco. La última se refiere al fallecimiento de Rosendo Castell, que los fascistas habían hecho encerrar en el castillo de Montjuich sin respetar su extrema ancianidad, apresurando así su muerte.

"Rosendo Castell -dice un periódico- era un gran médico, un buen farmacéutico y un excelente abogado. Las tres carreras poseía. Era poeta y escritor. Tenía el grado de general en su carrera de médico militar y estaba condecorado con la Laureada de San Fernando. Podía ostentar además en su solapa la insignia de la Legión de Honor de Francia".

Por encima de todas estas distinciones, Castell poseía una calidad más meritoria: era un amigo de los trabajadores, identificado en todo con nuestras aspiraciones de igualdad social. Es justo que en este día de luto se le dedique un sentido recuerdo por parte de quienes nunca han escatimado su elogio a los que verdaderamente lo han merecido.

Castell no era conocido en nuestros medios, a no ser por un número escaso de compañeros. Desde su posición social no se acercó a los obreros buscando una plataforma política; nos ayudó con modestia y sin hacerse presente. Además era sobre todo un hombre de acción, siempre dispuesto a poner su brazo al servicio de toda causa justa. Y estos hombres se muestran poco al mundo exterior. Los fascistas lo conocían muy bien, y por eso se apresuraron a ponerlo en sitio seguro. El león siempre es león, por muy viejo que se encuentre.

* * *

Algunos días antes de la salida de Barcelona para el destierro, nos decía Roberto Castrovido:

- Acabo de recibir un libro de poesías de Rosendo Castell que me remite con el ruego de presentarlo a la prensa; pero estoy muy preocupado por

parecerme la obra defectuosa. En cambio Barriobero, a quien acabo de visitar, me ha leído unos sonetos muy notables, escritos en la soledad de su reclusión.

- Castell es ya muy viejo para invocar conciertos a las musas -contestamos a Castrovido-, y lo más acertado que pudiera usted hacer es ocuparse detenidamente de su persona, tan interesante desde todo punto de vista y hablar poco de sus versos.

No le pareció mal a Castrovido nuestra idea, y cambiamos de conversación, en tanto que las bombas de la aviación fascista llovían a nuestro alrededor.

Referimos a continuación algunos hechos de la vida de Rosendo Castell, que lo retratan de cuerpo entero, además de que no dejan de tener un cierto interés histórico y social en el Madrid de aquel tiempo. Del cual ya hemos hablado en el primer tomo de estas Memorias.

* * *

Cultivamos la amistad de Rosendo Castell a fines del siglo pasado encontrándonos ambos en Madrid. Entonces era coronel de Sanidad Militar y formaba parte de un grupo de republicanos federales muy identificados con los anarquistas, entre los que se encontraban Nicolás Estévanez, Félix Jaime, Félix Latorre y otros muchos. El Círculo Federal se hallaba situado en la calle del Horno de la Mata, número 7, y su conserje era un anciano obrero llamado Jimeno, que había formado parte con Anselmo Lorenzo de la Primera Internacional de Trabajadores.

Por cierto que Jimeno hablaba a todas horas de aquellos memorables sucesos, en los que parecía haberse petrificado todo su ser.

Los federales ofrecieron su local a los anarquistas que andábamos dispersos por Madrid, y allí nos reuníamos todas las noches, siendo uno de los más asiduos Fermín Salvochea, al que no había manera de retener en la reunión una vez sonada la primera campanada de las diez. La mayoría lo imitábamos y cada mochuelo se iba a su olivo, hasta la noche siguiente.

Por entonces, Federico Urales y Soledad Gustavo, jóvenes y fuertes, rebosantes de amor a los ideales, vinieron a Madrid y fundaron La Revista Blanca. Los sindicalistas no habían salido todavía a la palestra, y la C.N.T. y la F.A.I. se fundaron, como todos sabemos, años después.

Pero sí había en Madrid bastantes anarquistas de excelente moralidad, celosos de la pureza de los ideales, entre los que se practicaba la solidaridad más estrecha. Pudiera decirse que las familias de aquellos compañeros formaban una sola familia. Aunque han pasado muchos años, todavía los recordamos con una profunda emoción de cariño. ¡Quién pudiera resucitarlos, estrecharlos entre los brazos, sentarse a su lado y charlar como otras veces, del próximo triunfo de nuestros ideales! ¡Y cuál sería su asombro si supieran que la revolución no la hicieron los nuestros, sino los peores enemigos que teníamos!

Los trabajadores madrileños que no comulgaban con el socialismo político de Pablo Iglesias, anarquistas, republicanos y societarios, se agruparon en sociedades de resistencia al capital y resucitaron la antigua "Federación de Trabajadores de la Región Española", de la que nos apresuramos a participar. Estas sociedades obreras tenían su local en el Círculo Federal que les abrió las puertas y las ayudó en sus primeros pasos. Se constituían de una manera muy simple. La junta directiva se formaba para cumplimentar los requisitos de la ley de Asociaciones, pero no se le daba valor alguno. En las reuniones se nombraba la mesa con los compañeros más voluntariosos y se discutía escalonadamente, pero con sinceridad y sin ninguna coacción dentro ni fuera del local. Lo que sí se tenía muy en cuenta entre aquellos obreros, era la vida moral de cada uno, no sólo como individuos sociales, sino en sus deberes familiares. Y en lo que toca a los fondos de la sociedad, con tanta pena reunidos, era cosa sagrada para todos. No recuerdo que nadie se llevara un céntimo.

¡Brava gente era aquélla!

* * *

Nosotros éramos muy jóvenes cuando Castell nos invitó a tomar parte en un complot revolucionario en el que los militares estaban en mayoría; tan joven, que algunos valientes desaprobaban mi participación en tan delicado asunto. Pero Castell se impuso en aquella ocasión; él nos garantizaba. Se trataba nada menos que de apoderarse del Palacio Real, dentro del cual teníamos algunos comprometidos, arrojar a la familia real por los balcones, con una cuerda al cuello, y proclamar la república. Después, según nosotros, deberíamos llamar a los obreros al combate y desencadenar una insurrección popular con sus máximas consecuencias.

Esas cosas se tomaban entonces muy en serio por los compañeros, que no esperaban relegar el triunfo de la anarquía para las calendas griegas.

La noche señalada para el asalto al Palacio Real compramos un pistolón formidable en una casa de préstamos de la calle de Atocha, nos lo pusimos en la cintura y nos dirigimos a la Plaza de Oriente, poseídos del mayor ardor bélico. Todos los comprometidos faltaron a la cita, se rajaron, como hoy se dice, y sólo encontramos a Castell paseándose nervioso en uno de los patios del Alcázar y jurando que no volvería a participar en complot alguno. Como lo llevaba en la masa de la sangre, Castell no dejó nunca de conspirar. Ambos tomamos el fresco aquella noche en los patios accesibles del Palacio, echando sapos y culebras por la boca, mientras reyes y conjurados dormían el más tranquilo sueño. Ni siquiera los centinelas nos hicieron caso en nuestras idas y venidas.

Después hemos participado, en el curso de los años, en muchos complots más o menos parecidos, que nos llevaron a la cárcel y pusieron en peligro nuestra vida. No recuerdo haber triunfado más que en uno, al proclamarse la República en España, y entonces nos prendió el enemigo que triunfaba con la ayuda del pueblo y lo sustituía.

¡Triste destino el de los revolucionarios desinteresados y de buena fe!

* * *

La sociedad de albañiles "El Porvenir del Trabajo" había fundado en Madrid una escuela racionalista, en la que nosotros hicimos de profesor, hasta que nos metieron en la cárcel y se acabó la escuela. La noche de la inauguración se le olvidó acudir al delegado de la autoridad a una velada que celebrábamos, y aprovechando la ocasión, los oradores se despacharon a su gusto. Como siempre hemos sido poco aficionados a discursos, abandonamos el local del mitin y nos sentamos en el bar a tomar una taza de café. Al poco rato llegó Castell de la calle y se sentó a mi lado. Pronto tramamos un complot que empezó en una broma, pero que se tornó en serio y conmovió a toda España.

Como tiene una cierta importancia literaria e histórica lo publicamos a continuación.

* * *

En la época de nuestra narración, Madrid se preocupaba seriamente por el caso de la señorita Ubao, una heredera millonaria, internada en un convento por las mañas del Padre Ganzúa, que con malas artes había logrado separarla de su madre y de su novio, para que la Orden se quedara con su dinero. El Padre Ganzúa era muy conocido como especialista en la materia, un verdadero genio, y por eso se había ganado tan merecido apodo. La señora de Ubao, que era viuda, había reclamado por todos los medios a su alcance la devolución de la secuestrada, sin poder obtener lo que tan justamente pretendía. Ni siquiera el cuidado por su hija influyó en el ánimo de los discípulos de Cristo. En buenas manos estaba el panadero, como vulgarmente se dice. La pobre señora desesperada y dispuesta a todo, incluso a perder la gloria eterna, acudió a un hereje, a Don Nicolás Salmerón y Alonso, nombrándole su abogado con amplios poderes. En tan propicias circunstancias es cuando Pérez Galdós, aludiendo al caso de la señorita Ubao, escribió su famoso drama Electra, que se estrenaba con toda solemnidad en El Español una noche que celebrábamos nuestra velada en el Círculo Federal.

En todo de acuerdo con Castell acerca del plan que íbamos a desarrollar, dejamos el bar y penetramos resueltos en el local del mitin, ocupado por enorme concurrencia, la mayoría compuesta por obreros albañiles.

Castell subió a la tribuna y dijo más o menos estas palabras: "Mientras charlamos como cotorras, los jesuitas, validos de nuestra impotencia, han tenido la osadía de invadir el teatro y silbar estrepitosamente la obra de Pérez Galdós que se presenta esta noche". Estupefacción en el auditorio, y después juramento y cierre de puños.

Nicolás Salmerón y García, el excelente amigo del pueblo y hombre bueno, que nunca faltaba a estas reuniones, sucedió a Castell en la tribuna y habló indignadísimo en el mismo tono.

Como Salmerón y García era sordo como una tapia, no podíamos, sin enterar a todos, ponerlo al corriente de la verdad. Nosotros cerramos el acto aconsejando enérgicamente a los concurrentes que se armaran de piedras, mientras más gruesas mejor, en una casa que había en construcción a pocos pasos del Círculo Federal. Así se hizo, sin que nadie desertara de las filas, y bien previstos de proyectiles nos dirigimos al teatro, dispuestos a darles una paliza morrocotuda a los jesuitas.

Cuando llegamos a la Plaza de Santa Ana, lugar donde se encontraba el teatro, reinaba una paz octaviana, que nos desconcertó un momento; pero pronto nos repusimos pensando en lo fácil que nos sería perturbarla.

Distribuimos los grupos a poca distancia del teatro con la orden de estar alerta al primer aviso, y luego nos fuimos a reunir con el "estado mayor" que acampaba en la taberna de "Los Pajaritos". La broma siguió con Salmerón y García, y le propusimos que fuera al teatro para darse cuenta de lo que ocurría.

Como era tan sordo e iba tan indignado, volvió diciendo que la pita era formidable. La sugestión era capaz de producir esos efectos.

-Me he salido en seguida -decía-, por no enredarme a puñetazos con los alborotadores.

Ni que decir tiene que los jesuitas no habían hecho acto de presencia, pues, como es sabido, acostumbran a trabajar en la sombra, aunque maldita la falta que nos hacían en aquella ocasión para la realización de nuestros propósitos. La máxima de los jesuitas de que "el fin justifica los medios", íbamos a llevarla

por una vez al terreno de la práctica. Llamamos a unos vendedores de periódicos que nos eran conocidos, les ofrecimos algunos cuartos y se presentaron alborozados a representar el papel de "jesuitas" en la comedia que preparábamos como epílogo a la de Pérez Galdós.

Momentos antes de la salida del teatro concentramos nuestros grupos frente al local en actitud expectante. Y los "jesuitas" se distribuyeron convenientemente en la plaza, y algunos se situaron en las puertas del teatro, para mezclarse con los primeros que salieran.

Al mismo tiempo, la policía, que se había dado cuenta de nuestras maniobras, o avisada por algún espía, acudió en gran número, mandada por el inspector Visedo, que llevaba puesto un levitón gris y un sombrero de copa de los más altos.

Momento emocionante por nuestra parte al abrirse las puertas del teatro. El silencio de la noche fue roto por los "jesuitas" que, a una señal dada, se pusieron a gritar como energúmenos: "¡Muera la libertad!" "¡Muera Pérez Galdós!" "¡Vivan los jesuitas!"

A lo que contestamos nosotros alzando puños y palos: "¡Viva la libertad!" "¡Viva Pérez Galdós!" "¡Mueran los jesuitas!"

Y ocurrió un zafarrancho de los mil demonios.

El inspector Visedo avanzó hacia nosotros seguido de sus podencos, y Castell, que andaba algo cojo y llevaba para apoyarse un grueso garrote lo descargó con todas sus fuerzas sobre la cabeza de Visedo, quien rodó al suelo sin sentido y con la chistera transformada en una tortilla.

Los que salían del teatro retrocedieron para entrar de nuevo, sobrecogidos de espanto, y los de las últimas filas empujaban como gañanes para ganar la puerta, rodando unos y otros en montón por el suelo. La policía repartía sablazos y palos a troche y moche, y piedras bien dirigidas los revoltosos. Desde los balcones llovían sobre las fuerzas públicas toda clase de proyectiles, como cubos y escupideras, y algunas voces femeninas chillaban azuzando al pueblo a la pelea.

Hasta hace poco quedaban algunos supervivientes de los alojados en aquel entonces en la Plaza de Santa Ana, que recordaban con emoción la noche aquella.

Al final de la contienda, que terminó por agotamiento de ambos bandos combatientes, los amigos nos dividimos en dos grupos, uno que se dirigió a las redacciones de los periódicos liberales, para protestar de la provocación de que habíamos sido víctimas por parte de los jesuitas, y otro que fue a las delegaciones de policía a reclamar la libertad de los detenidos, que se alcanzó no sin poco trabajo y en atención a que habíamos sido agredidos.

Nunca he olvidado a uno de los compañeros detenidos aquella noche, el albañil Ramiro, de formas corpulentas, panza voluminosa y corazón de niño, que le cogieron medio ladrillo oculto en la faja y que declaraba muy formal que como era albañil, tenía por costumbre llevar siempre aquella reliquia.

El pueblo de Madrid recogió el guante arrojado por los "jesuitas" y en las noches que siguieron al estreno de Electra, miles de hombres acudieron a la plaza de Santa Ana, armados como mejor pudieron, pero los jesuitas no se atrevieron a dar la cara.

-Los cobardes -decían las gentes- no atacan más que por sorpresa.

Con aquella treta contribuimos a despertar al pueblo liberal de Madrid y a que la obra de Pérez Galdós alcanzara un éxito extraordinario en toda España, que quizás no mereciera desde el punto de vista literario, según técnicos en la materia. El autor de Electra, a quien una noche acompañó la muchedumbre con antorchas a su domicilio, no dudó un momento acerca de la agresión de los jesuitas, frustrada por la intervención popular.

Una vez el pueblo en la calle se desencadenaron, durante varios días, motines y ataques a los conventos, en uno de los cuales estuvimos a punto de perecer aplastados por la losa que arrojó un sacristán desde lo más alto de una torre.

Esta noche atacamos más de veinte mil hombres el convento donde estaba cautiva la señorita Ubao, sin que pudiéramos atravesar sus muros ni romper una sola vidriera del edificio. Entonces nos dimos cuenta de que aquellos conventos eran verdaderas fortalezas, distribuidas estratégicamente, como

tela de araña, por todo el perímetro de Madrid. Sobre el mismo particular escribió entonces Joaquín Dicenta un artículo sensacional, uno de los mejores salidos de su pluma, que llevaba por título El Sitio.

Pero nuestro esfuerzo no fue en vano e influimos definitivamente desde la calle para que Salmerón ganara el pleito y fuera devuelta a su madre y a su novio la señorita Ubao, que la esperaban con los brazos abiertos, en tanto que el Padre Ganzúa se quedó por esta vez con un palmo de narices.

Se declaró el estado de guerra en Madrid. El general Weyler, el enano de la venta, cogió el mando, nosotros nos escapamos con el pellejo, pero fuimos a la cárcel por una larga temporada; los jesuitas aparecieron de verdad y no nos dejaron tranquilos ni a sol ni sombra, y la familia Ubao fue en peregrinación a Roma para besar el trasero del Papa y pedirle su bendición para que la limpiara de los contactos tenidos con herejes y revolucionarios.

Inolvidable amigo Castell, compañero de conspiraciones, prisionero en Montjuich, la fortaleza maldita por la que tantos mártires desfilaron, y que el pueblo cometió la torpeza de no arrasarla hasta en sus cimientos cuando tuvo la ocasión de hacerlo, si no la bendición del Papa, como la familia Ubao, te llevas al otro mundo la bendición de todos los hombres de tu moral y temple, para que te veas limpio del contacto que tuviste en los últimos días de tu vida, con traidores y verdugos.

La dignidad humana

Tiempo atrás, el presidente vasco José Antonio Aguirre dio una conferencia en México sobre un tema de máximo interés: "La dignidad humana como tributo consubstancial del pueblo vasco".

Vallina entre su hjo Harmodio, y su mujer Sara en el exilio mexicano

Y en efecto, el pueblo vasco, ya en remotas épocas, en las que el hombre atropellaba por doquiera al hombre, nos ofrece un ejemplo de respeto poco común a la dignidad humana, tanto en el dominio eclesiástico como en el civil.

Esas virtudes del pueblo vasco se habían conservado intactas a través de los siglos, y surgieron potentes en el momento del levantamiento fascista, oponiéndose hasta el martirio al triunfo de aquella indignidad, una de las mayores que registra la historia horrenda del hombre.

Aquí cuadran a las mil maravillas las palabras de Kant en su Crítica de la razón práctica, al hablar del sentimiento natural de la dignidad humana: "El hombre

honesto que sufre una desgracia grande, ¿qué hubiera evitado faltando a su deber? No se encuentra fortalecido por la conciencia de haber mantenido y respetado en su persona la dignidad humana y no tener que avergonzarse de su propia conducta. Si este consuelo no es la dicha completa, es, por lo menos, una parte esencial".

Precisamente uno de los rasgos de la doctrina moral de Malebranche, que puede considerarse como la primera indicación de la filosofía del derecho que iba a elaborarse en el siglo XVIII, es la creencia en la inmanente dignidad del hombre, que radica en su naturaleza, no en su condición, que le sigue en todos los estados de la vida y le da derecho, por humilde que sea, a la estima y a la consideración de sus semejantes. Y si el filósofo citado hubiera vivido en la época en que las ciencias naturales alcanzaron su pleno desarrollo, habría encontrado los primeros gérmenes de la dignidad del hombre en las especies animales que le precedieron.

Josefina Colbach y Pedro Vallina con uno de sus nietos

Pero lo que es inmanente al hombre, lo que todavía sobrevive en unos, ha ido paulatinamente desapareciendo en otros, a causa de la acción nociva que sobre ellos ejerce el medio social, propicio a una vegetación de hongos, mas no de bellas flores.

¿Dónde está la dignidad humana de los que explotan a sus semejantes; de los que los tienen sumidos en la ignorancia; de los que los gobiernan como muñecos; de los que los separan de las leyes de la naturaleza y los hacen víctimas de enfermedades crueles; de los que prostituyen a la mujer; de los que abandonan al niño...?

¿Dónde está la dignidad humana de ese rebaño inmenso de desdichados que no se rebelan valientemente contra los causantes de sus males?

¿Dónde está la dignidad humana de la clase llamada instruida y emancipada, que sólo trata de sacar mayores beneficios del desconcierto general, sin condenar el crimen ni ayudar al caído?

Son seres que perdieron su dignidad y descendieron a un nivel más bajo que el de las bestias, que la conservan a su manera, sobre todo las que no tienen contacto con los hombres. El perro servil que lame la mano de su amo no iguala al águila que cruza libre el espacio azul del firmamento.

No hay nada que degrade tanto al hombre como el contacto continuo con la injusticia, porque les hace perder todo vestigio de sensibilidad. Por eso algunas veces los pueblos primitivos que no han tenido contacto con este basurero barnizado que se llama civilización, han llegado a darnos lecciones de esa dignidad, de la que estamos tan carentes.

Sobre este particular abrevaremos en las fuentes de un hombre que no es un filósofo de profesión y que no se propone establecer una concepción sistemática de la vida moral y de sus deberes. Sin embargo, su obra es un elemento esencial de la historia de las ideas morales, de la que podríamos sacar hoy excelentes lecciones. Nos referimos a Miguel de Montaigne, el gran amigo de La Boétie, que, como es sabido, escribió en el siglo XVI la primera obra anarquista intitulada *La servidumbre voluntaria*, que debería llevar en el bolsillo todo libertario.

Pues bien, uno de sus "ensayos", que lleva por título Los caníbales, después de disertar atinadamente sobre ciertas características de los salvajes, nos refiere un episodio que es histórico.

Una vez llevaron a Francia a unos caníbales encontrados en un país remoto, y los condujeron a Suecia, donde a la sazón reinaba Carlos IX. Para divertirse a su costa, trataron de deslumbrarlos con la pompa de la Corte y las bellezas de la ciudad. Después aquellos cortesanos les preguntaron, para satisfacer su curiosidad, cuáles eran las cosas que más les llamaron la atención. Señalaron tres cosas, de las cuales el avisado Montaigne no se acuerda o no quiere acordarse más que de dos.

Helas aquí y que por cierto "deleitaron" a los oyentes.

La primera era la extrañeza que les causaba contemplar a unos hombres tan grandotes y con largas barbas, robustos y bien armados (la guardia suiza), que rodeaban a un niño (el rey), al cual se sometían, cuando lo natural hubiera sido nombrar a uno de ellos para dirigir a los otros.

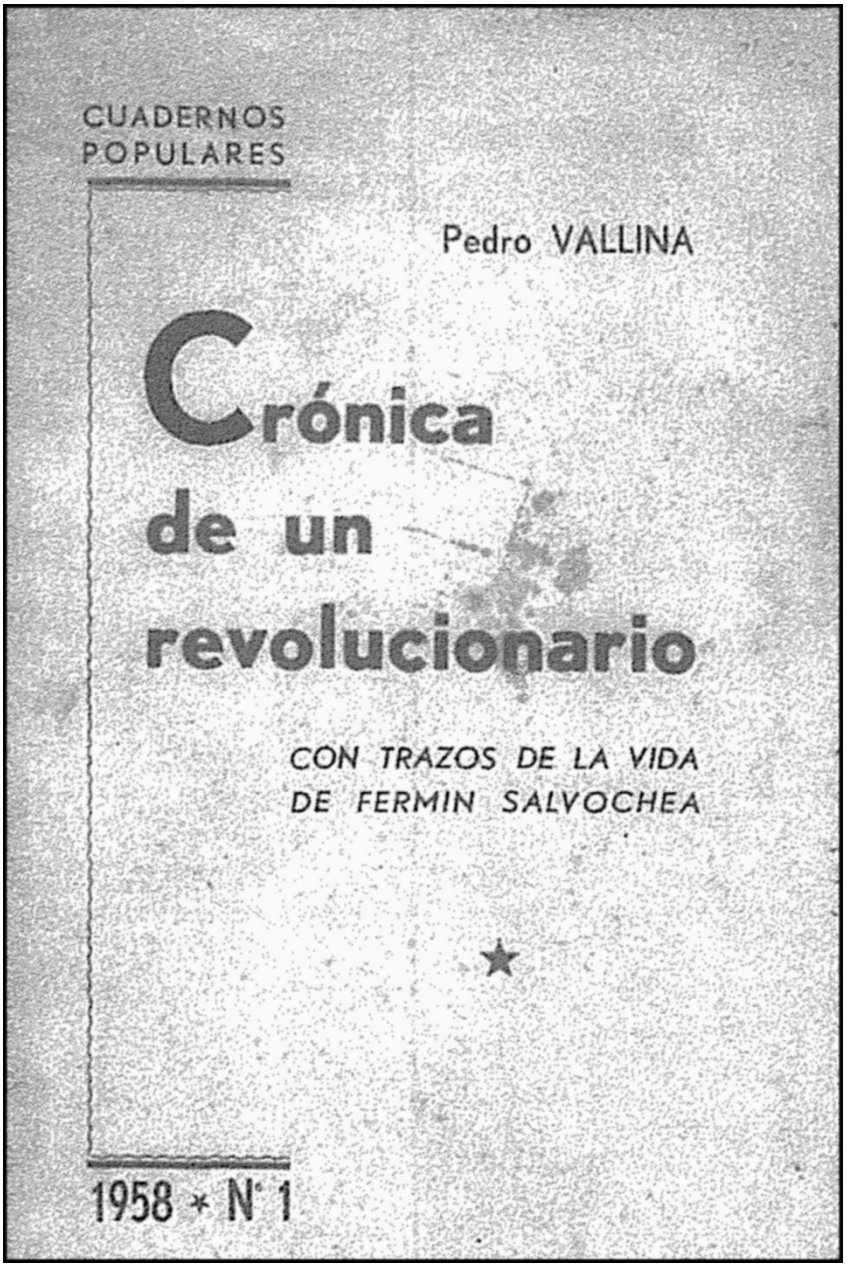
La segunda, que dejó a todos atónitos, era que habían apercibido la presencia de unos hombres hartos de toda suerte de comodidades, mientras que sus mitades (así llamaban a sus semejantes, con un alto concepto de la igualdad) mendigaban a las puertas de los palacios, roídos por la mayor miseria, y encontraban muy extraño que aquellas mitades tan necesitadas pudieran sufrir tal afrenta sin estrangular a los culpables y poner fuego a sus viviendas.

Los caníbales de que nos habla el maestro de la lengua francesa no habían leído a Malebranche, ni comentado a Kant, ni escuchado a Aguirre. La dignidad humana se mantenía incólume en el alma de aquellos salvajes, no deformados por las instituciones sociales, y se declaraban incompatibles con las miserias morales de una mal llamada civilización.

La idea de la paz

La idea de la paz estaba tan arraigada en los espíritus, que dos de los malhechores de mayor calibre en aquella época, el emperador de Alemania y el zar de Rusia, creyeron oportuno presentarse como paladines del pacifismo, celebrándose reuniones oficiales en La Haya, que tenían por sede el Palacio de la Paz. Como sabíamos a qué atenernos con respecto de aquellos dos "pacifistas" y sus compinches, convocamos paralelamente a un Congreso Antimilitarista Internacional, que debería celebrarse en Ámsterdam, y que fue organizado por un hombre de cuerpo entero, Domela Nieuwenhuis, antiguo pastor protestante, primer diputado socialista en el Parlamento holandés, y después anarquista y crítico notable del marxismo. Un día hablaremos detenidamente de este hombre extraordinario, una de las figuras más bellas, por todos los conceptos, del campo anarquista. Nuestro Congreso alcanzó un éxito extraordinario, y congregó a hombres de todas las tendencias políticas, sociales y filosóficas, y hasta algunos religiosos, que, como verdaderos discípulos de Cristo, aborrecían el crimen de la guerra. El anarquista polaco Siegried Nacht y nosotros, asistimos en representación de los antimilitaristas españoles y portugueses, gracias a la intervención de Francisco Ferrer, que tomó cartas en el asunto. En el congreso predominó el espíritu libertario. Todavía recordamos con emoción la noche de clausura. En el teatro mayor de Ámsterdam se congregaron más de 30.000 almas, quedando otras tantas en la calle por falta de sitio; se habló en varios idiomas, cada delegado en el suyo, y un coro de 300 mujeres, cantoras de teatro, entonaron un himno por la paz entre los hombres, constituyendo el acto uno de los espectáculos más grandiosos que jamás hemos presenciado. Y se constituyó una Internacional Antimilitarista, de cuyo Comité formamos parte. ¡Qué pequeño nos pareció el Palacio de la Paz, al volver por La Haya, comparado con el que todos habíamos levantado en nuestro corazón! Y luchando contra los que pretendían acabar con la paz del mundo, nos vimos rechazados de casi todos los estados de Europa, no encontrando otro refugio que en Inglaterra. Pero estábamos satisfechos, pues la paz parecía asegurada y podíamos laborar tranquilos por otras conquistas.

-La paz es un hecho y la guerra acabó en el mundo -nos decía una tarde, en Londres, mientras tomábamos una taza de té, nuestro compañero B. Harvey, un sabio inglés parecido en lo físico y en lo espiritual a Eliseo Reclus.



Confiados dormíamos en nuestros laureles, con la vista fija en Rusia, España e Italia, países en los que la revolución social nos parecía más próxima, cuando empezaron a llegarnos rumores siniestros. Primero fue nuestro amigo Amilcare Cipriani, el viejo garibaldino, el ayuda de campo de Flourens durante la Comuna de París, que decía: "Hay que estar alerta, pues los gobernantes declararán la guerra en cuanto acaben de afilar las armas". Luego fue

Kropotkin que interrumpía su viaje anual a Suiza por motivos de salud, para no verse allí sorprendido por la guerra. Y un día penetró de sopetón en nuestra habitación, seguido por sus familiares, un querido compañero francés, recién llegado de París, que nos decía: "Vamos de paso para Canadá, pues no queremos participar, por ser un pleito entre capitalistas, en la guerra que se avecina".

"¿Pero será posible -nos decíamos- que todo el esfuerzo hecho haya sido estéril y que la guerra con todos los horrores se desencadene otra vez entre los hombres? Y si así fuera, ¡ay! de los malvados que lleven a los pueblos a la matanza, pues serán en el acto aniquilados. Los hombres no traicionarán sus ideales y aprovecharán la ocasión que se presenta para dar al traste con el viejo mundo".

Y a toda prisa los revolucionarios anarquistas que estábamos refugiados en Londres convocamos a los representantes populares de los países amenazados a una reunión para ponernos de acuerdo en la lucha que íbamos a entablar en tan críticos momentos. Y ¡oh decepción!, vinieron pocos y con noticias que nos helaron de espanto. La guerra era inevitable y nuestra causa estaba perdida. Los socialistas alemanes, a los que nos presentaban como modelos del socialismo político de otros países traicionaban sus ideales en la primera ocasión que se presentaba, empuñaban las armas a las órdenes del Káiser y entregaban la humanidad al horrendo crimen de la guerra. En cambio, unos diez mil anarquistas que en Alemania había, se nos ofrecían a ofrendar sus vidas por la paz. ¡Malditos sean para siempre aquellos hombres, factor decisivo por su número y situación, en la balanza de la paz y de la guerra, que llevarán eternamente sobre sus frentes el sello de la traición de Judas! Si hubieran cumplido como buenos socialistas, los franceses e ingleses los hubieran seguido como un solo hombre, y los pueblos no hubieran pasado por penalidades sin cuento, ni hubiera sido posible hoy una nueva guerra.

Y estalló la guerra con todas sus consecuencias espantosas, y los cuatro jinetes del Apocalipsis, a que aludía Blasco Ibáñez, galoparon por los campos de Europa, haciendo retemblar con sus cascos la tierra entera. El sol de la fraternidad y de la justicia social, que empezaba a asomar por el oriente, se eclipsó en aquel momento, y eclipsado sigue, cada vez por más negros

nubarrones, y las mayores desgracias cayeron sobre los hombres, y los partidos que combatían el capital, partidos socialistas y organizaciones sindicales, perdieron su personalidad de lucha de clases, y se convirtieron en apéndices atróficos de las democracias burguesas.

Las ideas más puras se enturbian cuando pasan por los hombres, como las aguas cristalinas de una fuente cuando pasan por un pantano.

Los anarquistas en la revolución española

Al comenzar el siglo XX me encontraba refugiado en Francia, y más tarde en Inglaterra, y estaba en estrecho contacto con los anarquistas más destacados de aquella época. Aunque era muy joven y ellos ya de edad madura, me acogieron sin reserva alguna y no vacilaron en hacerme partícipe de los asuntos más delicados. Eran hombres extremadamente inteligentes y sabían con quiénes trataban y lo que se podía esperar de cada uno.

Aquellos anarquistas eran revolucionarios conscientes, además de grandes teóricos. Por aquel entonces se estaba en continuo alerta y se pulsaba el estado del espíritu de cada país, para intervenir en la primera ocasión que se presentara. Rusia y España eran los pueblos que a nuestro entender ofrecían las mayores probabilidades para intentar un movimiento revolucionario. Y, en efecto, los acontecimientos vinieron a demostrar que estábamos en lo cierto.

Algunos de aquellos hombres, como Malato, Grave, Malatesta, Tarrida del Mármol, Fracisco Ferrer, Lorenzo Portet y Nicolás Estévanez, se interesaban de continuo por la situación española y no dejaban de intervenir en toda ocasión que se presentaba.

Por lo tanto se hizo una intensa campaña para revelar a la opinión europea los crímenes de la monarquía inquisitorial española. Primero fue la campaña en pro de las víctimas de Montjuich, que culminó en la ejecución de Cánovas por Angiolillo, a la que siguieron las de la Mano Negra, Jerez, Alcalá del Valle y otras menos miedosas. En esas campañas participaron los hombres más notables de los países civilizados, impulsados por los anarquistas. El mismo Clemenceau escribió artículos brillantísimos en defensa de los supervivientes de la Mano Negra, que se publicaron en *La Dépeche*, de Toulouse, y que después formaron parte de un folleto que editó Les Temps Nouveaux. Numerosos mítines, folletos y periódicos ilustraron sobre el particular a todas las capas sociales. Un periódico, *L´Espagne Inquisitoriale* editado en París, se hizo eco y fue el órgano, durante algún tiempo, hasta que lo anuló el gobierno francés, instigado por el español, de esas campañas.

Entre los compañeros que más nos ayudaron en la redacción de dicho periódico, destacaba un catalán, hombre de muy buena fe, llamado Cardenal, ya borrado del mundo de los vivos. Le tributamos desde estas páginas un recuerdo cariñoso.

Aquellas campañas contribuyeron a la muerte moral de la infame monarquía española, que llegó a ser una horrible pesadilla para el mundo civilizado. Así fue posible que la opinión francesa nos arrancase con su influjo de las garras de la justicia burguesa, cuando el atentado de la rue Rohan, en París, contra Alfonso XIII.

Todavía se presenta ante mis ojos un cuadro conmovedor que se desarrolló ante los jueces y jurados que nos juzgaban: era la imagen dulce de madame Severine, que explicaba nuestra actitud como la de un alma atormentada por los horrores de la España negra, presentando un cuadro tan patético de los tormentos de Montjuich, que el mismo presidente del Tribunal, magistrado Fabre, protestó en el acto contra los verdugos, y la guardia republicana que nos custodiaba se secaba con el pañuelo los ojos llenos de lágrimas.

A esta atmósfera de simpatía hacia la revolución española, a la que contribuyeron en primer término los anarquistas, se debió en parte el movimiento formidable que conmovió a Europa y América cuando el asesinato vil de Francisco Ferrer.

* * *

Fueron los republicanos los que se acercaron a los anarquistas solicitando su ayuda revolucionaria para derrumbar la monarquía española. Éstos aceptaron una misión tan peligrosa como arriesgada, que de tener éxito hubiera sido la señal de un levantamiento nacional. Por cierto que uno de los comprometidos era el impostor general Cabanellas, que más tarde murió en brazos del fascismo. Nada les ofrecieron ni nada exigieron. No cabía otra cosa en aquellos hombres.

Darían golpes más mortales sobre el enemigo, que aprovecharían los republicanos; pero una vez la monarquía vencida, cada uno seguiría su camino

de acuerdo con sus aspiraciones. Sus intenciones no eran otras que las de llevar la revolución a su último extremo social, y destruir hasta los cimientos los pilares en que la monarquía se asentaba: ejército, capital, iglesia, magistratura. Sobre todo, el ejército reaccionario, sostenedor de todas las infamias en aquel país, e infame en alto grado, había que aniquilarlo por completo, fusilando a sus jefes y entregando el armamento a los trabajadores revolucionarios.

En fin, si no se podía llegar a establecer un comunismo libertario, como eran sus intenciones, la República, por lo menos, se levantaría radiante e incólume sobre la tumba de sus enemigos, y estaría adornada de las mejores esencias libertarias. Y los anarquistas dejarían un ejemplo brillante de cómo sabían conducirse, a las generaciones futuras.

Pero ¡ay!, los acontecimientos fueron adversos: fallaron el atentado de la mede Roban, de París, y el de la calle Mayor, de Madrid, y las huestes de la nefasta monarquía continuaron esquilmando y embruteciendo a España.

El cura y el anarquista

Los dos eran vecinos, el cura y el anarquista: y además buenos amigos. El cura era buen hombre y tomaba en serio su ministerio. Hasta se parecían en lo físico cuando vestían sus batas blancas. Así se daba el caso de que tomasen al uno por el otro, sobre todo las inocentes criaturas, que besaban las manos del anarquista, creyendo besar las del cura. No importa, decían los crédulos negritos, porque los dos hablaban con Dios. Pero lo más curioso del caso es que el anarquista era el confesor, con quien se confesaba el cura, no contándole sus pecados, porque no tenía, sino sus escrúpulos de conciencia en aquel medio anticristiano.

Un día el cura, con aire de misterio, entró en la casa del anarquista y le dijo en voz baja, mientras miraba con desconfianza a su alrededor por si alguien lo escuchaba:

"Han aparecido colgados de unos árboles, a pocos pasos del camino, dos hombres desconocidos, sin que se sepa quién los ahorcó, aunque es de suponer. Los caminantes que pasan a su lado se santiguan y aceleran el paso de sus caballos sin hacer comentarios. Las fieras se los van comiendo poco a poco; comenzaron por los pies y ya llegan hasta el vientre. ¡Y sin enterrarlos como cristianos!" "Mal anda la cristiandad", le contestó el otro con una sonrisa amarga.

El lugar en que vivían, el cura y el anarquista, era donde Cristo dio las tres voces, en un sitio incomunicado de la provincia de Montecristi, en la República Dominicana. Había una nota simpática en aquella apartada región, y es que ahí nació Máximo Gómez, el libertador de Cuba.

Cerca del pueblo de Guayabín, hay una lápida donde Máximo Gómez y José Martí escribieron el "Manifiesto de Montecristi" el 25 de marzo de 1895. Martí lo firmó como Delegado del Partido Revolucionario Cubano, y Máximo Gómez como General en Jefe electo por todos los miembros activos del Ejército Libertador. Siempre me fueron altamente simpáticos los revolucionarios cubanos, y en su defensa tuve el honor de ser condenado a 8 años de prisión.

Los bandoleros españoles que dominaron en la Isla de Cuba fueron de la misma categoría de los que hoy asesinan y roban en España. Hay que exterminarlos, como lo hicieron los cubanos, por una insurrección popular, bien organizada y armada. De Montecristi pasaron los dos ibertadores a Puerto Príncipe, en la República de Haití, para hacerse de armas y de una embarcación que los condujera a la Isla de Cuba.

* * *

Curas había en abundancia en aquel pueblecito, pero médico formal fue el primero el anarquista a que me refiero. Aunque era tan fácil nombrar allí un médico como se nombra un guardia municipal. El "médico" que precedió al anarquista había tomado parte en la política local, favoreciendo con su influencia al triunfador, que era un hombre agradecido. Y en premio a sus servicios lo hizo médico, como lo hubiera podido hacer obispo; y después pasó a la categoría de fiscal, de lo que sabía tanto como de medicina; luego fue diputado, y más tarde senador; estos dos últimos cargos no exigían conocimientos, sino desconocimiento de muchas cosas. Era en el fondo muy buena persona, pero tuvo la desgracia de nacer en aquel lugar y no pudo ser otra cosa. Además de los cargos públicos que ostentaba era un agente activo en la multiplicación de la especie, atendiendo a varias señoras de las que tenía numerosa prole.

Cuando el médico anarquista llegó a Sabanera, nombre del pueblo a que me refiero, fue a recibirlo a la mitad del camino el ilustre Jefe de Sanidad del Distrito, un negrazo que había servido como soldado de fortuna a su jefe, quien como recompensa por su lealtad le dio el cargo que había solicitado. Pero él no hacía muchos disparates en la profesión, porque la mayor parte del tiempo lo dedicaba a las conquistas no militares, sino mujeriles. Era un tenorio negro.

En aquella circunstancia los negritos y mulatos perdidos en la selva dejaban la cura de las enfermedades a la fuerza medicamentosa de la Naturaleza, como si

hubiesen leído a Hipócrates. Solamente que como eran buenos creyentes, cuando tenían un niño gravemente enfermo, cogían el camino y lo llevaban a la casa del cura, que se apresuraba a bautizarlos para que no fueran al infierno. Aquello era una romería, desfilando las pobres criaturas una tras otra. ¡Y cuán en serio tomaban aquel disparate los padres de la criatura y el sacerdote! Y una vez hecho cristiano, se lo llevaban a casa a morir en el seno del señor.

Pero un día el anarquista gritó: "¡Ni un día más, padre cura, seguirá usted haciendo de Herodes!" Y cogió a un niño de los más malitos que llevaban a bautizar, y a la ignorante de su madre, y se los llevó a su casa, atendiéndolo convenientemente y, como era de esperar, el niño se salvó. Y a los pocos días volvió a su lugar rosado y sonriente.

Desde aquel día se acabó la romería a la casa del cura de los niños condenados a muerte; iban a la del anarquista y se salvaban.

Por lo que un viejo negro de la vecindad guiñaba el ojo y decía a la gente: "El médico hace más milagros con su ciencia que el cura con sus bautizos".

La influencia moral de los sindicatos

Los sindicatos de trabajadores organizados por los anarquistas españoles, no sólo elevaron el nivel moral de los asociados, sino que influyeron poderosamente en el ambiente social en que se desenvolvían.

Los obreros catalanes, influidos por las ideas del sindicalismo libertario, que allí comenzó a manifestarse a mediados del siglo pasado, pueden considerarse como uno de los más cultos y morales del mundo. Además de sus conocimientos profundos en cuestiones sociales, eran versados en ciencias, literatura y artes. Aman la música y juzgan con acierto las obras teatrales. Son amigos de la naturaleza y aprovechan los días festivos para pasarlos en el campo. Detestan el abuso del alcohol, y cuando se contempla en la calle a un beodo, se tiene la seguridad de que se trata de algún marinero de los barcos surtos en el puerto barcelonés.

Cuando se recorre la región catalana se tiene la impresión de que se encuentra uno en un emporio de civilización y de trabajo. Aparte de las bellezas naturales, que no envidian a las de ningún país, algunas de sus industrias no tienen rival, y sus campos están escrupulosamente cultivados. Toda aquella grandeza es la obra de los trabajadores y no de los capitalistas retrógrados, sus opresores. Por eso las heridas que durante la guerra recibía la tierra catalana, desgarraban al mismo tiempo mi corazón. En vez de inclinarse ante aquella tierra maravillosa y admirar el esfuerzo de sus hijos, los monstruos de la guerra vomitaron torrentes de metralla para destruirla.

Un pueblo tan bien equilibrado física y mentalmente como el catalán, no podía mostrarse indiferente ante los desmanes de la tiranía. No conocemos una capital que iguale a Barcelona por su heroicidad en las luchas sociales. Ha habido ciudades en las que una matanza de trabajadores, o la ejecución de algunos de ellos, ha sofocado el movimiento emancipador por mucho tiempo. No ha sido así en Barcelona, donde la clase obrera, en vez de amedrentarse por una represión sangrienta, y las ha habido allí terribles, se ha levantado más potente que antes. Durante la guerra contra el nazifascismo luchó con la valentía de siempre contra los secuaces de Franco, quien se sostuvo

tambaleándose gracias a la complicidad de las falsas democracias y a la incapacidad de las clases trabajadoras internacionales, supeditadas en cada país a la política imperante.

¡Qué diferencia entre Cataluña sindicalista y anarquista, y Navarra carlista y católica! En esta última región se abusa de las bebidas alcohólicas de una manera extraordinaria. Recuerdo que durante mi destierro en Estella, el foco del carlismo, al caer la tarde estaban casi todos los hombres borrachos y en las festividades se celebraban bailes duran te el día, porque de noche nadie era dueño de sus piernas. Un pueblo alcohólico carece de moral y es huérfano de todo ideal generoso. Cataluña ha dado siempre hombres para la revolución y Navarra para la reacción. Una es la luz, otra es la sombra.

Aunque las regiones tienen en España sus características especiales, no por eso dejaron de ser influidas por Cataluña, en lo que toca a las luchas sociales.

En los pueblos de Extremadura se exigía, para ser socio de los centros obreros o "Casa del Pueblo", dos requisitos esenciales: no ser alcohólico y no tratar mal a su familia. Sin esas virtudes, no se les admitía como asociados, quedando en una situación insostenible, sin la ayuda de sus compañeros.

Recuerdo el caso ocurrido en un pueblecito cercano a Sevilla, llamado Camas, donde la organización obrera llegó a alcanzar un alto grado de perfección, dando pauta a la vida moral de sus habitantes. Un día llegó al lugar un secretario de Ayuntamiento, acostumbrado a las peores mañas. La organización obrera le declaró el boicot. El dueño del hotel donde paraba le comunicó la necesidad de dejar su casa, para no verse también boicoteado, y hasta le negó el almuerzo. Y en el café y en el estanco no quisieron servirlo, así que el mismo día se marchó del pueblo, comprendiendo que la vida le sería imposible. He aquí un caso de coacción moral, en que un tunante no pudo vivir entre personas honradas. Y no se trataba de un hecho aislado, sino bastante generalizado. Donde la mayoría son unos malvados, el hombre bueno vive crucificado, pero si la mayoría se compone de hombres decentes, el pícaro vive asfixiado en sus propias culpas.

Uno de los casos más sorprendentes de la influencia de los sindicatos en la vida moral de un pueblo la observé en Sevilla. Los obreros se fueron apartando

de cantinas y de la chulería reinante, y se hicieron hombres estudiosos y reflexivos.

Sevilla es la cuna del toreo en España, y la fiesta bárbara estaba tan arraigada que los trabajadores empeñaban hasta la ropa de cama para asistir a las corridas. Y después de la función, no se hablaba otra cosa que las hazañas de los toreros y de los problemas de tauromaquia. Una vez que volví a Sevilla después de 15 años de destierro en el extranjero, me pareció que había llegado a un manicomio, no de locos, sino de tontos, pues de la mañana a la noche, y en todos los lugares de la capital, no se hablaba de otra cosa que de una oreja dada a un torero, bien dada según un bando, mal dada según el otro. Creí por un momento que aquellos idiotas estaban irremediablemente perdidos, pero hice lo posible para despertarlos con ayuda de los sindicatos obreros. La labor dio pronto sus frutos y los trabajadores acabaron por perder su afición a los toros; y no sólo negaron su asistencia a la fiesta bárbara, sino que se opusieron a las conversaciones taurinas en los lugares públicos. La afición a los toros era un auxiliar poderoso, embruteciendo al pueblo, de todos los farsantes y explotadores. Cuando se proclamó la República portuguesa y la gente negra corría hacia España, uno de los días que llegaba un cargamento de religiosos a Sevilla se convocó a una corrida de toros a bajo precio, y mientras la gente acudía a la fiesta llegaba un tren cargado de frailes y monjas, que inundaron la villa.

Cuando los aficionados a los toros se dieron cuenta de que el pueblo les era hostil y no acudía a la fiesta, celebraron una reunión en el "Club Gallito", donde se acordó la disolución de la Sociedad por falta de ambiente. "Qué le vamos a hacer -dijo el presidente-, las cosas van cambiando, y no hemos seguido el curso de esa evolución; así que lo mejor es la disolución del Club y que cada uno tome el partido que crea conveniente". En su reglamento había una cláusula que trataba de los fondos en caso de disolución, los cuales deberían pasar a una sociedad benéfica, según la voluntad de los asociados. Uno de los presentes dijo estas palabras: "Yo propongo que los fondos se le entreguen al doctor Vallina, para que los ingrese en los del Sanatorio Antituberculoso que dirige ayudado por la ciudad. Además ha sido el que más nos ha combatido, y debemos de confesar que lo ha hecho con nobleza y

altura de mira", se votó por unanimidad la propuesta, y tres socios vinieron a mi domicilio a hacerme entrega del dinero, que yo destiné para el fin indicado.

La hostilidad hacia las corridas de toros era tan profunda, que como los señoritos vagos dieran una fiesta taurina, el pueblo acudió a las puertas de la plaza e hizo pedazos los automóviles de los que estaban dentro.

Desde el momento que los trabajadores alcanzaron un nivel de moral más alto, se mostraron incompatibles con la inmoralidad reinante y se creyeron en el deber de combatirla.

Ya no era posible en unas oposiciones a cargos públicos entregar las plazas a los que mejor las pagasen o tuvieran más influencia, porque la protesta era enérgica y se imponía la justicia.

Ni los tribunales de justicia ni los jurados podían condenar impunemente a los trabajadores inocentes, porque se jugaban la vida.

Ni los presidentes de los gobiernos, como Dato y Canalejas, podían atropellar a los trabajadores, porque eran ejecutados por el pueblo.

Ni los gobernares abusar de su cargo como aquel conde de Salvatierra que mataron en Valencia en plena fiesta de Carnaval.

Ni tampoco se permitía el juego, fuente mayor de ingresos clandestinos de los gobernadores, pistola en mano, llevándose el dinero para fines benéficos o revolucionarios.

La acción del pueblo, moralmente grande, iba barriendo con su empuje todo lo podrido, y dejando expedito el camino para una era nueva.

Aquel esfuerzo desembocó en una gran Revolución, ahogada en sangre por la maldad de los reaccionarios, la complicidad de las falsas democracias y la pasividad de las clases trabajadoras de todos los países, apartada de los principios salvadores de la Primera Internacional. Pero el eclipse es pasajero, y la lucha no cesará hasta el triunfo del pueblo.

Si la clase obrera de un país cualquiera está desunida, roída por todos los vicios, y al servicio de la política dominante, entonces no hay que esperar nada bueno para el pueblo.

Hay, pues, que laborar para que la clase trabajadora se agrupe en una sóla organización de tipo libertario, en cuyo seno no puedan los jefecillos explotadores y ambiciosos, más peligrosos que los patronos mismos, sino los trabajadores auténticos. Así se construiría una fuerza formidable que aplastaría todas las manifestaciones del mal.

Si no fuera así, el esfuerzo de una minoría de personas bien intencionadas para oponerse al mal, sería insuficiente, y el fango lo cubriría todo, secando las fuentes de la vida.

La muerte del piloto

El primero de abril me había levantado antes del amanecer, pero a poco se desvanecieron las sombras de la noche y una tenue claridad se dibujó en el oriente. El sol mostró en seguida su disco de oro, primero pálido, luego encendido, como una amapola, y el cielo cambió su color cenizo por un azul purísimo. En los trópicos, el crepúsculo no arrastra su carro de belleza sino que pasa más rápido como un avión.

Contemplaba todavía soñoliento la espléndida verdura de la selva, que allá en el horizonte se confundía con el azul del cielo, y pensaba en las múltiples bellezas que iba a depararnos el nuevo día, como si no existiera el dolor en los hombres, cuando de improviso apareció un individuo que me hizo volver a la realidad.

Era un empleado del Ayuntamiento, que me invitaba, en nombre del alcalde, a reunirme con mi hijo, como médicos, a una expedición que partía para buscar a un aeroplano perdido en la intrincada selva de Oaxaca. Entonces me vino a la memoria la tragedia de dos aviadores españoles, creo que se llamaban Barberán y Collar, perdidos hace años en la misma selva, sin dejar rastro de sus personas.

En un camión nos acomodamos los médicos, un empleado del Ayuntamiento y varios policías. A poco de salir del pueblo, nos internamos en el laberinto de la selva tropical. El camino que seguimos era tan estrecho que apenas si podía pasar el vehículo, y lo habían abierto con el filo de las hachas, tumbando árboles seculares, que yacían acostados, como gigantes, roídos por los elementos, sobre los bordes de la ruta. Yo iba en la cabina con el chófer y no lo pasaba mal, pero los que se colocaron sobre la plataforma, tuvieron que echarse para librarse de las ramas de los árboles que en la carrera les azotaban con violencia.

¡Qué selva tan bella y solitaria! Apenas si se veían algunas vacas y un grupo de chozas de palma, en cuyas puertas jugaban los niños desnudos, mientras que las mujeres iban de aquí para allá, a medio vestir y con la cabeza cubierta de

un gran sombrero de paja, que las resguardaba tanto del sol como de la lluvia. En algunos parajes cambiaba la decoración, y en vez de la espesura del bosque, se presentaban grandes claros con numerosos batallones de palmas y altos yerbales. Los bejucos se enredaban a los troncos de los árboles y subían como si quisieran alcanzar el cielo, coronados algunos con penachos de flores. Había árboles añosos tan cargados de plantas parásitas, que se los contemplaba moribundos, con sus escasas ramas medio secas y sus hojas mustias. Me recordaban a los viejos obreros enfermizos y agotados, víctimas de los parásitos sociales, que les habían chupado los jugos de la vida.

¡Y hablaban los malvados que desencadenaron la guerra mundial de la falta de espacio vital, cuando tantos cientos de miles de hombres podrían vivir y prosperar en estas tierras tan ricas y bellas!

A las dos de la tarde llegamos a Palo Gacho, donde viven unos doscientos vecinos, agrupados alrededor de la pequeña estación del ferrocarril. La agricultura era allí rudimentaria: algunos cuadritos sembrados de piña, maíz, arroz y habichuelas.

Entonces tuvimos noticias del desastre. En las cercanías se había desplomado el aeroplano, perdido en las nieblas de la mañana, no llevando otros pasajeros que el piloto y un policía municipal al servicio del campo de aterrizaje. Antes de su destrucción el aparato, en su agonía, aleteó convulsivo sobre los grandes árboles, tronchando algunos de ellos, heridos como por un rayo, hasta que cayó en pedazos, hundiéndose su máquina en el suelo. Acudieron al estrépito algunos campesinos de los alrededores y recogieron al piloto moribundo y al policía machacado. Los llevaron a Palo Gacho y colocaron sobre la plataforma de un camión, esperando la ayuda de fuera. Cuando llegamos a aquel lugar, la gente rodeaba a los heridos, con el espíritu conturbado y sin saber qué partido tomar. El piloto era un hermoso joven de 24 años de edad, que yacía en estado comatoso. En el examen que le hicimos apreciamos: una fractura en la base del cráneo, otra del maxilar inferior, una pierna tronchada por el muslo, contusión fortísima en el pecho y varias cortaduras de cristales en manos y rostro. El policía sufría contusiones en una rodilla y rostro, y el cuerpo magullado por los golpes.

Con toda clase de precauciones, después de una cura de emergencia, recogimos a los heridos y los trasladamos a Loma Bonita, donde se les podía prestar la ayuda necesaria. Por el camino se fue agravando el piloto, presentando síntomas de una hemorragia cerebral, así que, cuando llegamos al pueblo, se encontraba en un estado preagónico.

Como no existía ningún hospitalillo para esos casos, me llevé los heridos a mi clínica con el beneplácito de los acompañantes, que sabían cómo nos conducíamos con los infortunados.

En la puerta de la vivienda se agolpó la gente del pueblo, y a poco apareció la mujer del piloto lanzando gritos desgarradores. Llevaba tres meses de casada y había quedado embarazada. Cuando se tranquilizó un poco dispuso que viniera un médico de la localidad para que se pusiera de acuerdo conmigo, y que además se llamara a un sacerdote con toda urgencia. No me opuse a los deseos de la infortunada mujer. El cura le dio la extremaunción y salió encantado de nuestra acogida. El galeno propuso que se aplicara una punción intrarraquídea y se aplicara una bolsa sobre la cabeza. El hombre demostraba su buena voluntad, pero al acabar de perorar, expiró el herido. Yo no había aplicado aquellas medicinas porque las creía contraindicadas en aquel momento. Además de que se encontraba en estado agónico.

El dueño de un hotel y café vecino, Maximiliano Álvarez, que detrás de una rudeza aparente encierra un corazón generoso, ofreció el salón de su vivienda para colocar el cadáver del piloto y rendirle el homenaje debido. Aceptamos la propuesta y el ataúd fue colocado en un catafalco, ante el cual desfiló todo el pueblo condolido.

No hacía muchos días que se había constituido aquí una pequeña compañía de aviación, para el transporte entre los lugares cercanos que carecían de vías rápidas de comunicaciones. Por lo pronto adquirieron dos aeroplanos "Aeronca", con plazas para tres pasajeros y el piloto. Un aparato quedó destruido en un aterrizaje, matando a un borracho por su culpa, a una mujer y a un niño. El otro aeroplano es el de este relato, así que la compañía de aviación modesta de por sí tuvo poco éxito en su empresa.

El entierro del piloto provocó un conflicto lamentable; la viuda quería llevarse el cuerpo de su marido a la capital de Oaxaca, viaje largo y difícil de verificar, mientras que el representante de la compañía pretendía que se enterrase en ese lugar, para evitar los gastos del traslado.

Todo un día invertimos en el embalsamamiento del cadáver, cuya descomposición era rápida en este clima de fuego. Por fin conseguimos que se conservara hasta la solución del conflicto. Al quinto día del suceso iban a enterrarlo en el cementerio del pueblo, cuando varios individuos, partidarios de los derechos de la viuda, cogieron la caja mortuoria y la colocaron en la vía férrea, territorio federal, hasta que se la llevaron en tren a Oaxaca.

Quedó en mi clínica durante un mes el maltrecho policía municipal, y por cierto que resultó ser una buena persona, que se pasaba los días leyendo la buena literatura libertaria que yo le proporcionaba. Se olvidaba de sus dolores y se lamentaba de que no se pudiera vivir desde ahora en la sociedad futura.

Y aquí termina la historia de un infortunado obrero que murió cuando le sonreía la juventud y el amor, dejando abandonada a su compañera encinta en una sociedad cruel, llena de acechanzas y de peligros.

[Correspondencia]

CLINICA MÉDICO-QUIRÚRGICA Y DENTAL

DR. PEDRO VALLINA. DR. HARMODIO VALLINA. LOMA BONITA, OAX.

16 de junio de 1960

A: Renée Lamberet (5)

Querida compañera y amiga: tu última carta traía la fecha del 6 de mayo. He agradecido mucho el interés que te has tomado por mi salud. He mejorado bastante y me voy sosteniendo, cosa que me alegra, porque todos los días espero noticias menos alentadoras. ¿Qué pasa en Francia con esas huelgas?

...Te remito tres fotografías de indios de esta selva. La muchacha que levanta el brazo izquierdo, lo tiene enfermo de gangrena y hay que amputarlo. No conoció a sus padres, y andaba errante como un animal con unos y otros. Fumaba de continuo y a una enteritis del tabaco debió la enfermedad de un brazo. Y siguió fumando a pesar de mis consejos.

Si Henri David Thoreau viene a esta selva, en vez de Walden, no hubiera escrito aquellas páginas tan maravillosas. Tal vez se hubiera ahorcado de un árbol o escrito un tratado sobre el pesimismo.

Con recuerdos para Costes y demás amigos, recibe mi fraternal abrazo.

PEDRO VALLINA

El calor es aquí espantoso por este tiempo, y la disentería, el paludismo, etc., hacen grandes estragos, pero el peor enemigo es el alcohol. Los asesinatos son muy frecuentes.

* * *

CLÍNCA MÉDICO-QUIRÚRGICA "RICARDO FLORES MAGÓN"

Doctor Pedro Vallina Martínez.- Universidad de Sevilla (España). Calle Morelos Nº 16.-LOMA BONITA (OAXACA).

Veracruz, 22 Noviembre de 1964. Estimada compañera Renée Lamberet:

Recibí y leí con el mayor agrado el libro que me enviaste sobre los hermanos Reclus: con su lectura hasta mejoré de salud y mi ser recobró nuevas energías para seguir luchando. La verdad es que hay en el campo de nuestros ideales hombres maravillosos. Otro de ellos fue Domela, de quien siempre me acuerdo cuando me escribes de Holanda.

Por lo pronto sigo en Veracruz. Ocupo una habitación como un estudiante, llena de libros y de revistas. Y me paso el tiempo estudiando y leyendo con pasión. De vez en cuando me traen un niño pobre en muy mal estado de salud porque la asistencia oficial es en extremo desastrosa. Y yo les cuido fácilmente por mi larga experiencia, mi amor a los enfermos, mi desinterés y por lo que he aprendido de los pediatras franceses: sobre todo de Jules Comby, cuya obra principal tengo sobre la mesa, así como Les Feuillets du Pédiatre de Germain Blechmann. En mis estudios siempre he preferido la medicina francesa y me precio de conocer a sus grandes maestros.

Leo la prensa con atención y no pierdo de vista la situación mundial, muy enredada por cierto, y los grandes Estados haciendo alarde de sus armamentos. Esto puede acabar muy mal. ¿Y tú, que estudias la historia, qué piensas?

Te agradezco mucho tu ofrecimiento de sacarme a máquina algún escrito mío. Lo que tenía terminado, "mi infancia", lo he enviado al Brasil, donde van a publicarlo en portugués.

Ahora aprendo a escribir a máquina y te escribiré con ella mi próxima carta. Sin otra cosa por hoy, recibe mi fraternal abrazo.

PEDRO VALLINA

* * *

Para Paulino Díez Colón

Querido Paulino:

Recibí tu carta con fecha 23 de enero. Renée Lamberet, con la que estoy en comunicación hace mucho y le envío documentación sobre pasados sucesos revolucionarios que por el momento no es prudente publicarlos, es una profesora de historia de un liceo de París, graduada en la Sorbona. Profesa nuestras ideas y se preocupa mucho de la historia social de España. Su último libro M ouvemets Ouvriers et Socialistes: L' Espagne (1750-1936), encierra una riqueza de datos referentes a las luchas sociales en nuestro país.

Pues bien, ella y el antiguo compañero Costes tienen el encargo de una casa editorial de París de escribir un volumen de biografías de los anarquistas de todos los tiempos y países que merecen figurar por su participación activa en nuestro movimiento. Como me parecía que tu biografía no debía faltar, le recomendé que te escribiera en mi nombre solicitando tu intervención. Así que si te parece, aunque te falta la documentación adecuada, como nos falta a casi todos por las circunstancias que hemos vivido, puedes escribir un relato sobre tu intervención en la lucha social, y yo se lo pasaré a ella, si no quieres hacerlo directamente.

El nuevo partido formado en España es una muestra del descontento creciente que va ganando todas las capas sociales del país. Los que lo han formado es gente monárquica y burguesa, y la C.N.T. que interviene no es la nuestra, sino gente que ha cometido el verdadero crimen de dividirla.

Me parece admirable la revolución de Cuba. Con algunos de sus participantes he estado en relación. Ha sido un trueno que ha conmovido a este mundo egoísta. Ahora se está alerta para evitar el retroceso y la mistificación, y además prestar ayuda a los países sedientos de libertad, como Santo Domingo,

Nicaragua y Paraguay. También hay buenas esperanzas de las dictaduras de España y Portugal. Realizado este programa sería más risueña la paz de nuestra época. Hay que ayudar al movimiento insurreccional de españoles y portugueses, como se ayudó al de Cuba, porque en aquellos países están dispuestos a la lucha y sólo necesitan una acción coordinada y armamentos. Sobre este particular, convendría que ahí hiciéreis todo lo que esté en vuestro alcance y os pusiérais de acuerdo con los compañeros. Un levantamiento en España y Portugal conmovería hasta los cimientos el viejo y torpe mundo en que vivimos. En mi próxima carta te diré algo sobre las impresiones que reciba de diferentes países. Es una vergüenza que la dictadura en España se prolongue tanto por la incapacidad de unos y la inercia de otros.

Dígame si ha llegado allí el libro sobre Salvochea. Si no ha llegado te buscaré un ejemplar. El libro vale poco, pero se trata de conservar algunos datos que poseo para que puedan ser aprovechados por otro que escriba una obra adecuada. Además en esta época decadente es bueno que se recuerde la memoria de un anarquista de verdad.

Mi fraternal abrazo para todos.

Mis cariñosos recuerdos de Josefina

PEDRO VALLINA

Amigo Paulino: las faltas que hay en la carta las hice yo, pues ya es de noche y estoy cansada (excúseme).

* * *

Villeneuve St. Georges, 11 de mayo de 1963.

Al compañero Pedro Vallina.

Estimado compañero:

Desde hace tiempo no he escrito y lo hago hoy antes que todo por el placer de tener contigo relación e intercambio de impresiones, deseando que esta carta os encuentre a todos con la mejor salud posible.

Espero que hayáis pasado buen invierno. Aquí como lo habrás sabido hemos tenido un invierno riguroso, como nunca había visto; pero esto sería poca cosa, si lo demás marchara bien, pero la situación general parece corresponder a la del tiempo...

Por mi parte, he pasado un invierno muy ocupada, entre el trabajo en el liceo y largos desplazamientos en la capital, cada día más fatigosos: además siguiendo lo del diccionario, he emprendido, a petición del Instituto de Ámsterdam, poner en estado de ser editado uno de los manuscritos de Max Nettlau que poseen, referente a la Internacional en España y la Federación de Trabajadores de 1868 a 1889; como se trata de una obra capital, que hubiera tenido que ser editada hace tiempo, lo acepté, pero es mucho trabajo, porque Nettlau no lo había terminado más que en cuanto a los hechos, lo principal; pero queda el estilo para arreglar (está en francés); muchas traducciones por hacer, casi una tercera parte; así que estoy muy ocupada; pero lo estimé esencial porque ahora mismo muchos escriben y publican sobre España, hasta los católicos, y esta obra pondrá las cosas en su verdadero lugar tanto más que en realidad es la única que conozco de verdadera base.

También estamos intentando otra cosa: la publicación de una biografía de Elíseo Reclus por su sobrino, Paul Reclus. ¿Has conocido a este compañero? Era el mejor amigo del doctor Pierrot e hijo espiritual de Eliseo. Esta biografía es excelente obra, no tan documentada como la de Nettlau, pero más directa, de fácil lectura, lo que facilitará su venta y como su autor fue quien mejor conoció a Eliseo, traerá mucho de nuevo. Estamos preparando eso con Valerio Mas.

En fin, quiero hablarte de que acabo de conocer a una hija de F. Ferrer, Sol. Vive en París, tiene 72 años y se ha dedicado a escribir historia para rehabilitar la memoria de su padre; cuando joven su inclinación era por la pintura. Ha reunido todo lo que ha podido sobre su padre, fotos, objetos y escritos, pero de esto último no te puedo precisar porque no he visto más de lo que estaba colgado en las paredes de su habitación, fotos, pinturas, objetos. La visité dos veces.

Me habló; no sé si la conoces, pero creo que habrás leído los libros que ha publicado: *Le véritable Francisco Ferrer* por su hija Sol, y recientemente *Le vie et l'oeuvre de Francisco Ferrer*. Es la tercera hija de Teresa Sanmartí. Me ha dicho cosas que me han sorprendido, diciendo que lo encuentra en la correspondencia de su padre (pero no me enseñó nada), y quiero consultarte al respecto, ya que eres quien le conoció mejor:

1º.- Ferrer ha sido siempre adversario de la violencia.

Ella no parece conocer los artículos de la Huelga General, y deduce que Ferrer incluso ignoraba lo relativo al atentado de la calle Mayor. Añade que Ferrer conocía muy poco a Morral, que en una carta Ferrer se extraña que se pueda llevar tal nombre (pero ella no me ha precisado ni fecha, ni a quién), que Morral había dejado la librería antes del atentado, que Soledad estaba enamorada de Morral, que fue solamente cuando Ferrer estaba encarcelado que él se enamoró de Soledad.

2º.- En lo que se refiere a Portet, me ha dicho que su mujer era católica, y que cuando Portee murió, la mujer remitió lo que había legado Ferrer para ediciones a los jesuitas españoles por intermediario del consulado español en Inglaterra. ¿Sabes algo al respecto?

3º.- Aparte de eso, encontré estos detalles en los archivos de París, por el año 1909:

En abril, Ferrer ha dado el despido de su piso de París, para julio; el 17 de abril, vende sus muebles, expide el piano y libros a Mongat; el 20 de abril, va a Londres, donde estuvo en relación con Tarrida del Mármol y tú mismo; regresa el 14 de junio a París, el 15 a Mongat; Portee va a verle en agosto a la frontera.

¿Puede decirme por qué razón abandona París y se va a España en la víspera de los acontecimientos en Cataluña? ¿Los preveía o no? ¿Sabes cuáles eran sus proyectos en esta primavera de 1909?

¿Le has visto verdaderamente tal como está indicado?

4º.- En fin, ¿sabes la dirección actual de los hijos de Malato? Ya estoy buscando para que me den informaciones sobre la segunda parte de la vida de este compañero.

Ya ves, querido compañero, que te estoy de nuevo molestando; me contestarás cuando tengas tiempo. Aparte de esto relativo a trabajos, puedo decirte muy poca cosa: el extraordinario desenvolvimiento contemporáneo de relaciones en todos los aspectos ha facilitado la concentración, incluso la de poderes, y el mundo de momento está esclavizado por los "grandes", no más que dos. ¿Cuándo y de dónde vendrá la reacción favorable? Carecemos ahora a la vez de un verdadero teórico y de un hombre que sepa enfocar una acción verdaderamente eficaz, a pesar de que vemos el mal y tenemos la base ideológica esencial.

Dime si recibes la revista Le Mouvement Social, si no te la mandaré. En la próxima publicaré un artículo que te interesará.

Hasta tus noticias siempre tan gratas, recibe, estimado compañero para ti y los tuyos, el abrazo afectuoso de vuestra compañera de siempre.

RENÉE LAMBERET

* * *

Villenueve St Georges, 8 de julio de 1962.

Querido compañero y amigo Pedro Vallina:

Es con profundo placer que he recibido tu carta, a pesar de que hubiera querido recibir mejores noticias de tu salud; y veo que a pesar de tanto cansancio, sigues atendiendo a los infortunados de este pueblo; pero debes tener más cuidado con tu salud y tus fuerzas, ya que también te necesitamos para ese futuro de España que ahora parece aproximarse.

Ya te habrás dado cuenta de que estas últimas huelgas han sido las más graves contra la dictadura de Franco; y según lo que he podido saber estos días mismos (por eso aguardaba conocerlo para escribirte) -y naturalmente en la medida de lo incierto que pueden ser estas suposiciones-, parece que para el otoño se prepara algo decisivo.

"Eso", de toda forma, no será la revolución ni el cambio que anhelamos; pero sí la caída de la dictadura de Franco por advenir un régimen de más libertad que permitirá volver y reemprender la tarea que es imposible llevar desde el exilio; y ya es mucho. Este régimen podrá ser monarquía o democracia, pero para nosotros es lo mismo, y no importa vivir en Bélgica o Suiza ya que en todas partes es igual.

Diversos indicios lo anuncian; no puede venir de nuestras únicas fuerzas, tanto más que las nuevas generaciones de España han sido envenenadas por la propaganda oficial; pocos verdaderos libertarios han podido formarse en sentido desarrollado; pero un conjunto de circunstancias, sobre todo de carácter económico obran ahora contra la dictadura de Franco: la constitución del mercado común de Europa, a la cual una España "democrática" es necesaria, y la burguesía, tanto de Europa como de España lo desean así; por eso Franco ya no les interesa. Además, habrá notado que la Iglesia se aparta cada vez más del régimen; eso se nota bien por los vascos y los catalanes, y se extiende a España; todo eso se manifestó en los movimientos católicos en Vizcaya o en las universidades de Madrid y Cataluña. Así parece ser que llegamos al último período de la dictadura, en el cual buscan el modo de

terminar con él, sea con su voluntad, sea sin ella, y no vacilarán creo en recurrir si fuese necesario, a cualquier atentado.

Ahora, aprovecharán esta situación para desenvolver en España los sindicatos católicos, como lo hacen en toda Europa Occidental, y sobre todo si implantan un régimen demócrata-cristiano; los otros sindicatos nuevos que se formarán serán los denominados "autónomos", entendiéndose detrás de ellos los fascistas. Por eso la situación cambiará mucho de cómo estaba antes de nuestra salida con C.N.T.-U.G.T. solamente. Tendréis mucho que hacer, sobre todo en el terreno de la educación y formación ideológica. Es de esta forma como veo la situación; y naturalmente puedo engañarme. Quizás sabrás que ya dos compañeros refugiados en México han vuelto aquí, y supongo no piensan volver a México.

En cuanto a la situación de Francia, habrás visto en los periódicos cómo se termina esta guerra de Argelia, y cómo queda el problema fascista de la O.A.S.; en fin, ya es algo, y lo principal, hay que tener mucho ciudado aquí con ellos y no dejarles ganar terreno.

También habrás sabido algo del gesto de Lecoin: creo que conocerás a este compañero francés, militante de la S.I.A. francesa. Ahora se dedicó a los objetores de conciencia y como no se llegaba a darles un estatuto, para llamar la atención sobre su caso, emprendió la huelga de hambre, que sostuvo durante 22 días (tiene 74 años); finalmente el gobierno cedió, ante la emoción que había provocado en toda Francia. Es un gesto muy hermoso y hasta quijotesco; y ya ves, acertó. Estamos todos alegres con eso.

Y tú, cuídate, piensa en tus fuerzas. Dentro de ocho días saldré por una quincena a Ámsterdam, para seguir el trabajo del diccionario; estaré de vuelta aquí en agosto. Si sé algo nuevo, te lo escribiré en seguida. Recibe, querido compañero, para ti y los tuyos el saludo afectuoso de esa compañera.

RENÉE LAMBERET

* * *

Villeneuve St. Georges, 14 de julio de 1963.

Estimado compañero Pedro Vallina:

Me ha llegado tu grata carta del 29 de julio. Deseo que la mía os encuentre a todos en muy buena salud, a pesar del calor que debéis sufrir.

He terminado ayer el trabajo escolar y saldré mañana para Ámsterdam, hasta el final de este mes, porque después vuelvo con mi madre que quedará sola y aprovecharé agosto para adelantar el trabajo del mes de Nettlau: es verdad que es un trabajo abrumador, pero interesantísimo, en este momento en particular donde hasta los eclesiásticos se consagran a la historia de la C.N.T.

Ya en Ámsterdam miraré si tienen bastantes fuentes para poder hacer las verificaciones de lo que he empezado.

El libro de Paul Reclus será también muy interesante; está trabajando para prepararlo un hijo de Paul, y a su vuelta de vacaciones me escribe Valerio Mas, que empezará toda la parte administrativa, circulares y suscripciones; es él quien se cuida de eso. Supongo que entiendes bien el francés y te mandaré un ejemplar en seguida de su aparición, que creo será en diciembre o enero.

A mi vuelta de Ámsterdam, te mandaré el ejemplar del *Mouvement Social*; ha salido hace poco y he tenido tanto que hacer con el fin de año y bachillerato que salgo mañana sin haber tenido un momento de libertad.

Estoy muy satisfecha de lo que me dices de Ferrer; si no has leído los libros de su hija, no has perdido mucho. Al contrario de su padre, tiene ella una inteligencia bastante confusa; he ido dos veces a verla, esperando poder aprender algo, pero cada vez he sufrido una desilusión; además, casi no conoció a su padre. Supongo que tiene algo de documentación, pero hasta eso, puramente material, no pude averiguar ni saber nada cierto; ni ha querido o fue incapaz de darme la simple dirección de los hijos de Malato; así lo de Portet y de su mujer, te lo preguntaba porque si lo hubieses sabido, hubiera sido cierto, pero ignorándolo, es posible que sea una fábula. Si cualquier día sabes algo, me lo escribirás. Costes tampoco lo sabía.

De España, no tengo noticias particulares; van muchos turistas de toda esta parte de Europa, lo que no hace sino fortalecer a Franco por tantas divisas que procuran a la economía. Van a los hoteles y no se dan cuenta de lo que pasa. El nivel de vida sigue muy bajo; parece que de momento la censura de los libros esté un poco menos estricta, porque acaban de salir libros en catalán, lo que no se hacía antes, y uno de historia que debe estar escrito por un joven liberal. Pero por otra parte, seguirá lo mismo; supongo que estarás enterado de la detención de compañeros de las juventudes francesas, anarquistas que fueron allí para ayudar a vuestra liberación. Están procesados.

No tardaré en escribirte, y hasta tener el placer de recibir tus noticias recibe, querido compañero, para ti y los tuyos, el saludo fraternal y afectuoso de

RENÉE LAMBERET

[Opiniones]

Paulino Díez

José Viadiu

Xóchitl Vallina

Federica Montseny

Domingo Rojas

Juan Ferrer

Dr. R. López de Haro

Referencias bibliográficas

PAULINO DÍEZ

Al lector (6):

Prologar las Memorias del doctor Pedro Vallina no es tarea fácil si, en el propósito, se destacan, como merecen, los variados matices de su personalidad. Porque Vallina no ha escrito un libro de tesis o de polémica. No se entretiene, en su narración, en especulaciones filosóficas. Su filosofía es la de la acción y a ella se entrega con pasión. Para él, un hecho tiene más valor, es más importante que cien discursos. Pero no sólo ha dedicado su vida al combate contra la explotación del capitalismo y la tiranía del Estado, sino que se entregó de lleno a mitigar el dolor humano.

Vallina nos relata la parte más activa y fecunda de sus años juveniles. Una vida entregada a la acción manumisora y solidaria. En los 75 años de su vida como militante, entregados a la defensa del anarquismo, supo mantenerse y aún se mantiene, firme en sus convicciones, no obstante las persecuciones, deportaciones y el tener que deambular de un país a otro arrastrando tras de sí a su familia.

Dondequiera que se aposentaba, conquistaba el afecto de todos. Con su conducta, lograba silenciar a los detractores del anarquismo. Pudo ser rico, vivir holgadamente, pero entregó a manos llenas cuanto ganó en su profesión como médico. Vivió modestamente, sin alardes y por ello conquistó el respeto de sus enemigos y el cariño de todos los que acudieron a él en busca de alivio a sus males, consejo o solidaridad.

Es importante destacar la influencia que en la formación ideológica de nuestro galeno, ejerció Fermín Salvochea. Se sintió atraído hacia él por la labor humanitaria y manumisora que realizaba entre el campesinado andaluz, el más mísero y explotado del agro español, y cuyos pasos habría de seguir después. Más tarde tiene contacto directo con Salvochea en Cádiz y después en Madrid,

adonde se traslada nuestro compañero para continuar sus estudios de medicina.

En Madrid se relaciona con grupos anarquistas y con republicanos, entre ellos Salmerón, Nicolás Estévanez, Palma y muchos otros dedicados a conspirar para derrocar a la monarquía, a cuya conspiración se une llevado por el anhelo de destruir toda forma de tiranía, y por tal causa tiene que desterrarse en Francia.

En París tiene relación con anarquistas emigrados de todos los países de Europa y allí toma parte en el atentado contra Alfonso XIII; pues al igual que los republicanos, Vallina opinaba que la liberación de los españoles no se lograría hasta que la monarquía de los Borbones no fuera barrida por una revolución que acabase con las castas parásitas, dando paso a un régimen social más humano.

Expulsado de Francia, sus estudios quedan truncados. Se refugia en Londres, lo que le permite ampliar el trato con destacados militantes anarquistas; alemanes, rusos, polacos, italianos, españoles y judíos, todos emigrados, hombres de acción, que los avatares de la lucha empujaron a buscar refugio en el país de las nieblas. Durante su estancia en Londres está presente en las protestas organizadas contra la represión en España. Asiste a un Congreso de pacifistas contra la guerra, del que regresa desilusionado, pues los acuerdos tomados en dicho comicio son pura declamación de propósitos contra la guerra, ya que al estallar ésta en 1914, la mayoría de los que asistieron y firmaron los acuerdos se declararon en favor de la política agresiva de sus gobiernos, tal es el caso de los socialistas alemanes y franceses.

Por fin termina la carrera de medicina y obtiene el título de doctor y con él regresa a España acogido a la amnistía otorgada por el gobierno español al terminar la guerra de 1918.

En España tuvo que revalidar el título de doctor mediante un examen general. Pero, en el tribunal examinador había un profesor que se oponía a que "a un anarquista se le otorgara el título de doctor, por el peligro que entrañaría para la sociedad".

Vallina hizo prevalecer su derecho ante el tribunal, sosteniendo que los títulos no se otorgan en razón a las ideas que sustente el individuo, sino por su competencia y capacidad como médico.

Nuestro compañero abrió una modesta clínica en Sevilla y pronto su fama como médico y de hondos sentimientos humanos, se extendió por todo Sevilla y trascendió a la campiña. El consultorio se vio rebasado de gente, que no encontraba dónde acomodarse, lo que le obligó a trabajar hasta por la noche.

Con la fina percepción que le caracteriza, Vallina descubre quién necesita de los conocimientos de la ciencia y aquel que acude a él para hallar alivio a sus males, pero que no podrá pagar los honorarios de la visita. Cuando este caso llega, Vallina, el Samaritano, salva el obstáculo sin herir la susceptibilidad del enfermo de esta manera: prescribe la medicina, calcula su costo y entre la receta desliza el valor y algo más.

De la campiña sevillana acudían muchísimos campesinos al consultorio. Algunos, como pago por la consulta, traían un pollo, huevos o cualquiera otra cosa y se daba el caso que lo que entraba por un lado salía en manos de un necesitado por otro. De estos casos fui testigo muchas veces.

A poco de establecerse en Sevilla empezó una campaña contra las autoridades sanitarias, denunciando el alto índice de tuberculosos, por el abandono en que vivía la población obrera. El estado sanitario de las viviendas de los trabajadores era horrible y para forzar a los propietarios y autoridades sanitarias a mejorar sus condiciones, provocó una huelga de inquilinos.

Con el apoyo de algunos diarios de Sevilla hizo una campaña para construir un Sanatorio Antituberculoso. El pueblo de Sevilla respondió generosamente, donando lo que podía para ver cristalizada su construcción. Pero si bien la colecta de dinero iba en aumento, nada se había decidido sobre el lugar en que se construiría el Sanatorio.

Un día nos trasladamos al pueblo de Cantillana varios compañeros con Vallina, para ver unos terrenos, muy bien situados, donde se construiría el Sanatorio. Una vez allí, como le hiciera observar que entre todos no reuniríamos diez pesetas, él, hombre de rápidas decisiones, contestó que "el dinero era lo

menos importante". El terreno lo adquirió comprometiéndose a pagar su valor, y los sindicatos de Sevilla ayudaron a levantar los pabellones, trabajando sin remuneración alguna.

Esta obra, a la que dedicó el doctor Vallina todos sus esfuerzos y dinero, fue destrozada primero por los gobiernos de la República de Trabajadores, como se llamó a la república del 31, y ultimada por los facciosos.

En el escaso período de cuatro años, desde su llegada a España, sufrió cuatro deportaciones a los lugares más inhóspitos de Extremadura, pueblos míseros, viviendo en condiciones infrahumanas. Allí sembró la semilla del ideal anarquista y despertó la conciencia adormecida de los parias del terruño.

Con su ejemplo conquistó el corazón de aquellas gentes sencillas y esto inquieta a los caciques del pueblo que buscan influencias para que trasladen a otro pueblo al doctor que tantas preocupaciones les causa. Esto se repite en todos los pueblos donde es confinado.

Su compañera Josefina, todo bondad y ternura, le alienta en la lucha y le sigue en el calvario que recorre nuestro hombre. No se lamenta. Maldice a los miserables que tan cobardemente persiguen a su compañero, porque no comprenden la grandeza del ideal por el cual lucha.

La dictadura de Primo de Rivera le conmina a que se destierre o en caso contrario será apresado una y otra vez, haciéndole imposible la vida. La elección no es dudosa y Vallina decide marchar a Casablanca. Esta vez le acompañan su compañera y tres hijos pequeños y por si eran pocos para hacer frente a una situación incierta, lleva consigo a un viejo compañero enfermo y a una niña de escasa edad.

En Casablanca abrió consulta, ayudado por algunos elementos de la colonia española, pero no pudo permanecer allí mucho tiempo. El médico del Consulado le denunció a las autoridades francesas, pues este truhán sabía que sobre Vallina pesaba la expulsión del territorio francés, decretada a raíz del atentado de Alfonso XIII.

Esta vez marcha a Portugal donde logra ir vegetando, ya que oficialmente no puede ejercer su profesión. Allí aumenta el número de los "pensionados",

viéndose obligados a vivir en un reducido espacio once personas. Como la situación es en extremo precaria, solicita y obtiene del gobierno de la dictadura el regreso a España, bajo la condición de fijar su residencia en un pueblo donde pueda ser vigilado.

La proclamación de la república le permite regresar a Sevilla, pero no goza de seguridad y garantías y decide radicarse en Almadén, pueblo minero donde le sorprende la sublevación de los fascistas. Organiza una milicia y se lanza a la lucha, en esta ocasión no hace sino responder a su temperamento y a sus convicciones revolucionarias, pues cree llegado el momento de cambiar las condiciones económicas y sociales aplastando definitivamente a las fuerzas represivas que, durante siglos, entorpecieron el progreso en España.

En 1938 tuve ocasión de abrazarle en Albacete, fungiendo como médico en una Brigada Internacional y más tarde en Barcelona. Al derrumbarse la resistencia en Cataluña, se evacua con su familia a Francia y otra vez volvemos a encontrarnos en el vapor La Salle camino a Santo Domingo.

En la colonia de Dajabón, adonde ha sido destinado por el gobierno dominicano, "abre" una clínica y allí presta sus servicios a los nativos y a los refugiados en espera de ser trasladado a México.

En México prefiere establecerse en el campo para ejercer la medicina, a quedarse en la ciudad y sienta sus reales en el Estado de Oaxaca, en el pueblo de Loma Bonita, de clima palúdico y que durante más de veinte años vivió estrechamente, porque la clientela, en su mayoría de origen indio, pobre, inculta y supersticiosa, nada puede ofrecerle. Es él quien, como ha hecho en otras ocasiones, atiende a aquellos pobres seres en sus penurias y enfermedades.

La muerte de su compañera Josefina le trastorna su salud, pero se resiste a abandonar el pueblo; no obstante los compañeros de México se comprometen que se establezca y le aseguran una iguala de compañeros que mensualmente pagarán una cuota por los servicios que pueda o no prestar a los enfermos. Este ofrecimiento lo hicieron para no herir sus sentimientos, pero fue en vano. Solamente se avino a salir del pueblo cuando ya no podía cumplir su obra solidaria.

Éstos son, a grandes rasgos, los perfiles más salientes de la personalidad del doctor Pedro Vallina y que por la amistad y compañerismo que nos une hace más de 45 años, accedí a prologar sus Memorias.

Colón, julio de 1967

JOSÉ VIADIU

Se ofrece al lector (7) el segundo tomo de las Memorias de este singular anarquista, mezcla de Bakunin y de San Francisco de Asís, en el que, entre todas las demás facetas, destaca una esencial: la revolución anárquica. Ahora que para el doctor Pedro Vallina esta revolución entrañaba diversos aspectos: justicia social, igualdad, hermandad entre los hombres por encima de fronteras, razas y naciones. Para él, agitar, remover las charcas donde chapotean los bien hallados, bifurcar a como diera lugar a gobiernos e instituciones oficiales, arremeter contra quienes mantienen la monstruosa desigualdad racial, económica y moral, ello equivalía a que se hallara en su medio, en su ambiente natural. Para llevar a cabo sus intentos revolucionarios, sus proyectos demoledores, se hubiera aliado con tirios y troyanos. La cuestión estribaba en remover hasta sus cimientos a la sociedad capitalista, en inquietar a los poderosos, en derruir las causas productoras del mal, en demoler, piedra sobre piedra, los estamentos en donde se agazapan los mercaderes, los hipócritas, los falsarios, todos aquellos que convierten la tierra en propiedad privada o del Estado, que usufructúan el esfuerzo humano en provecho propio, que se sirven de la cruz para envilecer y sojuzgar al prójimo, que emplean el dinero para corromper a todas las capas sociales, que utilizan la espada para atemorizar a los pueblos.

Para llegar a esta conclusión no hay más que seguir paso a paso el curso de cuanto nos cuenta, que es un fiel reflejo de su existencia. De muy joven interviene ya en todas las trifulcas que se suceden en Madrid. Al pasar la frontera lo hace a marchas forzadas perseguido por sicarios del gobierno. En Francia se encuentra envuelto en el complot contra Alfonso XIII. En cuanto a su devoción y afecto se encauza, por temperamento personal, hacia los individuos más combativos, más puros y más desinteresados. En primer término debe figurar este hombre, Fermín Salvochea, cuya nobleza y espíritu de sacrificio lo hermanan con la magnífica Luisa Michel, aquella que al condenar a muerte a sus hermanos de lucha, los comuneros, implora a los jueces que "le dieran también a ella su ración de plomo". Cuéntanse entre sus amigos: Blas Infante, hombre cabal y bondadoso; Nicolás Estévanez, ministro

en la primera República, que renuncia a su carrera militar para seguir conspirando contra los barbones; Rosendo Castell, general de sanidad militar, que muere en el castillo de Montjuich, prisionero de los fascistas triunfantes, luego de terminarse la contienda española; Eduardo Barriobero, el abogado que durante años recorrió todas las audiencias de España en defensa de anarcosindicalistas en momentos de evidente peligro físico, y que Vallina, en sus últimos tiempos, hallándose aquél enfermo y preso, comparte su compañía; de continuo le insta a que se una a la caravana que está próxima a salir hacia la frontera, pero él se niega. El derrumbe de la Cataluña revolucionaria lo sorprende postrado en el Hospital de San Pablo, en Barcelona, donde la infecta justicia militar lo condena y manda ejecutar a garrote vil.

Así, en sus conversaciones, el doctor Vallina no ocultaba su querencia por Miguel Angiolillo, Mateo Morral, Francisco Ferrer, etc. En relación con éste, algunas veces habíamos dialogado con él durante los primeros tiempos de nuestra estancia en México. Conveníamos en que, en artículos y ensayos, la gente se empeñaba en querer convertir a Ferrer en un pedagogo, cuando en realidad fue un gran revolucionario, un hombre que atacaba el problema español en su raíz más profunda. Desde luego que el acto de fundar la Escuela Moderna fue una acción audaz, propia de quien sabe que va a jugarse el todo por el todo. Hay que ver lo que representaba en la España de principios de siglo atreverse a desafiar el poder clerical, que era tanto como hacerlo a toda la oligarquía predominante. Además equivalía a minar de raíz una educación servil, atrasada y propia para esclavos, que entumecía los músculos y el cerebro del pueblo. Tanto es así, que si se quiere adentrar en las causas del atraso de España, en relación con otros pueblos europeos, hay que empezar por estudiar los orígenes que se derivan de inculcar en la mente de la niñez, durante largos años, anacronismos que tienen por base concepciones religiosas trasnochadas, mientras las creaciones de las ciencias, de la filosofía, del pensamiento y de la técnica modernos quedaban proscritos y supeditados a las conveniencias de un clericalismo estulto, voraz e incapacitado, que es lo que trató de remover y extirpar el ajusticiado en Montjuich.

Sin embargo, y no negando la importancia que tiene esta empresa, conveníamos en que por encima del pedagogo, en Ferrer, predominaba el revolucionario. Según nuestro criterio, la oportuna creación de la Escuela Moderna vino a ser una rama del mismo árbol, o sea, que ambos objetivos iban dirigidos a una finalidad exclusiva: la revolución social; pero también nos parecía que la labor que realizaba la Escuela de ir minando el poder religioso y del Estado, se trataba de una obra a largo plazo que no se conformaba del todo con el temperamento de su creador. Pensábamos que era una modalidad de lucha que tenía diversos enfoques y que el primordial en aquellas fechas era acabar con el predominio de los borbones, para que el pueblo español empezara a respirar, o sea, descabezar a la monarquía que lo embrutecía, expoliaba y deshonraba.

Nuestra charla coincidía en que la exaltación del pedagogo desnaturalizaba la auténtica figura de Francisco Ferrer, en demérito del revolucionario. En nuestras conclusiones conveníamos en que de cerca o de lejos había intervenido en los dos actos que perseguían la misma finalidad, los atentados contra Alfonso XIII de la rue de Roban, en París, y el de la calle Mayor, en Madrid. Era entonces un pensamiento bastante generalizado el acabar con los últimos vestigios del borbonismo, representado por este estafermo, lo que, según la mentalidad de la época y también actual, no sólo equivalía a una justa expiación por las graves culpas cometidas por el nefasto régimen, sino que también representaba el poner fin a una etapa de despotismo, abusos y criminalidad oficial, y el abrir nuevos horizontes hacia rumbos más libres y humanos. En este punto coincidían todos los elementos de izquierda, por lo que nada tendría de extraño que Ferrer, con la auténtica visión revolucionaria que le caracterizaba, se hiciera intérprete de ese sentir general y preparara la ejecución de tales actos. Vallina, a la par que se lamentaba de su fracaso, tenía la convicción que de haber sido deliberadamente preparados, hubieran culminado con el resultado apetecido.

La primera vez que tuvimos trato con nuestro biografiado fue allá por el año 1918. Después del Congreso Regional de la C.N.T. (en dicha fecha) celebrado en la calle Vallespir, de Sans, donde se tomó el acuerdo de constituir los sindicatos únicos. A tal fin, se nombró una comisión compuesta por siete

individuos para que se desplazaran por Andalucía con el propósito de divulgar la estructura y finalidad orgánica de dichos sindicatos. A nosotros nos correspondió quedarnos en Sevilla, donde en realidad fuimos hostilizados por las autoridades desde el primer día de nuestra llegada. La prensa desató una campaña contra "los agitadores anarquistas que propagaban la revolución social". De gobernador estaba el vesánico y agresivo Conde de Salvatierra, que metió en la cárcel a todo bicho viviente, trabajadores andaluces y parte de los representantes cenetistas. Pero el encuentro con Vallina fue en calidad de médico, debido a que un compañero de la comisión sufrió ataques epilépticos y en tal estado no cesaba de decir barbaridades, por lo que era necesario que el doctor visitante fuese un hombre de confianza. Pedro le suministró unos calmantes y a los pocos días el paciente pudo ser trasladado a Barcelona.

Aquí cabe destacar que todo lo que Vallina tenía de agresivo y violento contra déspotas y malvados, como él los llamaba, se convertía en dulzura y bondad, en ternura y afecto hacia los míseros y desdichados. A partir de este primer contacto iba a su consultorio, que era un verdadero desfile de gente necesitada. Por cierto que nos sorprendió en gran manera que después de la visita la clientela iba desfilando sin preguntar el precio de la consulta, hasta el extremo de formularnos, nosotros mismos, el interrogante: ¿de qué vivirá este hombre y su familia? En el mismo orden de cosas ya hemos visto, siguiendo sus Memorias, que en España, en el curso de sus peregrinaciones forzadas en los lugares más inhóspitos, cómo convivía con los moradores pueblerinos y del tacto y la deferencia como los trataba. Pero claro, acerca de este trato familiar podría suponerse que se comportaba así porque se trataba de una convivencia obligada, puesto que estaba allí por estar desterrado; sin embargo, la verdad es que se encontraba en su elemento, ya que así practicaba su deseo de servir que, en él, era mucho más esencial que la dádiva del rico, que cualquier egoísmo interesado, ya que lo primordial consistía en la práctica del bien, por el bien mismo.

La prueba de ello la tenemos en su paso por la República Dominicana y también en México. Él, como docenas de médicos, se hubiera podido situar con ventaja en la capital o en cualquier ciudad de provincia, pero no le satisfacía, se encontraba desplazado. En Santo Domingo estuvo una

temporada dando vueltas por distintos lugares para ver en qué lugar se situaba; al fin escogió el sitio en donde creía que hacía más falta. En un páramo poco poblado se puso a practicar la medicina, acompañado de Josefina, la compañera abnegada que le ayudaba a limpiar y curar a la caravana de palúdicos y tuberculosos que afluían a su modesta casa de curación. Así durante un par de años, hasta el traslado familiar a la capital azteca. Ya en México fundaron su primer hogar en la calle de Bolívar, donde ni colocó el indicador de "Médico", hasta que se largó a Loma Bonita, donde pasó cerca de treinta años curando indios y atendiendo a lo más necesitado del campesinado mexicano, bajo el signo de "Consultorio Médico Quirúrgico Ricardo Flores Magón", que nada podía expresar mejor las afinidades electivas de estos dos seres que se hermanaban en pureza de sentimientos, en fervor por el ideal, en amor a los desvalidos y en la entrega absoluta al anarquismo.

No creemos que sea por demás añadirle esta apostilla. Al hablar de las Memorias

trazadas por Vallina, informar a los lectores que éste las empezó a escribir lindando ya los noventa años, lo que hay que reconocer que no es edad muy propicia para acometer tales empresas, lo que nos hace pensar en lo que hubieran podido ser redactadas en su madurez. El hecho de que las escribiera fue debido a una sugerencia personal que le hizo Hermoso Plaja y a la visita de su amigo Domingo Rojas en un momento crucial en que estaba muy enfermo y en un estado altamente depresivo. La propuesta de que escribiera cuanto le había ocurrido en su larga y accidentada existencia fue para él como un nuevo renacer, algo así como quien cree que ha terminado ya su misión y ve en lontananza una luz que le indica que aún queda camino por recorrer, que todavía no ha terminado su peregrinaje por la tierra.

El fruto de esta reacción fueron estos dos tomos en que figuran las peripecias y andanzas de ese doctor y anarquista de nuestros pecados, tan querido por nosotros y por cuantos lo trataron.

XÓCHITL VALLINA (8)

Por el hecho de ser nieta del señor Pedro Vallina y también por haber pasado a máquina las memorias de mi abuelo, me han pedido que escriba unas líneas para este segundo tomo, lo cual hago muy a gusto, pues me dan la oportunidad de decir algo acerca de una persona para mí muy querida, o sea del hombre que seguramente ustedes han conocido o han oído hablar de él, por haber luchado toda su larga y accidentada vida contra las injusticias cometidas por los poderosos sobre los débiles.

En las páginas de este segundo tomo se narra el final de la Guerra Civil Española, o mejor del pueblo llano y liberal contra el nazifascismo internacional. Se habla de esa gran epopeya que a pesar del tiempo transcurrido no se ha extinguido aún la llama que alienta en el corazón de los exiliados españoles que viven con la esperanza del retorno a sus lares perdidos para reemprender la marcha que se truncó con el predominio del fascismo.

También se mencionan los cargos que desempeñó mi abuelo como médico y director de hospitales durante la contienda por tierras hispánicas. Se refiere también a su deambular de un sitio para otro con la inquietud entrañable de poder servir, de ser útil a las víctimas inocentes. A la vez se habla de la mención honorífica que le otorgaron las autoridades del Estado de Oaxaca, en el año 1944, por haber prestado su desinteresada y humana colaboración en ayuda a los damnificados por la gran inundación que sufrieron estos pueblos, así como por su colaboración en la campaña nacional contra el paludismo.

En su paso de una población a otra, de Almadén a Madrid o de Cuenca a Barcelona, por ejemplo, a más de reflejar la situación que siguen los frentes de guerra y el estado emotivo de los pueblos en lucha, refleja la impotencia de las milicias republicanas frente al consorcio nazifascista internacional, muestra a la vez el desasosiego de un ser atormentado que desearía convertirse en factor decisivo para aniquilar a los enemigos del pueblo. Sí, se trata de una lucha consigo mismo que, con su movimiento incesante, trata de penetrar en todos los lugares para ver si encuentra algún resquicio que pudiera facilitar el triunfo de sus ideales.

En otros apartes nos habla de su paso por Santo Domingo. De su relación con los indígenas, de las atenciones prestadas a un pueblo que vivía sacrificado por la tiranía, el hambre y las enfermedades.

Nos habla también de sus amigos españoles, todos ellos de ascendencia libertaria, y de las luchas épicas de los libertadores mexicanos. Nos cuenta su traslado a México en donde prefiere ejercer su carrera de médico en el agro y en los pueblos más míseros que en las capitales, hasta que instala un modesto consultorio en Loma Bonita, Oax., en donde tiene oportunidad de ayudar a los pobres mestizos durante unos treinta años.

Tampoco abandona su renglón, dándonos instrucciones de cómo se combate a los borbones y a las dictaduras, indicando que el verdadero sentido revolucionario estriba en no violentar jamás el sentido del pueblo, o sea en dejar que obre en plena libertad.

En sus páginas y en sus relatos también aflora el sentimiento y el dolor que le proporciona el tener plena conciencia de que éste es el último destierro que sufre, de que ya no volverá a pisar la tierra que le vio nacer y que él tanto quería. Por sus exclamaciones, por su decir, a él le hubiera gustado al morir, que hubiese sido enterrado en el lugar de sus luchas, en el suelo donde se derramó tanta sangre injustamente de obreros y campesinos, o sea en el más humilde de los lugares que habitó en sus peregrinaciones, acosado por las autoridades, en donde se sacrificó a centenares de miles de personas por el simple hecho de anhelar y pretender vivir libremente y no bajo dictaduras despóticas y absolutistas, ya que fue el ideal de su vida poder respirar a pleno pulmón en régimen de libertad.

Pero no pudo ser, ahora el doctor Pedro Vallina, mi querido abuelo, "El Samaritano", como le decían en algunas regiones de España, yace bajo el frondoso suelo veracruzano, pero deja el ejemplo de su obra, de lo que representa un espíritu, como ejemplo a los jóvenes para que luchen por la libertad que todo individuo digno merece y debe tener.

Veracruz, Ver., marzo, 1971

FEDERICA MONTSENY

El doctor Pedro Vallina

Desde aquel 29 de junio de 1879, en que nació en Guadalcanal, provincia de Sevilla, un niño al que pusieron por nombre Pedro -de apellido Vallina, pues su padre así se llamaba- hasta este mes de febrero en que se ha extinguido para siempre en México la luz encendida en España, examinar a vuelo de pájaro estos 91 años de existencia, produce vértigo.

De lo que fue la vida de Vallina es apenas reflejo el libro aparecido con el título Crónica de un revolucionario, y esas Memorias suyas, que llegan sólo hasta el fin de la contienda española.

Probablemente mañana habrá biógrafos que, con el material facilitado por el propio Vallina y con todo el que encontrarán en diversos archivos, sin olvidar los de la policía de tres países -España, Francia y Gran Bretaña- conseguirán seguir paso a paso la existencia de un ser que fue, por excelencia, un hombre completo, ya que en él se reunieron la acción y el pensamiento, la preparación cultural y científica y el entrañable arraigo a la causa de los más desgraciados y oprimidos de la tierra.

Este amor indefectible fue el rasgo dominante que sirvió de norte a la vida de nuestro compañero. Desde que consiguió terminar, con infinitas dificultades, creadas por sus continuos desplazamientos, víctima de las persecuciones policíacas, la carrera de médico, hasta el día que la vejez le hizo abandonar el ejercicio de su profesión en México, donde una vez más, dedicó su ciencia, su paciencia y su corazón, lleno de bondad infinita, a curar a los indios perdidos entre las montañas natales y entre la pirámide de supersticiones y creencias ancestrales que los hacía víctimas de los curanderos locales, no hay ni una hora, ni un minuto en la existencia de este hombre que no se hubiese empleado en el bien, en la ayuda y solidaridad hacia sus semejantes . . .

Pero, del mismo modo que su ternura no tuvo límites para las víctimas y los desvalidos, para cuantos llegaron tarde al banquete malthusiano de la vida, para cuantos eran blanco eterno de la explotación y de la injusticia, sea cual fuere el color de su rostro y la lengua que hablaran, así también el odio visceral de Vallina hacia los responsables de que tal estado de cosas perdurara en el mundo, no le abandonó ni un solo instante.

No hubo huelga, agitación campesina o industrial, acto de oposición violenta al sistema social presente y a sus representantes, producidos en los aledaños de donde Vallina se encontraba, en que él no interviniera. Su candidez, el crédito moral, la confianza que depositaba en cuantos a él se acercaban, gemelos de los de Salvochea, le hicieron blanco predilecto de todas las maniobras y lazos tendidos por la policía. A través de sus memorias, nos damos cuenta de que hasta las huelgas de Sevilla que produjeron el incendio de la Casa de Cornelio, la matanza del Parque de María Luisa, tuvieron por actores principales, de un lado los obreros, del otro la patronal y el gobernador civil, y en el centro, como víctima propiciatoria, como cabeza de turco predestinada, la figura de Vallina, al que quiso envolverse en un complot lo bastante vasto para retirarle de la circulación por muchos años en esas tierras de Andalucía donde su prestigio era inmenso.

Renée Lamberet, que ha dedicado muchas horas a bucear entre los archivos de la policía francesa, liberados en lo que significan cincuenta años de pasado, encontró testimonios curiosísimos del interés permanente que las idas y venidas de Vallina en la capital francesa provocaban. Tal era el pánico de las autoridades del país galo, tal la inquietud que les producía la proximidad de ese hombre, constantemente vigilado, que cuando regresó a España de uno de sus varios forzosos exilios, tuvo que hacer el viaje por mar, porque no se le permitió atravesar la tierra francesa.

El mismo temor y la misma desconfianza inspiraba a la policía inglesa. Vallina heredó de los nihilistas rusos el mismo prestigio peligroso... En cierto modo, heredó de ellos muchas cosas. En este místico de la acción reencontramos muchos de los rasgos dominantes en el dulce Stepniak, el más terrible de los terroristas rusos, alma de niño en un cuerpo de gigante, puro entre los puros, pero que jamás sintió atormentada su alma por el problema de "Los justos".

Para él, no había duda ni vacilación alguna en la aplicación de la justicia. Vallina pertenecía a la misma línea humana. El mejor de los hombres, pero también el más implacable con los que consideraba culpables del dolor y las injusticias de que eran víctimas los más débiles y desvalidos de sus semejantes.

Quizá estas extrañas similitudes entre el eslavo y el andaluz, debamos encontrarlas en la mescolanza étnica de España y en el hecho mismo de que Vallina, nacido en Guadalcanal, era hijo de padre asturiano y de madre andaluza. Sus padres, desde luego, atesoraron todas las condiciones humanas. Ricos comerciantes, gracias a su inteligencia y a su trabajo, se arruinaron pagando los estudios de sus hijos y, sobre todo, protegiendo cuanto pudieron al más díscolo y el más amado, ese Pedro que debía inmortalizarse. Por lo demás, los hermanos de Vallina siguieron a Pedro en su evolución ideal. Los que sobrevivieron a lo largo de la vida de Vallina, un hermano y una hermana, fueron los dos anarquistas. Por adhesión apasionada al hermano, la hembra, Natalia; por evolución propia el hermano muerto en Igualada, según nos explica Vallina en el curso de la guerra civil.

La modestia y la simplicidad de Vallina le hizo dar noticias esquemáticas sobre sí mismo y los diversos avatares de su vida. Leyendo sus Memorias, sentimos el mismo vacío sobre múltiples etapas generalmente conocidas que experimentamos leyendo *Le cours d'une vie*, de Lecoin. Mucho de lo que no dicen, por no darle importancia o por pudor, la tiene capital para la historia de los años en que sus vidas se desenvolvieron. De ahí que las memorias, por regla general, necesitan siempre ser completadas por los que, con la perspectiva del tiempo, saben extraer todo su jugo a los hechos históricos y a las vidas humanas. Jamás Tolstoi hubiera dicho sobre sí mismo lo que de él han dicho sus biógrafos y sus exégetas. Ni Gandhi hubiera dado de sí mismo la visión que de él diera Romain Rolland.

¿Quién narrará lo que fueron los últimos años del doctor Vallina en México?

¿Lo que fue su existencia, perdida entre montañas, viejecito ya, desplazándose penosamente a través de la selva, protegido de lejos por los pobres campesinos que, después de muchas reservas y recelos, lo adoptaron de tal forma que hubiesen dado la vida por él? ¿Su situación casi miserable, pues la

mayor parte de las veces, lejos de cobrar sus servicios, aún debía dar dinero para adquirir los medicamentos? Como, por lo demás, hizo lo mismo tantas y tantas veces en Siruela y por doquier ejerciera su auténtico ministerio.

Ese tomo de las Memorias de Vallina ha quedado por escribir. Y, desde luego, tampoco de ello hubiera dicho seguramente una palabra Vallina.

¿Quién nos dirá lo que ha sido el fin de este anciano, que se entregó a la muerte casi por propia voluntad? Nos decía Renée Lamberet en carta anunciándonos que Vallina había entrado en la agonía: "Por su parte, él no hace ya nada para vivir; se entrega a la muerte por propia voluntad".

Lo que debía pasar por la mente del viejo médico, en esos días en que quedó postrado, sin fuerzas físicas, pero probablemente con algo de lucidez mental, quedará para siempre sepultado en el secreto que es privativo del mundo de los muertos.

Pero sentimos nuestra alma sobrecogida, pensando en la vida y en el fin de este hombre ilustre por antonomasia, nuevo Francisco de Asís para los pobres; Saint-Just y Stepniak para los poderosos y los ricos.

Su recuerdo perdurará en todas las memorias, porque pertenece a la estirpe rara y gloriosa de los íntegros, de los fieles idealistas, de los incorruptibles, de los que siguieron recta e inflexiblemente la vida que se fijaron al tener uso de razón.

Vallina ha muerto en Nueva España, el nombre que los conquistadores dieron a la tierra descubierta por Hernán Cortés. Ojalá un día los nietos y biznietos de Vallina puedan regresar a la España nueva que Pedro, con tantos miles de otros Pedros, más humildes e ignorados que él, forjaron entre sacrificios cruentos, luchas implacables, raudales de sangre y gritos de dolor.

DOMINGO ROJAS

Ha muerto Pedro Vallina

El viernes 13 de febrero de 1970 recibí una carta de Harmodio, hijo de Vallina, diciéndome que los médicos no daban ninguna esperanza y que su padre pedía hablar conmigo antes de morir. Me puse inmediatamente en camino, pero como Veracruz está lejos de la capital de México, al llegar a casa de Vallina una de las nietas me estaba esperando para darme la mala noticia de que su abuelito hacía dos horas que había fallecido.

Son pocos los hombres que, como Vallina, merecen ser recordados. Su temple, su generosidad, su inmenso amor hacia los humildes fue tan grande que bien merece divulgarse su labor, si no para los viejos militantes sí para la gente joven a quien el nombre de Pedro Vallina poco les dirá.

Discípulo muy estimado del gran Fermín Salvochea, Pedro Vallina fue siempre venerado por los obreros industriales de las grandes capitales, luchador incansable, supo poner su condición de militante al servicio .de todas las reivindicaciones del proletariado. Destaca como defensor incansable de las causas nobles; verdadero apóstol de la superación humana; revolucionario por educación y por temperamento, defendió en todo momento la emancipación integral de los pueblos oprimidos. Su personalidad, como hombre y como médico, lo convierte en combatiente contra los dolores y sufrimientos del pueblo. Para el campesino, que dobla el espinazo ante el rudo trabajo del campo, es todo corazón, en cualquier pueblo de la noble Andalucía o de Extremadura en sus destierros, es estimado como el apóstol que trata de solventar las miserias que padecen los oprimidos. En todos los movimientos de rebeldía del pueblo andaluz, brilla la figura del gran animador que fue Pedro Vallina. Toda una vida dedicada a la causa de la libertad, durante muchos años fue la presa codiciada por los chacales de la monarquía española, pero también fue la genuina representación del anarquismo andaluz, y una de las figuras más relevantes y más apreciadas del movimiento revolucionario español.

Su casa permanecía abierta a toda hora del día y de la noche para todo aquel que estuviera perseguido, o para quien se encontrase sin hogar. Como médico supo estar siempre al servicio de todo aquel que lo necesitara. Verdadero médico al servicio de los pobres, lo mismo atendía al inválido, que al perseguido por la justicia, o el evadido de presidio, todos encontraban refugio en el hogar de Vallina, lo mismo que el herido que acababa de librar una escaramuza con la guardia civil, nunca tuvo un no para nadie, ni rehuyó ningún peligro. Esta conducta de amor y cariño sin límites por los desheredados fue su distinción más honrosa. Vallina tiene ganado el tributo de luchador incansable contra todos los tiranos, y era lógico que fuese reconocido y admirado por todos aquellos que lo rodeaban.

Yo no tuve la suerte de conocerlo en España, supe de sus andanzas desde luego. Pero la amistad que me une al compañero Paulino Díez hizo que conociera muy de cerca todas las actividades de Vallina, ya que seguramente Paulina ha sido el militante que más ha convivido y luchado a su lado.

El título de médico, según cuenta en sus Memorias) le costó un esfuerzo formidable, ya que en sus exámenes topó con unos catedráticos cavernícolas que no examinaban al alumno, sino al rebelde indomable que no se sometía a los caprichos de las instituciones; sus peripecias son harto conocidas y no vamos a contarlas aquí. Incluso en México, a pesar de haber luchado muchos años para revalidar su título de médico, no pudo lograrlo nunca. Es verdad que tampoco le pusieron trabas para ejercer la medicina, todo lo contrario, incluso la gobernatura del Estado de Oaxaca llegó a distinguirlo con un premio honorífico por haber sido el médico que más se había distinguido en la lucha para combatir el paludismo en la región.

En España fundó una obra hermosa y humana. En Andalucía instaló el Sanatorio Obrero de Cantillana, del que fue la piedra fundamental. Dicha institución fue luego propiedad de la organización obrera de la región, en donde tuvo participación como ayudante suyo el compañero Paulina Díez.

Publicó en revistas de carácter social y educativo de renombre mundial, cuyo carácter anarquista y ateo es bien conocido de todo el mundo. Su colaboración

en los periódicos y revistas anarquistas ha sido apreciada por propios y extraños. Son centenares los artículos esparcidos en nuestra prensa libertaria.

El entierro fue modesto como él lo había deseado, 1O personas lo acompañamos a su última morada, un manojo de hermosos claveles rojos, como los que él había cultivado en Andalucía, y un ramo de hermosas gladiolas, puestas por las delicadas y amorosas manos de sus nietecitas, cubren la tumba allí en el cementerio de Veracruz, de nuestro querido amigo. Descansa en paz.

* * *

En este apartado añadiremos algo acerca de la acrisolada figura libertaria del Dr. Pedro Vallina; con este segundo trabajo procuraré redondear mis recuerdos sobre su último capítulo: el exilio.

Su paso como exiliado por Santo Domingo dejó huellas de su personalidad como médico y como hombre recto y noble. Pero dejaremos esto aparte, puesto que en uno de sus manuscritos inéditos, que esperamos que un día vean la luz, nos cuenta estas peripecias.

Llegado a México como exiliado político podía haberse establecido en la capital como médico y hacer fortuna al igual que tantos otros, pero él escogió, como siempre, la tarea más difícil. Se estableció en el estado de Oaxaca, en Loma Bonita, lugar insano y falto de toda comunicación en aquellos tiempos. Vivió modestamente, por lo que conquistó el cariño del pueblo, en particular de los que acudían en busca de alivio, no ya tan sólo de sus males, sino de la miseria en que vivían; como siempre curó gratuitamente a los desamparados, y no pocas veces, aparte de las medicinas, todavía les daba algo de lo poco que poseía.

Vallina, en el primer tomo de sus Memorias, nos ha contado anécdotas vividas, pero quedan muchas entre sus papeles. Recuerdo que en Loma Bonita todos sabíamos que vivía pobremente, un día fue a visitarle un compañero y se sorprendió al encontrarlo con la ropa mojada. La verdad es que había caído un aguacero, y como tenía el techo de la casa resquebrajado, no había donde

cobijarse. Al hacerle patente el compañero que podía coger una pulmonía, Vallina le contestó: "No hagas caso, aquí en este pueblo nunca nos bañamos y como ha llovido aproveché la oportunidad para hacerlo. Como ves esto no cuesta nada; no te preocupes que a mí no me pasa nada". Regresó el compañero y nos contó lo referido, por lo que aprovechamos la ocasión para mandarle algunas láminas corrugadas para el techo y unos cuantos metros de tubería galvanizada para que le sirviera para poner agua potable en la casa. Vallina se sintió ofendido, quería saber cuánto había costado todo aquel material. Fue el compañero Agustín Souchy quien le hizo comprender que aquello no valía nada, y que sólo se trataba de un pequeño obsequio que unos compañeros de México le habían hecho. Otra de las anécdotas poco conocidas fue la que le sucedió en el pueblo de Loma Bonita, para lo cual reproduzco la noticia de uno de los periódicos de México, El Nacional, de fecha 10-11-44:

"Humanitaria conducta de un médico español en auxilio de los damnificados. El azar suele ser venturosamente pródigo para el reportero, llevándole al conocimiento de aquellas noticias que sin tal circunstancia quedarían ignoradas, y fue así como llegó a nosotros la de lo ocurrido en el pueblo de Loma Bonita del estado de Oaxaca, en sus linderos con el de Veracruz, poblado que ha sido seriamente afectado por las últimas inundaciones, hasta el extremo de que, barridos materialmente por las aguas, los endebles hogares de sus habitantes, tuvieron éstos que buscar guarida en el edificio más consistente, el del Ayuntamiento, en donde se aglomeraron, quedando totalmente aislados y en difícil situación: ancianos, mujeres, niños y enfermos.

"Enterado de lo que estaba ocurriendo, el médico refugiado español Pedro Vallina, que por casualidad se hallaba en lugar no muy lejano, no obstante su avanzada edad (70 años), habilitó sin pérdida de tiempo una improvisada canoa y durante 10 horas completamente mojado, llegándole el agua por veces hasta la cintura, con absoluto desprecio para su salud e incluso para su vida, se dedicó a poner a salvo a todos los habitantes del pueblo y a atender a los enfermos.

"Hemos de significar que el gesto y conducta humanitaria del doctor Vallina no constituyen hecho singular del mismo, ya que se trata de un verdadero filántropo que, no contando con más recursos que los de su saber y de su gran

corazón y amor a la humanidad, ha tenido siempre la costumbre de practicar el bien por el bien mismo. Aquí en México ha dedicado su vida a recorrer los lugares más inhóspitos e insalubres de nuestro país en una misión de altruismo silencioso que le ha granjeado la dedicación de los más humildes.

"No se nos oculta que la publicación de esta noticia va a herir la modestia del doctor Vallina; pero entendemos que su ejemplo debe ser divulgado en pro del mismo bien".

* * *

Ya cuando agotado y viejo, muerta su gran compañera Josefina, no le quedaban fuerzas para ejercer la medicina, decidió salir de Loma Bonita y se fue a radicar a Veracruz, en donde lo visitamos varias veces. Continuaba enfermo del corazón, por lo que para esas fechas ya no podía venir a la ciudad de México a causa de la altitud de la capital. Recuerdo que el 10 de enero de 1967 fuimos a visitarlo, el hombre estaba muy agotado, y todo hacía pensar en un pronto desenlace; se aburría, el cambio de Loma Bonita lo tenía amargado; para reanimarlo se me ocurrió decirle: "¿Cómo un hombre tan dinámico como tú te dejas acogotar? Ahora que tienes tiempo deberías escribir tus memorias". Como si ya hubiera acariciado esta idea, me dijo: "Tienes razón, escribiré mis memorias". Salimos sumamente apenados pensando que no volveríamos a verlo más, puesto que tenía los días contados según el diagnóstico del médico. Un mes más tarde, sin embargo, volvíamos a verlo, y cuál no sería nuestra sorpresa cuando llegamos a su casa y le vimos solo, sentado en su escritorio con la pluma en la mano, y un montón de cuartillas escritas; como ya estaba sordo tuvimos que franquear la puerta sin previo aviso. Nos recibió con su característica amabilidad y nos dijo: "Estoy trabajando día y noche escribiendo lo que me pediste". Se había recuperado, pero no obstante, su mano temblaba de tal modo que apenas se podía descifrar su letra. Charlamos un buen rato, su pregunta de siempre era: "¿Cómo está lo de España?" Nunca perdió la esperanza de regresar a la tierra de sus luchas.

Al final de una interesante discusión aprovechamos para decirle si tenía algún inconveniente en que una secretaria le escribiera sus cosas, para que no se cansara tanto, lo que aceptó, y desde aquel día dejó la pluma y se puso a dictar sus memorias. Apenas tres meses fueron suficientes para que terminase el primer tomo, el material fue revisado por el compañero Paulino Díez, y José Viadiu le dio el toque final, la imprenta hizo rápidamente el trabajo de linotipia, pues habíamos pensado en darle una grata sorpresa y entregarle su libro para la navidad de 1967. El 1O de octubre de 1967 salían por avión, rumbo a Caracas, todo el material así como las pruebas finas corregidas. La cosa, sin embargo, no fue tan rápida como se esperaba. Vallina se desesperaba al ver que nada recibía, fue un intercambio de correspondencia con Caracas que le apenó mucho. Por fin a mediados de septiembre de 1968, recibió un ejemplar del libro, el hombre estaba feliz. Después de fastidiosas demoras, un compañero que vino de Caracas trajo en su equipaje 15 ejemplares que se vendieron inmediatamente, cuyo importe, que podía haber servido para aliviar su situación económica en vida... tuvo que servir para ayudar a pagar su entierro, ¡qué ironías tiene la vida!

La familia Vallina, compuesta por el hijo Harmodio, la nuera, y los cinco nietos, le adoraban entrañablemente. Fue para ellos una gran pérdida. Vallina dejó terminado el segundo tomo de sus memorias; su nietecita Xóchitl, que era su secretaria inseparable y que sólo cuenta 16 primaveras, está escribiendo la introducción de su segundo tomo.

Sara, su nuera, una mujer bondadosa e inteligente, lleva en su rostro mestizo, la expresión inconfundible de la dulzura de una madre mexicana y la hidalguía de la mujer española. Vallina la adoraba, siempre decía: "Esta mujer merece que se le haga el pedestal más grande de la historia". Durante los últimos años de su vida, lo cuidó con la abnegación de una verdadera madre; ella fue quien en la madrugada del 14 de febrero de 1970 percibió el último estertor de Vallina, y noblemente le cerró los ojos para siempre.

Que su acrisolada conducta hondamente humana, sea manantial para futuras generaciones, es nuestro anhelo.

JUAN FERRER

Ahora Pedro Vallina

No decimos "doctor" porque al peón nunca se le antepone su utilidad al denominativo personal. Además, porque a Vallina le gustaba la sencillez de trato.

Hemos hablado en pretérito porque ese hombre, esa institución personal anarquista, ya no existe. Según sus familiares "se extinguió como la luz de un candil que se apaga por falta de aceite", y se comprende: Vallina llevaba viviendo 91 años.

Precisamente nos abandona durante el éxito de sus M emorias. En "Soli" por lo menos, los ejemplares de esta obra son empaquetados a decenas, prueba de la popularidad de nuestro precursor en anarquía. Cuando ciertos exjóvenes, que le olvidan, escupen sobre la dignidad de los "viejos" pese a que el peine a ellos les arrebata pelos en proa a la calva un poco cada día, el alto ejemplo de los de siempre (Vallina nació en 1879) deja a gritones, a inconstantes y a escépticos en situación desairada.

Como compañero Vallina era importante por haber vivido las épocas más interesantes de nuestro movimiento. Igual que Albano Rosell, alumbró sus ideas reprobando el fuego inquisitorial de Montjuich que con tormentos y fusilazos, nos valió la pérdida de once compañeros. La bestia negra de la monarquía se sació de lo lindo; la inquisición moderna se dio un hartazgo de dolor y sangre ácrata. Pero al conjuro de esa gran infamia autoritaria las ideas anarquistas florecieron potentes y sus flores resultaron muy lozanas: la Huelga General (diario y paro revolucionario en Barcelona), la Escuela Moderna, la avalancha de publicaciones libertarias, de suerte que la autoridad, desacreditada por la barbarie del Castillo Maldito, recurrió a la superchería del terrorismo "anarquista" durante cinco años, terrorismo que míster Arrow pudo calificar de antianarquista, de misterio de guardarropía, concretamente: policíaco, cual lo calificamos nosotros.

Vallina fue contemporáneo de todo esto y más, cuya crónica evitamos por estar bien servida por su libro autobiográfico, *Mis Memorias*, que concuerda fatalmente con la desaparición del memorialista. Con la Crónica de un Revolucionario que nosotros le editamos, otra publicada por "Tierra y Libertad" de México, más el voluminoso relato de ahora, los compañeros pueden estar informados de Vallina mejor de lo que podríamos hacerlo nosotros.

En su aspecto "doctor", Vallina nos recuerda inevitablemente a otros médicos de igual mérito profesional y humanista: Isaac Puente, abnegado hasta el sacrificio; Juan Solá, injustamente olvidado con ser heroico su comportamiento anarquista; y José Pujol, otro ejemplo de probidad libertaria y de estima formal hacia los semejantes. Ninguno de los cuatro explotó sus méritos profesionales, y no es de extrañar que la insolvencia de míseros a quienes atendían los sumieran en un estado de privación. Porque es cierto que Fermín Salvochea (el maestro de Vallina), Vallina mismo, y Puente y Solá y Pujol, regalaron "su capa" a los desarrapados, su bienestar personal y familiar a los menesterosos, bastantes de los cuales nunca devuelven bien por bien y por encima se burlan de sus benefactores y se suman al vilipendio "popular" contra los mismos.

Estos cuatro médicos curaron gratis a muchísimos desheredados, aunque lo hicieron con más devoción y desprecio del peligro al tratarse de personas afines enfermas, o heridas en encontronazos con la policía. A Solá, la atención a un compañero tocado de bala en el asalto al "tren del Pueblo Nuevo" le valió una condena de 20 años de presidio; Pujol salvó justo la vida por haber obligado a operar a un compañero herido en la refriega del quiosco de Canaletas (cuatro cenetistas contra cien policías de Franco); y Vallina y Puente jamás se olvidaron de ejercer devotamente en casos parecidos de asistencia peligrosa. Ante el recuerdo de estos cuatro Caballeros del Ideal a los "antiguos" que quedamos en pie el corazón debe ponérsenos tierno, de no tenerlo acorchado.

Vallina tiene a gala en sus autobiografías presentarse como un hombre de acción, olvidando casi siempre su condición médica. En realidad anduvo mezclado en mil y una conspiraciones, siendo de admirar que saliese en bien de todas ellas. Una de sus contrariedades tiene referencia al atentado que

Alfonso XIII sufrió en París el año 1906, por cuya causa estuvo preso y procesado junto con Carlos Malato, un compañero inglés y otro español. Todos ellos salieron libres del juicio, pero bien puede pensarse que en el suceso medió la obsesión regicida de Morral, el mismo que al año siguiente "volvería" a saludar de un bombazo al XIII en el día infeliz de su casamiento. (Ése es nuestro atrevido criterio, compañero lector, puesto que jamás hemos creído en la memez de un Mateo Morral perdido de amor por una pizpireta llamada Soledad Villafranca que se unió a la fortuna de Ferrer Guardia más que con la persona de éste, abnegado de nuestra causa.)

Vallina conspiró mucho por atracción de la aventura consciente, por afición a la "social" inmediata, por necesidad irreprimible de lucha. Sin embargo, este Pedro que acabamos de perder era reflexivo por lección recogida de los tiempos. Amaba tanto a los campesinos, tanto anhelaba sustraerlos de la miseria en que se debatían, que se mezclaba frecuentemente con ellos en Andalucía y en Extremadura. Sus penas eran las suyas, igual que los atrevimientos "ilegales". Pero cuando aviesos o desaforados agentes trataban de explotar la buena fe de los irredentos del terruño para conducirlos al fracaso, o al desastre, Vallina levantaba su voz de alerta contra el aventurerismo. La lección del levantamiento de Jerez de la Frontera, que llevó al cadalso a ocho braceros anarquistas, la recogió Salvochea, y en días de la II República la recogería Vallina.

Nunca conocimos personalmente a este Pedro que se nos ha ido. En cambio tratamos al bondadoso hermano del mismo, fallecido durante la guerra mientras estaba ejerciendo de maestro de niños castellanos refugiados en Cataluña.

No nos cansaríamos de hablar de personas grandes, pero el papel nos resulta pequeño.

DOCTOR R. LÓPEZ DE HARO

Recordando al doctor Vallina

Al caer la dictadura de Primo de Rivera cesó el destierro del doctor Pedro Vallina, el cual desde Siruela (pueblo situado en la Siberia Extremeña), se trasladó a la ciudad de Almadén donde fijó su residencia con su familia, aunque frecuentemente viajaba por Andalucía y Extremadura.

El 17 de julio de 1936, cuando las ondas hertzianas anunciaron la sublevación del ejército de Marruecos, Pedro Vallina se reunió con el frente popular y sin demora se aprestaron a la defensa de la República.

En la noche del 17 comenzaron los talleres mecánicos de las minas a forjar febrilmente y sin reposo los aperos bélicos. La fragua de Mercurio transformó los férreos envases del azogue en potentes bombas de dinamita, las chapas de acero y hierro colado sirvieron de blindaje a los camiones de transporte, las perforadoras abrieron barrenos en las rocas de pasos estratégicos, alcantarillas y puentes quedaron sometidos al fuego de la mecha, y en las columnas de combate las pintorescas milicias populares, adiestradas por Vallina, avanzaron en tropel y sin concierto por los puestos de Santa Eufemia y El Viso hasta la campiña cordobesa.

Los centinelas enemigos y los piquetes de la guardia civil, ante el estrépito de los improvisados tanques, huyeron por las sierras tomando el camino de Córdoba. Con la técnica guerrera de Vallina se consiguió en pocos días el dominio del extenso valle de los Pedroches llegando sus milicias hasta las puertas de Pozoblanco, ciudad que conquistaron con muy pocas bajas. En estas visicitudes iban pasando los días sin más peligros que los inherentes o propios de la contramarcha de los voluminosos tanques. Estos "diplodocos férreos" fueron los responsables de algunos muertos y heridos graves producidos en el período bélico inicial, ya que al regresar de las operaciones y al dar la vuelta girando en las carreteras, el terreno desfavorable dificultaba las maniobras y los novatos escopetazos, al final de jornada, sufrían las descargas fortuitas y a "bocajarro" de las propias armas, pasando el hospital de mineros

de Almadén, con heridas en extremo sangrantes de intenso desgarro atascadas de plomo, postas, y tacos, cuya reparación quirúrgica estaba a cargo del personal y equipo facultativo que yo había organizado.

Es justo declarar, en pro de la conducta de las milicias de Vallina, que no hicieron uso y jamás abuso de los derechos materiales a toda conquista; en el combate no se mancillaron con la sangre ni con los malos tratos de los prisioneros, y al enemigo en armas siempre le fue otorgado el socorrido puente de plata.

Por todo lo expuesto y en honor a la verdad, manifiesto que las milicias populares de Almadén, instruidas y dirigidas por Vallina, cumplieron con su deber en la guerra, siendo humanos a pesar de todo y jamás aprendieron lo concerniente al verbo requisar, que las tropas enemigas extranjeras supieron conjugar en varios idiomas.

En los últimos días de agosto me dijo el doctor Vallina: "Toda esta zona en 80 kilómetros a la redonda se encuentra asegurada del enemigo; me voy a curar heridos al frente de Guadalajara". "Salud te deseo, Pedro, y que no tengas novedad; si vieras al oficial Ristori de la Cuadra, que debe estar allí, dale de mi parte un abrazo. Yo también me voy de Almadén, pues he recibido orden de traslado a la base naval de Cartagena. Adiós, hasta siempre".

No supe de Vallina hasta en 1937; con ocasión de pasar dos días en Madrid, me encontré con el amigo Mauro Bajatierra a quien pregunté si tenía alguna noticia de Pedro, diciéndome que había regresado enfermo del frente, donde además de curar heridos le dio por convertirse en animador en el frente de combate, y esos esfuerzos quebrantaron su salud. Creo lo llevaron a Valencia. "Yo -continuó diciendo-, no dejo a mis muchachos ni saldré de Madrid, donde la lucha es muy dura".

"¿Y vosotros qué tal por Cartagena? Ya sé que la aviación os descargó de firme bombas de 2 50 y 500 kilos". "Así es -le dije- , aquello es un infierno, pero la unión es grande y costará mucho demoler ese baluarte". Nos despedimos y no lo volví a ver más. Su heroico final, es de todos conocido.

En 1938 fui a Valencia y encontré a Vallina. Pudiendo observar que aún se manifestaba en él una viveza al menor esfuerzo, posiblemente de origen cardíaco, aunque Josefina estaba muy preocupada no perdía la esperanza de que pudiera mejorar con el reposo.

Me prometió ir por Barcelona a pasar unos días conmigo. Y así lo hizo dos meses después, teniendo oportunidad de visitar nuestro hospital de sangre, y hacernos una fotografía en el hospital del pueblo donde esperamos juntos durante varias horas.

Después de febrero de 1939, saltamos a Francia como saltan las astillas bajo el hacha. Durante ese año de exilio no volví a verle. Ya en 1940, estando en Santo Domingo, al pasar por el parque de Colón, me encontré con su hija Libertad . Asombrado le dije: "Muchacha, ¿qué haces tú por aquí?" "Estudio medicina y he venido a examinarme a la Universidad. Llegamos todos en enero y residimos al norte del Cibao, en Santiago Rodríguez. Mi padre aunque está bien de salud sufre de insomnios y se levanta a medianoche diciendo « ¡aquí no se puede hacer nada, estoy convencido, no se puede hacer nada!»"

Poco tiempo después vino a mi casa, se despidió de mí y se fue a México.

* * *

Pedro Vallina era un ciudadano del mundo, hecho con el mismo barro de Ferrer, Pi y Margall, Salvochea, y otros hombres de acción librepensadores, que se entregaron en cuerpo y alma al culto de un ideal, luchando en ambos hemisferios por la libertad y emancipación de los humildes, de los olvidados, de los caídos, de los que sufren.

Seres heroicos de sublimes sacrificios cuyos nombres se destacan sobre las cenizas de las generaciones libertarias.

El médico Vallina, siempre pensando y laborando por el porvenir de los pobres, trabajador incansable, era la personificación continuadora de esa obra humanitaria. Buen amigo y compañero, me hablaba muchas veces de sus ideales, otras de sus viajes, y también de las prisiones que había sufrido en el

transcurso de su vida arruinada en los calabozos de las cárceles de Europa y África. Y todo me lo contaba con la sencillez y naturalidad de los hombres que son realmente grandes. Le conocí en los años de la Dictadura estando desterrado en un pueblecito de Badajoz -Peñalsordo-, del cual lo trasladaron al de Siruela, situados ambos en la apartada región que se denomina la Siberia Extremeña. Allí tuve ocasión de contemplar el efecto que causaba su presencia entre aquellas humildes gentes que le adoraban y que al verle se descubrían con cariñoso respeto.

Una tarde llegaron varios automóviles de policía y guardia civil, con orden de llevarse al desterrado desde Siberia hasta la cárcel de Estella (Navarra). Los campesinos andaban fuera del pueblo dedicados a sus faenas agrícolas, pero no todos estaban ausentes, porque al oír los gritos de "¡que se llevan preso al hermano Pedro!", las mujeres llorando de rabia y coraje se armaron de cuchillos y calabuezos destrozando las ruedas de los vehículos y haciendo frente a los verdugos carceleros, que se batieron en retirada sin parar hasta la Puebla de Alcocer.

El gobierno de la Dictadura, al conocer el fracaso de sus incondicionales sabuesos, retiró la orden de prisión, comprendiendo que no podía vencer a un pueblo de la misma tierra y casta de los que lucharon en las Indias Occidentales, y de tantos otros que añadieron páginas heroicas a la historia liberal de España.

Allí quedó el médico Vallina prodigando su caritativa ciencia en beneficio del necesitado, salvando de la muerte a muchos hijos de aquellos infelices que le adoraban, consagrando a la existencia de esos niños inocentes que apenas abren los ojos se ven obligados a la miseria por apretados nudos que sólo corta "la Implacable".

Posteriormente, en el período del gobierno Berenguer, le fue levantado el destierro a condición de no ir por la región andaluza en cuyas extensas provincias de Jaén, Córdoba y Sevilla era más notoria aún la secular desorganización social, y donde a su voz potente se habían despertado millares de trabajadores de las fábricas y del campo que aún se sustentaban con jornales de hambre y donde las pobres mujeres encontraban siempre

vacías las manos de la virtud ante el pan que lo tendía el vicio de los señoritos andaluces, dueños de los grandes latifundios y de la autoridad política con su dominio absoluto sobre todas las fuerzas productivas.

Aprovechando la libertad condicional se trasladó a la ciudad de Almadén, puerta de Andalucía y estratégica atalaya castellana, desde la cual podían actuar en el movimiento revolucionario ya muy fraguado y en vísperas de cristalizar en toda España.

Aún quedan en mi memoria los gratos días que juntos pasamos en Sevilla, donde pude observar que los burgueses y los señoritos vagos detenían el paso y le miraban por la espalda, lamentando sin duda en su interior que un hombre tan austero y abnegado, de cerebro tan grande, se empeñase en transformar un mundo que para ellos estaba perfectamente arreglado.

ANTONIO ROSADO

El sanatorio de Cantillana (9)

El sanatorio del doctor Vallina estaba situado en una pequeña finca en terreno de sierra, con algunas aranzadas de olivar, más una huerta, con agua de pies, no muy abundante, pero sí muy buena, cuya agua era medianera con otras dos huertas linderas. Además, tenía otro pequeño venero, con alberca propiedad exclusiva de la huerta del sanatorio. El caserío de la huerta era suficiente para vivir una familia modesta, como la de este doctor. Tenía varios departamentos, corral y cuadra para bestias. Por el exterior, había otras dos pequeñas habitaciones. Separada del caserío, otra pequeña casilla, con cuadra y corral, donde había tenido un criadero de caracoles hurgados, al que el doctor había rotulado con el nombre de Cortes Constituyentes.

Tenía algunas gallinas y conejos, y una pequeña burra, para traer del pueblo los suministros para la familia. La huerta tenía granados, naranjos, limoneros, perales, ciruelos, higueras, nogales, etc., árboles en estado ruinoso, por la falta del abono vegetal, falta de labor y lo mal administrada que había sido el agua, de lo que se habían beneficiado las dos huertas de los vecinos, al parecer con malas artes, y la complicidad de los que anteriormente habían cultivado la finca, incluso un familiar. El olivar se encontraba igualmente en lamentable estado, por falta de labor, de poda, y daños del ganado de los vecinos, que consideraban aquello como un patrimonio comunal, como un baldío o como tierra de nadie, pero extremadamente delicados para permitir que en lo suyo causaran daño alguno. No había yunta ni herramientas para labrar la finca.

En cuanto al sanatorio, su construcción se encontraba totalmente paralizada. Sólo se había terminado uno de los tres pabellones en proyecto. Y el doctor Vallina, aunque practicaba la medicina general, su especialidad eran las enfermedades de pulmón y corazón. Y el determinado número de enfermos allí acogidos solían pasarlo fuera de las habitaciones, en cobertizos, que abandonaban en caso de tormentas. Los enfermos contaban con asistencia médica totalmente gratuita, y eran asistidos por alguna mujer de la familia, y

disfrutaban de un lugar excelente para su curación; todo lo demás corría de cuenta del enfermo o de sus familiares.

En el medio día de la mañana, y parte de la tarde, tenía establecidas las consultas a los enfermos de todos los pueblos limítrofes, incluso algunos de la capital. La compañera de su vida, Josefina Colbach, le ayudaba en su trabajo, y solía inyectar a los enfermos que lo precisaban. Mujer ejemplar, inteligente y en extremo modesta. Y no vi nunca al doctor Vallina cobrar una sola peseta por sus servicios a los enfermos. Si acaso le pedía algún enfermo la cuenta a su mujer, ésta, con cierta cortedad, le decía que diese lo que su voluntad y sus medios le permitiesen. Aquellos que conocían la vida de esta familia solían corresponder con algún producto alimenticio. Pero ¿cómo resolver el problema de los estudios de los tres hijos? El mayor ya estudiaba medicina, y la hija y el más pequeño no pudieron estudiar más que el bachiller, por falta de medios económicos.

Más de una vez, al llegar el mediodía, Josefina y mi mujer se miraban y se entendían; no había nada que preparar en la cocina. Mi mujer salía y pedía prestado a los vecinos algo de aceite, de arroz o patatas, hasta el día siguiente que se fuera al pueblo, cogía un conejo o un pollo y rápido preparaba una caldereta, como los pastores, algo de fruta o gazpacho, y, aunque un poco más tarde, se comía, de lo que Vallina no solía enterarse. Descansaba un poco, se levantaba, leía la prensa; si veía algo de interés, me lo traducía del francés, etc.

Referencias bibliográficas

Otros dos libros publicó Pedro Vallina, además de numerosos artículos no recopilados hasta el momento:

Crónica de un revolucionario. Con trazos de la vida de Fermín Salvochea. Cuadernos Populares nº 1. Ediciones Solidaridad Obrera. París, 1958.

Aspectos de la América actual. Cuadernos de Cultura. Ediciones CNT. Toulouse, 1957.

Los trabajos bibliográficos específicos sobre Pedro Vallina son escasos, pese a que es relativamente frecuente referirse a él en determinadas obras generales. Entre los primeros hay que citar:

ÁLVAREZ JUNCO, José. "Un anarquista español a comienzos del siglo xx: Pedro Vallina en París". En Historia Social nº 13, 1992.

GUTIÉRREZ MoLINA, José Luis. "Introducción" a Abel Paz, Durruti en la Revolución española. Fundación Anselmo Lorenzo. Sevilla, 1996.

"Blas Infante y el anarquismo andaluz. Intervención y consecuencias de los sucesos de mayo de 1932 en Sevilla". Comunicación al VIII Congreso sobre el Andalucismo histórico. Fundación Blas Infante, 1997.

RUÍZ ROMERO, Manuel. "Pedro Vallina, una biografía comprometida". Ponencia mecanografiada al IX Congreso sobre el Andalucismo histórico, Écija, septiembre de 1999, Fundación Blas Infante (en prensa).

"Aportaciones para el esclarecimiento del supuesto Complot de Tablada", ponencia mecanografiada al IX Congreso sobre el Andalucismo histórico, Écija, septiembre de 1999, Fundación Blas Infante (en prensa).

Las obras generales en que se reseña de forma amplia la figura de Pedro Vallina son: GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, Ángeles. Utopía y realidad. Anarquismo, anarcosindicalismo y organizaciones obreras. Sevilla, 1900-1923.

MACARRO VERA, José Manuel. La utopía revolucionaria. Sevilla en la segunda República. El Monte de Piedad, Sevilla, 1985.

MAURICE, Jacques. El anarquismo andaluz. Campesinos y sindicalistas 1868-1936. Crítica. Barcelona, 1990.

Asimismo, hay pasajes extensos dedicados a Vallina en:

INFANTE PÉREZ, Blas. La verdad sobre el complot de Tablada y el estado libre de Andalucía.

Aljibe. Granada, 1979.

ROSADO, Antonio. Tierra y libertad. M emorias de un campesino anarcosindicalista andaluz.

Crítica. Barcelona, 1979.

Pedro Vallina figura en la GRAN ENCICLOPEDIA DE ANDALUCÍA. Promociones Culturales Andaluzas S.A. Granada, 1979.

La declaración como "andalucista histórico" se encuentra en: INIESTA COULLAUT-VALERA, E. "Un primer censo de andalucistas históricos en la etapa infantiana". En Actas del II I Congreso sobre el Andalucismo histórico. Sevilla, Fundación Blas Infante, 1989, p. 370.

Notas:

1. Especie de silla que se colocaba sobre la albarda del burro o mula que se usaba para que las mujeres fueran sentadas. <<<

2. Los republicanos españoles expatriados en aquella época en París, como los que durante la dictadura de Primo de Rivera se exiliaron en Francia, no hicieron otra cosa que frecuentar los cafés, formar tertulias sin preocuparse lo más mínimo para organizar la acción contra la monarquía alfonsina. Esto mismo hacen ahora socialistas y republicanos, porque esperan que Franco se muera para regresar a España.

De los republicanos expatriados a principios de siglo en Francia, el periodista puertorriqueño, Luis Bonafoux, les fustigaba en el periódico que dirigía en París, titulado El Heraldo de París.

La casa editora Garnier, de París, publicó en varias obras la recopilación de los artículos publicados por ese gran periodista. Los títulos de algunos de esos tomos son Bombos y palos y Bilis. <<<

3. Por indicación del doctor Vallina, este capítulo fue redactado por el compañero Paulino Díez. <<<

4. N.E.: Final del primer tomo de la edición original. Este texto corresponde al colofón que anunciaba el contenido de la segunda parte, que esta edición presenta de forma unificada. <<<

5. N.B.: Renée Lamberet colaboró en la edición original de Mis memorias. A ella se debe la serie de biografías, traducidas del francés por Luis Castro, que han quedado incorporadas al texto con sus correspondientes ilustraciones (excepto las de E. Goldman, F. Ferrer y F. Salvochea, preparadas para esta edición). <<<

6. N .B. Este texto corresponde al Prólogo del primer tomo de la edición original. <<<

7. N.B. Este texto corresponde al Prólogo del segundo tomo de la edición original. Viadiu encabezó el grupo de compañeros (Dr. López de Haro, Paulino Díez, Ismael Viadiu, B. Cano Ruiz y Domingo Rojas) que se hizo cargo de la edición original de Mis Memorias. <<<

8. N.E. Este texto corresponde a la Introducción del segundo tomo de la edición original. <<<

9. N.E.: Se ha considerado de interés añadir para esta edición este texto perteneciente a Tierra y libertad. Memorias de un campesino anarcosindicalista andaluz. Crítica. Barcelona, 1979, pp. 102-103. <<<

Este libro se terminó de imprimir en Córdoba el día 4 de mayo del año 2000. Tal día como éste de 1897 fueron ejecutados cinco anarquistas, condenados en el llamado proceso de Montjuic